Fernando Vela

Los Estados Unidos entran en la Historia

NUESTRA EDICIÓN

La presente edición de *Los Estados Unidos entran en la historia* reproduce el texto de la primera, publicada por editorial Atlas en 1946. Las intervenciones del editor se han limitado a la regulación de acentuación, uso de mayúsculas y grafía de algunos términos para ajustarlos a la normativa actual (ej. Káiser > káiser; Kartum > Jartum; Reykjavik > Reikiavik). Se han eliminado asimismo cursivas o comillas en aquellas palabras que han pasado a ser de uso común en castellano (ej. «colaboracionistas» > colaboracionistas; *poney* > poni; *trusts* > trust). Las erratas presentes en la edición de Atlas se han corregido tácitamente y en raros casos se han realizado mínimos ajustes en la puntuación. Las traducciones que Fernando Vela da de los poemas citados en su libro se han desplazado a nota a pie de página.

Hasta donde ha sido posible, se han indicado en nota las fuentes bibliográficas utilizadas por Vela, quien por lo común da de ellas muy escaso indicio. En tales notas se ofrecen los datos correspondientes a primeras ediciones de los textos originales –los presuntamente consultados por Vela– y solo se consignan las referencias a sus traducciones españolas cuando son estas las citadas.

I. 1882 EN *HYDE PARK*

Nace Franklin D. Roosevelt

El 30 de enero de 1882, James Roosevelt escribía en su diario: «Hoy a las nueve y cuarto, mi Sully ha tenido un espléndido niño. Pesa diez libras sin la ropa». Aquel día pudo ser trágico en la vida familiar porque la madre y el hijo habían aspirado una gran cantidad de cloroformo durante el parto, pero, prontamente repuestos, «mi Sully» se regocijaba con la visión del niño, rubio, «rollizo, rosado, bonito». Era el primer fruto de la unión entre el cincuentón James y la linda Sara Delano, casados dos años antes.

Ella tenía veintiséis, aproximadamente la misma edad que el hijo del primer matrimonio de su marido con Rebeca M. Howland. Como este primer vástago se llamaba James (Jacobo), al segundo le correspondía el nombre de Isaac, según tradición en esta familia puritana, regida por la Biblia en todos los pormenores de su vida, pero Sara, devota de un tío recién fallecido sin descendencia, Franklin Hughes Delano, cuya memoria creía digna de perpetuación, impuso al recién nacido el nombre de Franklin Delano.

La diferencia de edades entre los progenitores, que mezcla la sangre ya hecha y reposada de un varón fuerte con juvenil sangre femenina, suele tener dichosas repercusiones en la descendencia, porque

aquella la dota de madurez y reflexión precoz y esta de sensibilidad y ternura, cualidades innatas que aún se desarrollan más durante la infancia al contacto de un padre que ya es como un abuelo y de una madre encantadora, envolvente, más próxima a su hijo que a su marido. Y a la vez introduce en el alma del nuevo ser el germen de una perpetua tensión entre dos elementos heterogéneos que se estimulan y fecundan mutuamente.

El niño era también el descendiente de siete generaciones que remontaban a los primeros exploradores holandeses del río Hudson y a los Padres Peregrinos, llegados en 1620 a la costa norteamericana en el *Mayflower* (Flor de Mayo). Nacía en las mismas orillas del río a cuya desembocadura habían fundado Nueva Ámsterdam (Nueva York) sus antepasados holandeses, traficantes en pieles a la caza del castor que buscaban los ríos porque ellos también eran castores, especialistas en diques y desecaciones; nacía en la misma ribera que había recorrido su primer ascendiente conocido y donde otros posteriores habían construido su hogar y criado sus hijos. Más tarde la familia había emigrado a la ciudad para ser, en lenta ascensión, gente burguesa y acomodada, propietarios y cultivadores de la tierra, comerciantes y negociantes razonables; pero el río y la campiña natal llamaban a sus descendientes con un murmurio de aguas y frondas que se insinuaba en sus despachos de Nueva York.

Esta llamada no se desvanecía con el transcurso de los años; por el contrario, a las cinco generaciones, la voz primitiva del Hudson, ese son grave y continuo de un gran río que se arrastra sobre guijas y arenas, se hizo perentoria. Cuando callaba el estruendo de Nueva York, los Roosevelt la oían en el flujo de su sangre, y uno de los muchos James Roosevelt, el bisabuelo de Franklin, vendió sus tierras de Harlem, en Nueva York, compró una finca, *Mont Hope*, en la cima de la colina de Poughkeepsie y comenzó una nueva vida desocupada, culta, quieta.

Se iniciaba la era de los millonarios, y de ser hombre ambicioso y especulador, le habría bastado esperar algunos años para hacer una gran fortuna. Su granja en la península de Manhattan cubría la mitad

del actual barrio de Harlem, entre la Quinta Avenida, el East River y las calles 110 y 125, pero la vendió en veinticinco mil dólares, justamente a un Astor, que con sus compras de terrenos fundaba la riqueza de una estirpe multimillonaria. Su hijo Isaac, para alejarse más de la ciudad que odiaba, remontó el Hudson y compró, aguas arriba de Poughkeepsie, en el municipio de Hyde Park, una finca que llamó *Rosedale* para unir más su apellido a un trozo de tierra. A su muerte dejaba a su familia profundamente arraigada en las orillas del río ancestral; uno de sus hijos heredó *Rosedale*, el otro, James, padre de Franklin, *Mount Hope*.

Cuando se quemó *Mount Hope*, James compró otra finca cercana, *Springwood*, a la que prefirió llamar *Hyde Park*. Era una vieja granja de los tiempos coloniales, de 1699, con tierras de cultivo y bosques, en torno a una casa de madera con dos alas de piedra posteriores, a la que agregó cuadras para sus caballos y algunas hectáreas más de labranza. Hombre de negocios, pero sin avidez, conservó su caudal y aun lo aumentó moderadamente. Fue codirector de la Compañía de Ferrocarriles Delaware and Hudson y brilló en los salones de Nueva York, que regía como reina y señora Carolina Astor. Pero su delicia era la vida entre los descendientes de la vieja aristocracia del Hudson, los últimos supervivientes de aquellos *patrons* holandeses, señores feudales, en otros tiempos, de dieciséis millas de río cada uno, y ahora, como todas las noblezas postrimeras, amables, pulidos, deportistas de la caza y del caballo. Con ellos, con los terratenientes agricultores y la humilde gente del campo pasaba la mayor parte de sus días, interrumpidos por viajes de placer a París, Londres, Alemania. Era un amador de la vida. No se afanaba en la persecución de la riqueza; no encontraba goce en acumular dinero sin tasa ni quería dejarse esclavizar por el negocio.

Aristocracia y puritanismo

En un país poblado por oleadas de inmigrantes desprendidos de todo su pasado y tradición, siete generaciones ya confieren nobleza, tradición y pasado; entre los recién llegados y los descendientes

de los antiguos colonizadores, estos son los aristócratas. En un país de nómadas inquietos, habitantes de carros, tiendas y hogares efímeros, amantes del confín y de la lejanía, siempre impulsados hacia un vago Oeste que retrocede de continuo como un espejismo, el enraizamiento de una familia por espacio de tres centurias en el mismo lugar, que es, además, la cuna del país, forma madre y solera en el fondo posado de la sangre. Entre una muchedumbre afanosa del éxito rápido y estruendoso, una ascensión moderada y lenta distingue y aparta. Allí donde se alzan y derrumban en un segundo las fortunas al viento de la suerte, la constancia de una posición holgada, sustraída a toda contingencia azarosa, acusa serenidad y tino, así como el mantenimiento de una misma línea, en la confusión de razas y creencias, revela firmeza.

Los Roosevelt siempre habían sido así. Ya en los primeros años del siglo XVIII eran una de las familias conspicuas de Nueva York y siguieron siéndolo en las centurias posteriores. Prósperos un siglo antes que los Astor y siglo y medio antes que los Vanderbilt, lo son todavía. «Tuvieron –escribe Gerald W. Johnson– las mismas oportunidades, que estos; sin duda, las vieron, porque eran inteligentes, y en parte las aprovecharon, pero no tenían el impulso adquisitivo de los grandes millonarios y se contentaron con ganancias razonables. No hay entre ellos ningún gran músico, pintor o poeta, ni tampoco ningún loco. Ninguno murió como mártir de una causa. Ninguno se negó a su deber ni hizo más que su deber. Durante doscientos cincuenta años la familia vivió limpia de escándalo y de gloria. Eran tan solo gente digna, inteligente sin genio, decente sin santidad, culta sin erudición, no perezosos para los negocios, pero tampoco titanes de la industria; en suma, gente admirable, pero no inspirada»[1].

Durante siete generaciones, la familia Roosevelt había estado produciendo el mismo tipo humano en el mismo sitio, como un vegetal bien arraigado, en medio del vértigo de un pueblo en crecimiento. Había, sin duda, una fuerza vital perdurable en la

[1] Gerald W. Johnson, *Roosevelt: An American Study*, London, Hamish Hamilton, 1942. (N. del Ed.)

sangre del «pequeño Kleytzen», como por su tamaño llamaban sus compañeros al fundador de la estirpe, cuando no la alteraron los cruzamientos en el gigantesco *melting-pot*, crisol de fusión de razas de los Estados Unidos. Pero había también otra fuerza capaz de conservar un tipo ancestral: el puritanismo. Esta concepción religiosa, cuyo espíritu triste e intransigente flota en los tristes domingos de Londres, es unilateral y estrecha, pero lo que, por un lado, era angostura y parcialidad, se convirtió, por otro, en firmeza terca, capaz de resistir las corrientes contradictorias y momentáneas que agitan la superficie de un pueblo fluido. El puritanismo ha sido la roca firme en que afianzó su ancla el núcleo mejor del pueblo norteamericano para no ser arrastrado a la deriva por las sucesivas oleadas que, rompiendo en la costa Este, alcanzaban el Pacífico. En esta confusión de razas y opiniones, diferentes y variables, tenía que imperar lo permanente, sólido y ya arraigado.

En efecto, el puritanismo ha gobernado por siglos el país, y puritanas son las familias predominantes. El puritanismo es allí, más que una concepción religiosa, una cuestión de casta que «ha predominado –como dice Keyserling– por manera semejante a como la concepción brahmánica predominó siempre en la India, aunque la casta de los brahmanes solo representaba una reducida minoría; esto es, por el prestigio adquirido y sin cesar renaciente, a causa del tipo superior de humanidad que continuaba produciendo». En los Estados Unidos, esta superioridad no necesitaba residir en cualidades sobresalientes, geniales, sino simplemente en caracteres permanentes y diferenciadores de la masa inquieta y codiciosa.

«Si el presidente Adams –escribe Schriftgiesser– hubiera seguido su camino y establecido una aristocracia con títulos oficiales, estas familias habrían formado la casta»[2]. De todos modos, como no puede existir una sociedad sin una aristocracia, estas familias han desempeñado el papel superior de una nobleza titulada.

[2] Karl Schriftgiesser, *The Amazing Roosevelt Family 1613-1942*, New York, Wilfred Funk Inc., 1942. (N. del Ed.)

Contra esta fuerza vital interior es inútil que uno de sus descendientes, Franklin Delano Roosevelt, precisamente, diga: «Recordemos siempre que todos hemos nacido de inmigrantes»; la diferencia original no se borra. Hay en el pueblo norteamericano una superstición favorable a los presidentes que llegan a la Casa Blanca después de una infancia de pies descalzos. Los norteamericanos, por regla general hombres que se han hecho a sí mismos de la nada, ven en este tipo de presidentes uno de ellos, una imagen sublimada de su propia persona. Un argumento frecuente, y acaso el más fuerte, de la oposición contra Roosevelt fue su origen aristocrático, el ambiente confortable y próspero de su niñez y su carencia de dinamismo en los negocios, y resultaba hasta cómico leer libros enteros de sus partidarios, dedicados a demostrar que no nació en un latifundio señorial poseído secularmente por una vieja estirpe de barones, sino en una verdadera granja de cultivo comprada por su padre solo quince años antes de su nacimiento, y argüir que un hombre educado en la holgura y la comodidad no es necesariamente un *soft*, un carácter blandengue, muelle y perezoso. Son los primeros quienes aciertan, pero ha de añadirse a seguida que es un bien para un país, sobre todo para un país vertiginoso, que su dirección recaiga en la gente más lenta, más estática, que, sustraída a las corrientes impulsivas, puede contemplar el alborotado mar desde la permanencia de una vieja sangre, de un espíritu firme y de una posición invariable.

Amplificación americana

Hasta la guerra civil muy pocos, por no decir ninguno, sobrepasaba a los Roosevelt en fortuna o consideración social. Su esfuerzo prudente había bastado para elevarlos a tal nivel. Pero después de la guerra civil y del período de «reconstrucción», habían cambiado los tiempos. Las antiguas familias de comerciantes, artesanos, labradores e hidalgos campesinos quedaban sumergidas por la marea creciente del desarrollo industrial. En aquel vasto territorio primitivo, con la geología al desnudo, surgía, como en la época mesozoica de la Tierra, una fauna gigante: los dinosaurios de la finanza y los plesiosaurios de la industria. Ellos dan la escala de los tamaños que han de regir

en el país americano. Brotan ciudades enormes, pavorosas, en medio de las praderas con todo el terreno en torno, todavía desierto, ya dividido en manzanas rectangulares y calles numeradas. Se construyen ferrocarriles que no van a ningún lado, pero las compañías ferroviarias reciben del Estado las tierras contiguas, las cuadran en lotes y encaminan hacia ellas la inmigración: «América es la hija del raíl». Las tierras centrales se atestan, y a lo largo del Misisipi, el padre de las aguas, el río lustroso y oscuro como un negro tendido en medio de América, corre la pululación humana a manera de otro gran río rumoroso, sonante. Todo crece y se extrema. Lo que en Europa era pequeño y proporcionado –lo mismo los productos humanos que las frutas de la tierra– se desarrolla monstruosamente, como para ajustarse a las dimensiones del espacio americano. Hay en el suelo una potencia natural de amplificación, que actúa misteriosamente por modo semejante a la que en China tuerce lo mismo los ojos de los hombres que los ojos de las gacelas. En otras partes opera sobre el perfil o el color; en América, sobre el tamaño. Allí cualitativamente; aquí cuantitativamente.

Se constituyen los primeros trust para monopolizar toda una producción en el país entero. Se inventan los sistemas de descuartizamiento rápido de reses al por mayor en Chicago, que convierten la matanza en una inmensa carnicería y la vieja ganadería rural en una fabricación intensiva de animales. Se construyen inmensos frigoríficos cuyas existencias pueden alimentar a todo un continente. Se aplican a la tierra procedimientos industriales que la obligan a dar todo su rendimiento en unos años y vuelven a dejarla estéril; no importa, siempre hay suelo nuevo, más allá, al Oeste. No hay tierras de pan llevar, sino factorías de trigo; no hay huertas variadas, sino fábricas agrícolas de frutos en serie, estandardizados, iguales y enormes, pero insípidos. Y en su casa mecánica, donde las puertas, al abrirse y cerrarse, elevan el agua al depósito, Edison trabaja como un mago en la invención de pequeños aparatos: el fonógrafo, la lámpara incandescente, el cinematógrafo. Graham Bell acaba de patentar el teléfono y Morgenthaler da los últimos toques a su linotipia. Pequeños aparatos que entonces parecían entretenimientos de física recreativa o inocentes diabluras

de un ingenio mecánico, pero con los cuales los Estados Unidos inundarán más tarde el mundo, destruyendo la intimidad de las almas, centrifugándolas a la superficie, para darles la misma vida extravertida de los norteamericanos.

Ante aquella enorme expansión, Walt Whitman, el poeta, corre afanosamente del Atlántico al Pacífico, intentando en vano encerrar en sus odas bíblicas el continente americano entero y darle un alma única y total. Algunos de aquellos hombres, de condición más estática, como el padre de Franklin, procuran acomodarse de la mejor manera al nuevo mundo e incluso aprovechar sus oportunidades para aumentar razonablemente su fortuna. Otros, en cambio, renuncian; dicen, como Henry Adams, «soy un extraño en esta América» y se retiran ante la riada para vivir a la orilla una nobleza pobre y distinguida, o huyen, como Henry James, en un movimiento inverso al de inmigración, a Europa, que se les aparece como el refugio de la libertad, o como «Rosey», el hermanastro de Franklin, flotan en la trashumante y frívola vida diplomática de las cortes europeas.

La guerra civil

Sí; hasta la guerra civil, los Estados Unidos habían sido un país europeo o, aunque independiente, una colonia. Desde la guerra civil eran propiamente América, el país primitivo e infinito. Lentamente se habían ido cuajando núcleos de tradición y de pasado, pero «aquella guerra –escribe Waldo Frank– fue el espasmo mortal de todos los sectores, de todo nuestro pasado. América salió de la guerra sin sectores, sin pasado orgánico ninguno. Quedose limpia, dispuesta para un atomismo informe. Sin duda sobrevivieron las individualidades, conservando dentro de ellas la vieja América. Pero la idea y el impulso que las engendró había desaparecido. América, como mar sin límite, se extiende sobre una época que carece de jefes o ideas»[3].

[3] Waldo Frank, *The Re-Discovery of America*, New York, Charles Scribner's Sons, 1929. Vela cita siempre este libro por la traducción de J. Héctor de Zaballa: Waldo Frank, *Redescubrimiento de América*, Madrid, Revista de Occidente, 1929. (N. del Ed.)

No queda más que «la semilla que ha caído en tierra», el individuo, el átomo. No hay en toda esta época más historia que la económica; es decir, no hay historia ninguna. Los hombres son átomos económicos empujados solamente por el afán capitalista, por el impulso industrial, a los que se ha soltado en un mundo vacío y rico.

Era como si se hubiera roto de pronto un dique y se desbordara el agua represada; como si se hubiera quitado la barrera que impide el paso de los caballos, y el tropel se lanzara al galope a quién primero alcanzase una meta lejana, desconocida, que acaso no existía. En efecto, se había roto la barrera: el paralelo 36° 30' trazado a través del continente como límite de dos mundos. Imagínese que de un lado de esta línea, al sur, viviera la Roma antigua, pueblo agrícola de latifundistas, servidos por esclavos, y del otro, al norte, un pueblo modernísimo, libre, industrial, servido por máquinas, cada uno de ellos pugnando por extenderse hacia el otro o, al menos, contrapesar su influencia, y ambos dentro de la misma nación, y se tendrá una idea de los conflictos, complicaciones y obstáculos que impedían el desarrollo completo de esta nación. Cuando los Estados modernos europeos luchaban entre sí, lo hacían casi desde el mismo nivel de pensamientos, creencias y costumbres; pero esta lucha extraña, anacrónica, entre un Estado de la antigüedad y un Estado del siglo XIX solo aconteció en Norteamérica. La guerra civil fue la manifestación violenta de esta antítesis, y su solución sangrienta. Hasta entonces no existía la posibilidad del desarrollo prácticamente infinito que brindaban la extensión y los recursos naturales del país. Una técnica basada en el trabajo servil es forzosamente limitada: primero, porque la abundancia de mano de obra barata hace innecesarias las invenciones mecánicas que la ahorran; segundo, porque llega un momento en que la multiplicación de los esclavos, por compra o por propia reproducción, no marcha a la par con las necesidades presentes y las perspectivas futuras de la producción. Roma, que no había creado una técnica mecánica, se paralizó en cuanto le faltaron esclavos.

Los estados meridionales de Norteamérica tenían que disponer de un número cada vez mayor de esclavos; en cambio, los estados

libres del norte habían suprimido sus esclavos humanos porque tenían otros que podían multiplicar a capricho en proporciones inmensas: las máquinas. En aquel tiempo, poseer una máquina de vapor era ser dueño de quinientos esclavos. Después, las máquinas de vapor rindieron diariamente el trabajo de 234.000 esclavos y hoy existen dínamos y turbinas equivalentes, cada una, a nueve millones de esclavos. Una docena de estos ingenios rinde tanto como toda la población de los Estados Unidos; multiplicar su número es tanto como multiplicar *n* veces el número de habitantes. Pero los estados esclavistas del sur sabían que el imperio de la maquinaria significaba también el predominio político y económico de los estados libres del norte y del este.

Norte y sur

Lo que está en el germen perdura hasta el fin del organismo. La colonización de Norteamérica había empezado por dos sitios distantes entre sí: Virginia, al sur; Massachusetts, al norte. Durante mucho tiempo las colonias septentrionales vivieron separadas. Aquellas habían sido fundadas por puritanos, libres de toda traba, unidos por el «Compact», firmado a bordo del *Mayflower*, un verdadero pacto social anterior a las doctrinas de Locke y Rousseau. En cambio, en Virginia, la más antigua, el «Viejo Dominio», los primeros pobladores, enviados por compañías mercantiles, llevaban cartas y patentes del rey de Inglaterra; los *cavaliers* que allí se refugiaron huyendo de la revolución inglesa, acabaron por imprimirle un carácter netamente aristocrático. Al constituirse las colonias intermedias, Maryland –Tierra de María, fundada para refugio de los católicos–, Nueva York, Pensilvania, Delaware, estas tendían, por afinidad natural, a unirse con las del norte, mientras que el grupo del sur se dilataba con las dos Carolinas y Georgia. Así, pues, desde los primeros tiempos hubo un norte y un sur, separados, distintos: un norte de granjeros, pescadores, comerciantes, pequeños industriales que trabajaban por sí mismos, y un sur de plantadores, propietarios de extensas tierras, ricos, aristócratas, amos de esclavos que trabajaban por ellos. Esta contraposición late en el fondo de

toda la historia política, social y económica de los Estados Unidos y de continuo emerge a la superficie, con mayor o menor intensidad, en las formas más varias e incluso contradictorias. Las disputas entre federalistas y liberales o descentralizadores, entre Jefferson y Hamilton, entre esclavistas y abolicionistas, entre republicanos y demócratas no son más que manifestaciones distintas de esta última controversia del norte y el sur, que aún se prolonga hoy, tres cuartos de siglo después de la victoria militar de los ejércitos norteños.

Ya en el período constitucional existían el plan de Virginia y el plan de Nueva Jersey: aquel, a favor de un Congreso en que los estados particulares tuvieran idéntica representación numérica; este, a favor de un Congreso compuesto de representantes en número proporcional a la población. Bajo esta diferencia, que parece una justa defensa de los pequeños estados contra los grandes, se esconde la lucha de dos tendencias: la que pretendía formar una verdadera nación y un verdadero gobierno nacional y la que aspiraba solamente a una federación de estados; la una, movida por una fuerza centrípeta y unificadora; la otra, de impulso centrífugo, que quería mantener a cada estado en una casi independencia respecto a los demás. La solución fue un compromiso: el Congreso se compondría de un Senado con dos senadores por cada estado, cualquiera que fuese su tamaño y población, y una Cámara integrada por representantes de cierto número de habitantes.

Estas dos fuerzas, centrípeta y centrífuga, constituyen una tensión mecánica, un sistema de estímulo y freno recíprocos, fuente de conflictos, pero también de vitalización del país, que no le permiten amodorrarse en una estructura estabilizada de una vez para siempre. No se crea, sin embargo, que hoy los centralizadores querrían transformar la unión de los estados en un solo Estado, a la manera de los constituidos en Europa por los monarcas absolutos, o que los descentralizadores aspiran a la dispersión de los estados. Es cuestión de matiz y límite; se trata de tendencias que llegan en su camino hasta cierto punto, y de él no pasan.

Pero en aquel tiempo, el amor de los aristócratas del sur a la conservación de los derechos soberanos de cada estado era muy semejante al amor de los señores feudales a sus derechos contra el poder unificador y central de los reyes. ¿No habían tratado los ocho nobles que fundaron, en 1663, la Carolina, en el territorio al sur del paralelo 36, que les fue concedido por carta patente del Carlos II, de implantar una verdadera Constitución feudal escrita por Locke? La contraposición se manifestaría en otras muchas cuestiones, tales como las tarifas proteccionistas de aduanas, que encarecían los productos industriales a los consumidores del sur; la creación de una Banca nacional, temida por el sur porque los banqueros norteños eran los mayores prestamistas del Gobierno federal, y, en fin, la cuestión de la capital, que los del norte no querían más abajo del río Delaware ni los del sur más arriba del río Potomac, y que, al fin, se estableció en las mismas orillas de este último río.

El litigio se agrió cuando varias leyes centralizadoras del presidente Adams fueron declaradas anticonstitucionales por el Parlamento del estado de Virginia, y el de Kentucky proclamó el derecho de cualquier estado a considerar nula y sin valor en su territorio una ley aprobada por el Congreso federal si a su juicio violaba la Constitución. Este derecho a la nulificación de una ley federal significaba nada menos que el derecho de los estados a romper la Unión. Por su parte, los estados del norte declararon preferir la ruptura de la Unión a su sumisión a los estados del sur, cuando, por la compra de la Luisiana a Napoleón, temieron que aquel inmenso territorio, del cual saldrían doce estados, diera al sur la preponderancia política en la República federal. Se coqueteaba con la amenaza de escisión. Pero este conflicto ya se enlazaba directamente con la cuestión de la esclavitud, y es fuerza entrar en algún detalle, porque con ambos problemas –norte y sur y derechos de los negros– tendrá que habérselas siglo y pico después Franklin Delano Roosevelt.

En el escudo de la Universidad negra de Tuskegee figura solamente un símbolo: la flor del algodonero. Es el orgulloso blasón, la flor de lis de los negros. A ella debieron su antigua esclavitud, pero la aman intensa y fielmente como muchas veces se ama el sufrimiento propio porque es toda nuestra vida y está entretejido con todas nuestras esperanzas y alegrías. Separar lo uno de lo otro sería deshacer los nudos de la trama y deshilachar el tapiz. En el escudo, la flor resplandece blanca y limpia, como la flor nueva de una primavera, pero ellos la ven impregnada de su sangre, de sus lágrimas y sudores, nacida de su esfuerzo y de su pena.

Primero, los negros se esclavizaron a sí mismos; luego, los esclavizó el algodón. En 1624 llegaron los primeros veintitrés negros a Virginia. Eran dóciles, baratos, trabajadores, resistentes a los rigores del caluroso clima, y los plantadores encargaron más negros a los capitanes de los veleros que costeaban el continente africano. Al principio se limitaron a transportar los prisioneros de guerra de los reyes y señores africanos; después se estableció la trata organizada en gran escala. ¿Cuántos pasaron así, desde el siglo XVII al XIX, en cargamentos de cuatrocientos a quinientos por velero? Hay quien habla de treinta millones. Según los documentos de la época, la condición jurídica de los primeros negros era la de «servidores». Pero los negros pedían adelantos a sus señores e, incapaces de pagarlos, los nuevos adelantos y los intereses de los antiguos se acumulaban. Los tribunales resolvían los litigios condenando a los deudores a suscribir compromisos de trabajo por solo el sustento y la ropa, durante un año, cinco, diez, veinte, toda la vida; generalmente, la deuda y el compromiso pasaban a la descendencia. Los tribunales, pues, crearon legalmente la esclavitud. En el siglo XVIII, las plantaciones de tabaco sufrieron una grave crisis; los dueños trataron entonces de sustraerse a la obligación de sustentar a sus esclavos desembarazándose de ellos. Cuando comenzaban a manumitir a los sobrantes, las plantaciones volvieron a la abundancia. Se habían inventado en Inglaterra las máquinas de vapor para hilar y tejer, que demandaban cantidades ingentes

de algodón; se había inventado en Norteamérica una máquina para separar la grana de la flor. Los plantadores necesitaban un número cada vez mayor de negros.

La esclavitud se reafirmó y creció como un monstruoso cuerpo extraño en el país de las libertades. El Congreso carecía de poderes constitucionales para suprimir la esclavitud en los estados donde ya estaba instituida, y tanto el norte como el sur, en la imposibilidad de preponderar, cuidaron de mantener la igualdad. Cuando ingresaba en la Unión un nuevo estado «libre», se restablecía el equilibrio con la admisión de un estado esclavista. El curso del Ohio, más tarde el paralelo 36° 30', señaló por algún tiempo el límite de las dos zonas. Al norte de esta línea no habría esclavos nunca más.

Con la anexión de Texas y de los territorios conquistados a México surgió de nuevo la cuestión de quién predominaría en estos estados: el norte o el sur. Estos conflictos se resolvían siempre por transacciones y compromisos. Pero varios estados del norte votaron leyes de «libertad individual» que de hecho anulaban la ley contra los esclavos fugitivos votada por el Congreso de la Unión. A veces se libertaba por la violencia a los esclavos fugitivos apresados por las autoridades federales, y una organización secreta los hacía pasar, de protector en protector, al Canadá por el que se llamó «camino subterráneo». Al constituirse el estado de Kansas, para el que se acordó que los colonos decidirían por sí mismos la cuestión de la esclavitud, norte y sur enviaron apresuradamente, como dos ejércitos de invasión, pobladores que libraron verdaderas batallas. Por fin, en 1856, el partido republicano proclamaba en su programa el derecho y el deber del Congreso a abolir la esclavitud en todo el territorio de la Unión. A su vez, el partido demócrata, defensor de las libertades de los estados, cuya unión había impedido el triunfo de los republicanos centralizadores y abolicionistas, se dividió en demócratas del norte y demócratas del sur.

En 1860 fue elegido presidente el republicano Lincoln. Aunque el nuevo jefe del Estado, que llevaba en una mano la Biblia y en otra la Constitución y daba a esta el papel de Biblia y viceversa,

no pretendía, por el momento, suprimir la esclavitud en los estados donde ya existía, los senadores y funcionarios federales de Carolina del Sur dimitieron, y una Convención de este estado votó una ordenanza que rompía sus lazos de unión con los demás. Pronto le imitaron otros estados para formar juntos los «Estados Confederados», en contraposición a los «Estados Unidos». La diferencia entre confederación y unión marcaba la misma tendencia que hemos visto iniciada por Virginia en el período constituyente.

La Unión trató de evitar la guerra; el Congreso declaraba inviolable la esclavitud ya instituida, y algunos estados modificaron sus leyes sobre la libertad individual. Pero el conflicto era mucho más profundo. Existía en el país una contradicción fundamental que era preciso resolver por la victoria definitiva y total de uno de los principios. La esclavitud –en realidad, el particularismo centrífugo del sur– amenazaba a la Unión. El sur defendía su libertad contra el sistema político de los Estados Unidos, pretendía luchar por sus derechos constitucionales, aunque solo luchaba por la libertad y el derecho de mantener esclavos. Con ello detenía el desarrollo del vasto país destinado a ser una sola nación. Ante este obstáculo, también el oeste quería separarse del norte y del sur, obcecados en este problema que consumía todas las energías.

Lincoln apareció en medio de la tormenta como un feo gigante, de rasgos enérgicos y ojos melancólicos, aureolado por la luz del amor al prójimo y la fe en el ideal americano por encima de toda ley constitucional. Ante el dilema «Unión o esclavitud», escogió resueltamente el primer término. El 12 de abril de 1861, el bombardeo del fuerte Sumter por los confederados abría la guerra civil, «la guerra del Peloponeso» anunciada por Jefferson. En septiembre de 1862 Lincoln proclamaba la libertad de los esclavos; era, por el pronto, una simple medida militar para sembrar la rebeldía en la retaguardia enemiga, pero la abolición se convirtió en principio fundamental de la organización americana. El 9 de abril de 1865, el general confederado Lee se rendía a las tropas unionistas del general Grant. Cinco días más tarde, Lincoln caía asesinado de un pistoletazo por la espalda en su palco del Teatro Ford.

Vinieron después las orgías de la mal llamada «reconstrucción», los gobiernos «negros» sostenidos por las tropas del norte; una época de dilapidación, corrupción, inercia, en la que la población blanca del sur tuvo que defenderse por sí misma. Las cabalgatas nocturnas de los blancos fantasmas del Ku-Klux-Klan, con antorchas flamígeras en la mano, aterrorizaban las imaginaciones pueriles y supersticiosas de los negros. Cuando el terror no bastaba, se acudía a la represalia violenta y secreta. No hubo remedio hasta que las personas respetables del sur –antes confederados– volvieron a asumir los cargos públicos.

En 1870 se añadió a la Constitución federal la enmienda quince: «El derecho de voto de los ciudadanos no será suprimido o limitado por los Estados Unidos ni por ningún estado bajo ningún pretexto de raza, color o esclavitud anterior». Pero el sur ha encontrado rodeos, como el impuesto electoral y el examen constitucional, para privar a los negros del derecho al voto, y leyes como las «Jim Crow Laws», que impiden su contacto con el blanco y los relegan a una condición humana inferior. Por si esto no bastase, hay también la fuerza de las costumbres, la coacción social, el linchamiento. ¿Quedó terminada la cuestión negra? «Los vencedores de la guerra de Secesión –escribe André Siegfried– creían resolverla suprimiendo la esclavitud. Lo que quedó ha sido peor: un odio de raza. En cierto sentido, la esclavitud era una solución, una jerarquía; actualmente no existe más que la mortal superposición de una raza a otra, mantenida por la intimidación, fuera de toda legalidad»[4]. En el sur reinaba un régimen familiar entre plantadores y esclavos; después, se libertó al negro de tales lazos, se le privó de todas esas envolturas y protecciones, y hoy, sin haber perdido las desventajas de su posición inferior, es también un individuo, un átomo lanzado al torbellino de las fuerzas económicas desencadenadas en el gran espacio norteamericano. Con todo, lo peor no es el odio de razas, señalado por André Siegfried, sino la obsesión del negro en las almas blancas; una obsesión en que se mezcla el temor con un cierto matiz de atracción, porque muchas veces se teme lo que

[4] André Siegfried, *Les Ètats-Unis d'aujourd'hui*, Paris, Librairie Armand Colin, 1927. (N. del Ed.)

seduce. Ninguna obsesión es buena para un individuo, y menos para un pueblo entero, porque opera los efectos de un encantamiento. Pero tampoco la guerra civil aplacó la eterna disputa entre el norte y el sur, y todavía, casi un siglo después, veremos a Franklin D. Roosevelt pugnar por desarrollar aquel sentido de unidad nacional que el norte creyó triunfante después de su victoria militar.

«La era del instinto»

Con el disparo que mató a Lincoln se abría lo que alguien denomina «era del instinto»[5] y otros la «segunda revolución americana», que al destruir la base económica de la aristocracia terrateniente, propietaria de esclavos, asegurase el triunfo de los hombres de negocios. Diríase que Lincoln había sido llamado exclusivamente para sentar las condiciones previas del gigantesco desarrollo económico del país. Una vez suprimidos los obstáculos, Lincoln desapareció con todos sus proyectos idealistas. Los hombres representativos fueron en adelante los Rockefeller, Vanderbilt, Hill, Astor, Morgan, que fundaron y unieron, como los huesos, músculos y nervios de un organismo -los ferrocarriles, el petróleo, el acero, las finanzas-, para formar el cuerpo, todavía sin alma, de los Estados Unidos. Acaso este período puramente instintivo fue absolutamente necesario e inevitable, como lo es la niñez en la vida del hombre. Si la esclavitud había sido un obstáculo, acaso lo hubiera sido también el idealismo. Será mucho después, cuando el organismo se encuentre en su pleno desarrollo físico, cuando pueda comenzar a ponerse al servicio de las ideas. Pero, en 1880, los Estados Unidos van a ser, sin traba, hasta la exageración, el sueño de los inmigrantes. El europeo ha dejado patria, hogar, familia, vecindad, costumbres, tradiciones, historia, leyes, decretos, policía, lazos, presiones de todo género; llega desnudo, y solo desea libertad y éxito. El ancho espacio americano le ofrece ambas cosas; cuando agota sus posibilidades en un lugar o comienza a sentir la opresión de una sociedad que se consolida y organiza, huye más adelante, siempre al oeste, donde vuelve a ponerse en contacto con una naturaleza primitiva. Si antes

[5] Lo hace Waldo Frank en *The Re-Discovery of America*, cit. (N. del Ed.)

dejó a Europa, ahora deja Nueva Inglaterra para irse al Misisipi y seguir más tarde a Texas y California. A los que permanecen en el este, esta expansión les suministra una gran población consumidora, un mercado creciente.

El remanso de *Hyde Park*

Pero en *Hyde Park*, la campestre mansión de los Roosevelt, se remansaba el tiempo viejo, el ambiente anterior a la guerra civil en las casas de las antiguas familias acomodadas. Las horas transcurrían lentas, sin el apresuramiento angustioso de los minutos. Olores de viejas maderas coloniales embalsamaban el pasado como en caja de cedro. Si en algunos sitios se sentían, como escribe el historiador E. Oton Happ, «las pulsaciones de una existencia más humana y más espiritual entre las disonancias del principio utilitario y de la calamidad del dólar», *Hyde Park* podía ser uno de ellos. Allí, al abrigo del torbellino de los grandes negocios, iba a crecer el alma serena y sonriente de un jefe de Estado, cuya superioridad sobre el pueblo circundante sería reconocida, contra todos los precedentes de la historia política, en cuatro elecciones sucesivas.

II. SIETE GENERACIONES

Las rosas

El apellido de los Roosevelt no sería Roosevelt si su primer antepasado conocido no hubiera tenido el capricho o la necesidad de añadirlo a su patronímico. Él se llamaba Claes Martinszen, es decir, Claes, el hijo de Martín, o si ustedes quieren, Nicolás Martínez. Pero los Martínez holandeses debían de abundar tanto como los españoles cuando Claes, para distinguirse, agregó al apellido familiar el nombre de su pueblo natal: Het Rosenvelt (Campo de Rosas), en la isla de Tholen, junto a Zeelandia, a la desembocadura del Rin. A la granja que compró en Nueva Ámsterdam (hoy Nueva York) la llamó *Rose Hill* (Colina de las Rosas); *Rosedale* (Valle de las Rosas) fue el nombre de la finca de Isaac Roosevelt, el abuelo de Franklin. Y para acreditar esta ascendencia floral de Holanda, tierra de rosas y crisantemos, uno de los descendientes escogió para su escudo tres rosas rojas en campo de plata sobre el lema *Qui plantavit, curabit.*

A sus dieciocho años, Claes se había enrolado en una de aquellas tripulaciones que en 1613 abandonaron el puerto de Ámsterdam, deslumbradas por la visión de un país inmenso, extraño y rico que describía el capitán inglés Henry Hudson, predicador de la aventura en el recinto oscuro de las tabernas marineras.

La fortuna de los españoles en América encendía afanes quiméricos en todas las almas de aquel tiempo. Hudson había recorrido la costa de Norteamérica y penetrado profundamente en el río que lleva su nombre, en busca del paso septentrional a las codiciadas Indias. Los holandeses, más prácticos, sin la pretensión de fundar una nueva Sión como los puritanos ingleses que arribaron siete años después, dedicáronse al comercio de pieles de castor y zorro con los indios aborígenes. Pero mientras su barco permanecía meses enteros acostado a la orilla del Hudson, a modo de depósito comercial, el pequeño Claes, mal avenido con la quietud y hostigado por la curiosidad, se internó con dos compañeros de expedición, exploró la comarca próxima, corrió de tribu en tribu, trató con los mohicanos y mohaws y al fin cayó en poder de los maquaas. Su capitán le rescató meses después, a cambio de abalorios y otras chucherías. Probablemente siguió viviendo después entre las tribus, pues hasta muchos años más tarde no aparece su nombre en los documentos de los holandeses, gente puntual y minuciosa en anotar todas sus vicisitudes. En todo caso, ya a sus cuarenta, sentó la cabeza y adquirió en la península de Manhattan la granja de *Rose Hill*, la actual *Murray Hill*, que se extendía por el sur hasta donde hoy se cruzan la Cuarta Avenida y la calle 29. La vivienda, modestísima, se levantaba en el lugar ahora ocupado por el rascacielos de la New York Life Assurance.

Nueva Ámsterdam era entonces un puesto de comercio de pieles, un poblado de sucias calles, transitadas por marineros borrachos, amigos de camorra y grescas, al amparo de un mal fuerte de empalizadas y terraplenes. Estaba regida por la mano fuerte de Peter Stuyvesant, cuyas primeras providencias fueron la prohibición del alcohol –la primera Ley Seca– y la acción contra los cerdos que hozaban y destruían los muros de tierra del fuerte. No es extraño que en 1664 Stuyvesant tuviera que rendirlo sin resistencia a los ingleses.

Desde entonces, los Roosevelt acompañaron paso a paso el desarrollo de Nueva York. Agricultores, cuando la ciudad era casi campo; comerciantes después, industriales al establecerse las primeras fábricas; propietarios de terrenos en los comienzos de la

especulación del suelo; banqueros en la iniciación del poderío de la Wall Street; navieros cuando Nueva York llegó a gran puerto; amigos del confort cuando ya la holgura económica permitió la comodidad y el ocio; gente distinguida al cuajarse el primer núcleo de una alta sociedad. Los mismos estratos que tiene la actual Nueva York bajo sus pies pueden hallarse en las sucesivas generaciones de la familia Roosevelt. Y siempre la voz del Hudson sonando en su oído como sonaba en la oreja de Nueva York.

Claes y sus hijos en Nueva Ámsterdam

Claes casó con una compatriota, la holandesa Jannetze Thomas, y de ella tuvo seis hijos, a los que dejó tierras, casas y dinero, ganados con sus caballos, vacas, patos, gallinas y cerdos. Con Nicolás, su hijo varón, el apellido insólito y diferenciador, Rosenvelt –transformado a la inglesa–, predominó sobre el vulgar y común y ya nunca más se volvió a hablar de los Martenszens. También Nueva Ámsterdam se había convertido en Nueva York.

En el segundo, Nicolás, se repite la vida del padre; primero, el hervor de una aventurera sangre juvenil le devuelve, desde la apacible granja familiar, al Hudson, feliz en medio de los bosques, o en su canoa siguiendo el curso de cualquier afluente, cuando trataba por signos con sus grandes amigos los indios o armaba al borde del agua sus trampas para castores. En el pueblo ribereño de Esopus (hoy Kingston) casó con una muchacha de familia holandesa y alemana, compró tierras, levantó su hogar y le nacieron cinco de sus ocho hijos. Pero de súbito vendió canoas y trampas y volvió a la ciudad. Allí abrió tienda, instaló un molino y a la entrada del siglo era regidor. Así se inauguró la carrera política de los Roosevelt.

Las dos ramas

En Nicolás se parte el tronco en dos ramas principales, que podemos llamar, no por el punto de origen, sino por el lugar donde fueron a

prender, los Roosevelts de *Hyde Park* y los Roosevelts de la bahía de las Ostras, cada una de ellas cogollo de innumerables ramas consanguíneas y afines que formaban como dos partidos familiares y hasta dos grupos temperamentales distintos: uno pausado y comedido; otro, sacudido de pronto por arrebatos de excentricidad. De los hijos de Nicolás, Johannes y Jacobus, saldrían, tras el mismo número exacto de generaciones, como si la sangre necesitara para dar su flor idéntico número de trasiegos, dos presidentes de la República, el trepidante y espectacular Teodoro y el sereno e íntimo Franklin, el cazador de leones y el coleccionista de sellos.

Había otro hermano, el mayor, Nicolás también de nombre, paciente orífice, siempre recoleto entre sopletes y crisoles. En cambio, Johannes y Jacobus se lanzaron a la vida de los negocios, en compañía, aunque con el tiempo los descendientes de Teodoro tratasen de «mavericks» a los de Franklin.

Nueva York había crecido hasta los veinte mil habitantes, casi tantos como Boston y Filadelfia. Wall Street no marcaba ya el límite de la ciudad. Broadway recibía –dice un norteamericano– «su nombre inmortal» y, como el lado oriental de la Quinta Avenida, comenzaba a poblarse de casas para los hombres de pro: el capitán de la «Royal Navy», el recaudador del puerto, el *speaker* de la Asamblea, el Justicia y, una tras otra, señalando la ascensión de una familia a la riqueza, las mansiones de los Mortier, los Bayardo, los De Lancey, los Warren. En las calles mezclábanse escoceses, irlandeses, holandeses, alemanes, judíos, y en los muelles las Indias Occidentales volcaban toda su riqueza colonial de colores, sabores, perfumes: el índigo, las frutas y ese espeso olor a ron del azúcar moreno y la melaza de caña que es el olor de las Antillas. Era una ciudad exclusivamente comercial. «A pesar de toda su opulencia y esplendor –diría años después un visitante bostoniano–, se encuentra muy poca gente cultivada... En sus reuniones son incapaces de una conversación agradable... Hablan muy fuerte, muy de prisa y todos a la vez», un rasgo que se ha conservado bastante bien.

Johannes y Jacobus, conocidos pronto a la manera inglesa por John y James, participaron en mil negocios. Almacenistas, comerciantes en aceite de linaza, fabricantes de chocolate; su mejor asunto fue, sin embargo, sus compras de terreno en el «Swamp», una parte de la ciudad que se desarrollaría más rápidamente que las otras. A su muerte, ya cumplidos los ochenta, Jacobus dejaba 4.200 libras en dinero y propiedades en Nueva York City, en las orillas del Hudson y en lo que hoy se llama Brooklyn, y once hijos de su mujer, Catalina Haidenbroock, de ascendencia holandesa entroncada con la gran familia de los Philipse, oriunda de Bohemia. Unos miles más en la caja y unas gotas de otra sangre europea en las venas.

La guerra de Independencia

La cuestión en que intervino su hijo Isaac comenzó por unas cajas de té que llegaron al puerto de Boston. Unos bostonianos disfrazados de indios mohicanos subieron a bordo y las arrojaron al agua. Pero el origen no fue realmente el té, sino el impuesto sobre el té, y si vamos a decir verdad, tampoco el impuesto sobre el té, reducidísimo, resto de unas míseras tarifas de aduanas que el gobierno inglés había tenido que anular por la protesta de las colonias de Norteamérica. Para acabar, tampoco se trataba de los derechos aduaneros ni del impuesto del timbre, también derogado poco antes por igual motivo. Lo que disputaban las colonias inglesas con su metrópoli era el derecho del Parlamento de Westminster a imponerles tributos que no fueran acordados por ellas mismas. Este derecho a votar sus propias contribuciones no era un derecho vago reclamado por revolucionarios, sino un privilegio concedido textualmente a las colonias en las cartas y patentes reales.

Anteriormente, cuando Londres pretendió exigir el impuesto del timbre y las tarifas de aduanas, las colonias acordaron abstenerse de consumir mercancías inglesas. Nueva York prefirió cortar su próspero comercio con la metrópoli a perder sus fueros. En los norays de los muelles gemían lastimeramente los calabrotes de los buques vacíos. Dimitían los jueces. Los habitantes se dedicaban

a los oficios manuales, para sustituir las manufacturas inglesas, y dejaron de comer carnero a fin de disponer de más lana. Era la resistencia pasiva, semejante a la predicada por Gandhi en la India, pero practicada por un pueblo vigoroso alimentado de carne. «Los ingleses –dice el ingenioso Aldous Huxley– eran fuertes porque comían mucha carne. Si los indios se atracasen tanto, arrojarían a los ingleses de la India. Gandhi ha comido carne tres o cuatro veces. Por esto acaso le faltó tan poco para echar de la India a los ingleses».

Inglaterra había tenido que prescindir de los impuestos, Pero tomó por la tremenda el incidente de Boston, envió tropas, suprimió los derechos y las libertades anteriores de las colonias. No había entonces en la metrópoli, como en 1838, al sublevarse Canadá, un lord Durham capaz de aconsejar la concesión de un Parlamento común a las colonias norteamericanas que les permitiese vivir autónomas dentro del Imperio. Esta era, justamente, la solución que ofrecían las colonias a Inglaterra; le regalaban nada menos que la fórmula del «Commonwealth» británico, que después, aleccionada por el fracaso, aceptó para el Canadá, extendió más tarde a otros dominios y es hoy el fuerte lazo de unión de su Imperio. Pero la despreció.

Las trece colonias inglesas no pensaban todavía en separarse de la metrópoli. En plena rebelión continuaron afirmando su fidelidad al rey de Inglaterra y a la madre patria. Si pedían el derecho a votar sus impuestos era, justamente, como ingleses; queremos, decían, nuestros derechos de ingleses. «Permitidnos ser tan libres como vosotros y consideraremos siempre como nuestra mayor dicha y gloria la unión con vosotros».

Los neoyorquinos seguían entonces las costumbres inglesas al pie de la letra: vestían a la moda de Londres, se reunían en clubs semejantes a los londinenses y sentían el orgullo de ser ciudadanos ingleses. Anhelaban la libertad unidos a Inglaterra, y solo cuando vieron la imposibilidad de conciliar ambos términos se resolvieron por la independencia. Llevaban ya más de un año de guerra. El 19 de abril de 1775 había sonado el primer disparo en Lexington;

la Declaración de Independencia fue aprobada por el Congreso de Filadelfia el 4 de julio de 1776. Era la réplica del «Compact» firmado en la cámara del *Mayflower* el 11de noviembre de 1620. El «Compact» decía: «Los abajo firmantes, leales súbditos de nuestro Augusto Soberano, nuestro señor el rey Jacobo, por la gracia de Dios, Rey de Gran Bretaña, Francia e Irlanda, defensor de la fe, etc. Habiendo emprendido, por la gloria de Dios y la prosperidad cristiana y el honor de nuestro país, un viaje para establecer la primera colonia en la región septentrional de Virginia, hacemos por la presente, solemne y mutuamente, a presencia de Dios y unos de otros, pacto y convenio de constituir juntos un cuerpo civil político», etc. «Apelamos –decía el documento de 1776– al Juez Supremo del Universo, que conoce la pureza de nuestras intenciones, y manifestamos y declaramos que estas colonias son de hecho y derecho estados libres e independientes y no deben fidelidad ni obediencia a la Corona de Inglaterra... Y en apoyo de esta declaración, con una firme confianza en la Divina Providencia, empeñamos nuestra vida, nuestro honor y cuanto poseemos».

Tampoco Isaac Roosevelt fue al principio un separatista revolucionario. En sus primeros momentos, el conflicto se presentaba como una lucha entre *whigs* y *tories*, tan ingleses los unos como los otros. Isaac era un *whig*, un liberal, y como otro *whig* cualquiera, moderado y amigo del orden. Lo era también por temperamento, posición y relaciones sociales. Fue el primer Roosevelt que recibió una educación superior a la enseñanza de las escuelas públicas de la época. Durante sus veraneos en el Hudson, donde su abuelo había traficado con los pieles rojas, conoció a los hijos de las familias ricas que vivían entre Esopus y Albany; después sentó su hogar en Wall Street, fundó una de las primeras grandes refinerías de azúcar y llegó a ser ciudadano importante de Nueva York, gran amigo de los Walton, cuya magnífica mansión en la Queen Street aspiraba a palacio de lord.

Un día de abril de 1775, entró al galope por las calles de Nueva York, como en las películas del Oeste, sobre un caballo sudoroso, un jinete dando la alarma en todas las casas del camino: las tropas

inglesas habían matado a siete ciudadanos de Lexington. La gente se arremolinaba, se enfurecía a sí misma en corrillos que eran como hogueras. Quien se acercaba, enrojecía como si empezase a arder y salía con movimientos de llama. Cada uno era un leño añadido al fuego. El gobierno de Su Majestad británica en la provincia de Nueva York había dimitido, y la ciudad se habría precipitado en la anarquía si un grupo de hombres moderados no hubieran asegurado la paz, el buen orden y la propiedad privada, esperanzados de conseguir aún la reconciliación entre Gran Bretaña y América. A este grupo pertenecían Isaac Roosevelt, William y Abraham Walton y otros *tories*. Pero llegó el momento de la decisión. Algunos se retiraron al campo, convencidos de que se había cerrado prematuramente la puerta de las negociaciones. Abraham Walton y otros permanecieron en Nueva York, ocupada por los ingleses, siguiendo el lema *business as usual* (negocios como siempre), repugnante en coyuntura semejante, pero qua alguien debe cumplir –para ello existen, providencialmente, ciertos individuos–, a fin de asegurar la continuidad de la vida en las grandes conmociones.

Isaac rompió con sus amigos *tories*, dejó casa y negocios y salió valientemente de Nueva York hacia un porvenir incierto y peligroso. «Isaac el patriota», le llama un biógrafo. Ya cincuentón, empuñó las armas, dio todo el hierro y cobre de sus propiedades para fundir balas, ayudó con dinero al partido de la independencia, intervino en la Constitución del estado de Nueva York, fue senador del Estado y acabada la guerra finó de director del Banco de Nueva York, que había fundado con otros hombres de negocios. Su heredero fue su hijo James, el quinto de los diez tenidos de su mujer Cornelia Hoffmann, de ascendencia finesa, alemana, francesa y sueca.

El injerto inglés

Elementos de todos los países de Europa se funden en la sangre americana, como el antiguo farmacéutico tomaba unos gramos de todos los tarros de la botica para formar «la triaca máxima». Una u otra de las drogas, o si no, la mixtura de todas, operaría su efecto.

«No es un americano típico», decían de Roosevelt sus adversarios. Sus partidarios contestaban: «El típico *Commonwealth* americano, según Wilson, es una mezcla de todas las razas de América; por manera análoga, el americano típico no es aquel cuya ascendencia se remonta por ambos lados a Inglaterra o a cualquier otro país de Europa, sino aquel en cuyas venas, como en Franklin D. Roosevelt, se juntan las sangres de muchas naciones europeas; en este sentido, Roosevelt es el americano típico».

Aún faltaba en la mezcla el ingrediente principal que vigoriza a los demás como el hierro al anémico: la sangre inglesa. Este es el fundente, el catalizador, compuesto a su vez de las sangres más conquistadoras de Europa: vikingos, daneses, romanos, sajones y normandos.

La primera infusión se realizó cuando James, el propietario de medio Harlem, que vendió por cuatro cuartos para retirarse al Hudson, casó con María Elisa Walton, la hija de Abraham Walton, el *tory*. A decir verdad, su hijo Isaac, el abuelo de Franklin, no resultó un producto muy lucido. Había estudiado medicina, pero fue un médico muy extraño: nunca abrió consulta, y para alejarse más de la práctica de la profesión se pasó la vida leyendo exclusivamente libros de la historia de la Medicina, así como para distanciarse más de la ciudad compró el *Rosedale*. Su mujer, Mary Rebeca Aspinwall, era de pura sangre inglesa, descendiente de Peter Aspinwall y de John Howland, uno de los peregrinos del *Mayflower*, dos familias navieras que, al fin, se unieron en la firma *Howland & Aspinwall*, famosa por la velocidad de sus clípers que hacían el comercio con Inglaterra, el Mediterráneo y el Pacífico. «Recordando este antecedente –escribe Schriftgiesser–, podemos imaginar cómo la sal marina saltó a la sangre de Franklin D. Roosevelt»[6], marino fracasado por la voluntad de sus padres, que vivió paralítico entre imágenes de barcos sin empuñar otro timón que el que figuraba un pisapapeles sobre su mesa.

[6] Karl Schriftgiesser, *op. cit*. (N. del Ed.)

Ya los Roosevelt eran una familia muy extensa; algunas ramas brillaban a la luz, otras se sumían en la oscuridad. En la razón social de muchas empresas figuraba el apellido de Roosevelt solo o acompañado: Roosevelt & Co., Roosevelt & Son, Roosevelt & Duffie, Roosevelt & Joyce. Pero no todos los Roosevelt eran negociantes; lejos del fuerte tronco, allá por las ramas colaterales, surgía gente de otra condición: militares, clérigos protestantes y hasta un arzobispo católico de Baltimore: James Roosevelt Bayley, que se convirtió al catolicismo por influjo de su tía Isabel Ann Bayley, la madre Seton, fundadora de las Hermanas de la Caridad y propuesta para la canonización.

Los extraños

En la línea de Johannes o de la bahía de las Ostras, holandesa pura hasta la sexta generación, continuaba la producción de individuos sólidos, grises, sin imaginación, pero, a veces, de súbito, esta sangre tranquila se disparaba hacia lo imprevisto para volver en seguida a su lenta fluencia. No solo daba el salto a la política, como en James S. Roosevelt y en Robert B. Roosevelt, tío carnal del presidente Teodoro, sino que también encontramos a ese mismo James como autor de libros sobre peces y pájaros; a uno de los muchos Nicolás Roosevelt, inventor desgraciado que discutió a Fulton la primacía en la aplicación del vapor a los barcos; a Hilborne Roosevelt, constructor de órganos que patentó el primer órgano eléctrico; al cónsul Jorge Washington Roosevelt, que, por haber perdido una pierna en la guerra civil molestaba a todos sus amigos –uno de ellos el rey Leopoldo de Bélgica– con interminables lecciones de estrategia, en las sobremesas, siempre, sobre la batalla de Gettysburgo, que merece el nombre de hecatombe de los generales porque murieron diecisiete de un bando y diez del otro. Pero aún hubo en esta rama seres más extraños, seguramente abominables para el resto de la familia: un pintor, Samuel Montgomery Roosevelt, discípulo poco aprovechado de Benjamín Constant, y una tiple, Hilda Roosevelt, que cantó en la Opera Cómica de París. De esta rama, en que indudablemente existía un elemento de inestabilidad,

nacería, por una adición de cálida sangre meridional, el exagerado y exhibicionista Teodoro, el Tartarín de la familia, que solo pudo ser superado en excentricidad por una persona: su hija Alicia.

Mientras, en la quietud de *Hyde Park*, la mezcla se había ido posando para dar brotes como el padre de Franklin, un verdadero inglés de la época de la reina Victoria, y Rosey, el hermanastro, casado con una Astor, un verdadero inglés de la época de Eduardo VII.

Sara Delano

El padre de Franklin, viudo de otra Howland, casó a sus cincuenta años con Sara Delano, hija de Warren Delano, que pasaba sus temporadas veraniegas en su finca de Algonac, cerca de *Hyde Park*, al otro lado del Hudson, con sus hijas. Eran cinco hermanas, a cual más bonita; se les llamaba «las fascinantes chicas de Delano». Sin embargo, el premio podía ser otorgado a Sara por sus profundos ojos negros. A juzgar por las apariencias, se la hubiera podido tomar por una muchacha frívola, pero, bajo aquella capa de ligereza graciosa, se ocultaba una intimidad recatada y seria que persistía intacta en medio de las diversiones de la alta sociedad neoyorquina. Había despreciado muchos buenos partidos, y a sus veintiséis años permanecía soltera, desengañada por la insipidez de sus jóvenes pretendientes. Se acercaba a esa edad en que una mujer bella empieza a ser, además, interesante, y a su vez le gustaban los hombres interesantes. James lo era, sin duda, por su diferencia con el neoyorquino corriente; se vieron en una comida y ambos quedaron prendados: ella del cincuentón, *gentleman* cabal y lucido, hombre de Nueva York, Londres y de París, tras cuyo exterior mundano vivía un varonil hidalgo campesino; él, de la muchacha, aparentemente frívola. Aunque ya tenía un hijo de la edad de Sara, James se enamoró como un cadete y durante el verano siguiente se pasaba los días enteros en Algonac. Su noviazgo fue el lento descubrimiento de sus almas por el intermedio de aquel río Hudson, que ambos amaban. Un día de octubre, Sara pasó a la otra orilla para ser la señora de *Hyde Park*.

Por su madre se enlaza Franklin con Richard Warren, Degori Priest, John Tilley, Isaac Allerton; todos Padres Peregrinos del *Mayflower*. De los presidentes de los Estados Unidos, solo cinco –John Adams, su hijo John Q. Adams, Zacarías Taylor, Ulises Grant y W. H. Taft– descienden de aquel grupo que arribó en 1620 a las costas de Norteamérica, pero solo uno –Franklin Delano Roosevelt– puede reclamar el derecho a llamarse su descendiente por ambas líneas, paterna y materna.

Los Padres Peregrinos

Cuando en el tiempo de la reina Isabel de Inglaterra, Robert Browne, el puritano, comenzó sus fieros ataques a la Iglesia anglicana, formose en su torno un grupo de gente modesta: sastres, labradores, carpinteros, carreteros, herreros; el séquito de los apóstoles que predican la vuelta a los tiempos primitivos de la religión. Querían una Iglesia libre, una comunidad religiosa sin jerarquías establecidas ni complicaciones o solemnidades en el culto; la Biblia solamente. Pero el puritanismo era, además, una actitud ante la vida: el odio a la alegría y a las diversiones, al adorno, al color y a la música. Abominaban del teatro y de la poesía y cortábanse el pelo al rape. Su Dios era el Jehová colérico del Antiguo Testamento y vivían bajo la conciencia terrible de la predestinación como bajo una condena. Era un grupo extraño y sombrío en quien las lecturas bíblicas y su posición al margen de la religión oficial hacían nacer un sentimiento de pueblo perseguido y, por tanto, elegido. Un núcleo muy fanático estaba en Scrooby, en la carretera a Escocia, que fue la vía principal de difusión del puritanismo, con Brewster y Bredford como adalides. Rodeados de pueblos «ignorantes y licenciosos», contestaban a los alegres cantos y músicas de danzas con el unísono de sus salmos, sin armonía de instrumentos.

En enero de 1603, la reina Isabel, enferma de muerte, al saber que la sucedería Jacobo, el hijo de su odiada rival María Estuardo, se volvió hacia la pared y no dijo una sola palabra más. Ya rey, Jacobo I contestó a las peticiones de los puritanos con estas palabras:

«Si esto es todo lo que vuestro partido tiene que decirme, yo les obligaré a conformarse o los arrojaré». En realidad, nadie, ni la Iglesia ni el Estado, molestaba al grupito de Scrooby; los propios jueces trataban con la mayor indulgencia sus transgresiones legales. Pero, obsesionados por los ejemplos de la Biblia, decidieron ser otro pueblo judío y huir del nuevo Egipto. Su primera parada fue en Ámsterdam; luego se asentaron en Leyden. Pero aun allí se sentían en medio de un pueblo pagano. Estos predicadores de la libertad de conciencia, en realidad fanáticos intransigentes, creían haber sido enviados providencialmente a los Países Bajos para «reformar el Sabbath», y entristecer los alegres domingos holandeses. Después fue cuajando entre ellos la idea de una verdadera peregrinación bíblica para llegar, a través de los peligros y sufrimientos de un largo y azaroso viaje, a una tierra de promisión. Nadie fue el autor individual de la idea; esta fue colectiva, formada «por acumulación». ¿Quién prende en el enjambre la inquietud y da la orden de partida? El quimérico afán halló en las noticias de las colonias de Virginia un asidero de realidad, un núcleo sólido para cristalizar.

En este punto empieza a juntarse el anhelo de libertad espiritual con el afán de riquezas, que, en igual medida, habían de influir en la fundación de los Estados Unidos y animar su desarrollo posterior; para el puritano, en efecto, uno de los signos en que se demuestra la gracia divina es la prosperidad material. Pero no quisieron ser apoyados financieramente más que por la patria abandonada y, despreciando los oficios de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, enviaron emisarios a Londres.

Después el enjambre volvió a Inglaterra para embarcar en el *Mayflower*, rumbo a Virginia. El viento los empujó a la región que hoy se llama Nueva Inglaterra. Allí fundaron Plymouth. El primer invierno fue crudísimo; al llegar la primavera, de los doscientos dos embarcados, solo quedaban veintiún hombres, cuatro mujeres y seis muchachos. La peregrinación por el desierto había sido verdaderamente bíblica. Este origen dejó en los Estados Unidos dos cosas: el mesianismo y el separatismo; mejor dicho, ese impulso

centrífugo instintivo, natural, moderado solo por la razón, que es centrípeta y unificadora.

La familia De la Noye

Los puritanos de Scrooby habían conocido en Leyden a otros extranjeros, también emigrados de su patria por motivos religiosos; entre ellos a la familia De la Noye, hugonotes franceses salvados de la degollina de la noche de San Bartolomé. El pequeño Felipe de la Noye creció con los hijos de los ingleses expatriados, y a los dieciocho años embarcó en el *Fortune* con la segunda expedición a Plymouth. Su hijo Jonatán recibió, como premio a su valor en las luchas con los indios, un extenso terreno en Dartmount, más tarde gran puerto ballenero, y casó con una nieta del Richard Warren, del *Mayflower*. Del apellido francés De la Noye sale, por corrupción, el apellido Delano, que Sara añadió al nombre de su hijo Franklin por delante del patronímico.

Los Delano eran una familia consagrada al mar. Unos habían mandado barcos balleneros en las aguas septentrionales del Atlántico. Otros, como Warren, el padre de Sara, hacían el comercio de la China por el cabo de Hornos. Warren Delano acabó por establecerse en Hong-Kong, como socio de una gran casa de Boston importadora de té. Ya rico, se retiró a Algonac, pero una de esas terribles crisis económicas norteamericanas, súbitas y devastadoras como una tempestad de cine, le arrebató de golpe toda su fortuna, como el viento un sombrero, y tuvo que volver a Hong-Kong. Cinco años después su familia hizo el mismo viaje, –cuatro meses de travesía– en uno de aquellos barcos que llevaban corral de vacas y gallinas, y donde, amortiguado el encanto de la novedad, la familia siguió el ritmo de una vida casera. El regreso, año y pico más tarde, se hizo por Europa. En París vivieron en una casa de la avenida de la Emperatriz. «Desde el gran balcón de la casa –ha recordado Sara después– podíamos contemplar en todo su esplendor a la emperatriz Eugenia, que paseaba rodeada de su Corte».

Por este camino, recibía otra vez Franklin, destinado a la abogacía, sangre salobre, sangre mareada en muchos barcos y durante muchas generaciones. Y vieja sangre yanqui y francesa. No se podría decir de él exactamente lo que con matiz de ironía dice Sinclair Lewis de uno de sus personajes: «Martín Arrowsmith era, como la mayoría de los habitantes de Elks Milis, antes de la inmigración eslavolatina, un americano anglosajón típico: es decir, una mezcla de alemán, francés, escocés, irlandés, acaso un poco español, probablemente con algo de judío y mucho de inglés»[7]. El chino anónimo, cuyas cartas reunió Henry Pearson Gratton en el libro *As a Chinaman saw us* (*Cómo nos ve un chino*), alababa la tez sonrosada de una bella dama norteamericana: «—Sí, es el mismo de mi abuela, una inglesa. —Pero sus ojos –continuó el celeste– parecen dos perlas negras. —Son herencia de la otra abuela, que era italiana. —¿Y su pelo? —Debe de ser irlandés, porque mi abuelo vino de Dublín». Y así prosiguió la conversación. «Aquella encantadora belleza –concluye el chino– era el producto de doce naciones, y una americana típica»[8].

Mezcla de razas

Esta exposición genealógica es más necesaria y hasta imprescindible cuando se trata de un norteamericano. Los norteamericanos descendientes de los fundadores sienten el orgullo de su origen, conocen sus antepasados y entronques mejor que un aristócrata europeo el árbol de la familia y hasta disputan a los demás el derecho a llamarse norteamericanos; se cruzan y entrecruzan varias veces, como hemos visto, y acaso por encontrarse en medio de una democracia igualadora, esta aristocracia se aprieta y hermetiza más que cualquier otra. La genealogía es imprescindible porque la mezcla de razas tan numerosas y diversas es un fenómeno genuinamente americano, que no se da con tal intensidad y extensión en ninguna

[7] Sinclair Lewis, *Arrowsmith*, New York, Harcourt Brace, 1925. Esta misma cita aparece en el segundo capítulo del libro de André Siegfried, *Les Ètats-Unis d'aujourd'hui*, cit. (N. del Ed.)

[8] Henry Pearson Gratton, *As a Chinaman Saw Us. Passages from his Letters to a Friend at Home*, New York, D. Appleton & Co., 1904. (N. del Ed.)

parte del mundo. Se puede prescindir de investigar la ascendencia de un aristócrata español, por ejemplo, porque, en fin de cuentas, es toda o casi toda española. No hay más que enlaces de familias. En el norteamericano se trata de algo más tremendo y profundo biológicamente: no se unen familias, sino razas distintas, a veces opuestas, para producir combinaciones imprevistas.

«Verdaderamente –escribe André Siegfried– ningún pueblo es tan difícil de comprender, por la complejidad de su formación moral profunda. No porque el perfecto americano sea complicado en su fisiología. La asimilación, rodillo compresor que aplasta sin merced las flores más bellas de las civilizaciones anteriores, con frecuencia no deja subsistir más que un ser primario, implacablemente reducido al tipo de la serie. Había llegado viejo, cargado de siglos, y América le hace joven, casi pueril. Pero los elementos que entran en cuenta son tan diversos, y los tallos de antiguas culturas europeas precariamente trasplantadas, continúan, sin embargo, dando tantos brotes, sin hablar de los renacimientos inesperados o de las fantasías misteriosas de la herencia, que del pasado no persiste más que un fantasma»[9].

Vuelve el piel roja

Pero aún hay un fantasma más antiguo: el piel roja. Este es el producto auténtico del suelo. Los primeros colonos lucharon contra los pieles rojas; luego los encerraron en reservas como a los bisontes. Pero hoy las facciones yanquis van siendo modeladas otra vez por la lenta acción del clima, del aire, de las misteriosas fuerzas de la tierra, conforme al patrón autóctono. Hay una potencia profunda que talla los rostros en cada país según un estilo, semejante al gran poder escultórico de la muerte, que, extendiéndose aun a lo que no está bajo su imperio, hasta los paños que cubren el cadáver, esculpe los pliegues del sudario. El psicólogo Jung, en un viaje a América, al contemplar la salida de los obreros de una fábrica, observó en la mayoría rasgos fisonómicos de los pieles rojas. «Sin embargo

[9] André Siegfried, *op. cit.* (N. del Ed.)

–le dijo su acompañante–, ninguno tiene una sola gota de sangre india»[10]. Creen los australianos aborígenes que los habitantes expulsados de un país vuelven más tarde en los descendientes de los invasores. «Chassez le naturel; il revient au galop». Hoy los pieles rojas vuelven por donde los norteamericanos no se les pueden oponer: por dentro.

Acaso el lector consiga comprender ahora las influencias del complicado fondo étnico del norteamericano típico. Trataremos en adelante de comprender al individuo Roosevelt por las acumulaciones adquiridas desde su infancia.

[10] Carl Gustav Jung viajó con Freud a Estados Unidos en 1909 para organizar una serie de conferencias en la Clark University. A propósito de su percepción de las singularidades psicológicas norteamericanas véase su artículo «Your Negroid and Indian behaviour», *Forum*, 83.4 (1930), pp. 193-199. (N. del Ed.)

III. INFANCIA FELIZ

Un escándalo entre los *selfmade men*

«En la larga serie de biografías de los presidentes americanos –escribe un historiador de la familia Roosevelt– se busca en vano la historia de una infancia tan serena y segura como la que gozó Franklin Delano Roosevelt. Acaso el secreto de su ininterrumpida batalla por el bienestar social de todos los americanos podría encontrarse en la comodidad y holgura de su amparada juventud». Otros presidentes fueron de origen aristocrático: Washington, Teodoro Roosevelt y el tercero de la lista, aquel Jefferson, que precisamente para desmentir su procedencia y contrastar con la pompa de sus dos antecesores, cuando fue a tomar posesión de su cargo vistió el traje más raído de su guardarropa y llegó al Capitolio solo, en un caballo que ató por sí mismo en un hierro de la verja, como un tratante de feria, y recibía al embajador inglés calzado de zapatillas y abrigado en un viejo gabán, sucio como hopalanda de judío. Pero casi todos los demás han sido «hijos de sus obras», protagonistas de esa novela romántica de la ascensión a la Casa Blanca que conmueve al norteamericano, aunque examinada objetivamente pierde la mitad de su valor. Es verdad que dos grandes presidentes, Jackson y Lincoln, proceden de humildísima clase, pero de la misma extracción fueron Fillmore y Garfield.

Hubo un Andrés Jackson, el *old hickory*, el viejo nogal, como le llamaban por su aspecto nudoso, aprendiz de guarnicionero en su infancia; un Cleveland, recadero en una abacería y luego tenedor de libros; un Johnson, sastre de aldea, que no aprendió a leer hasta después de casado; un Van Buren, hijo de tabernero; el ya citado Garfield, que conducía las caballerías que tiraban de los lanchones en el Ohio, y, sobre todo, aquel Abraham Lincoln, batelero en el Misisipi, labrador, tendero, agrimensor y finalmente abogado, cuya revelación y ascensión a la Presidencia ha podido ser calificada de «extraño suceso místico» porque el leguleyo pueblerino, de oratoria florida y convencional, casi fracasado en su carrera política, de pronto, como si algo hubiera descendido sobre su cabeza, justamente en la mayor crisis de la historia del país, se convirtió en la encarnación del ideal de una América nueva, aún inexistente; su fea apariencia de gigante deforme transfigurose luminosamente y sus palabras, súbitamente hondas y sencillas, sonaron a evangelio. Y con estos, otros muchos, hijos de comerciantes y granjeros modestos, de pastores protestantes, como Wilson, que llevó a la política la atmósfera de una rectoría presbiteriana.

La infancia de Franklin Delano Roosevelt se aparta de la novelesca tradición. Es rico, es feliz, es sano; tiene lo que desea, sin falta ni exceso; recibe una educación esmerada. ¡Un escándalo, en suma, en el país de los *selfmade men*! Un escándalo aumentado por el hecho de ser hijo único –su hermanastro ya andaba por las Cortes europeas– y no miembro de una numerosa prole, harapienta, descalza y mal alimentada.

El maestro de la vida

En su padre encuentra Franklin su mejor compañero. El matrimonio se había dividido las tareas educativas del niño; al contrario de lo que pudiera creerse, fue la madre quien dirigió su primera instrucción intelectual, mientras que el padre se encargaba de la otra pedagogía, tanto o más importante: la educación vital, la enseñanza de la vida, en que el cincuentón James era hombre experimentado. ¿Qué

mejor aula para esta asignatura que *Hyde Park* con sus árboles, sus pájaros, sus tierras de cultivo, cuadras y establos, y más allá, fuera de sus lindes, el gran río y el fértil valle? ¿Qué mejores carteles para esas lecciones de cosas que los alumnos de las escuelas urbanas solo ven pintadas? Fue una suerte encontrarse con un padre, libre ya de los afanes que en los más jóvenes absorben toda la atención hacia una finalidad futura, ciegos para las cosas y las personas presentes en torno, que solo en edad madura y provecta celebran esas «bodas tardías con la realidad despreciada a diario», de que ha hablado nuestro poeta Jorge Guillén[11]. De aquí, la mayor proximidad entre abuelos y nietos.

James Roosevelt era un poco abuelo de su hijo; estaba de vuelta de ambiciones y negocios que, por otra parte, nunca le habían absorbido por entero. Él instruyó a Franklin en la vida del campo. Con él paseaba por la granja y visitaba las cuadras de los caballos que entrenaba para las carreras y los establos de las vacas, descendientes de los primeros ejemplares de la raza pura de Alderny que había introducido en 1848 en América y cruzado después dos veces para obtener una raza resistente al clima. Con él presenciaba las labores, aprendía el ritmo de las sementeras y las cosechas, los nombres de los árboles, las costumbres de los pájaros y de los animalillos del bosque. No necesitaba el pequeño Franklin cuentos de hadas; la realidad circundante era maravillosa y además era eso: realidad.

No es extraño que el niño idolatrase a su padre. Había entre ellos –ha contado después la madre– «una camaradería que les permitía ver las cosas desde el mismo punto de vista. Su padre tenía una admirable comprensión para esos problemas, que, a los ojos de la juventud, parecen muy graves, aunque, en realidad, carecen de importancia. Nunca se burlaba de él; reía sí, pero con él. Hacían una pareja de buenos compañeros. Las pequeñas tragedias de Franklin

[11] Alusión a los versos: «¡Dulzura de los años / Irreparables! ¡Bodas / Tardías con la historia / Que desamé a diario», del poema «Cima de la delicia» perteneciente a *Cántico* (1928), cuya versión primera se había publicado en *Revista de Occidente*, XV, (1924), p. 274. (N. del Ed.)

no dejaban indiferente a James. Aunque sintiese deseos de reírse, hacía como si verdaderamente se tratase de serios problemas».

Franklin tenía también sus horas de trabajo sobre los libros. Se levantaba a las siete, desayunaba a las ocho y estudiaba hasta las doce. Después de comer volvía a la labor hasta las cuatro. A esa hora se cerraban los libros y comenzaban los juegos, los paseos por el campo, y los días de mal tiempo, las lecturas preferidas, en la biblioteca de su casa, el repaso de la colección de sellos, una afición heredada de su padre en edad muy temprana. Sara, su madre, fue su primer maestro, hasta que le pusieron un profesor. Jugaba con Ellen, su aya, a la que llamaba Mammie, y con una doncella escocesa que apodó Tidle. Estas eran las que le contaban cuentos, tan largos, que a veces duraban todo un día. «Son muy bonitos tus cuentos –le dijo una vez a Mammie–, pero no sé si debo creerlos».

Juguetes

Tampoco los juguetes de este niño tan prendado de la realidad podían ser figuraciones en cartón. Si tuvo un caballo de madera, sería en sus primeros años, porque a los siete sus padres le regalaron un caballito de verdad, un poni galo sobre el cual se encaminaba a la casa vecina de sus amigos, los Roggers, o salía de paseo al lado de su padre, jinete en su gran caballo, acaso aquel *Gloster*, criado en *Hyde Park*, que venció en las carreras corriendo una milla en dos minutos veinte segundos. Cuando Franklin tuvo una pelota, no fue un ligero balón de colores, sino la pelota de uno de esos juegos ingleses que siempre consisten en pegar a una bola mayor o menor, maciza o hueca, con el pie, con una raqueta, con un recio cayado o un bastón de flexible mango o un martillo de largo astil; una verdadera pelota de golf, que entonces –1890, según anotó cuidadosamente Franklin en su diario– empezaba a estar de moda entre los deportistas, después de haberlo practicado siglos, en su estado rudimentario, sin reglas ni instrumental propio, los chicos de la calle, que son los inventores de todos los deportes. Cuando tuvo un perro, no fue un perro de felpa o trapo, sino *Marksman*,

un verdadero setter escocés de pelo rojo y ojos dulzones, regalo de su tío Warren Delano, que los padres de Franklin, para educar al niño en el sentimiento de la propia responsabilidad, no le dejaron aceptar hasta que prometió cuidarle por sí mismo. Desde entonces, Franklin era un amigo fiel del perro, y su más constante compañero en el dormitorio y el despacho fue *Fala*, un perdiguero escocés que parecía darse cuenta de su importante papel en la Casa Blanca.

El ornitólogo Franklin

Y cuando tuvo una escopeta –a sus once años– fue una escopeta de veras, proporcionada a su edad y sus fuerzas, con la que abatía los pájaros de *Hyde Park*. Pero nunca mató más de un pájaro de la misma especie, porque solo quería formar una colección de la fauna volátil del valle del Hudson. En su armario reunió una garza, una oropéndola, un petirrojo, un pájaro carpintero, un reyezuelo, trescientos en total. Él mismo disecaba sus víctimas, y solo cuando se consideró perito en taxidermia confió a profesionales la preparación de sus ejemplares. Conocía el plumaje y el canto de todas las aves que viven a las orillas del río, como conocía por su nombre los mil árboles del bosque. No los abarcaba todos en el concepto general, gris y uniforme de «árbol», como los niños de la ciudad; a Franklin cada ser y cada cosa de la naturaleza le hablaba con su voz propia.

«Habría andado millas y millas –ha dicho su madre– si al final del camino hubiera podido encontrar algún pájaro raro». En un viaje por Inglaterra, como sus padres no pudieran acudir a la invitación de un amigo poseedor de una magnífica colección ornitológica, el pequeño Franklin les pidió permiso para ir solo. «Iré adonde sea con tal de ver pájaros», contestó a su madre, asombrada.

Su abuelo Delano le había dado, medio en broma, una tarjeta de miembro perpetuo del Museo de Historia Natural como recompensa a sus trabajos. Un día en Londres, Franklin, acompañado de su preceptor, quiso visitar la famosa colección de pájaros del South Kensington Museum. A la puerta encontraron un número imponente

de guardias y suntuosos carruajes, de los que descendía gente elegante; el príncipe de Gales –después Eduardo VII– inauguraba una sala. Franklin y su preceptor presentaron una tarjeta al galoneado portero, que, después de consultar a unos personajes enchisterados, hizo pasar, con una grave inclinación, al pequeño y conspicuo ornitólogo. Acaso nadie más que un norteamericano, irrespetuoso para toda etiqueta, hubiera tenido tal osadía, pero probablemente nadie más que ingleses habrían seguido la broma del abuelo con tanta seriedad y tanto humor.

Sus juegos preferidos eran aquellos en que había algo que construir, algún elemento de realidad que pudiera tocar, asir e incluso trabajar y modelar. Sus fantasías tenían que ser realizables en la mayor medida. Sus padres le habían instalado un pequeño taller de carpintería, donde llegó a construir complicados modelos con sus amigos, el hijo del jardinero, el hijo del cochero y su inseparable Edmundo Roggers, hijo de un rico e importante personaje de la Standard Oil. Todos ellos, el rico y los humildes, seducidos por Franklin, aceptaban su caudillaje por tácita y gozosa sumisión. «No debes ser siempre quien dé órdenes», le dijo su madre un día en que los cuatro compañeros construían un fuerte; «deja mandar alguna vez a los demás». «Mamá –contestó el pequeño levantando hacia ella su cara sucia de barro–, si yo no doy las órdenes, no haremos nada».

La cofa en el árbol

Cuentos de mar le contaba Mammie; libros de mar leía en la biblioteca de su padre, hasta aprenderse de memoria páginas enteras de la *History of Sea Power* (*Historia del poder naval*), del almirante Mahan. Coleccionaba cuanto se refería a la Marina: el botón de la guerrera de un oficial, el galón deslucido de un viejo quepis, estampas de buques, libros... Su amor a los sellos, su afición a la geografía, eran también manifestaciones de su afán de viajes por todos los puertos del mundo. La sangre marinera de los Delano, Howland y Aspinwall latía en sus venas.

Para bogar en el mar de sus sueños construyó con su amigo Roggers un barco velero. Era un barco insólito, un casco encaramado como un nido espacioso en lo alto de un árbol. Dentro de la ficción no podía ser más real. El esbelto tronco era el mástil balanceado suavemente por los vientos; las ramas hacían de gavias donde trepar para las maniobras, y las cortinas de hojas fingían velas que adulaba la brisa o batía el huracán. Desde la altura columbrábase un ancho horizonte y, vigías en la cofa, los dos amigos examinaban la dirección del viento, la proximidad de las borrascas, el paso de buques distantes por el Hudson y daban órdenes a imaginarios marineros. ¿Dónde estaban Edmundo y Franklin en el inmóvil y oscilante barco? Seguramente, en la ruta del Cabo Hornos, quizá en el Pacífico, rumbo a las islas de la pimienta, acaso por las costas de la China, que los mapas pintan oportunamente de amarillo, reviviendo los largos viajes del abuelo Delano. ¡Cuántas veces temió la madre que la expedición a Borneo o al Catay terminase en un naufragio, es decir, en una caída! Con el tiempo, los dos intrépidos guardiamarinas de las ramas serían, uno –Edmundo–, presidente de la Fulton Trust Company, el otro –Franklin–, subsecretario de Marina en los tiempos del presidente Wilson.

En una ocasión construyeron una balsa; serraron árboles, ajustaron tablas y travesaños. Pero la almadía real fue menos consistente que el barco imaginario. Cuando se montaron sobre ella zozobró irremisiblemente. Otra vez emprendieron la construcción de un *Yatch Club* según los planes dibujados por Edmundo Roggers. «Empezaron –cuenta la madre– por inundar un campo y levantar un dique para crear un paisaje lacustre que justificase la existencia del club», pero no pasaron de levantar los muros y cubrir el techo.

Lo mismo que le habían dado perro, caballo y fusil de verdad, su padre le regaló un balandro de veintiún pies de largo, bastante fuerte para navegar distancias respetables en aguas abiertas y bastante pequeño para ser manejado por un muchacho de trece años. Era uno de los primeros de su diseño, con foque, vela mayor y arrastradera y una pequeña cámara de dos literas a proa. Hoy, un balandro similar costaría tres mil dólares; el viejo Roosevelt lo compró entonces por

seiscientos para que su hijo pudiera adiestrarse en el gobierno de un barco durante sus veraneos en Campobello, una isla de la provincia canadiense de Nueva Brunswick, en la bahía de Passamaquoddy, donde había adquirido, en 1890, tierras y construido una casa.

«Aprender a gobernar un barco en la bahía de Passamaquoddy –escribe G. W. Johnson– es un gran aprendizaje. No hay aguas mejores en el mundo siempre que el marino guarde un decente respeto a las leyes fundamentales de la navegación, ni aguas peores para quien las viole. La confusión de rocas y arrecifes y el fuerte reflujo entre ella promueve corrientes y resacas peligrosas, pero no pérfidas para quien logra conocerlas. El muchacho, que allí aprende a navegar, adquiere un profundo y saludable respeto hacia el poder de los elementos. Descubre que el mundo está sujeto a leyes inexorables contra las que no vale chillar y patalear como en casa para ablandar a una madre cariñosa. Descubre que es preciso hacer ciertas cosas, en cierto orden determinado y en cierto momento preciso; que rebelarse contra las normas atrae inmediata y fatalmente el condigno castigo, y que, por el contrario, cuando se las obedece, se convierten en apoyo y protección. Descubre que su voluntad es un factor valioso, pero no supremo, y que las fuerzas que destruyen al tonto o insensato son las mismas que llevan al prudente y sabio a la victoria. Y, por último, aprende que hay dos cosas fundamentales para la vida: la confianza en sí mismo y el poder de las limitaciones exteriores»[12]. Esta fue la principal lección recibida en sus travesías desde Campobello a Ovol's Head y Eggermoggin Reach, y no solo el haber llegado a conocer el mar en tal grado, que, ya subsecretario de Marina, pudo llevar un destructor a través de un estrecho paso por donde los oficiales temían aventurarse.

Ni bucles ni encajes

Así transcurría la educación esencialmente vital del pequeño Franklin. Ni mimado ni contrariado; ni sujeto ni libre, bajo la autoridad y vigilancia razonable de los padres, que procuraban

[12] Gerald W. Johnson, *op. cit*. (N. del Ed.)

que las buenas aficiones germinasen interiormente en el muchacho y crecieran por sí mismas de una pequeña semilla discretamente sembrada y no por la imposición exterior de un criterio reiterado con machaconería.

Claro es que su madre sentía el deseo natural de envolver al niño en todos los mimos y cuidados del hijo único, pero al mismo tiempo consideraba necesario cultivar en su alma el afán varonil de la independencia y el sentimiento de la propia responsabilidad. Lo primero se lo dictaba su instinto; lo segundo, su razón y buen sentido. Cuando, ya casi a sus cuarenta años la madre, Franklin enfermó de parálisis infantil, el instinto maternal de protección prevaleció con todo su imperio; pero durante la primera niñez de Franklin, instinto y razón interferían muchas veces. Ella trataba de hacer, como ha dicho, «un niñito», un niño bonito de rubios bucles rizados, vestido de faldita escocesa o con los trajes de terciopelo y puños de encaje de las revistas de la moda infantil. «Admito –ha dicho– que mi forma de vestirlo no correspondía a las demás costumbres que habíamos establecido para él. Los ondulados bucles no se acomodaban ni con la virtud de la seguridad en sí mismo que le inculcamos ni con nuestra insistencia en verle asumir la entera responsabilidad de sus actos y de cuanto le pertenecía».

Por dócil qué fuera el niño y ligera la maternal tutela, Franklin tenía también sus prontos de rebelión. A una súbita rabia puede atribuirse que un día mordiera el borde de una copa, para triturar con sus dientes el cristal desprendido y aun después de la regañina de su madre insistiera con otra copa. «¿Cómo entiendes tú la obediencia?», le preguntó la madre. «¿*Bediencia*? Se ha ido de paseo», contestó.

A los cinco años, como su madre le viera triste, inquirió la causa. El niño quedó silencioso un momento, pero después, cerrando los puños, gritó: «¡Quiero libertad!». Tras una larga conferencia, los padres acordaron concedérsela completa; podría hacer cuanto se le antojase. El manumitido se lanzó alegremente a campo traviesa, pero por la tarde regresó a la casa, sucio, aspeado, hambriento, desilusionado, para continuar el día siguiente la reglamentación paternal, aceptada

ya de buena gana. Al fin consiguió que le cortasen los bucles y fueran arrumbados al fondo de un baúl la faldita escocesa y los trajes de terciopelo. Parecida suerte corrieron dos lecciones «de adorno» que su madre imponía al niño: el dibujo y el piano.

Viajes por Europa

Desde sus tres años de edad, Franklin acompañó a sus padres en sus viajes a Europa. James no podía prescindir ningún año de hacer la gira completa de un hombre a la moda, diletante de la vida: cacerías en Inglaterra, salones de París, balnearios de Alemania. Mientras estaban en Francia o Alemania, la familia tomaba institutrices que enseñaban al niño sus idiomas, a los que añadió, a sus diez años, algún conocimiento del español. Ya más crecido, los padres le permitieron una excursión de varios días por la Selva Negra, acompañado de su preceptor. Por primera vez, Franklin manejó dinero propio. Sus padres complacían todos sus deseos, pero nunca le daban dinero. Sara explicaría después que en aquella época no había la costumbre de señalar una «pensión» a los muchachos. Sin embargo, recuerda un biógrafo, en aquella época, Nueva York estaba llena de jóvenes libertinos que arruinaban su alma y su salud con el dinero proporcionado por sus insensatos padres. Probablemente este espectáculo influyó sobre James Roosevelt y su esposa más que la simple costumbre. Pero Franklin, que ha gastado después más miles de millones que ningún presidente de los Estados Unidos, volvió de su excursión a Bad Nauheim, donde sus padres tomaban las aguas, con sobra de dinero. Durante la excursión tuvo su primer contacto con el ordenancismo alemán; cuatro veces fue detenido por haber infringido ese obsesionante *Verboten* (prohibido) que se lee en Alemania por todas partes.

Tímido y sociable

El riesgo de esta vida infantil consistía en la soledad del hijo único, sin hermanos, sin apenas amigos, aislado en una finca campestre.

Gracias a este distanciamiento gozó una infancia aséptica, sin ninguna de las enfermedades sólitas de la niñez, que después en el colegio cogió una tras otra, en rápida sucesión. También podría ocurrir que todos los contagios morales, evitados en *Hyde Park*, le encontrasen más tarde sin defensas por falta de pequeñas inoculaciones inmunizadoras anteriores. Por todas estas razones, cuando cumplió los catorce años, sus padres se resolvieron a llevarle al colegio de Groton.

Hasta entonces vivió en *Hyde Park*, casi solo, siempre entre personas mayores. Pudo haberse convertido en un romántico, en un misántropo, en un niño prematuramente viejo. Tímido ya lo era por naturaleza. «Esa timidez –ha contado su madre– no existía con los mozos de cuadra, con los que tenía un motivo de conversación, los caballos, y a los que veía con frecuencia, porque, como el perro, le regalamos el poni a condición de que había de cuidarlo por sí mismo. Pero en casa –un reino donde los niños suelen encontrarse tan a gusto, que a veces se ponen insoportables– perdía sus facultades. Por las mañanas, en mi visita de inspección, a la que me acompañaba, saltando y parloteando, no bien pisábamos la cocina, enmudecía y sentía tal timidez, que no se atrevía a cruzar el umbral, se escondía a mi espalda, mirando de reojo a la gruesa y fuerte cocinera francesa, que intentaba atraérselo con palabras cariñosas, extraídas de su corto vocabulario inglés. Pero él permanecía callado y en su carita se advertía una expresión de alivio cuando abandonábamos aquel territorio extranjero, espantoso para él. Ni una caja de bombones, que es el "ábrete, sésamo" de los corazones infantiles, conseguía mitigar su timidez ante los extraños».

Cuando recordaba su niñez, solía decir Roosevelt que uno de los mayores beneficios recibidos de sus padres fue haberle proporcionado el trato con los viejos amigos de la casa. Las reuniones de los Roosevelt no eran intelectuales ni artísticas, pero a ellas acudían hombres cultos, experimentados en la vida, que discutían problemas, ideas, rápidamente asimiladas por esa cosa abierta de par en par al mundo que es la mente de un niño. Pero ni el influjo de los hombres maduros, ni la soledad de su vida, ni

su natural timidez rebasaron la medida conveniente. Los contrarios no se acumulaban en su interior, sino que se equilibraban; no le faltaba ningún elemento, mas tampoco ninguno preponderaba. Era reflexivo, pero seguía siendo niño. Era tímido, pero, acaso por ello, también era sociable. Por encima de todo era sociable y lo sería durante toda su vida. Es entonces, en la alegría de los juegos en común, con niños de distintas clases –hijos de ricos propietarios y de artesanos, colonos y labradores–, cuando comprende que el goce del bienestar y de la libertad tiene que ser colectivo y no individual. El *New Deal* germinaba.

Sindicatos y trust

Cuando él está creciendo, crecen también los problemas con que topará más tarde. A la formación de los trust capitalistas responden los obreros con sus sindicatos. Los *Knigths of Labor* (Caballeros del Trabajo) cuentan ya con más de cien mil afiliados. En sus alocuciones y programas denuncian «el desarrollo alarmante y la amenaza de los grandes capitalistas y de las grandes organizaciones» y piden para los trabajadores «el pleno goce de la fortuna que crean y el ocio suficiente para desarrollar sus facultades intelectuales, morales y sociales y compartir las realizaciones materiales y los honores de una civilización siempre en progreso» mediante leyes que garanticen la salud y la seguridad de los trabajadores, sometan al arbitraje obligatorio los litigios entre el capital y el trabajo, impongan un impuesto proporcional sobre los ingresos y prohíban la entrada de la mano de obra extranjera. Esta última petición la consiguieron en parte con la ley de 1888, que prohibía la inmigración china, primera de una serie de leyes restrictivas que, bajo apariencia de protección a los altos salarios del obrero norteamericano, implican un exclusivismo racial que es la quiebra de la fe en las virtudes del *melting pot*. Los granjeros han constituido también su alianza, y en 1891 la organización de los «Caballeros del Trabajo» transforma su romántico título, de resonancias legendarias, en el más prosaico y opaco de «Federación Americana del Trabajo», que indica ya una concepción más gregaria y materialista.

«El producto del sudor de millares de hombres –dicen– es robado audazmente para edificar las fortunas colosales de una minoría... Los flancos fecundos de una misma iniquidad gubernamental ponen en el mundo dos clases de hombres: los vagabundos y los millonarios». Sin embargo, el individualismo seguía su carrera desenfrenada. Hay, en efecto, vagabundos y millonarios, pero se puede pasar de la primera categoría a la segunda con la mayor facilidad y rapidez. Todo el mundo tiene ante sí un horizonte ilimitado. Hay sitio amplio para todos. Otra cosa será cuando América se ateste, cuando la fluctuante frontera del *Far West* llegue al Pacífico y el espacio quede poblado y explotado, lleno de personas y de cosas, de un número cada vez mayor de máquinas que fabrican cada vez más cosas y de máquinas que, a su vez, fabrican nuevas máquinas. El estallido de este proceso interno se oirá el 21 de octubre de 1929 en Wall Street. Si antes, como en un ancho campo libre donde transeúntes y vehículos pueden marchar a sus anchas, la libertad total es posible y hasta conveniente, después, como en una ciudad pequeña, prieta de vehículos, serán precisas buenas normas de circulación.

Albores de una política internacional

También por aquella época iniciaron los Estados Unidos, en forma todavía modesta y limitada, su participación en la política mundial y su extensión por el Pacífico. Ya antes, en 1854, la amenaza de los cañones del comodoro Perry había derrumbado los muros herméticos del misterioso Japón, tan encerrado en sí mismo, que ni los extranjeros podían penetrar ni los nipones salir ni sus barcos sobrepasar ciertas dimensiones, para evitar su alejamiento de las costas; quien lo hacía quedaba automáticamente excluido del país como portador de una epidemia mortal. Los propios Estados Unidos advertirían, ochenta años después, que el comodoro Perry había puesto, sin darse cuenta, un motor en el lento corazón japonés y encerrado en su seno un explosivo de formidable poder de expansión.

En 1872, un oficial de la Marina norteamericana había obtenido del jefe indígena permiso para establecer una estación carbonera

en la magnífica bahía de Pa-Pago, en la isla Tutuila, perteneciente al archipiélago de las Samoa. En 1888 las apetencias de Alemania e Inglaterra sobre estas islas habían conducido al borde de un conflicto internacional. En Apia, la escuadrilla norteamericana estaba dispuesta a abrir el fuego contra los buques alemanes cuando intervino el cielo en forma de ciclón, que barrió la rada, desmanteló los buques y dispersó las flotas. Los adversarios se vieron obligados a negociaciones diplomáticas. En 1889, las tres potencias firmaron un tratado que garantizaba la independencia y neutralidad de las Samoa bajo su triple protectorado; diez años más tarde se repartieron las islas.

Entretanto, ingresaba en el colegio de Groton el hombre que intervendría la vida económica de los Estados Unidos, incorporaría plenamente su país a la política mundial y libraría la gran guerra del Pacífico.

IV. EL MARINO FRUSTRADO

El colegio de Groton

Franklin hubiera preferido ser marino, ingresar en la Escuela Naval de Annápolis. Por el camino iniciado con su entrada en el colegio de Groton ha llegado a ser, como presidente de la Unión, jefe de la gigantesca flota de los Estados Unidos; pero seguramente más que dar órdenes, inmóvil desde su despacho, a docenas de acorazados y centenares de cruceros y destructores que hienden las olas de mares lejanos, le hubiera gustado tener directamente bajo su mano, como el jinete al caballo piafante, un solo buque.

El ingreso en Groton fue su primer y único conflicto con su padre. James Roosevelt acertó en su propósito de abrir a su hijo una carrera ilustre, pero acaso no consiguió el pleno contento de su hijo en la vida. Franklin, marino, habría sido un buen oficial, un buen comandante, acaso un buen almirante; en suma, habría cumplido su vocación y satisfecho sus aficiones. Aún hemos de verle rondando siempre las cosas de mar; patrón de balandro en sus vacaciones, especialista en las leyes de la navegación y del comercio marítimo en su bufete de abogado; subsecretario de Marina en los primeros tiempos de su carrera política, constructor de una poderosa escuadra para los dos Océanos, en su cargo de presidente. Mas, habiendo

llegado a tanto, no fue lo poco que quería ser: capitán de barco. Como capitán hubiera vivido completamente feliz. Pero nada más.

En los hombres de vocación frustrada pueden ocurrir dos cosas: que fracasen por completo en la vida, para no ser más que sombras inválidas, o que, por el contrario, la insatisfacción introduzca en sus almas un elemento de desasosiego y tensión, fuente de energía capaz de ser aplicada en otra dirección. Tal es el caso de Franklin, apático, desorientado, cumpliendo estrictamente sus obligaciones durante muchos años, hasta que la rueda loca de ese motor interior de energía vacante engrana, por fin, con la política.

Si James Roosevelt le apartó de la Marina fue con el propósito de que continuara la misma línea familiar establecida por sus antecesores desde el año 1620. Franklin, destinado a heredar la fortuna de su madre, estaría en mejores condiciones para realizar el propósito paternal que su hermanastro Rosey. Pero, gracias al pequeño bote de Franklin y a sus lecturas de historia naval, los Estados Unidos han contado con un presidente inspirado por el principio –robustecido por cada nueva guerra– de que el dominio del mar asegura la libertad y el desarrollo de un país y le permite participar con papel de protagonista en el gran teatro de la historia.

Groton era –y sigue siendo– uno de los colegios más distinguidos y elegantes de los Estados Unidos: «más inglés que Eton y Harrow juntos». Quiere decirse que esta *Preparatory School* era, en realidad, una escuela preparatoria de britanismo, donde los hijos de las familias ricas se impregnaban de costumbres inglesas. En su vida los amigos de Roosevelt tenían que defenderle contra la objeción de haber sido educado en este colegio aristocrático y britanizado. Como no podían negar su paso por Groton, sus partidarios, admitiendo que es una tara en la vida de un hombre, se limitaban a responder que el ambiente de la escuela influyó muy poco sobre su espíritu. Oigamos a uno de ellos: «Un muchacho que ha vivido toda su vida en una atmósfera genuinamente cosmopolita, tenía que encontrar cualquier colegio, incluso Groton, tan extraño como estrecho. Aún más, y acaso más importante: el muchacho ingresó

tarde. Estaba bien preparado y se le colocó en una clase adelantada; esto indica que no podía ser ganado tan fácilmente como los demás por el llamado *school spirit* (espíritu del colegio), al menos en sus formas extremas». Los objetantes olvidan que en aquel tiempo los colegios públicos no ofrecían ninguna garantía de buena enseñanza. Por otra parte, era costumbre entre las familias ricas de Nueva York enviar sus hijos a Groton, y el matrimonio Roosevelt era gente convencional, que hacía lo que todo el mundo en su clase social.

El sistema pedagógico de Groton no se diferenciaba mucho de la educación practicada por los padres de Franklin en su casa. En estos colegios a estilo inglés, las clases y los libros no son más que la mitad de la enseñanza; la otra mitad son los campos de juegos, las reuniones de los alumnos en sus múltiples clubs de deportes y debates, las conversaciones, llamadas «preceptoriales», por grupos de seis o siete, en los cuartos de los profesores, la formación de amistades y relaciones sociales; en suma, el conocimiento y trato de los hombres, la formación del carácter, el aprendizaje de las buenas maneras. «Un célebre físico de Cambridge (Estados Unidos) –cuenta André Maurois–, hombre elegante a quien preguntaban si los jóvenes escolares se interesaban por las ciencias físicas, contestó: "¡Pero si no vienen a estudiar ciencias!...". "Entonces ¿a qué vienen?". "A verme beber oporto, para saber conducirse como *gentlemen*"». Pero si es sólito que en estos colegios los muchachos se agreguen a un grupo con el cual atravesarán la existencia, formando una constelación, o, si se quiere, un equipo, entonces es cierto que Franklin no absorbió el *school spirit*. En toda su carrera política no le veremos rodeado de los ocho o los nueve, o los once o los quince que remaron o jugaron con él en su época de colegio.

Tímido, introducido bruscamente entre escolares que llevaban dos años de colegio, su sonrisa –«una sonrisa que desarma», dice su madre– y su ansia de sociabilidad vencieron muy pronto la repulsa instintiva hacia «el nuevo». Sus compañeros tenían ya constituidos sus grupos, establecidas sus amistades, y Franklin perturbaba con su imprevista aparición, las leyes de gravitación de aquel pequeño mundo, pero el intruso se hizo perdonar en seguida su extemporánea

injerencia y participó alegremente en la vida social del colegio. Entonces desapareció de su rostro cierto gesto de fastidio, el gesto del hijo único, solitario y mimado, que vemos en sus retratos de adolescente.

Era un muchacho de pelo rubio y ojos azules, guapo, alto, esbelto. «Parecía –dice Ludwig– el príncipe encantador a quien le están prometidos todos los dones de la vida»[13]. A pesar del equilibrio con que sus padres habían llevado, por partes iguales, la educación del muchacho, la ternura maternal envolvía y acariciaba demasiado al joven para no haber influido en su carácter. Pero muchas veces, en el desarrollo de los jóvenes, ocurre que primeramente se semejan a la madre, tanto en las facciones como en el carácter, como si este fuese el parecido más fácil y exterior, y más tarde, por virtud de una lenta metamorfosis, va surgiendo el parecido paternal, más trabajoso y profundo.

Estudios, deportes y debates

Franklin fue un buen estudiante, especialmente en inglés y en historia, pero no un prodigio de las aulas. Tampoco brilló mucho en el campo de deportes: jugaba al fútbol, al *baseball*, pero sin formar nunca parte de los primeros equipos, aunque se destacó en gimnasia y estableció una nueva marca para el colegio en el salto de altura –siete pies con tres pulgadas y media–, del que estaba más orgulloso que de su premio en latín. Tenía razón, en fin de cuentas; premios de latín había varios todos los cursos, pero su marca en el salto no fue superada en varios años. Los compañeros le eligieron para *manager* del equipo de *baseball*, un cargo más bien oprobioso, a pesar de su título, porque consistía en cuidar de los trajes de los jugadores, ir temprano al campo para marcar las líneas blancas en el césped, animar a los campeones y darles consejos que, por supuesto, nunca atendían. En cambio, llevaba el primer papel en el club de debates, acaso por estar acostumbrado a oír discutir ideas y problemas a los amigos de su padre en las reuniones de *Hyde Park* y por lo que se ha

[13] Emil Ludwig, *Roosevelt: essai sur le bonheur et le pouvoir*, París, Plon, 1938. (N. del Ed.)

llamado su «voz de oro» –en Groton cantaba en el coro del colegio–, que en sus «charlas al amor de la lumbre», transmitidas por la radio, dejaba como paralizado y seducido por su encanto al país.

No eran flojos los temas que debatían aquellos muchachos de quince años: la abolición de la pena de muerte, el aumento de la Marina norteamericana, la garantía de la integridad de la China, la independencia de las islas Filipinas. Franklin solía mantener en estas controversias los criterios más radicales y espantables para aquellos hijos de familias ricas, imbuidos de todos los tópicos y convenciones predominantes en su clase social. No era todavía moda entre los alumnos de los colegios aristocráticos sostener las opiniones más revolucionarias, como lo ha sido después entre los alumnos de la Universidad inglesa de Oxford, hasta el punto de votar, poco antes de septiembre de 1939, una moción contra la guerra, que engañó a Hitler, convencido de que el espíritu pacifista había ganado a toda Inglaterra cuando había hecho presa en los vástagos de las familias que desde hace siglos gobiernan el Imperio británico. Estos debates no pasan de juegos deportivos, al margen del verdadero pensamiento de la nación, en que los jóvenes escolares, a modo de sofistas en el ágora, ejercitan y desarrollan sus músculos intelectuales mediante la contradicción y la paradoja, para después, como han hecho los estudiantes de Oxford en cuanto comenzó la guerra, seguir a su país en los primeros puestos de la batalla y en las misiones especiales y secretas más peligrosas, que parecen reservadas a los que están más distantes de la aventura: a los aprendices de filólogo. Por entonces, las sorprendentes tesis de Franklin eran casi siempre derrotadas, pero los contrincantes, después de debatir temas tan abstrusos, celebraban el armisticio atiborrándose de pasteles de higos en la confitería del pueblo. Así, cada controversia acababa en una indigestión.

El heroísmo y el sarampión

Franklin inauguró la serie de sus tardías enfermedades infantiles con una escarlatina. La enfermedad era benigna; una imprudente

travesura del muchacho la convirtió en grave. Sus padres, que estaban haciendo su cura de aguas en Alemania, regresaron a toda prisa en el primer barco, pero las rigurosas precauciones sanitarias que rigen en los Estados Unidos para los casos de enfermedades infecciosas les impidieron acompañar al niño en su dolencia. Sin embargo, la madre infringía la prohibición, sin infringirla, por un subterfugio que le permitía ver a su hijo, y no obstante, no entrar en su cuarto, trepando por una larga e insegura escalera de bomberos, desde cuyos travesaños más altos charlaba con el niño a través de la ventana abierta de la enfermería. Después de la escarlatina vinieron las paperas, el sarampión...

James Roosevelt no había vencido aún las aficiones marineras de su hijo. El 25 de abril de 1898, los Estados Unidos habían declarado la guerra a España. El colegio entero de Groton ardía en afanes de heroísmo y aventura. Aparte de este romanticismo juvenil, había en Franklin otro estímulo recóndito y, sin duda, inconsciente, que había de actuar también más tarde en su carrera política. Su primo en sexto grado, Teodoro Roosevelt, había dimitido el cargo de subsecretario de Marina para hacer su «espléndida pequeña guerra». Vestido con un uniforme arbitrario, de su propia invención, había congregado a sus amigos del Oeste, los *cow-boys* del rancho de Dakota, donde había vivido a la manera primitiva; con ellos formó el escuadrón de los *Rough Riders*, esforzados jinetes y domadores de caballos, y partieron alegres y bulliciosos para Cuba, como para un rodeo. Los periódicos hablaban tanto de Teodoro Roosevelt y sus caballistas como de toda la escuadra norteamericana. El coronel Teddy fue el héroe nacional; diríase que él era quien ganaba la guerra. El pueblo norteamericano seguía entusiasmado los relatos de las galopadas y cargas de los *Rough Riders*, generalmente exagerados y muchas veces imaginarios. No era, pues, extraño que el adolescente Franklin se sintiera también arrebatado y germinara en su alma el secreto deseo de emular las hazañas de su pariente de la otra rama.

Casi todo el colegio pensó en evadirse de Groton y alistarse para la guerra, pero la quimera colectiva se desvaneció en seguida. Franklin, por el contrario, persistió y maduró secretamente su plan

con la complicidad de un compañero. Los muchachos sobornaron al panadero del colegio para que los llevase escondidos en su carro a Boston, donde se enrolarían en la Marina de guerra. Pero el día señalado para la fuga, los dos conspiradores amanecieron con anginas y jaqueca. El médico del colegio los encerró en la enfermería, ardiendo de fiebre. Era la enfermedad menos propia y hasta más sarcástica para aquellos héroes en ciernes: el sarampión, que les recordaba su condición irremisible de niños. Años antes, otro joven recién salido de una escuela militar, Winston Churchill, había estado en Cuba entre los soldados españoles. Pero Churchill ya se había marchado y Roosevelt no fue; el azar quiso que no se enfrentasen en la batalla las dos figuras cuya amistad sería más tarde el mejor lazo de unión de sus pueblos durante la segunda guerra mundial.

La familia pasaba las vacaciones del verano en Campobello. Con Lathrop Brown, su compañero de cuarto en Groton, Franklin viajaba en balandro a islas y costas relativamente distantes, a Gran Menan y a Nort Cost Harbour, A veces la niebla o el temporal retrasaban el regreso, y los muchachos no volvían en el día. «Supongo –ha contado Sara– que muchas madres hubieran enloquecido de inquietud. Pero yo no me asustaba nunca cuando se trataba de mi hijo, porque él conocía muy bien los azares de una travesía para afrontar riesgos peligrosos. En él, una tardanza no significaba más que una razonable precaución». Con estas palabras queda señalado un rasgo de carácter que hemos de ver a lo largo de toda la vida de Franklin. Ha sido, en efecto, un hombre que nunca naufragaría por imprudencia.

Acababa el tiempo de colegio. Ya no se oía hablar de sus travesuras. Encerrado en su cuarto, trabajaba concienzudamente preparándose para los exámenes de admisión en la Universidad de Harvard. Era uno de los seis primeros. Cuando se presentaron en Harvard, el grupo figuró a la cabeza de la lista general, por delante de millares de candidatos, con un quince de puntuación media. Franklin llegó a dieciséis.

En Harvard

En 1900 Franklin ingresó en la Universidad de Harvard, en Cambridge. Como correspondía a su fortuna, posición social y tradición familiar, vivió en la región del colegio llamado *Gold Coast* (Costa de Oro), porque allí tenían sus departamentos los alumnos más *snootiest*, más presuntuosos y elegantes, hijos de las grandes familias neoyorquinas. Además llevaba el mismo apellido de Teodoro, que monopolizaba a diario los grandes titulares de los periódicos. Todos los clubs del colegio –algunos tan herméticos como la sociedad más aristocrática– le abrieron sus puertas. Perteneció a la *Signet Society*, al *Glee Club*, a la *Memorial Society*, a la *Saint Paul's Society*, al *Yacht Club*; al *Fly Club*, el más alegre de todos; a la *Political Society*, el más serio, y al *Hast Pudding Club*, el más empingorotado. Tampoco fue en Harvard un alumno brillante; nunca llegó a ser un «Phi, Beta, Kappa»[14] ni figuró en los equipos representativos de la Universidad. Jugó en el equipo de fútbol del primer año, pero no en el *Varsity*. Remó por el *New Boat Club*, pero no entre los ocho que mantenían en las regatas el buen nombre de la Universidad...

Cien mil dólares de herencia

A los dos meses del ingreso, su padre cayó enfermo. James y Sara dejaron su casa de *Hyde Park* para trasladarse al viejo Hotel Renaissance, de Nueva York, cerca del doctor Ely, el antiguo médico de la familia. El diagnóstico era grave: endocarditis. Se llamó apresuradamente a Franklin y su hermanastro. El 8 de diciembre de 1900, Sara, que llevaba su diario –su familia había sido amiga de Emerson y devota de sus prescripciones–, escribía: «Todo ha terminado. A las dos horas dos minutos se quedó dormido para siempre. Cuando escribo estas palabras me sorprende seguir viviendo después de que él me ha dejado».

[14] Miembro de la Phi Beta Kappa Society («Filosofía y gobierno de la propia vida», Φιλοσοφία Βίου Κυβερνήτης), la más veterana sociedad académica estadounidense, fundada a fines del siglo xviii. (N. del Ed.)

James había dividido sus bienes en tres partes iguales entre su mujer y sus dos hijos. No había entonces impuesto sobre las herencias, y por esto no puede calcularse exactamente la cuantía, pero Franklin debió de recibir unos cien mil dólares, que entonces rentaban alrededor de cinco mil dólares al año. *Hyde Park* con «todos sus muebles, cuadros, ropas, bodega y despensa, carruajes, caballos y arneses, granja y jardín, aperos y utensilios de todo género, vajilla y plata», quedó propiedad de Sara, «para su uso y goce» durante toda su vida. Así pues, *Hyde Park* no perteneció a Franklin hasta la muerte de su madre, en 1941. De aquí que se haya dicho, en tono de objeción, que mientras vivió Sara el hijo estuvo siempre bajo su influencia espiritual y su dependencia económica. Pero si Franklin, entre las diferentes residencias a que le obligó su carrera, consideró siempre a *Hyde Park* como su verdadero hogar fijo, fue por amor a la casa natal, al paisaje de su niñez y al río que traía a sus oídos la voz de sus antepasados.

En dinero y valores, la parte de Sara era reducida, pero ella había invertido acertadamente su fortuna personal, heredada de su padre, en acciones de las minas de carbón de Pensilvania y bienes inmuebles que le daban una renta suficiente. Aunque hasta entonces había llevado una vida muy recogida de hogar, entregada siempre a la voluntad de su marido, al morir este no se arredró y, en vez de entregar la administración de sus bienes a una persona experimentada de la familia, como su hermano o su hijastro, tomó por sí misma las riendas de la casa y de la granja, y no solo conservó su fortuna, sino que aun la aumentó. Naturalmente, Franklin fue el objeto de todos sus cuidados. Por otra parte, James había dejado dicho en su testamento: «Nombro a mi mujer único tutor de mi hijo Franklin D. Roosevelt y deseo de él que viva bajo la influencia de su madre». Franklin adoraba a su madre, y Sara se consagró a su hijo por propio impulso y por obediencia a su marido y cumplimiento de su último mandato. Después del entierro de la iglesia de Saint James, de *Hyde Park*, tomó una casa en Boston para estar más cerca de su hijo y no quedarse sola allí donde había vivido veinte años felices. Así Franklin tuvo para los fines de semana un hogar al que llevaba amigos bulliciosos y alegres.

Franklin, buen compañero de estudios, juegos y travesuras, no encajaba, sin embargo, por completo en el ambiente del colegio. La tendencia a no conformarse con los hábitos y las opiniones tópicas de sus camaradas, que ya había apuntado en sus tiempos de Groton, se desarrolló más en Harvard. Este inquilino de la «Costa de Oro», miembro de los clubs más aristocráticos de la Universidad, compañero de los hijos de las familias más conservadoras de Nueva York, comenzaba por ser un demócrata, como lo habían sido sus antepasados; y acaso por esta única razón. En las elecciones a la presidencia, se declara en favor de Bryan y contra el republicano Mac Kinley, aunque su pariente Teodoro Roosevelt figuraba con este como candidato a la vicepresidencia. Defiende a los bóers, cuya sangre holandesa latía en sus venas, contra sus compañeros que, en su esnobismo británico, desprecian a «esos sucios barbudos». Y, en fin, capitanea una verdadera sublevación «proletaria» de los alumnos sin club para que los cargos del colegio reservados a los escolares sean ocupados por los más capaces y no por los miembros más ricos de la «Costa de Oro», como era la costumbre.

Si Franklin fuera tan insólito y desconcertante en todos sus aspectos, los habitantes de la «Costa de Oro» hubieran podido tomar sus desentonaciones por «cosas de ese tipo raro de Franklin», pero el caso es que el muchacho era absolutamente normal y corriente en todo lo demás. Así, la preferencia de un verdadero *goldcoaster* por todos esos seres extraños, los demócratas, los bóers, enemigos de los nobles y elegantes ingleses, y los alumnos «sin club» resultaba más perturbadora. Desde luego, sin que se le pueda calificar de heroicidad, en aquel ambiente de opiniones recibidas y hábitos tradicionales denotaba cierto coraje moral. En Harvard –dice un biógrafo– gozaba fama de compañero amable, simpático, bastante capaz, pero imprevisible; lo mismo a él que a Churchill en Oxford, los camaradas le daban la mano para pronunciar después, meneando la cabeza, el veredicto condenatorio: un compañero delicioso, pero sin remedio.

Periodista

Donde desplegaba toda su actividad era en el periódico de la Universidad, *The Harvard Crimson*. A poco de su llegada, había conseguido para el *Crimson* una información sensacional, digna de un verdadero periodista. Era en vísperas de las elecciones para la presidencia de la República. El presidente de la Universidad, doctor Charles W. Eliot, ocultaba precavidamente sus preferencias entre Bryan y Mac Kinley. El improvisado reportero pensó que no sería mala jugada forzarle a confesar su pensamiento en una entrevista para el *Crimson*. Franklin inventó un fútil pretexto para la visita, y a través de la conversación, hábilmente dirigida, logró una declaración tan explícita, que el *Crimson* pudo anunciar, bajo grandes titulares, que el presidente de Harvard votaba por Mac Kinley. La noticia corrió inmediatamente por todas las primeras planas de los grandes periódicos neoyorquinos. Para Franklin, partidario de Bryan, aunque no tuviera voto, fue una gran desilusión, pero el éxito le llevó a la directiva del periódico; más tarde fue su administrador, y por último, su presidente.

Sin embargo, Franklin no escribía de política. Sus temas se referían a la vida interior de la Universidad, pero en esta no escaseaban motivos de crítica: la falta de espíritu deportivo, la forma descuidada de practicar el *hockey*, los malos resultados del equipo de fútbol y la apatía en los aplausos durante los juegos. De estas campañas no salieron indemnes las autoridades del colegio, a las que fustigó por la falta de escaleras de urgencia en los dormitorios para caso de incendio. Esta crítica no nacía, como creyeron los profesores, de un prurito de rebeldía, sino de un verdadero miedo a perecer abrasado con sus compañeros.

Donde ya apunta su espíritu reformador es en su campaña contra la elección de los alumnos ricos, socios de los clubs distinguidos. «Hay un deber más elevado –escribió en el *Crimson*– que votar por los amigos personales, y es dar al conjunto de la clase los jefes que realmente merecen este título». En el mismo espíritu combatiría después, dentro de su partido contra la maquinaria política del

Tanmany Hall, la gran organización electoral de los demócratas. A los tres años habría podido obtener su grado y continuar, como hizo después, sus estudios de Derecho en la Universidad de Columbia, pero permaneció un año más en Harvard para poder seguir dirigiendo el *Crimson*. Más tarde, en sus conferencias de prensa y sus conversaciones particulares con los informadores, recordaba sus tiempos de periodista universitario, para decirles como un colega: «Yo daría esta noticia de este modo», o «Pondría esté título».

Un verano, la madre se llevó a Franklin en viaje de turismo al Cabo Norte. En un verde fiordo de Noruega encontraron el yate del káiser. Franklin, con una linda compañera de viaje, logró una invitación para subir a bordo, y con la desenvoltura irrespetuosa de los norteamericanos recorrieron todo el buque, y de la mesa de Guillermo II robaron un lapicero destrozado por un cabo, cuyo único valor estribaba, según el muchacho dijo después, en haber sido mordido por dientes imperiales.

Aparece Leonor

Su último año en Harvard fue interrumpido por otro viaje de recreo, esta vez a las Antillas, con la madre y Lathrop Brown, su compañero de cuarto en la Universidad. El pretexto fue recompensar al muchacho por el buen resultado de sus estudios, pero la verdadera razón, oculta en el corazón maternal, era hacerle olvidar a una muchacha: Ana Leonor Roosevelt, sobrina carnal de Teodoro, parienta suya, por tanto. Al cabo de doscientos años, las dos ramas familiares nacidas de Johannes y Jacobus, los nietos de Claes Martinszen, volverían a unirse en una sola sangre. Pero solo en la sangre, porque en casi todo lo demás siguieron tan separadas como antes, y en política incluso hostiles.

Sara ha alabado después a Leonor: «Era una deliciosa jovencita de diecinueve años, a quien conocía y quería desde la infancia. No era sorprendente que Franklin se enamorase». La verdad es que Sara,

llevada de su exclusivismo maternal, hizo cuanto pudo para apartar a los enamorados.

El padre de la muchacha, Elliot Roosevelt, era el padrino de Franklin, y este, a sus cuatro años, había llevado muchas veces sobre sus hombros a Leonor, que entonces tenía dieciocho meses. Pero no la había visto desde aquella época. Leonor vivía con su abuela materna, la señora de Hall, una vida solitaria, recoleta e imaginativa en una posesión campestre no lejos de *Hyde Park*. La abuela, una señora con las ideas y los hábitos de la época victoriana inglesa, desaprobaba a los Roosevelt, que le parecían demasiado impetuosos, y los de la rama de Teodoro sobremanera turbulentos. En consecuencia, procuraba alejar a la muchacha de sus parientes paternos. En sus temporadas de Nueva York solo le permitía asistir a algunas reuniones de Navidad. Tampoco Leonor se sentía muy a gusto en ellas, porque su abuela la vestía de una manera ridícula y anticuada. Fue en una de estas fiestas, en casa de la tía Corina Robinson, donde se encontraron. Franklin no la conocía, pero vio, modosamente sentada en el borde de una silla, a una muchacha solitaria mientras las demás danzaban, y la invitó a bailar, sin avergonzarse del vestido de su pareja, hecho, sin duda, de un viejo traje de alguna de sus viejas y rancias tías. Leonor fue aquella noche la preferida de Franklin, buen mozo, guapo y alegre. Era cosa de cuento, y ella se sintió tan feliz como la Cenicienta en brazos del Príncipe.

Después, la abuela Hall dispuso una gran fiesta para la solemne entrada de Leonor en sociedad. Franklin fue invitado, y los dos muchachos trabaron estrecha amistad. Al final de un veraneo, en continuo coloquio, Franklin preguntó a Leonor si quería casarse antes de su graduación en Harvard. La abuela de Leonor y la madre de Franklin pretextaron que los jóvenes no se conocían a fondo para enlazarse de por vida. No había llegado todavía la época de las bodas de tiro rápido y los divorcios trimestrales. Tampoco unía a la pareja una pasión avasalladora, sino uno de esos amores seguros y suaves destinados a crecer con el tiempo. Franklin y Leonor esperaron. Él la invitaba a los partidos y las regatas de la Universidad, la veía los domingos, la acompañaba durante todas las fiestas y vacaciones.

Fue entonces cuando Sara se llevó a su hijo de viaje por las Antillas. A la vuelta, los novios seguían tan enamorados como antes; era un amor isotérmico. Al acabar Franklin sus estudios en Harvard –junio de 1904–, Leonor fue con sus primos y con Sara a Cambridge para felicitar al nuevo graduado. Después ella, en compañía de una criada como dueña y guardiana, pasó el resto del verano en Campobello con Franklin y su madre. Paseos por el campo, travesías en el balandro; sobre todo, conversaciones. Había en la vida de los novios muchos puntos comunes: la soledad de la niñez, los viajes a Europa, el amor a la lectura, el disgusto por las diversiones sociales, la pasión por el campo, por el mar, por aquel río Hudson, cuya voz acompaña, como una nota pedal, todas las páginas de la historia de los Roosevelt.

Boda

En el otoño, Franklin volvió a sus estudios. Nuevamente había vacilado entre la Academia Naval y la Escuela de Leyes, y al fin había decidido seguir la carrera de Derecho en la Universidad de Columbia, para estar más cerca de Leonor y cumplir la voluntad paterna. El enlace quedó señalado para la primavera. Teodoro Roosevelt, el tío Teddy, que en 1901 había pasado de la vicepresidencia a la presidencia de los Estados Unidos, por muerte de Mac Kinley, asesinado por el anarquista Czolgozy, había sido confirmado en el primer cargo de la Unión en las elecciones de noviembre anterior por la mayoría más fuerte registrada hasta entonces en la historia política del país: 7.624.869 votos contra 5.082.754 reunidos por su contrincante, el demócrata Parker. Teodoro quiso ser el padrino que entregara su sobrina carnal a su primo sexto.

El 17 de marzo de 1905, el reverendo Endicott Prabody, capellán del colegio de Groton, bendecía la unión de Leonor y Franklin en la casa que tenían los Parish, primos de la novia, en la calle 73, casi en la esquina de la Quinta Avenida. Fue una boda de rumbo. La policía hubo de intervenir varias veces para contener a la enorme multitud que contemplaba la llegada de personajes: los Vanderbilt, los Astor, los Hoyt, los Chapin, los Delano, los Roosevelt y las mujeres que

entonces llamaban más la atención: Alicia Roosevelt y su íntima Corina Douglas Robinson. Pero a quien el gentío quería ver era, ante todo, al presidente Teodoro, el hombre más popular de los Estados Unidos.

Muchos años después escribiría Leonor que nunca una pareja de novios fue más completamente eclipsada. Cuando terminó la ceremonia, los Vanderbilt, los Astor, los Hoyt, los Chapin, los Delano, los Roosevelt, Alicia, Corina, la reunión entera, olvidó totalmente a los recién casados para rodear al gran hombre. Costó mucho trabajo deshacer el corro a fin de proceder al corte del pastel de bodas. Luego el círculo se cerró de nuevo, dejando fuera a los novios, solitarios en un rincón. Nadie volvió a hacerles caso. Nadie advirtió su salida, ni los invitados de la casa ni la muchedumbre de la calle. Aunque de Teodoro se ha dicho que «si asistía a una boda, quería ser la novia, y si a un entierro, el cadáver», seguramente no pretendió aguar la fiesta, pero era hombre que dondequiera que estuviese se constituía en centro y pináculo. Probablemente aquel día Franklin se dio clara cuenta de la importancia de ser presidente de los Estados Unidos. ¿Qué sentimientos despertó el hecho en Franklin? ¿Podemos pensar que, como dice Ludwig, «la admiración y desaprobación, mezcladas, que sentía hacia su pariente se complicaron con un poco de envidia?»[15].

[15] Emil Ludwig, *op. cit*. (N. del Ed.)

V. TEODORO O EL ÍMPETU

Estímulo y modelo

En la vida de todo hombre siempre hay otro que le sirve de modelo, al menos de estimulante. No suele ser el maestro que forma y moldea directamente el espíritu, sino la figura egregia, algo lejana que, sin saberlo, emite sus excitaciones, como un centro de energía, a un alma especialmente preparada para recibirlas. No es entonces la envidia lo que funciona, como insinúa el mal pensado Ludwig, sino la emulación, la aspiración y otros sentimientos de impulso ascendente. Es posible construir racionalmente un tipo de hombre con todas las virtudes y todos los talentos deseables, animado de todas las ideas que juzgamos dignas, para proponerlo como arquetipo a las escuelas. En última instancia, toda pedagogía no es más que eso; primero, la construcción de un hombre ideal, y después, el empleo de métodos educativos para realizarlo. Pero ese modelo exangüe de una teoría no poseerá nunca la potencia ejemplarizadora de una persona real, de carne y hueso, visible y palpable. No es extraño que Teodoro Roosevelt haya sido para Franklin el estimulante y patrón secreto. Podía Franklin disentir de su lejano primo en muchas cosas, pero es indudable que de él recibió la energía pura, porque Teodoro era, ante todo, y acaso solamente, una nota de energía cuyos defectos y errores quedaban oscurecidos por la virtud del ímpetu puesto en la acción. Franklin consideraba a Teodoro como un apóstata por ser republicano; todos

los Roosevelt habían sido, como buenos holandeses, demócratas. Fue el padre de Teodoro quien, en la época de la guerra civil, rompió esta tradición hereditaria pasándose al partido republicano. Sin embargo, Franklin estaba orgulloso del hombre que había elevado el viejo apellido familiar a la cima de la popularidad y al primer puesto de la nación; la única sombra era que este Roosevelt no fuera también un demócrata como todos sus antepasados y que hubiera llegado a tan elevado lugar justamente separándose de la línea familiar. Quizá entonces pensó en igualarle, ilustrando el apellido desde el lado demócrata. Pero ¿cómo no iba el joven Franklin a sentirse seducido también por Teodoro cuando el pueblo americano entero encarnaba en él «ese anhelo primitivo de espectáculo y acción que late en toda la vida americana»? Nadie creería que Teodoro, el predicador del americanismo viril, de la política sanguínea y de la conquista de tierras, el *cow-boy* de Dakota, el coronel de los *Rough Riders*, el cazador de búfalos y leones, fuese un hombre físicamente débil, enfermizo, asmático y miope desde la niñez. Esto fue precisamente lo que le hizo enérgico y fuerte. Durante toda su infancia y juventud vivió atormentado por un complejo de inferioridad física, y a fuerza de querer aparentar robustez y superioridad, lo que le hacía incurrir en excentricidades, llegó a poseerlas. Para vencer el asma aprendió a boxear. En la Universidad de Harvard vestía presuntuosamente, hasta lindar con el ridículo. Se dejaba patillas para disimular su juventud y fingir un aspecto más varonil, y exhibía una de esas sonrisas americanas que muestran toda la dentadura, pero tan de continuo y tan de propósito, que llegaba a ser ofensiva. Se forjó una voz estentórea y penetrante y su rostro fue haciéndose leonino.

El *cow-boy* de Dakota

Este exhibicionismo acabaría por formar una segunda naturaleza en Teodoro, el primer actor americano de cine que ha mostrado a sus compatriotas, como en una pantalla, la energía pura de la vida norteamericana. Como para acentuar más ese anticipo del cine, compró, por catorce mil dólares –de los doscientos mil heredados de su padre–, un rancho de ganado en Chimney Butte, en las tierras

desiertas de Dakota, en el oeste. Cuando dejaba algún cargo, siempre con la natural desilusión, o sufría en la política alguna derrota, se iba al rancho, se ponía sus zahones y su gran sombrero y montaba furiosamente todo el día, rodeando ganado, domando potros salvajes, olvidado de la política y de los salones neoyorquinos. Después volvía a su vida anterior con una buena provisión de fuerza primitiva, ruda y salvaje, para combatir la corrupción política y capitalista. Se hizo pintar en un cartel como un *cow-boy*, jinete en un potro cerril, con un látigo flagelador en el puño y los dientes centelleantes, acometiendo a los trust, enemigos del pueblo.

Película cinematográfica era también, cuando en su cargo de comisario de Policía del estado de Nueva York, después de reforzar la orden de cierre de establecimientos de bebidas durante el domingo, recorría por la noche, a la salida de alguna fiesta de sociedad, los barrios más infectos y peligrosos, con un gabán negro sobre su frac y su blanca pechera almidonada, alumbrado por las linternas sordas de la policía y seguido por los reporteros de los periódicos. Como resultado de estas algaradas y de las detenciones en masa, fue el hombre más impopular y el más popular. Para su fama servía tanto lo uno como lo otro.

Peliculesca fue también su expedición a la guerra de Cuba, y después, al dejar la presidencia, sus cacerías de leones y elefantes en África, su viaje por Europa donde dio conferencias, habló con reyes y emperadores. A Jorge de Inglaterra le dio lecciones de cómo debía gobernar el Imperio; a Guillermo de Alemania de cómo se hacía un ejército; riñó con el Papa. Peliculesco fue asimismo el recibimiento tumultuoso, a su vuelta a Nueva York, por una multitud enardecida que le llevó en volandas desde el muelle a la bahía de las Ostras, donde vivió siempre y donde está enterrado al pie de tres árboles plantados por él mismo, final de aquel torbellino frenético que atravesó, arrastrándolo todo a su zaga, la vida americana.

Coincidencias

Pero en Teodoro había también un lado serio y muchos puntos de coincidencia con Franklin. En su adolescencia, coleccionaba

mariposas, pájaros y animalillos, que disecaba por sí mismo; tomaba notas de sus observaciones y daba cuenta de sus descubrimientos a sociedades y revistas científicas. La necesidad de conocer los nombres de sus ejemplares le movió a estudiar el latín. Leía libros de mar, y en Harvard comenzó una *Guerra naval de 1812*, que no terminaría hasta muchos años después. Toda su vida pensó en escribir e investigar. Con el tiempo publicaría algunos libros, tales como *Vida de Tomás Hart Benton* y *The Winning of West* (*La conquista del Oeste*), loas al americanismo viril de los pioneros. Estudió a fondo Historia y Zoología, pero tampoco fue un alumno brillante. Se hizo abogado también, como Franklin; después practicó, también como Franklin, en un bufete, sin afición alguna, para matar el tedio y cumplir alguna función, hasta que fue arrebatado por la política. Luchó contra la corrupción dentro y fuera de su partido. Fue, como lo sería Franklin más tarde, subsecretario de Marina, durante el primer mandato de Mac Kinley, y gobernador del Estado de Nueva York. Luego, sus correligionarios, para paralizarle, le llevaron al cargo casi honorífico de vicepresidente de la República, pero el asesinato de Mac Kinley le encumbró en 1901 a la Presidencia. Los electores volvieron a dársela con pleno derecho cuatro años más tarde y hubiera sido elegido tantas veces como Franklin, si hubiera tenido valor para romper la tradición de los dos mandatos como máximo. Fue, en suma, lo que sería Franklin, pero con muchos años de adelanto, de modo que bien pudo aparecer ante la imaginación juvenil de su pariente como un ejemplo de lo que un Roosevelt podría llegar a ser.

Fuera de estas semejanzas externas y de las diferencias evidentes de temperamento, hay que añadir que todo cuanto Franklin ha hecho, Teodoro lo había iniciado y también frustrado; en parte, porque no había llegado el momento, pero, en mayor parte aún, por ser más verbalista que sólido, más espectacular que real y, aunque parezca extraño, porque este hombre extremoso y fanático estaba más dispuesto al compromiso que su pariente, modelo de suave e inquebrantable tenacidad. Si Teodoro hubiera seguido sus ideas hasta el fin y hubiera puesto en su realización la misma energía que empleaba en predicarlas con voz tronituante, Franklin no se habría

encontrado con los problemas que hubo de afrontar en 1932 al entrar por primera vez en la Casa Blanca.

Teodoro había querido dar a sus compatriotas grandes empresas, «ese sentimiento dramático que justificaría su insignificancia de átomos dispersos», que, según Waldo Frank[16], necesitaban los norteamericanos. Predicaba la guerra: «Ningún triunfo pacífico es tan grande como el triunfo guerrero. El diplomático es el sirviente, no el señor del soldado». Predicaba el desarrollo de las relaciones internacionales y la expansión comercial por todo el mundo, la construcción del canal a través del istmo entre las dos Américas, la adquisición de bases navales, la extensión por el Pacífico. Trató de preparar una gran flota; en la Subsecretaría de Marina había trazado un plan para la ocupación de las islas Hawai, el ataque a las Filipinas y la toma de Manila. La guerra con España pareció satisfacer sus bélicos deseos. Aunque corta, esta guerra inicia una época en los Estados Unidos; a su término, Norteamérica se había convertido en una gran potencia internacional, pero en realidad había sido una guerra colonial remota que no abría una época en la historia del mundo. Todo seguía, sobre poco más o menos, como antes, incluso en los Estados Unidos.

Cuando a la muerte de Mac Kinley ascendió a la presidencia de la República, los cimientos de Wall Street se estremecieron; había predicado mucho contra la riqueza y la organización capitalista. Pero no atacó a fondo el problema. Su cruzada, inspirada exclusivamente en un punto de vista moral, se orientó contra los trust, como hicieron otros antecesores en su cargo, porque si en los Estados Unidos hay una tradición trust, hay también una tradición anti-trust, y ambas coexisten perfectamente, sin hacerse mucho daño. En esta lucha consiguió una sentencia contra la Compañía de Seguros de Morgan; la sentencia no se hizo efectiva, pero Teodoro quedó satisfecho con la popularidad alcanzada. En 1902, los mineros de carbón de Pensilvania se declararon en huelga. El paro duró cinco meses y afectó a ciento cuarenta y cinco mil obreros. Teodoro obligó a los patronos a reunirse con los obreros y someter el litigio a una comisión de arbitraje nombrada por él, pero no extendió el procedimiento con

[16] Waldo Frank, *op. cit.* (N. del Ed.)

carácter general a todos los conflictos. Dio al gobierno federal poder de vigilancia y reglamentación sobre el comercio entre los estados de la Unión, creó el Ministerio de Comercio, aseguró la conservación de los recursos naturales, robusteció la Marina de guerra y la Marina mercante, reformó el servicio burocrático, reemplazando por el «sistema de méritos» el «servicio de despojos», que a cada elección presidencial dejaba cesantes a todos los funcionarios para recompensar con puestos lucrativos a los partidarios del nuevo presidente.

El canal de Panamá

Su obra más importante durante su primera presidencia fue el canal de Panamá, entre el golfo de México y el Pacífico. Los norteamericanos acabaron por ver claramente la necesidad de un paso entre ambos mares durante la guerra con España. En aquella ocasión, el acorazado *Oregón* tuvo que dar toda la vuelta a América por el Cabo de Hornos. La opinión de políticos y técnicos, y en general, del país, prefería abrir el canal por la parte de Nicaragua, que ofrecía la ventaja de sus grandes lagos; se recordaba el fracaso de Francia en el istmo de Panamá. La polémica fue zanjada por el volcán Momotombo. Una erupción arrasadora convenció al Congreso de la inconveniencia de llevar el canal por Nicaragua. En 1903 los Estados Unidos firmaron el tratado con la República de Colombia que garantizaba a los Estados Unidos el alquiler del territorio necesario por una renta anual muy crecida; pero el Senado colombiano rechazó el acuerdo cuando ya había sido ratificado por el Senado de los Estados Unidos.

Teodoro estaba resuelto a construir el canal a toda costa. El 3 de noviembre se producía en la región de Panamá un levantamiento «tranquilo» contra el Gobierno de Colombia; dos buques de la flota norteamericana a cada lado del istmo velaban por su desarrollo y desembarcaron fuerzas para proteger las vidas y haciendas de los súbditos de los Estados Unidos. Quince días después la nueva República de Panamá, inmediatamente reconocida por Teodoro, concluyó con los Estados Unidos un tratado por el cual les enajenaba una franja de dieciséis kilómetros de ancho a través del istmo.

Indudablemente en la «rebelión» de Panamá fue el Gobierno de los Estados Unidos el mayor y acaso el único rebelde, pero las ambiciones codiciosas de Colombia y las disputas en el Congreso de Washington, otra vez al vivo, auguraban retrasos sin cuento, acaso el fracaso definitivo. Teodoro, el *cow-boy* de Dakota, se lanzó a la carrera, el tirador de rifle se echó rápidamente la escopeta a la cara. Más tarde diría: «Yo tomé la zona del Canal y dejé al Congreso que discutiese; mientras discutía, se iba haciendo el Canal». Desde entonces los Estados Unidos ocuparon el primer lugar en la influencia económica sobre el resto de las naciones americanas.

Después, ya presidente por elección, reforzó la vigilancia sobre el comercio entre los estados de la Unión, sobre los caminos de hierro; emprendió acciones judiciales contra varios trust, entre ellos la Standard Oil; medió entre Rusia y el Japón en guerra hasta conseguir la paz, lo que le valió el premio Nobel. Al recibirlo en Cristianía, propuso una Liga de las grandes potencias «no solo para mantener la paz, sino para imponerla, por la fuerza en caso necesario, cuando fuere rota». Para disuadir al Japón de toda veleidad agresiva, envió la flota americana a dar la vuelta al mundo; en realidad, al Pacífico. Y riñó con todos, con sus viejos amigos, con el Congreso, con el Ejército, con el Tribunal Supremo. Con ello no hacía más que aumentar su popularidad, hasta el punto de que al terminar, en 1908, su segunda presidencia, con la intención oculta de volver al puesto: después de un interregno de cuatro años, pudo nombrar como heredero, testaferro y ocupante interino del cargo a William H. Taft, que fue uno de los presidentes más calamitosos de la República norteamericana.

El «nuevo nacionalismo»

El propio Teodoro, a la vuelta de su cacería de elefantes y de reyes, tuvo que combatirlo. Después, convencido de que los tiempos habían cambiado, sin saber qué hacer para promover más ruido, se sumó al partido progresista –una escisión del republicano–, que, naturalmente, acaudilló en seguida para «edificar una nueva república, más noble», con un programa que comprendía la reforma

del mecanismo político y electoral, la reglamentación de las combinaciones industriales, una nueva legislación sobre los bancos y la moneda, diversas leyes para asegurar «la justicia social». Pero frente a su turbulencia, frente a su «nuevo nacionalismo», se levantó un hijo de pastor presbiteriano, el demócrata Woodrow Wilson, predicando en sus sermones políticos otro evangelio: la «nueva libertad». En las elecciones presidenciales ambos lucharon como candidatos. La escisión del partido republicano, cuya rama ortodoxa presentó al lamentable Taft, dio la victoria a Wilson, y Teodoro se marchó al Brasil a explorar ríos incógnitos.

Al principio de la guerra de 1914 fue acusado de germanófilo porque muchas veces había alabado al pueblo alemán por «viril, austero e imperioso», pero desde el hundimiento del *Lusitania* nadie reclamó más furiosamente la guerra contra Alemania. Hasta quería reunir otra vez a sus Rough Riders, vestirse su uniforme de coronel y cargar contra el káiser. Pero estos gestos ya estaban pasados de moda y parecían ridículos. Predicaba la guerra hasta el fin, hasta la rendición incondicional de Alemania, y arremetía contra Wilson, que le parecía un pacifista utópico. Murió de una embolia –la muerte de los sanguíneos– el 6 de enero de 1919 a los sesenta y un años.

Todos los propósitos y todas las realizaciones de Franklin –repetimos– están en germen en la política de Teodoro, pero todos se frustraron en mayor o menor grado. Quiso poner orden en el caos de las fuerzas económicas desatadas; trató de lanzar al pueblo americano a una faena histórica, mas Teodoro era solamente ímpetu que acomete y se desvanece, instinto que se orienta, no pensamiento que sabe y voluntad que persigue. Hizo muchas cosas, pero inconexas. No hizo la principal: transformar esencialmente su pueblo. Estados Unidos fueron desde entonces una gran potencia económica; una gran potencia americana, una gran potencia internacional; pero no una gran fuerza histórica. Otros antes que él lo habían intentado, Wilson lo pretendería después. Ninguno pudo conseguirlo. Era la misión reservada a Franklin Delano Roosevelt.

VI. DOS MUJERES ROOSEVELT: ALICIA Y LEONOR

La mujer norteamericana

«La mujer es la manufactura más notable de los Estados Unidos», dice el chino autor de las cartas recopiladas por Henry Pearson Gratton[17]. La mujer norteamericana es bella, elegante, encantadora, como suelen ser las mujeres de los países nuevos, nacidas de la mezcla de sangres, como si el misterioso hacedor que trabaja con los mil elementos de la herencia fuera escogiendo los más preciados de cada raza para formar con sus síntesis y contrastes un ser extraño y maravilloso. De la mujer argentina decía Rubén Darío:

> Talle de vals es de Viena,
> ojo morisco es de España,
> crespa y espesa pestaña
> es de latina sirena;
> de Britania será esa piel
> cual la de la pulpa del lis
> y que se sonrosa en el
> rostro angélico de la *miss*[18].

[17] Henry Pearson Gratton, *op. cit*. (N. del Ed.)

[18] Versos 602-609 del «Canto a la Argentina». (N. del Ed.)

Cuando se trata de varones, el susodicho artífice suele descuidarse y proceder con premura o desgana, pero en las mujeres pone sus cinco sentidos, como el joyero en ciertas alhajas de especial encargo. Así, es muy corriente en los viajeros que recorren tales países la impresión de que sus mujeres son muy superiores a sus hombres.

Sin sus mujeres, bellas, ágiles, espontáneas y al mismo tiempo compuestas, primitivas y refinadas, no hubiera sido posible el cine norteamericano, como sin la mujer griega acaso no habría existido la estatuaria helénica. Un español anónimo, en unos versos a *Las norteamericanas en Broadway*, insertos en una curiosa *Guía del viajero en los Estados Unidos*, en castellano, impresa en Nueva York el año 1859, después de cantar las limeñas de «ojos árabes» –«Ojos do al astro de Capac magnífico rinden culto los hombres todavía»–, «las zalameras náyades» de Brasil, «las ágiles gacelas» de Caracas, «la Venus tropical» de Guatemala, «las sirenas» de Maracaibo, «las sílfides» de Cuba, la cintura de las panameñas –«istmo entre cielo y tierra, istmo de amor»–, «las huríes chilenas de corazón volcánico», «los ángeles ojinegros» de Bogotá, ensalza sobre todas a las norteamericanas. Y termina:

> ¡Ah! cada hermosa es una amable autócrata,
> Ley sus sonrisas, sus palabras ley,
> Y una marcha triunfal entre sus súbditos
> Cada excursión por la imperial *Broadway*.
>
> Los fieros amos de la Gran República
> Son sus siervos humildes: ¡ya se ve!
> ¿Quién no lo fuera de tan lindos déspotas?
> ¿Y quién podrá decir «no lo seré»?[19]

[19] Versos 113-120 de «Las norteamericanas en Broadway», del poeta romántico colombiano Rafael Pombo. El texto se publicó en una singular *Guía del viajero en los Estados Unidos* (Nueva York, José Durand, 1859). Los versos citados se encuentran en la p. 101. En la p. IV del volumen aparece mencionado el autor del poema. (N. del Ed.)

El desconocido poeta alude únicamente a esa sumisión corriente del hombre enamorado a la mujer hermosa, pero en los Estados Unidos hay algo más. Probablemente en ningún otro país tiene el sexo femenino tanta influencia social y política ni la mujer casada comparte en tan amplio grado la vida pública de su marido. Cuando después de ser proclamado por la Convención de su partido, el candidato presidencial se presenta a la asamblea de sus correligionarios con su mujer, que le ha acompañado en el ya tradicional viaje en avión, no hace más que ratificar esa estrecha unión de la esposa a los afanes del marido y su participación activa en todas sus empresas. Por esta razón es muy importante la elección de mujer que hace el hombre norteamericano, sobre todo si, como Franklin Delano Roosevelt, estaba destinado a gobernar su pueblo más tiempo que cualquier otro presidente de la República y tanto o más que muchos reyes.

Tal es el influjo femenino en los Estados Unidos, que hay quien afirma que las mujeres constituyen la casta superior del país, la única y verdadera aristocracia ociosa para la cual trabajan los varones mientras ella rige la nación desde sus clubs y asociaciones. Los que tienen el prurito de relacionar las organizaciones sociales contemporáneas con las más antiguas conocidas, incluso prehistóricas, para darles un carácter profundo, inexorable, eterno, como emanado de las potencias misteriosas del suelo, dicen que los Estados Unidos son un matriarcado, y el exagerado Keyserling[20] sostiene que en Norteamérica el varón está reducido a la condición de la mujer en Oriente y, por tanto, quien necesita emanciparse es el hombre y no la mujer.

Sin llegar a tales extremos e ironías, sí puede decirse que las mujeres ejercen el máximo influjo en la opinión pública, desencadenan grandes propagandas de carácter moralizador, imponen leyes, dictan prescripciones y ostracismos. Obra de las mujeres fue la famosa «Ley Seca», que, lo mismo para imponerla y mantenerla

[20] Hermann Keyserling, *America Set Free*, London, Harper & Brothers, 1929. (N. del Ed.)

que luego para anularla, originó las luchas más apasionadas que desde la abolición de la esclavitud han vivido los norteamericanos y estuvo a punto de promover una nueva guerra de secesión entre estados «secos» y estados «húmedos».

Además de la National Woman's Christian Temperance Union, autora de la Ley Seca, hay otras muchas asociaciones femeninas, de carácter educativo, filantrópico, social, donde la mujer pasa casi todo su día mientras el marido trabaja en la oficina. Los aparatos mecánicos para la rápida ejecución de los menesteres domésticos y las conservas en lata permiten este género de existencia. Otro factor determina este influjo: la superabundancia de maestras. En 1924 existían 630.816 maestras contra 127.605 maestros; en consecuencia, la mayor parte de los norteamericanos han sido educados por mujeres. Dícese por esto que padecen de un «complejo maternal» que les mueve a proyectar, encontrar y venerar en la mujer propia el tierno recuerdo de la madre y de la dulce y cariñosa maestra de su niñez. Alguien ha dicho que la Constitución y el Código parecen redactados por mujeres para mujeres; desde luego, los jurados norteamericanos favorecen casi siempre a las mujeres, y las leyes del divorcio han sido dictadas exclusivamente en su beneficio, para que no sufran ni la menor molestia de parte del marido.

Esta presión atmosférica, general y constante, es mucho más poderosa que el gobierno abiertamente declarado y notorio. En el Congreso de los Estados Unidos, en los parlamentos de los estados, hay muy pocas mujeres, y precisamente estas son las menos influyentes. El movimiento feminista ha terminado por innecesario; las mujeres se han dado cuenta de su preponderancia, y esto las ha llevado a creerse, en efecto, superiores. Un periódico neoyorquino decía irónicamente que la concesión del voto a las mujeres había sido un ardid de los hombres para que quedase patente, incluso para ellas mismas, que no son, por ningún concepto, mejores que los varones.

De esta privilegiada posición de la mujer en los Estados Unidos se han dado diversas explicaciones. La explicación metafísica según la cual el norteamericano, que cree en la igualdad esencial de todos los hombres, sin otras diferencias que las de su mayor habilidad en el hacer y proceder, proyectó la necesidad de percibir diferencias del ser sobre la mujer, y en consecuencia, esta quedó elevada al rango de un ente esencialmente distinto y superior. La inevitable explicación freudiana, que pretende aclararlo por uno de esos embrollos llamados «complejos» –el ya citado «complejo maternal»–, mucho más misteriosos que el fenómeno en cuestión. La erótica, según la cual el hombre norteamericano, como todo hombre movido por el afán de poderío, es un mal amante, y, por tanto, la mujer, que no podía realizar su destino en su hombre se salió de sí misma para hallar por sí sola lo que antaño había encontrado en el varón, se esforzó por parecerse a él y se lanzó a las profesiones liberales, a los negocios, a las campañas moralizadoras y a las organizaciones sociales. Y finalmente la explicación histórica, acaso la más plausible: en las primeras colonias norteamericanas escaseaban tanto las mujeres como el agua dulce en las largas travesías de los veleros de antaño. La mujer era un objeto raro y precioso, reverenciado y adorado. Todavía hoy en el baile existe la costumbre de que un hombre arrebate a otro su pareja, sin que el despojado se irrite, como en los tiempos pretéritos, cuando los hombres no disponían de bastantes mujeres para bailar todos a la vez. La mujer compartía entonces los peligros del pionero y del colono, atravesaba el país en un carromato cubierto de lona, establecía el hogar en medio del desierto y volvía a levantarlo para avanzar más hacia el oeste, que llamaba a su hombre desde el trémulo confín; ayudaba a su marido y encantaba su soledad. Por esta razón conquistó para su sexo un respeto y una adoración exagerados y la plena participación en las empresas varoniles. Como consecuencia, se creyó superior, se libertó.

Pero hay dos clases de libertad e iniciativa femeninas en los Estados Unidos; hay mujeres que son activas únicamente para sí mismas, y mujeres que emplean su libertad de movimientos en obras de

bienestar colectivo. Ambos tipos se han dado en su forma extrema precisamente en dos mujeres de la familia Roosevelt: Alicia, la hija de Teodoro, y su prima carnal, Leonor Roosevelt, la esposa de Franklin. Con una diferencia de tres años de edad, parecen mujeres de dos épocas distintas; bien es verdad que Alicia comenzó su dinámica agitación en su primera juventud, mientras que Leonor esperó a ser abuela y tener cumplidos todos sus deberes maternales. Alicia pertenece a la época del individualismo, cuando se creía que la felicidad podía conseguirse individualmente; Leonor, a la época en que se piensa que no puede haber bienestar si no es colectivo. Alicia es, por su ímpetu, un Teodoro con faldas. Leonor, aunque de la misma rama familiar, un reflejo de Franklin.

La «princesa» Alicia

Es innegable el papel que ha desempeñado Alicia en la «emancipación» de la mujer norteamericana. Ella hizo primero y más ostentosamente lo que ninguna mujer se había atrevido a hacer antes. Fue la primera que fumó en público, la primera que se lanzó en automóvil a un viaje, temerario entonces, de Newport a Boston, algo más de doscientos kilómetros, a una media de cuarenta por hora; la primera que tuvo y guio coche propio. Su padre fue el primer actor cinematográfico; ella, la primera actriz de cine que ha existido. Ninguna estrella de Hollywood ha gozado después de tanta celebridad; ninguna ha acaparado como ella las primeras páginas de los periódicos; ninguna ha impuesto tan despóticamente sus gustos. A su padre le llamaban con ironía el «emperador» Teodoro; a ella se la decía, desde muy niña, la «princesa» Alicia, sin pizca de ironía, y como princesa auténtica vivió y fue obedecida. En los salones, en los sitios de veraneo era quien decretaba las fiestas; no se levantaba el telón ni comenzaba el baile ni el partido antes de su llegada. En Newport reservaba a sus amigos una sorpresa diaria: unas veces se presentaba con bastón; otras con un verde papagayo. El colmo fue cuando emergió del fondo de la bahía en la torreta de un submarino. Un periodista publicó la siguiente estadística: en quince meses, Alicia estuvo en cuatrocientas ocho cenas, trescientas reuniones,

trescientos cincuenta bailes, ochocientos sesenta tes, hizo mil setecientas seis visitas y repartió treinta y dos mil apretones de mano. Norteamérica temió que cayese enferma y le pidió algún reposo; Teodoro contestó irritado que su hija era bastante fuerte y tenía los nervios muy templados para resistir aquel tren de vida y aun otro más agitado. Las recién nacidas recibían el nombre de Alicia; había rosas Alicia, colores Alicia, zapatos Alicia, sombreros Alicia. El país entero cantaba: *Alice, where are thou?* (Alicia, ¿dónde estás?), aunque por los periódicos sabía todas sus andanzas al minuto.

Amor romántico

En Japón, Alicia fue recibida por el emperador. En China visitó a la emperatriz viuda. En Alemania, el káiser le regaló un brazalete con su miniatura engastada en una orla de brillantes y puso a un buque auxiliar de la escuadra el nombre de *Alicia Roosevelt*. Los periódicos dieron sucesivamente los siguientes nombres de candidatos a su mano: el príncipe Gustavo Adolfo de Suecia; Pablo Loubet, hijo del presidente de la República francesa; Marconi; el príncipe Jorge de Grecia; el gran duque Miguel, hermano del zar; el príncipe Adalberto de Prusia; el futuro emperador de la China; el sultán de Sulu; los jugadores más famosos de los equipos campeones; algunos de los Rough Riders... Sin embargo, hizo un matrimonio de amor romántico, también como algunas princesas. Muchos días se veía entrar en su casa al joven Nicolás Longworth con una caja de violín en la mano. Él era rico, de una gran familia, pero ella le amaba como violinista, lo que también tiene antecedentes en la vida de algunas princesas. Aunque Alicia prefería el banjo y el «hula-hula», que había aprendido en las islas Hawai, acompañaba al piano las romanzas sentimentales de su enamorado.

Una vez se callaron piano y violín a la mitad de una melodía agonizante. En el otoño de 1905 se anunció la boda. A la Casa Blanca llegaron regalos de todo el mundo: de la emperatriz de la China, de los emperadores de Rusia y Alemania, de los reyes de Italia y España, de los monarcas de los Balcanes, de los príncipes europeos,

de los multimillonarios americanos. El Parlamento de Cuba discutió largamente si debía regalarle la colina de San Juan, teatro de la famosa carga de su padre, pero al fin se decidió por una joya de veinticinco mil dólares. En su luna de miel, los novios estuvieron en Europa; asistieron, invitados por el presidente de la República francesa, a una cena amenizada por las célebres bailarinas del rey de Cambocha; comieron con Guillermo II en el yate *Meteoro*, que ella había bautizado años antes; fueron recibidos por el rey de Inglaterra.

Después, Alicia quiso vivir una vida oscura. A sus treinta y nueve años –en 1923– tuvo una hija. Se negó a que los fotógrafos la retratasen para los periódicos y no la llamó ni Teodora ni Alicia, como se esperaba, sino que buscó el nombre que le pareció más insignificante y opaco: Paulina. A pesar de sus propósitos de recogerse al hogar, no siempre podía contenerse. En tiempos de Wilson se la había visto animando desde la tribuna del Senado a los antiwilsonianos, a los que luego reconfortaba en su casa con suculentas cenas de medianoche. Después, cuando su pariente Franklin llegó a la cima política, toda la familia de Teodoro, celosa del encumbramiento de otro Roosevelt al mismo puesto, rompió con él. Teddy hijo sentenció: «Franklin no tiene el cuño de nuestra familia». Su madre dijo: «Franklin es un primo lejano de mi marido; yo soy republicana y voto por Herbert Hoover». Y Alicia, que había sido «princesa», pero no la primera dama de los Estados Unidos, empleó todos los recursos de su humor cáustico en desacreditar a Franklin, a su *New Deal* y a Leonor. Hasta comenzó a escribir en los periódicos una columna diaria para eclipsar el artículo «My Day» («Mi día») que publica su prima Leonor en media prensa norteamericana. Pero no tuvo éxito; su época, la del individualismo frenético, había pasado.

La niña fea

Si Alicia fue célebre desde su niñez, nada anunciaba que Leonor lo sería también por su propia personalidad. Durante muchos años fue una sencilla mujer doméstica; solo un gran revulsivo en su vida pudo transformar su quietud hogareña en actividad pública y social.

Leonor nació el 11 de octubre de 1884, bajo los peores auspicios. Sus padres esperaban un hijo y vino una niña. La madre se sintió desilusionada, porque, además, era una niña fea y en su familia paterna y materna, los Livingston y los Hall, todas las mujeres gozaban fama tradicional de guapas. Ella misma, Ana Livingston, era una belleza. La niña creció en una atmósfera sombría. Algo ocurría en su casa que no acertaba a explicarse. Su padre, el hermano de Teodoro, Elliot Roosevelt, se había dado a la bebida. Los Roosevelt, reunidos en concilio, acordaron enviarle a un sanatorio de París para curar su vicio. Su mujer y su hija se instalaron cerca de él, en Neuilly; después Leonor entró como interna en un colegio de monjas; allí, entre niñas francesas, de otra lengua y otra religión, se sintió ya a sus seis años infinitamente desgraciada y sola. Cuando volvieron a Nueva York, su padre se quedó en el sanatorio. Leonor nunca llegó a comprender la proscripción de su padre, aquel hombre encantador que la entretenía con sus historias maravillosas y sus dulces canciones. Le adoraba, y, sin embargo, estaba destinada a vivir lejos de él; en cambio, nunca se sintió muy unida a su madre.

Ana Livingston murió cuando la niña tenía siete años, y Leonor se fue a vivir con su abuela, Valentina Hall, a la tétrica casa de la calle 37. Poco después moría su padre; ella no lo supo hasta algún tiempo después. Quedó estupefacta, incapaz de creerlo, hasta que pasaron muchos meses sin que él fuera a cantar y bailar con ella. Su abuela la vestía a la moda infantil de su época, la obligaba a tomar baños fríos muy de mañana, le prohibía toda golosina, la apartaba de toda amistad infantil. En Tívoli, donde veraneaba, Leonor no tenía más compañera de juegos que una niña, y esta vivía a ocho kilómetros. Allí, en la casita, casi una casa de muñecas, que su abuela construyó para sus juegos en medio del bosque, pasaba Leonor solitaria casi todo el día; soñaba, leía todos los libros que caían en sus manos, desde los tratados de Teología, favoritos de su abuela, hasta la última novela; pensaba en su padre. «Todavía mucho después de su muerte –escribió más tarde Leonor– he llevado una vida de sueños en torno a su memoria, de la que un niño menos solitario no hubiera tenido necesidad, pero que me procuró muchas horas felices».

Así fue haciéndose cada vez más imaginativa, tímida y huraña. En Nueva York, su guardiana no le permitía asistir más que a contadas reuniones y rara vez veía y hablaba a un muchacho. Nada puede darnos una idea más cabal de Leonor en esta época de su vida que esta acotación escénica: una niña que se muerde las uñas, solitaria en un rincón. Este rasgo pinta por entero a una muchacha extraña, nerviosa, sensitiva, reprimida. Su padre le había llamado «la pequeña Nell» por su semejanza al personaje infantil de *El almacén de antigüedades*, de Dickens; su madre le llamaba Granny, la abuela. ¿Quién podría adivinar entonces su dinamismo actual? Alguna vez se trató con Alicia, pero de estos contactos con su estrepitosa prima volvía aún más reconcentrada y metida en sí.

Cuando se acercaba la hora de su presentación en los salones neoyorquinos, su familia, preocupada por la torpeza y desmaña de Leonor, celebró consejo y acordó enviarla a Europa para pulir sus desgarbadas maneras y transformarla en una muchacha de sociedad. Se escogió el colegio que regentaba la señorita Souvestre, una francesa, en Allenswood, cerca de Londres. De allí volvió más suelta y ágil, pero tan anticuadamente vestida como siempre, con trajes de desecho, porque su abuela, a pesar de su fortuna, estaba aquejada de la manía del ahorro. Después la señora Hall cerró la casa para disminuir sus gastos, y Leonor se fue a vivir con sus primos, los Parish, gente de sociedad que daba tés, cenas y bailes en sus salones de la calle 67. Aprendió danzas de fantasía, gimnasia, comenzó a tratar a algunos escritores y artistas, auxiliaba a la Consumer's League a investigar las condiciones de la vida obrera en las fábricas y barrios pobres de Nueva York; colaboraba en otras labores sociales y filantrópicas, pero, en realidad, nada la divertía ni ilusionaba. Hasta que, por fin, Franklin apareció.

Armonía

Todavía había de vivir muchos años inactiva, hasta el momento de transformarse en la principal colaboradora de su marido y en una de las personalidades femeninas más fuertes y dinámicas del mundo.

Cuando, ya en la segunda guerra mundial visitó Inglaterra, se veía a los reporteros londinenses más resistentes que la seguían, rendidos, hechos un guiñapo, descansando contra el quicio de una puerta o en las escaleras de los múltiples sitios que recorría infatigablemente.

La niña tímida alcanzará más tarde una popularidad mucho mayor que la princesa. Alicia dio el primer paso para que muchas mujeres de la alta sociedad hicieran lo que hasta entonces no habían hecho, impuso sus gustos, decretó la moda. Leonor, cuyos trajes son para muchas la antimoda, enseñará a millones de mujeres que trabajan en las fábricas, granjas, oficinas y modestos hogares a tener confianza en sí mismas. Hubo, sin duda, unos años de mutua influencia entre ambos esposos, en que los dos espíritus en formación se completaron por el cambio de ideas y el contagio de sentimientos. En esta armonía pusieron su parte por igual el joven sociable, sereno, equilibrado, optimista, y la muchacha reservada, pensativa, que volvía su mirada hacia otros más tristes, impulsada por afanes ideales, en seguida reprimidos por su timidez. Ella era un temperamento predominantemente ético. «Siempre pensaba –ha dicho– ante todo en lo que debía hacer y no en lo que me gustaría hacer». «En aquel tiempo estaba llena de altos ideales y un tremendo sentido del deber, sin mitigar por cierto sentido del humor o cierta apreciación de las debilidades de la naturaleza humana». Su marido era, ante todo y sobre todo, político, que sabe que la línea recta del moralista no es la distancia más corta a la meta. Leonor sería con el tiempo más política, con ese sentimiento del humor que antes echaba de menos, y Franklin impregnaría toda la obra de ella de un idealismo moral que, sin embargo, no sería –como nada en él– exagerado, rígido, machacón o aburrido.

VII. FRANKLIN TRIUNFA DE LOS CACIQUES

Abogado sin entusiasmo

Después de una breve luna de miel en *Hyde Park*, los recién casados volvieron a Nueva York para vivir en un pisito de West Forties mientras Franklin terminaba sus estudios de leyes en la Universidad de Columbia. En las vacaciones del verano emprendieron su aplazado viaje de novios por Europa. Estuvieron en Londres, en Escocia, con el hermanastro de Franklin, en París, Venecia y los Alpes suizos. La vuelta no fue muy feliz, porque Leonor, que no era de por sí tan buena marinera como su marido, sentía ya los trastornos del embarazo. Entretanto, Sara, la madre de Franklin, había tomado para ellos, en el número 125 de la calle 36, no lejos de su casa, un buen piso que amuebló y decoró a su gusto sin consultar el más leve detalle a sus futuros inquilinos. Leonor agradeció entonces esta solicitud que le daba resuelto el problema del hogar y de la servidumbre, también escogida por Sara. En mayo de 1906 nació el primer fruto del matrimonio, Ana, en quien volvía a surgir, fresca y turgente, como nueva en el mundo, a pesar de sus múltiples ejemplares, la antigua belleza de las Hall, que se había retirado de su madre.

Al año siguiente, Franklin, que había pasado sus últimos exámenes sin dificultad, aunque no tomó el título, entró como pasante en el

bufete de Carter, Leydyard and Milburn, encargado de los asuntos de casas y empresas tan poderosas como la American Express, la Atlantic Mutual Insurance, los multimillonarios Astor y otros ricos clientes. Estaba en el mejor camino para conquistar una posición eminente en la abogacía. Trabajaba a conciencia, se desenvolvía fácilmente en los juzgados municipales y, ante todo, en los litigios sobre derecho comercial marítimo; salió airoso en los pleitos que le encomendaban sus socios, pero sus éxitos en el foro nunca fueron brillantes. Se limitaba a cumplir su deber y llenar su función, sin añadir ese suplemento de entusiasmo y afán que multiplica el triunfo. No deseaba nada, y la abogacía se le presentaba como lo único que podía hacer. Sin afición especial, hubiera hecho lo mismo en cualquiera otra carrera. En cuanto disponía de algún tiempo libre –los fines de semana, las vacaciones de los tribunales–, se marchaba a *Hyde Park*, donde volvía a encontrar la vida jugosa y real que añoraba entre los legajos de su despacho, hombres de carne y hueso y no abstractos sujetos de derecho, menudos y concretos problemas vitales y no cuestiones jurídicas. Allí charlaba con granjeros, artesanos, terratenientes; discutía los asuntos locales, pertenecía, como su padre, a todas las sociedades del pueblo, fue director del primer Banco Nacional de Poughkeepsie –una pequeña casa de banca a pesar de su nombre rimbombante– y miembro del cuerpo de bomberos voluntarios. Parecía que con el tiempo acabaría por encerrarse en una vida pueblerina.

El matrimonio pasaba las vacaciones veraniegas en Campobello, con Sara. Entre Leonor y Franklin reunían diez mil dólares al año, pero Sara empleaba buena parte de la renta de su millón en rodear de comodidades a la joven pareja. Cuando en 1907 nació el segundo hijo, James, después de una operación que puso en peligro la vida de Leonor, Sara compró dos solares contiguos en la calle 65 para construir dos casas gemelas, una para ella y otra para el matrimonio. Leonor y Franklin vivirían separados de la madre, pero en una casa contigua absolutamente igual que la suya. Entretanto, los jóvenes habitaron un *cottage*, orilla del mar, en Seabighit (Nueva Jersey). Franklin había comprado uno de aquellos primitivos coches Ford que, acaso por su figura, su color negro o por haberlos visto muchas

veces en películas cómicas, nos parecen el Charlot de los autos. En este coche de los porrazos, trató Leonor de aprender a conducir, y, en efecto, destrozó el coche y derribó una verja y medio muro del jardín.

Desde entonces estuvo muchos años sin querer tocar un volante, ella, que después recorrería miles de kilómetros guiando su propio coche. Al volver a Nueva York se encontraron la nueva casa, amueblada y decorada también por Sara. Leonor sufrió un ataque de nervios: era su primer gesto de rebeldía contra la imposición constante del criterio ajeno, pero terminó por someterse, incapaz, hasta físicamente, de mantener su actitud; estaba otra vez encinta. El tercer hijo murió a los pocos meses, y Leonor permaneció mucho tiempo más reconcentrada que nunca, obsesionada por el remordimiento imaginario de ser responsable de la muerte del niño por falta de cuidado en su alimentación. Otros tres hijos nacerían después: Elliot, Franklin y John. Seis hijos en diez años –una prole insólita entre las familias ricas– significa estar siempre esperando uno y cuidando varios.

Así transcurría la vida de Franklin; una vida doméstica en que la abogacía era más bien un entretenimiento contra el tedio que un medio para aumentar los recursos familiares, sin otra perspectiva que una vejez tranquila entre los árboles centenarios de *Hyde Park*. Sin embargo, estaba cercano el día en que este Franklin, feliz pero incoloro, se transformara en otro hombre, lleno de inquietudes, afanes y hasta ambiciones. No había probado todavía el gusto amargo e incitante de esa cerveza que es la política.

El primer candidato en auto

Años más tarde diría John K. Sague, alcalde de Poughkeepsie, que había propuesto a los otros jefes demócratas del distrito la candidatura de Franklin para un puesto en el Senado del estado de Nueva York, por haber vislumbrado con sus penetrantes ojos el genio político y el brillante porvenir del joven abogado. La verdad es que el puesto

había sido ofrecido antes a Lewis Stuyvesant Chanler. Los Chanler, hijos de Margarita Astor, herederos, por tanto, de una fabulosa fortuna, eran gente turbulenta y excéntrica. Uno de ellos, Sheriff Bob, fue literalmente excéntrico de circo y marido de la célebre Lina Cavalieri. El otro, Lewis, luchó por la libertad de Irlanda al lado de Parnell y en su país había ocupado cargos importantes y aspirado nada menos que a la presidencia. Era natural que negase su nombre para un puesto secundario y para una lucha en que probablemente sería derrotado. Desde 1856 no había triunfado en el distrito más que un candidato demócrata, y desde 1884 ninguno. Por esta razón, los cabecillas del partido en el distrito, seguros de que la senaduría no sería para ninguno de ellos, acostumbraban a presentar por pura fórmula, para no abandonar el campo a sus contrarios, un candidato muy escogido, capaz de dar prestigio al partido, una persona rica y bien reputada, sin ambiciones políticas, que interviniese en la lucha como en una carrera de caballos y, sin tomar muy en serio ni la batalla ni la derrota, estuviera dispuesto a pagar, como un lujo, los gastos de la elección y retirarse después a su vida privada.

Franklin reunía todas las condiciones para ser este instrumento de propaganda. Lo que menos sospecharon Sague y sus colegas era que Franklin se lanzaría denodadamente a la política, y mucho menos que llegaría a ser uno de los grandes presidentes de los Estados Unidos. Sencillamente, creían enviarle al matadero, anestesiado por la gloria que representa para un joven de veintiocho años haber sido candidato al conspicuo puesto de senador.

Franklin aceptó la propuesta. Veía una oportunidad de acción, un modo de salir de su vida gris, probar sus músculos, ensayar su poder de influencia sobre otros hombres. Además, ¿no había empezado Teodoro su carrera como senador en el Capitolio de Albany? Sague y sus colegas fueron los primeros en sonreírse del apresuramiento con que Franklin prestó su nombre para una derrota; habían encontrado el «primo» perfecto. Después se sonrieron los amigos neoyorquinos del candidato que le consideraban solo un buen compañero de club, simpático pero limitado. Y sus patronos y socios de bufete empezaron

a mirarle como un badulaque presuntuoso que descuidaba una carrera seria y bien remunerada para correr aventuras sin porvenir.

Todos se engañaron: los abogados, al no advertir que Franklin había encontrado, al fin, el tema apasionante de su vida; los jefecillos demócratas, por no barruntar que el joven rico, una vez decidido, no aspiraría a menos que a la victoria obtenida a pulso por su propio y único esfuerzo. Seguros de la derrota, no le pedían más que una campaña electoral, sin estridencias ni prisas, propia del aristócrata que no se afana por el acta y hasta la desprecia, y limitada a tres o cuatro discursos incoloros en los pueblos principales del distrito. Pero el aristócrata se lanzó a la campaña más democrática que nunca había hecho demócrata alguno. Quería ver a todos los electores, uno por uno; hablar con todos, cara a cara, sobre las tierras que labraban o entre sus mujeres y sus hijos, en sus casas mejor que en el mitin.

La costumbre era que el candidato recorriese el distrito en un cochecito tirado por un viejo caballo. Otra cosa no se consideraba decente, por demasiado ostentosa. Franklin ya se mostró como un innovador desde el principio de su carrera: alquiló un auto pintado de rojo, como el de los bomberos, que su amigo Hawkey llevaba velozmente, entre un ruido infernal y nubes de polvo, por las viejas carreteras, transitadas todavía por diligencias. Con su auto recorría incesantemente el distrito de un extremo a otro, parándose en los pueblos, en las granjas, a la puerta de las casas y las tiendas, en la cuneta de cualquier camino, para hablar a los campesinos desde un montón de heno, o de pie en el coche, como en otro tiempo Teodoro empinado en los estribos, desde su caballo, dispuesto a pronunciar un discurso en cuanto reunía seis oyentes. Franklin salía a diez o doce discursos diarios. Su afán proselitista no tenía límites, hasta en el sentido geográfico. Un día, después de repartir una buena provisión de cigarros y muchos apretones de manos y pronunciar un vibrante discurso, Franklin se dio cuenta de que se había salido de su distrito y estaba hablando a los electores de otro estado.

Los jefes demócratas predecían para Franklin una derrota aún mayor que las de sus antecesores, en el caso, probable, de que el

vehículo, llevado a velocidades horribles por malos caminos, no estallase antes. Era una audacia presentarse a los campesinos en un aparato extraño y monstruoso, que mataba sus animales, y a ellos mismos los asustaba todavía tanto como a las gallinas. También en este punto se engañaron Sague y sus colegas. Los campesinos, por el contrario, se sintieron agradecidos de que, al fin, un candidato se les acercara, entrase en sus casas, granjas y establos, para conocer su vida cotidiana, lo que tenían y lo que necesitaban. «Lo que necesitaban –diría Franklin después– lo ignoraba al principio; pero antes de terminar la campaña me lo habían enseñado mis propios ojos. Lo que querían, era seguridad... Toda política debe ser juzgada según el grado en que aumenta o disminuye la seguridad de la persona y el derecho del individuo al bienestar y la felicidad». Y aún se sentían más agradecidos de que un hombre de una gran familia que vivía en el país desde muchas generaciones atrás se pusiera a su nivel y hablara su mismo lenguaje.

Contra los *bosses*

El tema principal de su campaña no podía ser más popular. Estaba tomado de un libro de Teodoro Roosevelt titulado: *Down with the bosses!* (¡Abajo los caciques!). Se refería a los «patronos», caciques de partido, los «bonzos», que tenían en sus manos la maquinaria política y electoral del país. Franklin atacaba en su campaña únicamente a los *bosses*, republicanos dueños del distrito desde hacía medio siglo, pero en su pensamiento comprendía a todos: a los del partido contrario y a los del propio.

Esta lucha contra este poder extraoficial, casi omnímodo, estaba en la tradición política de la familia. Contra los *bosses* combatió Teodoro; contra los *bosses* había peleado su ascendiente Robert B. Roosevelt, que acabó por destronar y meter en la cárcel al cacique de caciques, Tweed, verdadero Gran Lama del partido demócrata. Para los Roosevelt, el anticaciquismo no era el fácil recurso de los políticos novatos, ávidos de rápida popularidad, ni el tópico de los demagogos contra todo orden establecido, sino la aversión

del aristócrata con tradición añeja, valor propio auténtico y fe en sí mismo, que no necesita organizaciones que le aúpen y lleven al triunfo. En esta primera lucha electoral, Franklin muestra un rasgo que irá acusándose en las posteriores: la independencia, por superioridad, frente a los partidos, incluso el propio.

Él era –eso sí– demócrata por tradición y convicción. La idea demócrata estaba en sus venas como latido orgánico, y en su cabeza como pensamiento claro, pero había visto que la democracia, la propia Constitución americana, a pesar de su sistema de ruedas que se neutralizan mutuamente, deja un amplio margen de acción individual a las personalidades fuertes. He aquí la razón por la cual siempre que un hombre de este rango ha ocupado algún cargo ejecutivo, gobernador de un estado o presidente de la República, se le haya tachado de aspirante a la dictadura. Ningún gran presidente, desde Jorge Washington a Franklin D. Roosevelt, se ha eximido del reproche. Los norteamericanos, celosos de un rígido sistema democrático, no advierten que esa es justamente una de las características y excelencias de su Constitución, hecha expresamente así, con la vista puesta en la gran personalidad de Jorge Washington, cuyo hueco se conserva en ella para cuando pueda llenarlo un hombre de la misma talla.

Federalistas y republicanos

Ante estas individualidades preeminentes se borra a menudo la línea divisoria entre republicanos y demócratas. Presidentes demócratas, como Jefferson, el más demócrata de todos, realizaron ideas republicanas desde el poder, y presidentes republicanos, como Lincoln, el más republicano de todos, velaron por la democracia como no lo hicieron otros que se titularon demócratas. Sin embargo, esa línea divisoria corre a lo largo de toda la historia política de los Estados Unidos. Comenzó por no ser apenas más que una diferencia temperamental entre dos ministros de Jorge Washington, Hamilton y Jefferson, carácter seco y grave aquel, desbordante y expansivo este, que lo mismo hablaba de ciencia y filosofía que

tocaba el violín, domaba un potro rebelde o acertaba un blanco difícil con su carabina. Hamilton, muy inglés en sus costumbres e ideas políticas, descendiente de ingleses aristocráticos; Jefferson, imbuido de las nuevas concepciones de los filósofos franceses de la Enciclopedia, simpatizante después con la Revolución y él mismo de sangre francesa por la línea paterna. Hamilton, partidario de la gobernación del país por una minoría intelectual y social, la clase que había dominado durante la época colonial, de acuerdo con la idea de los puritanos fundadores, de que el gobierno pertenecía a «los mejores», es decir, a ellos mismos, y que solo quien posee la tierra puede gobernarla; Jefferson, para quien solo el pueblo en conjunto tiene derecho a gobernar. A su juicio, Hamilton era un monárquico amigo de Inglaterra, de la que acababan de separarse los Estados Unidos.

Por esta razón, él y los suyos se llamaron «republicanos», denominación que luego pasaría a los sucesores de sus adversarios. Estos llamábanse entonces «federalistas», porque, para dar un fundamento teórico a aquella incompatibilidad temperamental, la polémica se centró en la forma del Estado. Los federalistas tendían a una centralización creciente, mientras los republicanos (los demócratas de hoy), por miedo a la absorción del poder en unas cuantas manos, trataban de conservar una gran autonomía a los estados y dispersar la autoridad en los organismos locales. Jefferson, creyente en la fecunda espontaneidad de la sociedad y su propia autorregulación, soñaba –como dice Bernard Fay– «con un vago poder personal sobre un pueblo abandonado a sus deseos, al que se le dejan las bridas sueltas sobre el cuello»[21]; en su idea, la competencia del gobierno federal se reducía casi exclusivamente a las relaciones internacionales. El conflicto latente entre los dos ministros estalló a la luz cuando Hamilton propuso la creación de un Banco nacional privilegiado. Era la realización de su máxima: «el primer deber de una administración es conseguir que el interés más inmediato de los hombres de dinero sea apoyar al gobierno». Parecidas batallas se libraron en torno a las tarifas protectoras de aduanas, la adquisición

[21] Bernard Fay, *Civilisation américaine*, Paris, Éditions du Sagittaire, 1939. (N. del Ed.)

de nuevos territorios para aumentar la Unión con nuevos estados, los derechos de los estados, etc.

Republicanos y demócratas

Ya hemos visto –capítulo I– cómo las disposiciones centralizadoras de Adams promovieron una violenta reacción en algunos estados, que llegaron a anular las leyes federales. Fue la gran época del partido republicano demócrata, como se llamaba entonces. Después de las presidencias de Jefferson (1801-1809) y Madison (1809-1817), Monroe fue elegido sin rival. El partido republicano demócrata (ya se llamaba así) era el partido nacional, por no decir el único. Pero no tardó en producirse una escisión en su seno, también sobre el eterno tema de la centralización y la autonomía, separándose en dos grupos: «republicanos nacionales» y «demócratas republicanos», que terminaron por abandonar su segundo apellido. Así, a través de esta evolución, en que una denominación entra tímidamente por la derecha, empareja primero y luego adelanta a la otra y al fin la expulsa, los jeffersonianos son conocidos por su nombre actual.

El demócrata Andrew Jackson (1829-1837), uno de los grandes presidentes, hombre contradictorio de inmensos errores y brillantes aciertos, movido por la idea de que el presidente, elegido por el pueblo entero, es su único y verdadero mandatario, extendió su poder personal en tal medida, que su mandato ha sido llamado el «reinado» de Jackson. Entonces los republicanos nacionales tomaron el nombre de *whigs* para indicar que bajo el presidente demócrata estaban en situación semejante a los liberales ingleses bajo Jorge III, uno de los reyes más autoritarios de la Gran Bretaña. En 1856 se funda el actual partido republicano, que recoge toda la tradición federalista y centralizadora de Hamilton. En buena hora, porque estaba a punto de estallar la guerra civil que pondría a la Unión en trance de muerte; Lincoln fue la gran figura del partido y su primer hombre en la presidencia.

Desde entonces hasta Franklin D. Roosevelt, el partido republicano fue el verdadero partido gubernamental, mientras el demócrata quedó reducido a la categoría de partido de oposición que ocupaba el poder en muy contadas ocasiones: por ejemplo, cuando en las terribles crisis económicas norteamericanas ya no quedaba otra esperanza de remedio que un cambio de equipo, o cuando se dividía el partido republicano. Por esta última circunstancia pudo ser elegido Wilson en 1912, y por aquella, Franklin en 1932, los dos únicos presidentes demócratas desde 1900. El partido demócrata era el partido de repuesto, el interino, mientras que el republicano era el titular. Aunque debida más a su propia personalidad que a su partido, acaso la prolongada presidencia de Roosevelt haya influido en la situación de los partidos.

Por borrada que esté la frontera ideológica entre los dos grupos, todavía perdura en ellos algún vestigio de sus facciones juveniles; todavía el partido republicano es centralizador y proteccionista, y el demócrata, descentralizador y librecambista, entendidas todas estas denominaciones relativamente. Pero hoy se definen más bien por los grupos sociales que los forman, la ascendencia étnica de sus miembros y las regiones donde predominan, lo que no implica comunidad ni semejanza entre los diversos elementos componentes. En general, son republicanos los yanquis de vieja cepa, la población de origen nórdico y anglosajón, salvo en el sur; los negros, los industriales y financieros, los estados del este, centro-oeste y Pacífico, con excepción de las grandes masas urbanas. Son demócratas todos los elementos disidentes y minoritarios en algún grado: los católicos, los irlandeses, la población inmigrada y todavía sin raíces, que se resiste a ser asimilada, los agricultores que viven de la exportación, la población de origen latino y eslavo, los anglosajones de los antiguos estados esclavistas, la gran masa obrera de las grandes ciudades, los estados del sur y del oeste.

Por esta enumeración se advierte que el partido demócrata es –o era– constitutivamente un partido de oposición y protesta. En verdad, estos partidos son locales, su composición varía de estado a estado, y por esa razón, cuando se les toma en conjunto, resultan

una mezcla de elementos heterogéneos y hasta contradictorios. En el partido republicano se alinean las viejas familias de pura raza inglesa y los negros; en el demócrata, los inmigrantes recién llegados a los puertos del este y los grandes terratenientes del sur, los más aristócratas y arraigados de toda la Unión, que pertenecen al partido por el recuerdo de la intervención republicana en la abolición de la esclavitud y por su interés en la conservación de los derechos de los estados que impide al Estado federal suprimir totalmente, mediante leyes generales, la diferenciación de raza. Así se da el caso paradójico de que el soporte principal del partido demócrata, defensor de la libertad individual y de la igualdad jurídica, sean los blancos del «sólido sur» perseguidores de la raza negra. En su momento veremos cómo también en esta cuestión deja Franklin su impronta reformadora y cómo deshace en cierto grado estas uniones heterogéneas para establecer una diferenciación más clara y racional.

Las «máquinas» políticas

En estos conglomerados revueltos y confusos hay, sin embargo, algo sólido y permanente: la «máquina» del partido. En Estados Unidos, más que de partido, puede hablarse de «máquinas», es decir, instrumentos especialmente organizados para la conquista del poder político, con entera indiferencia del programa. A la «máquina» se le da el encargo de hacer unas elecciones, y la «máquina» pone en marcha su sistema de ruedas y engranajes, como el vehículo que transporta lo mismo trigo que carbón.

Hasta Jackson, el derecho de sufragio estaba muy restringido y el método de elección era tanto más indirecto cuanto más elevada la representación. En realidad, las elecciones no se hacían por el pueblo, sino por un *caucus* o junta caciquil del partido, una máquina ya, pequeña y sencilla como todas las máquinas de la época. Pero al extenderse el sufragio, hacerse más directa la elección y dar al pueblo el nombramiento de administradores y jueces, se instala una máquina más complicada y voluminosa, proporcionada al tamaño

de las masas que había de tratar como materia prima. El candidato era elegido por los votos populares, pero después de haber sido escogido por la «máquina», que, naturalmente, prefería un buen partidario, sumiso y dócil, a un gran espíritu. Así nació una especie de agentes electorales, los *bosses*, cuyo único oficio es la captación de votos. Son innumerables los puestos de la administración y de la justicia que se proveen por elección o por nombramiento, y la «máquina» premia los servicios con cargos, e inversamente, los hombres con cargo aumentan la potencia de la máquina.

Fue justamente Jackson, el autor de la gran reforma democrática, quien favoreció involuntariamente el poderío de los *bosses* al establecer el principio de que todos los funcionarios –desde el presidente al cartero– debían pertenecer al partido triunfante. En consecuencia, cada cambio en el poder implicaba la cesantía general para dar los puestos vacantes a los hombres de la «máquina» vencedora. Era el sistema enunciado en esta máxima, que nos parece cínica, pero que podría ser romana: «Al vencedor, los despojos». El sistema continuó con períodos de suma intensidad en cuanto no gobernaba el país una rígida voluntad moral como bajo las presidencias de Grant –tan magnífico general en la guerra de Secesión como pésimo administrador después–, Harding y Taft. En 1881, la Ley Pendleton había querido atajar el estrago estableciendo para determinadas ramas de la administración una burocracia permanente, regida por la antigüedad y el mérito. Acaso el remedio fue peor que la enfermedad, porque entonces los *bosses* enlazaron con las grandes sociedades financieras, y las «máquinas» pasaron a depender de los *big business*, los grandes negocios.

En 1912 se estableció el sistema de elecciones primarias, por el cual, para ser candidato, es preciso haber sido escogido por la masa del partido. Lo extraño, para nuestro modo de ver, es que estas elecciones primarias en el interior de un partido son oficiales. Esto implica la existencia de una legislación que determina las condiciones exigibles para que un grupo político pueda ser considerado un partido, la forma en que los individuos tienen que afiliarse, la organización, el funcionamiento interno del partido, etc., etc. De esta suerte, los

partidos han sido elevados al rango de instituciones de derecho público, necesarias, si no al Estado, a la democracia. La «máquina» ha quedado, pues, consagrada por la ley. Hasta los «lobbystas», agentes del partido que trabajan a los diputados en los pasillos de las Cámaras, están registrados oficialmente en algunos estados. El progreso en la sinceridad electoral es notorio; sin embargo, las «maquinas» han sabido adaptarse a las nuevas condiciones, y hoy, sin abandonar por completo sus antiguos procedimientos, a menudo cínicos y brutales, emplean sutiles métodos psicológicos, aprendidos en la ciencia de la publicidad y del reclamo, para coger al elector en su casa y llevarlo, como por su propia voluntad, a las urnas con la deseada papeleta en la mano.

La personalidad contra la «máquina»

Franklin D. Roosevelt encarna en la historia política norteamericana la lucha de la personalidad contra la «máquina». En sus primeras elecciones venció por una mayoría de 1.140 votos, cuando la regla era que el candidato republicano en aquel distrito senatorial obtuviera 3.500 más que el demócrata. Los electores le habían dado el triunfo. Fue una sorpresa para todo el mundo, para los republicanos y demócratas, para sus amigos y socios, para los propios electores y sobre todo para la familia de Franklin. Cuando la noticia llegó a Tammany Hall, la central de la «máquina» demócrata, el gran *boss* Sullivan dijo, con un presentimiento de terror: «Ya conocen ustedes a los Roosevelt... Este es joven todavía y sería prudente sofocarle antes de que tome ímpetu. Estoy seguro de que, si no lo conseguimos, nos dará mucho que hacer». Franklin no debía nada a nadie, y menos que a nadie a Tammany Hall.

VIII. FRANKLIN, SENADOR

La hora del éxito

Lo primero que hizo Franklin después de su triunfo fue instalarse en Albany. Albany es una ciudad más pequeña que cualquier barrio neoyorquino; sin embargo, es la capital del estado de Nueva York. Cuando Nueva York comenzó a crecer en proporciones alarmantes, allá por el año 1798, alguien quiso apartar a los legisladores del ruidoso frenesí de la gran urbe y recluirlos en un tranquilo ambiente provinciano. No lo ha conseguido, porque los senadores y representantes del pequeño parlamento del estado. viven en Nueva York, y solo en los períodos de sesiones hacen breves escapadas a Albany. Franklin, resuelto a cumplir celosamente su deber y su compromiso con los electores, no quiso el alojamiento, siempre incómodo y provisional, de un hotel y tomó una casa no lejos del Capitolio. Para Leonor, siempre bajo el imperio cicatero de otras mujeres –su abuela, sus tías, la madre de Franklin–, era una novedad poder disponer como ama y señora de su hogar. Amuebló la casa, y durante unos días se dio el gusto de cambiar de sitio las cosas muchas veces, tantas como antes había tenido ganas sin poder hacerlo. Como servidumbre empleó una niñera inglesa, una doncella alemana y un ama de cría eslovaca para el pequeño Elliot, nacido durante la campaña electoral de su marido.

He aquí a Franklin hecho un político. «Esta primera hora de éxito –escribió más tarde– señala la crisis más peligrosa en la carrera de todo político». Hasta entonces su obra era pura teoría, pero desde ese momento debe actuar. «Así, me encontré íntimamente mezclado a los engranajes del gobierno, y aunque había estudiado teóricamente los problemas, ahora me parecían incomparablemente más interesantes por su carácter concreto y sus aplicaciones humanas». A lo concreto, a las aplicaciones humanas, había tendido siempre Franklin desde su niñez; desorientado, había pasado por el colegio, la universidad y el bufete sin pena ni gloria, pero desde ahora se lanzará a la política, a lo concreto, a las aplicaciones humanas, como a un trozo palpitante de vida.

1910 era un año favorable para un joven que entra en la política. En todo el estado de Nueva York habían sido barridos los republicanos. Después de cincuenta años de continuas derrotas, una gran mayoría demócrata había conquistado la Cámara, el Senado y el gobierno del estado de Nueva York. Diputados y senadores eran en su mayoría hombres nuevos, tan desconocidos unos como otros; el talento y el brío juvenil podrían abrirse paso más fácilmente y descollar en seguida. En efecto, a las pocas semanas, la posición independiente de Franklin atraía las miradas, y el corresponsal en Albany del *New York Times* escribía que el apellido Roosevelt alcanzaría otra vez las cimas de la fama en manos del joven hidalgo de *Hyde Park*.

Contra la corrupción política

No tardó Franklin en confirmar la profecía de Sullivan. No había modo de someter a los Roosevelt; otra vez uno de ellos se rebelaba contra la «máquina» de su propio partido. El gran cacique de Tammany Hall, Charles E. Murphy, deslumbrado por el triunfo en el estado de Nueva York, pensó en presentar un candidato a un puesto del Senado federal de Washington. Su elección recayó en un hombre de la máquina: William F. Sheehan, abogado, director y consejero de grandes empresas, que había dado mucho dinero al partido para las elecciones y cargos en sus sociedades a políticos

demócratas a cambio de beneficios y pedidos para sus industrias. Muchos de los candidatos triunfantes en las recientes elecciones le debían el acta. Para Franklin era la encarnación de la política corrupta, el prototipo del sistema del vaso y el grifo, la perfecta muestra del agente político de los grandes negocios y, en suma, el ejemplar más representativo de la fauna que había jurado combatir. No pensó en que todo su porvenir político estaba en las manos de Murphy. Su momentánea dubitación nacía de una idea impersonal: Tammany Hall, la máquina del partido, era viciosa e inmoral, pero el partido no podía prescindir de una organización. Largas horas anduvo vagando por las calles de Albany sin encontrar la solución conciliatoria. Al fin prevaleció resueltamente el criterio ético. Una primera transigencia al comienzo de su carrera le acostumbraría a mayores tolerancias después, hasta encontrarse un día, sin saber cómo, sumido hasta el cuello en el lodazal. Pero una vez decidido su deber, esta misma conciencia de lo justo y moral le impedía limitarse a depositar un voto en contra; tenía que trabajar enérgicamente para que Sheehan no fuera elegido.

Los senadores federales se elegían entonces por el Senado y la Cámara de Representantes de cada estado. La mayoría necesaria en la asamblea conjunta de ambas cámaras en Albany era de ciento un votos; justamente los que contaba el partido demócrata. Cualquier defección implicaba, si no la derrota del candidato demócrata, puesto que el partido republicano no reunía tampoco el número requerido, la no elección de ningún candidato. Las premisas no podían ser más favorables al propósito de Roosevelt; no perjudicaría a su partido proporcionando un triunfo al republicano, pero ni Sheehan ni ningún otro candidato de la misma catadura sería senador. A Franklin se unieron otros dieciocho miembros del parlamento de Albany.

El cacique Murphy sonrió despectivamente ante aquel motín juvenil, primera travesura de unos novatos a quienes se les había subido el acta a la cabeza y no pensaban en menos que en reformar el mundo en un periquete. Él les quitaría los humos y los haría entrar en vereda. Otros más duros y experimentados habían tenido que capitular. A la segunda votación infructuosa, Murphy comenzó a preocuparse. En

vista del poco éxito de las promesas seductoras, retiró a los sublevados los cargos que disfrutaban, entre ellos, la presidencia de la Comisión de Aguas y Bosques a Franklin. Como tampoco esto domeñara a los rebeldes, a la cuarta votación Murphy echo a andar la «máquina». Se investigó la vida pública y privada de los insurrectos, los que tenían alguna deuda recibían un aviso conminatorio del banco, los que eran acreedores veían negadas sus facturas, los abogados se quedaban sin asuntos, los periódicos chantajistas contaban horrores de Roosevelt y sus amigos. La presión se ejercía de todas las maneras y por todos los lados, pero una votación seguía a otra sin que Sheehan reuniera los votos reglamentarios. Murphy no daba su brazo a torcer; la menor transigencia redundaría en merma de su omnipotencia y prestigio. Es la idea que atormenta a los que tienen su poder y autoridad montados sobre falsas bases. Seis semanas continuó la lucha sin que surtieran efecto alguno las malas artes del cacique. Los periódicos pagados presentaban a los conjurados en orgías fabulosas sufragadas por Roosevelt o, por el contrario, como negros criminales reunidos en conciliábulos siniestros. Ni lo uno ni lo otro. Los veinte rebeldes formaban una alegre bandada juvenil, parecida a una bohemia literaria, que, para evitar el espionaje contrario, se reunía después de las votaciones en casa de Franklin. Leonor les servía emparedados de queso y cerveza; esta era toda su orgía. Charlaban por los codos, reían y fumaban sin cesar, hasta tal punto que Leonor tuvo que trasladar el dormitorio de los niños al tercer piso. «No hacíamos nada –contó Franklin después–; nos sentábamos a la redonda y relatábamos cuentos e historias como los soldados en el vivac». Estos eran sus conciliábulos. Justamente lo que más exacerbaba a Murphy, hombre sin sonrisas, era esta alegría y despreocupación sobre la cual no podían hacer mella las amenazas, las promesas, los chantajes. Los rebeldes lo tomaban todo a chacota.

«Será presidente»

Así pasaron tres meses sin que la asamblea pudiera elegir senador en las sesenta votaciones realizadas, ni en el parlamento del estado de Nueva York deliberar sobre asunto alguno. Solo un poder extraño,

una fuerza natural, podría resolver el conflicto. Y la fuerza natural intervino en forma de fuego que incendió el Capitolio y destruyó el salón de sesiones. Era demasiado para aquellos legisladores que vivían, desde hacía doce semanas, lejos de Nueva York, de sus amigos y sus negocios. La dirección del partido acordó nombrar un nuevo candidato. No fue Shepard, que votaban los rebeldes, sino James A. O'Gorman, hombre honrado, justo y liberal. Al principio de la pugna, Roosevelt había dicho: «No sabemos quién será senador, pero sí sabemos que no será Sheehan». Había una docena de nombres que Franklin hubiera admitido, pero la obstinación y el orgullo de Murphy valieron al joven senador una notoriedad ante la opinión pública, que había seguido ansiosamente la lucha hasta su desenlace teatral de incendio y triunfo. Un periodista, Luis Mc. Henry Howe, dijo entonces: «Franklin D. Roosevelt será presidente algún día». El pequeño Howe, semejante a un pigmeo, fumador empedernido, sería después el fiel amigo de Franklin, tanto más fiel y abnegado cuanto más amenazado y en desgracia le viera.

Resuelta la cuestión que las paralizaba, las cámaras del estado de Nueva York reanudaron su actividad con el estudio de una legislación sobre el trabajo de los niños, la mejora de las condiciones higiénicas en fábricas y talleres, la reducción de la jornada a cincuenta y cuatro horas por semana. Aunque los proyectos habían sido recomendados por Tammany Hall, Franklin los apoyó por justos y liberales. Él no sostenía una rebelión sistemática contra la organización del partido: por el contrario, estaría a su lado mientras ella siguiera fiel a los principios democráticos. El último de los proyectos citados estuvo a punto de fracasar por la ausencia de un senador, que se había metido temprano en la cama. Para dar tiempo a su llegada, Franklin se divirtió en un largo discurso en el que exhibió, con la mayor amenidad y humor, todos sus conocimientos sobre el sueño y las somnolencias célebres registradas por la historia: la fábula La Bella Durmiente del bosque, los siete durmientes de Éfeso... Al fin llegó el retrasado restregándose todavía los ojos, y la ley fue aprobada.

Mayores apuros pasó el joven senador con un proyecto de ley que trataba de prohibir la vivisección de animales en las investigaciones

científicas. Sus electores le enviaban centenares de tarjetas postales para que apoyase el proyecto. Estaba obligado a cumplir estos deseos, pero su conciencia se rebelaba contra la retrógrada medida. Entonces encargó a un grupo de amigos del distrito que repartiera entre otros electores centenares de cartas en sentido contrario para que se las enviaran por correo. Ante aquella división de opiniones en el distrito, Franklin quedaba en libertad para votar conforme a su propio juicio. El político bisoño procedió entonces con una astucia y marrullería, al servicio del deber, que hemos de encontrar más de una vez a lo largo de su carrera política. Otra de las obras legislativas en que participó fue la instauración de las elecciones primarias directas, que suprimían uno de los engranajes principales de las «máquinas» políticas. Su lucha contra Sheehan y Murphy había movido nuevamente a la opinión en favor de una reforma, deseada desde antiguo y siempre aplazada, que figuraba también en el programa de Teodoro Roosevelt.

En busca de un jefe

Sin embargo, Franklin no había encontrado todavía plena satisfacción en la política, y si el patrón Murphy no hubiera demostrado demasiada alegría cuando supo que su rival pensaba retirarse a sus negocios al expirar, en 1912, su mandato, acaso el joven senador no habría aspirado a la reelección. Lo que le faltaba a Franklin era lo que faltaba a los Estados Unidos: un jefe, un caudillo. Lincoln había sido el último. El país había progresado políticamente; mas solo merced a impulsiones espontáneas de la sociedad. Había sido «un avance sin guía». Algunos presidentes –Cleveland, Teodoro Roosevelt– habían tenido demasiado brío para muy pocas ideas, y estas, a su vez, no muy claras y sobrado inconexas.

El partido demócrata también necesitaba un jefe, un gran candidato, para las elecciones de 1912. Desde 1892 ningún demócrata había subido a la presidencia, y ahora la sazón era propicia. Los republicanos andaban a la greña; Teodoro acometía a cintarazos contra sus propios correligionarios, empezando por Taft, al que

había dejado sentado en el sillón presidencial para que le guardara el calor. Había republicanos «insurgentes», partidarios de una reforma profunda, y republicanos «standpatters», una palabra tomada del póker, para designar a los jugadores que juzgan suficientes las cartas que tienen en la mano, los cuales creían que ya habían hecho bastante por el pueblo dándole una gran prosperidad económica. Teodoro figuraba entre los primeros; si su partido no lograba sujetarle –y era muy difícil–, la situación política en los Estados Unidos sería confusa, revuelta, peligrosa.

Franklin buscaba un jefe. Las ideas solas no gobiernan al mundo sin una personalidad representativa, intermedia entre el mundo ideal y el mundo real, que las tome del primero y las inserte en el segundo. Por otra parte, Franklin, espíritu positivo y realista, necesitaba ver, oír, palpar la idea encarnada en un hombre; de otro modo se le desvanecía y se le marchaba por entre los dedos como humo. Al fin, él y otros jóvenes demócratas lo encontraron, y tal vez fuera mejor decir que creyeron encontrarle. Tenían demasiados deseos de él, y todas las cualidades que soñaban para el jefe las proyectaron sobre una persona que, por salir de un mundo remoto a la política y a los negocios, se les aparecía como algo por sí mismo ideal y superior. Era un intelectual: Woodrow Wilson.

Wilson

Hijo de un pastor presbiteriano, Wilson, desde su primer profesorado en un colegio de señoritas, se había pasado la vida explicando Economía política e Historia en varias universidades, y últimamente Jurisprudencia en la de Princeton; había escrito varios libros de filosofía política, una *Vida de Jorge Washington*, la *Historia del pueblo americano*, ensayos de *Simple literatura*. Tenía ya sesenta y seis años cuando, rector de la Universidad de Princeton, fue elegido gobernador del estado de Nueva Jersey. Cada acto, cada palabra del intelectual político fascinaba a los jóvenes demócratas, poco acostumbrados a la claridad y al sistematismo de las ideas; sobre todo, a Franklin, que, con su temperamento inflamable, no

pudo dedicar a su ídolo menos que una admiración sin límites. Él, Franklin, era un semiintelectual, y como tal sentía el prestigio y la seducción del que lo era totalmente. El país entero la sentía también, y cuando Wilson subió a la presidencia se felicitó a sí mismo, como si hubiera hecho una hombrada, por haber puesto por primera vez a su cabeza a un hombre de pensamiento puro. En ese mundo de la acción instintiva y de la energía desbocada que es Norteamérica, iba a gobernar un pensador lleno de escrúpulos y teorías en quien se cumpliría una vez más el trágico destino de soledad y parálisis del intelectual metido en la política.

Franklin juró dedicar toda su energía al triunfo electoral de Wilson. No era tarea fácil. Otra vez tropezaba en sus designios con Murphy y Tammany Hall, que incluso preferían un republicano a Wilson. Un republicano pertenecería al sistema de las «máquinas», y aunque fuera de la del otro partido no arremetería contra los fundamentos del régimen de cacicazgos políticos, para ellos mucho más importante que cualquier programa. Wilson era un idealista y nunca se sabe a qué cosas se atreverá un idealista que ha sido profesor de señoritas. Un idealista es cosa incierta y peligrosa como una bomba. Por otra parte, Tammany Hall nunca había vivido apartado de los beneficios del poder durante las largas épocas de predominio republicano. Las dos «máquinas» se prestaban mutuos favores, y siempre quedaba algún buen bocado para Tammany Hall.

Pero Wilson atacaba, no solo a los *bosses*, sino a los grandes negocios y su enlace vicioso y subrepticio con la política. Para él, la organización capitalista no controlada por el Estado era el despotismo del siglo XX. Había que libertar al individuo del poder de las fuerzas económicas como antes se le había libertado de otras tiranías. De aquí el nombre que dio a su doctrina: la «nueva libertad». Si fuéramos a comparar su programa concreto con el de Teodoro Roosevelt, no encontraríamos grandes diferencias, pero Teodoro cometió varios errores; el mayor, llamar al suyo «nuevo nacionalismo», una palabra que forzosamente tenía que despertar el recelo de los norteamericanos, inmigrantes y descendientes de inmigrantes que habían soltado todas sus amarras de las viejas

naciones europeas. Nacionalismo era un concepto estrecho, asfixiante; recordaba a Europa. Libertad era un concepto ancho, abierto, como los horizontes de la vida americana.

El gobernador de Nueva Jersey, que de su reclusión meditabunda en el «claustro de Princeton» había pasado a la más intensa actividad, movido por una súbita pasión política, recorría el país dando conferencias en casi todos los estados. Predicaba; fue «el último de los grandes predicadores», como dice Waldo Frank[22]. Su doctrina era un puritanismo político en que la democracia cobraba tintes bíblicos de rigidez y autoritarismo y se convertía en una especie de teocracia intolerante gobernada, como las primeras colonias inglesas de América, por los «santos», que, en este caso, eran los demócratas. Durante su rectorado en Princeton, Wilson había pretendido borrar mediante reglamentos disciplinarios la separación tradicional en que vivían dentro de los colegios los alumnos ricos respecto a los pobres. Pero no consiguió más que la hostilidad general. Para final, un donante dejó un espléndido legado para la Universidad con la condición expresa de que en Princeton se hiciera siempre todo lo contrario de lo que Wilson proyectaba.

Hombre falto de toda experiencia de la vida general, y de la vida pública en particular, no se movía con una facilidad instintiva entre los problemas y obstáculos, sino que ante toda dificultad tenía que replegarse en sí mismo para remontarse a los primeros principios racionales y morales, recurriendo siempre a la última instancia, algo así como si para echar a andar tuviéramos antes que recapacitar sobre la teoría general del movimiento y la constitución anatómica de nuestras piernas. Pero en cuanto los principios le suministraban un criterio de acción, se lanzaba como un mecanismo lógico, en línea recta, sin miedo a muros ni abismos.

Después de sus reformas administrativas y de su viaje de conferencias, quedó consagrado a los ojos de Franklin y de muchos

[22] El concepto de «predicador» aplicado al presidente Woodrow Wilson aparece en Waldo Frank (*The Re-Discovery of America*, cit.), quien pudo tomarlo de Edmund Wilson. (N. del Ed.)

sinceros demócratas como el único candidato posible para las elecciones de 1912. Murphy y Tammany Hall apoyaban a Champ Clark, presidente de la Cámara de Representantes. Franklin lo lamentaba, pero el acuerdo le proporcionaba otra ocasión de atacar a los caciques políticos en una lucha más resonante que la anterior. Un político joven no podía desear mejor oportunidad para aumentar su fama. No fue Franklin, naturalmente, el único adalid de Wilson en el estado de Nueva York, pero sí el más activo y entusiasta. Formó un comité con el nombre de The New York State Wilson Conference, habló en mítines, trató con gentes, buscó votos y, en suma, realizó lo mismo las tareas grandes que las pequeñas de una campaña electoral.

El espectáculo de una Convención

En la Convención demócrata reunida en Baltimore para designar el candidato por votación de los delegados del partido de los diferentes estados, la lucha fue dura y difícil. El candidato ha de reunir las dos terceras partes del total de delegados, y las votaciones se sucedían sin resultado. Al principio, Clark era el que obtenía mayor número de votos, pero a cada escrutinio aumentaban los partidarios de Wilson como resultado del trabajo hábil y tenaz de Franklin y sus amigos. Esta labor comprendía desde los discursos en la sala de la Convención y las conversaciones privadas con los delegados hasta el empleo de todas las artes de la publicidad, del reclamo y de la coacción popular sobre la asamblea.

La sala de la convención no es un lugar donde los delegados deliberan y votan a solas; más bien parece un estadio de fútbol en que dos equipos luchan ante un público apasionado que los anima con sus gritos y a veces irrumpe en el mismo campo de juego. En las Convenciones hay hinchas especialmente designados, como en los partidos de rugby. Al aire de la democracia –viento arremolinado a veces– circula libremente por la sala como en una gran tienda de lona plantada en medio del campo. Es una mezcla de senado y ágora.

Veamos una de las convenciones actuales, que no serán muy distintas de las de aquellos tiempos, salvo en la introducción de cuantos aparatos modernos han sido inventados por el hombre para amplificar los ruidos hasta hacerlos horrísonos. El salón, decorado por banderas y colgaduras, está ocupado por las delegaciones, cada una de las cuales lleva estandartes con el nombre del estado a que pertenecen. Grandes reflectores están dispuestos para inundar de luz cualquier lugar del salón, a fin de que los fotógrafos de los periódicos y los operadores de cine puedan tomar vistas de los oradores y de los incidentes. Hay micrófonos en la tribuna y en distintos puntos de la sala para que los delegados y el público de la galería puedan escuchar tanto los discursos como las interrupciones de apoyo o protesta y cualquiera otra manifestación de los delegados. Todas las palabras, todos los gritos, todos los ruidos quedan inscritos para la posteridad en discos. Y hay también medidores de ruido que registran con una exactitud científica la intensidad y la duración de las ovaciones y los abucheos. A veces, por entre los delegados, desfilan grupos numerosos y alborotadores que llevan alguna insignia o prenda distintiva de su favorito, una gran escarapela en la solapa, una chistera bufa, un frac de color, y enarbolan banderas, estandartes, cartelones con el nombre del candidato preferido.

Es costumbre que los oradores no nombren a su candidato hasta el final de su discurso, porque, en otro caso, se desencadenaría prematuramente la ovación preparada, tan ruidosa y tan larga, que dejaría exhaustos a los delegados y al público para cuando realmente tienen que manifestarse. El orador alude al candidato mediante largos rodeos y sinuosos circunloquios, hace su descripción con tal fidelidad que nadie duda de quien se trata, pero no pronuncia su nombre. Solo cuando ha agotado los elogios –«un hombre que está al lado del pueblo», «un enemigo de todo privilegio», «una persona cargada de virtudes», y sobre todo, lo que no puede faltar, la evaluación numérica de su americanismo, «un americano ciento por ciento»–, el orador, como si revelase súbitamente un tremendo secreto, termina: «Y este ciudadano sin par es fulano de tal». En este momento estalla el órgano entonando con toda la fuerza de sus fuelles el himno del candidato; los delegados que le apoyan

aplauden, patalean, despliegan banderas con lemas y consignas, izan grandes retratos de su ídolo, lanzan globos de colores, serpentinas. El público aplaude, exhibe fotografías del aludido. Los susodichos grupos penetran en la sala; si hay entre ellos una muchacha, la pasean en hombros mientras ella flamea un cartel, una bandera, una foto gigantesca; a veces con estos grupos penetran bandas y charangas. En 1932, la delegación de Oklahoma llevó un grupo de treinta muchachas con gaitas irlandesas que vestían la típica faldilla. El organista juega un papel muy importante, porque ha de saber reanimar con un nuevo torrente de sonidos la ovación en cuanto esta parece decaer. La longitud e intensidad de estos alborotos es cuidadosamente comparada, y cuando un candidato recibe una ovación de tres cuartos de hora, se le supone más próximo a la elección que el que ha sido aplaudido solo cuarenta minutos. Cuando los delegados comienzan a rendirse, el presidente aprovecha la fatiga para conceder la palabra a otro orador, que habla con las mismas precauciones hasta la revelación final, que desata iguales explosiones. Y todo este vocerío es elevado a la enésima potencia por docenas de amplificadores. Sin embargo, no se trata más que de un rito tradicional, y los delegados no se dejan influir mucho. Por regla general, las votaciones se repiten muchas veces antes de lograr un resultado. En la Convención demócrata de 1924 se llegó a la centésimocuarta votación sin que ningún candidato reuniera la mayoría reglamentaria, y solo por cansancio, en la centésimoquinta recayó acuerdo sobre un tercero, escogido por un compromiso entre los dos bandos.

Vence Wilson

En la de 1912, Franklin tuvo que intervenir con todos estos recursos de propaganda. Los partidarios de Clark habían enviado a la Convención cien hombres para que invadieran la sala gritando a favor de su candidato. Entonces Franklin reunió doscientos, a los que, para entrar en la sala, proveyó de insignias semejantes a las de los partidarios de Clark. Una vez dentro, los gritos de «¡Queremos a Clark!» «¡Queremos a Clark!» fueron sofocados por los de

«¡Queremos a Wilson!», mucho más potentes y numerosos. Al cabo de una semana, a la votación número 46, Wilson sumó 590 votos, contra 80 Clark.

Designado Wilson candidato demócrata para la presidencia, Franklin tuvo que atender a la campaña electoral de su héroe y a la propia para su reelección como senador del estado de Nueva York. Recorría el distrito, hablaba en público y privado, como la vez anterior, pero a los pocos días cayó enfermo de tifoidea. Leonor; que le cuidaba amorosamente, se contagió. Sin embargo, su propaganda no sufrió mucho. Aquel periodista, Luis Howe, que necesitaba algo o alguien a quien entregar su lealtad, su sinceridad nunca expansionada, comenzó a sacrificar su vida a la carrera ascendente de su amigo. Howe habló por Roosevelt en el distrito, y en los periódicos acaparó suficiente espacio y titulares para suplir el efecto de los discursos del candidato ausente. En 1910, Franklin había vencido por una mayoría de 1.140 votos; en 1912 reunió 1.701 más que su contrario.

También Wilson triunfó, más por los errores ajenos que por la propia fuerza. El partido republicano se había dividido en republicanos ortodoxos y republicanos progresistas. Como se sospechaba, Teodoro Roosevelt no había podido ser enfrenado, e igual que un toro suelto, embestía a derecha y a izquierda confundiendo al electorado americano, que si comprende la necesidad de dos partidos, ya tres le parecen el principio del caos. Taft, candidato de los republicanos, obtuvo 3.484.529 votos; Teodoro Roosevelt, progresista, 4.123.206, y Wilson, 6.690.818; un millón menos que los dos republicanos juntos y menos que otros candidatos demócratas que, como Bryan, habían sido derrotados en anteriores elecciones. Era un presidente minoritario, lo que no le impidió comportarse más autoritariamente que ninguno de sus antecesores.

Franklin volvió a Albany, pero cuando, a la primavera siguiente, Wilson entró en posesión de la Casa Blanca, nadie dudaba de que el nuevo presidente debía al joven senador un buen cargo como premio a sus servicios electorales. En efecto, le ofrecieron la dirección de la Aduana de Nueva York, un puesto en que un joven ambicioso podía

establecer fructuosas relaciones para el porvenir con el mundo de los negocios, y la Subsecretaría del Tesoro, aún mucho mejor en ese sentido. Franklin rechazó los dos cargos. No le seducía la tarea de recaudar derechos arancelarios o desplumar al contribuyente. En cambio, aceptó instantáneamente en cuanto el secretario de Marina, José Daniels, le brindó la subsecretaría de su departamento.

Por el cargo habían pasado otros Roosevelt. La Subsecretaría de Marina había sido el primer paso importante en la ascensión de Teodoro. Y, sobre todo, Franklin volvía a hallarse en su elemento: el mar, olvidado desde que se había metido en pleitos y elecciones. No podría mandar un barco, pero haría marchar a toda la flota. Hasta ahora, en su carrera política se había limitado a proyectar y discutir leyes que, una vez aprobadas, se marchaban lejos, como hijos ingratos y olvidadizos. Este hombre, que no comprendía la idea más que realizable y realizada, nunca había gastado dinero para ver surgir de entre sus manos una obra tangible; nunca había mandado sobre otros hombres más que en su niñez. La Subsecretaría de Marina le ofrecía ambas ocasiones. Era su primer paso desde lo legislativo y parlamentario a lo administrativo y ejecutivo. Iba a probar el gusto de hacer y mandar hacer, que jamás se iría de sus labios.

IX. EL JOVEN SUBSECRETARIO DE MARINA

La antítesis Daniels-Roosevelt

Franklin dimitió el cargo de senador y se trasladó a Washington, a la vieja casa de la tía de su mujer, la señora de Cowles, que había sido el centro de la sociedad capitolina en los tiempos en que su hermano Teodoro Roosevelt tonaba como un Júpiter. La casa había quedado cerrada desde entonces guardando en sus rincones los susurros de los chismes y cuentos de aquella época. No volvería a su esplendor porque, aunque Leonor recibió toda clase de instrucciones de su tía Bye, que se las daba de muy enterada de la vida conveniente a la mujer de un joven subsecretario, los Roosevelt no eran bastante ricos para dar grandes reuniones en su casa ni gustaban de otras relaciones sociales que las de un pequeño grupo de amigos. Con ellos se congregaban los domingos para cenar y charlar, bajo condición expresa de no pasar de diez personas, para no quitar a la tertulia su carácter íntimo. Leonor presidía las cenas sentada ante un escalfador, regalo de boda, en que confeccionaba huevos revueltos, a la vista de los presentes, y que pasaría después a la Casa Blanca rodeado de la aureola de los recuerdos históricos.

Cuando Franklin juró el cargo, a sus treinta y un años, nadie creía que podría someterse a la jefatura de Daniels. Jamás había tenido jefes por encima, y se suponía que, como un joven potro, se

resistiría a morder el bocado y acabaría por sacudirse la montura y el jinete. Por otra parte, Daniels y Franklin eran los términos de una antítesis. Franklin, ejemplar perfecto del joven aristócrata formado en Groton y Harvard, pulido por el trato social y los viajes; Daniels, plebeyo, falto de educación universitaria, con el prurito de acentuar sus maneras rudas. Franklin, sin ser un currutaco, seguía la moda a discreta distancia, mientras que Daniels, sin ser un adán, era de esos hombres que tienen la habilidad de convertir el buen traje, recién estrenado, en un traje arrugado y viejo, exactamente igual al que acaban de abandonar. Ya podía variar la tela y el corte, comprar sombreros diferentes; a los pocos días la vitola de Daniels volvía a ser la misma, siempre semejante a un vendedor de Biblias o un clérigo protestante. El modelo interior tenía tal poder plástico, que se imponía a todo intento externo de desfiguración.

Pero había otra contraposición. Daniels, jefe del Departamento, jamás había navegado ni comprendía tampoco el carácter ni el habla de las gentes de mar, mientras que Roosevelt era un marino nato. Así, cuando los oficiales de la escuadra conocieron el nombramiento de Daniels para la Secretaría de Marina y, sobre todo, cuando vieron su foto en las revistas, se quedaron estupefactos y corre la fábula de que muchos se desmayaron. Pero por esta razón cobró Franklin mayor ascendiente, porque los oficiales, desesperanzados de encontrar comprensión en Daniels, era a Franklin a quien acudían. «Esperaremos –decían– que Daniels esté fuera para entendernos con Roosevelt». Y, ciertamente, se entendían a las mil maravillas. Esta preferencia por el joven subsecretario no despertó los celos de su jefe; por el contrario, entraba en sus planes.

Por acuerdo tácito o expreso, los dos colaboradores habían establecido una división del trabajo. Franklin trataría con los almirantes, los oficiales, los técnicos, y Daniels correría con la parte política del asunto para gestionar con el presidente y el Congreso consignaciones y créditos. Daniels trabajó con éxito en su parcela. En 1913, la nueva Administración siguió la táctica de cortar los gastos, sólita en todos los partidos cuando llegan al poder, arrastrados todavía por su propaganda contra el despilfarro de sus

adversarios y antecesores. El presupuesto de Marina fue reducido en aquel ejercicio en dos millones de dólares, pero en 1914 aumentó de 133 a 140 millones, la cifra mayor registrada hasta entonces en la historia de los Estados Unidos.

Marino nato

No se produjeron los rozamientos esperados. Daniels había intuido las dotes especiales de su auxiliar, y Roosevelt había descubierto que su jefe no era el rústico ignorante que parecía, sino una aguda inteligencia apoyada por una enérgica voluntad. Además, Franklin estaba en sus glorias: palpaba, transformaba, creaba realidades, actuaba, se movía, daba expansión al dinamismo hasta entonces refrenado en su interior. No era bastante para abandonar el goce de la obra el hecho de que el jefe vistiera mal, cuando, además, le dejaba en plena libertad en su esfera de acción.

Para cumplir aquel papel de intermediario entre el Almirantazgo y el Ministerio de Marina, entre los marinos profesionales y los políticos, trató de saber tanto como el mejor técnico. Viajó por las bases navales, acompañado de Leonor, inspeccionó los astilleros, se sumergió en un submarino, precisamente cuando uno de estos buques acababa de quedar para siempre en el fondo del mar; guio él mismo un destructor. Los marinos le tenían por uno de los suyos, y Daniels, el político, se felicitaba de su elección.

Franklin se preocupaba lo mismo de los grandes problemas de la flota que de los menudos detalles. Cuando advirtió el gran número de marinos que se ahogaban al cabo del año, obligó a la enseñanza de la natación e instituyó concursos y premios para los mejores nadadores de la Armada. Combatió la costumbre de suspender las sentencias contra los delincuentes si estos se enrolaban en la Marina; habían pasado los tiempos en que, por derivación de la época de la piratería, las tripulaciones eran el resumen de lo peor de cada casa. «La flota –dijo– no es un penal, y no queremos ni podemos tolerar

que con tales métodos se comprometa la moral del servicio naval de los Estados Unidos».

Su afán, nacido de sus aficiones marineras y de sus lecturas sobre la historia del poder naval, era dotar a su país de una gran flota. La que existía era insuficiente para defender más de quinientos kilómetros, de una costa de dos mil millas. Por el momento no podía hacer grandes cosas, aunque Daniels, al amparo de su fama de pacifista a ultranza, conseguía aumentar las consignaciones sin suscitar el reproche de belicismo. El presidente Wilson solo se preocupaba de su programa interior. En poco tiempo había presentado al Congreso la nueva tarifa aduanera antiproteccionista, el proyecto de impuesto sobre la renta, que obligó a una enmienda a la Constitución, la creación de la Federal Reserve Bank, la ley contra los trust, y había hecho trabajar a los parlamentarios durante quinientos sesenta y siete días seguidos, bajo su propia mirada, porque, contra la tradición inaugurada por Jefferson de dirigir mensajes al Congreso desde la Casa Blanca, él mismo, en persona, se presentaba como los primeros presidentes de los Estados Unidos en la tribuna a explicar sus proyectos y pedir su aprobación.

La absoluta separación de los poderes legislativo y ejecutivo impide al presidente y al Gobierno tomar la iniciativa de las leyes e intervenir en su discusión como en los parlamentos europeos, hasta el punto de que los ministros y los funcionarios no pueden pertenecer a las cámaras. El presidente se limita a recomendar algunos proyectos, y es algún diputado de su partido quien los presenta, y ocurre, en ocasiones, que el Congreso, para demostrar su completa independencia, se resiste a su adopción e incluso los rechaza. Pero bajo Wilson el Congreso trabajó como un forzado bajo el látigo del cómitre. No tenía Wilson entonces –y ya la guerra mundial estaba a la puerta– otras preocupaciones de política exterior que el canal de Panamá –abierto poco después, el 15 de agosto de 1914– y los disturbios de México, que, contra su pacifismo, le obligaron finalmente a ordenar a la escuadra la ocupación de Veracruz. Pero en ambos casos se trataba exclusivamente de cuestiones americanas y litigios de vecinos, que podían resolverse en último extremo

con la presencia amenazadora de una escuadra ante un puerto y el desembarco de las fuerzas de un cañonero.

Por su parte, Franklin sintió entonces la veleidad de presentar su candidatura a un puesto en el Senado federal de Washington. Era una desviación de su carrera, encaminada ya por la esfera ejecutiva, una vuelta a lo legislativo, que había abandonado. Afortunadamente para él, fue derrotado en las elecciones primarias de su partido. Era la primera vez que los senadores se elegían directamente por el pueblo, después de la designación de candidatos en el interior de los partidos, y acaso Franklin pensó que su lucha contra los caciques políticos y su participación en aquella reforma electoral le proporcionarían un resonante triunfo popular. Pero esta vez Murphy y Tammany Hall adoptaron una táctica más astuta para derrotar a su rival, y en vez de apoyar a un hombre de la «máquina» presentaron a un hombre de Wilson, James W. Gerard, embajador del presidente en Berlín. Wilson no pudo hacer nada en favor de Franklin y en vano este volvió a clamar contra los *bosses*. Nadie creyó que Gerard fuera un instrumento de los caciques.

3 de agosto de 1914

Este fracaso –la primera y única derrota personal de Franklin– quedó reducido a una peripecia sin consecuencias. Los deberes de su cargo de subsecretario le requerían. La guerra europea estallaba el 3 de agosto de 1914. ¿Quién podía creer en los Estados Unidos que aquella lucha a miles de kilómetros, al otro lado del Atlántico, entre las viejas naciones de un continente que sus inmigrantes habían abandonado, hartos de peleas, asfixiados entre estrechos límites, arrastraría también al joven país consagrado a una vida puramente económica? Pero tampoco nadie podía sospechar que aún peor que entrar en la guerra sería entrar tarde y sin sumirse hasta el fondo en ella, alcanzar una victoria pronta y barata en sangre. América, virgen todavía, iba a correr una breve aventura de *girl*, que no la dejaría encinta de un destino histórico, porque terminaría hurtándose, esquiva y coqueta, a la entrega total.

El 4 de agosto el presidente Wilson proclamó la neutralidad de los Estados Unidos, y poco después pedía a sus compatriotas la neutralidad, no solo en los actos, sino hasta en los pensamientos[23]. Esto era algo más difícil que aquello; la vieja sangre europea hablaba en los inmigrantes todavía mal asimilados. Muchos se volvieron a sus países de origen. El 4 de agosto quedaron desiertas las cocinas de los hoteles; los cocineros y marmitones franceses corrían a sacar pasaje en los barcos de la *Compagnie* Générale *Transatlantique*. Los alemanes se agolpaban ante las puertas de la *North German Lloyd*. El famoso crisol de fundición (*melting pot*) se resquebrajaba, y por sus grietas dejaba ver que los Estados Unidos no eran todavía una nación, un pueblo. Justamente para evitar la disgregación, era tradicional en Norteamérica la absoluta neutralidad en los conflictos europeos. Pero había también otro sentimiento: el asco hacia un continente que no cesaba de trabarse en sangrientas peleas. Para la mayoría de los norteamericanos, el conflicto europeo era simplemente repugnante: *unclean*.

Franklin prepara la flota

Nadie creía verse envuelto alguna vez en la guerra. Pero el gobernante debe estar presto a todas las contingencias, aunque su previsión sea calificada de preparación premeditada. No se puede afirmar que Franklin viera el mismo 4 de agosto la guerra inevitable; sin embargo, el formidable despliegue de fuerzas de las potencias europeas le movieron a una comparación que resultó bastante desfavorable para la flota norteamericana. Era necesario y urgente contar con una poderosa escuadra para la seguridad y acaso para la existencia del país. Desde entonces se consagró a la tarea que había de dar sus frutos tres años más tarde. La eficacia de la flota de los Estados Unidos en la primera guerra mundial fue obra casi

[23] Vela pudo tomar este dato de la *Histoire des* États-Unis, *1829-1940* (New York, Éditions de la Maison Fraçaise, 1943), donde André Maurois escribe a propósito de Wilson: «Non seulement il proclamait la neutralitè des Etats-Unis, mais il demandait à ses concitoyens d'être neutres "en pensée aussi bien qu'en actes" et de réserver leur jugement sur ce débat jusqu'à la fin de la guerre». (N. del Ed.)

exclusiva de Franklin D. Roosevelt, y probablemente no habría sido en la segunda una fuerza decisiva sin aquel impulso juvenil, luego continuado y reforzado.

Para Franklin, el factor importante no era solo el buque de guerra, sino también los establecimientos costeros, los arsenales, los astilleros, las bases de repuesto, las maniobras, los entrenamientos. En aquella época, mientras se estudiaba y perfeccionaba el menor detalle de cada barco de batalla, se descuidaba el resto. El marino piensa mucho en el mar y poco en la tierra, que es su nodriza. Él, que era marino en tierra, pensaba por igual en ambas cosas. Viajaba incansablemente, estaba en todas partes, lo veía y examinaba todo por sus propios ojos y nada se borraba de su memoria. Podía decir en cualquier instante dónde se encontraba cada barco y cuántas toneladas de relleno había en cada estación de carboneo. Así, puso toda la escuadra a punto, ajustada como un mecanismo de precisión, presta a dispararse como la escopeta «a pelo» del cazador. Cuando Wilson dio la orden de ocupar Veracruz, a las dos horas ya la escuadra estaba en alta mar.

El pacifismo de Wilson

El mayor obstáculo era el pacifismo de Wilson. El presidente hacía esfuerzos sobrehumanos para conservar al país alejado de la guerra y mantenerse a distancia igual de los dos bandos. Había protestado contra el bloqueo inglés que impedía el enorme desarrollo de las exportaciones y hacía casi inútiles las leyes votadas para acelerar la construcción de buques mercantes y fomentar su compra a los demás neutrales. Había pedido al gobierno de Berlín la retirada de los agregados naval y militar de la embajada alemana en Washington, Karl Boy-Ed y Franz von Papen, como resultado de las investigaciones acerca de los actos de sabotaje en las fábricas que suministraban municiones a los aliados. Había declarado a Alemania «rigurosamente responsable» de la pérdida de vidas y buques de los Estados Unidos ocasionadas por la acción de los submarinos. Mas, como para dar razón a los que criticaban por vanas e inútiles estas

protestas diplomáticas, los submarinos alemanes, después de hundir algunos mercantes norteamericanos, echaron a pique, sin previo aviso al *Lusitania*. De las mil ciento diez víctimas, ciento catorce eran estadounidenses.

La indignación del país hubiera permitido a Wilson declarar la guerra a Alemania aquel mismo día. La vieja Europa no solo peleaba entre sí, sino que atacaba a un pueblo pacífico dedicado al comercio. Pero Wilson siguió con sus notas y protestas. Al cabo logró que Alemania prometiera, conforme a las reglas del derecho internacional, no hundir los buques de las líneas de navegación sin previo aviso y sin asegurar el salvamento de los pasajeros. Pero los hundimientos continuaron, con la disculpa de equivocaciones, hasta que en abril de 1916, Wilson advirtió a Alemania que la reincidencia acarrearía la ruptura inmediata de relaciones diplomáticas. La agitación sacudía al país, pero el presidente se mantenía impasible, solitario, blanco a la vez de las críticas de germanófilos y aliadófilos, preocupado solo de evitar la guerra hasta el último momento.

Durante la crisis de México había dicho: «Me espanta la guerra. He visto su destrucción y sus ruinas. Me sería muy cómodo declarar la guerra a México. Pero no sería yo quien tendría que combatir ni tampoco esos señores del Capitolio que la piden a voz en grito. Serían el hijo del pobre labrador, el del granjero, el de la viuda sin otro sostén... Ya sé que me llamarán cobarde, pero eso ni me molesta ni me deshonra. Me deshonraría, en cambio, que la historia me tachase de imperialista. El tiempo justificará esta política pacifista y humanitaria». Ya hemos visto cómo al fin tuvo que intervenir a mano armada en la vecina nación. Si no hubo lucha sangrienta fue porque el presidente mexicano, Huerta, optó por abandonar el campo.

Ahora seguía la misma política. Si alguna vez pensó en emplear la fuerza, era para imponer la paz a ambos bandos. «Si Estados Unidos estuvieran donde Suiza –decía–, con todos los recursos en hombres y materiales de que aquí disponemos, me atrevería, sin duda, a interponer un inmenso ejército entre los dos beligerantes

para obligarlos a deponer las armas». Este pensamiento quimérico, vagamente esbozado, revela claramente el espíritu con que Wilson intervendría más tarde en la guerra. No podía realizar el propósito de acortar la guerra más que sumándose a un bando –naturalmente, al de los aliados–, pero siempre se consideraría juez y árbitro. No entraría en la guerra para ingresar como fuerza histórica en el torrente del destino universal y seguir la lógica fatal de sus designios misteriosos, sino, al contrario, para suspenderlo, interrumpirlo y cortar la tragedia a la mitad, antes de su consumación y desenlace definitivo, actuando, en suma, como una fuerza paralizadora del curso de la historia. Con esa tendencia general a hacer semejantes a nosotros mismos a los demás –obra reservada exclusivamente a Dios–, Wilson quería transformar a Europa en una nueva América, darle una vida pacífica y puramente económica, semejante a la de los Estados Unidos, como si los problemas del viejo continente fueran caprichos y no fatalidades y obedecieran simplemente a prejuicios anticuados.

Como historiador y profesor de historia, estaba demasiado preocupado del juicio de la posteridad, de los comentarios de sus colegas del futuro. Cuando Roosevelt, convencido de que la guerra era inevitable, le visitó para exponer la necesidad de preparar rápidamente la flota, Wilson le contestó, según el propio Roosevelt relató después a Ludwig: «Estamos bajo la mirada de la historia. Sí; nuestra entrada en la guerra es probable. Pero en 1980 alguien escribirá la historia de esta guerra. Acaso sea un alemán, quizá un ruso. Es preciso que este hombre pueda decir: los Estados Unidos fueron arrastrados a la guerra sin haberla preparado»[24].

Sin embargo, en diciembre de 1915 el propio Wilson declaraba en un mensaje al Congreso que era preciso estar dispuestos. Ya se había emprendido la ejecución de un programa naval de tres años para construir diez acorazados, seis cruceros, cien submarinos y otros navíos de guerra. El 29 de agosto el Congreso autorizaba la creación de un Consejo Nacional de Defensa. Para Wilson, todas estas medidas no pasaban de precaución: en aquellos mismos días

[24] Emil Ludwig, *op. cit.* (N. del Ed.)

germinaba en su mente la idea de la Sociedad de las Naciones. La idea era muy americana. En América, los conflictos entre los pueblos son superficiales, carecen de ese fondo histórico que en Europa los hace casi irresolubles. Y, además, ¿qué eran los Estados Unidos sino una liga de estados?

En las elecciones de 1916 Wilson fue elegido presidente por segunda vez. La propaganda de su partido aducía como argumento más convincente el mantenimiento de la paz durante su primer mandato. Los alemanes se engañaron sobre el sentido de las elecciones, convencidos de que Wilson había recibido del pueblo el encargo categórico de evitar la guerra a toda costa. En 31 de enero de 1917 Berlín comunicó a Washington que en adelante hundiría sin previo aviso todos los barcos, beligerantes o neutrales, que sus submarinos encontrasen en el Mediterráneo o en las aguas cercanas a Inglaterra. Wilson rompió las relaciones diplomáticas con Alemania y ordenó armar de cañones a los buques mercantes. Pero al mismo tiempo se esforzaba por restablecer la paz y, después de pedir, en diciembre, a los beligerantes las condiciones en que se allanarían a terminar la guerra, en 22 de enero de 1917 había esbozado su pensamiento en un mensaje al Senado sobre el reglamento de la futura paz: derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, libertad de los mares, limitación de armamentos, Liga de las Naciones.

Una frase resume mejor su concepción: «una paz sin victoria»; es decir, la tragedia abortada, terminada en tablas, antes de que estallen y se resuelvan las fatalidades incubadas en su seno. El *Ancona* fue torpedeado con pasajeros norteamericanos a bordo. Wilson esperaba todavía que sus protestas diplomáticas acabaran por cambiar el peligroso rumbo de Alemania. Mas los submarinos continuaban su terrible obra destructora, y el impresionable pueblo americano, que no hubiera entendido nunca la guerra como necesidad política de la nación, la pedía a gritos en manifestaciones callejeras, para evitar la muerte de unas cuantas docenas de compatriotas.

Estados Unidos, en guerra

El 2 de abril de 1917 Wilson se presentó al Congreso. En su mensaje extraía del caso particular un principio general: la conducta alemana era la fatal consecuencia de «los gobiernos autocráticos apoyados por la fuerza organizada, que depende enteramente de su voluntad y no de la voluntad de su pueblo». Justamente se había derrumbado el imperio de los zares, y todas las potencias aliadas estaban regidas por sistemas democráticos. «El mundo –dijo– debe asegurar la salud de la democracia». Los Estados Unidos estaban obligados a combatir «por la paz definitiva del mundo y por la libertad de los pueblos, incluso del pueblo alemán». Y pedía que el Congreso declarase que Alemania se había colocado por sí misma en estado de guerra con los Estados Unidos. La guerra tomaba un carácter ideológico. Los Estados Unidos eran la representación del mundo ideal que descendía para intervenir en el mundo real.

Wilson volvió del Capitolio entre las ovaciones de la multitud, con la cabeza baja, el sombrero calado, triste, abochornado; en sus ojos se cuajaban las lágrimas. No era, no, un verdadero participante en la guerra; seguía siendo el pacifista de siempre.

El 6 de abril, después de la aprobación del Congreso, los Estados Unidos declaraban la guerra a Alemania.

X. EUROPA, EN GUERRA

«Novecientos noventa y nueve años de cárcel»

Franklin no había esperado a la declaración de guerra para poner la flota a punto. A mediados de 1916 Daniels había conseguido del Congreso un crédito de trescientos millones de dólares para el plan trienal de construcciones navales. Pero de la consignación en los presupuestos hasta el gasto efectivo media en los países democráticos un trecho tan grande como del dicho al hecho. La ley, desconfiada con razón, toma toda clase de precauciones contra la dilapidación y el descarrío en el empleo de los dineros públicos. Antes de ser acordada, la consignación ha de sufrir una larga travesía, pasar por diferentes oficinas, soportar múltiples comprobaciones, resistir un debate parlamentario y, después de acordada, el detalle de cada pedido y partida debe ser aprobado, intervenido, fiscalizado. Tan numerosos requisitos implican considerables dilaciones. Franklin saltó sin reparo todas estas barreras, convenientes en tiempo de paz, pero paralizadoras en las urgencias de una guerra. Según sus propias palabras, si se le hubiera exigido responsabilidad por sus infracciones legales, no pagaría con menos de novecientos noventa y nueve años de cárcel, y probablemente, si no hubiera habido guerra, Franklin y Daniels hubieran ido a parar con sus huesos en una prisión.

Inmediatamente después de recibir la orden de armar los buques mercantes, Franklin encargó a las fábricas de armamento un pedido de cañones ligeros por valor de cuarenta millones. No había contratos ni autorizaciones legales ni más órdenes que las verbales del subsecretario de Marina, ni otras garantías que su palabra. Ordenó por teléfono la construcción del arsenal de Brooklyn, que quedó presto dos meses antes de firmarse los contratos. Así conseguía milagros de rapidez. Un acantonamiento de tropas de la Marina, pensado el 27 de junio, tenía puestos los cimientos el 5 de julio y estaba terminado el 4 de agosto. Antes de que el Ejército hubiera hecho ninguna compra, ya Franklin había acaparado todo el mercado de abastecimientos para la Marina. El propio Wilson tuvo que llamarle a su despacho para que repartiera sus compras con el Ministerio de la Guerra. Fabricantes, constructores, abastecedores arriesgaban millones, pero no perdieron un solo dólar, y cuando, terminada la guerra, el partido contrario procedió a las acostumbradas investigaciones, quedó demostrado que no se había malgastado o distraído ni un centavo.

Con esta energía y rapidez en la acción, era más americano que la misma Constitución. Como dice Johnson, es esencial al Gobierno americano una cierta dosis de ilegalidad. Los grandes presidentes de los Estados Unidos –Jefferson, Jackson, Lincoln– tienen en su haber enormes ilegalidades[25]. Pero estas no barrenaron mezquinamente la ley, sino que la hicieron estallar porque su grandeza no podía ser encerrada en ella. ¿Cómo la ley contendría cosas del tamaño de la adquisición de la Luisiana, un territorio de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, la extensión de cinco Españas yuxtapuestas? Gracias a esas ilegalidades, los Estados Unidos crecieron gigantescamente y conservaron su unidad. Ahora bien, esta ilegalidad no está allí sustraída al juicio de la opinión pública. Por el contrario, esta es la suprema instancia de las ilegalidades necesarias y convenientes; de ella reciben aprobación y consagración. Lo que la opinión pide al gobernante o al funcionario es que, cuando deja de lado la ley, sea por fuerza inexorable o por utilidad trascendental. Los Estados Unidos

[25] La idea se encuentra en el libro de Gerald W. Johnson, *Roosevelt: An American Study,* cit. (N. del Ed.)

son el país del *sheriff*, el funcionario que intervenía sin más ley que su buen sentido y su sentimiento de lo justo. Hoy queda este recuerdo de los tiempos en que no había ley ni Estado en Norteamérica; todavía hoy, en que el Estado no es tan prieto y ajustado como en las viejas naciones europeas, sino flojo y fluido, queda un margen para una actuación libre de *sheriff* y una aquiescencia y respeto para ella. El presidente de la República no es más que el *sheriff* mayor. Por todas partes rebrota en los Estados Unidos, bajo las apariencias más modernas de nación reglamentada, la vida ancha y libre de sus épocas primitivas. Y entre su estructura civilizada desborda la enorme fuerza irreprimible de un continente rico y salvaje.

La guerra alteró profundamente la vida de Leonor. En el fondo de su casa –había tenido otros dos hijos, Franklin en 1914 y John en 1916– sintió la impulsión que lanzaba a las mujeres fuera de los hogares y había de cambiar radicalmente la vida femenina y, como consecuencia, las costumbres del mundo. Goethe ha dicho: «El hombre hace las leyes, pero la mujer las costumbres», y la costumbre es más potente y duradera que todas las leyes.

Fiel a esa llamada, Leonor comenzó a «hacer cosas». Trabajaba en la censura naval, en la cantina de la Cruz Roja de la estación de Washington, una choza de hierro incandescente bajo el sol del verano. Asistía en el Hospital Naval y consiguió una completa reorganización del de Santa Isabel, insano, atestado y mal dirigido, hasta convertirlo en un establecimiento modelo.

Franklin quiere batirse

Por su parte, Franklin, que había contribuido directamente a la lucha contra los submarinos con la colocación de una gigantesca barrera de minas a diferentes profundidades y enlazadas entré sí en el Mar del Norte, entre las islas Orcadas y Noruega, no se conformaba con esta actividad lejana a los teatros de la guerra, y quiso ingresar en la Marina, para batirse como cualquier otro norteamericano. Era joven y vigoroso y creía que los cargos sedentarios debían

dejarse para los viejos. Hasta un anciano como Teodoro Roosevelt, cuyo ejemplo siempre le incitaba, pedía que le dejaran ponerse al frente de una división; un hijo suyo, Quintín, había muerto en los campos de batalla de Francia. Pero Daniels se opuso rotundamente; Franklin era mucho más útil en su despacho, a cinco mil kilómetros de los frentes, que en el puente de un barco o en una batería. Para consolarle con una misión más relacionada con la lucha, le envió a inspeccionar las bases navales en la zona de guerra.

Franklin embarcó en julio de 1918 en el destructor *Dyer*, que escoltaba un convoy de tropas. En pocas semanas visitó medio centenar de bases, desde las islas Orcadas, en el norte de Inglaterra, hasta Corfú, en el Mediterráneo, sin dormir dos noches seguidas en el mismo sitio. Estuvo en Portsmouth con el vicealmirante Sims, visitó a los jefes del almirantazgo inglés, comió con lord Balfour, fue recibido por Jorge V de Inglaterra y Alberto I de Bélgica, a los que pidió permiso para visitar los parajes más expuestos de los frentes ocupados por sus tropas, donde corrió más de un peligro. En Francia propuso al mariscal Foch montar sobre rieles los cañones de más grueso calibre de la flota para contestar al fuego del «Gran Berta» alemán. Habló con el presidente Poincaré y con el jefe del Gobierno francés, Clemenceau. «Usted –le dijo el Tigre con afectada seriedad– ha podido producir una crisis en el Gobierno, y probablemente la pérdida de la guerra. Sí –continuó, ya humorísticamente–, usted ha dicho a los periodistas que en su país tienen ustedes la costumbre de recibir a la prensa dos veces al día, y ahora me piden dos entrevistas diarias. ¿Sabe usted lo que eso sería aquí?»

Estuvo también en el frente americano y fue enviado a Roma cuando el ejército italiano retrocedía. Propuso un desembarco en los Balcanes, y al jefe del Gobierno le dijo: «Hace un año que la escuadra italiana no sale del golfo de Tarento». «¿Qué quiere usted? –le respondió Orlando–; los austríacos tampoco se han movido en todo ese tiempo».

Después de una nueva visita a Inglaterra, Franklin volvió a los Estados Unidos a bordo del *Leviathan*, siempre con la intención de

dimitir su puesto e ingresar en la Marina. Pero en el viaje enfermó de gripe, cogida seguramente en Brest, donde cundía la epidemia, aquella guerra microbiana que hicieron los bacilos por su cuenta y que sin cañonazos ni bombardeos aéreos asoló por segunda vez el mundo. La gripe se convirtió en una neumonía, y Franklin fue desembarcado en Nueva York en una camilla. Cuando ya estaba repuesto, él, su mujer, sus cinco hijos y sus tres sirvientes cayeron en cama. Washington entero estaba enfermo, y Leonor tuvo que cuidar a los demás y aun atender con la Cruz Roja al personal de los ministerios, víctima predilecta del microbio.

Los catorce puntos de Wilson

Para aquellas fechas la guerra estaba virtualmente terminada. Muchos meses antes Wilson había expuesto sus catorce puntos. En su idea, la victoria militar tenía por único objeto establecer un reglamento internacional para asegurar la paz en el mundo y no ninguna de las finalidades hasta entonces asignadas al triunfo de un país sobre otro. De esos catorce puntos, trece trataban de eliminar todas las causas posibles de conflictos mediante el abandono de la diplomacia secreta, la abolición de las barreras económicas, la reducción de los armamentos, la autodeterminación de los pueblos, la formación de nacionalidades étnicas, etc. El punto decimocuarto constituía la clave del sistema: la Sociedad de las Naciones.

El 4 de octubre de 1918 los alemanes, en completa derrota, se agarran a los catorce puntos como a una tabla de salvación y piden al presidente Wilson la iniciación de las negociaciones de paz sobre su base. Clemenceau se opuso; quería continuar la guerra a todo trance, hasta el final, hasta Berlín. Días después huía el káiser; el 4 de noviembre triunfaba la revolución de los marinos de Kiel; el 9 se proclamaba en Berlín la República alemana. Y el 11 de noviembre se firmaba el armisticio en el bosque de Compiègne, antes de que las tropas aliadas pisasen el suelo alemán. Foch había dicho al furioso Clemenceau: «No podemos seguir la guerra cuando el contrarió se rinde».

En ese mismo día 11 comenzaban las dificultades para Wilson. Hasta aquella fecha sus concepciones permanecían en la esfera de las ideas; comenzaban ahora, que tenía que insertarlas en el mundo real y se encontraba a la vez con la resistencia de una mayoría republicana en el Congreso recién elegido y con la oposición de los demás jefes aliados. Rompiendo con todos los antecedentes, Wilson decidió asistir en persona a las negociaciones. Era uno de los triunfadores, pero venía a Europa, según sus propias palabras, en el papel de árbitro entre vencedores y vencidos. Venía a salvar a Europa. Era el desquite de los puritanos que habían embarcado siglos antes en el *Mayflower* huyendo del viejo mundo descarriado y pecador. Traía la misión bíblica de la nación americana. Salió de Norteamérica saludado como un cruzado, portador del espíritu sencillo de un pueblo puro, y llegó a Europa acogido como un redentor por las masas populares. El recibimiento fue clamoroso, «sin ejemplo en la historia», dondequiera que se presentaba. Pero en la mesa de la Conferencia le esperaban los representantes de un mundo cargado de historia. «¿Sabe usted, señor presidente –le decía Clemenceau–, que desde hace siglos ningún francés alcanzó la vida normal sin haber visto su patria invadida una o dos veces por los alemanes?».

¿Qué guerras habían tenido los Estados Unidos? La guerra de la Independencia, con una metrópoli alejada; la guerra con México, un pleito de vecinos con una débil nación; la guerra con España, una guerra colonial con un país remoto, y algún conflicto para el aumento de territorio, resuelto sin lucha, económicamente, mediante el pago de una cantidad y el trazado de fronteras rectas con una regla sobre el mapa, a través de espacios despoblados. Ni sus límites ni cada uno de los puntos de sus límites habían sido disputados mil veces, ni sus caminos habían sido pisados repetidamente por los ejércitos en todas direcciones, ni surcados por los antiguos carros romanos y los modernos armones de artillería. Sus habitantes no habían peleado durante siglos con sus vecinos ni habían mezclado sus sangres en la batalla a muerte o en la generación de la vida; no habían entretejido sus historias por alianzas y por guerras, por amores y por odios. No podían comprender ese destino trágico de Europa que hace surgir

una y otra vez en los mismos lugares y entre los mismos pueblos los mismos problemas, nunca resueltos ni por las guerras ni por las paces.

La Sociedad de las Naciones

Wilson luchó heroicamente en la Conferencia de la Paz, pero de cada sesión su plan salía más disminuido. Sin embargo, pensaba que todo tendría remedio posterior en la Sociedad de las Naciones. Por esta razón permaneció intransigente, inquebrantable en este punto. El 15 de febrero, al día siguiente de la primera lectura del Covenant o Pacto de la Sociedad de las Naciones, Wilson volvió a su país en el *George Washington* para consultar a los senadores de la Comisión de Política Exterior y otras personalidades.

En el mismo barco retornaba también a América Franklin D. Roosevelt. Había sido enviado por Daniels a Francia para liquidar las instalaciones de la Marina, que comprendían cincuenta y cuatro estaciones navales, la estación de radio de Burdeos –la más potente del mundo–, acuartelamientos, barracas, maquinaria, grandes almacenes de víveres y depósitos de material de todas clases. Estados Unidos habían hecho las cosas en escala gigantesca. Parte de estos sobrantes de la guerra fueron devueltos a su procedencia, pero la mayoría debían ser vendidos en Francia para evitar los gastos de transporte. La operación era delicada si no se quería perder la mayor parte de los millones gastados, y exigió de Franklin un duro trabajo en los contratos de venta y la contabilidad. Los depósitos del Ejército y de la Marina de los Estados Unidos inundaron a Europa y bastaron para alimentar, vestir y calzar a muchos europeos durante largo tiempo. Se fumaban cigarrillos de rubio Virginia, se comían conservas americanas, se vestían camisas hechas con la seda fabricada para las alas de los aviones y por doquiera se veían las «trincheras» impermeables, con varios forros, de los soldados yanquis. En este segundo viaje, Franklin vino a Europa acompañado de Leonor, que cayó enferma de pleuresía en Londres.

En el *Washington*, Wilson catequizó completamente a Franklin para la idea de la Sociedad de las Naciones. Más tarde, Franklin adquiriría la mesa en que Wilson escribió los estatutos de la Sociedad de las Naciones y la silla en que se sentaba el presidente. En esa mesa trabajó Franklin durante sus estancias en *Hyde Park*.

«Durante más de veinte años –escribe Johnson– los historiadores no tuvieron motivo para mirar con interés estas conversaciones, pero la historia ha virado desde 1939 en tal dirección, que ahora pueden incluirse entre las entrevistas más dramáticas de nuestra historia. En aquel tiempo, ninguno de los que estaban al lado ni tampoco ninguno de los dos interlocutores tenían motivo para suponer que fascinarían a una generación posterior, pero el mundo sabe ahora que el anciano Wilson hablaba con un joven que sería no solo su sucesor en el cargo, sino también su heredero en la tremenda responsabilidad de mantener las esperanzas de los hombres libres»[26]. Aquella idea sembrada en la mente juvenil de Roosevelt durante las conversaciones en el *Washington* y fracasada en seguida en manos de su progenitor, volvería a retoñar veinticinco años después, más robusta y capaz de fruto y sazón. Por entonces, Franklin quedó contagiado. «Es preciso –decía a Wilson– predicar vuestro plan por todo el país».

Así lo hizo Wilson cuando volvió de su segundo viaje a París, una vez firmado el tratado de paz de 28 de junio de 1919. No era «la paz de justicia» que había seguido en su pensamiento a «la paz sin victoria». Pero al menos en Europa había salvado la Sociedad de las Naciones. ¿Y en América?

En América, el tratado de paz había decepcionado todas las esperanzas. «No hay materialismo más crudo –escribía Dickens a mediados del siglo pasado– que el norteamericano, ni tampoco idealismo tan crudo y tan idealista como el norteamericano». La misma prisa con que quiere apoderarse de lo real siente por realizar el ideal. Carece de paciencia para una lenta aproximación y una conquista gradual. No comprende el ritmo lento ni la adquisición paulatina. Europa no había querido ser salvada, seguía siendo la

[26] Gerald W. Johnson, *op. cit*. (N. del Ed.)

de siempre. Era mejor apartarse de ella, dejarla abandonada a sí misma, como incapaz de remisión, y retirarse al egoísmo de la vida propia. La aventura de la *girl* americana había sido decepcionante. Afortunadamente –pensaban–, no ha pasado de un *flirt* sin graves consecuencias. Retornaba a la casa, desilusionada, pero indemne como en una película moral. Mas aquel idealista de Wilson seguía empeñado en meterlos de nuevo con su Sociedad de las Naciones en los enredos europeos. En la campaña contra Wilson intervinieron, cierto es, muchos factores políticos y personales, pero, sobre todo, este sentimiento sincero de no embrollarse en nuevas complicaciones después de aquella primera descalabradura.

Wilson, paralizado

El 10 de junio de 1919; Wilson sometió el tratado de paz a la aprobación del Senado, que lo pasó a su Comisión de Política Exterior. Ante la resistencia de los senadores, Wilson decidió apelar directamente a la opinión pública. Él era el presidente, el mandatario del pueblo, que lo había elegido. El pueblo oiría su propia voz y él oiría el juicio tonante del pueblo. No habría intermediarios entre ambos. Los dos se verían cara a cara, a solas, como Dios y Moisés, y Wilson volvería robustecido con la voluntad del pueblo en sus manos.

Durante veintidós días recorrió Wilson los estados de la Unión. A sus primeros discursos apenas acudieron oyentes, pero a medida que adelantaba el viaje, crecía el público y no había locales capaces de contenerlo. Los senadores se inclinaban ya ante una opinión tan manifiesta. Pero cuatro días antes de terminar la excursión, el 25 de septiembre, en el mismo tren presidencial, Wilson sufrió un ataque de hemiplejía con parálisis de todo el lado izquierdo. Era la enfermedad que le correspondía. Se había sentido paralizado, atado por las fuerzas egoístas, reacias a toda empresa generosa. Ahora lo estaba también físicamente. Ellas, no la enfermedad, le habían apretado las ligaduras y tirado sobre el lecho como un fardo. Wilson diría después: «Grande es la sabiduría de Dios. Él me ha enviado la enfermedad para impedir que la Sociedad de las Naciones sea

realizada, porque, desde el punto de vista de la historia, todavía es muy pronto».

Sin su apóstol, el tratado de paz quedó sin ratificar. Allá en mayo de 1920, se acudió a un medio expeditivo para salir de aquella situación extraña de un país que continuaba en estado de guerra con las potencias centrales: un acuerdo del Congreso derogó simplemente las declaraciones de guerra pronunciadas en 1917, como si nada hubiera pasado. Wilson opuso su veto contra semejante absurdo. Estaban próximas las elecciones presidenciales; ellas serían una especie de referéndum popular.

La Ley Seca

Pero durante todo este tiempo había algo mucho más apasionante para los norteamericanos que el tratado de paz y la Sociedad de las Naciones: la Ley Seca. La campaña antialcohólica es tan antigua en los Estados Unidos como la campaña contra los trust. Si el inglés bebe mucho, obligado por su clima frío y húmedo, el norteamericano, extremado en todo hasta la exageración, le aventaja, aunque el clima es seco y excitante. Como dice Siegfried, «siempre tiene sed y se le ve precipitarse en toda ocasión sobre el vaso de agua helada»[27]. Antes de la primera guerra mundial, cada norteamericano salía a un término medio de 85,2 litros de alcohol consumido por año. Su afición a las sensaciones violentas encuentra un modo más de satisfacerse en esas mezclas explosivas que son los cócteles. Tiene razón Keyserling en desear que «alguien realmente enterado escriba tanto la historia como la psicología del cóctel, una de las más extraordinarias invenciones de todos los tiempos». Entre todos sus ingredientes, el cóctel mezcla también trocitos del alma americana.

El consumo del alcohol había alcanzado cifras gigantescas; buena parte de los altos salarios quedaban en manos de los taberneros sin pasar por el hogar; los *saloons*, los bares americanos, constituían centros de corrupción moral y política. La Ley Seca había

[27] André Siegfried, *op. cit.* (N. del Ed.)

comenzado a extenderse gradualmente de estado en estado. Antes de 1914 ya regía en cuatro; entre 1914 y 1917 la habían adoptado otros dieciocho y después de 1917, seis más. Cuando, en 1919, se votó la enmienda 18 a la Constitución, por la cual desde un año después se prohibía en todos los Estados Unidos la fabricación, venta y transporte de bebidas alcohólicas, solo quince estados permanecían todavía en régimen «húmedo».

Fue la guerra quien dio impulso al movimiento prohibicionista. Contra el alcohol se alegaron mil razones de carácter higiénico y social, pero también la Ley Seca, como el cóctel, revela rasgos profundos del alma americana. Es extremosa, exagerada, intransigente, absoluta. Nació en los estados más puritanos. Fue predicada en sermones. En estos tiempos catastróficos de guerra –decían–, en que el pueblo americano tiene que realizar la salvación del mundo, hemos de imponernos nuestra propia regeneración moral para ser dignos de la empresa. Incluso se pensó en un «Interchurch World Mouvement» (Movimiento mundial de las Iglesias) para convertir y moralizar el mundo, y se esbozó una organización que debía invadir Europa de misioneros encargados de evangelizar a los países católicos mediante el protestantismo, «religión social e higiénica».

Junto a la obra mesiánica de Wilson, los misioneros prohibicionistas redimirán a Europa del pecado del alcohol. La Ley Seca fue la última arremetida del puritanismo, siempre latente en el pueblo americano; la victoria de su tendencia a prohibir por el goce de prohibir, a decir no a todo, a hacer bueno al hombre a su pesar, a salvar las almas por la ley del Estado. «La fuerza esencial de la Ley Seca –ha escrito Waldo Frank señalando otro de sus aspectos– no reside en su actitud respecto al alcohol, sino en ser un símbolo de la voluntad de la masa que quiere gobernar a los muchos, a los pocos y al uno e imponer legislativamente la uniformidad del hábito»[28].

La virtud impuesta produce la hipocresía; la prohibición suscita la tentación. Nadie se atrevía a beber en público, pero nunca se

[28] Waldo Frank, *op. cit.* (N. del Ed.)

bebió más en privado ni se ingirieron brebajes más insanos. Las ganas de beber se convirtieron en la obsesión de beber, y el goce del fruto vedado incitó hasta a las muchachas más jóvenes. Estados Unidos se transformaron en una inmensa destilería clandestina; los contrabandistas reunieron fortunas colosales y organizaron su negocio con todos los adelantos de la técnica moderna: teléfono, estaciones de radio, depósitos subterráneos, autos, buques, hasta aviones y submarinos, a lo que hubo de contestar el Estado federal creando un pequeño Ministerio de la Guerra, con Ejército, Marina, Aviación y Servicio secreto, dotado con un presupuesto de veinte millones de dólares.

El alcohol era un feo vicio; por contra, la prohibición fomentaba el fraude, la hipocresía, la burla a la ley, el amor a lo secreto, lo que era mucho peor. Pero los puritanos habían encontrado al cabo una prohibición terrible, semejante a las bíblicas, una gran prohibición como la del árbol del bien y del mal; un pecado original. Era difícil que soltasen aquel rayo fulminador, y, en efecto, hasta 1933, ya bajo la presidencia de Roosevelt, no fue abolida la Ley Seca.

En 1920, recién implantada, el pueblo estaba dividido en «secos» y «húmedos» con el mismo apasionamiento que antaño en esclavistas y antiesclavistas. En las elecciones de aquel año, el partido demócrata predicaría como capítulo principal de su programa la Sociedad de las Naciones; el partido republicano, el mantenimiento tajante de la Ley Seca. Y este fue el que triunfó.

Franklin aspira a la vicepresidencia

En esas elecciones luchó Franklin como candidato a la vicepresidencia de la República. Ante la impopularidad de la Sociedad de las Naciones, el partido demócrata escogió para candidato a la presidencia a James M. Cox, hombre sin ninguna relación directa con la política internacional de Wilson; mas para evitar el reproche de haber abandonado totalmente al presidente enfermo se buscaba para vicepresidente una persona que, perteneciendo al círculo de

Wilson, no hubiera intervenido en la elaboración del Pacto de la Liga. Se encontró en Franklin, figura ya popular por su propia obra y por su famoso apellido.

«En la Convención de San Francisco –ha contado– oí de repente pronunciar mi nombre; al principio, me resistí a creerlo. Después mis amigos me llamaron. A los diez minutos era cosa hecha. Se me escogió porque era conocido desde la guerra. Y además, se pensaba que mi situación en el Ministerio me permitiría servir de enlace entre Cox, que era poco conocido en la gobernación, y Wilson. Me sentí muy contento. Tenía treinta y ocho años, y hasta entonces no se había registrado un caso de vicepresidente tan joven. Teodoro Roosevelt había llegado a ese cargo a sus cuarenta y dos años».

Los dos candidatos sabían que para ganar las elecciones tenían que dejar de lado a la Sociedad de las Naciones sin repudiarla por completo. El político está obligado muchas veces a estas habilidades, y si lo es realmente, dispone de recursos para colocar en un plano visible, aunque alejado, aquello cuya eliminación total sorprendería. Pero antes de comenzar su campaña electoral, los dos candidatos se presentaron en la Casa Blanca para hacer la tradicional visita de cortesía al presidente. Encontraron a Wilson en una silla de ruedas, envuelto en mantas, viejo, deshecho, imposibilitado. La conversación transcurría tristemente ante aquella imagen de la grandeza caída. Al final, Cox aventuró un cumplido: «Señor presidente, siempre he sido un admirador de su lucha a favor de la Sociedad de las Naciones». El efecto de la frase –cuenta Johnson– «fue como cuando entre la ceniza gris de una hoguera moribunda se levanta por un momento una última llamarada fulgurante. La encorvada cabeza se irguió, los apagados ojos centellearon, edad y enfermedad desaparecieron por un instante, y los asombrados visitantes vieron otra vez el rostro de águila de Woodrow Wilson en sus días de grandeza. Y hasta en su voz sonaba el lejano eco de aquella nota de clarín de sus buenos tiempos. “Señor Cox –contestó Wilson–, esa lucha puede ser ganada todavía”» [29]. El enfermo señalaba a los dos candidatos una ruta digna y clara. A Cox se le llenaron los ojos de lágrimas. A la salida dijo a

[29] Gerald W. Johnson, *op. cit.* (N. del Ed.)

su compañero: «Roosevelt, tenemos que luchar por la Sociedad de las Naciones».

Lo hicieron a sabiendas de que perdían la elección. El país quería a toda costa la vuelta a la normalidad, es decir, a la vida puramente económica. Así, en uno de los mil discursos que pronunció en los tres meses de su campaña electoral –un viaje en tren especial, acompañado de Leonor, que hablaba a las organizaciones femeninas y dio su primera entrevista a los periódicos–, Franklin decía: «En medio de los problemas mundiales, debemos hacer una de estas dos cosas: cerrar los ojos, vender nuestra flota a las potencias que ven más lejos que nosotros, limitar nuestro comercio por el embargo y leyes de hierro, cerrar nuestros puertos, alzar una muralla de costosos armamentos y vivir como una nación oriental sobre los sueños de nuestro pasado o, por el contrario, con los ojos muy abiertos, reconocer la complejidad de la civilización moderna y todo lo que nos liga a la existencia de otros pueblos, haciéndonos imposible vivir en este mundo sin vivir con él. Si no queremos convertirnos en monjes, tenemos que sostener con el exterior esas relaciones leales e íntimas que nuestros poltrones se complacen en desnaturalizar aplicándoles la etiqueta maldita de *complicaciones internacionales*».

La gran derrota demócrata

Fue en vano. A pesar del voto de las mujeres, a quienes el partido demócrata acababa de conceder el derecho del sufragio, Cox y Roosevelt fueron vencidos en la lucha caballeresca por el ideal desvalido del gran hombre abandonado y enfermo. No fue una derrota personal de Roosevelt, sino una de esas debacles catastróficas con que el partido demócrata suele salir del poder. Triunfaron el gris Harding y el frío Calvino Coolidge. Estados Unidos se cerraban al mundo y a la historia. El aire quieto y confinado se iba a pudrir hasta emponzoñarlo todo. Sería una de las épocas de mayor corrupción.

Cuando, el 4 de marzo de 1921, se instalaba Harding en la presidencia, Wilson quiso acompañarle, según la costumbre. Era la primera vez que, después del ataque, el pueblo veía al gran hombre destrozado, viejo, arrastrando como una rama desgajada y seca su pierna izquierda, imagen humana del árbol fulminado. La muchedumbre quedó sobrecogida, espantada, al contemplar la propia obra. Ella misma, la muchedumbre, la ciega fuerza americana, era quien le había fulminado.

Harding entró en la Casa Blanca. Entre el eco cada vez más lejano de las ovaciones y marchas militares que acompañaban a su sucesor, Wilson se encerró en su retiro a morir de la muerte de su sueño. Y Franklin volvía a Nueva York, a su profesión de abogado.

XI. A MODO DE INTERMEDIO

«Habría sido necesario un *político* como yo». Al pronunciar estas palabras en voz alta y decidida, Franklin cogió un fichero y lo tiró brutalmente sobre la mesa como si quisiera arrojar lejos toda esta aventura tan mal comenzada y aún peor terminada. Así cuenta Ludwig la respuesta de Roosevelt, muchos años después, a su pregunta de si el fracaso de la Sociedad de las Naciones fue debido a la impotencia de Wilson o a la de América[30].

Ha sido preciso relatar con algún detalle la gran empresa de Wilson porque su idea de una organización internacional para el mantenimiento de la paz resurge como esperanza del mundo, después de veinticinco años de soterramiento. Hay fracasos aparentes, debidos tan solo a que «todavía era pronto», como dijo Wilson de su proyecto. De sus catorce puntos, solo uno triunfó con plena vigencia: la autodeterminación de los pueblos, tomada la palabra «pueblo» en un sentido casi exclusivamente étnico. Era un principio que ya había apuntado en el mismo fragor de la lucha de naciones y razas. No todos los pueblos, en dicha acepción, tuvieron después de la primera guerra mundial estados independientes, pero el nacimiento y recrudecimiento de los problemas de las «minorías nacionales», la multiplicación de los irredentismos y las críticas contra los tratados de paz que no respetaron concienzudamente las

[30] Emil Ludwig, *op. cit.* (N. del Ed.)

fronteras étnicas revelan que ese era uno de los principios ahincados en las mentes sobre lo que debía ser la nueva organización europea. Por obediencia a él se dividieron territorios de antiguos estados y se destrozaron grandes creaciones de la historia de Europa, edificadas por una sabia experiencia secular, para asegurar el equilibrio de sus partes más inestables.

El desmembramiento nacido de la aplicación de ese principio, combinado con el propósito de debilitar al enemigo e interponer estados tampones, ha producido conflictos más numerosos y graves que cuantos se querían evitar. El principio de autodeterminación, entonces triunfante, está hoy fracasado. En cambio, si por las nuevas germinaciones que asoman entre las ruinas de la guerra podemos entrever vagamente el porvenir, no será muy aventurado señalar como uno de los principios rectores del mundo futuro la cooperación internacional. Los distintos organismos ya creados o en proyecto para resolver problemas muy concretos de alimentación, sanidad, economía y transportes presagian la extensión de esa cooperación a otras muchas actividades, sin perderse en las nubes de la utopía. La idea no ha surgido de pronto en el cerebro de un pensador solitario en un país remoto a la guerra, sino lentamente, en la misma lucha, como fruto de la experiencia real y simple resultado de los hechos; tiene, pues, en su origen y aspecto todas las apariencias de las cosas que ya nacen arraigadas y con garantías de vida. Roosevelt, que absorbió esta idea en sus años juveniles, durante las ahora históricas conversaciones del *George Washington*, ha sido su primer paladín. Mas para darle realidad era preciso un político como él. Su respuesta a Ludwig es exacta.

La mayoría de los males que hoy aquejan al mundo nacen de que no está gobernado por políticos, sino por sistemáticos, cuando no por aprendices que tratan de compensar la falta de una experiencia lentamente adquirida o tradicionalmente heredada, por teorías mal aprendidas en folletos o surgidas de su caletre una buena mañana al tiempo de afeitarse. Los que nunca han gobernado y quieren gobernar se amparan bajo el cómodo concepto de *revolución*, que concede patente para hacer cualquiera cosa inmediatamente. Pero

revolución no hay más que una: la roja, y hasta la utilización de su nombre es un intento de aprovechar la aureola mágica que la palabra tiene para las masas. El sistemático construye un plan geométrico regido por la lógica más rigurosa, cuyas partes se enlazan y sostienen como los términos de un razonamiento. En él no consiente modificaciones que alterarían su armoniosa arquitectura o introducirían la contradicción en su seno. Con alguna variación en el suyo, Wilson hubiera conseguido la media docena de votos que impidió la ratificación del tratado, pero entonces su concepción hubiera perdido la unidad interior, la rectitud de sus líneas, la evidencia de sus principios. Mas la realidad que maneja el político no es unitaria ni lógica, sino multiforme y contradictoria y, en consecuencia, la política tiene que ser *empiric*, experimento. Hay que ensayar, probar, tantear, graduar, dosificar paulatinamente, abandonando, si es preciso, la idea preconcebida o encaminándola a la meta por largos rodeos y lentos caminos indirectos con todos los alabeamientos y todas las torceduras necesarias. A veces hay que aceptar la simultaneidad de dos principios contradictorios y hasta el principio de la inorganización, de ningún principio, en algunas esferas.

Por esta razón son, en general, los anglosajones los mejores políticos, porque, como revela su ciencia, su filosofía y hasta sus teorías sobre la lógica, son empíricos y experimentales. Berkeley, Hume, Locke, Stuart Mill no me parece que defienden el empirismo tanto como una verdad metafísica que como una actitud conveniente y razonable del espíritu, tratando de dar una base filosófica a un rasgo del carácter inglés que se ha mostrado sumamente fructuoso en la vida. He aquí un ejemplo típico de esta política: los planes ingleses para la construcción rápida de viviendas destinadas a remediar la escasez de hogares en el momento de la desmovilización. En otros países, el ministerio competente, después de aprobado el plano del arquitecto, habría construido las casas sin más trámites ni consultas, en todo caso nunca con los posibles inquilinos; a quien no le gustase la vivienda no le quedaría otra alternativa que renunciar a ella o aceptarla tal cual. El gobierno inglés, por el contrario, ordenó construir tres o cuatro casas conforme al modelo escogido para

exponerlas en diferentes ciudades a las observaciones del público; aún más: hizo vivir en ellas a otras tantas familias durante varias semanas. Solo después de esta larga experimentación y discusión se trazaron los planes definitivos. En realidad, la diferencia estriba en creerse superior e infalible o creerse un hombre como cualquier otro. Cuando el inglés Aldous Huxley dice que la política es difícil porque no existen laboratorios experimentales para ella, no se da cuenta de que él mismo vive en uno de esos laboratorios.

Pero Wilson no era un político; su sistema no se plegaba elásticamente, no podía hacer más que romperse y caer con estrépito al suelo. Esta es otra diferencia con el político: un político de cierto rango jamás fracasa por entero. ¿Qué significa el gesto «brutal» de Roosevelt en la entrevista con Ludwig? ¿Acaso la repudiación total de Wilson y su obra? En modo alguno; si en él latía alguna indignación contra Wilson, era a fuerza de amor y adoración. Cuando en la Convención democrática de 1920, el presidente de la asamblea, Cummings, descubrió un gran retrato del presidente enfermo, fue Roosevelt quien arrebató en una lucha cuerpo a cuerpo el estandarte de la delegación de Nueva York, que se negaba a desfilar con las demás ante la efigie y arrastró consigo a otros treinta delegados.

Woodrow Wilson era para Franklin el arquetipo de hombre superior, el límite ideal al cual, por mucho que nos acerquemos, nunca podemos llegar, porque la distancia más pequeña siempre será infinita. Y sin embargo, aquel hombre superior había sido absolutamente impotente por su obstinación y su rígido sistematismo. Desesperaba a Franklin que las mejores ideas fracasaran inexorablemente en sus manos y que aquel magno proyecto de la Sociedad de las Naciones, desnaturalizado en Europa y rechazado en los Estados Unidos, hubiera quedado desacreditado tal vez para siempre. ¿En qué otra ocasión podría resucitar con la misma aureola de entusiasmo que lo acogió en su amanecer? ¿No era indignante que el espíritu de Wilson estuviera constituido de tal modo que por la misma causa que concebía las grandes ideas, las frustraba inmediatamente? ¿Por qué había de ser al mismo tiempo fecundo y esterilizador? En algún sitio dice Nietzsche: «Más de una vez me he vuelto hacia las cosas

más bellas del mundo que no sabían retenerme, y les he lanzado una mirada llena de furor porque no sabían retenerme». ¡Cuántas veces nos hemos vuelto hacia los espíritus más elevados del mundo que no sabían realizar sus ideas y les hemos lanzado una mirada llena de furor porque no sabían realizarlas! Es el furor que mueve el insólito gesto «brutal» de Roosevelt.

Muchos errores cometió Wilson en su plan de la Liga de Naciones. Conforme a su principio de no empleo de la fuerza, la Liga quedó desprovista de instrumento militar contra las naciones agresoras. Wilson creía que bastaban los debates públicos en una organización internacional de la paz. Como concesión máxima, se avino a que, en caso de agresión, el Consejo de la Liga «recomendase» a los estados miembros la adopción de medidas militares. Por su principio de sumo respeto a las opiniones minoritarias, los acuerdos habían de ser tomados por unanimidad, lo que en la práctica impedía toda decisión importante. Pero el error más grave consistió en injertar la Liga de las Naciones en el tratado de paz, no solo porque, de esta suerte –como ha escrito George Murray–, «una organización que se proponía mantener la paz durante siglos quedaba sujeta a un instrumento que, en muchos aspectos, tenía que ser modificado a los pocos años», sino principalmente porque el tratado de paz y el Pacto de la Liga perseguían finalidades heterogéneas: el tratado intentaba sacar las consecuencias de una cierta guerra ganada, mientras que el Pacto pretendía evitar toda guerra en cualquier tiempo y cualquier sitio. De la mezcla salió un híbrido de Wilson y Clemenceau, manchado de la fiereza del Tigre y del humanitarismo del profesor de Derecho. Por una parte, impidió a los aliados extraer todas las ventajas de su victoria; por otra, impidió la realización plena del pensamiento wilsoniano.

Muchos críticos atacaron la dureza del tratado, otros su blandura; ambos reproches se les pueden dirigir con plena razón. No fue aquella «la paz de justicia» ni «la paz de victoria», sino «la paz absurda». El tratado debió ser lo uno o lo otro; nunca una yuxtaposición mal soldada de ambas cosas. Si hubiera sido tal como soñaba Wilson, probablemente no habría estallado una nueva guerra

en mucho tiempo, pero si hubiera sido como Clemenceau pensó, es probable que Europa hubiera permanecido también en paz por un período igual. El tratado y el Pacto de la Liga se hicieron abortar mutuamente, sin realizarse ninguno. Cada uno tenía al lado lo que le desvirtuaba y desacreditaba. ¿Quién podía conceder fe a la Liga si iba emparejada con un tratado contrario en muchos puntos a lo que se llama «justicia internacional»? ¿Cómo podrían tener eficacia las cláusulas preventivas del tratado si el Pacto establecía la igualdad jurídica de vencedores y vencidos en el seno de la Liga?

Ahora, después de estas consideraciones, podemos comprender la rectificación que Roosevelt, el político, hace a Wilson, el sistemático. Tal vez estaba ya latente en su espíritu en la época de su entrevista con Ludwig, pero es en nuestros días cuando aparece patente. Roosevelt no adoptará el papel de árbitro; por el contrario, se sumirá en la guerra hasta el fondo como un verdadero participante. No paralizará el curso de la historia; dejará que la fuerza de los pueblos y de las ideas se contraste decisivamente en el «juicio de Dios», que la apelación a la última *ratio* termine en sentencia firme, que la guerra llegue a sus últimas consecuencias y que la potencia misteriosa que gobierna el mundo pronuncie su fallo y diga con claridad qué es lo que triunfa y cuáles son las ideas y las naciones rectoras del porvenir. Primero, la victoria militar total y absoluta y, solo después, la organización internacional de paz y seguridad como instrumento independiente, dotado de fuerza capaz de imponer sus decisiones.

En 1918 abortó la guerra, abortó la paz, abortó la Liga. Rossevelt no quería que esto volviese a ocurrir en 1945. Él estaba en posición y circunstancias semejantes a las de Wilson y era el *político* que entonces hubiera sido necesario.

XII. LA PARTE DEL DOLOR

La Fidelidad, sociedad de seguros

Derrotado el partido demócrata en toda la línea y barrido de la administración federal, Franklin se encontró de pronto, tras aquel período de máxima actividad en la Subsecretaría de Marina, sin ningún otro cargo oficial parlamentario o particular. Para no andar de vacío, como buque en lastre, por las calles de Nueva York, se marchó de cacería a Luisiana, pero era menester reanudar la vida profesional interrumpida diez años antes. Sus ingresos se reducían a unos miles de dólares al año, insuficientes para la educación de sus cinco hijos y el tren de vida que exigía su apellido y su propia fama. Pero sin su amigo Van Lear Black acaso se hubiera visto obligado a recluirse en *Hyde Park* en una existencia pueblerina que ha constituido siempre para Roosevelt ese polo contrario, centro de pasajeras nostalgias, que tiene toda vida para descanso imaginario de sus afanes reales. Cuando en las últimas elecciones de 1944 el presidente Franklin D. Roosevelt se declaró «arboricultor» al entregar su papeleta, revelaba la tranquila profesión soñada entre los angustiosos quehaceres de gobierno.

Van Lear Black llevaba numerosos asuntos tan dispares como un periódico, *The Baltimore Sun*, y una sociedad de seguros y depósitos, The Fidelity and Deposit Company, que había cogido renqueantes

y decrépitas. Justamente su arte y su negocio consistía en resucitar empresas moribundas. No era banquero ni periodista, ni ninguna otra cosa determinada, pero entre sus méritos figuraba el acierto en escoger los hombres más aptos para dirigir sus compañías. En concepto de tal colocó a Roosevelt en la vicepresidencia de su Sociedad de Seguros La Fidelidad. Franklin no era banquero, sino abogado y, como hemos visto, tampoco un gran abogado, pero su inteligencia, asiduidad y sentimiento del deber suplían la falta de verdadera afición a los negocios y a las leyes. Por este camino hubiera podido ser un *businessman* y retirarse algún día a una vejez tranquila a orillas del río ancestral. La suerte sonreía al afortunado Franklin por cualquier camino que emprendiese. Era abogado y banquero; había sido nombrado administrador de la Universidad de Harvard. Todos estos cargos, unidos a su fortuna, su apellido y sus amistades, constituían lo que se llama una posición social elevada. Podría haberse mantenido en ella sin arriesgarse a nuevas aventuras políticas, pero había mordido «el limón amargo del ideal», y no consideraba su situación más que como etapa provisional, juego deportivo en el cual, sin embargo, debía poner la mayor suma de habilidad, interés y esfuerzo por el simple placer de triunfar también en esta esfera. Y en efecto, con Franklin al frente, la sociedad de seguros fue recobrando su antigua prosperidad y él, por su parte, ganaría en su nuevo puesto más dinero que antes en toda su vida.

La lucha contra la muerte

Pero a este hombre feliz no le ahorraría el destino la parte congrua de dolor reservada a todo mortal. La desgracia no podía atacarle en forma de pobreza, derrota o fracaso; por eso le hirió en su propio cuerpo. Fue precisamente en el verano más alegre de su vida, durante el reposo de unas vacaciones bien ganadas, después de diez años de fatigosos quehaceres en el servicio público, en la posesión familiar de la isla de Campobello. Acompañado de su ya inseparable Howe, nadaba en las templadas aguas del lago Glen Severn, cercano a la casa; gobernaba un pequeño balandro, el *Virev*; paseaba por el campo, recorría las rocas de la costa, pescaba en la bahía de Fundy.

En una de estas partidas de pesca se cayó al agua. «Nunca he sentido -contó después– tanto frío en mi vida. No estaba completamente sumergido, porque me había agarrado a la borda y, sin embargo, me pareció que el frío del agua me paralizaba. Acaso era debido al contraste con el calor del sol y de la máquina del barco. Al día siguiente, al desembarcar, nos vimos envueltos en una humareda azul que olía a retamas quemadas. Había un incendio en un bosque cercano. Nos dedicamos a extinguir el fuego, que no pudimos dominar hasta entrada la tarde. Estábamos ahumados, con los ojos hinchados, los pies abrasados, rendidos. Nos lanzamos al estanque para refrescar y después, en traje de baño, corrimos a lo largo del camino polvoriento y caluroso, hasta la casa. Durante la carrera no sentí el calor, la reacción que esperaba. Yo corría y corría sin lograr que desapareciese el escalofrío interior. Al llegar a la casa encontré el correo con cartas y periódicos de varios días, y en lugar de vestirme, me senté en el porche a leerlos. En mi vida me había sentido tan fatigado».

Como continuase la tiritona, se metió en la cama. Al día siguiente, la pierna izquierda se negaba a obedecer; en un esfuerzo logró ponerse de pie y afeitarse, convencido de que se trataba de una simple debilidad muscular que el movimiento corregiría. Pero también la otra pierna flaqueaba. Tres días después ambos miembros estaban completamente paralizados. El médico del pueblo no sabía qué hacer: Howe y Leonor temían que fuera un ataque de poliomielitis, la terrible parálisis infantil que cundía en Nueva York. El doctor Keen, primero, y el especialista Lovett, de Boston, después, confirmaron este diagnóstico.

Durante muchos días de aquel mes de agosto, Franklin estuvo luchando con la muerte, que ascendía lentamente desde sus piernas, inmovilizando músculo tras músculo. Al fin, la terrible marcha del frío paralizador se detuvo cuando ya había comenzado a invadir los brazos.

Howe, como periodista que era, supo desorientar a sus colegas para que no lanzaran al público una noticia tan sensacional por la

categoría del enfermo como por la enfermedad, insólita en personas mayores. Temía, con razón, que perjudicase la carrera política de su amigo, porque entonces se creía que la dolencia lesionaba el cerebro de sus víctimas. Cuando el médico permitió llevar el enfermo a Nueva York, Howe le trasladó en el coche de un amigo desde la casa al puertecillo de la isla, cruzaron la bahía en una canoa automóvil y con el mayor secreto Franklin fue transportado al tren que le condujo, con las cortinillas del departamento echadas, a Nueva York. En una ambulancia llegó al Hospital Presbiteriano, donde estuvo hasta Navidad.

Dos amores en guerra

Entonces la poliomielitis era una enfermedad mal conocida y peor tratada. Pretendía combatirse la parálisis por la inmovilidad, y el resultado solía ser una atrofia muscular ya irremediable. Por la experiencia de los casos anteriores, podía pronosticarse que Franklin pasaría el resto de su vida inválido en una silla de ruedas o en la cama. Para los que supieron la verdad, Roosevelt era hombre al agua, irremisiblemente perdido, cuya carrera había quedado cortada en su brillante iniciación. No había ya que ocuparse de él. Lo mismo pensaba su madre Sara. Sus instintos maternales, profundos, pero ciegos, se habían reavivado a la vista del hijo desvalido, y con esa propensión de las madres a amar tanto más a sus hijos cuanto más desgraciados los ven, que a veces se invierte, para quererlos infelices, a fin de amarlos más, creía protegerlo ofreciéndole una existencia tranquila, retirada, a cubierto de disgustos y trabajos, rodeado del cariño familiar.

A ello se negaron terminantemente dos personas: Leonor y Howe. Ambos se resistían a la idea de que su ídolo tuviera que renunciar a su magnífico porvenir. Era preciso combatir la forzada inmovilidad que amenazaba embotar aquella inteligencia, rodearle de la agitación que había perdido, suscitar en él deseos, aficiones, incluso ambiciones, mantener su alma en continua actividad. Ambos, Howe y Leonor, declararon la guerra al entumecimiento.

La primera batalla fue contra la compasión maternal de Sara, que pedía sosiego y quietud para su hijo. Quería llevárselo al campo, pero Leonor y Howe se negaron, porque era el enterramiento en vida. Por el contrario, Franklin debía permanecer en Nueva York, en la gran urbe agitada y nerviosa del tráfico y del ruido, potenciación de la idea de ciudad donde, como dice Paul Morand[31], no hay más seres inmóviles que los gatos y los muertos, y estos –añadimos– por muy poco tiempo, porque, con una prisa frenética por hacer desaparecer esta expresión suprema de la quietud y esta imagen del inexorable destino humano, se les lleva en los más veloces automóviles a los hornos crematorios para reducirlos en seguida a impalpables cenizas.

Penoso fue para Leonor luchar contra el amor infinito de la madre, tanto más cuanto que ella sentía también despertarse la misma compasión a la vista del tullido. Su lucha contra Sara era también una lucha contra sí misma. Más de una vez estuvo a punto de ceder a la dulzura de ese sentimiento que complace tanto a quien lo experimenta como a quien lo recibe, pero se mantuvo fuerte contra esa propensión falsamente caritativa. Solo un día su firmeza se quebró; lloró desesperadamente horas enteras en un cuarto apartado, sin atender a ninguna solicitud de su suegra, sus hijos y Howe, pero se recobró y nunca más volvió a verter una lágrima.

La porfía entre las dos mujeres fue dura, por tratarse de dos sentimientos igualmente poderosos: la compasión de la madre, que quiere recoger de nuevo al hijo desgraciado en su caliente regazo como en la niñez, y el amor de la esposa que trata de lanzarle nuevamente a la vida. Leonor, con suma energía e infinito tacto a la vez, logró vencer. Si al principio hubo alguna animosidad entre las dos mujeres, acabó por dejar paso a una mutua admiración; cada una de ellas comprendía lo que la otra había contribuido al bienestar del enfermo, a la recuperación de su actividad; en realidad, Franklin necesitaba a las dos.

[31] Paul Morand, *New York*, Paris, Flammarion, 1930. (N. del Ed.)

Howe, el gnomo romántico

Leonor contaba con un precioso auxiliar en Luis Howe. Desde los tiempos de Albany, Howe no se separaba de Franklin. Había sido su secretario particular en la Subsecretaría de Marina, y cuando Franklin cayó enfermo estaba en Campobello en espera de incorporarse a su nuevo destino. Al conocer la gravedad del mal, dimitió por telégrafo, resuelto a consagrar por entero su existencia al amigo enfermo y ser en adelante sus brazos y sus piernas. Nunca fue otra cosa hasta el fin de su vida; desde entonces siempre vivió tabique por medio de Franklin. A su muerte, quince años después, ambos habitaban la Casa Blanca. Su ídolo había cumplido sus sueños; Franklin era presidente de los Estados Unidos. Alguien preguntó a Roosevelt, después de su primera elección: «¿No había pensado usted antes de ahora en ser presidente de los Estados Unidos?». «Nunca –contestó–; yo nunca, pero Howe siempre, desde el primer día».

Howe había fracasado en su vida por dos razones: su romanticismo exagerado y su figura. Era casi enano, feo hasta el horror, de rostro irregular, como hecho a trozos mal desbastados y peor ensamblados; con grandes bolsas, más bien sacos de lágrimas, bajo los ojos, y unas orejas deformes, descomunales. En esta cara monstruosa solo atraían los ojos, grandes, profundos, dulces, que parecían estar pidiendo compasión y olvido para el marco en que se les había colocado, como si le hubieran metido en un cuerpo ajeno, semejante a uno de esos animales blandos que se guarecen en el duro cascarón que otros han dejado hueco. Pero aquel enano era como el gnomo de los cuentos que en el secreto de su galería subterránea forja una magnífica corona; esta áurea corona era la presidencia para Roosevelt.

En el fracaso de su vida no experimentó el resentimiento de los hombres frustrados hacia los triunfadores. Por el contrario, Franklin, joven brillante, inteligente, se le apareció como el hombre que podía llegar a ser todo lo que él no había sido. Al ver inválido a su amigo, este sueño se derrumbaba también. Había que impedirlo

a toda costa, sacrificar su propia vida a aquel «otro yo» que una simple dolencia física amenazaba. Howe fue al lado del enfermo un profesor de gimnasia y de optimismo. Hizo, sin parecerlo, de Emerson, Smiles, James; de todos los filósofos americanos que han predicado la confianza en sí mismo. Fue el exorcizador, el chamán que con su zumbador ahuyenta los malos espíritus, el principal colaborador de aquella sorprendente curación por el espíritu. Único amigo de Franklin en su desgracia, suplía por sí solo a todos los que le habían abandonado. Con él al lado de su cama, Franklin se sentía como un hombre sano que charla con un amigo antes de levantarse.

«Howe y yo –ha contado Leonor– tratábamos siempre a Franklin como al hombre perfectamente normal que también él pretendía ser para nosotros y jamás le insinuamos que sobrestimaba sus fuerzas. Un día que expresó el deseo de ir al sur –creo que fue durante el primer invierno de su enfermedad–, le dije que sería más fácil el viaje en barco que en ferrocarril. Fue la única vez en que aludí al hecho de que no era exactamente como antes. Por otra parte, él nunca dijo que no podía andar». Howe ni siquiera se abstuvo de su costumbre de fumar incesantemente en la habitación del enfermo, para no darle la impresión de un cuarto de sanatorio. Muchas veces la risa de los dos amigos llenaba la habitación; charlaban sin cesar de política, con gran indignación de Sara, que la aborrecía y parecía preferir que su hijo reconcentrase exclusivamente su pensamiento en la gravedad de su estado. Pero la política era el aliento vital de Franklin.

Muchas veces se dijo después que en estos largos días Howe había estado manipulando la excelente primera materia política que había en su amigo, adiestrándolo en todos los recursos y ardides de la política, que conocía a fondo, para soltarle en la arena política llegada la ocasión oportuna. Franklin era –se decía– su cachorro, su potro, aludiendo también a la figura de *jockey* de Howe, que había sido cronista de carreras de caballos en sus primeros tiempos de periodista. Pero estos son cuentos y chismes; Franklin, político nato, no necesitaba maestros en la asignatura. Howe no hacía más

que mantener a flote el alma de su amigo en el fluido que mejor podía sostenerlo.

Leonor entra en la política

No bastaba, sin embargo; la larga enfermedad amenazaba con aislar al enfermo del mundo exterior, cortar sus relaciones sociales y políticas, dejarle rezagado en la evolución política del país con un retraso que no podría compensar ya nunca más. Era preciso que el mundo exterior entrase en la habitación del enfermo y que, a su vez, el enfermo estuviera en el mundo a modo de una presencia invisible y constante. Howe y Leonor se encargaron de la tarea. Con toda deliberación, Leonor comenzó a interesarse en la política. Antes de la enfermedad de su marido, había aprendido taquigrafía y mecanografía e ingresado en la New York State League of Women Voters (Liga de las Electoras del estado de Nueva York). Después fue presidenta de la Comisión administrativa de la Sección Femenina del partido demócrata, llevaba las cuentas, pronunciaba discursos en los viajes de propaganda y a través de la League of Women Voter, la Consunmer's League y la Women's Trade Union League mantuvo las relaciones de Franklin con las grandes y pequeñas personalidades del partido.

De esta suerte, Roosevelt no sintió nunca ese vacío cada vez mayor que revela el alejamiento y abandono creciente. Por el contrario, a su lecho llegaban más cartas, recibía más recados y consultas y mantenía más amistades que nunca. De esta época data la gran transformación de Leonor. La mujer tímida, imaginativa, reconcentrada, se fue convirtiendo, por amor a su marido, en un temperamento dinámico dado por completo a la acción exterior. Escribía artículos en favor de la higienización de las viviendas obreras y de la disminución de las horas de trabajo, publicaba un diario feminista. El apellido Roosevelt sonaba; no sería olvidado. ¡Qué sorpresa para su abuela hubiera sido ver en la tribuna de un mitin a aquella pequeña «Nell» que se mordía las uñas silenciosa en un rincón!

Pero el principal autor del milagro fue el propio Franklin. Toda su fuerza de voluntad, energía y confianza en sí mismo se concentraron en el pensamiento de su curación. Cuando conoció el diagnóstico, dijo: «Sería ridículo que un hombre hecho y derecho no pudiera superar una enfermedad infantil; yo venceré esta cosa». Esta resolución era ya el principio de la salud.

¿Recordó acaso que uno de sus antepasados había derrotado la misma enfermedad? Es una historia romántica que, como no podía ser por menos en los Estados Unidos, se liga con el dinero. James H. Roosevelt, nacido en 1800, se había enamorado de Julia María Boardman, pero la novia se negó al matrimonio hasta que él acabase sus estudios de leyes y entrara en el foro. Al terminar su carrera, James enfermó de parálisis infantil, y aunque la fortuna paternal le permitía una vida tranquila, no quiso rendirse a la enfermedad y se decidió a vivir activamente. Entró en el mundo de los negocios y aumentó largamente su fortuna, mantuvo sus antiguas amistades y extendió por todas partes sus relaciones sociales, sin quejarse jamás de su dolencia. Renunció al matrimonio, pero su amistad más íntima hasta su muerte, a los sesenta y tres años, fue su antigua novia, a la que nombró su ejecutoria testamentaria y dejó una renta anual de cuatro mil dólares. La mayor parte de su fortuna –un millón de dólares– quedó adscrita a la fundación de un hospital, el Hospital Roosevelt, que todavía hoy es uno de los mejores de Nueva York. Ambos ejemplos –la superación de la enfermedad por la energía y el optimismo y la conversión de una dolencia individual en servicio social– fueron seguidos, casi un siglo después, por otro Roosevelt. En 1921, el tratamiento de la poliomielitis era tan duro como largo. Por espacio de varios años el enfermo había de estar sometido a un tormento continuo que solo algunos niños, bajo la vigilancia constante y la imposición autoritaria de los padres, llegaban a soportar. Difícil era que un hombre maduro se sujetara a un régimen que solo podía compararse al potro de tormento. «Es precisa una lucha de cada día, de cada hora –dijo el médico–, pero pocos enfermos poseen la suficiente energía». «*All right* –respondió

Franklin, con la optimista frase más usada por los anglosajones, aun en las situaciones más tremendas–; ¿cuándo comenzamos el tratamiento?»

El dedo de pie

Durante muchas horas al día Franklin se esforzaba en devolver la vida a sus miembros paralizados. Durante muchas horas trataba de enviar la voz de mando a las lejanías inmóviles de su cuerpo. No se desesperaba, sin embargo, de que, por espacio de muchas semanas, las órdenes quedasen sin respuesta; estaba seguro de que el espíritu acabaría por triunfar de la pesada inercia de la materia. Al fin, un día percibió un ligero signo de asentimiento en el último extremo de un pie. Fue la impresión de quien llama a un buque perdido en la inmensidad y recibe en su aparato el balbuceo de un Morse: dos líneas y un punto, acaso un punto solo, que tarda mucho tiempo en repetirse, hasta que al cabo la señal llega completa. Y cuando ya logró que ese átomo terminal se pusiera en movimiento, continuaba la excitación con el siguiente y después con el otro, hasta enlazarlos, hasta conseguir que se contrajera apenas perceptiblemente todo un dedo. Era la recomposición gradual y sintética del movimiento, átomo tras átomo de cada nervio y cada músculo. Esta lentitud hubiera desesperado a otro, no a Franklin el optimista, que no consideraba lo que aún le faltaba, sino los progresos ya hechos, anuncio de otros posteriores. «No puedes imaginarte –decía a su amigo– qué enorme placer siento al poder menear nada más que un poco el dedo gordo de un pie».

Tenía que ser, en efecto, una delicia sentir el fluido de la voluntad seguir el conducto, ya limpio de escorias, y llegar a ese pequeño punto otra vez sensibilizado. Después de los dedos fue el pie entero; más tarde el otro, después las piernas. Franklin percibía el paulatino robustecimiento del débil hilillo que enlazaba su cerebro con sus extremidades, la reparación de las cadenas rotas, el establecimiento de relaciones simplicísimas que luego se entrecruzaban para volver a la complejidad anterior. Era un curso de anatomía y fisiología

nerviosa y muscular que progresaba de lo más sencillo y elemental a lo más complicado.

Howe permanecía de continuo al lado del lecho. Muchas noches el lancinante dolor medular, que parece raer el tuétano de los huesos, atormentaba al enfermo; entonces Howe leía incansablemente para distraer su espíritu de las miserias del cuerpo, como un curandero de la «Christian Science», esa secta médico–religiosa de Norteamérica para la cual la creencia en la enfermedad es solo un error nacido de groseras apariencias; doctrina extraña que, sin embargo, obtiene éxitos curativos asombrosos, únicamente posibles en pueblos como el norteamericano, henchido de optimismo, energía y confianza en sí, y que, por absurdo que parezca, es un síntoma de esta mentalidad como pueda serlo la fabricación intensiva de automóviles.

La experiencia del dolor

Grandes mudanzas trajo la enfermedad a la vida de Roosevelt. Ahora su dinamismo había de contenerse en los límites de su cuarto; ahora, sin reuniones, clubs o viajes, tenía tiempo para todo, para leer, reflexionar, estudiar, planear. Su actividad tenía que ser ya toda mental. Leía incansablemente historia de su país, historia política internacional, historia de las grandes potencias navales del mundo. De este retiro había de volver con una enorme ventaja sobre sus posibles contrincantes, entregados casi por entero a la acción exterior. A sus dotes innatas de energía, constancia y realismo práctico se uniría en adelante un utillaje intelectual que faltaba a los demás y un alejamiento que le permitiría una visión más clara y elevada de las situaciones. Su encierro le servirá para adquirir una superioridad mental incontestable, reconocida y consagrada en cuatro elecciones consecutivas.

No fue ese, sin embargo, el único cambio ni el más profundo. Hasta entonces había sido el *play–boy*, como se le llamaba, el muchacho alegre, el hombre afortunado, invulnerable a la miseria y a la desgracia. Su vida había transcurrido exenta de penas y amarguras,

como la de los dioses olímpicos. Sus intervenciones en la vida de los demás hombres semejaban descensos clementes desde el Empíreo a este planeta sublunar. Le faltaba todavía la experiencia del dolor, eso que, según frase del escultor Rodin, es lo que da modelado y profundidad al mundo. En su frente no se veía la sien hundida de las cavilaciones ni la arruga de la desesperanza por la cual los hombres se distinguen de los dioses, de piel tersa y bruñida. Ahora se encontraba sujeto a la enfermedad y la desgracia, lejos de sus antiguos compañeros, los afortunados de la tierra, colega de los desvalidos, tullidos y compadecidos. Muchas veces su procedencia aristocrática, su desahogo económico y hasta su buena facha física habían servido de objeciones contra su ascensión política, pero ahora figuraba entre esa legión lamentable de inválidos y amputados que humillan su cabeza, como para una decapitación, entre los hombros, levantados por las muletas y tirando de su cuerpo, como de un fardo ajeno, renovando a cada paso el tormento de Sísifo.

Recordaba sus paseos a caballo con su padre, sus exhibiciones de buen jinete en las ferias del «Dutchess Comty», su gran salto en el colegio de Groton, la excursión en bicicleta por la Selva Negra, sus ágiles maniobras en el balandro, la ascensión por las escalas de cuerda de los torpederos. Aquello que antes hacía sin darse cuenta, se le aparecía ahora como la felicidad suma. Ahora lo haría, con toda conciencia, paladeando lentamente el placer de mover uno tras otro todos los músculos y sentir funcionar los tensores, los retractores, los compensadores, toda esa mecánica, tan complicada y sencilla a la vez, del movimiento corporal. De su existencia serena y soleada, como un buen tiempo fijo, se veía caído súbitamente en un mundo lívido y angustiado. Hasta entonces nunca había experimentado esa sensación fundamental humana de haber sido arrojado sin saber por qué a la vida. ¿Por qué?, se habrá preguntado muchas veces, aunque nunca ha hablado de sus amarguras. Pero no era hombre para ensimismarse en tales preguntas existenciales; pronto vio que si no había un *porqué*, en cambio había un *para qué*, que ya implicaba una norma de acción útil. Nada puede darnos idea más clara del cambio sufrido por Roosevelt que la respuesta de su mujer a la pregunta más brutal que se le podría formular. «¿No cree usted –preguntó a Leonor

un periodista en vísperas de las últimas elecciones– que la parálisis infantil afectó en cierto grado a la mentalidad de su marido?» «Sí –contestó Leonor–; pero no en cierto grado, sino en grado máximo; la enfermedad le ha hecho simpatizar profundamente con todos los que sufren y padecen».

Al abandonar el hospital no quiso pasar una temporada en el campo, como le aconsejaba su madre, sino que marchó directamente a su casa de la calle 65. En la primavera estaba tan mejorado que podía echarse al suelo para jugar a los caballitos con sus hijos. Antes de cumplirse el año del ataque pudo dejar la silla de ruedas y andar con muletas. Pasada la fase aguda de la enfermedad, Franklin se había creído obligado a presentar la dimisión de su cargo en la sociedad de seguros, pero su amigo Black la rechazó, pensando, con razón, que encerrado en su despacho, desarrollaría más labor que cuando podía andar a su agrado por todas partes. En efecto, al volver a la oficina trabajó muchas horas por día sentado a su mesa, que desde entonces ha sido siempre la mesa-mundo, con todas las cosas a mano que puede necesitar un hombre eminentemente activo e incapaz de moverse con soltura. Más tarde se asociaría con otro abogado, Basil O'Connor, para llevar un bufete en común en el mismo edificio donde estaba su otro despacho. Con ambas ocupaciones, Franklin trabajaba desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde como un hombre normal. Ya en el retiro de su despacho retemblaba de impaciencia al contemplar la corrupción política del período presidencial Harding-Coolidge, pero aún no se encontraba con fuerzas suficientes para lanzarse a la lucha, a pesar de los progresos de su curación en manos del doctor Lovett, el primero que introdujo en el tratamiento de la parálisis infantil las aplicaciones de agua tibia, los masajes y los ejercicios musculares progresivos.

El ensalmador de Warm Springs

Un día, a principios de 1924, Franklin se enteró, por Peabody, de que un joven ingeniero, víctima también de la poliomielitis, había mejorado en tal forma en los baños termales de Warm Springs

(Georgia) que a los pocos meses de tratamiento podía caminar sin más apoyo que un bastón. Franklin fue a Warm Springs. Por un tenaz entrenamiento aprendió otra vez a nadar como quien recuerda una lengua olvidada; el agua caliente y densa, cargada de sales, quitaba a sus miembros su pesadez y entumecimiento, le sostenía a flote en un estado de maravillosa ligereza; era como el pez, torpe en tierra y ágil en el mar. Todos los días, durante varias horas, se libertaba de su propia carga, retozaba como un tritón en el agua, olvidado de sus males. Aquel ejercicio continuado desarrollaba su pecho hasta darle esa anchura atlética de hombros que vemos en sus retratos; en seis semanas adelantó más que en los tres años anteriores y pronto pudo marchar ayudado solamente de dos bastones.

Un periodista escribió un artículo sobre las virtudes curativas de las aguas de Warm Springs demostradas en el caso de Roosevelt. A la temporada siguiente Franklin encontró el balneario lleno de enfermos que acudían a su lado como si fuera un prodigio viviente. Pero Warm Springs no estaba acondicionado para alojar aquel gentío. Para los pobres resultaba caro, para los ricos no había comodidades, y para todos faltaba la debida asistencia médica. El propio Franklin tenía que ayudar a los enfermeros a dar masajes, enseñaba a los enfermos los ejercicios musculares, los sostenía en el agua durante sus primeros ensayos de natación, alentaba sus esperanzas de curación. Como a la puerta de un santón milagroso, todas las mañanas manos anónimas depositaban en el rellano de su escalera cestas de fresas, miel, pequeñas obras de madera y otros humildes presentes a modo de ofrendas votivas. A su cuarto acudían los enfermos y sus familias para darle las gracias o simplemente escuchar su palabra animosa.

Fue entonces cuando comprendió el *para qué* de su enfermedad. Su dolencia era una manifestación del dolor universal; tenía también que convertir su curación personal en un beneficio general. Con Tom Loyless, el primero que descubrió las cualidades terapéuticas de Warm Springs, y Peabody, trazó un plan para la ampliación y mejora del balneario. Loyless enfermó gravemente, y para que no perdiese su puesto de redactor en un periódico de Macon,

Roosevelt escribió sus artículos hasta su muerte. Franklin inició una suscripción para constituir la «Warm Springs Foundation», empleó en ella la mitad de su fortuna, adquirió una gran extensión de terreno, dotó al balneario de alojamientos cómodos y baratos y personal médico especializado, y él mismo construyó, para sus estancias en las termas, la «Litle White House», la «Casita Blanca», que algunos periodistas maldicientes llamaron después «el sueño de Franklin», como si ya por aquellas fechas alimentase el proyecto de ser algún día el inquilino principal de la verdadera Casa Blanca. En ella moriría; allí entró en el sueño final. Siete años después, en una nueva epidemia de poliomielitis, cuando los investigadores necesitaron sangre de enfermos curados de parálisis infantil para ensayar un nuevo suero, Roosevelt fue el primero en ofrecer la suya, y ya presidente, instituyó los «birthday balls», los «bailes del cumpleaños» del presidente, cuyos ingresos se destinan a acrecentar el capital de la Fundación, una de las obras benéficas favoritas de América, «a la cual –dice Schriftgiesser–, aun aquellos que palidecen al oír el apellido de *ese hombre de la Casa Blanca*, han donado grandes sumas de dinero»[32].

Warm Springs fue, como dice su madre, «el segundo hogar» de Franklin. Durante muchos años Roosevelt no dejó de pasar algunas semanas en el balneario. Él era la fuerza psíquica que parecía prestar al agua maravillosas propiedades radioactivas. «Un singular espíritu de camaradería y emulación –ha dicho– reina aquí entre los enfermos, que compiten a quién curará primero. El espíritu del lugar tiene una influencia extraordinaria en los progresos de la salud. Cuando los enfermos llegan aquí es después de algunos años de una especie de infancia impotente, liados en vendajes y enyesados. Aquí encuentran otras gentes semejantes a ellos y comprenden mejor su caso. El factor psíquico desempeña el principal papel en su mejoría». Cuando, en 1933, en la gran catástrofe económica de su país, tomó posesión de la Casa Blanca, Franklin fue también el ensalmador. «Lo único que tenemos que temer es el temor mismo», dijo a la nación como si se dirigiese a los enfermos de Warm Springs.

[32] Karl Schriftgiesser, *op. cit.* (N. del Ed.)

Allí, de la fuente regeneradora de Georgia, como de la de Castalia, salió otro hombre con las huellas de un dolor sublimado en misión de salud y felicidad.

XIII. *PROSPERITY*

Coolidge, el misterioso

El 2 de agosto de 1923 había muerto el presidente Harding. Automáticamente, conforme a la Constitución de los Estados Unidos, subió a la jefatura del Estado el vicepresidente, Calvino Coolidge. Era un hombre frío y rígido, enigmático bajo su rostro imperturbable de puritano. Esta apariencia de esfinge podía ocultar lo mismo un sabio amante del silencio, como los brahmanes indios, que un hombre vacío de ideas. Por esta razón, un periodista le dedicó una semblanza con este título: *El gran misterio de Coolidge*. Una señora, después de hablar mucho rato ante él –no podría decirse que con él– terminó: «Y ahora, dígame su opinión; he apostado con unas amigas hacerle pronunciar más de tres palabras». «*You have lost*» (Ha perdido usted), fue toda la respuesta del presidente[33].

Su mujer le preguntaba una mañana si le había gustado el sermón que acababa de oír en la iglesia. «Sí; mucho». «¿De qué ha hablado el predicador?» «De Dios y del diablo». «¿Y qué dijo?», insistió ella. «Dijo que Dios era muy bueno y el diablo muy malo», concluyó Coolidge, y se sumió en su desayuno.

[33] La anécdota aparece en el vigésimo capítulo del libro de André Siegfried *Les Ètats-Unis d'aujourd'hui* (cit.). Siegfried la toma del artículo de Bruce Blixen «The Great Coolidge Mystery», publicado en 1925 en la *Harpers Magazine*. (N. del Ed.)

Sin embargo, este hombre era la encarnación más popular del ideal americano del bienestar material, enemigo de la política, aislacionista y hostil al extranjero, descendiente y trasunto fiel de los puritanos más intransigentes entre los fundadores del país. Harding y Coolidge habían sido elegidos a los gritos de «¡Normalidad! ¡Prosperidad! ¡Abajo el idealismo huero!», y los Estados Unidos, después del decepcionante fracaso de Wilson en Europa, se habían vuelto a encerrar en una vida puramente económica, sin otra meta que el bienestar individual. Frank Bohn resume así el estado de espíritu de los norteamericanos en un artículo escrito en aquella época: «Somos el pueblo más grande de la tierra. Tenemos el gobierno mejor. Nosotros, los protestantes, estamos en lo cierto en cuanto a creencias y prácticas religiosas. Somos el pueblo más sabio; en la política, el más libre; en lo social, el más avanzado»[34]. Creían que ya no necesitaban más progreso y evolución en ninguno de los órdenes: social, político y religioso; que en el social, con su fórmula «oportunidades (*chances*) para todos», habían superado a los demás países del mundo; que en el político ya lo tenían todo hecho con la Constitución, y en el religioso con la lectura de la Biblia. No había por qué afanarse en otra esfera que la económica para alcanzar también el máximo de felicidad material. Había llegado la edad de oro.

Puede haber cierta espiritualidad en la acción humana de volverse exclusivamente hacia las cosas para dominarlas, multiplicarlas y ofrecerlas. Esa renuncia a la espiritualidad es también una forma de ascetismo; el bienestar puede ser un ideal, cuando se creen satisfechos todos los demás de orden más elevado. Pero ese ideal se encerró entonces en sí mismo, como si fuera propiedad exclusiva, no ya de los americanos, sino de los puritanos protestantes de raza anglosajona. Es la época en que se limita la inmigración a un total de ciento cincuenta mil personas –un millón anual antes de 1914–, en que el Ku-Klux-Klan (Círculo Cerrado) exalta las virtudes raciales de los protestantes blancos contra los católicos, negros y judíos, y en que algunos estados prohíben la enseñanza y difusión de todas las doctrinas científicas que no se atuvieran rigurosamente a la letra de la Biblia.

[34] Frank Bohn, «The Ku Klux Klan Interpreted», *American Journal of Sociology*, XXX (January, 1925), pp. 385-407. (N. del Ed.)

Ku-Klux-Klan

En el Ku-Klux-Klan, que atemorizaba a los negros con sus cabalgatas de blancos encapuchados y sus linchamientos y combatía a los católicos con boicots y partidas de la porra, retoñaba la asociación del mismo nombre con que se defendieron los blancos del sur contra «las saturnalias» negras de la Reconstrucción, después de la guerra civil. Su vida fue efímera, pero, como ha escrito Frank Bohn, «el estado dominante de espíritu que se manifestó de modo tan extraño es un aspecto permanente de la vida nacional»[35]. El mismo Bohn cuenta que ante un conspicuo del Ku-Klux-Klan tuvo la impresión de hallarse frente a un puritano de los tiempos de Carlos I. Un periódico del Klan decía: «Queremos que gobierne el país aquella clase de hombres que lo fundaron originariamente; se trata de nuestro país, y solo nosotros somos responsables de su porvenir». Este exclusivismo late siempre en el fondo del pueblo norteamericano, aunque solo resurge a la superficie en determinados momentos. La guerra había revelado que la fusión de razas era todavía incompleta y en cualquier momento podría producirse la desintegración de sus elementos; era, pues, preciso el agrupamiento de los americanos de casta contra «los elementos malvados», los extranjeros alógenos. «La cruz de fuego avanza –decía uno de sus periódicos–; el Ku-Klux-Klan está abrasando esta gran nación lo mismo que el incendio purifica el bosque». Una mezcla de puritanismo religioso, americanismo racial, aislacionismo político y egoísmo económico confluía en este movimiento.

Producción *ad infinitum*

La guerra había impulsado el enorme desarrollo económico de los Estados Unidos, que después de una breve crisis, en 1921, reanudaban su avance a marchas forzadas. Este desarrollo estaba en potencia desde siempre, pero la guerra le abrió camino y aceleró el ritmo hasta convertir la dilatación normal en explosión. Estados Unidos se transformaron en país acreedor, sus reservas de oro

[35] *Ibid*. (N. del Ed.)

aumentaron en cerca de dos mil millones de dólares. Las industrias rendían mayores beneficios, se ampliaban muchas, nacían otras. La Federal Reserve Bank concedía a granel créditos que, desde veintiún mil millones en 1914, llegarían a cincuenta y ocho mil en 1929. Las restricciones en la inmigración disminuían la mano de obra y, de consiguiente, los salarios se elevaban sin cesar, lo que a su vez aumentaba la capacidad de compra de las grandes masas. El alza de salarios inducía a la maquinización y racionalización absoluta de las industrias, las fábricas sustituían el utillaje, todavía no amortizado, por otro más moderno y eficiente; la menor innovación técnica promovía un remozamiento completo de las instalaciones. Se producía cada vez más barato y en mayor cantidad.

Al mismo tiempo se habían puesto en explotación las últimas tierras incultas, subía el precio del suelo, los labradores veían en alza su capital y su poder adquisitivo, tomaban hipotecas para ampliar sus fincas, adquirían al contado o a crédito maquinaria que transformaba la técnica agrícola; producían en masa tipos estándar, a la manera de las fábricas y extraían el último jugo de la tierra hasta dejarla exhausta.

Toda la industria trabajaba intensamente en la producción de los bienes de uso que pedían los consumidores y de otros nuevos que jamás hubieran soñado. Para que subiera indefinidamente la producción había que crear nuevos consumidores, suscitar nuevas apetencias de cosas y galvanizar las ya embotadas mediante renovados estímulos cada vez más fuertes. Los norteamericanos se encontraron como bajo una ducha fría y caliente, bajo el chorro potente del reclamo. Las industrias gastaban más en anuncios que en la producción misma; el presupuesto total de anuncios sumaba dos mil doscientos cincuenta millones de dólares al año. Se prefería un buen anuncio a la mejora del artículo y el jefe de publicidad era más importante que el ingeniero. Laboratorios de psicología estudiaban científicamente cuál era el dibujo más incitante, la frase más eficaz, la fórmula más sugestiva. Desde entonces, el reclamo ha dado una nueva fisonomía a la cultura, como dice Teodoro Lüddecke[36]. El americano recibía todos

[36] Theodor Lüddecke, «Der neue Wirtschaftsgeist», en Jerome Davis, Theodor Lüddecke,

estos estímulos en un sencillo mecanismo psicológico y respondía automáticamente a ellos, esclavo de los anuncios de periódicos, revistas, carteles y letreros luminosos. El que ya tenía diez pares de zapatos se compraba el undécimo, el que poseía un automóvil aún sin pagar, adquiría otro si corría unos cuantos kilómetros más a la hora, incapaz de resistir el omnipotente mandato publicitario.

El automóvil, la maravilla de la técnica democratizada por Ford, es el símbolo de esta época. De 27.650.000 automóviles que existían en el mundo, 22.137.000 estaban en los Estados Unidos, uno por cada cinco habitantes; esto suponía que todo el mundo andaba en coche. Igual acontecía con otros aparatos domésticos. En receptores de radio se gastaban al año doscientos veinticinco millones de dólares; en máquinas de coser, cien millones, y cifras parecidas en cocinas eléctricas, frigoríficos, aspiradores de polvo, lavadores de platos y ropa, etc.

Para aumentar aún más el consumo se fomentaba la venta a plazos, que permitía a las masas disponer inmediatamente de bienes de uso y comodidad que nunca hubieran tenido por el sistema corriente de pago. Existía una verdadera organización, que, empezando en las cimas del Estado y pasando por la Federal Reserve Bank, terminaba en el tendero de la esquina, para fomentar, facilitar, aumentar y perpetuar las deudas. Había bancos que financiaban a los consumidores para favorecer sus compras. El noventa por ciento de las compras se hacían a crédito, y el total de estos créditos llegaría a muchos miles de millones de dólares.

Frenética especulación

Al mismo tiempo se desencadenaba el frenesí de la especulación. En tierras de cultivo, en terreno de los alrededores urbanos, en valores industriales. Siempre han sido los Estados Unidos un país de especulación, tal vez porque allí la cosa y su representante, el valor, no están íntimamente adheridos. Las cotizaciones subían a

Industrieller Friede. Ein Symposion, Leipzig, Paul List Verlag, 1928, pp. 9-61. (N. del Ed.)

grandes brincos; el índice medio de veinticinco valores principales pasaba de setenta y nueve en 1921 a cuatrocientos cuarenta y ocho pocos años después. Los títulos negociados en bolsa mensualmente sumaban cientos de millones de dólares. Todo el mundo jugaba al alza; no importaba el interés, sino la cotización. Unos vendían a los pocos días de la compra para adquirir con la ganancia más bienes de consumo y ampliar la esfera de sus necesidades y de sus comodidades. Otros guardaban los títulos creyendo aumentar así su capital, sin perjuicio de pedir préstamos para adquirir otros nuevos. Estos préstamos, que en 1925 sumaban 774 millones de dólares, llegarían en 1929 a 6.800 millones.

Parecía, en efecto, la edad de oro. Se creía haber encontrado una fórmula de vida, superior a la europea, que garantizaba una prosperidad eterna. Se predicaba el evangelio de la riqueza; todo habitante de los Estados Unidos podría poseer casa propia, automóvil, radio, etc. «Todo el mundo apostaba por América», dice Bernard Fay[37]; no juguéis a la baja contra el país, era la consigna. Estados Unidos eran el «God's own country», el «propio país de Dios». «Siempre viviremos bajo el sol. Jamás volverá a llover», decía la canción en boga. Era una galopada magnífica hacia la prosperidad y el bienestar general y uniforme. Nadie envidiaba a nadie; había riqueza para todos. El ciudadano prudente que temía encaramarse al desbocado caballo era tachado de mal americano. Todo el mundo creía que cada año tenía que ser por fuerza mejor que el precedente.

Y la misma Europa, la vieja Europa llena de experiencia, que es siempre precavida y escéptica, se dejaba deslumbrar por aquellas cifras gigantescas de producción y consumo, y con un papanatismo aldeano cayó admirada de rodillas para imitar simiescamente los métodos norteamericanos. No vio que los Estados Unidos eran como un recinto de laboratorio, vacío y cerrado; un espacio económico abstracto, con todos los recursos naturales y enormes masas consumidoras, donde ella había soltado un día unos hombres impulsados solamente por el apetito de poder y adquisición y que

[37] Bernard Fay, *op. cit.* (N. del Ed.)

allí reinaba una economía racional pura capaz de representarse con puntos y líneas de fuerza, como los esquemas de los libros de mecánica. No vio que allí se producían los mismos fenómenos que en Europa, solo que en forma de experimento puro, con mayor claridad, intensidad y rapidez y que, en definitiva, Norteamérica no había inventado nada nuevo, sino que extremaba hasta sus últimas consecuencias los mismos principios de la economía europea, pisando a la vez todos los aceleradores del mecanismo económico en un campo vacío y llano, propicio a las carreras más desenfrenadas.

El optimismo norteamericano se fundaba en una ciega creencia en la bendición de Dios. «Nuestro progreso y éxitos futuros son tan ciertos como las leyes de las matemáticas. La Providencia está siempre con nosotros. La única guerra que perdimos fue aquella en que una parte de nosotros quedó derrotada por las otras dos. Hemos sido elegidos por la Divinidad para salvar y purificar el mundo con nuestro ejemplo». Así resume el citado Frank Bohn el estado de espíritu dominante[38]. Todos los años el pueblo norteamericano celebra un Día de Acción de Gracias para agradecer al Altísimo sus beneficios y pedir que continúe derramando sus raudales sobre el pueblo elegido. «El Señor ha querido arrojar de aquí a nuestros enemigos y dejarnos su tierra como herencia», escribía el puritano John Mason, pocos años después del arribo del *Mayflower* a las costas americanas. El Señor quería también la prosperidad para sus descendientes. Era el cumplimiento de los votos de los Padres Peregrinos, la llegada definitiva a la tierra de promisión a través de azares y riesgos, el cumplimiento también de la Constitución –esa otra Biblia americana–, que promete en su artículo primero la prosperidad general. Era el premio alcanzado para siempre, la meta conseguida, la traducción a la esfera económica de la ciudad de Sión, sueño de los fundadores; la realización de todas las utopías.

Pero ¿a dónde desembocaba toda esta prosperidad? El hecho de concretarse al espacio norteamericano enorgullecía a sus habitantes como una prueba de la superioridad sobre el viejo continente y de la monopolización de la providencia divina. Las excursiones

[38] Frank Bohn, *loc. cit*. (N. del Ed.)

de su banca a Europa eran una especie de caridades, también reproductivas. Pero al encerrarse en sí misma, esta prosperidad cobró caracteres de monstruosa hipertrofia, «el cáncer americano», que dijeron Aron y Dandieu, cuyas células proliferan en un mismo sitio, sin freno ni objeto[39]. El 19 de octubre de 1929 –fecha del inevitable derrumbamiento– señalaría el castigo de aquel gran pecado de egoísmo.

Olor pútrido

Ya anteriormente había comenzado a percibirse en aquella enorme riqueza encerrada el olor de la putrefacción, inexorable cuando la única norma es el provecho individual. En las oficinas de Washington se vendían las concesiones de fuerzas hidráulicas, los arriendos de terrenos, los privilegios petrolíferos, la modificación de decretos judiciales, el sobreseimiento de procesos, la vista gorda de la policía a las destilerías y establecimientos clandestinos de bebidas y hasta el whisky confiscado por los funcionarios de la prohibición, que otros sustraían. Se ha dicho que bajo la presidencia de Harding todo estaba en venta en Washington, excepto la cúpula del Capitolio. Después de la extraña muerte de Harding se registraron procesos y condenas en las altas cimas. Dos de sus ministros fueron acusados y condenados por corrupción financiera y especulación ilícita en el ejercicio de sus funciones. El procurador general de la República, Daugherty, procesado, fue destituido por el presidente; Coolidge, frío, impasible, les veía pasar hacia la cárcel y seguía presidiendo, frío, impasible, el frenesí.

No eran más videntes los políticos demócratas. En la prosperidad general veían la confirmación plena de las excelencias del liberalismo individualista. «Yo, como la mayoría de los liberales -escribió después Franklin Roosevelt–, no había empezado a percibir los efectos de la época ni los cambios radicales que eran necesarios para alcanzar una economía duradera». Sabía, desde los tiempos de Teodoro Roosevelt y Woodrow Wilson, que era preciso

[39] Robert Aron, Arnaud Dandieu, *Le Cancer américain*, Paris, Rieder, 1931. (N. del Ed.)

impedir o moderar la concentración de la fortuna en unas cuantas manos, único resultado permanente que quedaba de las épocas de auge después de la riada, pero aún no había llegado a vislumbrar toda la profundidad del problema ni el sentido social que podría darse a tan prodigiosa multiplicación de la riqueza. Sin embargo, alejado del torbellino, el espectáculo de aquella prosperidad sin otro fin que ella misma y la catástrofe posterior serían para él temas de meditación fecunda. Si no hubiera bastado su actitud aristocrática ante el negocio y la tradición familiar de moderación, la parálisis le había proporcionado un punto de vista más sereno y elevado.

Smith y Roosevelt

Lo que Roosevelt veía claramente era que aquella época, preocupada solo del provecho, representaba «un período de letargo en el proceso democrático». En noviembre de 1924 habían de celebrarse las elecciones presidenciales. Era el momento de atraer al partido a muchos elementos progresistas, reformadores que andaban sueltos, y utilizar como resorte la corrupción reinante en los altos rangos del partido republicano. Pocas personas podían representar mejor el progresismo y la honradez que Alfred E. Smith, popularísimo gobernador del estado de Nueva York, y Franklin salió de su aislamiento para consagrarse en cuerpo y alma a su elección.

Smith y Roosevelt eran grandes amigos desde que lucharon como enemigos en el asunto Sheehan. Roosevelt había acaudillado la rebelión contra los caciques de Tammany Hall, y Smith había llevado la voz de Tammany Hall en la asamblea de Albany. Aunque Smith se deshizo en favor de Sheehan, en sus conversaciones y en sus batallas aprendieron a conocerse, y el cuerpo a cuerpo acabó en abrazo.

El afecto de Roosevelt se complicó con una admiración creciente por la brillante carrera de su amigo, salido de uno de los barrios más pobres del East Side. A los doce años, Smith vendía periódicos en la calle; a los cuarenta era gobernador. Arrastrado por la catástrofe general de su partido, en 1920, había vuelto a Albany en 1922,

reelegido por una mayoría de 382.000 votos. A pesar de su enorme popularidad en la masa urbana de Nueva York y aun en la parte rural y protestante del estado, tenía algo en su contra para contar con todos los heterogéneos sectores del partido demócrata; sobre todo con el Sur, en aquella época de americanismo, xenofobia y Ku-Klux-Klan. Smith no pertenecía a la casta de los puritanos ingleses; era católico e irlandés, encarnación y prototipo de la población recién inmigrada. Esta condición había impulsado justamente a Roosevelt en favor de la candidatura presidencial de su amigo. Smith podría ser el punto de unión de las tendencias dispares del partido demócrata, rurales y urbanos, católicos y protestantes, americanos rancios e inmigrados recientes. Su elección significaría que por primera vez una enorme masa de población, excluida tradicionalmente del gobierno federal, era considerada con capacidad para regir el país. Smith presidente era la superación de todas las diferencias, un nuevo paso hacia una unidad nacional más cerrada, «un acontecimiento más vital en la vida interior de la nación americana que cuanto ha venido sucediendo desde los tiempos de Lincoln», un esfuerzo semejante al de aquel gran presidente por apretar y remachar la unión. Siempre ha sido una de las líneas fundamentales de la política rooseveltiana dotar de una mayor unidad y un mayor sentido nacional al conglomerado norteamericano.

Smith, derrotado

En la Convención del partido demócrata, durante muchos días del caluroso verano de 1924, que convertía la sala del Madison Square Garden, de Nueva York, en una cámara de tortura, Franklin luchó por su amigo con un brío sorprendente en un hombre impedido. Apoyado en sus dos muletas, con su hijo James al lado, pronunció el discurso de propuesta que ha quedado en la historia de la elocuencia norteamericana como modelo en el género:

> This is the happy warrior, this is he
> Whom every man in arms should wish to be[40].

[40] Últimos versos del célebre poema «The Happy Warrior» (1806), de William Wordsworth. (N. del Ed.)

«Este es el guerrero feliz, el que todo hombre en armas hubiera querido ser», dijo con versos de Wordsworth, señalando a su amigo y no sin cierta melancolía en la voz. Pero el prejuicio contra el católico irlandés era invencible. Smith no reunía la mayoría reglamentaria contra su rival Mac Adoo. Al cabo de ciento tres votaciones infructuosas, la Convención acordó apartar ambos nombres y designar a John W. Davis para candidato a la presidencia. Era un candidato de compromiso, no de unión.

En las elecciones de noviembre fue elegido presidente el republicano Calvino Coolidge, que desempeñaba el cargo desde la muerte de Harding. Los americanos no estaban dispuestos a cambio alguno cuando la prosperidad entraba a raudales por sus puertas. «Siempre viviremos al sol», y el sol invariable de aquel sistema era Coolidge.

La derrota en la Convención de su partido representó, sin embargo, un gran triunfo personal para Roosevelt, que se apareció a todos los delegados demócratas como el hombre superior, encumbrado sobre todas las divisiones y diferencias. Llegaba de su enfermedad como de una cima, sin haberse mezclado en las luchas políticas de los años anteriores, limpio de tachas y libre de enemigos.

Había que esperar la siguiente elección a los cuatro años. Roosevelt no perdió un solo día. Sin descuidar su curación en Warm Springs, aprovechó sus largas estancias en Georgia para ablandar la resistencia del sur contra la candidatura de Smith trabando estrechas relaciones con los dirigentes demócratas de aquellos estados recalcitrantes. Entretanto, Leonor, que había intervenido directamente en la lucha por Smith, organizaba en *Hyde Park*, en una pequeña granja cercana a la casa de Sara, una industria de muebles para dar trabajo a los campesinos parados; llevó a ella maestros que los adiestraban en la reproducción de muebles del viejo estilo, y completó la instalación con una herrería. Los beneficios eran íntegros para los obreros, a cuya propiedad pasó más tarde la industria, cuando el matrimonio Roosevelt entró en la Casa Blanca. En Nueva York, Leonor daba lecciones en un colegio de señoritas, que también abandonó en 1932 al ser elegido Franklin presidente. Así, pues, la tendencia

social de ambos cónyuges, lo mismo la de Leonor en estas empresas de ayuda y enseñanza que la de Franklin en el balneario de Warm Springs, va desarrollándose lentamente, hasta que se convierte en una acción de la mayor amplitud y alcance, por suma y agregación de experiencias diversas, conocimiento gradual y próximo de los problemas más menudos y concretos y adiestramiento práctico en su alivio y solución.

El destino llama por teléfono

Aparte de su bufete de abogado con O'Connor y su cargo en la sociedad de seguros, Franklin intervenía en muchas empresas de carácter generoso: como presidente del fondo para la conclusión de la catedral de San Luis, presidente del fondo de la Legión Americana, vocal de la Fundación Woodrow Wilson, etc. Pero sus principales obras eran la transformación del viejo balneario de Warm Springs y la propaganda en favor de Smith. Tan eficaz fue esta, que cuando se reunió la Convención del partido demócrata en Houston (Texas), Smith ya tenía ganada su designación de candidato para la presidencia. Después de la Convención, Roosevelt había vuelto a Warm Springs para terminar su curación, que ya parecía próxima después de siete años de una lucha a brazo partido con la enfermedad. En Boston se había presentado apoyado con una mano en un simple bastón y la otra en el hombro de su hijo Elliot.

Pero los directores del partido demócrata convinieron en que la candidatura de Smith corría peligro si el propio Roosevelt no se presentaba como candidato para gobernador del estado de Nueva York. Franklin se negaba tenazmente a los requerimientos de su amigo; necesitaba acabar el tratamiento. Los médicos le aseguraban que en caso de persistir, podría caminar sin auxilio de bastón. Leonor se resistía también a interceder; lo único que Smith consiguió es que ella llamase desde Nueva York a su marido, que ya no acudía a las conferencias telefónicas, pero fue Smith quien habló: «¿Qué hará usted –preguntó Smith después de mucho ruegos infructuosos– si mañana el partido acuerda unánimemente su designación?».

Roosevelt quedó vacilante. Al día siguiente, la Convención del estado de Nueva York le nombraba candidato.

Aquella era la llamada del destino. En Norteamérica el destino siempre llama por teléfono. Smith no sospechaba que en aquel punto había quedado quebrada su carrera y abierta la de Roosevelt, su futuro rival. Franklin ganó el Gobierno de Nueva York por 25.000 votos de mayoría, y Smith perdió la elección para presidente. Por primera vez se dividió el «sólido sur»; cinco de sus estados votaron al candidato republicano, y solo dos, Massachusetts y Rhode Island, en el resto del país, se declararon por Smith. Los votos individuales fueron 15 millones contra 22 millones; los compromisarios en el colegio electoral, 87 contra 444. Fue una derrota tan resonante como la de Taft en 1912. Un católico irlandés no podía ser presidente. Venció Hoover, anglosajón puro e ingeniero.

XIV. ROOSEVELT, GOBERNADOR

Feliz en la política

En Warm Springs la atmósfera se tornó lúgubre. «La pequeña Casa Blanca» –llamada así por su color y no por otra cosa– presentaba el aspecto de una casa mortuoria, y mientras de todas partes llegaban telegramas de felicitación, parecía que un gran velo de crespón la cubría desde el techo al suelo». Así describió la madre de Franklin la repercusión en la familia y los amigos próximos del nombramiento para candidato al puesto de gobernador. Leonor, que se enteró en su colegio de Nueva York, dijo a sus discípulos, con los ojos preñados de lágrimas: «Yo no quería que Franklin fuera gobernador; esta designación estropeará nuestra vida». El propio Howe, si pensaba en intervenciones políticas era para algunos años más tarde. Todos temían que la campaña electoral, primero, y el cargo, después, le obligaran a descuidar el tratamiento, deteniendo acaso el proceso de curación.

«Él puso fin a las lamentaciones –prosigue su madre– gritando alegremente: "Bueno, no creo que por haber aceptado la candidatura nos tengamos que poner enfermos todos"...». El temor era injustificado, porque la agitación de la vigorosa campaña que inició en Binghamton le sentó tan bien que pudo decir: «Si continúo así otros seis meses, creo que podré tirar los bastones».

Durante el período de propaganda pronunció innumerables discursos y recorrió, por término medio, 230 kilómetros diarios; pero, en efecto, la interrupción del tratamiento dejó en su organismo vestigios ya indelebles de la terrible dolencia. ¿Qué importaba, si su espíritu recobraba toda su energía y actividad? Cuando, una vez elegido, se le veía tras de su mesa en el despacho de Albany, nadie diría que allí estaba sentado un cojo. «La natación en Warm Springs había desarrollado su pecho y sus hombros, y parecía más atlético que en Harvard. El rostro, sin arrugas profundas ni grandes huellas de sufrimiento, irradiaba salud; su sonrisa contagiaba». Era feliz; estaba otra vez en su elemento, en su puesto de mando, alegre de verse nuevamente entre el movimiento de las cosas y capaz de hacer cosas.

Esbozos del *New Deal*

No era, sin embargo, fácil su labor. Había irritado involuntariamente a los partidarios de Smith –entre ellos, muchos personajes influyentes del partido demócrata– por haber vencido a su aliado, amigo y protector en su propio feudo; había reunido una mayoría de 25.500 votos, mientras Smith había perdido en el estado por una minoría de 103.000 votos. Además, tropezaba en la legislatura del estado con una mayoría del partido republicano y, finalmente, entraba en el puesto después de la administración de Smith, una de las más eficientes y honradas desde mucho tiempo atrás en el estado de Nueva York. No sucedía a un republicano para lanzarse impetuosamente al son de músicas marciales, con un programa de reformas a poner fin a la incapacidad o la corrupción. Smith le dejaba una maquinaria administrativa eficaz, purificada de elementos inmorales, pero también muy pocas posibilidades para una política espectacular, capaz de acrecentar su popularidad. Quedaban, desde luego, muchos cabos que atar, muchas cosas que emprender o completar, pero muy complicadas, a largo plazo, cuyos resultados lentos y graduales no serían los más apropiados para calentar la imaginación de los gobernados. No obstante, había de seguir en ellas métodos muy diferentes a los de Smith, que, unidos al reconcomio del derrotado, acabarían por producir la ruptura entre los dos amigos. Quedaban el

problema agrario, la reforma tributaria, la rebaja y distribución de la energía hidroeléctrica a las fincas de labor, los seguros sociales con socorros a los parados y pensiones a los viejos trabajadores retirados, la humanización del sistema penitenciario; una obra que exigía años de tenaces y callados esfuerzos.

Si la administración de Smith había brillado por su eficacia y probidad, su sencilla concepción de los problemas no podía abarcarlos en toda su profundidad y extensión. Por consecuencia, el tratamiento era también superficial y no pasaba de paliativos. Smith había luchado con las empresas de energía hidroeléctrica por el abaratamiento del fluido. Roosevelt planteó la cuestión en forma distinta: las compañías privadas no eran propietarias de la energía, sino «servidoras de la nación encargadas simplemente de administrar su negocio en tal forma que la fuerza hidráulica, que es un bien público, sea vendida al público a un precio razonable... Únicamente beneficios normales se pueden conceder a los que han recibido del pueblo su poder y tienen la misión de distribuir la corriente en casas y talleres... Los empresarios de obras de beneficio público no pueden ser nuestros amos, sino nuestros servidores; buenos servidores, bien pagados, pero servidores». No era un ataque al capitalismo; el propio Franklin lo subrayaba con estas palabras: «Deseo quedar de acuerdo con los sanos principios comerciales. Creo que no han de faltar buenos comerciantes que vean el problema tan claramente como yo y que se sentirán felices de colaborar con el Estado, y quiero ofrecer a los hombres de negocios esta gran ocasión de participar en el bien público».

Contra la oposición de las empresas y de la mayoría republicana, consiguió la rebaja en el precio del fluido e inició la construcción de la planta de energía eléctrica del río San Lorenzo, propiedad del estado de Nueva York, que remataría durante su segundo mandato de gobernador. Con todo, el hecho importante fue haber llegado a la idea de una mejor distribución de la energía eléctrica a través de un sistema de propiedad pública que luego desarrollará con la mayor amplitud, durante su presidencia, en los proyectos del valle de Tennesee y de electrificación rural. Esta idea de la empresa privada como simple

administradora del servicio público y la instalación de fábricas del Estado tenían que sonar en el país y en la época como terriblemente revolucionarias. Pero nunca Roosevelt parte de una teoría a priori que luego aplica a los casos particulares; por el contrario, desde el problema concreto se eleva, por la vía experimental, a la concepción general. Es evidente que si las empresas hidroeléctricas se hubieran mostrado más dóciles, Roosevelt no habría acometido tan a fondo la cuestión; en ella procedió, simplemente, como el físico en su laboratorio, que, cuando le falla el experimento, cambia su método; o como el médico, que ante el fracaso de un remedio varía la droga.

Campesino y ciudadano

En esta campaña apunta ya el *New Deal*, como en su tratamiento del problema agrario en el estado de Nueva York. Smith era un producto genuino de la gran urbe, nacido como por generación espontánea del asfalto neoyorquino, mientras que Roosevelt, por debajo de su calificación de demócrata, era un aristócrata campesino y podía, por tanto, responder mejor a la doble personalidad exigible a un gobernador del estado de Nueva York, que tiene a la vez bajo su mano la mayor ciudad del mundo, otra media docena de ciudades con más de cien mil habitantes y un campo con más de cuatro millones que viven en doscientas mil fincas de labor. Campo y ciudad tienen intereses distintos y hasta encontrados. Hasta entonces los gobernadores habían atendido preferentemente a la ciudad, más ruidosa en sus manifestaciones y más influyente en las batallas electorales; el campo era la pobre víctima sacrificada a la gran ciudad tentacular, fabril y mecanizada. Para Roosevelt, en cambio, más apegado a la tierra, como para un fisiócrata, esta era la fuente primordial de riqueza, de la cual todas las demás son derivaciones. En todo caso, su ascendencia campesina le proporcionaba una visión más amplia, elevada y armónica que la de un político de la ciudad.

Uno de estos, para halagar a la masa rural, habría empezado por lo más fácil y espectacular: la rebaja de impuestos; para Roosevelt, el problema comenzaba en la misma granja. Miles de hectáreas –

decía– se explotan por procedimientos atrasados, que forzosamente han de producir pérdidas; miles de hectáreas están dedicadas a cultivos poco adecuados a las condiciones del suelo; se ha construido un maravilloso sistema de carreteras y caminos que, sin embargo, no enlazan directamente al productor con el mercado de venta y, finalmente, se ha implantado un régimen tributario poco equitativo. Roosevelt consiguió un mejor ajuste entre el campo y la ciudad, haciendo que la leche –uno de los problemas alimenticios más importantes de Nueva York– y las manzanas, verduras y otros productos vegetales se llevasen de los campos vecinos y no de Wisconsin y Ohio, a muchos centenares de kilómetros, pero no pudo desarrollar íntegramente su programa, a causa de la independencia de las legislaciones particulares de los estados. ¿Cómo intentar una reforma profunda en su estado si los otros cuarenta y siete, principalmente los contiguos, no le seguían? Seguramente vio entonces la necesidad de leyes generales y la conveniencia de una mayor centralización administrativa. Tendría que esperar a ser presidente para atacar el problema en toda su extensión, pero su Agricultural Adjustment Administration, las «tres Aes», como se le ha llamado, germina en su pensamiento durante su gobierno en Albany. La experiencia le enseñó entonces que el liberalismo económico absoluto había periclitado y que para conservar la porción más preciosa e íntima de la libertad individual eran precisas limitaciones y reglamentaciones en lo más exterior y accidental.

Las primeras «charlas al amor de la lumbre»

Roosevelt desarrollaba toda esta labor en contacto personal y constante con sus electores justamente por medio del ingenio inventado para las comunicaciones más lejanas. Él comprendió los recursos de cercanía e intimidad que yacen en la radio, por el hecho de que un hombre, sentado en su casa, pueda hablar a otro hombre, también cómodamente instalado en un sillón. Sus oraciones ante el micrófono no eran discursos, proclamas o alocuciones, sino sencillamente «charlas al amor de la lumbre», nombre que no les dio hasta años más tarde, pero que se ajustaba perfectamente a su

estilo familiar de conversación junto a un buen fuego de leña en una chimenea de campana. Franklin no comenzó nunca diciendo con engolada voz: «¡Ciudadanos!» o «¡Americanos!», sino tan solo: «¡My friends!», amigos, como si dijera: «Vamos a charlar solos un rato, si a usted le parece», y seguía hablando llanamente como a un amigo que tuviese al lado, y el oyente, sentado junto a la brasa sonora –a veces crepitante– de la radio, tenía la impresión de que, en efecto, aquella afectuosa voz se dirigía a él exclusivamente. En estas charlas, Franklin hablaba persuasivamente en un inglés sencillo, claro y elegante, mezclando al pensamiento fundamental anécdotas, recuerdos de su vida, rasgos de humor, digresiones marginales; todo menos asustar y atronar a los oyentes metiéndoles un mitin en la intimidad del hogar. Era un homenaje de respeto a la casa ajena. Y, en fin de cuentas, tampoco tenía por qué gritar, puesto que no se proponía ninguna misión extraordinaria, sino esta cosa tan sencillamente humana: «impedir que se muera de hambre todo hombre o toda mujer que se esfuerza en vano por ganarse la vida».

Hoover

En el país de la «prosperidad eterna» esto era ya el sumo ideal en 1930. Dos años antes había sido elegido presidente el ministro de Comercio en el gabinete Coolidge, Herbert Hoover, famoso por su organización para el reabastecimiento de Europa y el auxilio a la Rusia hambrienta, después de la primera guerra mundial. Americano ciento por ciento, cuáquero y baptista, pobre a los trece años, a los veinticinco ya era un hombre rico. Había escarbado el suelo de Australia en busca de oro; había tenido grandes negocios en China, explotado los petróleos rusos y el cinc de Nigeria y disfrutado sueldos de cien mil libras al año. El pueblo le había elevado a la presidencia como la encarnación del Ingeniero. Hasta entonces el *businessman*, el hombre de negocios, creador de riqueza y bienestar, no había gobernado directamente; muchos presidentes habían estado ligados a los negocios, pero siempre eran políticos. En aquella época de prosperidad material, Hoover representaba el tipo acabado de hombre al que correspondía gobernar por su cerebro puramente

económico y técnico. Ya se había comenzado a advertir los signos precursores de la crisis y se veía que no bastaba la impasibilidad distante de Coolidge; así, pues, la exaltación del «gran ingeniero social» fue considerada como la mejor garantía de la continuación de la prosperidad. Por su parte, su consigna fue únicamente esta: «¡Enriqueceos!».

Prosigue el delirio

El delirio proseguía. La fiebre de la especulación convertía a los Estados Unidos en una inmensa casa de juego. Nadie reculaba; nadie sentía ese recelo natural del hombre prudente hacia toda prosperidad repentina y exagerada. El mecanismo económico, una vez puesto en marcha, no podía detenerse. Una parada, un retroceso equivalía a la catástrofe. El destino inexorable que arrastraba a los hombres, a través de un bienestar efímero y artificial, a una miseria real y prolongada tenía que cumplirse. La prosperidad de hoy no estaba sostenida por la de ayer, sino por la de mañana. Si el mañana no era mejor, se derrumbaba el hoy y el ayer. Para mantenerse, la producción obligaba a producir cada vez más, el consumo exigía un consumo siempre mayor, la especulación necesitaba más especulación, y la maquinización más máquinas. Y como la destrucción tenía que ser tan rápida como la producción, se construyeron también instrumentos para acelerarla; Ford, que había inventado el método más rápido de fabricar automóviles, inventó una máquina para destrozarlos, en solo dos golpes de adelante atrás y de arriba abajo. Por otra parte, nadie se molestaba en conducir al rastro o a la chatarrería los autos viejos, los útiles domésticos que, entre nosotros, después de muchas reparaciones, sufren todavía una larga ancianidad en desvanes y cuartos trasteros; a medio usar, se les abandonaba en medio de la calle. Era el rebose de una superproducción que ya no encontraba sitio.

«La selva –escribía Waldo Frank en 1928– se perpetúa a sí misma en una incesante proliferación de fuerza caótica... Fijémonos bien nosotros, los americanos, en los rasgos principales de una selva y sus

habitantes y los hallaremos en nuestra nación. En lugar de tarántulas y árboles, tenemos máquinas. En lugar de tormentas e imprevistos enjambres de bacterias e insectos, tenemos el agitado vaivén de las fuerzas económicas... El poder dominante de nuestra selva es, naturalmente, la máquina»[41]. Allá a mediados del siglo XIX, Samuel Butler, el famoso autor de *Erewhom*, profetizaba en un pequeño ensayo, *Darwin en el reino de las máquinas*, esta proliferación, presentándola, en forma humorística, como la multiplicación de una nueva especie de seres dominadores del género humano. Aún no se han desarrollado –decía– los órganos de reproducción de las máquinas, pero ya «hay máquinas aplicadas a la producción de máquinas, que hacen de antepasados genealógicos de máquinas que a menudo pertenecen a la misma especie»[42].

De todas las máquinas, las norteamericanas son las más prolíficas. En pocos años, las montañas, las tierras de cultivo, las ciudades, las casas, quedaron invadidas por esta innumerable prole metálica que comprendía, como la fauna de una época geológica, todas las formas y tamaños, desde las gigantescas turbinas hasta el pequeño útil doméstico, y se extendía también por los tres elementos: tierra, agua y aire. La máquina, insaciable, pedía cada vez más para mantenerse; no consumía, como el obrero, su propia producción, devoraba, trabajase o no, los intereses y gastos de amortización y expulsaba al hombre. «En torno al hogar confortable del obrero americano –escribía H. Dubreuil por entonces– ronda el espectro del robot»[43]. Dos millones de hombres habían quedado en holganza forzosa por «paro técnico».

Ante estos primeros síntomas de la crisis, Hoover no trató de moderar la marcha, sino que pisó más a fondo todos los aceleradores del

---

[41] Waldo Frank, *op. cit.* (N. del Ed.)

[42] Samuel Butler, «Darwin among the Machines», *The Press*, Christchurch, New Zealand (13 June, 1863), p. 1. (N. del Ed.)

[43] La reflexión de Hyacinthe Dubreuil sobre el obrero y el robot se encuentra en *Standards, le travail américain vu par un ouvrier français* (Paris, Bernard Grasset, 1929). Vela pudo tomarla del libro de Pierre Lucius, *Rénovation du capitalisme* (Paris, Payot, 1933), en que aparece citada en las pp. 33-34. (N. del Ed.)

mecanismo. Para procurar un mayor abaratamiento de los precios, es decir, un mayor consumo, se limitó aún más el número de tipos de fabricación, se desarrolló aún más el empleo de la maquinaria, la división del trabajo en la cadena, la producción en serie y en masa. Para aumentar el poder adquisitivo de la población, por medio de altos salarios, nuevas medidas legislativas redujeron de nuevo la inmigración. Insuficiente todavía la racionalización del trabajo, se recurrió a una nueva y mayor inflación del crédito en sus dos formas: crédito financiero y crédito a los consumidores mediante sumas facilidades en las ventas a plazos; gracias a ellas vivieron las fábricas de automóviles, cuya venta anual pasó de tres millones y medio de coches a cinco millones y medio. El mercado ya atestado, el consumo ya satisfecho, recibieron una última dilatación artificial. Pero un día...

¡Krack!

El 19 de octubre de 1929, en la cinta del telescritor del «Stock Exchange», que corre en todos los despachos de Wall Street señalando al segundo el curso de las cotizaciones, se interrumpe la marcha ascendente de los valores –235, 236, 238, 240– para iniciar el descenso con la aceleración de un grave: 240, 236, 231, 224, 215, 204... El índice general de valores baja un cuarenta o cincuenta por ciento. Cinco millones de títulos cambian de manos en unas horas. Tras una breve calma, el 24 de octubre se reanuda la baja, aún más rápidamente. El pánico cunde incontenible. Es el «¡sálvese quien pueda!». Los tenedores de acciones dan órdenes de vender *at any price* (a cualquier precio), para salvar los últimos restos. En un momento se han perdido veinticinco mil millones de dólares, se han arruinado millares de familias. Las gentes corren alocadas como en los terrores del año 1000. Los hombres de negocios explicaban: «Es una crisis puramente psicológica», pero, como diría después Roosevelt, «cuando los banqueros hablan de psicología es que la cosa no anda muy bien».

¿Qué había pasado? En su libro *La crise du capitalisme américain* lo ha expuesto Bertrand de Jouvenel[44] con un ejemplo de clásica claridad: «La historia de Jones». Jones es cualquier norteamericano de aquel tiempo; es, en realidad, «toda la nación norteamericana». Jones había comprado en 1921 acciones de dos compañías de radio y caucho; en 1924 estas acciones valían seis veces más. Entonces, para aumentar su capital con nuevas inversiones, deposita sus títulos en un banco como garantía de un préstamo de seis mil dólares, con los que adquiere nuevos valores. Por sucesivas operaciones análogas, en 1928 se encuentra poseedor de una fortuna de 136.000 dólares sin otro desembolso efectivo que los 2.000 dólares iniciales. Compra un automóvil y una casa a crédito; para pagar los plazos y el interés de las cantidades tomadas a préstamo, se ve obligado a reducir sus gastos; sabe que en cualquier apuro le bastaría vender algunas acciones, pero no cree llegado todavía el momento. Las acciones siguen subiendo y Jones continúa sus fructíferas operaciones. En 1929 posee 255.000 dólares en valores industriales. Pero necesita dinero contante y sonante; los fines de mes son difíciles, tiene que pagar con su sueldo las letras del automóvil, de la casa y los intereses de 130.000 dólares y decide vender una parte de las acciones. Pero no es el único; innumerables Jones hacen lo mismo. Los grandes especuladores, conocedores de la situación, se apresuran a liquidar sus ganancias y toman posición a la baja antes de que los Jones comiencen sus ventas. Las acciones descienden y valen menos que las deudas de Jones. El banco le apremia, y Jones tiene que vender el auto, la casa y las acciones a cualquier precio. Se queda sin nada. Finalmente, pierde su empleo a consecuencia del paro originado por la crisis.

La película al revés

A partir de la baja bursátil que detiene la especulación, el proceso se desarrolla como una película rodada al revés. En el momento de mayor sobreproducción se reduce el consumo. Bajan los precios. Las industrias, que han invertido ganancias y créditos en costosas

[44] Bertrand de Jouvenel, *La crise du capitalisme américain*, Paris, Gallimard, 1933. (N. del Ed.)

instalaciones que solo a pleno rendimiento pueden producir barato, no reciben nuevos pedidos. El mercado está más que saturado para mucho tiempo; la producción se había adelantado al consumo en muchos años; en dos o tres se habían hecho las ventas que normalmente se escalonarían en diez. «Norteamérica se ha comido el trigo en hierba», decía Pierre Lucius[45]. La paralización va ascendiendo desde las industrias de consumo a las industrias medias, y desde estas a las pesadas. La siderurgia trabaja al veinte por ciento de su capacidad. Antes de 1931 quiebran seis mil bancos; después, varios millares más. Los valores siguen bajando desde 300, 200, 150 puntos a 5, 4, 3. Cuando las acciones de la U. S. Steel (acero) descienden a 21, la gente, empavorecida, grita: «Es el fin del mundo». El número de obreros parados sube al mismo ritmo: cuatro millares, cinco, siete, diez. La exportación queda reducida a la tercera parte. El puerto de Nueva York está desierto. En las calles, gente bien trajeada, que en un gesto de vergüenza se sube el cuello para ocultar la corbata, vende manzanas. Diríase que un tornado ha pasado sobre América. Ya no se cantaba «No volverá a llover». Voces tristes entonaban el *Brother, can you spare dime* («Hermano, ¿puede usted privarse de una moneda de diez centavos?»), o el

> No more money in the bank,
> no cute baby we can spank,
> What's do about it?
> Let's pus out the light
> and go to sleep[46].

El presidente Hoover, como en general todo norteamericano, no quería convencerse de que «la prosperidad eterna» había terminado. «La prosperidad –decía– está ahí, a la vuelta de cualquier esquina». A una comisión que le visitó en julio de 1930 para lamentarse de la mísera situación de la industria, le contestó: «Señores, están ustedes seis meses atrasados; ya no hay crisis». La verdad es que no había hecho más que empezar. Hoover quiso contrarrestarla intensificando

[45] Pierre Lucius, *Rénovation du capitalisme*, cit. (N. del Ed.)

[46] No más dinero en el banco, / ni tampoco bonitos bebés a quien azotar. / ¿Qué hacer entonces? / Apaga la luz / y vente a acostar.

aún más los principios de la época próspera: la racionalización, la maquinización, el crédito, la inflación. Muchas veces ocurre que cuando los fanáticos de un principio ven que este falla, en vez de moderarlo y dar marcha atrás, lo acentúan y extreman, en la creencia de que su fracaso proviene de no haberlo llevado con todo rigor a sus últimas consecuencias. Para recuperar los créditos congelados en Alemania, lanzó súbitamente su propuesta de moratoria a las deudas de guerra, que, a su juicio, obraría como un revulsivo. El efecto «eléctrico» esperado no se produjo. Entonces recurrió a una nueva inflación del crédito: aumento de la circulación fiduiciaria en 2.500 millones de dólares, entrega a las empresas por la Reconstruction Finance Corporation, que acababa de fundar, de 3.900 millones de crédito; emisión de 995 millones de dólares de nuevos billetes, compra a los bancos privados de mil obligaciones del Estado para fluidificar una suma equivalente; préstamos directos por los bancos federales de emisión a los industriales cuando no podían obtenerlos de sus banqueros, etc. etc. En suma, Hoover puso en práctica todos los acostumbrados mecanismos y resortes de la economía capitalista sin ocurrírsele pensar por un solo momento que la falla estaba precisamente en estos mecanismos y resortes.

Los balones de oxígeno suministrados al enfermo reanimaban sus fuerzas, pero en cuanto pasaba su primer efecto, a la artificial mejoría sucedía un empeoramiento real. En el curso del año 1932, el índice de la producción y el ingreso medio del obrero americano siguieron descendiendo. Los ingresos agrícolas bajaron de 12.000 millones de dólares en 1929 a 5.000 millones en 1932. Muchos granjeros se vieron embargados y expulsados de sus fincas. Se registraron 31.800 quiebras con un pasivo de 928 millones de dólares. El número de parados se acercaba a los catorce millones. Y sobre este suelo devastado corría una ola de inmoralidad suscitada por la Ley Seca. Solo en Nueva York había más de veinte mil *speakeasies* o bares clandestinos; los contrabandistas de alcohol (*bootleggers*) libraban entre sí una guerra sangrienta. Chicago estaba por completo en manos de bandas que vendían bebidas, daban permisos para su expendición y garantizaban a sus «clientes», previo pago de un crecido impuesto extraoficial. Estas bandas tenían protectores en la

policía, en los ayuntamientos y autoridades locales, en los tribunales y en el mismo Congreso. Pasando a otras actividades distintas de las alcohólicas los gangsters practicaban el *keeping* o rapto de niños par obtener crecidos rescates. La inmoralidad culminó en el robo y asesinato del hijo del famoso aviador Lindbergh.

Termina la autocolonización

Nadie creía, sin embargo, en la prolongación de la crisis. La opinión general suponíala una crisis cíclica que, como las anteriores, se remediaría casi por sí sola, como una indigestión o atasco pasajero, con poco que se vigilara la dieta y se reanimasen las fuerzas del enfermo. Muchos pensaban en desarrollar aún más el poder de la técnica; síntoma de este estado de espíritu fue el movimiento de una alianza de científicos, ingenieros y economistas, acaudillados por Howard Scott, que postulaba la tecnocracia, o gobierno del país por la técnica y los técnicos, el Estado-energía, cuya potencia no se contase por habitantes, sino por kilovatios-hora.

Hasta aquí nos hemos ceñido a una descripción puramente económica de la prosperidad y de la crisis. Pero había ocurrido algo más que el simple desenfreno de un mecanismo: el 19 de octubre de 1929 señala la apertura de una nueva época para los Estados Unidos. Hasta entonces eran un país en régimen económico colonial. Se colonizaban a sí mismos mediante las anexiones territoriales y la explotación de tierras cada vez más al oeste. En cuanto cultivaban un trozo de terreno salvaje y podían venderlo con beneficio, el pionero, el colono, se trasladaba más allá. Familias que empezaban en el este, estaban a la generación siguiente en el *Middle West* (Oeste Medio) y a las dos más en el *Far West* (Oeste Lejano), impulsadas por lo que se ha llamado «manifiesto destino». El Pacífico señaló el tope, pero el espacio intermedio seguía casi vacío. En la etapa siguiente, la agricultura, la industria y el crédito se dedican a llenar todas las posibilidades que ofrece un espacio ilimitado, un mercado amplio e intacto; es el comienzo de la prosperidad. Hay salida para toda la producción, que se acelera y pierde todo freno, empujada por los

éxitos anteriores, hasta convertirse en una superproducción desatada. En pocos años el espacio económico americano queda atestado hasta en sus últimos intersticios. Las leyes de inmigración impedían la dilatación del mercado interior. La producción se amontona sin sitio para más; es la época de crisis. La perturbación proviene de haber seguido funcionando –y en forma aún exacerbada–, dentro de un ámbito que se ha quedado angosto, los mismos principios que sirvieron para un mundo prácticamente ilimitado. El 19 de octubre de 1929 –dice Pierre Lucius en su libro *Renovation du capitalisme*– cierra la época abierta por Cristóbal Colón el 12 de octubre de 1492. Los Estados Unidos dejaban de ser un país colonial –una colonia de sí mismos– para colocarse en condiciones bastante similares a las de Europa.

Algo más significó la crisis: la quiebra de la creencia en el monopolio de la bendición divina, en la superioridad de la fórmula americana sobre la europea, en la virtud creadora del hombre americano. Los norteamericanos perdieron su optimismo exagerado y se vieron a sí mismos como lo que realmente eran: unos hombres como cualesquiera otros, sometidos también a la miseria, la desgracia y al dolor; es decir, mucho más, porque no estaban tan preparados para los tiempos duros. La calamidad los había hecho más humanos. Y como consecuencia de las mutuas repercusiones entre la economía del Nuevo y del Viejo Continente, arrastrado este también a una crisis que refluía sobre aquel, perdieron asimismo la creencia en unos Estados Unidos entidad independiente que podía vivir oclusa, aislada del resto, como un astro aparte. Con ello se daba una de las premisas indispensables para la entrada de los Estados Unidos en la historia universal.

XV. ROOSEVELT, PRESIDENTE

Stop Roosevelt!

«*Stop Roosevelt!*, ¡Parad a Roosevelt! ¡Detenedle!». Era el grito de los republicanos y de muchos demócratas, después de las elecciones de 1930. En efecto, Roosevelt se les escapaba; aventajaba en la carrera a los republicanos y se les escurría de entre las manos a los directores de su propio partido. Su personalidad vigorosa se imponía, rompiendo todos los lazos que trataban de sujetarle. Había sido reelegido gobernador del estado de Nueva York por una mayoría de 752.000 votos, más del doble de la que había conseguido su correligionario Smith para el mismo puesto en su época de mayor popularidad. Podía decirse que el estado de Nueva York era suyo, y el estado de Nueva York da cuarenta y siete compromisarios, una quinta parte de los 266 votos necesarios para ser elegido presidente. Siempre el puesto de gobernador de Nueva York ha sido el trampolín del último salto a la presidencia de la República; quien vence en Nueva York es candidato presunto, pero quien vence, a poca distancia de unas elecciones presidenciales, por una mayoría tan copiosa es candidato seguro. Y el candidato seguro encuentra ya automáticamente desde aquel instante una oposición por parte de los rivales posibles del propio partido y, naturalmente, por parte de todo el partido contrario. Desde el primer momento, este se dedica, en colaboración tácita con aquellos, a destrozar el crédito

del hombre ya consignado por el voto popular a la presidencia; si lo consigue, la Convención del partido queda desorientada, confusa, una vez descartado el que se presenta ungido con los signos de una evidente predilección popular. Es el primer paso para el éxito electoral y la táctica corriente. Pero en el caso de Roosevelt la campaña se exacerbaría como si el partido republicano, que había monopolizado la presidencia desde la guerra civil, con las únicas excepciones de Cleveland y Wilson, barruntara que Roosevelt, elevándose por su personalidad sobre las diferencias de los partidos y uniendo bajo su mandato la nación en la mayor empresa de la historia norteamericana, excluiría del gobierno del país a los republicanos por doce años consecutivos.

Roosevelt comprendió la obligación implicada en aquella mayoría de 752.000 votos. Albany había sido también la última etapa para la ascensión de su pariente Teodoro, cuya misma senda había seguido paso a paso, y aun más rápidamente, desde su primer cargo de senador. Esta conjunción del voto popular y de un destino tan claramente manifestado, fortificaron su convicción de que debía responder a ambos no permitiendo que los manejos de la oposición republicana ni las intrigas anteriores de su propio partido le arrebatasen el puesto.

Ruptura con Smith

Su único rival de consideración entre los demócratas era Smith. Por entonces, las relaciones entre los dos íntimos se habían enfriado bastante. Smith creía que su intervención en el nombramiento de Franklin para el puesto de gobernador le daba derecho a una especie de tutela sobre su amigo. Durante mucho tiempo estuvo esperando que Roosevelt le pidiera consejo y protección. Pero Roosevelt era hombre que gustaba de volar libremente, guiado por su solo criterio. Desde entonces Smith se dedicó a analizar, con esa lupa implacable de la predisposición malévola, toda la labor de su antiguo amigo. No faltaban ciertamente motivos para una discrepancia radical. Si Smith había combatido los abusos de las compañías de energía eléctrica,

Roosevelt proyectaba su exterminio, dejándolas reducidas al simple papel de agencias de distribución al servicio del público. Mientras Smith había procurado un tratamiento generoso, pero simplemente filantrópico a los parados e indigentes, Roosevelt estableció pensiones que abrían el camino a más vastos planes de reforma social. Smith había producido una legislación para favorecer la venta de los productos agrícolas, pero Roosevelt pretendía remover de arriba abajo y robustecer la agricultura mediante la dirección y la asistencia estatal.

La incompatibilidad no nacía, pues, de discrepancias sobre el punto en que una misma política debía ser detenida, sino de diferencias esenciales de principio. Ahondando más se encontraría también la incompatibilidad de dos caracteres. Smith, hombre del pueblo, estaba ligado a Tammany Hall y a financieros e industriales, como el multimillonario Raskob, que en 1928 había intervenido en la preparación de sus elecciones, al paso que Roosevelt, aristócrata, era tan enemigo de los caciques de su partido como de los hombres de negocios. Smith era un contemporizador y, en última instancia, un conservador que intentaba mitigar los efectos sin atacar las causas, sin alterar fundamentalmente el estado actual, mientras que Roosevelt no veía el remedio más que en una modificación profunda del orden económico establecido. Es singular esta paradójica situación que colocaba a los dos amigos en posición contraria a la que suelen adoptar el hombre de origen humilde y el hombre de alcurnia y fortuna, pero tal vez por su procedencia y su holgura económica, que le permitían alejarse de la agitación de los negocios y de las intrigas políticas, pudo Roosevelt elevarse a concepciones más nacionales y más humanas.

Sin duda, Roosevelt sintió como un desgarramiento la ruptura con su amigo. Sus adversarios no han omitido la acusación de ingratitud. La verdad es que por dos veces había trabajado abnegada e infructuosamente por la elección de su amigo. ¿Era justo que siguiera sacrificando su persona y su partido cuando la presentación de Smith seguramente levantaría de nuevo el prejuicio religioso

contra él? Aquella enorme mayoría le señalaba con toda claridad su camino, y a su mandato debía rendirse.

Inmoralidad municipal

Fuera de su partido, la oposición republicana se aprovechaba del escándalo de la administración municipal neoyorquina presidida por el alcalde Walker, demócrata como Roosevelt y hombre de Tammany Hall. Si Roosevelt destituyese al alcalde, perdería el apoyo de «los máquina» del partido; en caso contrario, perdería su autoridad moral y acaso quedase tachado de connivencia y complicidad. Evitar los dos términos del dilema, deslizarse incólume por aquel camino tortuoso y resbaladizo entre Scila y Caribdis exigía una habilidad y una astucia insuperables.

En sus investigaciones, el juez Seabury puso al aire la nauseabunda podredumbre de la administración municipal de Nueva York y entregó su informe al hombre que iba a ser presidente, como una bomba dirigida contra él. La oposición pedía un barrido a fondo que habría irritado a Tammany Hall. La táctica de Roosevelt consistió en dejar acumular contra Walker una prueba tan gigantesca que el propio Tammany Hall terminase por considerar excesiva la inmoralidad de su protegido. Así, en vez de detener las investigaciones judiciales, las permitió y aun estimuló.

A esta táctica ayudaban sus propios enemigos, empeñados en agravar la situación de Walker y, de rechazo, la de Roosevelt. Cada día surgían nuevos cargos contra el alcalde, que pidió tiempo para preparar su defensa. Con ello quedaba aplazada la resolución hasta después de la Convención del partido demócrata. Una vez designado candidato, Roosevelt promovió nuevas investigaciones, hasta que al fin, el 11 de septiembre de 1932, dos meses antes de las elecciones presidenciales, Walker dimitió por propio impulso. Había sido arrojado de la administración, pero no directamente por Roosevelt. «Fue –dice Johnson[47]– uno de los juegos más intrincados y diestros»

[47] Gerald W. Johnson, *op. cit*. (N. del Ed.)

en la política interior de los Estados Unidos. Los republicanos, que creían haber cerrado a Roosevelt todo escape, le vieron, asombrados, escapar a todas las trampas tendidas en su camino y, cuando ya le creían cogido, emerger sano y salvo a las mismas puertas de la Casa Blanca.

Candidato a la presidencia

Entretanto, Roosevelt no había perdido su tiempo en la preparación de la lucha electoral. Constaba esta de dos fases: allegar todos los votos posibles del partido para ser designado en la Convención demócrata y procurar después la mayor suma de votos populares en la elección. Eran dos labores distintas que exigían auxiliares también diferentes. En el estado de Nueva York, Franklin disponía de dos consejeros: Samuel Rosenman y Luis Howe, pero el primero era un abogado y no un político, y el segundo, aunque político, no conocía más que los asuntos del estado. Para la primera labor Roosevelt escogió a James A. Farley, un negociante en materiales de construcción, y para la segunda a Raymond Moley, profesor de la Universidad de Columbia. Farley actuaría como manager o electorero en la Convención, y Morley como teórico para elaborar, de acuerdo con el candidato, un programa político de reformas capaz de reunir en torno a Roosevelt todos los posibles sectores nacionales.

Farley viajó por todo el país, supo conquistar en cada estado a los hombres decisivos del partido y, en suma, realizó tal labor, que ya en la primera votación, en la Convención de Chicago, Franklin reunió 661 votos de los 778 necesarios para obtener la mayoría reglamentaria. Los otros dos aspirantes a la designación eran Garner y Smith. Los votos de Roosevelt subían a cada escrutinio, pero los adversarios no acababan de rendirse. Farley trabajó cerca de Mac Adoo y Garner. Al comenzar la votación undécima, aquel, resentido con Smith, su rival en la Convención de 1924, y este, con la promesa de ser designado para la vicepresidencia, dieron los votos de los cuarenta y cuatro delegados de California y los cuarenta y seis de

Texas a Roosevelt. Otros estados se les agregaron. De los 1.154 votos, 945 fueron para Roosevelt. Smith se negó a añadir sus 109 votos, que habrían hecho unánime la candidatura. «La ruptura –dice un biógrafo– fue triste, pero simbólica. Aunque nadie se dio cuenta, aquel día el liberalismo de 1920 había sido vencido por la idea del *New Deal*»

New Deal: «nuevo trato, nuevo reparto de cartas, nueva distribución de la riqueza»; toda esta revolución quedó simbolizada en la forma como se presentó Roosevelt a los delegados que acababan de votarle. La tradición era que el candidato designado esperase en su casa la notificación, como si no conociera nada de lo que estaba ocurriendo en la Convención; después se dirigía a esta, sin revelar, con la prisa, ambición o entusiasmo por el cargo. Esta costumbre, como la de aplazar la toma de posesión del presidente elegido en noviembre hasta marzo, provenía de los viejos tiempos en que no existían comunicaciones rápidas. En la época de la radio y de los aviones era una ficción. Roosevelt, que había oído su designación por la voz de su receptor en su casa de Albany, se plantó de un brinco, por vía aérea, en Chicago. Le acompañaba su mujer, que había trabajado su elección por medio de las organizaciones femeninas; esta innovación representaba también la ruptura con una hipocresía que suponía a las mujeres dedicadas a sus labores, sin participación alguna en los afanes políticos de los hombres.

«La presencia ante la Convención nacional –dijo a los delegados– de su candidato a la presidencia para recibir la notificación formal de su proclamación es algo sin precedentes y desacostumbrado; estos tiempos son también desacostumbrados y sin precedentes... Yo quiero en esta campaña evitar toda hipocresía, todo falso rubor... Me habéis designado; lo he sabido y he venido aquí en un vuelo para agradecer el honor. Considerad como un símbolo el hecho de que rompa de esta suerte con las tradiciones. La tarea de nuestro partido será en adelante romper con las tradiciones absurdas y dejar a los dirigentes republicanos que, a su vez, rompan con sus promesas... Los jefes republicanos dicen que las leyes económicas, sagradas, inviolables, inmutables, producen crisis y depresiones

que nadie puede evitar. Pero mientras charlan de este modo sobre las leyes económicas, hombres y mujeres perecen de hambre. Las leyes económicas no son obra de la naturaleza, sino de los hombres. Os prometo y me comprometo a dar un *New Deal* (nuevo trato) al pueblo americano. Esto es algo más que una campaña política; esto es un llamamiento a las armas».

Durante la crisis, Roosevelt se había abstenido de profecías optimistas sobre el pronto retorno de la prosperidad. Tampoco auguró desdichas sin cuento. Trabajaba dentro de los límites de su estado por remediar con medidas muy concretas algunas de las consecuencias de la depresión. Prefería ser eficaz en una esfera reducida a debilitar su esfuerzo pretendiendo abarcar un ancho círculo. Sobre todo, observaba desde su magnífica atalaya de Albany, bastante cercana a la gran ciudad de la banca y de la industria y al mismo tiempo suficientemente lejana para no dejarse absorber por su tráfago. Y lo que observó fue eso: que las leyes económicas son obra de los hombres. Para ayudarle en su estudio y modificación había llamado a Raymond Moley.

El «Trust cerebral»

La carrera de Moley había comenzado como inspector de escuelas en una pequeña ciudad de su estado natal, donde acabó siendo alcalde, para pasar después como profesor de una escuela superior a Cleveland y como auxiliar a la Universidad de Columbia. A los tres años dejó este cargo para dedicarse a la persecución de criminales en siete estados. Cuando Roosevelt le requirió, explicaba Derecho público en Columbia, pero no era conocido del mundo más que como uno de los detectives más eminentes de los Estados Unidos. «La primera gran impresión que recibió el país de que algo nuevo se había agregado a los políticos americanos fue la aparición en escena de Mr. Moley; en Alemania, donde se cuidan mucho de los títulos académicos, hubiera sido el "señor profesor doctor Moley", y nunca habría dejado de escribir "Ph. D." después de su nombre. Pero en América no hacía gran hincapié en su profesorado o doctorado,

prefiriendo ser conocido como uno de los principales expertos en crímenes». Hubo quien se asombró de que Roosevelt llamase a su lado a una especie de Sherlock Holmes. Una facultad fundamental poseía Moley, que había seducido a Roosevelt al leer sus informes y que lo mismo podía servirle en sus investigaciones detectivescas que en sus trabajos científicos: su facultad de análisis para desmenuzar la idea más compleja hasta sus últimos elementos, deducir conclusiones con la lógica más rigurosa y presentarlas después con extraordinaria claridad. Pero la tarea de articular y desarrollar en detalle, completar, documentar e ilustrar un programa, según las ideas previas de Roosevelt, era tan excesiva como múltiple para un hombre solo, y Moley obtuvo de Roosevelt permiso para llamar a su lado a especialistas de cada ramo. Cuenta Moley haber estado toda una noche con Rosenman y O'Connor, el antiguo compañero de bufete de Franklin, discutiendo el programa; para cada tema Moley sugería el nombre de un técnico. Casi todos los nombrados aquella noche como posibles consejeros eran profesores; muchos no fueron utilizados; otros se apartaron por sí mismos al advertir sus discrepancias con el candidato; otros fueron consultados para cuestiones particulares; ninguno recibió nunca sueldo, y, después del triunfo, solo algunos, como el propio Moley, ejercieron puestos, y estos, secundarios.

Adolphe Berle era el especialista en materia de bancos y líneas ferroviarias; George Warren, profesor de la Universidad de Cornell, el técnico en ciencia agraria; James Rogers, profesor de la Universidad de Yale, el teórico del dinero; Rex Tugwell era profesor de ciencias económicas y políticas en la Universidad de Columbia, y el general Hugh Samuel Johnson, un «gran cañón» de la política americana y hombre de negocios. Formaban también en el grupo original los ya citados Rosenman y O'Connor, Charles W. Taussig y Lewis Douglas, entendido en cuestiones presupuestarias. Entre los consultados se citan a Félix Frankfurter, Samuel Baruch y M. L. Wilson.

Siempre los candidatos y los presidentes habían tenido a su lado consejeros, pero la característica de esta organización particular

de Roosevelt era el predominio de los profesores, la casi ausencia de hombres de negocios y la ausencia completa de políticos; una novedad insólita en Washington. El mundo de los banqueros, industriales y comerciantes tembló horrorizado al ver junto al futuro presidente a un grupo de intelectuales, gentes de ideas y teorías, autores de libros. Todos los calificativos peyorativos que la imagen del intelectual suscita en los hombres de acción y energía fueron lanzados contra los miembros del consejo privado de Roosevelt: orgullosos, ambiciosos, idealistas, utópicos, revolucionarios, pueriles. Se les veía como a hombres misteriosos que manipulaban en secreto la sustancia vital norteamericana, entregados a cavilar diabólicos experimentos y mágicos conjuros cuyo resultado imprevisible asustaba. Nadie sabía exactamente quiénes eran ni qué hacían. De cuando en cuando parecía advertirse como un humo azufrado saliendo de la chimenea de su cueva de nigromantes. Para unos eran alquimistas ridículos empeñados todavía en hallar la piedra filosofal; pero otros temían que, como el aprendiz de brujo de Goethe, desatasen las ignotas fuerzas telúricas sin conocer la fórmula encantatoria para volverlas, sumisas, a su sitio.

Un periodista, James Kieran, del *New York Times*, fue quien, al observar el gran número de técnicos de todas las especialidades en torno a Roosevelt, acuñó la frase afortunada que sintetizaba a la vez la burla sardónica y el temor supersticioso suscitados por la misteriosa organización. En uno de sus reportajes políticos le llamó «The Brain Trust» (Trust cerebral), y con ese nombre ha quedado en la memoria de las gentes y en la historia política. No era, repetimos, nada nuevo; la novedad residía en las condiciones en que trabajaba. Los consejeros de otros candidatos y presidentes habían trabajado bajo la coacción de los votos, para asegurarse el concurso de diferentes sectores electorales; pero Roosevelt sabía que el pueblo deseaba únicamente una cosa: terminar de una vez con la política pasiva de Hoover. Cualquier candidato de cierto rango y autoridad tenía asegurado el triunfo, a condición de prometer alguna cosa, cualquiera que fuera, salvo la inacción del presidente ingeniero. ¡Qué contraste entre el pueblo que unos años antes se creía llegado a la meta y ahora se contentaba con cualquier cosa! Roosevelt y sus

colaboradores tenían carta blanca para elaborar con toda libertad un programa conforme a los principios que creían eficaces, sin sujeción a ninguna conveniencia electoral ni a ningún prejuicio de partido. Nunca un político se ha visto en condiciones semejantes.

Los miembros del «Brain Trust» comprendieron que tenían ante sí la única ocasión de transformar el país y aceptaron el encargo con el mayor entusiasmo. «Fueron –dice Johnson– los hombres más felices de América. Trabajaron prodigiosamente. No comían, no dormían; recorrían el país en tren, en avión, en automóvil, hasta caer rendidos de fatiga física. Elaboraban informes, cuadros estadísticos, gráficos, hasta quedar agotados por la fatiga mental. Nervios rotos, estómagos estropeados, cabezas mareadas. Pero todo esto era la superficie; por debajo latía la convicción de que estaban cumpliendo una gran misión»[48].

Campaña electoral

Hubo, naturalmente, críticas para todos los gustos. Si por un lado se decía que Roosevelt, vacío de ideas, las encargaba a sus consejeros, por otro se tachaba a estos de no ser más que una especie de amanuenses dedicados a las tareas secundarias de la secretaría de un político. Ambas críticas carecían de fundamento; Roosevelt y sus amigos trabajaron en estrecha elaboración. Roosevelt modificaba sus ideas según los resultados de la labor o, por el contrario, el «Trust cerebral» ajustaba sus trabajos a las intuiciones de Roosevelt. Roosevelt escribía sus discursos de propaganda insertando algunas fórmulas claras y expresivas halladas por sus colaboradores o, por el contrario, modificaba, conforme a su peculiar concepción y propio estilo, las exposiciones que estos le entregaban. Él las absorbía para devolverlas en su oratoria transparente y cautivadora. La verdad es que el pueblo, obsesionado por el deseo de cambio, no reparaba mucho en el contenido de los discursos de Roosevelt, pero cuanto hizo después,

[48] *Ibid*. Johnson concluye (p. 136): «Underneat it was the conviction that they were doing a grand job, that they were doing it well, and that they were winning. Of course they were happy». (N. del Ed.)

en los primeros tiempos de su presidencia, que sorprendió como una súbita tempestad, había sido anunciado con toda precisión y claridad.

La campaña electoral comenzó después de un viaje de descanso en un pequeño yate. A su final Franklin, acompañado siempre de su mujer, había recorrido 26.200 kilómetros en tren especial y había pronunciado por término medio doce discursos diarios. «He aquí, entre vosotros –decía en uno–, al enfermo inválido de que hablan mis enemigos. Hoy he pronunciado ya quince discursos. Este será el decimosexto». Sus enemigos habían intentado anularle con la tacha de incapaz. «Como estoy seguro de vuestra honradez –les contestó–, me declaro dispuesto a someterme a un examen detenido de mis facultades físicas y os autorizo a publicar el resultado sin ninguna censura por mi parte». Un comité médico, constituido por el presidente de la Academia de Medicina de Nueva York, un médico general, un ortopedista y un neurólogo, emitió un dictamen favorable, que concluía: «Estamos persuadidos de que su fuerza y su resistencia están en estado de responder a todas las exigencias de la vida privada y pública».

Nunca había ocultado su enfermedad; nunca se lamentaría, como Guillermo II en sus *Memorias*, de haber vivido en una actitud forzada de arrogancia militar para disimular la atrofia de su brazo; por el contrario, haber vencido su dolencia a fuerza de voluntad y mediante el espíritu era la gran hazaña de su vida. Si la enfermedad le reportaba simpatía, su victoria le valía la admiración. Poco después de ser elegido, decía en Warm Springs a sus colegas de enfermedad: «Hemos demostrado que personas como nosotros son capaces de remontar algunas pequeñas miserias físicas que, en fin de cuentas, no tienen más importancia que un puñado de habichuelas».

El programa

En sus viajes de propaganda electoral a través del país había formulado diversos puntos de su programa: avance de la edad de retiro pensionado desde los setenta a los sesenta años; publicación

de la cifra de beneficios de los directores de empresa; prohibición de cultivar tierras poco adecuadas; prohibición de acelerar la producción de nuevas mercancías, cuando el poder adquisitivo se había reducido a la mitad; seguro contra el paro; medidas contra la inflación del crédito y la acumulación del dinero en manos de las grandes empresas y de «los titanes de las finanzas»; declaración de los derechos económicos del individuo, paralela a la declaración constitucional de los derechos políticos.

Estas eran propuestas concretas sobre determinados problemas; la doctrina fundamental quedaba siempre expuesta entre medias. En su famoso discurso en el «Commonwealth» de San Francisco (23 de septiembre de 1932) encontró su completa formulación. Era, sencillamente, la afirmación del hombre, de su voluntad y libertad contra el desencadenamiento ciego de las fuerzas económicas; era la doctrina más adecuada para restituir la confianza en sí mismo al hombre que se sentía arrastrado inexorablemente por un mecanismo que, establecido por él, se le había desbocado, ya sin freno ni control; era, en suma, la reinstalación de los valores humanos morales en un mundo puramente técnico y económico.

«Estos desgraciados tiempos –decía– exigen concepciones nuevas, que se apoyen sobre las fuerzas humanas olvidadas y supongan de nuevo una fe en el hombre, base de la pirámide económica». «Las consecuencias de la gobernación han sido siempre comprobar si los hombres y mujeres, individualmente, han de servir a un sistema de gobierno o de economía, o si un sistema de gobierno o de economía existe para servir a los hombres y mujeres...». Roosevelt afirmaba en seguida sus preferencias por el último término del dilema, remontándose a la polémica entre Hamilton y Jefferson. Con el triunfo de este en 1780, «empezó en la vida política americana el nuevo día, el día del individuo contra el sistema, el día en que el individualismo se convirtió en la gran consigna de la vida americana». Después examinaba las fases del desarrollo económico de los Estados Unidos, que perturbaban esa consigna, para acabar proclamando su fin.

«A mediados del siglo XIX apareció una nueva fuerza y se creó un nuevo sueño. Esa fuerza es lo que hemos llamado la revolución industrial, el desarrollo del vapor y de la maquinaria y la aparición de los predecesores de las modernas fábricas industriales. El sueño fue el sueño de una máquina económica, capaz de elevar el nivel de vida de todos los hombres, de poner el lujo al alcance de los más humildes, de abolir las distancias por medio de la fuerza del vapor y de la electricidad y de manumitir a todos los hombres de la miseria de las tareas manuales más pesadas. Sobre este sueño se extendía, sin embargo, una sombra. Para realizarlo se requería el talento de hombres de enorme voluntad y tremenda ambición, puesto que por ninguna otra fuerza podían llevarse a cumplimiento y solución los problemas financieros e ingenieriles.

Tan manifiestas eran, no obstante, las ventajas de la edad de la máquina, que los Estados Unidos aceptaron sin temor, con alegría y creo que con razón, lo amargo junto con lo dulce. Se pensaba que no había precio demasiado alto para pagar los beneficios emanados de un sistema industrial perfecto. La historia del último medio siglo es, de consiguiente, en gran medida la historia de un grupo de titanes financieros cuyos métodos no fueron analizados con todo cuidado, sino elaborados por los resultados conseguidos, sin consideración a los medios empleados. Los financieros que llevaron los carriles hasta el Pacífico fueron siempre despiadados, a menudo manirrotos y frecuentemente corrompidos, pero hicieron los ferrocarriles, y ahí los tenemos hoy. Se ha calculado que el capitalista americano ha pagado por nuestro sistema ferroviario tres veces más de lo debido; sin embargo, el beneficio ha sido para los Estados Unidos. En tanto que hubo tierra libre, en tanto que la población crecía a grandes brincos, en tanto que nuestra industria fue insuficiente para satisfacer nuestras propias necesidades, la sociedad estuvo dispuesta a dar al hombre ambicioso carta blanca y recompensa ilimitada, bajo la única condición de que produjera la base económica, tan deseada.

Cuando ahora miramos hacia atrás, vemos que el cambio de marea se ha producido al final de aquella centuria. Hemos alcanzado la última frontera, ya no hay más tierras libres, y nuestras coaliciones industriales se han convertido en grandes,

incontroladas, irresponsables unidades de poder dentro del Estado... Evidentemente, todo ello está reclamando una nueva estimación de valores. Un simple constructor de más fábricas industriales, un creador de más ferrocarriles, un organizador de más corporaciones, es lo mismo un peligro que un auxilio. El día del gran promotor o titán financiero, que no hace más qué construir, ha pasado. El día de una administración inteligente ha llegado.

Nuestras grandes empresas se han construido ya; el problema consiste ahora en ver si bajo las condiciones actuales no se ha construido con exceso. Nuestra tarea ahora no es el descubrimiento o la explotación de los recursos naturales o la producción de más mercancías, sino la función, más sobria, menos dramática, de administrar los recursos y las empresas que ya tenemos; restablecer los mercados extranjeros para el exceso de nuestra producción, resolver el problema del menor consumo, ajustar la producción al consumo, distribuir la riqueza y los productos más equitativamente, y, en suma, ajustar las organizaciones existentes al servicio del pueblo. Tal como yo la veo, la tarea del gobierno en su relación con los negocios consiste en ayudar al desarrollo de una declaración de derechos económicos, a un orden constitucional económico. Esta es la tarea común del hombre de Estado y del hombre de negocios. Es la condición mínima para un orden más seguro y permanente de cosas. Esos derechos económicos primordiales son dos: el derecho de todo hombre a la vida, lo que quiere decir derecho a gozar una vida cómoda, y el derecho de todo hombre a su propia propiedad, lo que significa el derecho a que se le garantice hasta el límite más amplio posible la seguridad de sus ahorros... Si, de acuerdo con este principio, tenemos que restringir las operaciones del especulador, del manipulador e incluso del financiero, creo que aceptaremos estas restricciones como necesarias, no para entorpecer el individualismo, sino para protegerlo».

En estos párrafos esenciales del famoso discurso queda proclamado el fin de la «era del instinto» desenfrenado y el principio de la era de la inteligencia. Varias veces empleó en su oración la palabra «ajustar», ajustar tal cosa a tal otra; en resumen, se trataba de ajustar el ingente mecanismo económico a esa cosa tan pequeña que es el

hombre y restablecer el poderío inteligente del hombre sobre las ciegas fuerzas económicas. «Una nueva estimación de valores», lo que siempre supone una revolución.

Victoria

El 8 de noviembre de 1932 votó el pueblo de los Estados Unidos. Hoover, el representante de las fuerzas económicas, ya había visto desertar de su partido a grandes figuras republicanas: Hiram Johnson, Bob la Follete, George W. Norris, etc.; el día de las elecciones, todos los estados, menos seis, le volvieron la espalda. Roosevelt, el representante del hombre, venció por 22.813.786 votos contra 15.759.286.

XVI. EL PUEBLO UNIFORME

Época de ajuste

Terminaba la era de la expansión sin freno ni rienda; comenzaba la época del ajuste y de la proporción. En todas direcciones se había dado contra el tope; las tentativas de sobrepasarlo no habían logrado más que agravar la catástrofe. Roosevelt había planteado la cuestión en sus verdaderos términos al presentarla como un resultado fatal de la evolución económica del país. No se trataba, como creían Hoover y en general los financieros e industriales, de una de tantas crisis cíclicas en que el ámbito económico se contrae para dilatarse en seguida por sí mismo en un movimiento periódico y natural semejante al del corazón o de los pulmones. Era el término de una época histórica que ya no podría continuarse ni repetirse pasando otra vez por fases homólogas.

Aquella absoluta libertad, que valió a los Estados Unidos su gigantesca potencia productora, tocaba a su fin. La desenfrenada carrera hacia el éxito, tan fácil en un espacio llano, ancho y vacío, tendría que sujetarse en adelante a reglas y normas. Hasta entonces la libertad absoluta había sido posible, incluso conveniente. «Tan manifiestas eran las ventajas de la edad de la máquina –dijo Roosevelt en las citadas palabras de su discurso de San Francisco–, que los Estados Unidos aceptaron sin miedo, con alegría, y creo

que *con razón*, lo amargo con lo dulce». Él admitía la necesidad y utilidad de los titanes de la finanza en ciertos tiempos y en ciertas circunstancias, pero no los defendía, y mucho menos hacía su apología. Tampoco pretendía suprimir aquel raudal desbordante de acción y energía, sino armonizarlo con otros valores hasta entonces depreciados. Roosevelt era, ante todo, «una naturaleza armoniosa», como dice Ludwig[49], y armonizadora. Reconoce que la riqueza material es una de las bases indefectibles de todo bienestar individual y colectivo, y nunca tratará de quebrantarla en nombre de un principio moral; pero la situación ya era aquella que describe el famoso economista alemán Werner Sombart cuando, por el aumento de tráfico en una ciudad, es preciso dictar reglas de circulación, tanto para el mejor orden del mismo movimiento como para la seguridad de los individuos.

Un nuevo Estado

Por muy «jeffersoniano» que fuese Roosevelt, terminaba también aquel Estado flojo y laxo para el cual Jefferson apenas pedía más que la dirección de las relaciones internacionales. El pueblo norteamericano se había resistido a la idea de un Estado activo, siempre presente, visible y totalmente construido y estabilizado. Si amaba a sus instituciones políticas, era porque le ofrecían solamente un Estado poco gravitante, todavía sin cuajar, y le permitían soñarlo a su manera, siempre que fuera para un futuro lejano. Ningún tratadista expresaría mejor la relación del individuo con este Estado que aquel granjero del oeste al que preguntaron: «¿Es usted súbdito norteamericano?» «Yo –contestó– no soy súbdito; yo soy propietario de una finca en Oregón». Los inmigrantes que habían huido de los Estados europeos, demasiado maduros, vivían esa fase agradable de la lenta constitución de un Estado y una sociedad que el viejo continente ha atravesado hace siglos. Con ello gozaban de libertades, holgado margen de acción y posibilidades de éxito personal nacidas del carácter fluido de su Estado más bien que de las leyes y constituciones escritas. No habían atravesado épocas de

[49] Emil Ludwig, *op. cit.* (N. del Ed.)

feudalismo y absolutismo contra las cuales tuvieran que revolverse para conquistar cierto número de derechos; si había alguna amenaza de limitación de sus libertades, se hallaría en el futuro, no en el pasado. Toda transformación del Estado no podía ser más que para restringir, como todo cambio en la sociedad no haría más que estratificarla y quitarle la fluidez interior que permitía recorrer fácilmente todos sus niveles, del más bajo al más alto.

El programa de Roosevelt tenía, por tanto, que ser tachado por una parte del pueblo norteamericano –principalmente por los industriales y financieros– de romper y subvertir la tradición americana al aumentar los poderes gubernamentales contra la máxima jeffersoniana de que el mejor Gobierno es el que menos gobierna. En realidad, todos los grandes presidentes de los Estados Unidos –incluso Jefferson– han extendido en alguna medida los poderes del Estado a esferas antes intactas. Era inexorable, puesto que la casi totalidad de la vida del país quedaba fuera de su alcance y competencia y en ella se producían cambios constantes como resultado automático del mero crecimiento físico. Como ha dicho alguien de los impuestos en Roma, que «comenzaron por no existir», el Estado federal norteamericano no existió durante mucho tiempo, y solo la extensión de poderes lo ha ido formando lentamente.

Este aumento de facultades fue siempre «el reconocimiento del deber del Estado a ejercer en algún nuevo campo su poder fundamental de mantener el orden y promover el bienestar general». Pero, a diferencia de otras absorciones de poder por parte de gobiernos y estados, en los Estados Unidos nunca restringieron las libertades civiles del individuo ya existentes. Por el contrario, después de ellas el individuo ha vivido tan libre o más que antes. En este sentido, el programa de Roosevelt no es un rompimiento con la tradición de su país, sino su continuación. «Sabemos –decía en su famoso discurso– que la libertad individual y la felicidad individual nada suponen, a menos que ambas estén ordenadas de tal modo que lo que sea vida para uno no sea muerte para otro... Sabemos que el derecho a leer, pensar, hablar y escoger y vivir un modo de vida ha de ser respetado por encima de todo. Sabemos que la libertad

de hacer que se prive a los otros de estos derechos elementales se halla fuera de la protección del contrato, y que la gobernación, en relación con esto, equivale al mantenimiento del equilibrio en el cual todo individuo puede tener un puesto si quiere ocuparlo; en el cual todo individuo puede hallar seguridad si lo desea; en el cual todo individuo puede alcanzar el poder que su habilidad le permita y asumir la responsabilidad correspondiente».

Protección del individuo

Hasta entonces el individuo había triscado libremente, sin necesidad de freno o de protección; en 1932 ya era preciso que el poder del Estado le refrenase o le protegiese resueltamente contra otros poderes sociales, para asegurarle una amplia esfera de libre actividad. Pero esta entrada del poder gubernamental en campos antes intactos exigía un Estado más activo, más prieto y articulado. Lo que significa también más burocratizado. «Todo gran Estado moderno –escribe el sociólogo alemán Max Weber– depende tanto más de una base burocrática cuanto más viejo es, y esta dependencia es tanto más incondicionada cuanto que el referido Estado es mayor y, sobre todo, cuanto que es o está siendo una gran potencia»[50]. Sin mucha exageración puede decirse que hasta entonces Norteamérica había tenido un Estado amorfo, protozoario; un Estado en esas primeras fases de formación, cuando la administración se confía, en su mayor parte, a personas prestigiosas o que se las considera tales, y en su parte menor a una pequeña burocracia. Ahora se presentaba y se reconocía ya la necesidad de una gran organización estatal y burocrática continua y estable, con sinnúmero de facultades y competencias antes desconocidas. Por la misma fuerza de las cosas, el Estado federal norteamericano daba un paso adelante para aproximarse, sin llegar a la asimilación perfecta, a la estructura de los Estados europeos. Hemos de ver a Roosevelt en esta tarea de construir un Estado más Estado, como luego le veremos en la tarea, más elevada aún, de apretar el conglomerado de las razas inmigradas

[50] Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft, Grundriss der verstehenden Soziologie*, Tübingen, Mohr, 1922. (N. del Ed.)

hasta convertirlo en una nación, en un pueblo, lo que solo se logra golpeándolo duramente sobre el yunque de la historia.

Uniformismo

¿Cómo era este pueblo que debía gobernar Roosevelt al ser elevado a la presidencia para un dilatado período de mando, que, como dijeron sus enemigos, superó el tiempo medio de reinado de todos los soberanos ingleses? «¿Qué tipo de hombre –se pregunta el norteamericano Lewis Mumford– surge de la técnica moderna? Le Play preguntó una vez a su auditorio qué era lo más importante que salía de las minas, y después que unos dijeron que el carbón, otros que el hierro y alguno el oro, contestó él: "No, lo más importante que sale de la mina es el minero mismo"»[51]. Este período de expansión frenética, en que los armatostes de los pozos de petróleo se alzan junto a las iglesias y penetran hasta entre las tumbas de los cementerios de Texas, deja sobre la vasta extensión de los Estados Unidos un tipo de vida humana en que alcanzan su culminación y última potencia rasgos y tendencias que ya apuntaban en la evolución anterior. Todo cuanto antes estaba latente o esbozado se manifiesta ahora en toda su plenitud. Símbolos de esta época son el rascacielos, el automóvil, el confort, el cine, el *jazz*, las *girls* bailarinas, una doctrina filosófica: el pragmatismo, y una teoría psicológica: el *behaviorismo*. Lo que expresa el confort o los grupos de *girls*, lo expresa en otra forma el behaviorismo. Lo que dicen los rascacielos y el auto, lo dice también en modo filosófico el pragmatismo. Todo es una y la misma cosa.

En todos los países hay un tipo de vida uniforme para cada clase social o cada región, pero en ninguno cobra, como en los Estados Unidos, caracteres gigantescos y se extiende por todas las clases y regiones. «Allí –escribe Keyserling– existe un nivel de vida unificada para todos y cada uno. Por grandes que puedan ser las diferencias en ingresos y fortunas, todos los americanos viven, en gran parte, de la misma manera. Es tan difícil vivir allí en un estilo

[51] Lewis Mumford, *Tecnichs and Civilization*, New York, Harcourt, Brace and Company, 1934. (N. del Ed.)

cualitativamente distinto de la mayoría, que los ricos que todavía conservan idiosincrasia individual pasan varios meses en Europa para poder hacerlo».

Este uniformismo es, sin duda, un ideal social norteamericano, pero es también un resultado de la producción en masa y en serie. Esta inunda el país con sus mercancías reducidas a unos cuantos tipos e impone, a su vez, un género de vida también estandardizado. Todo el este de los Estados Unidos comía la carne de Chicago; todo americano recibía la goma de mascar de Wrighy, todos los aparatos fotográficos de Kodak, todas las estilográficas de Waterman. Claro es que si no fuera un ideal social, o al menos una tendencia congénita del hombre norteamericano, el uniformismo nacido de la máquina jamás habría sido aceptado tan sumisamente, pero ambos factores se multiplican uno por otro, e intensificando mutuamente sus efectos, extienden la uniformidad desde el interior de las habitaciones, pasando por las ropas, comidas y diversiones, a las ideas.

La identidad general de ideas hace para los pocos disconformes efecto de opresión. Solo en este sentido es verdad la frase de Dickens: «Creo que no hay país en el mundo donde exista menos libertad de pensar sobre un tema que se presta al disentimiento». Y la de Chesterton: «Se movilizan masas humanas no para instituir una discusión saludable, sino para procurarles el placer de la unanimidad». El pensamiento libre se inclina allí libre y espontáneamente a la conformidad. Encontrarse conforme es, en efecto, un placer, tanto, por lo menos –si no más–, como encontrarse disconforme. En contraposición al europeo, que es un discrepante nato, con los demás y con el cosmos entero, el norteamericano está, en general, de acuerdo con cuanto le rodea. Este uniformismo colectivo no le ha sido impuesto. Es emanación suya; le envuelve y se adapta a su cuerpo como una camiseta de *sport*. Es voluntario y no compulsivo; próspero y no mísero; alegre y no triste. Lo que tiende a generalizarse es el tipo de hombre dichoso y optimista. Cuando el norteamericano exclama patrióticamente: «¡Mi América!», piensa en *America, the land of plenty*, tierra de plenitud y abundancia, que le da cuanto pide y apenas le exige. En el seno de este colectivismo

queda margen libre para la iniciativa individual, que, por otra parte, no suele proponerse más que aumentar la uniformidad, como cuando Ford democratizó el automóvil.

Es conocida la observación de que los norteamericanos son, hasta en su pergeño físico, ejemplares más o menos fieles de un tipo *record*. Hay un único modelo de belleza femenina, tan establecido y aceptado, que, según cuenta Maurois, en Kansas se recibió una carta dirigida a «la muchacha más bella de la ciudad» y el cartero no vaciló en quien fuera la destinataria. Es una belleza colectiva, sin diferenciaciones individuales ni psicológicas, que solo expresa el funcionamiento maquinal perfecto de un cuerpo joven y promete únicamente, como dice el poeta T. J. Eliot, «una felicidad neumática»[52]. Cuando en 1923 Europa conoció las *girls* de Teller, ¿cuál fue la causa de la sensación? Simplemente, la acumulación cuantitativa de ejemplares de un mismo tipo, como productos estandardizados, en serie, que se movían con movimientos automáticos, reproducción exacta unos de otros, a modo de máquinas de bailar, impulsadas por una rítmica tecnológica, sin la menor intención de expresar idea estética, sentimiento profundo o pensamiento trascendente. Ante aquel espectáculo, un pensador alemán se preguntaba entonces: «¿Qué contenido cultural, qué concepción del mundo y de la existencia humana se oculta tras de este fenómeno?». Y para descubrirlo escribió un grueso tomo, *Girl-Kultur*, con capítulos titulados por este estilo: «El trasfondo metafísico»[53].

Rascacielos

El rascacielos crece también por la acumulación y superposición de pisos; abruma por la masa, busca la impresión por medio de la mera

---

[52] Alusión a los versos: «*Grishkin is nice: her Russian eye / Is underlined for emphasis; / Uncorseted, her friendly bust / Gives promise of pneumatic bliss*» pertenecientes al poema «Whispers of Immortality» que T. S. Eliot recogió en *Poems*, London, The Hogarth Press, 1919. (N. del Ed.)

[53] Fritz Giese, *Girlkultur. Vergleiche zwischen amerikanischem und europäischem Rhythmus und Lebensgefühl*, München, Delphin-Verlag, 1925. (N. del Ed.)

repetición cuantitativa. Está inspirado por el principio aritmético de que a toda cantidad se le puede añadir siempre una unidad más. No es solo la conquista de la vertical por falta de espacio horizontal. «Es –dice Waldo Frank– la estilización deliberada de un ideal tanto como lo fueron la flecha gótica de la antigua iglesia europea o la pirámide en Egipto; estos altos edificios del comercio son templos erigidos a los dioses americanos de la era del instinto: la magnitud, la masa, la igualdad democrática, el despliegue de la superficie». En 1902 se construyó en la calle 23 el *Flatiron Building*, el primer rascacielos desde los tiempos de Babilonia. Actualmente hay treinta y seis grandes rascacielos en Nueva York, dedicados a otras tantas potencias: la velocidad, la chispa eléctrica, las ventas a plazos, el petróleo... Estas altas termiteras urbanas son máquinas, cuidadas por equipos de ingenieros, que segregan socialización y uniformismo sobre toda la ciudad.

En ellas, como en las otras viviendas modernas, el inquilino, reducido al espacio mínimo, encuentra todos los servicios comunes con los demás inquilinos, incluso la servidumbre. Es la colectivización de la vida doméstica. Hay edificios especiales para médicos con laboratorios, quirófanos y clínicas comunes donde se siguen los métodos en cadena de Ford. Hay también *funeral houses*, verdaderos hoteles para muertos, con cámaras fúnebres, salas para las visitas de pésame (en las casas no hay sitio) y cuartos de baño para los familiares que acompañan el cadáver. Unos son módicos como un hotel *meublé*; en otros, tan caros como un Ritz, se puede elegir para el difunto el «Napoleon Room», de estilo Imperio, la «Cámara de reposo Luis XV» o la relumbrante «Cámara de Oro». Al lado del cadáver, un gramófono canta: *Nearer, my Good, to Thee* (Más cerca de ti, Dios mío). En el cuarto contiguo, otro muerto, otra familia, otros visitantes y otro gramófono. Y lo mismo en el de más allá y en todos los demás cuartos. Es la muerte y el dolor repetidos $n + 1$ veces como los pisos del rascacielos. Si una cámara cinematográfica nos mostrara sucesivamente estas estancias y por una visión retrospectiva la vida de cada uno de los difuntos, ¿hallaríamos algo diferente en todas estas existencias humanas?

En las casas particulares, los botes de conserva, los utensilios domésticos maquinizan y uniformizan todos los aspectos de la vida privada. Cuando un ama de casa abre el bote de la *Campbell's Vegetable Soup*, puede estar segura de que millones de amas de casa están abriendo botes iguales en aquel mismo instante. Si el Estado se encargase de la alimentación de todos los habitantes, hiciera la comida en grandes calderas a modo de rancho y la distribuyera igualitariamente en botes, el resultado sería muy parecido. Es la alimentación en serie, estandardizada y colectivizada. Pero lo que más agradece el norteamericano a la máquina es que, después de rendirle grandes ganancias o altos salarios en la fábrica, le manumita de los pequeños quehaceres domésticos, poniendo a su disposición un ejército de servidores dóciles y silenciosos. Es afición muy antigua. Hemos citado la casa mecanizada de Edison, pero ya en el siglo XVIII, Benjamín Franklin, el único verdadero «americano ciento por ciento» que ha existido, tenía en su sillón un pedal que movía un abanico y un brazo mecánico que le permitía tomar, sin levantarse, cualquier volumen, grueso o delgado, de cualquier estante, alto o bajo, de su biblioteca. Recordamos a El Karchi, gran morabito de los eruditos musulmanes, a quien Alá concedió un cuello tan largo como el de los camellos para que pudiera consultar los innumerables volúmenes de que siempre estaba rodeado. A la casa norteamericana solo le falta que todo eche a andar a una señal dada desde una central de radio como a la voz de esas hadas benéficas que mueven mágicamente las escobas para descargar de trabajo a sus protegidas cenicientas.

A esta aplicación de la máquina a la economía privada es a lo que llaman confort doméstico, que, con sus aparatos, les impone la misma «taylorización» que reina en la fábrica. Después de las comidas, marido y mujer forman una pequeña «cadena». Pero los hombres atareados comen en la calle, en los restaurantes automáticos, especie de taxis alimenticios. Cada plato es una cifra en una registradora, una ficha que liberta una palanca; máquinas sirven y cobran y acaso guisan. Impera la confección en serie de

la ropa, más por rápida que por barata. Bergdoff Goodman vende a las elegantes a precios desorbitados desde el calzado de la mañana al armiño de la noche; es un bazar para multimillonarios. «El *tout-fait* –escribe Marc Chadourne– es el destino y el castigo de estas bellezas perfectas a quienes ni el lujo permite la evasión. Bellezas en serie, vidas en serie, las americanas conocen casi todas ese destino que pesa a veces hasta el horror sobre su gusto por la singularidad. Si para hurtarse a él, las más intrépidas se lanzan a las bodas o a la aventura, su destino las devuelve enteras, intactas, lúcidas, desesperadas de encontrarse igual que antes, irrompibles, intercambiables, americanas».

El auto

—No enseñe usted al niño –decía una madre al aya de su hijo– más que los primeros rudimentos del andar, porque toda su vida tendrá automóviles. Probablemente la anécdota es falsa, como casi todas las buenas anécdotas, pero encierra un profundo sentido: la extensión del maquinismo a los aspectos más vitales del hombre. El auto se ha convertido en todas estas cosas: en una necesidad, en una manía y en una segunda naturaleza. Cuando en sus horas libres el norteamericano no está en el hotel, el *dancing* o en el cine –la casa apenas la utiliza más que para dormir–, es que está en el auto o en el tren o en el avión; su vida transcurre, dice Cechi, entre un continuo sonar de portezuelas[54]. Se alababa la máquina porque crea ocios para el descanso, el estudio o la reflexión; no se caía en la cuenta de que también se inventarían máquinas para raptar al hombre en esos momentos de quietud. El elogio habría sido justo si no hubiera aparecido el automóvil, que destruye las horas meditativas, como otros dos aparatos, el gramófono intermitente y la radio eterna, destrozando igualmente el silencio y la soledad fecunda, completan esa continua extroversión a que está sometido el norteamericano por la irresistible potencia de todas las máquinas que se han inventado para centrifugar el alma humana. Acaso en todo el día no goce de ocio completo más que cuando se tiende a lo largo en la peluquería

[54] Emilio Cecchi, *America amara*, Firenze, Sansoni, 1939. (N. del Ed.)

y sus facciones contraídas se aflojan por el efecto sedante de paños calientes, ungüentos y masajes.

Un pensador norteamericano decía a sus compatriotas: «Si ni una sola vez os abandonáis sobre la poltrona en que estáis sentados y, por el contrario, tenéis de continuo los músculos de brazos y piernas a media tensión como para poneros en pie de un momento a otro; si respiráis dieciocho o diecinueve veces por minuto en vez de dieciséis y jamás expeléis todo el aire de vuestros pulmones, ¿qué disposición mental podéis tener que no sea de expectación y ansia y cómo es posible que el porvenir y sus temores abandonen vuestro espíritu?». En Estados Unidos ha habido que predicar «el evangelio del abandono». *Fuerza por el reposo* (*Power Through Repose*) se llama el librito de Miss Annie Payson[55], que el filósofo William James, cuyas son las palabras transcritas, recomendaba a estudiantes y maestros.

Cine y *jazz*

Luego estaba el cine con sus directores capaces de convertir una Venus estúpida en una estupenda actriz, con sus estudios en que entran a las horas de trabajo tantas bellezas *record* como obreros en una siderurgia, con sus cintas de celuloide cuyo valor al peso solo aventaja el radio, con su genio para la manufactura, el comercio y la publicidad; con su Hollywood, encarnación del éxito fulgurante, factoría inmensa dedicada a la producción de ensueños estándar para el consumo de multitudes que se han quedado sin fantasía. Nacido en Europa como un experimento científico, en Estados Unidos se ha hecho gigantesco, colectivo –el único arte colectivo que ha parido nuestra época–, porque solo allí podía encontrar las condiciones de técnica y público apropiadas para una producción industrial intensiva y un consumo en masa calculable como el de una conserva o un auto.

Toda la acústica de esta vida mecanizada ha sido absorbida por el *jazz*. No lo han logrado directamente los norteamericanos,

[55] Annie Payson Call, *Power Through Repose*, Boston, Roberts Brothers, 1891. (N. del Ed.)

descendientes de Inglaterra, tierra sin música, sino a través de los negros, seres próximos a los ritmos primordiales de la sangre y de la tierra. Fueron los negros quienes primero sintieron intuitivamente el ritmo mecánico, y después de digerido lo devolvieron en forma ya asimilable e imitable para todos. Hoy la gente podría bailar al son de una dinamo, y de hecho baila frenéticamente sin más música que el tambor de un negro, cuyas síncopas no parecen pausas musicales, sino fallas de la máquina y asistolias del corazón. El negro encontró la voz epigástrica, ventrílocua del saxofón, y apoyados uno en otro ascendieron al quinto cielo de la Quinta Avenida desde aquel café infecto de la 31 Avenida de Chicago en que Jasbo Brown tocaba el trombón de pistones con virtuosismos de violinista. Tin-Pan Alley, centro de la industria gramofónica, fue el Detroit, la fábrica fordista de la música, con ingenieros y su cadena de compositores, orquestadores, autores de letras, directores, radioelectricistas, técnicos del sonido que producían diariamente centenares de discos nuevos. Ochenta millones se vendían al año.

Pragmatismo

Sobre esta existencia corrían oleadas de vago idealismo, esoterismos, teosofías, mesianismos especiales para blancos y para negros. No puede hablarse de filosofía en el sentido europeo; los que pretendían alguna no hacían más que dar una base racional a la acción instintiva americana. Eran tan americanos como el resto. Ya Emerson decía que su metafísica tenía finalidades de uso y utilidad, y el pragmatismo, la única doctrina filosófica –si merece este nombre– que ha engendrado Norteamérica, es la filosofía del éxito. Nació de la entraña de la vida norteamericana como el auto para todos. La «inventó» William James, como pudiera inventar una caja registradora. De él decía su hermano: «Es un muchacho muy ingenioso; hubiera inventado otras muchas cosas si no fuese tan distraído».

No bastaba al norteamericano el empirismo inglés. Verdad, dice todo positivismo, es solo aquello que se puede probar experimentalmente.

Esto implica, en gran medida, la sumisión pasiva a los hechos. El pragmatismo más agresivo y dinámico da un paso adelante; no es la filosofía de los hechos, sino de la acción. El espíritu no es para él un instrumento de conocer y pensar, sino de rendimiento. La prueba de la verdad de una proposición es su éxito en el dominio práctico. Si realiza nuestro propósito es cierta; en caso contrario es falsa. Así quedaban justificados «metafísicamente» los métodos norteamericanos. Al conseguir éxito no solo eran fecundos prácticamente; eran, además, verdad física y moral. Es la filosofía para el banquero, el industrial, el empresario.

Optimismo

De esta doctrina derivaba William James toda una terapéutica psicológica. La tristeza, la hipertensión, la nervosidad son «malas costumbres» que es preciso desterrar, lo mismo que la prudencia, el temor a equivocarse, el sentimiento de la responsabilidad, que inhiben y aminoran la potencia de la acción. «Una vez adoptada una resolución y comenzada a ejecutar, abandonad por completo la responsabilidad y preocupaos exclusivamente del éxito. Abrid camino, en una palabra, a vuestros engranajes intelectuales y prácticos y dejad que se desenvuelvan»[56]. Los norteamericanos han visto que el optimismo y la confianza en sí propio (*self-reliance*) son un instrumento eficaz para el éxito. Por si fueran poco optimistas de suyo, esta convicción general fue elevada por Emerson a una vaga filosofía mística; otros pensadores menores la vulgarizaron y derivaron hacia las aplicaciones prácticas y concretas. El optimismo se anunció al modo comercial por todas partes, como los poleas Sandow o el cinturón de energía. James ha dado unas reglas gimnásticas para estar optimista en toda sazón. Partiendo de su teoría, según la cual las manifestaciones externas de las emociones no son efecto del estado emocional, sino más bien su causa –y así

[56] William James, *Talks to Teachers on Psychology: and to Students on Some of Life's Ideals*, New York, Henry Holt & Company, 1899. Vela cita por la traducción de Carlos M. Soldevila: William James, *Los ideales de la vida (Discursos a los jóvenes sobre psicología)*, Barcelona, Imprenta de Heinrich y Cía., 1904. (N. del Ed.)

el fundirse en lágrimas o abandonarse a la expresión corporal de la iracundia hacen sentir con mayor intensidad el dolor o la cólera–, recomendaba, para cuando se ha perdido el buen humor, hacer todos los gestos de la risa y el optimismo vendría después por sí solo, como una secreción de los músculos. De conformidad con esta doctrina, en fotos, carteles, anuncios y reclamos no se ven más que rostros con la ancha risa norteamericana. Los personajes importantes se retratan con una gran risa en los labios; si están en grupo, con esa «buena carcajada al unísono» que James recomendaba como la mejor receta para «despertar la comunidad de sentimientos»[57]. Cuando un político exhibe una cara grave y preocupada, el contemplador se pregunta receloso qué clase de pensamientos extraños incuba en su alma, y le retira su confianza, puesto que él ha comenzado a perderla antes en sí mismo.

Behaviorismo

Si el behaviorismo ha tenido tanto éxito en Estados Unidos es porque esta teoría psicológica se adapta específicamente a la psique americana. La ciencia psicológica europea tiene que ser más complicada; tenemos muchos recovecos, meandros, limbos y dobles fondos, demasiada psicología, y además, no muy limpia; necesitamos ese cajón oculto de la basura que es el subconsciente. Si el pragmatista pospone las facultades introspectivas del alma para adelantar las activas y prácticas, el psicólogo conductista o behaviorista ya prescinde por completo del alma; para él no hay más que la conducta exterior. El único objeto de su estudio es el comportamiento exterior bajo un estímulo determinado o en cierta situación. La acción, no el hecho de conciencia, es lo que le interesa. La psique queda así reducida a una cadena de excitaciones y reacciones externas. Un profesor de la Universidad de Columbia apostaba cien dólares a que no se le podría mostrar una reacción que no fuera externa. Para otro, los movimientos del pensamiento no son distintos a los de un jugador en una partida de *baseball*, y otros, en

[57] *Ibid*. (N. del Ed.)

fin, sostienen que el pensamiento no es más que un lenguaje tácito, subvocal (*subvocal talking*).

Las observaciones en un gran número de individuos permiten formular leyes estadísticas, prever la conducta de la inmensa mayoría y, viceversa, escoger el estímulo adecuado para producir la reacción deseada. Con ese estímulo se puede actuar sobre la masa; por aquí se enlaza otra vez el behaviorismo con el pragmatismo, puesto que suministra instrumentos de acción y éxito, tales como la psicología industrial y la técnica psicológica del reclamo a que responden los norteamericanos como los átomos a los experimentos del físico. Los laboratorios de psicología han encontrado en Estados Unidos su gran campo de acción. No hay pueblo más investigado, más hurgado por los psicólogos, más sometido de propósito a estímulos elegidos científicamente, más obligado a dar respuestas previamente calculadas, acaso porque no existe otro de reacciones tan sencillas, automáticas y unánimes. Si el pragmatismo es la filosofía para el gran empresario, el behaviorismo es la psicología para el hombre de la cadena fabril, el conductor de automóvil, el bailarín de *jazz*, la actriz de cine a quien el director ordena: «¡Aterrorícese; usted está viendo al asesino!». Una clase tiene la filosofía de la acción; otra solamente una psicología de reflejos.

Charlot

¿No había entonces, entre este uniformismo optimista, algo que pudiera representar la disconformidad y la protesta? La conformidad era tan general que solo podía haber mudas contracciones dolorosas, subterfugios, como el humorismo y la evasión imaginaria, que suponen la aceptación resignada. Los «barrenderos» o «urgabasuras» –como les llamaban los conformes– llevaban a sus novelas el lado sombrío de esta existencia sin sublevarse contra ella. Del choque en el *jazz* de los ritmos vitales de los negros con el ritmo mecánico de la ciudad surgía una nota lírica de desesperación o nostalgia, una melodía desgarradora o doliente, en seguida golpeada y triturada por la máquina.

Nueva York considera a Hollywood como una gran broma, pero la simple copia de la realidad americana, al ser reflejada en la pantalla, se convertía en crítica y sátira. Y sobre todo, en Hollywood estaba Charlot. Su película *Tiempos modernos* es la vida del hombre sometido a la máquina y que se esfuerza por sustraerse a su imperio. En última instancia, ese es el tema de todas las películas de Charlot y hasta de toda la literatura norteamericana, cuando no se trata, como propone Lewis Mumford, de asimilar la máquina puesto que escapar es imposible[58]. El propio Charlot es un producto de la máquina, el harapo de hombre que deja, después de haberse tragado por su tolva enormes masas humanas y arrojado a un lado, como desperdicios triturados, los individuos inútiles. El propio Charlot es automático; su marcha es la de un hombre mecánico, la precisión de sus movimientos llega a la milésima de segundo, y, sin embargo, esta basura humana es quien, por paradójica ironía, encarna con su simple bastoncillo la protesta contra el uniformismo optimista, contra la filosofía del bienestar y del éxito. Todos los aparatos y todas las instituciones a su alrededor le golpean; el público ríe, pero de su cómico fracaso sempiterno brota también la nota lírica del afán de evasión y fuga del presente. La máquina no vence a Charlot; pero tampoco Charlot vence al mundo mecanizado que le rodea. No hace más que ponerle la zancadilla y escaparse por entre sus piernas; luego le saluda y sigue con su bastoncillo y su pasito automático hacia el profundo horizonte[59].

Este era el pueblo que la tradición americana desde Grant a Hoover entregaba a Roosevelt para que lo gobernase durante cuatro períodos presidenciales. Un pueblo con todas las condiciones para ser un ímpetu en el mundo; grande, enorme, pero sin cuajar, como sus grandes frutas insípidas; total, pero no integral; unánime, pero sin unidad orgánica; simplemente uniformado por la economía. Hasta 1929 había vivido en la inconsciencia de la prosperidad, únicamente

[58] Lewis Mumford, *op. cit.* (N. del Ed.)

[59] La misma idea aparece, como se señaló en el estudio introductorio a esta edición, en el libro de Waldo Frank *The Re-Discovery of America* (cit.). A la crítica social en las películas de Chaplin se refiere también Frank en el penúltimo capítulo de su ensayo *Our America*, New York, Duell, Sloan & Pearce, 1919. (N. del Ed.)

preocupado del *standard of living*, el nivel de vida. «Su pueblo de corazón ligero –escribía poco antes el inglés Aldous Huxley– ignora la guerra, la peste, el hambre o la revolución; jamás en su Eldorado seguro había conocido otra cosa que la paz próspera, la satisfacción, el consentimiento universal. Acaso los mejores patriotas son los que piden al cielo una calamidad nacional»[60].

Ya había sobrevenido la calamidad. Se había producido la interrupción en el proceso instintivo que, según el filósofo norteamericano Dewey, hace nacer la conciencia y la reflexión. No se suponga, sin embargo, que Roosevelt intentará cambiar las bases de la existencia norteamericana. Nadie más americano que él ni más orgulloso de la historia de su pueblo. Él tratará de construir una nueva vida sobre las tendencias primarias existentes, y en la primera tarea de sacarle de su postración recurrirá a los mismos resortes que han originado ese género de existencias: el optimismo básico del norteamericano, su afán de acción, su pasión por el éxito conseguido a través de experimentos peligrosos. Él será la imagen viva del hombre optimista, dinámico y resuelto. ¿Qué otra cosa podría encalabrinar más al pueblo norteamericano?

[60] Aldous Huxley, «Los Angeles. A Rhapsody», en *Stories, Essays and Poems*, London, J.M. Dent & Sons Ltd., 1937. (N. del Ed.)

XVII. ROOSEVELT, ADALID DE UN PUEBLO

Roosevelt o nada

4 de marzo de 1933, *Inauguration Day*, fecha de la instalación de Franklin Delano Roosevelt en la Casa Blanca como presidente de los Estados Unidos. Día frío y oscuro; no tanto, sin embargo, como la atmósfera moral del país. Había en la nación millones de parados; diez millones registrados en las estadísticas, probablemente quince, acaso dieciocho, que la caridad pública y las organizaciones privadas ya no podían socorrer. Los ingresos de los agricultores habían descendido a la tercera parte; muchos eran desposeídos de sus fincas. Las exportaciones no pasaban de un cuarto de las cifras anteriores, las fábricas trabajaban a medio rendimiento, se cerraban industrias, quebraban los bancos. Todo el sistema económico se derrumbaba.

Hoover había ido conteniendo la ruina con medidas temporales de urgencia, pero a fines de 1932 se había iniciado el colapso total y definitivo. La gente se atropellaba en las ventanillas de los bancos para retirar sus depósitos. El atesoramiento alcanzaba cifras gigantescas. El Tesoro americano se vaciaba. En un solo día 116 millones de dólares oro emprendieron la huida. El 14 de febrero el gobernador de Michigan había ordenado el cierre de los quinientos ochenta bancos de su estado. Otro tanto hicieron los de Maryland,

Ohio, Kentucky, Alabama, Tennessee. El 2 de marzo el cierre se extendía a diecisiete estados; dos días después, a veintisiete. No había dinero suficiente en las casas para las compras más elementales ni en las empresas para los jornales de sus obreros. El cheque, instrumento casi único de pago en el país, no era admitido por nadie. Estados Unidos volvían de pronto a los sistemas primitivos del dinero contante y el trueque de artículos. Las cien mil personas que llegaron a Washington en trenes especiales para presenciar la ceremonia, se encontraron con que debían pagar en restaurantes y hoteles con moneda sonante. Muchas pasaron hambre, bastantes durmieron al raso; algún multimillonario tuvo que pedir un préstamo al chófer de su taxi para poder regresar a Nueva York.

Los dos presidentes –Hoover, ceñudo, contraído, y Roosevelt, sonriente y abierto– pasaron sin vivas ni aplausos hacia el Capitolio entre una multitud sombría, cuyo silencio la hacía parecer hostil tras la doble fila de soldados, como tras una verja protectora. Todavía estaba reciente el atentado contra Roosevelt al llegar a Miami, el 15 de febrero, después de una excursión de pesca por aguas de Florida. Un anarquista italiano, Giuseppe Zangara, disparó sobre Roosevelt y sus acompañantes y mató al alcalde de Chicago, Anton Cernak, que iba a su lado. Otras cinco personas resultaron heridas. «Ha ocurrido lo mejor –dijo el agonizante–; usted es más útil que yo».

No era el primer atentado que sufría Roosevelt. En su época de gobernador del estado de Nueva York había recibido por correo una bomba, pero el cartero confesó después que la había confeccionado él mismo para ganar un ascenso como recompensa por su descubrimiento. En Washington no ocurrió más que un incidente cómico. La policía, siempre avizoradora, fijó sus ojos penetrantes en el paquete sospechoso de un espectador, cayó sobre este como un alud, se lo arrebató violentamente y lo lanzó a las aguas del Potomac. El supuesto anarquista era un senador, y su máquina infernal una copiosa provisión de emparedados.

Aquella multitud hosca y muda, que parecía propicia a la protesta o al atentado, no pedía, sin embargo, más que una cosa: que se

le diera una esperanza, y como toda la nación, agolpada junto a los aparatos de radio, aguardaba paciente y sumisa el mensaje del nuevo presidente, bajo las banderas estrelladas que la lluvia había plegado. Por las escaleras del Capitolio subía torpemente, apoyado en un brazo amigo, un hombre inválido. Aquel tullido era el último asidero de la nación. «Roosevelt or nothing», Roosevelt o nada; si él fracasaba también, la alternativa sería el caos. Al llegar a la puerta del Capitolio, Roosevelt se volvió, izó alegremente su bastón en saludo al pueblo, alta la frente, luminoso el rostro. Un estremecimiento corrió por la multitud. Era el primer movimiento de confianza después de tantos días negros de completa cerrazón.

«No temer al temor»

Con la mano sobre la Biblia, llevada en el siglo XVII desde Europa por el primer Roosevelt, en la que están registrados, al uso holandés, todos los acontecimientos de la familia –nacimientos, bodas y muertes– a lo largo de seis generaciones, el nuevo Presidente presta juramento ante los magistrados del Tribunal Supremo. Después, al balcón, descubierto, azotado por el viento y la lluvia, habla a los cien mil americanos congregados en la plaza. Su primera frase es la misma que ha conquistado el corazón de las masas: «My friends», amigos míos. Sale impregnada de tanta fuerza y dulzura, que quien la oyó aquel día –dice un testigo presencial– no la olvidará nunca más.

«Esta es –dice al empezar– la mejor ocasión para decir la verdad, toda la verdad, con entera franqueza y audacia... Esta gran nación resistirá como ha resistido, volverá a la vida y a la prosperidad. Por tanto, y en primer lugar, permítaseme afirmar mi creencia en que la única cosa que tenemos que temer es el temor; el temor sin nombre, irracional, injustificado, que paraliza los esfuerzos».

En realidad es, como dice Johnson, la segunda vez que hace este discurso. La primera fue una simple frase dirigida a una persona: «Yo venceré esta cosa», había dicho a su mujer al caer enfermo.

Ahora la repite a millones de personas y en plural: «Venceremos». Se encontraba en la misma situación de 1921[61]; entonces, casi en la cima de su carrera, la parálisis le inmoviliza, frustra sus proyectos, derrumba sus esperanzas. Del mismo modo, en 1933, al alcanzar por fin el más alto puesto del país tras una larga y esforzada lucha, se encuentra a la cabeza de una nación también paralizada. El hombre optimista y feliz, consignado desde la cuna a todas las bienandanzas, se ve forzado por el destino a afrontar las mayores catástrofes. Ha superado una a fuerza de coraje y voluntad. Los oyentes lo saben y en sus palabras perciben la misma resolución con que derrotó a su primer enemigo. Es el tono, el acento de verdad, más que el contenido del discurso, lo que convence y reanima. Los rostros se distienden, se aclaran, salvo el de Hoover el presidente saliente, sentado a su espalda como símbolo de la época que se va, más ceñudo y contraído a medida que avanza el discurso de su sucesor. Diríase que a veces se agarra a los brazos del sillón para contenerse, porque ciertamente Roosevelt no se muerde la lengua cuando alude a sus predecesores en el cargo y a los hombres poderosos de la finanza y de la industria.

«Nuestras dificultades, loado sea Dios, son exclusivamente materiales. Los valores se han hundido a niveles fantásticamente bajos, los impuestos han subido, nuestra capacidad de pago ha descendido; todas las clases están bajo la amenaza de una grave reducción de sus ingresos; los instrumentos de cambio, congelados, bloquean las corrientes del comercio; las hojas muertas de nuestras industrias cubren el suelo; los agricultores ya no encuentran mercado para sus productos; los ahorros de muchos años de millones de familias han desaparecido; un ejército inmenso de ciudadanos sin trabajo arrastra con angustia el duro problema del vivir... ¿De quién es la culpa? De mucha gente, de todos aquellos que por obstinación

[61] Gerald W. Johnson (*op. cit.*, p. 171) escribe: «This is the fact that it was the second time that man had made that speech. The other time he made it to an audience of one, and this time to an audience of a hundred and twenty-five millions. The first time it was only a sentence, and this time it was a carefully prepared address. But in both cases the circumstances were similar, and both times it was essentially the same speech». (N. del Ed.)

y deslealtad han perturbado con actos de bandidaje el reparto de los valores humanos... La abundancia está ante nuestras puertas, pero el uso generoso de ella languidece ante la vista misma del consumidor. Fundamentalmente se debe esto a que los dueños de los artículos de cambio han fracasado por su propia terquedad e incapacidad, han admitido su fracaso y han abdicado... Sí, los cambistas han huido, han abandonado sus altos asientos en el templo. Ahora podremos devolver ese templo al culto de las antiguas verdades».

Después de este chasquido de látigo que expulsa a los mercaderes, su voz resuena alentadora para los que se quedan en el templo, desprovistos de riqueza. «La felicidad no consiste en la simple posesión del dinero, sino en el placer de las realizaciones, en el placer y alegría de la actividad creadora. Esta alegría no debe perderse en una persecución desenfrenada de finalidades insensatas. Es una herejía considerar la riqueza nacional como la base de todo éxito». Pero Roosevelt no pierde mucho tiempo en este género de consideraciones que parecen contradecir la general corriente norteamericana; en seguida salta desde ellas a la acción.

«No son únicamente los cimientos lo que nos proponemos reconstruir. Esta nación reclama actos. No tenemos ante nosotros ningún problema irresoluble, siempre que se le examine con inteligencia y coraje». «Nuestra tarea fundamental consiste en poner la gente a trabajar», añade en una frase que resume todos los capítulos particulares de su programa: supresión de las especulaciones financieras con los ahorros ajenos, ayuda a los agricultores, programas de obras públicas, disciplina de la industria, etc., etc. Y una vez evocada «la unidad del deber» que existe en los tiempos de lucha armada, es cuando lanza el pensamiento fundamental de su acción política, después criticado y censurado, entonces acogido con entusiasmo como única tabla de salvación.

«Asumo sin vacilación alguna la dirección de este gran ejército formado por nuestro pueblo, para atacar disciplinadamente con él el conjunto de nuestros problemas. Para ello son precisos actos, pero en el cuadro de la Constitución que nos han legado nuestros padres. Es

tan sencilla, tan práctica, que podremos resolver cualquier situación, por grave que sea, mediante nuevas medidas y procedimientos nuevos sin trastornar por ello el orden esencial... Puede suceder que en una situación tan excepcional el apremio de las circunstancias exija que abandonemos por cierto tiempo el equilibrio normal del Gobierno. En este caso, estoy dispuesto, dentro de los límites de mis deberes constitucionales, a tomar las medidas requeridas por un pueblo que sufre en medio de un mundo que sufre. Emplearé mi legítima autoridad en acelerar la adopción y vigencia de las medidas que el Congreso puede ir extrayendo de su experiencia y sabiduría. Pero en el caso de que el Congreso no se decida a andar por este camino, siendo crítica la situación del país, no vacilaré en seguir las claras líneas de mi deber. Pediré al Congreso la concesión del único instrumento que queda para afrontar la crisis: dar al poder ejecutivo poderes tan extensos para hacer la guerra a la miseria como serían los que me concediera si fuésemos atacados por un enemigo exterior; a la confianza que en mí deposite el pueblo, responderé con el coraje y el abnegado celo que exige el momento. No podría hacer nada menos... Una democracia resuelta no tiene que temer el porvenir. El pueblo de los Estados Unidos no ha fracasado. En su peor hora ha expresado su mandato para que se le imprima una acción rápida y vigorosa. Ha pedido disciplina y orientación bajo una dirección adecuada. Me ha escogido para instrumento de este deseo. Acepto el mandato con el mismo espíritu que se me ofrece».

Veinte minutos habló Roosevelt. Al comenzar su discurso era el adalid de un partido; al terminarlo se había convertido en el adalid de la nación. Tras él estaba el país entero. Había convencido a sus compatriotas de que era hombre capaz de batir la parálisis económica del país como había batido su propia parálisis corporal. De sus palabras emanaba una fuerza suave y honda que no nacía de la fe fanática en un sistema racional, sino de la humanísima experiencia de un largo dolor sufrido y vencido. Su voz reconfortante iba a buscar, por entre las ruinas imponentes del orden anterior, a «los hombres olvidados», «base de nuestra pirámide económica», «infantería de nuestro ejército económico». Después, cuando sus decretos cierren contra los bancos y los especuladores de la Bolsa,

sujeten las industrias y reanimen al empleado y al obrero, se le tachará de demagogo y traidor a su clase. Pero la musa inspiradora de sus actos no era la demagogia, sino una verdadera aristocracia espiritual. No pertenecía a la clase de los financieros e industriales, sino a aquella otra aristocracia más antigua, que después de la guerra civil había sido sumergida por los hombres de negocios. No había en su programa el resentimiento del plebeyo contra el aristócrata, la cólera del mísero contra el próspero, sino, por el contrario, la ira del aristócrata hacia el plebeyo mal enriquecido, del próspero y prudente contra el frenético del dinero. Si hay acento vengativo en su programa es la reacción de la aristocracia asfixiada bajo el espíritu económico; si quiere algo para los hombres olvidados no es destruir revolucionariamente el orden establecido, sino extender a todos el sentimiento de seguridad que conoció en su casa desde niño y que nunca creyó fuera privilegio exclusivo y peculiar de su clase.

En primer lugar le mueven razones morales y no de partido, puesto que, en vez de tratar de asegurar el predominio político de una fracción, persigue el bienestar íntimo de sus conciudadanos, que lo habían buscado inútilmente en el confort material. «Sin distinción de partido –dijo en uno de sus discursos posteriores–, la inmensa mayoría de nuestro pueblo busca nuevos caminos de prosperidad y dicha para la humanidad, reconociendo que el bienestar humano no puede ser aumentado por el simple materialismo y el puro lujo, sino que solo puede progresar gracias a la honestidad, al altruismo, al sentido de la responsabilidad y a la justicia». Y en otro decía: «Los primeros cristianos desafiaron la moral pagana de Grecia y Roma; nosotros estamos también dispuestos a desafiar la moral pagana que ha originado ciertos aspectos de nuestra decantada civilización moderna... Las iglesias constituyen hoy la mayor fuerza capaz de luchar contra la moderna sed de oro y pueden contribuir mejor que ningún otro tipo de sociedad a propagar la nueva filosofía política». Por no tener en cuenta este triple origen aristocrático, religioso y moral de las ideas rooseveltianas, muchos han incurrido en el error de atribuirlas a demagogia populachera y bolchevismo marxista. Pero aún habríamos de encontrar más allá de estas tres fuentes el hontanar primero: la naturaleza armoniosa de Roosevelt, que

siente como una disonancia toda exageración y frenesí en cualquier sentido, y trata de moderar, compensar y fundir todas las notas en un común acorde. Eliminad de sus facciones los signos impresos por los caracteres específicos de la vida yanqui, y probablemente no encontraréis otro rostro más semejante al de Goethe, trasunto vivo de la serenidad y de la armonía.

Mientras Hitler triunfa

El 4 de marzo de 1933 Roosevelt pedía la concesión de poderes amplísimos «dentro del marco de la Constitución». Veinticuatro horas después vencía Hitler en las elecciones alemanas, y el día 23 el Reichstag le concedía los plenos poderes dictatoriales. No es inoportuno el recuerdo, porque desde aquella fecha Hitler y Roosevelt representan dos soluciones de problemas semejantes que, muy próximas en apariencia al principio, van divergiendo en el transcurso de los años hasta encarnar cada uno de ellos una concepción radicalmente contrapuesta de la vida y aparecer en la mayor guerra de los siglos a la cabeza de los dos bandos enemigos. Ya era bastante diferente el tono de voz con que pedían los amplios poderes, pero aún eran más diferentes las ideas. Hitler recurría a conceptos poco precisos: la raza, la defensa de la sangre, la misión asignada desde el principio del mundo al pueblo alemán, el providencialismo de su persona, el «Walhalla» germánico presidido por Wotan, mientras que Roosevelt hablaba llanamente de la defensa del hombre olvidado, de la ayuda al agricultor hipotecado, del mandato constitucional que le ha dado el pueblo para cuatro años, plazo demasiado corto y establecido para considerarse un enviado celeste. Hitler piensa, llevado del idealismo radical alemán, que, fracasado el anterior sistema político y económico, debe acabar de derrumbarlo para sustituirlo por otro en que rijan principios completamente contrarios a los vigentes hasta entonces. Roosevelt, empírico, como todos los angloamericanos, cree todavía que el sistema democrático es sano y eficaz en su esencia y solo requiere modificar sus métodos, ensayar, experimentar, observar los resultados, conservar lo bueno, mejorar lo mediano y eliminar lo

malo. Sus discursos serán detonantes; Wall Street se atemoriza cada vez que habla el presidente, pero su legislación no perseguirá más que el ajuste de una pieza, la estimulación de un resorte, el arreglo de una válvula.

Desde 1933 se libra algo como una gran apuesta entre estos dos hombres y sus sistemas; Hitler apostando a que, en una época de expansión industrial y financiera, democracia es sinónimo de esclavitud individual a las fuerzas económicas, incapacidad para altos ideales e irresolución e ineficacia operativa en todos los órdenes de la paz y de la guerra; Roosevelt apostando a que la democracia es posible aun en la edad del capitalismo financiero y en el país más mecanizado e industrializado, y que «el amor a la libertad y el odio a la agresión que suscita puede ser capaz de convertir un pueblo de pacíficos comerciantes en un pueblo de guerreros», según la definición de democracia dada recientemente por un hombre cualquiera a la encuesta de un periódico londinense. Ya veremos después, para apuntar otra diferencia, que el sistema económico de Roosevelt no somete la producción a la imposición coactiva del Estado, sino a la fuerza moral de la opinión pública. Muchas veces se ha visto Roosevelt sin medios jurídicos para intervenir; un organismo del Estado, el Tribunal Supremo, echó abajo con una sentencia la pieza fundamental de su organización. Por otra parte, todas sus disposiciones tienen el carácter temporal de «medidas de emergencia» y casi siempre plazo limitado de vigencia. Así, pues, tan infundadas son las acusaciones de bolchevismo como las de fascismo. El propio Roosevelt ha denominado más acertadamente este primer período de su obra como «la esforzada y continua lucha por el liberalismo».

Una medida sensacional cada día

Al discurso siguió el desfile de las tropas –tres horas bajo la lluvia del revuelto día de marzo– y la recepción de los niños paralíticos de Warm Spring en la Casa Blanca. Inmediatamente después Roosevelt comenzó el ataque. Tras un gran cañonazo que anunciaba

el principio de la ofensiva, las medidas se sucedían como disparadas por un arma de tiro rápido. Sin pérdida de tiempo fueron decretadas las disposiciones que ya tenía preparadas o a medio acabar el «Trust cerebral», pero cada una de estas hacía precisas otras, en una cadena inacabable. «Cada día –ha dicho Roosevelt después– me ponía, así como al Congreso y al gabinete, no solo frente a una nueva miseria que exigía un socorro urgente, sino que nos daba también ocasión de sondear hasta el fondo las peores manifestaciones de la crisis y actuar en consecuencia». En todas partes se encontraban simas y fallas; allí donde antes todo crecía libremente a su capricho como una fronda salvaje, Roosevelt no podía dejar nada sin tocar, corregir o ajustar. Fue el período en que las disposiciones del Gobierno constituyeron las noticias más sensacionales de los periódicos norteamericanos. Cada día registraban el ataque por sorpresa contra un nuevo sector de la economía, un avance, una victoria.

En poco más de tres meses, Roosevelt había recorrido triunfalmente todo el camino desde su punto de desembarque. Por eso se llamó a este período los «Cien días», por su semejanza con el último relámpago napoleónico, en la actividad del jefe, el dinamismo de sus medidas, la rapidez fulminante de sus primeros triunfos y el entusiasmo delirante de las masas. Es, en efecto, una marcha a paso de carga. A una ley sigue inmediatamente otra; algunas van al Congreso a la media hora escasa de terminar su redacción, y en apenas otra media hora quedan aprobadas. No hay trámites, debates ni obstrucciones. Lo que antes hubiera necesitado varias semanas, acaso muchos meses, para su examen y votación, es despachado por los parlamentarios en un santiamén. Nadie, ni los más remisos, pueden resistirse al empuje arrollador que ejercen de consuno la vigorosa personalidad del presidente, la fuerza moral de su posición, la presión del pueblo que le apoya y la urgencia de las circunstancias. Hasta los republicanos ayudan a Roosevelt; en el Congreso le entregan sus votos y algunos, como Woodin, colaboran con él en el Gabinete. Nadie pensaba oponerse; pero, ¿quién se hubiera atrevido a hacerlo?

La rápida serie de medidas trascendentales da la impresión de una acción improvisada en que se va acudiendo, sin orden sistemático, a lo que sale; las numerosas disposiciones parecen formar una bola de nieve que engruesa y rueda cada vez más aceleradamente pendiente abajo. Es un milagro que se haya detenido en cierto punto, porque lo mismo hubiera podido proseguir su carrera. Si Roosevelt fuese un demagogo, bolchevique o fascista, nadie le habría impedido desarrollar su obra. Tenía los amplios poderes que la Constitución norteamericana otorga al presidente como jefe del Ejecutivo; tenía todos los que el Congreso ponía en sus manos, pero, sobre todo, tenía el poder omnímodo que le concedía la opinión. Pocos gobernantes se han encontrado en situación parecida para realizar todos sus planes manifiestos y todas sus segundas intenciones. Si Roosevelt no fue más adelante, es porque era un verdadero demócrata; el hecho de que se detuviese y el punto en que se detuvo revelan la moderación y las tendencias armonizadoras de su carácter.

El 6 de marzo Roosevelt suspende hasta el 9 todas las operaciones bancarias y coloca bajo embargo la exportación de oro. El 9 prorroga las vacaciones bancarias y el Congreso vota la Ley de Emergencia Bancaria. El 10 pide al Congreso la reducción del 25 % del presupuesto. El día 13 pide la reforma de la Ley Volstead, que señala el grado alcohólico de las bebidas permitidas. El día 16 pide la Ley de Reajuste Agrícola, y el 21 la creación del Civilian Conservation Corps, organización de trabajo para jóvenes sin empleo. El 27 crea la Farm Credit Administration, Administración del Crédito Agrícola. El 29 pide la «Securities Exchange Act», para asegurar a los propietarios de valores contra los manejos de los especuladores. El 3 de abril pide la «Farm Relief Act», que auxilia a los labradores contra las ventas forzosas, las expulsiones y las hipotecas gravosas. El 10 de abril pide la «Tennessee Valley Authority Act», para la electrificación estatal del valle del Tennessee. El 13 pide la «Homeowner's Loan Act», ley de auxilio a los propietarios de casas hipotecadas. El 20 proclama el abandono del patrón oro. El 4 de mayo pide la «Railway Organization Act», ley de reorganización ferroviaria. El 12 de mayo firma la primera «Federal Relief Act», las leyes de obras públicas, la «Emergency

Farm Mortgage Act». Y el 16 de junio, después de aprobadas todas las leyes citadas y otras muchas, firma la «Banking Act», ley definitiva de los bancos, y la famosa «National Industrial Recovery Act», ley de reconstrucción industrial de la nación, que ha quedado en la historia con su anagrama «N. I. R. A.»[62].

Cuando Roosevelt entró en la Casa Blanca hubo quien le consideraba hombre tortuoso, de propósitos complicados y métodos maquiavélicos, y quien le tenía por hombre corriente, superficial, blando, amable, perezoso. Pero en cuanto tomó el cargo, sus acciones fueron claras, sencillas, directas, rápidas, contundentes. El pueblo quería acción ante todo, y él se la dio. El espectáculo no podía ser más excitante para el norteamericano; era como un combate de boxeo en varios asaltos, en cada uno de los cuales el púgil preferido dejaba fuera de combate a un terrible enemigo: el paro obrero, la especulación, la baja agrícola, la parálisis bancaria, la Ley Seca.

Renacimiento

El 16 de junio suspendía el Congreso sus sesiones. Había aprobado cuanto necesitó el presidente. Este había advertido a los congresistas que los tendría reunidos sin interrupción todo el verano, el año entero, hasta que le otorgasen todos los instrumentos legales precisos. El mismo día 16 de junio Roosevelt salía de Washington; alguien dijo: «Y el séptimo día descansó». En su yate navegó por las costas de Massachusets, Nuevo Hampshire y Maine. Después de aquella dura lucha con los mecanismos económicos necesitaba ponerse de nuevo en contacto con los elementos primordiales: el

[62] Señala Arthur M. Schlesinger en la introducción de su *The Age of Roosevelt: The Coming of the New Deal* (Boston, Houghton Mifflin Company, 1958, pp. 20-21) que el 16 de junio de 1933 también se aprobaron leyes como la «Glass-Steagall Banking Act», que regulaba los depósitos bancarios, la «Farm Credit Act», concerniente al crédito agrícola, o la «Railroad Coordination Act», por la cual se nombraba un coordinador federal de Transportes. En cuanto al abandono del patrón oro, Schlesinger indica la fecha del 19 de abril de 1933. (N. del Ed.)

aire, la luz, el agua, la sal. Durante esta excursión pasó un día en Campobello; no había vuelto desde su enfermedad en 1921. Era el sitio de su mala suerte. Pero ahora podía visitarlo tranquilo y sereno. Dos veces había vencido al destino adverso.

En Washington dejaba armada la estructura esencial del *New Deal*. En los años siguientes desarrollaría todo el contenido implícito en estas primeras normas, lo extendería al *Far West* jurídico de un país sin legislación, modificaría sus detalles. Únicamente en ciertos puntos –algunos esenciales– tiene que renunciar a su legislación cuando el Tribunal Supremo declara anticonstitucionales los códigos de la «N. I. R. A.» y los impuestos de la «A. A. A.». Pero la brecha es taponada por medios indirectos y el conjunto persiste. Cuando en 1940 Wendell Willkie presenta su candidatura frente a Roosevelt, hará constar que acepta la legislación del *New Deal* y solo rechaza su filosofía política. En 1944 Roosevelt invitará a sus enemigos políticos a decir públicamente cuál de las leyes del *New Deal* quieren anular, sin obtener contestación concreta. Thomas Dewey, su rival en las elecciones de 1944, censurará la forma de administrar las leyes, no las leyes mismas. El *New Deal* parece haber quedado arraigado para siempre en la vida económica de los Estados Unidos. Pero esto es así porque el *New Deal*, más que un conjunto de soluciones, es un espíritu: el espíritu de atender a problemas antes inexistentes para los gobernantes norteamericanos. A partir de Roosevelt, estos tienen que ser *new dealers*, quieran o no.

«Cuando el hombre se conduce como un lobo –había dicho Roosevelt–, es preciso ponerle en situación de que no haga daño». Doce meses después los noctámbulos de Broadway ya no cantaban: «Si alguna vez vuelvo a tener empleo», sino: «Who's afraid of the big bad wolf?» (¿Quién teme al gran lobo feroz?). En muchas mansiones de la Quinta Avenida y de la Avenida del Parque ha desaparecido el marbete «Se vende». «La depresión –escribe un cronista– ha sido vencida; la señora de Cornelius Vanderbilt ha puesto visillos nuevos en las ventanas de su palacio». Cada noche es mayor el número de ventanas iluminadas en los rascacielos de oficinas. En el *Radio City* ya funcionan todos los ascensores.

Teatros y cines están llenos; circulan las mercancías y el dinero; han vuelto al trabajo dos millones de parados. Suben las cifras de la producción industrial, los precios agrícolas, la cotización de las acciones y, sobre todo, las almas se aclaran, vuelven a su antigua confianza y su anterior audacia. Todo renace y florece como en una nueva primavera.

XVIII. *NEW DEAL*

No es un sistema

¿Qué es el *New Deal*? Como no es un sistema, sino un fenómeno, ni sus propios autores podrían darnos una respuesta sintética y esencial. Somos nosotros quienes hemos de investigar su naturaleza como el físico investiga la constitución de la luz o de la electricidad. Cuéntase que un ministro de Roosevelt, interrogado sobre el *New Deal*, refirió que un profesor había preguntado a uno de sus alumnos cuáles eran las causas de las auroras boreales. «Lo sabía –respondió el muchacho–, pero lo he olvidado». «¡Qué desgracia, Dios mío! –comentó el profesor–; el único hombre que lo ha sabido en el mundo, lo ha olvidado». El ministro añadía: «Lo mismo puedo decir yo del *New Deal*».

Sin embargo, tal vez lleguemos a dar una idea de sus finalidades y métodos mediante la conjunción de diversas definiciones. El *New Deal* es «una nueva distribución de los bienes del mundo realizada sin subvertir los fundamentos de la sociedad». «La conversión del ideal materialista norteamericano en un ideal espiritualista; la transformación de una visión de progreso económico en visión de justicia social». «La sustitución de la dirección capitalista de la economía por la dirección del Estado con el menor carácter coactivo posible, mediante la fuerza moral de la opinión democrática». «Un

plan destinado a aumentar el rendimiento de la industria, reducir el paro y procurar el bienestar de los trabajadores». «Un plan de reconstrucción económica y reforma social». «La extensión de las ideas y procedimientos de la democracia a una industria oligárquica». «Un gran experimento constituido por una serie de experimentos más pequeños no enlazados por un principio unitario ni ordenados en una sucesión lógica». «Una descarga de actos rápidos y vigorosos destinados a producir un efecto psicológico». «Una *soupe alphabet*, una sopa de letras formada por los anagramas de las numerosísimas oficinas creadas: la A. A. A., la C. C. C., la F. E. R. A., la C. W. A., la P. W. A., la W. P. A., la F. S. C. R., la N. Y. A., la R. A., la N. R. A., etc., etc.».

Todo esto es, en efecto, el *New Deal*, porque tenía que afrontar a la vez la gravedad extrema de la situación bancaria, la paralización de la industria y el desempleo obrero, la penuria de los labradores hipotecados y desahuciados, el desorden de la producción, la oligarquía y la injusticia económicas; en suma, todos los problemas imaginables, unos pasajeros, otros permanentes; unos de superficie, otros de fondo. En todo tenía que poner Roosevelt su mano; pero esta obligada intromisión general no hacía más que demostrar patentemente el estado de absoluta libertad selvática en que vivía la economía norteamericana.

Nunca negó Roosevelt el carácter empírico de su plan. Su idea central no era aplicar una receta determinada, sino ensayar algo y en caso necesario ensayarlo todo, desde los específicos hasta la triaca máxima. En su libro *On our way* declaraba francamente que si un método o una fórmula no tuviera éxito, probaría otra, sin embarazarse, como un político europeo, porque fuera completamente contraria a la anterior. Es el pragmatismo político absoluto. No le importaba equivocarse, con tal de tener otra droga que experimentar. «Indudablemente –dijo– cometeremos errores. No tengo la pretensión de dar en el blanco cada vez que apunte, pero si acierto el setenta y cinco por ciento de los tiros, podremos darnos por muy contentos». Después de todo, un buen médico no se diferencia de un mal médico en que aquel atina en todos los casos y

este en ninguno, sino en que el bueno acierta un cincuenta y cinco o sesenta por ciento y el malo solo en un cuarenta o cuarenta y cinco. «Son preferibles –ha dicho también Roosevelt– las faltas ocasionales de un Gobierno que vive en espíritu de caridad a las omisiones constantes de otro, frío en el hielo de su indiferencia».

Tampoco desconoce Roosevelt la parte que en sus primeros éxitos correspondió al efecto psicológico causado en los decaídos ánimos por la ininterrumpida sucesión de decisiones fulminantes y radicales. Tanto es así que no lo desconoce, que lo provocó con toda conciencia. Lo mismo lo hubiera logrado con otros actos distintos, siempre que conservasen los mismos caracteres de rapidez y resolución, pero el caso es que supo convertir lo que era causa del pánico, el cierre de bancos, en medida reanimadora, de suerte que al abrirse las taquillas nueve días más tarde, los depositantes ingresaron su dinero tan rápidamente como lo habían sacado.

Los bancos

Fue un duro período para los norteamericanos esta semana en que quedó suspendido todo el funcionamiento de su organización bancaria. El banco y el cheque son la caja y el billete del norteamericano. Es el país donde existen más bancos; antes de la crisis se contaban 30.812; la mayoría, pequeños bancos locales independientes, para los menudos usos de los vecinos. En esa semana se invirtieron en seguida los pocos billetes de dólar disponibles en las casas y aun teniendo miles o millones en cuenta corriente, hubo que comprar a crédito o mediante el trueque de mercancías. Algunos profesores de universidad fueron pagados en algodón. En algunas partes, empresas y particulares emitieron moneda propia. Nada podía suscitar mayor impresión de catástrofe; las terribles consecuencias del desastre bancario se habían producido y aun acelerado y agravado por el decreto de cierre general de los bancos. Sin embargo, la confianza en Roosevelt era tal, que todas las dificultades ocasionadas por la suspensión temporal de un mecanismo de la vida civilizada con su retorno a lo más primitivo

y natural fueron objeto de broma y diversión, como la nevada que paraliza el tráfico es ocasión de juegos olvidados. Justamente en ese instante, que debía ser catastrófico, empezaba la recuperación; es el primer caso de colapso completo y pánico cerval seguido inmediatamente del restablecimiento total de la confianza.

Roosevelt persuadió al público de que los bancos que fueran abriendo eran bancos sólidos y seguros. Durante varios días, los técnicos –especialmente Mr. Woodin, secretario del Tesoro, que moriría poco después, extenuado de fatiga– trabajaron frenéticamente sobre los balances de los bancos y publicaron una lista, reconfortadora por su número, de los que podían merecer la confianza pública. Ello confirmaba que semejante desastre bancario en la nación más rica del mundo solo era consecuencia de la libertad anárquica de las finanzas. Bastó que Roosevelt demostrara que las tenía sujetas por las riendas para que renaciese la confianza. Pero las medidas psicológicas de los primeros días fueron secundadas y reforzadas por auxilios propiamente económicos. Tal la Federal Deposit Insurance Corporation, creada para asegurar total o parcialmente los depósitos mediante un fondo constituido por las cuotas de todos los bancos miembros. También la compra de acciones bancarias preferentes por la Reconstruction Finance Corporation, que valió a los bancos un total de 1.265 millones de dólares para hacer frente a sus obligaciones más perentorias. Las numerosísimas quiebras del período 1929-1933 fueron disminuyendo. En 1935 no se registraron más que treinta y cuatro, con un total de diez millones en depósitos.

No bastaba, sin embargo, a la opinión pública que el gobierno asegurase la vida de los bancos; precisamente los manejos combinados de los bancos y la Bolsa habían constituido el aspecto más escandaloso de la crisis. A ellos debían su ruina millones de familias y su riqueza algunos centenares de individuos poco escrupulosos para aprovechar en sus especulaciones bolsistas la información que poseían por su situación privilegiada en el mundo de las finanzas a expensas del ignorante e inocente. La política de Roosevelt («Banking Act», 16 de junio de 1933) consistió en separar por completo los bancos de depósito de los bancos de

inversión de capitales. Por otra parte, fijó un margen mínimo de garantía en toda transacción de valores, de suerte que el cliente no pudiera pedir prestado al banco para compra de nuevos valores más que una pequeña parte de sus depósitos; ya no podría producirse el enriquecimiento milagroso, y al final catastrófico, de los Jones. Además, por la «Securities Act» (27 de mayo de 1933) impuso a las sociedades emisoras de valores la obligación de publicar infinidad de datos de su régimen interior y situación financiera y someter a examen de una comisión un enorme volumen de información más reservada. Esta legislación acusa una inquina exagerada contra la Banca y la Bolsa. En este capítulo, Roosevelt se ha dejado llevar de las ideas simplistas de la masa, y probablemente la reglamentación y las prohibiciones establecidas han entorpecido el mercado de valores. Pero las desventajas técnicas, único aspecto que consideran los agentes de Wall Street, están más que compensadas por un elemento de mayor interés general: la publicidad. La gran revista inglesa *The Economist* ha calificado estas intervenciones en el mercado de valores como «uno de los mayores éxitos del *New Deal*».

Emparentada con esta depuración de las especulaciones bancarias y bolsistas está la campaña contra las compañías *holding*, creación típicamente capitalista que concentra la propiedad del mayor número de empresas en el menor número de manos mediante la constitución de sociedades que no practican industria alguna y, en cambio, dedican su capital a comprar valores de empresas industriales variadísimas, emitiendo títulos que a su vez pueden ser adquiridos por una *holding* de *holdings*, y así sucesivamente hasta formar una estructura piramidal. Este sistema cundió principalmente en la industria eléctrica con el resultado de encarecer innecesariamente el fluido y suprimir la competencia. Roosevelt, que ya desde el gobierno de Nueva York había luchado contra las compañías, adoptó desde la presidencia la política de construir centrales hidroeléctricas del Estado –la más conocida la Tennessee Valley Authority–, conceder préstamos a los municipios para que hicieran lo mismo, gravar con pesados tributos los dividendos de las *holdings*, estorbar su constitución y funcionamiento y facultar a la

Securities and Exchange Commision para disolverlas. El resultado fue el abaratamiento del fluido en un 12 % para el consumo doméstico y en un 7 % para el consumo industrial.

El paro obrero

Tan apremiante como la crisis bancaria era el paro obrero. También a él había que acudir con remedios de urgencia, de carácter transitorio y resultado inmediato, a la vez que con soluciones permanentes, a plazo más largo, aunque en Norteamérica no hay mucha compresión y paciencia para lo que no surte rápidos efectos. A esos remedios urgentes perteneció la «Federal Emergency Relief Act», que autorizó el empleo inmediato de 500 millones de dólares en socorros a los parados, que pasarían de 15,15 dólares mensuales por familia en mayo de 1933 a 30,45 en enero de 1935. A estos socorros sucedió, como mejor sistema, el suministro de trabajo en obras públicas por la Civil Work Administration primero, y la Works Progress Administration después, con salarios de 19 a 94 dólares mensuales que importaron un total de 3.300 millones. A este capítulo pertenece el Civilian Conservation Corps, que dio trabajo –por el jornal diario de un dólar– en la repoblación forestal y construcción de caminos rurales, y diques a unos trescientos mil jóvenes de las grandes ciudades que, errantes y sin empleo, se hubieran convertido en los *besprizosni* americanos, los *wild boys*, jóvenes lobos furiosos predestinados al gangsterismo. Debemos recordar también la Federal Surplus Relief Corporation, que compró por 270 millones de dólares productos agrícolas en las regiones en crisis para distribuirlos entre los necesitados de las ciudades.

Los auxilios a los parados fueron administrados con la mayor elasticidad para explotar en alguna forma útil las diversas aptitudes de las personas. Lo mismo se colocaba a un albañil en la construcción de un edificio público que se le encargaba a un arquitecto un estudio sobre la relación de cuatro mil casos de criminalidad con la mala higiene de los alojamientos pobres, o a un musicólogo una historia de la canción popular norteamericana. No se olvidó la asistencia a

los artistas necesitados, un problema que ofrecía por sí mismo la solución, ya que hasta entonces el arte era un placer reservado casi exclusivamente a las clases adineradas. Cinco mil pintores, millares de músicos, actores y escultores habían quedado sin medios de vida. Hopkins, director de la Federal Relief Administration, pensó en utilizarlos para divulgar el arte entre las masas populares. Se formaron compañías de actores parados que representaban obras clásicas a un precio de cincuenta y cinco centavos la entrada. Se organizaron exposiciones de pintura y escultura en pueblos y ciudades que nunca habían visto cosa semejante. Orquestas de músicos parados daban conciertos de la mejor música europea y de cantos mexicanos, indios, españoles y yanquis de la época de la colonización. Se fomentó la decoración mural en edificios oficiales y establecimientos públicos; se pintaron muchos metros de pared, tal vez demasiados. El dinero federal fluía hacia los estudios de Greenwich Village, el Montparnasse de Nueva York, donde, en épocas normales, falsos bohemios –hijos e hijas de millonarios– reúnen en falsos graneros colecciones de un falso cubismo, un falso negrismo o un falso superrealismo. El Estado compró muchas obras pictóricas sin ningún discernimiento. Hace dos o tres años se vendieron al peso las existencias artísticas almacenadas en este período.

Este sistema de lucha contra el paro, en que hasta 1941 el Estado federal, los estados particulares y las autoridades locales gastaron 22.000 millones de dólares, ha sido objeto de las críticas acostumbradas: que ha fomentado la holganza, que ha promovido trabajos innecesarios y ha sido aprovechado para pagar con fondos públicos los servicios políticos a un partido. Pero su mérito reside en haber introducido por primera vez, en un país donde no se concebía más que la iniciativa de la caridad y beneficencia privada, el principio de la obligación y la responsabilidad del Estado. El presidente Hoover se había negado obstinadamente a todo auxilio oficial y solo en 1932 accedió, como máxima y única concesión, a un préstamo de 300 millones de dólares a los estados para socorros de paro. Más tarde, en 1935, Roosevelt creará por la «Social Securit Act» los seguros contra el paro y la vejez, una innovación, opuesta

a la tradicional idea norteamericana de que el país es demasiado rico y sus habitantes encuentran todas las oportunidades para que nadie necesite precaverse.

Abolición del patrón oro

En abril de 1933, al final de una de sus conferencias de prensa, Roosevelt dijo, como una cosa sin importancia, a los periodistas, que ya se retiraban: «*Ho, by the way, boys*... ¡Ah! A propósito, muchachos, se me olvidaba. Creo que hoy hemos abandonado el patrón oro».

La noticia era sensacional. El *Gold Standard* constituía un mito y un axioma que Hoover, el gran *Babbit*, nunca había consentido tocar. El dólar equivalía a 25,8 gramos de oro fino, y esta equivalencia era inmutable y eterna como una medida física o astronómica, independiente de la voluntad del hombre. Alterarla era algo semejante a trastornar los quicios del universo. El peligro de una gran exportación de oro y la conveniencia de una inflación controlada que levantase los precios recomendó la devaluación del dólar, que en enero de 1934 se consolidó a la equivalencia de 15,5/21 gramos de oro fino sin llegar al cincuenta por ciento a que autorizaba la ley. El *Gold Standard* no rigió en el sentido de que los particulares podrían cambiar libremente dólares por oro, pero el dólar se ha mantenido en su nueva paridad como la moneda más sana del mundo.

A esta política de disponer de un dólar cómodo, fluctuante, sacrificó Roosevelt la Conferencia Económica Internacional de Londres (junio de 1933) convocada a sus instancias después de las visitas de Mac Donald y Herriot a Washington. En la delegación estadounidense figuraban el secretario de Estado, Cordell Hull, como presidente, y Raymond Moley como técnico principal. Contra el parecer de Roosevelt, la Conferencia abandonó el tema de la restauración del comercio internacional –que le parecía el más importante– para dedicarse a establecer cotizaciones fijas entre las varias monedas.

Pareciole que la Conferencia estaba en manos de la finanza internacional y por un mensaje telegráfico acabó instantáneamente con ella, sin reparar en la mala postura de sus dos grandes amigos. En ese punto comienza el alejamiento de Moley. Pero aún fue más importante la ley que atribuyó al gobierno el uso de todo el oro amonedado existente en el país y su custodia y conservación fundido en lingotes, mediante la entrega de certificados oro a sus propietarios. Seis mil millones de dólares entonces, diez mil ahora, las tres cuartas partes de todo el oro del mundo, amontonado en las cuevas del Estado, en las fortalezas subterráneas de Fort Knox, en teoría propiedad de los individuos, en realidad era del Estado; él lo tenía y él lo defendía. «El abandono del patrón oro –dice Roosevelt en *On our way*– fue el punto decisivo. Sus efectos se hicieron sentir inmediatamente». «Estos efectos –dice *The Economist*– han resultado muy inferiores a los que esperaban los autores... Si es cierto que sin esta medida se hubiera conseguido algún restablecimiento, también es cierto que habría sido con más lentitud y timidez... El resultado parece compensar los medios empleados».

Derogación de la Ley Seca

Primer paso para terminar con la inmoralidad de la Ley Seca, pero también medida económica, fue la modificación de la Ley Volstead, que elevó al 3,2 % el grado alcohólico de las bebidas permitidas; 3,2 solamente, y comienzan a desaparecer los contrabandistas y los bandidos y a trabajar los cerveceros, detallistas, camareros, toneleros, aserradores, etc. Y el 5 de diciembre, la *Repeal*, la anulación de la enmienda 18 de la Constitución por la 21, la abolición de la Ley Seca, fin de un período de la historia americana que una intransigencia moralista ha llenado de botellas y pistolas.

Ajuste agrícola

Los dos capítulos esenciales del *New Deal* eran la elevación de los precios agrícolas y la supresión del paro forzoso, que exigían,

más que auxilios temporales, cambios radicales y profundos de estructura. La «Agricultural Adjustment Act» intentaba la reducción voluntaria en la producción de los artículos básicos, tales como algodón, tabaco, trigo y carne de cerdo. El agricultor era compensado mediante primas proporcionales a la reducción de las superficies sembradas. Al mismo tiempo, la Farm Credit Administration suministró 3.981 millones de dólares en créditos baratos y la Federal Farm Mortgage Corporation rescataba las hipotecas de los agricultores, sustituyéndolas por otras a plazo más largo e interés más reducido, en forma semejante a la Federal Housing Administration, que concedía créditos para la construcción de viviendas, y la Home Owners Loan Corporation, que adquiría las hipotecas de los propietarios individuales de casas. Todas estas disposiciones –juntas a una sequía, según los críticos– mejoraron la suerte de los agricultores. En 1935, la media de precios agrícolas era un 66 % más alto que en 1932 y los ingresos de los labradores habían subido en un 47 %.

El águila azul

La ley principal del *New Deal* fue la «National Industrial Recovery Act», ley de reconstrucción industrial de la nación, que comprendía multitud de finalidades económicas y sociales que pueden agruparse en dos: recuperación de la industria y justicia social y económica para el trabajador. Estas dos finalidades coinciden a veces porque los altos salarios, al aumentar el poder adquisitivo, desarrollan el consumo, y por tanto, la producción. La idea inspiradora era que la depresión se reduciría en el caso de que se suprimieran las competencias «a degüello» y las industrias llegasen a entenderse para regular su producción y coordinar sus precios, obligándose a mantener o aumentar los salarios, disminuir la jornada obrera y conceder a sus trabajadores el derecho a organizarse y a pactar colectivamente por intermedio de representantes. Todas estas condiciones quedarían consignadas en un *Código de limpia y leal competencia* para cada rama de la industria, elaborado por sus

representantes, el cual, una vez aprobado por el presidente de los Estados Unidos, tendría fuerza de ley.

Para la ejecución de la ley, de la N. I. R. A., se constituyó una oficina, la N. R. A., y a su frente Roosevelt puso al general Johnson, que había organizado la movilización de los Estados Unidos durante la primera guerra mundial. En el Ministerio de Comercio –«la locura Hoover», como se le llama por haberlo construido Hoover en dimensiones gigantescas–, el general Johnson, de mote *Iron Pants* (resuello de hierro), ruidoso, agresivo, dinámico, energético, trabajaba entre dos extraños aparatos encargados de absorber el humo de su sempiterno cigarro, una bella secretaria y un águila de metal, regalo de Roosevelt. Al principio se había pensado solamente en los códigos para unas cuantas grandes industrias, pero, según suele ocurrir, luego se amplió el sistema. Para mayor facilidad, como la confección de los códigos era muy lenta, el presidente redactó un código tipo, un *blanket-code* para las industrias que quisieran aceptarlo con las modificaciones convenientes. En un año el general Johnson, en mangas de camisa y con el puro en la boca, había elaborado, amasado si se quiere, 350 códigos desde los que regían la fabricación de burletes a los relativos a la elaboración de macarrones.

En dos años que vivió la N. R. A., aprobó 546 códigos y 185 suplementos. Su cumplimiento no era obligatorio, por imposición legal, sino por coacción moral. Las industrias que aceptaban el código tomaban por emblema un águila azul. La N. R. A. recomendaba al público que comprase exclusivamente productos garantizados por el águila. «El territorio –cuenta François de Tessan– fue dividido en doce mil sectores, confiados a estados mayores, en los que figuraban personalidades conocidas. Se les otorgaba la categoría de generales de división y de brigada y tenían bajo su mando toda una escala de grados superiores e inferiores hasta llegar a los simples militantes. En cada ciudad, en cada localidad, los comités de propaganda de la N. R. A. rivalizaban en rapidez y ardor para lograr adhesiones. A todo neófito se le enviaba la insignia del águila azul. Por un lado decía: “Miembro de la N.

R. A."; por el otro: *We do our part* (Nosotros hacemos nuestra parte). Tanto los consumidores como los productores que aceptaban el *blanket-code* tenían derecho a la insignia que públicamente atestiguaba su confianza en el método de "obligación pacífica", inaugurado por el gobierno. Todas las fábricas, todos los almacenes, todas las tiendas eran visitados escrupulosamente por las tropas del "Águila Azul" para incorporarlas al movimiento. Los insumisos, los refractarios, los desertores eran señalados a la atención y la vindicta públicas. Se les dirigían apercibimientos, amenazas de boicot. Los centinelas de la N. R. A., una vez conquistadas las posiciones, cuidaban de la aplicación de las consignas, y los mil quinientos propagandistas comprometidos en la campaña utilizaban lodos los medios imaginables de publicidad para reclutar nuevos adeptos. La N. R. A. era la ocasión para desfiles, grandes paradas con fanfarrias e himnos circunstanciales escritos por poetas que el Águila Azul inspiraba. La N. R. A. estaba en todas partes: en la fachada de los edificios públicos, en las pantallas de los cines, en la cúspide de los rascacielos, en los periódicos, en los programas de teatros, cafés, conciertos e iglesias. La N. R. A. era el tema de todas las conversaciones, de todos los discursos, de todas las disertaciones. La N. R. A. dominaba sobre todos los temas de interés particular o general»[63].

Si hay algo semejante en algunos caracteres externos –publicidad, emulación, éxito psicológico–, es el plan quinquenal ruso. Pero –como se ha dicho acertadamente– la N. R. A. fue «una *Piatiletka* al revés, porque se propone restringir la producción, disminuir las horas de trabajo, aumentar los salarios para permitir a la masa trabajadora comprar y consumir más». Pero la N. R. A. no obligaba legalmente, carecía de sanciones, las multas que podía imponer con arreglo a leyes antiguas eran ínfimas. No había más que la presión pública, y es curioso, por esta razón, el espectáculo de una organización creada por la ley, inspirada, movida y dirigida por el jefe del Estado, que es jefe del poder ejecutivo, y, sin embargo, desprovista de todos los medios de imposición que posee un gobierno, hasta ser incapaz de decretar una prisión, y sin más resortes en sus manos que los que

[63] François de Tessan, *Franklin D. Roosevelt*, Paris, Éditions Baudinière, 1933. (N. del Ed.)

pudiera tener un partido naciente lanzado a una campaña activa de proselitismo.

Por la radio predica el Padre Coughlin, *Father* Coughlin. Denuncia a los financieros en tono apocalíptico; lanza las maldiciones de la Biblia contra Wall Street. «Libraos del oro. El oro no es más que una pequeña porción de nuestra riqueza. ¡Arrojad del templo a los malos cambistas!». El público clama: «¡Abajo Wall Street!» La voz del *Radio-Priest*, el sacerdote de la radio, es ruda; sus conceptos, extremados. Parecería un revolucionario rojo si no dijera: «No seáis comunistas. Tomad un camino medio. Hay en verdad, amigos míos, bienes en abundancia para todos y cada uno, abundancia de beneficios, abundancia de ocios... Si no sostenemos al jefe del Estado, estallará una revolución a cuyo lado la Revolución francesa sería una broma». Lo mismo había dicho Roosevelt en otra forma: «Tengo que ser el mejor presidente de los Estados Unidos; en otro caso seré el último». Por las palabras y por el tono rasgado de las voces semejaba el ruidoso comienzo de una revolución; no era más que su evitación, el camino medio.

Críticas

Gran parte de las innovaciones del *New Deal*, como la prohibición del trabajo de los niños, la jornada máxima y el salario mínimo, el reconocimiento de los sindicatos obreros y el contrato colectivo, regía en Europa desde mucho antes como conquistas obreras arraigadas y ya indiscutibles, pero en Estados Unidos sonaban a novedad revolucionaria que impediría el juego de la competencia libre, base de su prosperidad. Sobre todo, no se comprendía que la ley regalase gratuitamente a la clase obrera concesiones que no había podido conquistar por sí misma, como había hecho el proletariado europeo. Era alentar desde el poder, sin motivo y sin utilidad, la formación de una gran organización sindical, perturbadora de la industria y, probablemente, revolucionaria del orden social. Estos temores no se han confirmado; los sindicatos vieron acrecido el número de afiliados y su poder social, pero siguieron la tradición apolítica de

las *Trade Unions* inglesas, aunque por la negativa de los patronos a reconocer los sindicatos o por las desmedidas pretensiones obreras a salarios aún más altos hubo huelgas. En Toledo, Ohio (23 de mayo de 1933), las tropas tuvieron que intervenir contra los huelguistas con cargas a la bayoneta, gases lacrimógenos y ametralladoras. El 16 de julio estalló en San Francisco la huelga general, también esmaltada de combates con la policía. El 30 de agosto, ochocientos mil obreros textiles del sur se declararon en huelga. Pero no por esto se desarrolló el partido comunista.

En realidad, no son los actos de la administración rooseveltiana los que, pasado el primer hervor de entusiasmo, han movido a la oposición, sino el vago barrunto de que Roosevelt con su *New Deal* significaba la ruptura de la tradición americana, un nuevo punto de partida, la introducción de principios completamente nuevos, distintos de los que habían regido desde la instalación de la República, aunque acaso ello no fuera otra cosa que el simple temor a lo desconocido. Ahora bien: si «la neutralidad teórica del Gobierno entre hombre y hombre» es un principio de la Constitución americana o una tradición del pueblo americano, entonces el *New Deal* es efectivamente hondamente revolucionario; pero no hay argumentos contra esa revolución.

Desde el punto de vista económico, el *New Deal* ha sido muy discutido. Los economistas adversos –casi todos los europeos– han aprovechado hábilmente para sus críticas el hecho de que el *New Deal* es un conjunto de numerosas medidas. Cuando se trata de examinar los resultados de la N. R. A., atribuyen sus relativos éxitos a la inflación; los de esta, a otra causa, y así sucesivamente. «No sabemos –repiten una y otra vez– qué parte corresponde a la N. R. A., cuál a la inflación, cuál a la A. A. A., cuál a los tratados de comercio», etc. Es como si respecto a la mejoría de un enfermo, para discutir al médico, se comenzase a examinar la parte atribuible a cada una de sus prescripciones y aun a cada una de las sustancias de sus recetas, para concluir que la mejoría procede de no se sabe cuál, y por tanto, al aplicar sin necesidad varias, el médico se ha equivocado y fracasado.

La verdad es que el *New Deal* es un conjunto y ha actuado como tal, sin que quepa discriminar sus elementos. ¿Cuáles han sido sus resultados? El juicio más imparcial nos parece el formulado por *The Economist*: «Si el criterio para juzgarlo es la utopía, sus resultados son pequeños; si se los compara con las realizaciones o las promesas de sus adversarios, sale bien parado; pero si se confrontan sus resultados con la situación de marzo de 1933, el éxito es sorprendente. Tal vez Roosevelt haya dado soluciones erróneas a muchos problemas, pero cuando menos es el primer presidente de la América moderna que ha planteado rectamente las cuestiones».

Así debía estimarlo el pueblo norteamericano cuando, a pesar de las críticas y de las valoraciones adversas, mantuvo y aun reforzó la mayoría demócrata del Congreso en las elecciones de 1934: 322 representantes y 69 senadores del partido fueron elegidos (8 y 10 más que en el Congreso de 1930), dejando reducidos los republicanos a 103 y 26.

En el día del cumpleaños de Roosevelt, seis mil banquetes lo celebraron; los comensales reunieron un millón de dólares para Warm Springs y le enviaron un telegrama firmado por cuarenta mil personas. Era el presidente más popular de los Estados Unidos.

XIX. LA VIDA EN LA CASA BLANCA

La ciudad utópica

Washington es una capital artificial, como Canberra y Angora, justamente por haber sido fundada para ser la capital de la nación. Los estados del norte no querían que la capital estuviera enclavada en el sur, ni los estados del sur que perteneciese geográficamente al norte. Se la situó en la frontera de ambos climas, y Washington ha tomado algo de cada uno: en invierno es tan fría como Nueva York, y en verano, tan tórrida como Nueva Orleáns; la tercera parte de la población es negra.

Para aislar a Washington en el mayor grado posible de las luchas políticas de los estados, situándola como en una campana neumática, no pertenece a ningún estado. Forma un distrito independiente: el de Columbia, administrado directamente por el propio Congreso. A distancia de Nueva York (seis horas de tren) y de toda gran población, gobernada en forma peculiar y diferente, nacida de un pensamiento racional, planeada antes de existir y señalada por su longitud y latitud como un punto en el mar, es la ciudad utópica, la ciudad que pudiera estar en cualquiera otra parte, porque podría no haber estado en ninguna.

A pesar de su fecha reciente, es la más histórica de las ciudades americanas; pero no suscita ninguna impresión histórica como Roma, Madrid, Viena, Londres, porque Washington fue fundada también para evitar los recuerdos que podría despertar una vieja ciudad y enlazarla con los tiempos pretéritos. La capital de los Estados Unidos, que no podía estar ni en el norte ni en el sur, no podía tampoco pertenecer a ningún lejano ayer. Se hubiera preferido situarla en el aire. No lo está; pero de todos modos da la impresión de una ciudad aerostática. Ella nos revela la voluntad ahistórica que ha gobernado los Estados Unidos desde su independencia hasta nuestros días; ella nos revela también la floja trabazón de los estados americanos. Cualquiera otra capital: París, Madrid, Londres, Roma, se nos aparece inmediatamente como el centro del país. Por el contrario, Washington produce la extraña impresión de que, siendo la capital, es, sin embargo, excéntrica. Y por otro lado, ¿existe en Estados Unidos una ciudad que sea su centro?

El palacio sin centinelas

¿Dónde está en esta capital la residencia del jefe del Estado, la famosa *White House* o Casa Blanca? No es ella, sino el Capitolio, asiento del Congreso, el centro de la ciudad. Ella se recata tras la fronda de un parque, al fondo de largas praderas. La señala en la cima del tejado una bandera que lo mismo podría indicar un museo. En las puertas no hay centinelas isócronos que den a cada vuelta su golpe de tacón como relojes exactos. No se ve un uniforme por ningún lado, como en los alrededores de otras residencias de reyes o presidentes. Muchos han sido los que se engañaron –Guillermo II, Hitler y numerosos europeos– creyendo que donde faltaban esas y otras costumbres militares nunca podrían surgir soldados y guerreros.

Cualquiera puede entrar en el parque; pasear por sus jardines; llegar hasta la puerta; penetrar en el edificio; visitar las salas de recepción; contemplar la piscina del presidente, regalada por suscripción del partido demócrata; contemplar en salones y galerías los retratos

de todos los presidentes, desde Jorge Washington. Los de cuatro presidentas que quisieron eternizarse al lado de sus maridos han sido cuerdamente trasladados a los cuartos del planchado, de la vajilla y otras oficinas domésticas que gobernaron. Un simple biombo detiene al visitante en el umbral de las habitaciones particulares.

«Si hace mucho tiempo –escribe un visitante– que la Casa Blanca no es ya la rústica morada de Jorge Washington, aquella donde la señora de Adams –la primera ama de casa que allí hubo– tenía dificultades con el agua y la leña de la cocina, no por eso ha dejado de ser la más democrática, la más abierta de las residencias presidenciales». En ella todo es llano y sencillo, desde el presidente a sus secretarios. Se ha dejado la solemnidad, como cosa propia de ellos, a los criados negros. Los personajes importantes de la casa son designados por diminutivos o remoquetes cariñosos: *Missy* es miss Margarette Lehand, que hasta su muerte, en 1944, será la secretaria particular del presidente y la segunda personalidad de la casa; *Mac* es el doctor McIntire, médico de Roosevelt; *Steve* es Stephan Early, un secretario; *Pa* es el general Watson, *papá* Watson; *Guss*, Augustus Gennerich, jefe de la policía del presidente, sustituido desde 1936 por *Tommy*, o sea Thomas Qualters. A veces al extremo de un pasillo se ve a la señora Roosevelt de charla con un visitante. Pero «lo que más sorprende al europeo en esta casa –escribe Ludwig– es la risa que resuena frecuentemente: estalla en la boca de los correctos secretarios; chisporrotea en los labios de senadores y periodistas, jueces y diputados, que están de conversación o espera; se desgrana en torno de las grandes mesas de las damas secretarias, y brinca en las bocas de las señoritas-mariposas. En todos los pasillos, antecámaras y oficinas, esta risa flota a nuestro alrededor. No puede tener su origen más que en el hombre que aquí reina»[64].

No es frivolidad. La grandeza no está reñida con el optimismo risueño, aunque hay dos modos de practicarla. Existen hombres y pueblos que realizan los grandes actos con sencilla y natural alegría, mientras que otros toman deliberadamente, para mejor paladear su acción, el aire terrible de estar haciendo algo heroico o desesperado.

[64] Emil Ludwig, *op. cit*. (N. del Ed.)

Pensemos en lo que es la instalación de una turbina gigantesca en los Estados Unidos y en Rusia. No es frivolidad; pero desde luego no parece esa atmósfera de la Casa Blanca muy propicia para incubar planes maquiavélicos, designios persecutorios, pensamientos sombríos.

Ambiente íntimo

Cuando los Roosevelt entraron en la Casa Blanca, Leonor trató de dar a su alojamiento oficial un ambiente íntimo y familiar, consciente de que vivirían prisioneros tanto por la enfermedad de Franklin como por la situación del país. En épocas pasadas, los presidentes terminaban sus quehaceres poco después del mediodía, y dedicaban la tarde a inocentes diversiones, como el juego del billar o los paseos por el campo. Teddy Roosevelt dejaba los papeles a la una de la tarde, y hasta la hora de la cena jugaba con sus amigos a la pelota, al jiujitsu, a la lucha grecorromana, al boxeo, o cabalgaba por las afueras de la capital. Coolidge dormía todas las tardes mecido por los arrullos de la prosperidad y el canto de cuna de las cotizaciones en alza constante... Pero en 1933 los días eran tristes, las noches sin sueño, el trabajo agobiador, los problemas angustiosos... No eran tiempos adecuados para el boato y la ostentación, sino precisamente para la vida sencilla y familiar, que constituía el íntimo ideal de los Roosevelt.

Leonor comenzó por cambiar todo el mobiliario de la Casa Blanca y desterrar todos los cachivaches y baratijas de que la habían atiborrado los Hoover, pertenecientes a esa gente anticuada que siente el horror de los espacios vacíos, y en cuanto ve un hueco en la pared lo cubre con un cuadro, y si es en una mesa, con una antigualla cualquiera. Leonor llevó a la casa los objetos más gratos para ella y su marido: pinturas navales; relojes y campanas de barco; muebles de Val Kill; la ebanistería creada por ella en *Hyde Park*: telas claras, sillones cómodos. La Casa Blanca quedó transformada en el alegre hogar de los señores Roosevelt. El gasto mayor fue la modernización de las cocinas, en las que conservó, sin embargo, los viejos fogones en

que se guisó la comida para Jefferson y el abrevadero de mármol donde había bebido la vaca del presidente Jackson, en los primeros y felices días de la arcádica democracia americana.

Casa de cristal

Allí vivieron los Roosevelt sin afectación y sin la etiqueta tradicional de las viejas cortes reales monárquicas o presidenciales de Europa. «Creo –decía Leonor– que la Casa Blanca debe ser el modelo de vida para quienes tienen que vivir en cualquiera otra casa». Durante mucho tiempo su hija comunicó a los periódicos los menús de la Casa Blanca, con las recetas culinarias para confeccionarlos. Leonor pensaba que la familia del presidente debe vivir a plena luz, conservando cada cual sus actividades propias, como los miembros de cualquiera otra familia, y no quedar subordinados todos al alto cargo del cabeza. Ella lo hacía: sin dejar de ser una perfecta ama de casa y sin inmiscuirse en la política, desarrollaba una actividad social incansable, a despecho de todas las críticas y todos los precedentes. En su Chevrolet, acompañada de su secretaria Malvina Thompson, recorría centenares de millas al mes. En menos de doce meses hizo 60.000 kilómetros en auto, tren y avión. Bajaba a las minas, visitaba las fábricas, entraba en los sitios más extraños... Era el primer reportero de los Estados Unidos. Aceptó contratos para hablar por la radio. Editó un magazine infantil: *Babies*, *Just Babies*. Escribía artículos para las revistas. Se comprometió con la United Feature Syndicate a escribir una columna diaria, que aparecía en 14 periódicos, y desde 1940, en 135. «My Day» se titula, y en efecto, cuenta su día.

Cuando Roosevelt, en una conferencia de prensa, llamó «excrecencias de la civilización» a los columnistas que vierten en su sección todos los cuentos y chismes del país, un periodista le interrumpió: «Pues en su familia también hay un columnista». «No –contestó con razón el presidente–; lo que publica son trozos del diario de una persona». El importe de las colaboraciones de Leonor son para obras de beneficencia. Tomó parte activa en la American

Newspaper Guild, primera asociación de periodistas, y tenía, como su marido, una conferencia semanal de prensa.

Intervino en los movimientos juveniles, y su mayor error ha sido la fidelidad al American Youth Congress, aun después de haberse demostrado que la organización estaba dirigida subrepticiamente por los comunistas. Por su actividad, encarna el ideal de la mujer norteamericana. En una antigua novela se presentaba como prototipo a una mujer yanqui que era «una botella de Leyden»; pero eso ocurría en los primeros tiempos de la electricidad. Hoy se llama a Leonor «la dínamo sonriente». Ninguna mujer ha sido más seguida ni observada por la opinión pública: cuando va de compras a Nueva York, los periódicos publican la lista de sus adquisiciones con sus precios. Ninguna otra ha sido más vituperada ni más alabada; unos y otros decían, quién en tono irónico, quién a modo de alabanza: «Leonor sería tan buen presidente como su marido».

El despertar de los Roosevelt

Todos los días –estamos por los años mil novecientos treinta y tantos– Prettyman, el criado negro, despierta a Roosevelt. El dormitorio es alegre, como su alcoba en el cottage de *Hyde Park*. En las paredes, óleos y acuarelas parecen abrir ventanas sobre un paisaje marino. En mesas y mesillas, pequeñas ruedas de timón aplicada a usos muy diversos: ceniceros, pisapapeles. En la chimenea de mármol, la caprichosa colección de treinta cerdos de porcelana, de tamaño creciente hasta el cerdo de cinco pulgadas y media. Fotos de sus padres, parientes y amigos. Recuerdos fotográficos de la propia vida. En un rincón, la caudalosa cola de *Gloster*, el caballo de su padre que ganó un premio en las carreras. Sobre algunas sillas del cuarto y del vestíbulo, revistas y libros apilados y revueltos. No hay gran homogeneidad entre los objetos de la estancia; pero coinciden en no suscitar ninguna impresión de solemnidad y en ser gratos y familiares al inquilino. Cuando este se despierta, sus ojos no encuentran nada para hablarle de alguna misión trascendental, sino cosas que le dicen que es un cierto ser humano, un individuo

llamado Franklin Delano Roosevelt, a quien gustan el mar, los caballos, los árboles, el tabaco Camel, algunos libros y la charla con amigos.

Después Prettyman empuja hasta la cama una mesa de ruedas con el desayuno: huevos, café y tostadas, que los días impares es más reducido para evitar la gordura. Inmediatamente entra el médico McIntire, que hace al presidente una pregunta cortés, en este caso estrictamente profesional: «¿Cómo está usted?». A continuación se presentan el secretario Early, la secretaria miss Lehand y el general Watson, sustituto del fallecido Howe, cuyas funciones comprenden desde servir de apoyo físico al presidente en sus paseos y en los actos oficiales y seleccionar sus visitas, hasta contarle historietas y chistes. Esto último es lo primero que hace por la mañana al saludar al presidente, como medida de higiene espiritual. Sin título concreto, su cargo pudiera designarse con el de «amigo», y en realidad, todos ellos forman un equipo de amigos más bien que una burocracia rígidamente disciplinada. «Lo que mantiene en vilo a sus secretarios –ha escrito un biógrafo– es la expansibilidad de este hombre: él los activa y estimula, los mira, les sonríe, les dice cosas y hasta les pregunta su opinión». En torno de la cama, la reunión se ocupa en planear el día del presidente: horario, itinerario y las visitas que recibirá. Hay días que llegan a doscientas. «Recibe usted a mucha gente –le dijo Early–, cada vez más. Las isitas le consumen la vida». «Es la única manera de conocer la opinión», respondió Roosevelt.

No todas las conversaciones son con gente encumbrada. En los primeros meses de su presidencia, él mismo estimulaba a los labradores pobres amenazados de desahucio a verle en la Casa Blanca, y cuéntase de un granjero que le llamó a conferencia telefónica por algo que le ocurría con su vaca. A través de todas las mudanzas, el patriarcalismo presidencial de la República resurge en Roosevelt, por su entronque con la vida real campesina de *Hyde Park*. Como su padre o su abuelo, charla con el campesino de Poughkeepsie al día siguiente de tratar con Stalin y Churchill sobre los destinos del mundo. El mismo interés tiene por lo uno que por lo otro.

Trazado el programa del día, el presidente lee los periódicos. Por muchas que sean sus ocupaciones, nunca deja de ver cierto número, doce aproximadamente, escogidos por ser los más representativos de las distintas opiniones, partidos, clases e intereses. Roosevelt los lee enteros, sin previo tamizado a través del criterio de un secretario, que pudiera valorar equivocadamente o acaso ocultar un hecho, un comentario, una crítica. Como Roosevelt no ha tenido nunca una buena prensa, casi siempre encuentra censuras. De esos doce periódicos, nueve le son adversos. «Si yo tuviera facultades para limitar la libertad de la prensa –ha dicho–, nunca lo haría. Cuanto más me ataca, más útil es para mí. Y si me llama dictador, mejor; pues, ¿quién lo va a creer si se le permite llamármelo?».

La mesa de despacho

Hacia las diez y media, el negro servidor le traslada en la silla de ruedas, por una rampa paralela a la escalera, a su despacho, en el ala opuesta del piso primero: una sala oval, no muy distinta, por su aspecto íntimo, al dormitorio. Nada impone al visitante, ni la distancia que ha de recorrer hasta la mesa ni la altura de los techos. Clara, con seis huecos –tres abren al jardín–, solo las banderas colocadas detrás de la mesa indican el carácter oficial de la estancia, aunque también podrían estar en el despacho del presidente de una compañía naviera. En las paredes, la vista tropieza con grabados y pinturas, que representan barcos, paisajes del río Hudson y varias maquetas de buques.

Allí permanece Roosevelt, inmóvil, tras la mesa, fumando en su larga boquilla de marfil un cigarrillo tras otro –cuarenta Camels al día, por los menos–, como todos los hombres activos forzados a la quietud contra su voluntad. Y esa mesa parece ser una ironía de Roosevelt contra todas las mesas solemnes del mundo, grandes, casi vacías, oscuras, con enormes escribanías de oro y todos los atributos y símbolos del poder. En la de Roosevelt sorprende ante todo la multitud de objetos que la pueblan. Es la mesa del inválido, que quiere tener a mano todas las cosas que puede necesitar en el

día, y otras muchas puestas allí por adorno o por gracia: la Biblia; el *World Almanac*; el *Familiar Anotations*, de Bartlett; el *Standard Dictionary*, de Funk; un calendario; un bloque para notas; recado para escribir: secante, goma de pegar, esponjilla para sellos; un ramo de rosas; jarro y vaso de agua helada; seis ceniceros en forma de timón; dos encendedores; dos relojes; seis borriquillos –emblema de los demócratas–, elefantes –animal totémico de los republicanos–, carneros, cerdos y toda suerte de animalillos de grotescas formas, regalos recién recibidos que le gusta contemplar antes de confinarlos en otro lugar más serio y definitivo; una caja de cigarros puros para sus visitantes; una lámpara y un teléfono.

Las visitas

Sentado a esta mesa hasta las cinco de la tarde, despacha el correo, come y recibe visitas. Aproximadamente, llegan a la Casa Blanca unas cuatro mil cartas por día, de las cuales unas cien pasan al destinatario, después de la criba que, ayudada por treinta auxiliares, realiza su primera secretaria –antes miss Lehand, después su hija Ana Roosevelt–, que contesta por sí misma las demás.

A la hora de comer, un sirviente deposita sobre la mesa de trabajo una bandeja, con una sopa, una tortilla, un souflé de queso y una ensalada. Generalmente comparte este sobrio almuerzo algún ministro; en otro caso, un miembro de la familia. El criado deja los platos sobre el calentador de níquel –aquel famoso calentador de los tiempos de Albany– y se ausenta, para que los comensales, que han de servirse por sí mismos, puedan hablar sin testigos ni interrupciones.

Después continúan las visitas al ritmo de una cada quince minutos como máximo, aunque a veces el presidente se entretiene, y el general Watson ha de asomar, con un enfado simulado, su gruesa cabeza por el hueco de una puerta. No es empresa muy difícil ser recibido por Roosevelt. Es el más accesible de todos los presidentes. «El vestíbulo de la Casa Blanca –cuenta Ludwig–, cubierto de un

linóleo que imita un enlosado blanco y negro, está más obstruido que adornado por una mesa redonda... En ella, una reproducción, igualmente inútil, del obelisco... El visitante engaña el hastío de la espera lanzando una moneda pequeña sobre la mesa y apostando con los demás, o consigo mismo si está solo, sobre el número de vueltas que la moneda dará en torno del obelisco. Esta escena, que he presenciado varias veces, no es posible en la antecámara de un presidente más que en América, donde las gentes desocupadas juegan entre sí, donde nadie se engríe ni toma nada por lo trágico»[65].

Dos secretarios tamizan las visitas. Las personas que no son recibidas por el presidente escuchan las excusas más amables del general Watson o de su ayudante Henry Kannee. Watson disculpa al presidente con tal humor y gracia, que el visitante piensa que merece la pena no ser recibido, para poder oír a un hombre tan divertido, mientras que Kannee lo hace con un tono de tan sincera y profunda tristeza, que el visitante se siente movido a animarle y pedirle perdón por haberle causado semejante disgusto. Los que logran atravesar esta barrera –por otra parte, no muy tupida– son tratados por Roosevelt con sonriente amabilidad. Es un ser eminentemente sociable, y la conciencia de su superioridad le permite descuidar las fórmulas solemnes del poder, sin que familiares, funcionarios y amigos pierdan por eso las del respeto. Alrededor del jefe del Estado más poderoso nada es solemne, rígido o sombrío. Algún día se hablará de una época, una vida, una atmósfera roosseveltiana, como en Inglaterra de una época victoriana.

Conferencias de prensa

Una característica de la política presidencial americana es la conferencia de prensa: una conversación bisemanal con los periodistas, que parecen tener una especie de derecho tácito para formularle toda clase de preguntas, aun las más indiscretas, brutales o peligrosas, sin que, por su parte, él posea el de enojarse y rechazarlas. El presidente de los Estados Unidos –que es además

[65] *Ibid.* (N. del Ed.)

jefe del Gobierno– no tiene otra forma de expresarse que por medio de mensajes al Congreso. Ni él ni sus ministros pueden sentarse en las Cámaras. Roosevelt ha empleado también sus charlas por la radio; pero no es cosa de dirigirse todos los días al Congreso o al país sobre las múltiples cuestiones de gobierno. De aquí la conferencia de prensa, nacida por necesidad natural, para suplir un órgano inexistente. Sin ella, el presidente creería asfixiarse, falto de aire, y la opinión solo recibiría del hombre a quien ha elegido vagas noticias y lejanos ecos. Por esta razón, porque a ambos interesa por igual, se ha establecido, al margen de la Constitución, esta institución de las conferencias de prensa, sin otro reglamento que el convenio mutuo de preguntar con inteligencia, responder con ingenio, si no se puede hacer con franqueza, y no insistir nunca.

Todos los presidentes, salvo Wilson, han tenido conferencias de prensa; pero Roosevelt les ha otorgado mayor libertad, familiaridad y amplitud. En tiempos de Hoover, las preguntas habían de ser presentadas previamente por escrito, y muchas eran pasadas por alto, cuando no devueltas y rechazadas de mala manera. Este era el estilo de Hoover. El primer día que los periodistas fotógrafos quisieron retratar a los Roosevelt en la Casa Blanca, se quedaron a distancia, conforme a las órdenes que daba la señora de Hoover, para evitar que la enorme cabeza de su marido saliera en un primer plano. *Lean back!* (¡atrás!), decía. Y por eso la llamaban «la señora Lean Back». En cambio, Leonor les mandó aproximarse: «Quedando lejos, no corregirán ustedes mi falta de barbilla».

Del mismo modo Roosevelt se presenta más familiarmente ante aquella jauría de trescientos periodistas, que le acometen, ladran y muerden, cada uno de los cuales querría llevarse a su redacción, como galardón de victoria, un trozo del pantalón o una tira de la piel del presidente. Es un duelo, una exhibición de esgrima. Cuando el periodista se lanza a fondo y ya se cree seguro el botonazo, surge la parada oportuna, la réplica exacta. Si Roosevelt no quiere responder, elude graciosamente la respuesta con una frase afortunada; la concurrencia ríe y el interrogador desiste, y se pasa a otra cuestión, como si la finalidad del vivo diálogo fuera exclusivamente llegar a

esas frases terminales. Roosevelt, que es el único que fuma en estas audiencias y contesta «con una voz asombrosamente dulce», según Ludwig, «de singular dulzura», según Marc Chadourne[66], parece el más divertido en estas conversaciones, que le permiten ejercitar sus músculos intelectuales y comprobar su forma.

Los descansos

Entre cinco y seis de la tarde Roosevelt deja su despacho. Ha trabajado ininterrumpidamente siete u ocho horas sin fatiga. Su enfermedad le ha obligado primero y acostumbrado después a reglamentar su tiempo de esta forma, que le permite echar abajo cada día una tarea enorme. Por otra parte, quisiera verlo y hacerlo todo por sí mismo, y solo por necesidad se resigna a la ayuda ajena.

A las seis es la hora del masaje, el rato de natación en la piscina de agua templada, sustitutivo de los salutíferos baños de Warm Springs; los ejercicios gimnásticos bajo la dirección de Mr. Fox, ayudante de McIntire. De allí pasa a su estudio, en el segundo piso, donde le esperan los invitados más íntimos, a los que obsequia con un cóctel fabricado por él mismo. Uno de sus flacos es creerse un gran barman, especialista en *old-fashioneds* y martinis. En sus años juveniles, cuando era socio del *Racquet Club* de Nueva York, inventó la fórmula del *Roosevelt special*, compuesto de una parte de benedictino y cuatro de ginebra. A la vista de su pequeño público encierra como un prestidigitador los ingredientes en la coctelera, la agita como un malabarista y sirve el mágico líquido como los ilusionistas que preguntan al público qué bebida quiere. Los íntimos únense después a los demás invitados que esperan en el Salón Rojo y comienza la cena, preparada por la señora Nesbit, una viuda de *Hyde Park* que la señora de Roosevelt llevó consigo a la Casa Blanca. La cena se compone de sopa, carne o pescado, ensalada y postre, regados con vinos americanos. A la sobremesa sigue algunos días la sesión de cine. Las películas de dibujos de

[66] Marc Chadourne, *Extrême Occident*, Paris, Plon, 1935; Emil Ludwig, *op. cit.* (N. del Ed.)

Walt Disney son las preferidas por el presidente para descanso de la mente, del mismo modo que Darwin leía *Rocambole*, o Ramón y Cajal, en el madrileño café del Prado, los periódicos infantiles que compraba al cerillero de la puerta. Otras veces Roosevelt se entretiene con sus colecciones de christmas y sellos. El pequeño trabajo de despegar los timbres de los sobres, buscarles su sitio en el álbum y fijarlos por el pedúnculo de papel, distrae su cansada cabeza. Pero hay noches en que los asuntos de Estado le obligan a trabajar hasta la madrugada.

Con impaciencia espera Roosevelt los fines de semana: la liberación de las energías, presas durante toda la semana en la cárcel del despacho. En su barco *Potomac*, un antiguo guardacostas, y acompañado por algún íntimo, Roosevelt pasa sábado y domingo sobre el río de Washington. Lee informes, prepara algún discurso, pesca, charla, holgazanea, duerme, gozoso de aquella vida, tan flotante como su barco. Pero su mayor delicia son los fines de semana en *Hyde Park*. Allí vuelve a ser el hidalgo campesino: amigo de los árboles, que ha plantado a cientos; vecino de otros labradores, que trata desde su infancia. Como uno de ellos, corre con su Ford por los caminos de la comarca; como ellos, allí vota, allí piensa retirarse en su vejez y allí será enterrado.

Este plan de vida se modificó durante la guerra. Fueron suprimidas muchas visitas y la natación, y aumentadas las horas de trabajo. Pero desde que pareció resentirse la salud del presidente, su hija Ana –señora de Boettiger–, que fue su secretaria desde la muerte de miss Lehand en 1944, le obligó a levantarse más tarde y a acostarse más temprano, a reanudar sus ejercicios de natación, a abandonar la insana costumbre de almorzar sobre la misma mesa de trabajo entre dos visitas y a descabezar un sueño después de la comida.

La muerte fue haciendo su cosecha entre la familia de la Casa Blanca. Murió Luis Howe; siguieron Marvin McIntyre, Gus Gennerich, el contraalmirante Callaghan; luego los más allegados: primero la secretaria Margarita Lehand, después el secretario y acompañante

Watson, solo dos meses antes de fallecer Roosevelt, como si fuera también a prepararle su llegada.

XX. PRESIDENTE POR SEGUNDA VEZ

Más críticas

Lo peor que podía ocurrirle a Roosevelt era la mejoría evidente de la situación económica. La renta nacional, que de 80.000 millones de dólares en 1929 había descendido a 40.000 en 1930, subía nuevamente a 65.000 en 1935. La industria trabajaba al 75 % de su capacidad. Los ingresos de los agricultores habían aumentado en un 40 %. Las reservas de oro se elevaban bruscamente de 6.800 millones de dólares en 1934 a 9.000 en 1935. El comercio exterior duplicaba su volumen. Al fin se olvidaron las angustias de la crisis y al presidente que la había atenuado, si no se quería conceder que la había resuelto. Los hombres de negocios recobraron su audacia; pero al tratar de volar otra vez a sus anchas, se encontraron incómodamente sujetos a normas y preceptos que en los malos tiempos no pesaban ni molestaban. Todos los reglamentos les parecieron entonces manifestaciones de un despotismo insoportable, y su antigua libertad en los negocios, más que un simple derecho, la base fundamental de la Constitución, la esencia de la misma vida norteamericana. Y volvió a revivir la antigua polémica de federalistas y antifederalistas; mas, como ocurre con frecuencia en Norteamérica, eran los republicanos quienes se presentaban como defensores de los derechos de los estados y acusaban al presidente demócrata de centralismo y absorción de poderes.

Contra Roosevelt se lanzaron las críticas más violentas y contradictorias. Para unos era un verdadero Stalin, mientras que para otros no pasaba de un Kerensky. Según los socialistas, el *New Deal* no era, con todas sus ínfulas, más que un vulgar capitalismo de Estado, mientras que para los capitalistas era un comunismo apenas disfrazado, y para los comunistas, un inocente socialismo utópico estilo Saint-Simon o Fourier. Pero había también quien le negaba toda ideología y le dejaba reducido a un pretexto para aumentar gigantescamente la burocracia y recompensar a los amigos con cargos remunerados, o lo consideraba solo como un halago a la clase obrera para atraer sus votos en las elecciones siguientes.

El cargo más fundado era el déficit producido en los presupuestos del Estado por la aplicación del *New Deal*. Cada minuto costaba 23.000 dólares a los contribuyentes. Roosevelt era un dilapidador, contra sus promesas electorales de equilibrar el presupuesto. Había querido hacerlo, y con su colaborador, Lewis Douglas, trabajó sinceramente en la tarea. Había pedido al Congreso autorización para rebajar los gastos en un 25 %. El Congreso le había otorgado poderes para reducir los sueldos de los funcionarios federales en un 15 %. Roosevelt solicitó también la revisión de todas las pensiones de guerra –de las tres guerras: civil, de Cuba y europea-, que se heredaban de padres a hijos como un derecho familiar a perpetuidad. Pero estas primeras economías fueron contrarrestadas y superadas por los gastos posteriores. El déficit de 1.780 millones de dólares en 1932-1933 subió a 2.890 en 1933-1934, y a 4.550 en 1935-1936. Roosevelt había prometido, en efecto, suprimir el déficit; pero también había dicho: «Si la miseria y la necesidad de una parte de los ciudadanos hacen necesario desequilibrar el presupuesto, no vacilaré en decirle al pueblo la verdad y pedirle autorización para gastos mayores».

Primero por esa miseria y necesidad, después obligado por la guerra, el destino de Roosevelt ha sido aumentar gigantescamente los gastos del Estado federal y la deuda pública: 3.860 millones de dólares importaba el presupuesto de 1932-1.933; en los años sucesivos aumentaría hasta llegar a los 100.000 millones en 1943-

1944; y la deuda pública hasta los 290.000 millones, obligando a ampliar de continuo el máximo legal consentido. Pero estos enormes gastos han sido, en los años del *New Deal*, la contribución de los norteamericanos a la empresa de solidaridad interior acometida por Roosevelt, y durante la guerra, su contribución a la empresa de solidaridad internacional. Todo lo que en muchos decenios no pagaron los norteamericanos, hubieron de satisfacerlo aceleradamente en un plazo más breve, aumentado por los grandes réditos del descuido. Los 3.860 millones que antes del *New Deal* gastaba, en total, el Estado federal, eran una pequeñísima fracción de los enormes recursos del país, incapaz de llenar todas las atenciones de un verdadero Estado para un país de tal extensión y tales pretensiones mundiales. Es verdad que las generaciones futuras han quedado gravadas para mucho tiempo con pesadas cargas fiscales; ellas pagarán la falta de las generaciones pretéritas, descuidadas de cuanto no fuese el bienestar individual.

Cómo murió el águila azul

Había mucha gente resentida contra el *New Deal*. No solo los privilegiados heridos en sus intereses o los agiotistas y negociantes de mala fe, sino también gente modesta y honrada, conforme con los principios del *New Deal*, pero atemorizada por la rapidez vertiginosa de la reforma e irritada con los *newdealers*, con los funcionarios encargados de la aplicación del sistema, dotados, por el carácter propio de este, de un gran margen de poder discrecional que, por falta de discreción, cobraba muchas veces apariencias de poder dictatorial. El *New Deal* llevó a sus oficinas un gran número de nuevos funcionarios y, sobre todo, un nuevo tipo de funcionario: el especialista de laboratorio, muy capaz para tratar objetivamente los problemas, pero inhábil por completo para tratar con la gente. Sin efectividad directa e inmediata contra el *New Deal*, todos estos reproches y censuras contribuyeron, sin embargo, a formar una espesa atmósfera hostil. Faltaba solamente el chispazo.

Se había comparado el águila azul de Roosevelt al haz lictorio de Mussolini, a la esvástica de Hitler, a la hoz y el martillo de Stalin, a todas las enseñas y símbolos de las dictaduras. El haz de Mussolini no pudo ser destrozado más que por una catástrofe militar y política. La esvástica de Hitler cayó por un desastre semejante. No sabemos qué acontecimientos universales serán precisos para descolgar de las cúpulas del Kremlin la hoz y el martillo. Pero el águila azul de Roosevelt murió a manos de un vendedor de gallinas llamado Schechber.

El sistema político americano se compone de poderes absolutamente independientes que, sin embargo, pueden moderarse entre sí por una maquinaria de frenos y vetos, a la manera de las instituciones políticas romanas, casi siempre dobles, cada una de las cuales tenía su contrapeso en la otra. Toda democracia es un régimen de prudente y sabia desconfianza. El Congreso y el jefe del Estado norteamericanos se vigilan mutuamente; mas sobre ambos existe otra institución con facultades para derogar los decretos del poder ejecutivo y los acuerdos del legislativo. ¿Cuál es esta institución, anómala en una democracia, superior a la misma soberanía popular encarnada en el Parlamento? El Tribunal Supremo, los nueve ancianos encargados de custodiar las Doce Tablas de la Constitución. Son los grandes jueces, los jueces del juicio final, porque juzgan en última instancia las decisiones del presidente, los actos de los ciudadanos, las leyes del Congreso. Nada se escapa a su poder, y sus fallos prevalecen sin discusión.

El Tribunal Supremo es la institución más sólida y permanente; cambian los representantes, los senadores, los presidentes; pero los jueces quedan, como garantía de continuidad. Una vez nombrados por el presidente, los jueces entran en el reino de lo inconmovible e inamovible, sujetos exclusivamente al sumo poder que es la muerte, único que puede destituirlos. Ha habido treinta y cuatro presidentes de la República, pero solo once presidentes del Supremo. Cuando el portero negro sentado a la entrada del Tribunal tira perezosamente de la cuerda que ató a la manilla de la puerta, para no levantarse, abre al visitante el templo donde reina el espíritu de los antepasados. Pueden

llamarse los magistrados como quiera: Hughes o Stone; en realidad, bajo sus nombres y apariencias actuales, viven los antepasados, los fundadores: Washington, Franklin, Adams, Madison y, sobre todo, aquel gran juez Marshall, que durante treinta y cuatro años, desde 1801 a 1835, elaboró con sus interpretaciones la verdadera Constitución y, más permanente que todos, impuso la legalidad a los ciudadanos, a los estados, a los congresos y a los presidentes. El Tribunal Supremo es, en fin, el poder solemne de la tradición y de la justicia. Su misión es estar en el fiel de la balanza. En unas épocas resiste a las tendencias centrífugas que amenazan deshacer la Unión; en otras, se opone al centralismo que pudiera petrificarla. Juzga casos concretos; pero, como en un tribunal romano, cada uno de sus fallos instituye jurisprudencia, cobra caracteres de artículo de Código y derrumba leyes enteras. Así la demanda de un vendedor de gallinas echó abajo la N. R. A., la parte más esencial del *New Deal*.

Una sentencia

El 27 de mayo de 1935 el Tribunal Supremo declaró anticonstitucionales las prescripciones de la N. R. A. para la venta de volatería. Con ellas quedaban derogados automáticamente casi seiscientos códigos industriales con sus millares de artículos. «Estos códigos –decía la sentencia– son verdaderas leyes, y aunque el Congreso haya transferido su facultad de elaborarlas a otro organismo, la Constitución no autoriza al Congreso la renuncia y el traspaso de su prerrogativa más esencial». El 6 de enero de 1936 el Tribunal Supremo completaba su obra declarando también inconstitucionales los impuestos cobrados por virtud de la «Agricultural Ajustment Act», con los cuales se pagaban las indemnizaciones por reducción de superficie sembrada. Las dos leyes principales del *New Deal* estaban anuladas. Otras de menor importancia, aunque complementarias, siguieron la misma suerte, como las leyes sobre el límite de edad de los obreros ferroviarios, la moratoria de las hipotecas de las granjas y la anulación de la cláusula oro en los contratos. El *New Deal* quedaba, en cuanto sistema de

leyes, como un edificio bombardeado que conserva algunas partes indemnes entre otras derruidas.

Sin embargo, este es el hecho sintomático: el *New Deal* sobrevivió a su muerte legal. «La revolución moral estaba hecha», y los códigos de la N. R. A. subsistieron en forma de contratos colectivos. La derrota de Roosevelt en el Tribunal Supremo sirvió para demostrar su triunfo en la nación, pues no hay reforma más consolidada que la que perdura sin necesidad de ley para imponerse. De otro lado, el fallo del Tribunal Supremo redundó en favor de la obra rooseveltiana al despojarla de excrecencias e hipertrofias burocráticas. En la N. R. A. había, en efecto, no poco desorden e incoherencia, y demasiada complejidad y entrecruzamiento de normas dispares y oficinas diferentes, y el argumento del Tribunal Supremo acaso fue solamente un pretexto para terminar con aquella algarabía administrativa. Pero el espíritu del *New Deal* triunfaba. Ya no se podía retornar a aquel individualismo primario, en que cada norteamericano era un átomo independiente, movido solamente por una enorme voluntad de poderío, egoísta siempre, cruel e inhumano con frecuencia. Se había apretado y fortalecido esa trama entre los individuos, las clases y los sectores que constituyen el fondo de una nación. Cada cual se sentía más solidario de los demás. Una mayor unidad orgánica sustituía a aquella uniformidad mecánica, nacida exclusivamente de la economía.

Durante los años 1935 y 1936 Roosevelt completa su sistema, a pesar de los fallos del Tribunal Supremo, al mismo tiempo que repara en el mayor grado posible los destrozos causados por los jueces en su obra. De este tiempo son la Rural Electrification Administration para fomentar la electrificación en los municipios rurales; la Ley Wagner, que garantiza a los trabajadores el derecho a organizarse; la Nueva Oficina Nacional de Relaciones del Trabajo; la ley de seguros contra la vejez y el paro; la ley para conservación del suelo, que sustituye en parte a la anulada A. A. A., y otras muchas disposiciones que promueven o regulan el desarrollo económico.

El mayor triunfo de Roosevelt fue justamente entonces, cuando, vencido por el Tribunal Supremo, tachado de dictador comunista o fascista, atacado por todos los flancos, el pueblo norteamericano vuelve a elegirle, en noviembre de 1936, por una mayoría arrolladora, que hace augurar la desaparición del partido republicano y la consagración del demócrata como partido único de la nación y parece conceder a Roosevelt esa dictadura de que se le acusa. Acaso él mismo creyó que el voto casi unánime del pueblo le encargaba por lo menos la misión de luchar contra el viejo espíritu tradicionalista del Tribunal Supremo. Este fue uno de los dos grandes y acaso únicos errores políticos que sus propios partidarios reconocen.

Los sindicatos obreros

En aquellas elecciones recibió el apoyo de las tres cuartas partes de la nación, incluso de muchos de sus críticos, que, si no estaban conformes con los enormes gastos del *New Deal* ni con el aliento dado a las organizaciones obreras, lo preferían al sistema contrario de no gastar nada y dejar inerme al trabajador individual ante las grandes potencias económicas, sin la protección de la fuerza social implicada en una organización colectiva. Pero sus apoyos principales fueron los dos grandes sindicatos obreros. Uno, la A. F. L. («American Federation of Labor»), fundada en 1881 con otro nombre y dirigida primero por Samuel Gompers y después por William Green. Esta Federación había visto subir sus tres millones de afiliados a más de cinco durante la primera guerra europea, para descender en 1933, a causa de la crisis económica, a la primera cifra.

El derecho de organización y de contrato colectivo concedido por la N. I. R. A. favoreció el desarrollo del movimiento obrero. El número de *Trade Unions* adheridas aumentó, de 673 en 1933, a 1788 en 1934. Después de la anulación de la N. I. R. A, la Ley Wagner y la Oficina de Relaciones de Trabajo hicieron sus veces, y los afiliados aumentaron hasta los seis millones. Pero en 1935, uno de los principales líderes, John Lewis, llamado, por su aspecto físico, su rugido y su agresividad, «el león de los obreros», se

separó de la A. F. L. con sus 300.000 compañeros de la United Mine Workers, para fundar, con otras asociaciones disidentes, el Congress of Industrial Organization.

La A. F. L. se negaba a la afiliación de los obreros no especializados –un problema planteado por el enorme desarrollo de la producción en masa– y pretendía seguir siendo la vieja organización tradicional, abierta casi exclusivamente a los obreros yanquis de ciertos oficios y ciertas industrias. En cambio, el C. I. O. admitía a todos los trabajadores de cualquier oficio, raza, credo, color o nacionalidad. Pero la verdadera causa del cisma era la personalidad de Lewis, demasiado vigorosa para someterse a las tradiciones moderadas de las *Trade Unions* norteamericanas. Minero de Illinois, educado por su mujer, maestra de escuela, se había destacado tanto como para que en 1925 Coolidge le ofreciese una cartera y en 1932 se hubiera pensado en su candidatura para la vicepresidencia de la República. «John Lewis –dice H. Harris en *Labor's Civil War*[67]– es un hombre de primera calidad, acaso genial. Intrépido. Brillante... Pero le gusta seducir a las vírgenes de la fama y cohabitar con las sirenas del poder. Se ha rodeado de sicofantes estalinistas y jenízaros de palacio, que le aseguran a todas horas que, como hombre del destino, jamás puede equivocarse». Las caricaturas de los periódicos subrayan su megalomanía. Una le presenta subido sobre una vejiga de goma que lleva el lema: «Yo inflado», tratando de alcanzar la altura del Tío Sam. John Lewis, que puso a Green en la jefatura de la A. F. L., riñó con él y se separó del viejo sindicato, como más tarde reñiría también con Murray, al que había colocado al frente del C. I. O., y practicaría una nueva disidencia. No es muy improbable que un día Lewis riña con Lewis.

En ninguno de los dos grandes sindicatos existe el menor asomo de marxismo. Ambos aceptan el supuesto básico del capitalismo: la propiedad privada de los medios de producción, y se mueven dentro de sus marcos, sin pretender otra cosa que conseguir y conservar buenos contratos colectivos ni acudir a la huelga más que como último recurso, lo que no impide que sean las huelgas más violentas

[67] Herbert Harris, *Labor's Civil War*, New York, Alfred A. Knopf, 1940. (N. del Ed.)

y tempestuosas. Su principio es que el capitalismo puede desarrollar la riqueza como ningún otro sistema, y que cuanto más rico sea el mundo capitalista, más beneficios recogerá el obrero. Para ellos el asalariado no es «un ilota consciente de pertenecer a una clase humillada», sino «un americano consciente de pertenecer a la clase media y que tiene los mismos objetivos y aspiraciones que animan al resto de la nación», una de ellas llegar a millonario.

Si es difícil que el marxismo prenda en los sindicatos ingleses, es imposible que cunda entre los obreros norteamericanos, por la sencilla razón de que el problema que el socialismo marxista trata de resolver no se puede plantear siquiera en los Estados Unidos, porque ya está resuelto antes de presentarse. Allí la vida económica sigue caminos que no desembocan ineludiblemente en ese problema como en Europa. Así, pues, la política de los sindicatos norteamericanos ha consistido y consiste en favorecer con sus votos a los candidatos que simpatizan con las reclamaciones obreras y combaten a Wall Street, sin reparar en su partido. El apoyo a Roosevelt estaba, pues, en sus normas. Gracias a su política, los sindicatos llegarían a los seis millones y medio de afiliados cada uno, aparte del millón y medio de las organizaciones independientes. Pero evidentemente el C. I. O. era más político, y John Lewis puso a favor de Roosevelt, entonces su amigo, toda la carne en el asador: varios millones de votos y medio millón de dólares para los gastos de la campaña electoral.

Si antes de Roosevelt pocos pensaban en el prójimo, después proliferaban las soluciones utópicas. El doctor Townsend predicaba una jubilación mensual de 200 dólares para todo norteamericano mayor de sesenta años bajo dos condiciones: prohibición de trabajar y obligación de gastar el retiro en los treinta días. Upton Sinclair proponía que el Estado entregara 1.500 dólares a cada parado –en total 15 millones– para que se comprara un trozo de tierra y maquinaria agrícola. «El dictador del sur», Huey Long, senador por Luisiana, había muerto en agosto de 1935; pero sus partidarios repetían y propagaban su lema: «¡Repartid la riqueza!» Y el padre Caughlin seguía vertiendo por la radio sus sermones, cada vez más

radicales y, sin darse cuenta, cada vez más fascistas. Propagandista del *New Deal*, terminó en enemigo acérrimo de Roosevelt cuando este rechazó sus fantásticos planes.

Toda la originalidad de estos reformadores consistía en dar la misma nota de Roosevelt una octava o dos octavas más altas, hasta la desafinación y el desgarramiento. En algunas mezquitas, cuando el imán reza, como su voz no podría ir muy lejos, hay el exagerador, que repite a voz en grito sus frases para que la muchedumbre las oiga. Roosevelt siempre ha tenido «exageradores», y muchas veces sus adversarios –caso Wendell Willkie–, al no poder vencerle contrarrestándole, han tratado de combatirle sobrepasándole. Pero en 1936 el partido republicano todavía creía poder batirle mediante un programa que comprendía la vuelta rigurosa a la doctrina ortodoxa de Coolidge y Hoover, a los dogmas de la prosperidad: retorno al patrón oro, equilibrio del presupuesto, proteccionismo a ultranza, aislamiento internacional y respeto absoluto al Tribunal Supremo.

Por reacción al programa de Roosevelt, los republicanos extremaban el retroceso. El mérito de Roosevelt fue mantenerse en equilibrio entre el fantástico utopismo de unos y el seco y avariento realismo de los otros. Él tenía personalidad rebosante, trayectoria propia, programa original: la lucha por el mantenimiento del *New Deal*, contra los trust y contra la legalidad petrificada, que interpretaba en el siglo XX la Constitución con un espíritu propio del siglo XVIII. Los jueces ingleses usan rojo manto y blanca peluca rizada, pero acomodan sus fallos a las mudanzas de los tiempos. Los jueces del Tribunal Supremo de Washington, con traje a la moderna, seguían pensando como Franklin o Washington.

La gran derrota republicana

Cuando se oye en 1936 predicar al candidato republicano Landon, y a su colega para la vicepresidencia Knox –que luego sería ministro con Roosevelt–, parece que ellos son los defensores puros de los

principios democráticos y liberales: gobierno del pueblo, iniciativa privada bajo la vigilancia de la ley, libertad individual, derecho de las minorías, independencia del Tribunal Supremo ante las extralimitaciones del poder ejecutivo. Apropiándose estos principios tan claros, Landon atribuye a Roosevelt no se sabe qué propósitos oscuros e intenciones tortuosas, y le increpa públicamente para que los descubra. «Una vez más, le pido desde aquí que hable y diga lo que piensa. Es su deber, no solo como presidente, sino como ciudadano de los Estados Unidos, decirnos cuáles son en realidad sus finalidades y sus intenciones. Es su deber y mi deber confiar en la sabiduría del pueblo, porque la Constitución que él y yo hemos jurado respetar está fundada en la sabiduría colectiva del pueblo». Estas palabras enuncian ciertamente la pregunta inquietante que se formulan muchos norteamericanos. La política de Roosevelt no es oscura, el *New Deal* no es ningún enigma; pero es tan insólita en Norteamérica y tan compleja, comparada con la de un Coolidge, que no se la comprende.

Las palabras de Landon son de reto; la entonación no. Sus ojos no centellean tras de los vidrios octogonales, obra de un óptico de Kansas City, ni su voz monótona de recitador fustiga y restalla como la de Roosevelt cuando le responde en un discurso que mezcla las ideas y estadísticas del sociólogo moderno con las profecías e imprecaciones de la Biblia.

El 3 de noviembre de 1936 el pueblo reelegía a Roosevelt para su segundo período presidencial. Tenía a su lado 46 estados, que le daban 523 compromisarios en el colegio electoral, contra ocho obtenidos por Landon. Los votos fueron: para Roosevelt, 27.750.081, y para Landon, 16.679.648, aparte de unos 900.000 de Lemke, el candidato del padre Caughlin, y otras pequeñas votaciones de algunos candidatos obreros. Jamás habían votado 45 millones en unas elecciones; jamás un candidato había obtenido una mayoría de 11 millones de votos ni había sido elegido nadie por todos los estados de la Unión salvo dos: Maine y Vermont.

En la Cámara de Representantes los republicanos quedaban reducidos a 89 diputados contra 334 demócratas, y en el Senado, a 17 senadores contra 75. El partido republicano parecía condenado a la desaparición total. En realidad no se podía decir que había vencido el partido demócrata: triunfaba Roosevelt exclusivamente. Su política y su vigorosa personalidad borraban las ya difusas fronteras entre republicanos y demócratas, y sustituía esta vaga clasificación antigua por la de partidarios y adversarios del *New Deal*, mucho más clara y categórica. También desaparecían ante Roosevelt las tradicionales adscripciones del norte al partido republicano y del sur al partido demócrata. El sur le había apoyado; pero también el norte, el este y el oeste. Hubiera vencido aun sin los votos del sur. Era el primer presidente demócrata que habría podido prescindir de ellos y regalárselos a su rival. No era, pues, el presidente de un partido o una región. Era el líder nacional, el primero desde la guerra de Secesión. El pueblo pareció presentir que, como auguró Roosevelt ante la Convención de su partido en Filadelfia, «esta generación de americanos tendrá una cita con el del destino».

XXI. LA LUCHA CONTRA EL TRIBUNAL SUPREMO

Los dos errores

Para esta «cita con el destino», que ya entonces Roosevelt preveía como «una guerra por la supervivencia de la democracia», «una lucha para salvar nuestra grande y preciada forma de gobierno para nosotros mismos y para el mundo», Roosevelt se ponía a la cabeza de los Estados Unidos: «Me uno a vosotros. Quedo alistado para la duración de esta guerra». Pero en este momento triunfal es cuando surgen las mayores dificultades. Unas, como la recrudescencia de la crisis económica, derivadas de las circunstancias; otras, promovidas por sus aliados John Lewis y sus organizaciones, que, sin ser marxistas, copiaban al Frente Popular triunfante en Francia y España, promoviendo numerosas huelgas y ocupando fábricas. Afortunadamente para Roosevelt, las disensiones entre las dos grandes organizaciones obreras evitaron la extensión de los conflictos.

Pero también el propio Roosevelt conspiró contra su triunfo. El 5 de febrero de 1937 el presidente pedía al Congreso una ley que le permitiese nombrar un suplente adjunto para todo juez del Tribunal Supremo que no quisiera retirarse al cumplir los setenta años, sin que, no obstante, el total de jueces y suplentes pudiera exceder nunca de 15. Abonaban la reforma varias razones. El número de

jueces del Tribunal había sido modificado más de una vez desde la fundación de la República; no era, por tanto, lícito hablar de un ataque inaudito a una tradición todavía intacta. De otro lado, si los jueces de otros tribunales, como todos los funcionarios del Estado, son jubilados a cierta edad por imposibilidad física y aun mental para cumplir sus deberes, no había razón para considerar a los jueces del Tribunal Supremo indemnes a toda fatiga y deterioro en una función más delicada que la de cualquier otro empleado. En efecto, más de una vez se habían registrado casos de magistrados chochos, cuyas infantilidades y extravagancias tuvieron que encubrir sus colegas.

Tal vez Roosevelt habría podido reformar el Tribunal Supremo si a su proyecto no hubiera precedido la declaración de inconstitucionalidad de las leyes del *New Deal*. Después de ella, todo el mundo tenía que ver en la propuesta un ataque o una represalia. Ni el propósito de suprimir las dificultades de cualquiera manera, incluso modificando una institución tradicional; ni esa vaga sombra de represalia, podían encontrar resonancia simpática en el pueblo norteamericano. El intento se aprovechó para insistir en la hipótesis de que Roosevelt trataba de subvertir la Constitución para ejercer un poder personal ilimitado. Sin llegar a juicio tan exagerado, otros pensaban que si todos los presidentes contrariados por el Tribunal u otra institución cualquiera los reformasen según sus conveniencias momentáneas, todas quedarían a la postre destrozadas y desprestigiadas. Además la lucha era innecesaria. Los fallos del Tribunal contra la legislación Roosevelt habían sido acordados por un voto de mayoría. Bastaba la muerte o la dimisión de un solo magistrado para que Roosevelt pudiera nombrar un sustituto de su agrado. Esta solución era tan posible, que de los nueve jueces de 1937 no quedan hoy más que dos: Harlan F. Stone, presidente, y Owen J. Roberts. Por su parte, el Tribunal Supremo había comprendido el indudable significado del voto popular, y desde entonces venía rechazando ciertas demandas de inconstitucionalidad contra diversas leyes, como la Ley Wagner, básicas en el programa del presidente. Aun sin la reforma, el Tribunal Supremo se adaptaba al espíritu de los tiempos.

Sin embargo, el presidente insistió, a pesar de la protesta casi general. El informe de la Comisión del Senado calificaba el proyecto de «un innecesario, fútil y peligroso abandono del principio constitucional» que «emplea la fuerza contra lo judicial y anula la independencia de los tribunales», y «viola todos los precedentes en la historia de Gobierno... y el espíritu de la Constitución..., al debilitar la protección que nuestro sistema concede a las minorías y a los derechos de los individuos». La suerte del proyecto estaba echada; pero Roosevelt no permitió que el Senado tomase las vacaciones veraniegas sin deliberar sobre la reforma. El calor era tórrido, y un senador, Robinson, murió de congestión. Pocos días después (22 de julio de 1937) el Senado rechazaba el proyecto por 70 votos contra 20. De aquellos 70 senadores adversos, 53 pertenecían al propio partido del presidente.

Inmediatamente Roosevelt cometió el error de nombrar magistrado del Supremo para la esperada vacante a Hugo L. Black, más conocido por su apasionada adhesión a Roosevelt que por su sabiduría jurídica; además había pertenecido al Ku-Klux-Klan. Y casi sin intervalo, ya en 1938, pidió en un llamamiento a los electores que negasen sus votos a varios senadores demócratas enemigos sistemáticos de su política. La pretensión no tenía semejanza alguna con las depuraciones realizadas por Hitler y Stalin en sus propios partidos, pero se le aplicó el mismo título: la purga.

El presidente de los Estados Unidos, como jefe del Gobierno y jefe de un partido, parece que debía poseer el derecho a combatir directamente en las elecciones a los políticos opuestos a su programa. Sin embargo, la opinión considera que el carácter de jefe de Estado priva sobre los demás y le impide toda intervención directa en la lucha electoral. Roosevelt vio a la opinión encresparse contra él y llevar de nuevo al Senado a todos los candidatos recusados, que tal vez no hubieran triunfado en otro caso. Roosevelt, «el dictador», carecía de poder para impedir la vuelta de un senador a su escaño.

Estos errores no impidieron, como veremos después, que el partido demócrata venciera en esas elecciones (1938), y que dos años más

tarde el pueblo, eligiendo a Roosevelt por tercera vez, quebrase la tradición de los dos mandatos establecida y respetada por todos los grandes presidentes de los Estados Unidos. ¿Cómo explicar esta contradicción patente de una crítica por motivos tan fundamentales y estos triunfos inmediatos, que vuelven a consagrar al mismo hombre como jamás a ningún otro presidente? Habrá que recurrir al carácter nacional de la figura de Roosevelt, que tampoco ha tenido en grado parejo ninguno de sus predecesores. El pueblo americano parecía dispuesto a administrarle toda clase de correcciones, pero sin prescindir de él, lo que no impediría que, a pesar de su enorme admiración, le derrotase desastrosamente en cuanto lo requiriese la salud de las instituciones democráticas. No hemos de negar, sin embargo, la habilidad política de Roosevelt para resurgir de cada fracaso y colocarse inmediatamente en la mejor postura ante los electores.

Nueva crisis económica

Al mismo tiempo la economía experimentaba una recaída semejante a la de 1929. Si no la intensidad, las causas y los síntomas eran idénticos. Roosevelt hubiera podido decir que la anulación de sus leyes había destruido los cauces ordenados de la vida económica. Renacía la especulación, retoñaban las viejas costumbres. En marzo de 1937 estalló una crisis de bolsa que fue acentuándose hasta octubre. Como en 1929, bajó la producción del acero y de los automóviles, aumentó el número de parados hasta casi los trece millones, al mismo tiempo que subían los precios y disminuía en igual medida el poder adquisitivo de las masas. De nuevo se ponía en marcha la misma cadena de causas y efectos; pero, más cauto, Roosevelt no acudió inmediatamente esta vez a sus antiguas medidas estatales. Antes intentó, probablemente sin ninguna esperanza y solo por táctica política, despertar la iniciativa privada con la colaboración de «los titanes de la finanza» y la industria. Por su parte, para dar el ejemplo, reducía el déficit desde 3.150 millones de dólares a 1.380.

Ante la negativa y resistencia de los grandes capitanes de la economía, Roosevelt volvió a plantear el problema en los mismos términos que en 1932 y 1933, como una lucha contra el gran capital: persiguió a los trust y adoptó casi los mismos métodos. En 16 de febrero de 1939 entraba en vigor una nueva «Agricultural Adjustment Act»; en junio quedaba aprobada la «Fair Labor Standards Act», la llamada ley del salario-hora, que establecía la semana de cuarenta horas, el salario mínimo y el recargo por horas extraordinarias; en abril pedía Roosevelt al Congreso 7.112 millones de dólares para créditos a la industria y se disponía a renovar sus medidas inflacionistas... Pero la densa atmósfera internacional presagiaba la inminente «cita con el destino». Un programa de armamentos por 3.000 millones de dólares volvía a aumentar el déficit y promovía un nuevo florecimiento de la vida económica.

Victoria demócrata

En noviembre de aquel año (1938) el partido demócrata vencía por cuarta vez consecutiva en las elecciones. Aunque había obtenido la mayoría, el número de sus representantes en la Cámara descendía de 334 a 261; mientras los republicanos aumentaban de 89 a 170. También en el Senado los demócratas perdían puestos: 69 senadores en vez de 75, contra 24 republicanos en vez de 16. Esta merma obedeció a varias causas. Una era que no se elegía presidente al mismo tiempo que el Congreso. Siempre, desde 1933, en todas estas elecciones intermedias disminuyó la votación demócrata, lo que constituye un título de honor para Roosevelt, cuya personalidad arrastraba la mayor masa de votantes hacia su candidatura, y por natural repercusión, hacia las de sus correligionarios políticos.

Indudablemente ejercieron también su influjo los errores de táctica ya consignados; pero sobre todo otro motivo. Los acontecimientos europeos reforzaban la oposición aislacionista de muchos norteamericanos, temerosos de enredarse en los embrollos del viejo continente. Este temor instintivo está grabado en las almas americanas a lo largo de siglos y generaciones, desde el tiempo de

los Padres Peregrinos. Es el sentimiento básico, la idea fundamental, siempre latente, que despierta al menor pretexto. Aquella huida de Europa retoña de continuo en esta propensión al aislamiento, que hace siempre vacilante e insegura toda política norteamericana de solidaridad y cooperación internacional. Frente a esta congénita tendencia antieuropea, el internacionalismo resultaba, como opinión alcanzada por discurso y raciocinio superficial y frágil. Varias veces –una con Wilson– pareció preponderar; pero fue derrotado en seguida.

Contra el aislamiento

Desde este momento, presagio de decisivas luchas históricas, Roosevelt ha de batirse contra esta inclinación al aislamiento del pueblo norteamericano, que también siente dentro de sí mismo. Él sabe que esas luchas fijarán el curso de la historia para los siglos futuros, y que la potencia ausente de ellas quedará también desterrada de la historia para otras tantas centurias. Sabe también que su país posee poderosas fuerzas, capaces de darle un primer lugar en el mundo del porvenir; pero que el pacifismo, el instinto de aislamiento, el predominio del interés puramente económico, son enormes obstáculos que debe vencer, contando con ellos, puesto que en su propio interior los encuentra. Así vemos a Roosevelt seguir desde 1938 una política que tanto puede parecer vacilante como prudente, o astuta y sinuosa. De todos estos caracteres participa; pero si se la juzga disimulada, ha de convenirse en que ha sido una obra maestra de habilidad e inteligente conocimiento de la psicología colectiva de sus compatriotas.

Roosevelt vacila por natural temor; pero también sigue rodeos y caminos indirectos, que por una lenta y sabia preparación encaminan a su pueblo hacia los acontecimientos que prevé. No es fácil lanzar a las luchas históricas a un pueblo reacio. Hay que vencer sus instintos pacíficos y refrenar las propias dudas. En todo caso, desde este punto, la política de Roosevelt brinca fuera del angosto círculo de lo interior y doméstico, en que se encierran sus compatriotas, a

la amplitud ilimitada de lo exterior e histórico. Los republicanos aislacionistas vieron claramente la significación de este viraje, y en las elecciones posteriores, sin combatir la política internacional de Roosevelt, trataron de plantear la disputa exclusivamente en el terreno de la política interior: un estrato ya superado, cuya primacía en la opinión pública equivaldría a una regresión.

La opinión americana quedaba retrasada respecto a su presidente. En un país democrático, Roosevelt tenía que convencerla, arrastrarla, seducirla. ¿Quién censurará al clarividente jefe de una nación henchida de fuerza y poder por conducir a su pueblo, miope y estático, al campo de la historia donde se decide el destino? Roosevelt nunca sería empujado o detenido por la masa; por el contrario, él fue siempre quien la guio, muy por delante de ella, en la extrema vanguardia. Él fue el verdadero jefe y conductor de un pueblo.

XXII. EL IMPULSO HISTÓRICO

Política internacional

En su primer discurso presidencial Roosevelt no dedicó más de diez líneas a su programa de política exterior, reducido a lo que él llamó «política de buen vecino». «Buen vecino –decía– es el que se respeta a sí mismo, y por ello respeta a los demás, y respeta sus obligaciones y la santidad de sus acuerdos en y con un mundo de vecinos». Estas pocas palabras encerraban, sin embargo, un gran contenido, porque una de las cosas que más podemos apetecer de los pueblos y los individuos es el cumplimiento escrupuloso de los contratos, base y condición previa de toda convivencia. Con su mentalidad angloamericana, que traduce las más grandes empresas a términos concretos, realistas y hasta vulgares y cotidianos, había adoptado el lema del «buen vecino», que podían entender lo mismo los inquilinos de una casa de pisos que los habitantes de un pequeño pueblo, conocedores por experiencia de las complicaciones que produce la existencia de un solo mal vecino. Esta política, modesta en apariencia, puede ser, no obstante, el máximo deseable, sobre todo para un pueblo cuya ambición era perseguir una vida pacífica.

Un presidente de los Estados Unidos no podía en aquellas fechas tener otra. La opinión pública se inclinaba decididamente al aislamiento, y así la habían interpretado Harding, Coolidge y

Hoover. Si alguna vez se habían acercado a los asuntos del mundo, siempre fue sobre la base de que la paz era simple cuestión de buena voluntad y que su participación no significaba compromiso a mantener la paz mediante intervención directa alguna. Característico de este criterio fue el Pacto Briand-Kellog (1928), por el cual las naciones renunciaban espontáneamente a la guerra como instrumento de política y aceptaban dirimir sus litigios por conversaciones pacíficas. La opinión americana, idealista e ilusa, creyó sinceramente que el problema de la guerra quedaba resuelto. Otras iniciativas semejantes partieron de los Estados Unidos para hacer imposible la guerra, mediante la reducción y equilibrio de los armamentos. Tales fueron la Conferencia Naval de Washington (1921), que fijó la proporción en acorazados y portaaviones de las flotas de Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, Italia y Francia, y la de Londres (1930), que además de extender la proporcionalidad a otras clases de buques, limitó las construcciones navales. Para obtener el concurso del Japón, los Estados Unidos tuvieron que renunciar a la fortificación de sus bases de Guam y Filipinas, fiados en el Tratado de las Nueve Potencias (1922), comprometidas a respetar la integridad e independencia de China.

La fragilidad de esta política quedó patentizada con la ocupación de Manchuria (1931) por los japoneses, contra la cual los Estados Unidos no pudieron hacer otra cosa que declarar por boca del secretario de Estado, Stimson, que no reconocerían ninguna situación, tratado o acuerdo conseguidos por la violencia. Sin embargo, los Estados Unidos continuaron por el mismo camino, y Roosevelt, recién llegado a la Casa Blanca, propone (mayo de 1933) a la Conferencia de Ginebra un acuerdo internacional para eliminar de los ejércitos las armas ofensivas que pudieran destinarse a una guerra de agresión, lo que origina la retirada de Alemania, que también abandona la Sociedad de Naciones. Otras conversaciones en Londres (diciembre de 1934) para el desarme naval fracasan igualmente porque el Japón, también retirado de la Sociedad de Naciones, denuncia las limitaciones impuestas por el Tratado de Washington, y al expirar este (diciembre de 1936), se niega a participar en nuevos acuerdos y abre la puerta a la carrera de armamentos navales entre las grandes

potencias. Por su parte, Roosevelt, para impedir la gran influencia atribuida a los fabricantes de armas en la entrada de los Estados Unidos en la primera guerra mundial, limita las ganancias de estas empresas al 3 % y el sueldo de sus directores a 8.000 dólares, y somete su producción y su contabilidad a la fiscalización del Estado.

Panamericanismo

Otra política le está vedada a Roosevelt, que ni siquiera consigue en el Senado la mayoría reglamentaria para la adhesión de los Estados Unidos al Tribunal de Justicia Internacional de La Haya. De los 36 senadores adversos, 20 eran de su propio partido. Pero ya que no puede intervenir en los asuntos europeos por el conducto de la Liga de Naciones, aplica su esfuerzo a otro organismo semejante, bien visto en los Estados Unidos, puesto que respondía a la doctrina de Monroe: la Liga Panamericana. Por política de buen vecino y por sus propios impulsos liberales, retira las tropas que ocupaban el territorio de Haití hacía veinte años; el Congreso deroga en mayo de 1934 la famosa «enmienda Platt», que permitía la intervención de los Estados Unidos en Cuba, que así alcanzaba, por fin, la plena independencia, y queda aprobada la ley que concedía la independencia a Filipinas para diez años después y la formación inmediata de un gobierno de transición con un presidente filipino.

A estas medidas, tranquilizadoras para las repúblicas americanas, se une la nueva actitud del gobierno de Washington en las Conferencias Panamericanas, donde todavía en 1928 era mirado con sumo recelo. Esta actitud patentiza un cambio profundo en la interpretación de la doctrina de Monroe: ya no serían los Estados Unidos sus únicos depositarios y ejecutores, sino el conjunto de las naciones americanas. En la Conferencia de Montevideo (diciembre de 1933) se acuerda, a propuesta del secretario norteamericano de Estado, Cordell Hull, que «ninguna nación tiene derecho a intervenir en los asuntos interiores y exteriores de otras», y se constituyen comisiones de conciliación para resolver los litigios entre las naciones americanas. En la de Buenos Aires (diciembre de 1936) se acuerda la consulta

entre todas las repúblicas americanas en caso de amenaza para la paz en el nuevo continente, y un compromiso de solidaridad por el cual todo acto hostil contra una de ellas será considerado hostil también para todas las demás. Y en la de Lima (diciembre de 1938), ya después de la crisis de Múnich, las veintiuna repúblicas americanas afirman la solidaridad continental para el caso de amenaza contra la paz, seguridad e integridad territorial de cualquiera de ellas. Gracias a esta política, tres años después, al entrar en guerra, los Estados Unidos encontrarían a su lado todas las repúblicas americanas, que acabaron por romper sus relaciones diplomáticas con las naciones del eje y muchas por declararles la guerra.

Larga gestación

No puede decirse que la política internacional de Roosevelt haya sido premeditada a larga fecha en todos sus pasos posteriores. Aunque guiado por ciertos principios generales, como hombre empírico, ha ido tomando sus posiciones sucesivas según cambiaban las circunstancias exteriores y la opinión de su propio país, para constituir en cada momento un estado de equilibrio entre ambas. Si aquellas le forzaban a acelerar la marcha, esta le refrenaba, y así, sin dejar de dar cada vez un paso más adelante, su trayectoria traza una evolución lenta y gradual. Siempre pensó que si la guerra estallaba, difícilmente América se evadiría de la lucha; pero también pensaba que la guerra podría ser evitada, y se había jurado aplicar a ello el máximo esfuerzo. Desde luego consideraba seguro que en caso de conflicto armado la opinión del país no se negaría a prestar todo su apoyo económico e industrial a las democracias occidentales.

Sería, sin embargo, conceder excesivo poder a los factores conscientes. Ideas y pensamientos juegan un mediano papel en la historia, movida por fuerzas misteriosas. Se limitan a revestir de superficial racionalidad los impulsos profundos. La larga evolución de la política rooselvetiana no ha sido más que la faz más externa de un proceso de formación, reconocimiento y puesta en marcha del impulso histórico que fatalmente tenía que engendrarse en un

pueblo pletórico de fuerza. Roosevelt ha actuado sobre su pueblo; pero él ha sido actuado a su vez por el destino de su país, trazado por esa potencia enigmática que gobierna las luchas humanas y decreta despóticamente la ascensión y la caída de los pueblos según designios y finalidades que no podemos entrever. En la historia quedará como el hombre que ha encarnado ese destino y ha tenido de él el máximo grado de conciencia que se nos concede para no ser por completo unos instrumentos ciegos.

La Ley de Neutralidad

Esta conciencia se la fueron despertando poco a poco los mismos acontecimientos. Su historia puede hacerse al hilo de la evolución seguida por la Ley de Neutralidad, desde su forma más pura y absoluta (1927), a la Ley de Préstamo y Arriendo (enero de 1941).

En el mensaje presidencial de 3 de enero de 1934 declaraba Roosevelt que los Estados Unidos «no pueden intervenir en los asuntos políticos de Europa», pero sí colaborar al mantenimiento de la paz mediante la reducción inmediata de los armamentos y la abolición de las barreras internacionales. Un año más tarde se limita a afirmar que «el mantenimiento de la paz internacional es materia de profunda y desinteresada preocupación para los Estados Unidos... Recientemente, y más de una vez, hemos ofrecido las pruebas de nuestro deseo persistente e indiscutible de evitar un conflicto armado». Justamente entonces, al dibujarse en el horizonte europeo los signos precursores de la guerra, desencadenose en los Estados Unidos una corriente de opinión en pro de la absoluta neutralidad. «La entrada en la primera guerra mundial –decíase simplistamente– había sido la consecuencia lógica, fatal, de una serie de actos imprudentes, y en consecuencia, bastaba abstenerse de estos actos para que, no dándose las premisas, no se llegara a la misma conclusión».

Así, en estos primeros años, hasta 1938, vemos al Congreso aprobar sucesivas adiciones a la Ley de Neutralidad, cuya finalidad es evitar

los incidentes que habían conducido a la guerra en 1917, mientras que a partir de aquella fecha va anulando una a una todas sus anteriores prescripciones prohibitivas. Era, en efecto, contradictorio que por un lado los Estados Unidos tomasen resuelto partido contra «las naciones agresoras» y por otro estas tuvieran la seguridad de que nunca la gran potencia americana apoyaría a las agredidas. Hasta que esta contradicción se hiciera patente en el pueblo norteamericano, Roosevelt tuvo que recorrer, como dice Ludwig, un estrecho y difícil sendero.

Como se creía que el tráfico de municiones, su transporte a los países beligerantes en buques norteamericanos y los viajes de súbditos de esta nacionalidad en buques de los beligerantes habían sido una de las causas de guerra, el Congreso aprobó, y el presidente refrendó (31 de agosto de 1935), una Ley de Neutralidad que prohibía la exportación de armas, municiones y pertrechos de guerra a países beligerantes; la sometía a control y licencia si se dirigía a los neutrales, y restringía aquellos viajes. Tratábase de demostrar con ella al mundo, como dijo el presidente, «el firme deseo del Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos de evitar toda acción que pueda llevarnos a la guerra». Era, en su intención, una declaración de absoluta voluntad pacífica, lanzada con la esperanza de suscitar imitaciones y contagios. Pero si, a su pesar, la guerra estallaba, perdería toda su eficacia de ejemplo y coacción moral.

Por esta razón, Roosevelt no omitió advertir que las disposiciones inflexibles no pueden prever todas las situaciones futuras, y acaso, en alguna circunstancia, una ley tan rígida alargaría la guerra más bien que acortarla. Relacionados con esta advertencia, seguía el presidente sus avisos a los presuntos agresores del porvenir: «Nuestro país –decía en San Diego (2 de octubre de 1935)– no desea conquistas. No tenemos designios imperiales. Pero nuestra determinación nacional de mantenernos libres de guerras y complicaciones internacionales no puede impedir que nos sintamos profundamente afectados cuando son atropellados los principios y las ideas que acariciamos».

Al día siguiente (3 de octubre de 1935) otra nación seguía el ejemplo del Japón en Manchuria: las tropas italianas entraban en Abisinia. Podía, pues, entreverse algo así como un acuerdo tácito de las naciones llamadas «proletarias» para sublevarse contra el orden internacional establecido, que consideraban injusto. Acaso existiese un plan a larga fecha del que estas agresiones fueran como escarceos o ensayos previos para tantear la eficacia y solidez de los compromisos de los tratados y ligas antes de lanzarse a empresas más vastas y peligrosas. En todo caso, aun a falta de plan, estas pruebas primeras demostraron que ni las potencias comprometidas a salvaguardar la integridad de China, ni la Sociedad de Naciones, en el caso de Abisinia, estaban dispuestas a detener cualquier agresión por una acción conjunta de fuerza. El gobierno norteamericano hizo efectiva para Italia la prohibición general de los embarques de material bélico y secundó las sanciones económicas recomendadas por Ginebra.

El fracaso de la Sociedad de Naciones en el primer conflicto real que se le presentaba robustecía a Roosevelt en su idea sobre la invalidez de una organización internacional sin fuerza para mantener la paz. Él –lo decía repetidamente– seguía siendo partidario de la Sociedad de Naciones; pero no de la existente, «sino de otra». Cuando llegue la sazón, Roosevelt hará lo que a su juicio debían hacer todos los miembros de la Sociedad de Naciones, el máximo que la opinión norteamericana le permitía entonces: poner todos los recursos materiales del país a disposición de las naciones democráticas. Hasta ese momento la política norteamericana consistirá en «abstenerse de alentar la prosecución de la guerra mediante la concesión de permisos a los beligerantes para la obtención de armas y material bélico» y de «productos que puedan servir para la guerra en cantidades superiores a las exportaciones en tiempos normales», «persuadir a las demás naciones para que vuelvan a la senda de la paz y de la buena voluntad» y colaborar al mantenimiento de la paz por toda clase de métodos pacíficos. Así dijo en un mensaje (3 de enero de 1936), en que recopilaba los signos precursores de «la tragedia de una guerra general»: «Creciente mala voluntad», «tendencias

acusadas a la agresión», «armamentos», «genios malhumorados», «falta de paciencia para lograr los objetivos razonables y legítimos mediante la negociación pacífica», «vuelta a la antigua creencia en el derecho del más fuerte o a la concepción fantástica de haber sido escogidos para una misión providencial»...

También en la creencia de que los empréstitos a las naciones aliadas habían tenido su parte en la intervención de Estados Unidos en la primera guerra mundial, el Congreso (29 de febrero de 1936) añade a la Ley de Neutralidad la prohibición de conceder préstamos o créditos a cualquier beligerante. Estos ejemplos de voluntad pacífica tenían pocos imitadores. Pocos días después (4 de marzo de 1936), Hitler, jefe del Estado alemán desde 1934, que había procedido al acelerado rearme del Reich, ordenaba a sus tropas la ocupación y fortificación de la zona de Renania que, según los tratados, debía permanecer desmilitarizada.

La misma política de abstención siguió Roosevelt durante la guerra de España. Estados Unidos observaron como ningún otro país democrático el criterio de no intervención acordado por las naciones europeas en el famoso Comité de Londres.

Pero los acontecimientos comenzaban a precipitarse. El 12 de junio de 1936 Japón y Alemania firmaban el pacto «Antikomintern», que si bien dirigido contra el comunismo, significaba, a juicio de la diplomacia norteamericana, el primer paso de una gradual aproximación y alianza entre las dos grandes potencias militares de Oriente y Occidente. Cuando Italia se adhirió al pacto (6 de noviembre de 1937) y se retiró de la Sociedad de Naciones (12 de diciembre) quedó dibujado con toda claridad a los ojos de las naciones democráticas el futuro bloque del Eje.

La «cuarentena»

Si antes, en mayo de ese año, Roosevelt había apretado aún más la Ley de Neutralidad, para no dejar resquicio a la guerra, mediante la

fórmula *Cash and carry* (paga y llévatelo), y la absoluta prohibición a los norteamericanos de viajar en buques beligerantes, después de aquellos acontecimientos rompe su silencio de casi un año con el llamado «discurso de la cuarentena». Diríase que justamente en el momento de completar la Ley de Neutralidad con todas las previsiones posibles había comprendido la inutilidad de sus esfuerzos. En julio había comenzado la guerra, no declarada, entre China y Japón. Roosevelt aplicó la Ley de Neutralidad contra los embarques de armas para las dos naciones; pero vio que, resuelto el Japón a la conquista militar de China, la prohibición colaboraba involuntariamente a los propósitos japoneses privando a China de medios de defensa.

«La paz, la libertad, la seguridad del noventa por ciento de la población del mundo –dijo en ese discurso (5 de octubre de 1937)– se ven amenazadas por el diez por ciento restante, que intenta destrozar todo el orden y el derecho internacionales. Es seguro que este noventa por ciento puede y debe hallar alguna manera de que su voluntad prevalezca... La situación constituye claramente una preocupación universal. Las cuestiones implícitas en ella no se relacionan solamente con la violación de determinados tratados. Se trata de cuestiones de guerra y de paz, de derecho internacional y, muy especialmente, de los principios de humanidad. Cierto es que suponen violaciones concretas de los acuerdos. En particular del *Covenant* de la Sociedad de Naciones, del Pacto Kellog y del Pacto de las Nueve Potencias. Pero a la par envuelven problemas de economía, seguridad y humanitarismo mundiales... Que nadie se imagine que los Estados Unidos podrán escapar; que América encontrará gracia; que este hemisferio occidental no será atacado, y podrá continuar en la paz y la tranquilidad el cultivo de la moral y las artes de la civilización... Parece cierto, por desgracia, que la epidemia de ilegalidad mundial se extiende sin cesar. Cuando una epidemia de enfermedad física comienza a extenderse, la comunidad aprueba y coopera a la cuarentena de los enfermos para proteger la salud de los demás».

El discurso encrespó contra el presidente una parte de la opinión, temerosa de que iniciase la misma política de Wilson, y Roosevelt

tuvo que contentarse con declarar contraria a los tratados la agresión japonesa y cooperar a las infructuosas gestiones de las potencias reunidas en la Conferencia de Bruselas (noviembre de 1937), adonde no asistieron los japoneses, y los italianos, contra el criterio de los demás delegados, afirmaron que el conflicto solo atañía a los dos contendientes. Era una nueva comprobación de la ineficacia de la política de conciliación e influencia moral.

Días después (12 de diciembre de 1937) el cañonero norteamericano *Panay* y tres mercantes de la misma bandera fondeados en el río Yangtsé (China) fueron hundidos por la aviación nipona, y sus tripulantes y pasajeros ametrallados; algunos norteamericanos perecieron. Tokio dio la satisfacción pedida enérgicamente por Washington y pagó la correspondiente indemnización. Este incidente, que hoy se nos antoja un presagio del golpe de Pearl Harbour, solo sirvió para que una fuerte corriente de opinión, ante el peligro de guerra corrido aquellos días, tratase de añadir una enmienda a la Constitución para que no se pudiera declarar la guerra sin el voto favorable de un plebiscito popular. Roosevelt se opuso rotundamente. La propuesta coartaba sus poderes constitucionales de jefe de las fuerzas armadas y director de la política internacional, interponía trámites dilatorios entre un ataque imprevisto y la réplica inmediata y «alentaba –según sus palabras– a otras naciones a creer que podían violar impunemente los derechos de los americanos». La propuesta fue rechazada únicamente por 21 votos de mayoría.

Roosevelt consagra entonces su atención a la defensa nacional. El número de hombres alistados en el ejército no llegaba a los 165.000 autorizados por la ley de 1935, ni el tonelaje de los buques modernos de la flota al límite permitido por los acuerdos internacionales. Hasta 1937 no se había ordenado poner la quilla de dos acorazados, que serían los primeros construidos desde el tratado naval de Washington. Era inútil empeñarse en dar el buen ejemplo de la reducción de armamentos; había llegado el momento de restablecer en algún grado la proporcionalidad perdida. No sin reparos recelosos por parte de algunos miembros del Congreso, consiguió para construcciones navales una consignación de 1.156

millones de dólares, sin precedente en la historia del presupuesto de Marina. Al mismo tiempo decreta una especie de ley de préstamo y alquiler invertida. No entrega material al gobierno chino de Chungking, pero se lo niega al Japón al prohibir la venta de aviones y materiales de construcción aeronáutica y la exportación de fórmulas y maquinaria para la elaboración de gasolina de alto grado octánico «a aquellos países que los empleen para atacar las poblaciones civiles». Como Japón empleaba en gran escala el bombardeo de ciudades chinas, el «embargo moral» resultaba favorable, en forma negativa, al gobierno de Chungking. El hecho importante es que esta solución (11 de junio de 1938) marca el punto en que la política de neutralidad de Roosevelt inicia la marcha inversa.

La paz de Múnich

Después de Italia y Japón, había llegado ya el turno de Alemania. Hitler comenzó por lo más fácil y preparado: el 11 de marzo de 1938 sus tropas habían entrado en Austria, y poco después iniciaba una preparación semejante en el territorio de los sudetes perteneciente a Checoslovaquia. En septiembre los ejércitos europeos estaban en pie de guerra. Roosevelt intervenía con gestiones diplomáticas y llamamientos (26 de septiembre de 1938) a los jefes de los gobiernos de Checoslovaquia, Francia, Alemania y Gran Bretaña. La negativa tajante de Hitler, que se declaraba dispuesto a tomar por la fuerza la región de los sudetes si no se le entregaba inmediatamente, no impidió que Roosevelt insistiera con una súplica conmovida. El mismo día apelaba a Mussolini para que interviniera con su influencia personal y política sobre el ánimo del canciller alemán. Abstúvose Roosevelt de formular explícita o implícitamente la menor promesa de ayuda a nadie; pero advertía que una guerra europea pondría en inminente peligro el orden pacífico del mundo, y acaso ninguna nación se viera libre del conflicto.

La guerra fue evitada en el último minuto cediendo totalmente a las reclamaciones de Hitler. Inglaterra no obtenía en compensación más que un papel en que Hitler y Chamberlain declaraban su deseo

de adoptar el mismo método de consulta en todas las cuestiones litigiosas. Chamberlain, a su regreso de Múnich, apareció ante el pueblo inglés con su paraguas en una mano y el papel en la otra. Como él, todos los demás reunidos en Múnich –Hitler, Daladier y Mussolini– fueron recibidos triunfalmente en las capitales de sus países. Sin embargo, el matiz era diferente. En Londres y París se aclamaba a los jefes de sus gobiernos por haber evitado la guerra, aunque fuese a costa de penosas renuncias. Chamberlain y Daladier sentían la humillación interior, y en su viaje de regreso habían expresado el temor de ser mal recibidos en sus países. En Berlín se aplaudía a Hitler por haber logrado todas sus pretensiones y encontrado en la amenaza el método eficaz para seguir lográndolas. Al día siguiente de Múnich las tropas alemanas entraban en las zonas habitadas por los sudetes. Polonia y Hungría se abalanzaron también sobre la fácil presa.

No habían terminado las expansiones de alegría cuando ya por Francia e Inglaterra se extendía un sentimiento de profunda depresión. Se tenía la impresión de que la paz de Múnich era incómoda, efímera y hasta ominosa. A pesar de la declaración francoalemana (6 de diciembre de 1938) dando por terminados todos los litigios territoriales entre ambas naciones, se presentía que había quedado abierta la puerta para reclamaciones similares y capitulaciones idénticas.

Para Roosevelt «se había evitado una guerra que amenazaba con envolver el mundo en llamas; pero cada vez era más evidente que la paz no se hallaba asegurada». En consecuencia, desde el acuerdo de Múnich se dispuso a desplegar una mayor energía en el Extremo Oriente, reforzar la defensa nacional y modificar su política de neutralidad aflojando los términos rigurosos de la ley. Por de pronto consigue del Congreso la aprobación de su «programa mínimo de defensa»: 525 millones de dólares para pertrechar al Ejército y la Marina, principalmente de aviones, y fortificar las bases del Pacífico, Puerto Rico y zona del Canal de Panamá.

«En los asuntos humanos –dijo en su mensaje anual al Congreso (4 de enero de 1939)– llega un tiempo en que es preciso prepararse para defender no solo los hogares, sino los principios de fe y humanidad en que sus iglesias, su gobierno y su misma civilización están fundados. Conocemos nuestra suerte si la nueva filosofía de la fuerza se apoderase de otros continentes e invadiera el nuestro. No más que otras naciones podemos exponernos a quedar cercados por los enemigos de nuestra fe y nuestra humanidad. El mundo se ha quedado tan pequeño y las armas de ataque se han hecho tan rápidas, que ninguna nación puede estar segura en su voluntad de paz en cuanto una sola nación poderosa se niegue a exponer sus agravios en una mesa de conferencias... En nuestras relaciones extranjeras hemos aprendido del pasado lo que no debe hacerse. En las nuevas guerras hemos aprendido lo que debe hacerse. Hemos aprendido que el tiempo de la defensa y los puntos distantes desde donde puede ser lanzado el ataque son completamente diferentes que hace veinte años. Hemos aprendido que no hay garantías de supervivencia en cuanto el ataque comience, porque la agresión se hace hoy a otra escala y a otra velocidad. Hemos aprendido que mucho antes de la franca agresión militar, comienza esta con preliminares de propaganda, penetración subrepticia, relajamiento de los lazos de buena voluntad e incitaciones a la desunión». Más concretamente: añadió que la Ley de Neutralidad de 1937 podría cooperar a dar ayuda al agresor y dejar desamparado al agredido. «Hay muchos métodos que, sin llegar a la guerra misma, son más enérgicos y eficaces que las simples palabras». Con esto enunciaba en forma general su nueva política, desde la suspensión del embargo sobre las armas hasta la Ley de Préstamo y Alquiler. El mensaje terminaba con estas palabras: «Profeticé una vez que esta generación de americanos tenía una cita con el destino. La profecía se ha hecho realidad. Mucho es lo que a nosotros nos ha sido dado; pero es más lo que de nosotros se espera. Esta generación salvará con nobleza o perderá con ruindad la última y mejor esperanza de la tierra».

XXIII. ROOSEVELT TRABAJA POR LA PAZ

Acontecimientos en Europa

14 de marzo de 1939: monseñor Tiso declara la independencia de Eslovaquia bajo la protección del Reich. 15 de marzo: las tropas alemanas invaden el territorio checo y los húngaros ocupan otra parte. Dos días después Hitler instituye el Protectorado alemán sobre Bohemia y Moravia. «Es la primera vez –escribe Mourin– que se impone a un pueblo europeo un estatuto colonial»[68]. Checoslovaquia había dejado de existir. 21 de marzo: el gobierno alemán dirige un ultimátum a Lituania reclamando el retorno de Mémel a Alemania; las tropas lituanas se retiran, y dos días después las alemanas ocupan la ciudad. 23 de marzo: tropas húngaras se apoderan de una faja del territorio eslovaco. 7 de abril: para no ser menos, Mussolini envía aviones, buques y soldados contra los puertos albaneses; el rey Zogú huye y las tropas italianas entran en Tirana; el conde Ciano llega en avión para presidir el acontecimiento. Albania había dejado de existir.

En menos de un mes se habían producido profundos cambios en el mapa político europeo por decisiones unilaterales y violentas. Temeroso de que la carrera continuase, y con el propósito de conseguir

[68] Maxime Mourin, *Histoire des grandes pussances depuis la guerre*, Paris, Payot, 1939. (N. del Ed.)

para el futuro próximo una impresión de seguridad, destruida por los recientes acontecimientos, el 14 de abril Roosevelt dirige sendos mensajes personales a Hitler y Mussolini. «En esta grave hora –les dice–, los jefes de los grandes Estados son literalmente responsables del destino de la humanidad en los años venideros; la historia los hará responsables de la vida y la felicidad de todos», y les pregunta si están dispuestos a garantizar que sus fuerzas armadas no atacarán en un plazo de diez años la integridad territorial de un cierto número de naciones designadas por sus nombres. En caso afirmativo, él se comprometía a que fueran discutidas en una conferencia internacional la reducción de los armamentos y la igualdad de todos los países en el comercio internacional. Mussolini no contestó al requerimiento. La respuesta de Hitler (discurso del 28 de abril) fue denunciar el pacto naval anglo-alemán de 1935 y el tratado germano-polaco de 1934; pidió también la devolución amistosa de las colonias alemanas, y asegurando que los Estados vecinos de Alemania habían recibido del Reich mejores garantías que las solicitadas por Roosevelt, rechazó con grandes sarcasmos, entre risas del auditorio, la propuesta del presidente de los Estados Unidos.

Entretanto, el gobierno francés decretaba medidas militares y llamaba reservistas a filas. El jefe del gobierno británico anunciaba el aumento del Ejército territorial a treinta y dos divisiones (340.000 hombres), las garantías dadas a Polonia, Rumania y Grecia, el acuerdo defensivo anglo-polaco, al mismo tiempo que creaba un Ministerio de Armamentos y se establecía el servicio militar obligatorio. El 12 de mayo, Inglaterra y Turquía concluían un acuerdo de asistencia mutua para caso de agresión. El 22 del mismo mes queda firmada en Berlín la alianza militar de Alemania e Italia. En todas partes se fabrican apresuradamente aeroplanos y cañones, se cavan trincheras y refugios, se distribuyen caretas contra los gases; en los jardines de los colegios, los niños, enmascarados, parecen chupar de un enorme biberón. Se instalan enormes sirenas para avisar la llegada de los aviones y en las ciudades se fingen ataques «blancos» para adiestrar a la población civil en la defensa antiaérea.

La chispa saltará en Dánzig. El jefe del partido nazi en la ciudad báltica pide abiertamente su reincorporación al Reich; Hitler no deja dudar sobre su determinación. Se multiplican los incidentes entre alemanes y polacos. Problema trágico e irresoluble: Polonia, ahogada en las tierras interiores, quiere vivir asomada al mar por la ventanita de Dánzig; Alemania anhela fundir los dos trozos de su cuerpo, separados por el corredor polaco, que se contemplan a distancia, como dos amantes. Otra vez en los siglos, alianzas favorables y adversas se enlazan en torno a Polonia. Otra vez Polonia va a ser la causa de cruentas guerras entre las naciones europeas, teatro de batallas y campo de invasiones, cuerpo infeliz disputado, mutilado y dividido por amigos y enemigos, y otra vez Polonia, convencida de que su independencia es necesaria al equilibrio de Europa, confía, para resistir a las pretensiones alemanas, en el temor general a la guerra y en la contraposición de las rivalidades europeas.

Era evidente que un ataque alemán contra Polonia desencadenaría una guerra general europea. A pesar del Tratado de Versalles, Alemania ya era, en la primavera de 1939, la mayor potencia militar del mundo; sobre todo por la superioridad indiscutible de sus fuerzas aéreas. El rearme de Inglaterra y Francia, iniciado mucho después, marchaba con gran retraso, en parte por descuido y miopía, en parte por la resistencia de las izquierdas en sus Parlamentos. Acudieron estos países a la capacidad industrial de los Estados Unidos en demanda de aviones; pero en cuanto estallara la guerra, entraría en vigor el embargo previsto en la ley norteamericana de Neutralidad.

Creía Roosevelt que esta cláusula constituía un aliento para los propósitos alemanes y que, en consecuencia, su derogación contribuiría a evitar la guerra. El 27 de mayo (1939), el secretario de Estado pidió al Congreso la anulación del embargo y, como compensación y garantía contra posibles incidentes, el robustecimiento de la cláusula *Cash and carry*, que obligaba a las naciones compradoras a adquirir la plena propiedad de las armas antes de su embarque y transportarlas en sus propios buques. Tras muchas demoras, el 11 de julio, por un voto de diferencia, la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado se negó a tramitar la

propuesta en el salón de sesiones. Fue inútil la insistencia posterior de Roosevelt sobre los jefes del Senado; uno de ellos, Borah, rechazó por tendenciosas y exageradas las informaciones del Departamento de Estado que auguraban la guerra para fines del verano; según las suyas, Alemania no estaría preparada hasta un año más tarde. Era opinión muy compartida, y el proyecto quedó arrinconado.

La feria de Nueva York

Nadie creía en la inminencia de una guerra. El pueblo norteamericano gozaba el espectáculo y las delicias de la New York's World Fair, la Feria Universal de Nueva York, inaugurada el primero de año, 150 aniversario de la elección de Washington. Trenes especiales, caravanas de automóviles, centenares de buques transportaban diariamente cientos de millares de personas a la gran urbe. Ochenta millones de entradas se despacharon en las taquillas de la Exposición hasta su clausura. Era una exhibición del poderío económico norteamericano que corroboraba en la mayoría del país su intención de apartarse de las incomprensibles complicaciones europeas y consagrarse exclusivamente al desarrollo y fruición de todos los adelantos materiales de una larga era de paz. Junto a lo ya conseguido y concluso, la Feria mostraba lo incipiente, que prometía un mayor aumento de bienestar y comodidad. Más que una Exposición actual parecía una Exposición futurista. «Los visitantes –dijo Roosevelt en la inauguración– podrán observar que los Estados Unidos ponen todas sus esperanzas en el porvenir». Las lámparas eléctricas se encendieron al conjuro de un rayo de luz que había salido de la estrella *Arthurus* el año 1900 para llegar con toda puntualidad a Nueva York en el momento solemne, dócil al mandato de la técnica norteamericana. Un concierto de «la mayor orquesta del mundo», un recital de Chopin en «el mayor piano del mundo» y un desfile de veteranos de las guerras anteriores, precedido por «la mayor charanga del mundo» completaron la fiesta.

Como la rueda gigantesca y la torre Eiffel fueron los símbolos de la Exposición Universal de París, los de la neoyorquina eran la Torre

de Luz, incorpórea y fulgurante en la noche; el Trylon, delgada pirámide de 700 pies de altura, y la Esfera (200 pies de diámetro), en cuyo interior un diorama ofrecía una anticipación del mundo futuro. A su lado, una imagen escultórica de la Prisa, y en otros lugares alegorías del Día, la Mañana, la Tarde y la Noche, en el estilo de Miguel Ángel, cuyas nubes y ropajes arrebataba un viento desconocido de Buonarotti, porque era el viento moderno de los aviones. Todo, desde la fuente hecha de una única pieza de acero, sin soldadura, enrollada en espiral, hasta los pabellones, revestían formas y superficies continuas, lisas, deslizantes. Las estatuas eran aerodinámicas «Victorias de Samotracia», que parecían erguidas en las proas de los aviones y batidas por el viento de la futura potencia aérea norteamericana.

Era la Feria una muestra del ingenuo optimismo norteamericano. De la Exposición, el visitante salía embriagado del formidable poder económico de su país. ¿Para qué las guerras, si todo parecía propicio? Los Estados Unidos habían vencido la mayor crisis de la historia económica del mundo, habían realizado sin convulsiones una profunda transformación social y económica. Por su fortuna, en vez de un reformador tremendo, de temperamento trágico, fanático de un sistema, les había caído en suerte el *Gay Reformer*, el reformador alegre: Roosevelt. Adelante, pues, hacia el delicioso mundo electrónico del porvenir que anticipaba la Esfera de la World Fair.

Los reyes ingleses en casa de los Roosevelt

Esta pueril confianza no se vio perturbada por la visita de los reyes de Inglaterra, a la que comentaristas malignos o perspicaces atribuían la misión política de promover el entusiasmo por Inglaterra, a fin de ablandar la resistencia a la modificación de la Ley de Neutralidad. Para el suspicaz Hitler, era un paso más en la política de cerco, simultánea a las gestiones ya iniciadas por Inglaterra en Moscú mediante su enviado especial Mr. Strang. Tras un viaje triunfal por el Canadá, que reavivó el amor de los canadienses británicos

a la antigua metrópoli y la fidelidad del Dominio al Imperio, el rey Jorge VI y la reina Isabel entraron en Washington el 8 de junio de 1939 entre las clamorosas ovaciones de una multitud inmensa, el estruendo de un majestuoso cortejo aéreo de «fortalezas volantes» y las acrobacias jubilosas de los rápidos cazas.

Por primera vez un rey de Inglaterra visitaba la antigua colonia, convertida por su independencia en una potencia parangonable en poderío a la metrópoli. En la sala de la estación, el presidente Roosevelt, apoyado en su fiel Watson, se adelantó hacia el monarca, y sin reverencias ni inclinaciones, con los ojos a la altura de los ojos de su huésped, le tendió la mano. «Por fin, os veo», dijo con voz sonora.

¿A qué largo período de tiempo aludía la frase del presidente? A un lapso de siglos. En la voz de Roosevelt resonaban las voces de los Padres Peregrinos, de los viejos puritanos y de los antiguos colonos, que siempre habían suspirado por la visita de su rey. Era el encuentro retrasado de Jorge III y Washington, que, acaso en su época, hubiera evitado la separación.

La reina de Inglaterra y la primera dama de los Estados Unidos se dieron también la mano y se sonrieron sin decirse una palabra durante dos minutos, hasta que montaron en el coche. Entonces la reina abrió la sombrilla, cobijando bajo ella a la presidenta. La señora de Roosevelt, al prescindir de la genuflexión ante sus reales huéspedes, decepcionó a las damas de Washington, que durante semanas habían ensayado la reverencia, encantadas, como todas las mujeres de los países democráticos, de remedar las maneras de las cortes.

Era el primer contacto oficial de una vieja monarquía, henchida de tradiciones y ceremoniales, con una democracia casi recién nacida, sin maneras algunas. Cada cual estuvo en su sitio conforme a sus modos. En la visita a Mount Vernon, la casa de Washington, el rey vestía de chaqué; Roosevelt, su blanca chaqueta veraniega. En la recepción del Capitolio, donde estrecharon la mano a 404 congresistas

en veintidós minutos –un récord dijeron los periodistas–, los reyes cuidaron de no volverse hacia los cuadros que a la cabecera del salón representan los acontecimientos decisivos de la independencia americana, dejando este amistoso gesto diplomático a los personajes de su séquito, que los examinaron atentamente. Si algo ocurrió, fue que, por el contrario, las maneras democráticas de los americanos se sobrepusieron en ocasiones al protocolo, y divirtieron por su llaneza e ingenuidad a los reyes, habituados a las angostas reglas de la etiqueta palatina.

La señora de Roosevelt, en su artículo diario en los periódicos, abría de par en par las puertas de la Casa Blanca a la opinión pública, daba cuenta de sus preparativos y discutía con comunicantes espontáneos todos los detalles. «Algunos se sorprenden –escribía– por el hecho de que no hayamos pedido el concurso de un gran hotelero para confeccionar los menús e inspeccionar la cocina. Como la cocina, en mi casa, estará a cargo de mi suegra, estoy segura de que la comida será buena. Alguien me ha escrito después de leer el menú del banquete que el pescado no debe ser servido con salsa hecha al vino. Me he enterado, y mi comunicante puede estar seguro de que se ha retirado del menú ese plato. He explicado con mucho cuidado a Mrs. Nesbit, mi mayordoma, ciertas costumbres inglesas, como la taza de té por la mañana, el pan untado con manteca, el agua, que debe estar fresca, pero sin hielo dentro. Solo en nuestro país, el hielo flotando en el vaso se considera una necesidad. Debo deciros, lectores, que he pasado un fin de semana delicioso: por primera vez este año, he nadado al aire libre. El agua estaba fría, y sentarse al sol después resultaba muy agradable. Espero que el rey y la reina también querrán bañarse en nuestra piscina».

Los reyes no se bañaron en la piscina. En cambio, en una excursión tomaron *hot dogs* (perros calientes), el manjar democrático que comen todos los obreros norteamericanos en su descanso: una salchicha caliente embadurnada de fuerte mostaza y servida sobre un panecillo. Se come sin cuchillo ni tenedor, con los dedos, afrontando con sangre fría el riesgo de que la mostaza arrolle por la

barba o la salchicha se escape del panecillo. La señora de Roosevelt los preparó y calentó por sí misma para sus reales huéspedes.

De una de las comidas contaba en su diario a los periódicos: «Fue una comida muy alegre. Por una vez, mis hijos estuvieron intimidados en tal grado, que el presidente hizo notar a la reina que, de ordinario, era insólito que nuestras comidas transcurrieran sin que algún tema suscitase una ruidosa discusión entre el padre y los hijos».

El senador Patton saludó al rey con estas palabras: «Primo Jorge, le traigo la bienvenida del lejano "Estado imperial" de Texas». Después se volvió a la reina, y estrechando su mano sin ceremonia, le dijo: «Prima Isabel, es usted mil veces más bella que en las fotografías. Es usted tan bonita como las muchachas de Texas». Un diputado demócrata despidió al rey con estas palabras: «Vuelvan ustedes por aquí. Su visita ha sido un éxito».

Para los reyes de Inglaterra la visita fue un fresco baño en las costumbres sencillas de una democracia. Después de un rápido paso por Nueva York, abandonaron el país el 15 de junio. Si entre el presidente y el rey hubo conversaciones diplomáticas, no trascendieron al exterior. Los periódicos solo informaron de conversaciones sobre sellos y otras minucias. En público, siempre se había visto a los dos jefes de Estado hablando con una sonrisa que excluía todo asunto grave.

Mensajes de paz

Durante el verano aumentó la presión alemana sobre Polonia. Embajadores y enviados diplomáticos surcaban la tierra europea en todas las direcciones. Mientras se arrastraban lentamente las negociaciones de una misión militar anglo-francesa con el mariscal soviético Voronov, adelantaban otras más secretas iniciadas por Alemania con Molotov, comisario de Asuntos Exteriores. De súbito, Von Ribbentrop, ministro de Negocios Extranjeros del Reich, se presenta por vía aérea en Moscú y arrebata a Francia e Inglaterra

el fruto que con sus gestiones habían madurado para Alemania. El 21 de agosto de 1939, ante los mismos ojos de los enviados anglo-franceses, que todavía unas horas antes negociaban, queda firmado el pacto ruso-germano de no agresión. Era la «guerra relámpago» diplomática. Sin duda, Francia e Inglaterra habían resistido a ciertas pretensiones de Rusia sobre los Estados limítrofes, y la U. R. S. S. se decidía por la oferta más fructífera. Sin saberlo, Francia e Inglaterra habían estado participando en una subasta de pujas a la llana.

No cabía ya ninguna duda de que Alemania estaba presta a la guerra cuando se precavía contra un ataque en sus límites orientales, para evitar la lucha en dos frentes. El 23 de agosto, Roosevelt enviaba un mensaje personal a Víctor Manuel, rey de Italia, para que su gobierno iniciase gestiones de solución pacífica. «Incontables millones de seres humanos –le decía–, cuya voz no oímos, imploran que no se les haga víctimas de un nuevo sacrificio estéril».

No satisfecho aún, se dirigió al día siguiente a Hitler y Moszicki, presidente de la República polaca. Solo contestó este último. El 25 de agosto Roossevelt lanzó un nuevo mensaje a Hitler, en que le comunicaba la respuesta favorable del polaco. Hitler no respondió tampoco. El 1 de septiembre de 1939 sus tropas invadían Polonia, y el día 3, Francia e Inglaterra, garantizadoras de la independencia e integridad territorial polaca, declaraban la guerra a Alemania.

Nueva guerra en Europa

La lucha decisiva de ideas y fuerzas comenzaba. Era la continuación de la guerra de 1914, cuyas últimas consecuencias había hecho abortar Wilson. Era el desenlace de todas las guerras políticas y territoriales, que desde el siglo XIX habían quedado limitadas en extensión y trascendencia; el desenlace de todas las luchas diplomáticas morigeradas, pero nunca resueltas, por tratados y acuerdos. La hegemonía de Inglaterra, siempre discutida en los decenios anteriores; las fronteras de Francia; las pretensiones italianas en el Adriático y el Mediterráneo; la expansión alemana

hacia el este y el sudeste, iniciada por Bismarck; los problemas balcánicos; la extensión de Alemania por la entrada del Báltico hacia Escandinavia, iniciada con la guerra de Schleswig Holstein; la cuestión de las bocas del Escalda y del Rin: todo volvía a ponerse en cuestión a la vez y en los crudos términos de una guerra general. La idea o la fuerza que esta vez fuese vencida lo sería definitivamente, hasta la distancia a que puede alcanzar la previsión humana. Rechazados los arreglos y transacciones, que constituían antes los métodos para asegurar o prolongar la vida de los Estados y de los regímenes existentes, limitar las guerras, detener antes del final sus resultados y mitigar sus consecuencias, naciones, Estados, regímenes se jugaban todo su porvenir a la carta negra y roja de la guerra.

XXIV. LOS ÚLTIMOS PASOS DE GESTIÓN PACÍFICA

Opinión favorable a Inglaterra

El día de la declaración de guerra (3 de septiembre de 1939) Roosevelt había hablado por la radio al pueblo norteamericano. «La guerra –dijo– es el resultado de la amenaza y el empleo de la fuerza, y América debe buscar para la humanidad una paz definitiva, que suprima la violencia en las relaciones internacionales. De otro modo, los Estados Unidos se verán afectados de continuo por las complicaciones más lejanas, puesto que ninguna batalla deja de repercutir en el porvenir de América. Este país permanecerá neutral; pero yo no puedo pedir a cada norteamericano que se mantenga también neutral de pensamiento. No puede pedirse a un neutral que deje de pensar y usar su conciencia».

Esta opinión general era mucho más favorable a Inglaterra que en 1914 y 1920, y mucho más hostil hacia Alemania. Habían desaparecido los principales motivos de fricción con aquella: la cuestión de Irlanda, la desigualdad naval, la alianza anglo-japonesa. En cambio, la subida de Hitler al poder, sus medidas de persecución y sus anexiones territoriales, le habían enajenado la opinión norteamericana, antes propicia a conceder todos los recursos posibles a Alemania y adversa a la intransigencia francesa. La aproximación cada vez más clara de Berlín y Tokio reforzaba esta

antipatía. Según la investigación del Instituto Gallup, ya en el verano de 1939 el 56 % de la población de los Estados Unidos era partidaria de prestar el máximo apoyo material a las democracias europeas, sin llegar, empero, a la ayuda militar. No había por el momento amenaza contra la integridad territorial de los Estados Unidos; pero Roosevelt presentía que la victoria: alemana en Europa propagaría por imitación y contagio, como siempre ha ocurrido en la historia, las ideas del nazismo y fascismo por todo el mundo, y ni aun los países de mayor tradición liberal y democrática podrían resistir fácilmente su invasión y predominio. No solo quedarían afectados el porvenir y las instituciones políticas de los Estados Unidos, sino, como dijo después, hasta sus más genuinos modos de vida.

El mismo 3 de septiembre, Roosevelt proclamaba la neutralidad de los Estados Unidos, y prohibía el embarque de armas para los beligerantes. Pero el día 21 convocó al Congreso en sesión extraordinaria para que derogase esta disposición, que dificultaba la defensa de las democracias europeas, retrasadas en su rearme. Hasta el 4 de noviembre no quedó abolido el embargo de armas. En compensación, para prevenir los incidentes en el mar, se prohibía el transporte en buques americanos, a los que les estaba vedado artillarse y penetrar en las zonas marítimas de guerra. Por aquellos días, los ministros de Relaciones Extranjeras de todas las Repúblicas americanas, reunidos en Panamá, firmaron una declaración proclamando «el derecho indiscutible» de las naciones americanas a preservar las aguas adyacentes del continente libres de todo acto hostil por parte de los beligerantes.

Sumner Welles, en Europa

El marasmo en que cayó la guerra después del desastre de Polonia –en los Estados Unidos se la llamaba «la guerra burlesca»– alentaba las esperanzas de paz. Según ha relatado después Sumner Welles, entonces subsecretario de Estado, a juicio de Roosevelt las probabilidades eran «una entre mil»; pero el presidente creía que no debía dejar piedra sin remover ante los dos términos igualmente

catastróficos del dilema: «Victoria de Hitler, con peligro inmediato para los intereses vitales de los Estados Unidos, o victoria de las potencias occidentales, tras una larga y desesperada lucha, que arrastraría a un colapso total económico y social a Europa, con desastrosos efectos sobre el pueblo americano».

Para conocer los puntos de vista de Francia, Inglaterra, Italia y Alemania sobre las condiciones para una paz justa y permanente –no una tregua armada–, Roosevelt envió a Europa al subsecretario de Estado. Los resultados del viaje permanecieron secretos. Roosevelt se limitó entonces a decir que «Welles no ha recibido ni ha tratado ninguna proposición de paz de ninguna fuente; pero aunque son muy escasas las perspectivas para una paz justa y estable, su información será de gran utilidad a este Gobierno, tanto para la orientación general de sus relaciones exteriores como para el ajuste de una paz futura».

Posteriormente Sumner Welles publicó el relato de su viaje en el libro *The Time for Decision*[69]. En Roma, la mayoría del pueblo, los sectores sociales más influyentes, como la aristocracia, la Banca y la Iglesia, y hasta miembros muy importantes del gobierno, entre ellos el propio conde Ciano, ministro de Relaciones Exteriores, eran opuestos a la guerra. Solo Mussolini, deslumbrado por el poderío militar alemán, y un pequeño círculo en su torno, eran partidarios de la entrada de Italia en el conflicto, y Mussolini, según expresión de Ciano, «lo controlaba todo». En París y Londres reinaba una completa desconfianza sobre cualquiera promesa de paz y desarme que volviera a formular Hitler; y convencidos de que perseguía la conquista y dominación de Europa, estaban determinados a luchar hasta el fin, a menos de obtener una práctica y absoluta seguridad de no ser lanzados nuevamente a otra guerra. En Berlín la decisión era irrevocable, y lo mismo Hitler que Von Ribbentrop, Hess y Goering, pensaban que Alemania solo por una aplastante victoria militar conseguiría sus designios.

[69] Sumner Welles, *The Time for Decision*, New York and London, Harper and Brothers Publishers, 1944. Las alusiones sucesivas a la actividad de Welles remiten todas a esta obra. (N. del Ed.)

En Roma, primera etapa de su viaje, Welles había convenido con Ciano una segunda entrevista después de su paso por las demás capitales: el subsecretario americano comprendía que allí estaba el punto más accesible a cualquier gestión de paz. Pero en el intermedio se presentó de improviso en Roma Von Ribbentrop –al que Ciano atribuía una «maligna influencia» sobre Hitler, más razonable cuando se sustraía a ella–, probablemente con el objeto de contrarrestar el efecto de las gestiones de Welles. Von Ribbentrop anunció el desencadenamiento inmediato de una ofensiva potentísima. Caería Francia, Inglaterra tendría que hincar la rodilla; la victoria definitiva no podría dilatarse más de cinco meses.

En esta segunda visita, Welles volvió a conversar con Mussolini. «Para tratar –le dijo el Duce– con algún éxito de persuadir a Hitler antes de iniciarse su ofensiva, debería ofrecerle alguna esperanza de que los gobiernos aliados no se manifestarían por completo intransigentes, si se iniciaban negociaciones, para conceder a Alemania su espacio vital. Me dijo que desearía saber si podía autorizarle a comunicar a Hitler las impresiones que había recogido respecto a la posibilidad de una solución negociada acerca de las cuestiones territoriales y políticas de Europa. Yo contesté que carecía de poder para darle esa autorización, y que necesitaría pedir instrucciones especiales al presidente de los Estados Unidos para poder darle una respuesta». De este modo la misión de Welles, puramente informativa, se convertiría en una iniciación de gestiones de paz.

Aquel mismo día, Welles habló por teléfono con su presidente. «El presidente deseaba que yo dijera a Mussolini que, en su opinión, el problema de la seguridad era el fundamental, ya que la seguridad implicaba un verdadero desarme… El presidente también deseaba decir que confiaba en que ni el gobierno de Francia ni el de la Gran Bretaña tenían como objetivo la destrucción de Alemania y del pueblo alemán, sino que su principal deseo era asegurarse de que no se volvería a presentar una situación en que una agresión alemana forzase a cada generación a una nueva guerra». Estas palabras fueron transmitidas a Mussolini por conducto de Ciano. Entretanto, se había concertado la entrevista del Brennero entre Hitler y

Mussolini para el día siguiente (18 de marzo). En ella Mussolini se abstuvo de aludir a las sugestiones del presidente Roosevelt. Por su parte, Hitler anunció el comienzo de una gran ofensiva aérea sobre Londres y otras ciudades y puertos ingleses. Ciano sacó la impresión «de que Hitler estaba utilizando el convenio germano-soviético en su propio beneficio, con la esperanza de que alguna vez llegaría el momento de poder volverse contra Rusia y recobrar las posiciones que Alemania había abandonado a la U. R. S. S. en los Estados bálticos y Finlandia».

Italia entra en la guerra

No solo había escasas perspectivas de paz, sino que todas las informaciones auguraban una guerra cada vez más violenta y más complicada. Alemania comenzó su ofensiva, mas no contra Francia. El 9 de abril las tropas alemanas invadían Dinamarca y Noruega. Como en las guerras de Napoleón contra Inglaterra, una lógica inexorable imponía la ocupación de todo el continente y obligaba a la misma carrera sin fin en todas direcciones. Roosevelt condenó oficialmente la invasión de los dos Estados escandinavos, y temeroso de que la guerra se extendiera a la zona del Mediterráneo, arrastrando a otros doscientos millones de hombres, se esforzó en evitar la entrada de Italia en el conflicto.

Cuatro mensajes dirigió a Mussolini; tres de ellos después de haber penetrado las tropas alemanas en Holanda y Bélgica (10 de mayo de 1940). A las tres solicitaciones contestó Mussolini negativamente, con tanta más fuerza cuanto más se afirmaba el éxito alemán. «Italia –decía– es aliada de Alemania y está resuelta a cumplir las obligaciones de la alianza. Italia no puede quedarse a un lado en el preciso momento en que se juegan los destinos de Europa». En el último mensaje (30 de mayo), el presidente advertía con toda claridad al dictador italiano que la extensión de la guerra obligaba a reforzar el armamento de los Estados Unidos y sus suministros de material a las potencias aliadas. «No me preocupa», contesta Mussolini; y cuando los soldados alemanes se hallan a las puertas de

París (10 de junio de 1940), lanza sus tropas sobre el sur de Francia a la gran aventura.

Ya el 16 de mayo Roosevelt había pedido al Congreso un crédito de 1.182 millones de dólares para las necesidades más urgentes de la defensa. «Pido oficialmente al Congreso –añadió– que no tome medida alguna que pueda dificultar o retrasar el envío de aviones americanos a las naciones extranjeras que nos los quieran comprar. Esto, desde el punto de vista de nuestra defensa, parecerá una imprevisión; pero durante el pasado año la capacidad de producción americana pasó de 6.000 aviones por año a más del doble, gracias a los pedidos extranjeros. Querría ver a nuestro país capaz de producir, por lo menos, 50.000 aviones por año. Pido, pues, al Congreso un importante crédito, con cuatro finalidades: compra de equipos completos para el Ejército, modernización de los equipos de las tropas de Marina, mayor rapidez en la producción de cuanto necesita la defensa nacional y cumplimiento inmediato, por un trabajo ininterrumpido en las veinticuatro horas del día, de todos los contratos presentes y futuros». El 28 de mayo había creado la Comisión Nacional de Defensa.

El mismo día en que Italia entra en la guerra, Roosevelt hablaba en Charlotteville: «No vacilamos en proclamar ciertas verdades. El triunfo militar y naval de los genios de la fuerza pondría en peligro las instituciones democráticas en el mundo occidental. Roguemos por los que allende el océano mantienen con magnífico valor la batalla por la libertad. Tenemos que perseguir simultáneamente dos objetivos: dar a los que resisten a la violencia los recursos materiales de la nación y aprovechar esos recursos para equiparnos y entrenarnos, a fin de afrontar cualquier contingencia y estar prestos a toda defensa».

La caída de Francia

El mismo día, el jefe del gobierno francés pedía el auxilio urgente, material y moral, de los Estados Unidos «antes de que sea

demasiado tarde». El llamamiento se repite el 14 de junio, en que las tropas alemanas entran en París. «Esta hora trágica –decía M. Reynaud–, en que Francia tiene que decidirse entre la resistencia y la capitulación, ofrece a los Estados Unidos la única posibilidad de salvar a Francia y, por ende, a la Gran Bretaña, arrojando en la balanza *hoy mismo* el peso del poderío americano. Si Estados Unidos no entran inmediatamente en la guerra, el destino del mundo cambiará, y veréis a Francia hundirse como un náufrago, después de lanzar una mirada postrera a la tierra de la libertad, que era su esperanza de salvación».

A ambos desesperados mensajes contestó Roosevelt, después de hacer constar que no había cesado de enviar material y municiones, que mientras los ejércitos aliados continuasen la resistencia, los Estados Unidos redoblarían el esfuerzo para su aprovisionamiento. Era la única promesa que podía hacer Roosevelt; obligaciones militares solo podía contraerlas el Senado. Pero el 17 de junio el nuevo gobierno francés del mariscal Pétain pedía el armisticio a Alemania. El Senado de Washington declaró que Estados Unidos no reconocerían el cambio de ningún territorio americano de una potencia europea a otra, y por su parte el presidente advertía en un mensaje al gobierno Pétain que la entrega de la flota francesa de guerra a Alemania significaría «la pérdida de la amistad y buena voluntad de los Estados Unidos hacia Francia». La promesa francesa de «no entregar jamás la escuadra al enemigo» aseguró durante algún tiempo las relaciones entre los gobiernos del mariscal y de los Estados Unidos.

Con la entrada de Italia en la guerra, Roosevelt había perdido todas las esperanzas de limitar su órbita. Sus llamamientos a Mussolini fueron sus últimos pasos de gestión pacífica. Ahora estaban desatadas las fuerzas de la guerra, y, como había dicho al Duce, «ya no se podía prever con certeza el desarrollo y límite de los sucesos ni pronosticar qué naciones se verían forzadas con el tiempo a entrar en la guerra». Ni los mismos jefes de Estado podrían controlarla, y acabaría «por destruir millones de vidas y lo más puro de lo que, en nuestro concepto, constituye la libertad y la esencia de la

civilización». La caída de Francia dejaba a Inglaterra solitaria frente a la poderosa fuerza militar del Eje en el Occidente de Europa y en el Mediterráneo. Eran previsibles otras repercusiones más lejanas. Si Inglaterra seguía la suerte de su aliada, se produciría un cambio radical en el sistema internacional existente. Al mismo tiempo aumentaba la tensión en las relaciones con el gobierno de Tokio. Era preciso que los Estados Unidos estuvieran prevenidos contra toda contingencia.

XXV. UNA DE LAS GRANDES ELECCIONES DE LA HISTORIA

Consignaciones para la defensa

Desde entonces las medidas de defensa nacional se suceden rápidamente. Roosevelt consigue una segunda asignación de 1.000 millones dólares; se aprueban leyes para acelerar las construcciones navales; el 20 de julio el Congreso autoriza un gasto de 4.000 millones para la construcción de una potente flota que pueda defender «los dos océanos», y el 28 de agosto se decreta la movilización de la Guardia Nacional y otras reservas por un período de un año.

La escuadra contaba entonces con 15 acorazados, 5 portaaviones, 35 cruceros, 222 destructores y 95 submarinos; pero esta enorme potencia no bastaba para la defensa de las extensas costas del Atlántico y Pacífico. En este mar, el Japón tenía 10 acorazados, 5 portaaviones, 36 cruceros, 124 destructores y 62 submarinos, que le conferían una gran superioridad en cuanto la flota norteamericana se dividiera entre ambos océanos.

El ejército se componía únicamente de 5 divisiones de infantería y 2 de caballería. Sumadas a la Guardia Nacional, no pasaban del medio millón de hombres. Y la aviación disponía solamente de unos tres mil aparatos. En 1939 apenas existían consignaciones para

ejercicios de instrucción, limitados a dos semanas cada cuatro años, de las cuales solo cinco días se dedicaban a maniobras por falta de transportes motorizados. Estaba ya muy adelantado el año 1940 cuando, con 70.000 hombres del ejército regular, se constituyeron por primera vez verdaderos cuerpos de ejército y se realizaron las primeras grandes maniobras en la historia de la nación. Pero faltaban municiones y uniformes para un mayor desarrollo. En mayo y junio de 1940, el Congreso autorizó aumentar el ejército hasta los 375.000 hombres y aprobó las consignaciones citadas. Se aceleró la construcción de aviones y el entrenamiento de los pilotos y comenzó a organizarse la primera unidad blindada.

El servicio militar obligatorio

Medio millón de hombres era una fuerza armada ridícula para un país de más de dos millones de kilómetros cuadrados y 135 millones de habitantes. Sin embargo, cuando el presidente pidió la aprobación de una ley de servicio militar obligatorio encontró la tenaz resistencia de muchos sectores del Congreso y del país. Por primera vez desde los remotos tiempos coloniales, se llamaba a los ciudadanos en tiempo de paz al servicio de las armas. «El servicio obligatorio –se decía– es contrario al espíritu de libertad humana; con el tiempo acabará por destruir la democracia». Se concedía que era «el método más sincero y limpio para levantar un ejército»; pero no se soportaba la idea de «un servicio militar obligatorio en tiempo de paz», aunque fuese una paz tan incómoda y premiosa como la de aquellos meses. Los oradores resucitaban los argumentos contra el reclutamiento forzoso expresados por las grandes figuras republicanas en tiempos pretéritos –como si las circunstancias y los métodos bélicos fueran idénticos–, confiados en que, como durante las viejas luchas contra Inglaterra, «en el instante crítico se alistaría voluntariamente un número suficiente de patriotas americanos». Miles de mujeres, las «madres americanas», temerosas por la suerte de sus hijos, se manifestaban públicamente contra el proyecto.

Hasta el 14 de septiembre de 1940 el Congreso no aprobó la ley. Por ella quedaban obligados al servicio de las armas todos los hombres entre veintiuno y treinta y cinco años solteros y sin defectos físicos. La tabla de exenciones era muy extensa y los reconocimientos médicos rigurosísimos, y bien pudo decirse que solo los atletas serían soldados. Desde la introducción del servicio militar obligatorio hasta la entrada en la guerra solo fueron alistados 900.000 hombres. Después se aflojó el rigor de las exenciones y se ampliaron los límites de edad entre los veinte y cuarenta y cinco años, que por fin, en 1942, quedaron señalados entre los dieciocho y treinta y ocho años. Por una de las cláusulas, las fuerzas no podrían ser enviadas a ultramar, a excepción de las colonias e islas Filipinas.

Fue una dura batalla y un gran triunfo para Roosevelt, en lucha contra la tradición y las ideas dominantes sobre el ejército. Gracias a su previsión, los Estados Unidos contaban en el momento de Pearl Harbour con un ejército entrenado, una industria orientada hacia la producción de guerra y un programa de construcciones navales en ejecución. Y esta batalla fue afrontada por Roosevelt, con todos sus riesgos de impopularidad, en las vísperas de las elecciones presidenciales, en que sería candidato por acuerdo anterior de la Convención de su partido (19 de julio de 1940).

Destructores por bases

No eran estas sus únicas precauciones. El 2 de septiembre, mientras recorría los estados en propaganda de su candidatura, llamó a su departamento del tren presidencial a los periodistas del séquito. «Los Estados Unidos –les dijo– han obtenido del gobierno inglés el alquiler durante noventa y nueve años de bases navales en Terranova, Bermudas, islas Bahamas, Jamaica, Santa Lucía, Trinidad, Antigua y Guayana inglesa. Las dos primeras son un regalo gratuito. En compensación por las demás, Estados Unidos han cedido a Inglaterra cincuenta destructores anticuados». Era una modalidad inusitada de apoyo a un beligerante por parte de un neutral. Cordell Hull la calificó atinadamente de «hecho trascendental, de los que

hacen época». Inglaterra necesitaba los destructores para reponer los que había perdido en el servicio de escolta a los convoyes; pero más importante que el refuerzo era su significación palmaria de ayuda decidida, que Churchill se apresuró a subrayar.

«Tenemos que contar con nuevas bases, y yo creo que serán establecidas, para que la flota pueda defender nuestras costas», había dicho Roosevelt; pero siempre había negado las negociaciones con Inglaterra, olfateadas por los buenos sabuesos periodísticos. «Cuando usted negocia la compra de un caballo, no pone usted en autos a todos los vecinos», diría después Mr. Allen White a un contradictor. Pero se interponía una cuestión constitucional: el contrato debió ser aprobado por el Congreso antes de su firma. Roosevelt había descartado una posible negativa del Congreso poniéndole ante un hecho consumado. No faltaba un precedente ilustre, y en él se respaldó Roosevelt: la compra a Napoleón por el presidente Jefferson del extenso territorio de la Luisiana por 27 millones de dólares. Sin la aprobación del Congreso, la compra fue anticonstitucional; pero permitió a los Estados Unidos ser la nación poderosa de nuestros tiempos. «Yo lo he hecho en beneficio de ustedes –contestó Jefferson a sus críticos del Congreso. No pretendo obligarles; pueden desautorizarme y procuraré restañar el arañazo como pueda; pero he pensado que era mi deber ponerme en peligro en beneficio del país». Lo mismo pudo decir Roosevelt. Nadie, ni el candidato contrario Wendell Willkie, discutía el hecho. Las censuras se limitaban al procedimiento. La cuestión sería explotada en la campaña electoral; pero Roosevelt afrontó gallardamente el riesgo.

«La necesidad de poseer estos puntos avanzados –dijo al Congreso– era reconocida desde hace mucho tiempo por los encargados de estudiar y organizar nuestra defensa. Son esenciales para la protección del Canal de Panamá, América Central, parte septentrional de Sudamérica, las Antillas, Canadá, México y nuestras propias costas del Atlántico y golfo de México».

Roosevelt completaba el plan de defensa iniciado en 1917 por la compra a Dinamarca, en 25 millones de dólares, de las islas Vírgenes, próximas a Puerto Rico. Al norte y sur de estas islas habían quedado dos grandes huecos abiertos a cualquier ataque contra el Canal de Panamá y las costas americanas. Ahora, con las nuevas bases, quedaba formada una línea casi continua que cubría desde el norte del Canadá al norte de Sudamérica. Un estratega naval pudo decir que Estados Unidos habían ganado la equivalencia de cinco nuevos acorazados.

Todas las Repúblicas americanas –agregó Roosevelt– tenían derecho a utilizar las bases para sus fuerzas navales y aéreas. Este uso común acentuaba el carácter puramente preventivo y americano de las nuevas bases, que adelantaban las fronteras de los Estados Unidos dentro del Atlántico para detener un ataque enemigo cientos de millas antes de las costas. Justamente en la Conferencia de La Habana (julio de 1940), los ministros de Relaciones Exteriores de toda América habían acordado que todo atentado de un Estado no americano contra la integridad o la independencia política de un estado americano sería considerado como un acto de agresión contra todos los demás.

La firma del Pacto Tripartito, verdadera alianza militar de Alemania, Japón e Italia, patentizaba que las tres naciones «proletarias» seguían concertadamente la misma política de expansión armada. «Japón –dijo Cordell Hull– está resuelto a asumir en la región del Pacífico el mismo papel que Alemania en Europa». Las tres naciones se habían distribuido y concedido gratuita y mutuamente hegemonías. Según los términos del Pacto, Japón reconocía a Alemania e Italia su hegemonía en el establecimiento de un nuevo orden en Europa, y estas a su vez reconocían al Japón la hegemonía en el establecimiento de un nuevo orden en «la gran Asia Oriental».

Pero la principal obligación del tratado era que las partes contratantes prestarían toda su ayuda política, económica y militar a cualquiera de ellas que fuese atacada por otra potencia todavía no implicada en los conflictos existentes: la guerra europea y la chino-japonesa.

A juicio de Roosevelt, «el pacto significa que si los Estados Unidos tratan de bloquear el programa expansivo de estas tres naciones, que tiende a la dominación del mundo, las tres se unirán contra los Estados Unidos. Los nazis alemanes dejan ver claramente que tienen la intención, no solo de dominar toda la vida y el pensamiento de su país, sino también de esclavizar la totalidad de Europa, a fin de utilizar todos los recursos de aquel continente en la dominación del resto del mundo». Evidentemente, la obligación de mutuo apoyo trataba de evitar la intervención norteamericana en Europa. Estados Unidos quedaban advertidos de que una ayuda militar a Inglaterra desencadenaría inmediatamente la guerra en el Pacífico. El pueblo norteamericano, que desechaba la idea de tal intervención directa en Europa, vio, sin embargo, en la alianza tripartita un intento de coartar la libertad de los Estados Unidos, y sintió una incómoda sensación, como de comienzo de asfixia y acogotamiento, a la que, por leve que fuera, no estaba acostumbrado. No obstante, la opinión general, inclinada a prestar la máxima ayuda a Inglaterra, seguía opuesta a la guerra. A esta opinión ajustaron su campaña electoral los candidatos de los dos partidos.

Wendell Willkie

En las elecciones primeras del partido republicano habían sido descartados todos los candidatos señalados por su aislacionismo intransigente: Hoover, Landon, Brickner, Lindbergh. Al reunirse la Convención republicana en Filadelfia, solo quedaban como candidatos posibles el senador por Ohio Robert A. Taft y el joven procurador (*attorney*) de Nueva York Thomas E. Dewey. Taft era el candidato de los *boss*, o caciques del partido, ajustado al modelo de presidente preferido por los republicanos: el hombre gris, silencioso, *sale* (seguro), sumiso a la máquina del partido, cuyo prototipo había sido Coolidge. Dewey, famoso por sus persecuciones contra el gangsterismo y la corrupción política, era el tipo de candidato que siempre había rechazado la «máquina», temerosa de las veleidades de independencia propias de las personalidades fuertes apoyadas en una corriente de opinión popular. Frente a las personalidades

sobresalientes buscadas siempre por los demócratas, los republicanos habían opuesto en todas las elecciones la organización y el programa. También esta vez una comisión había elaborado, tras un trabajo de dos años, un programa o «plataforma» de 33.000 palabras. En política exterior predicaba una neutralidad absoluta, rígida, intransigente; en la interior se oponía punto por punto a la administración de Roosevelt. Si un republicano lo hubiera puesto en práctica, a estas horas no quedaría nada de la obra de Roosevelt.

Entre estos dos aspirantes a la candidatura, que pudiéramos llamar ortodoxos, surgió de la masa republicana un tercero: Wendell Willkie. Abogado, antiguo demócrata, hombre de negocios, presidente de la empresa eléctrica Commonwealth and Southern, había luchado contra la electrificación estatal del valle de Tennessee, y abandonado por esta razón el partido y la amistad de Roosevelt. El *New Deal* no tuvo contradictor más tenaz. Popular y populachero, charlatán, exuberante, expansivo, con esa mezcla genuinamente americana de idealismo exaltado y realismo estrecho, dinámico, resuelto, independiente, era el negativo del patrón tradicional del candidato republicano hasta en su pergeño físico: pelo revuelto, corbata floja, chaleco a medio abrochar.

En las primeras votaciones de la Convención republicana Dewey reúne el mayor número de sufragios sobre Taft, Willkie y Vanderbergh, sin alcanzar la mayoría reglamentaria. En las siguientes Willkie gana ventaja, y en la sexta triunfa definitivamente por 998 votos de los 1.094 escrutados. En el partido republicano había ocurrido algo nuevo: el derrumbamiento del «viejo orden» a impulsos de la vitalidad y el entusiasmo de un advenedizo y «heterodoxo». El programa de neutralidad absoluta quedaba deshecho en la misma Convención porque Willkie representaba una coincidencia completa con Roosevelt en política exterior frente al aislacionismo total de Vanderbergh y el relativo de Taft y Dewey.

La discrepancia con el presidente quedaba reducida a la política interior, y a ella se limitó Willkie en la parte crítica de su propaganda contra la reelección de Roosevelt. Pero en la exterior, si Roosevelt

prometía la máxima ayuda a Inglaterra, Willkie arrancaba las mayores ovaciones asegurando que haría por Inglaterra mucho más que Roosevelt.

«Sabemos –decía Willkie– que no estamos aislados de los pueblos que sufren... No podemos sustraernos a las terribles visiones de su destrucción ni escapar a los profundos efectos que esa destrucción ejerce sobre el mundo en que vivimos... Ningún hombre puede prever el porvenir ni garantizar el mantenimiento de la paz... La paz no es una cosa que una nación puede conservar por sí sola. La paz depende también de lo que otros países hagan... No puedo pedir a ningún americano su confianza en mí sin recordarle antes mi convicción de que una forma cualquiera de servicio obligatorio es el único camino democrático... Es evidente que la pérdida de la flota británica debilitaría al extremo nuestra defensa... Si la flota británica se pierde o es capturada, el Atlántico será dominado por Alemania, un poder hostil a nuestros propios modos de vida...». Y renovaba su compromiso de continuar el propósito anunciado por Roosevelt de prestar en la mayor escala «los recursos materiales de este continente a los que se oponen a la fuerza» y ampliar y robustecer las defensas de los Estados Unidos.

Sus dudas sobre el mantenimiento futuro de la paz no le impedían atacar al presidente, atribuyéndole una política de guerra: «La promesa de Roosevelt de apartar a nuestros muchachos de las guerras extranjeras no es más segura que su promesa de equilibrar el presupuesto». A lo que Roosevelt contestaba: «Repito una vez más que no participaremos en guerras extranjeras ni enviaremos nuestras fuerzas a luchar en tierras extrañas, fuera de América, excepto en el caso de que seamos atacados».

El tercer mandato

Había un argumento poderoso contra Roosevelt. Hasta entonces ningún presidente había aspirado a un tercer mandato. Los grandes presidentes norteamericanos se habían retirado desde la cima de la

popularidad al terminar el segundo. Por otra parte, la reelección de un presidente para un tercer período, dada la cantidad y calidad de los poderes otorgados por la Constitución, engendraba el peligro de una dictadura, sobre todo en el caso Roosevelt, que aún disponía de poderes más numerosos y amplios, concedidos por el Congreso, que ninguno de sus predecesores. «Yo profetizo desde aquí –decía Willkie– que si la administración actual es confirmada para un tercer mandato, nuestro sistema democrático no sobrevivirá otros cuatro años. Si Roosevelt es reelegido, instituirá por una serie de actos ejecutivos una verdadera dictadura», declamaba, «con su sonora voz de actor de Shakespeare al viejo estilo», John L. Lewis, que subordinó su permanencia al frente del C. I. O., la gran organización obrera, a la derrota de Roosevelt. En su egolatría, Lewis refería todas las cuestiones, incluso la marcha del cosmos, a su persona. «Ya lo sabéis –decía a sus afiliados: votar a Willkie es sostenerme, votar a Roosevelt es repudiarme».

Lewis tuvo que abandonar la presidencia del Congress of Industrial Organizations. La batalla electoral fue muy reñida; pero Roosevelt venció. «El litigio de la tradición de los dos mandatos –comentaba el ex colaborador y ya enemigo de Roosevelt Raymond Moley– ha sido sentenciado en el más alto Tribunal. Los que nos inclinábamos a la tradición aceptamos la sentencia. El pueblo ha pesado esta tradición según su balanza de valores. En el otro platillo ha colocado las razones que aconsejaban mantener a Roosevelt en su cargo, y ha decidido que estas pesaban más». Roosevelt sumó a su favor 27.241.939 votos, 449 compromisarios y 38 estados; Willkie, 22.327.226 votos, 82 compromisarios y 10 estados. En el Congreso ganaron algunos puestos los republicanos.

«La gran votación de Willkie –comentaba el citado Moley– ha restablecido lo que casi había desaparecido: el gobierno por un partido refrenado por la vigilancia de otro partido casi igual en volumen». En realidad, al buen resultado de Willkie habían cooperado, con la aportación genuinamente republicana, la personalidad también vigorosa del candidato y la oposición a un tercer mandato. Pero si Willkie sumó 22 millones de votos, la política de ayuda a Inglaterra

obtuvo la casi totalidad de los 50 millones de sufragios emitidos: ella era la triunfante.

Pocas veces el pueblo norteamericano se encontró tan unido después de unas elecciones. Uno de los líderes republicanos, Landon, ex candidato a la presidencia, declaraba: «Los dictadores incurrirían en grave error si confundiesen la rivalidad en una campaña política con la desunión. Terminada la lucha electoral, demócratas y republicanos defenderán el interés nacional apoyando con celo parejo al presidente de los Estados Unidos». El propio Willkie, en vez de recluirse en una relativa oscuridad como otros candidatos derrotados, se consagró a apoyar decididamente la política del presidente, hasta convertirse, dos años más tarde, en representante personal suyo en un viaje por los países aliados y superarle en peticiones de ayuda para Inglaterra, Rusia y China. Se engañaban, pues, los alemanes al presentar el resultado electoral como un mandato de neutralidad absoluta y un freno a la política del presidente.

Este había señalado mucho antes, en la Convención de su partido, la significación trascendental de las elecciones para el pueblo norteamericano: «Nos encontramos frente a una de las grandes elecciones de la historia. No se trata solamente de elegir entre el gobierno del pueblo y la dictadura. Tampoco se trata solamente de elegir entre seguir adelante o caer hacia atrás. Se trata de la continuidad de la civilización tal como nosotros la concebimos, frente a la destrucción; en definitiva, de todo lo que más amamos: la religión, el ideal de justicia, el decoro moral, el valor para hablar y actuar. Con gran exactitud se ha dicho que un pueblo codicioso y egoísta no puede ser libre. El pueblo americano tiene que decidir si estas cosas valen la pena de que se les sacrifiquen dinero, energía y la propia vida».

El pueblo norteamericano contestaba afirmativamente. Su poder y riqueza, antes sin otro empleo que el simple bienestar individual, van a ser consagrados a valores más altos.

XXVI. EL GRAN ARSENAL DE LA DEMOCRACIA

Pasado y futuro

En las elecciones de 1940 habían triunfado a la vez la política de máxima ayuda a la Gran Bretaña y la política de abstención militar en el conflicto. Esta, encarnada en la Ley de Neutralidad, era una supervivencia del pasado, la perduración del aislamiento; aquella, la gran política del porvenir abierta al mundo. Todavía fluctuarían los Estados Unidos varios meses antes de decidirse resueltamente por el camino ancho e ilimitado. La contradicción era patente, porque si la ayuda a Inglaterra había de ser efectiva, imponía una serie de actos, consecuencia forzosa unos de otros, que se apartaban cada vez más de la neutralidad estricta para acercarse a las lindes de la guerra, mientras que la Ley de Neutralidad trataba justamente de evitar, uno por uno, esos actos y su eslabonamiento fatal. El 1941 es el año de la gran lucha entre el pasado angosto y el porvenir infinito, entre el poderoso impulso histórico de un pueblo pletórico y una frágil ley que pretende detenerlo con una malla de cláusulas jurídicas en el momento más decisivo para los destinos universales. ¿Cuál de los dos podía vencer sino el primero?

Parece que en este año Roosevelt va asentando con propósito deliberado y táctica artera todas las premisas para que el pueblo norteamericano se encuentre, sin darse cuenta y contra su

voluntad, metido en la guerra, de forma que no pueda evitarla, cuando la proximidad de la lucha le devuelva la conciencia. Sería una interpretación mezquina y una visión miope. Roosevelt y su pueblo eran empujados a la par por la misma fuerza; el mérito del presidente es haberlo vislumbrado anticipadamente, como corresponde al verdadero político. «Político –decía Talleyrand– es el que tiene futuro en el espíritu». Muchas veces, en el transcurso de este año, dirán los adversarios de Roosevelt: «El presidente está haciendo exactamente lo mismo que Wilson para precipitarnos sin remisión en la guerra». Esta similitud de trámites, si algo revela, es que ambos obedecían a una misma voz, que les imponía idéntico camino. Sus actos ejecutivos no fueron la causa de la guerra, sino, por el contrario, efectos, pasos dictados por el destino histórico, que llamaba al pueblo norteamericano a mezclar su sangre en las luchas del mundo.

Una vez establecida como máxima fundamental la ayuda máxima a Inglaterra, todas las sucesivas decisiones de Roosevelt se enlazan con la lógica rigurosa de un razonamiento apretado. Si los recursos materiales de los Estados Unidos habían de llegar a Inglaterra, era preciso asegurar su ruta, proteger su viaje por el establecimiento de bases a lo largo del camino, por patrullas de aviones y escoltas a los convoyes, por un suministro que no se interrumpiera ni aun cuando Inglaterra no pudiese pagarlo o defenderlo con sus propias fuerzas. Roosevelt, en un discurso de 29 de diciembre de 1940, presentó los principios esenciales de esta política y anticipó todas sus consecuencias.

«Los jefes nazis de Alemania han dejado ver con toda claridad que tienen la intención, no solo de dominar toda la vida y el pensamiento de su país, sino también de esclavizar la totalidad de Europa, a fin de utilizar después los recursos de esta para la dominación del resto del mundo. Hace tres semanas que su jefe hizo esta afirmación: “Hay dos mundos que se alzan en oposición el uno del otro”. Y añadió en son de amenaza: “Están otros en lo justo cuando dicen: con ese mundo no podremos reconciliarnos jamás... Y yo puedo aplastar a cualquier otra potencia del mundo”. Así declaró el jefe de los nazis.

En otras palabras: el Eje no solamente admite, sino que proclama, que no puede haber paz definitiva entre su filosofía de gobierno y la nuestra... La experiencia de los dos últimos años ha dejado fuera de duda que ninguna nación puede apaciguar a los nazis... Algunos americanos creen que no nos importan las guerras de Europa y Asia. Sin embargo, para nosotros es de una importancia vital que ninguna potencia europea o asiática llegue a dominar los mares que conducen a nuestro hemisferio.

Entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña existen unas relaciones tales, que ambos pueden considerarse como vecinos, cuyas diferencias es fácil resolver por vía pacífica. Nadie cree en serio que podamos temer un ataque mientras la Gran Bretaña, libre, siga siendo nuestra poderosa vecina naval en el Atlántico; pero en cambio, ¿hay quien crea que tendríamos la misma seguridad si nuestras vecinas fueran las potencias del Eje? Si la Gran Bretaña sucumbe, el Eje dominará Europa, Asia, África, Australia, los altos mares, y nosotros, los americanos, nos encontráremos amenazados por un arma cargada de balas explosivas, militares y económicas... El pueblo británico lucha contra estos propósitos, y nuestra seguridad depende del resultado de este combate. Pensando en el presente y futuro, declaro directamente al pueblo americano que si en vez de resignarnos con la derrota de los países que luchan contra el Eje les ayudamos en la mayor escala posible, serán mucho menores las posibilidades de que los Estados Unidos entren en la guerra. Los pueblos que combaten en Europa no nos piden más que material, a fin de proseguir su defensa. Resueltamente deberemos entregarles pronto y en cantidad suficiente esas armas, para ahorrarnos, a nosotros y a nuestros hijos, los sufrimientos que otros experimentan.

La lucha de la democracia contra la conquista mundial está recibiendo gran ayuda, y ha de ayudársela más todavía con el rearme de los Estados Unidos y el envío de todas las municiones de que podamos desprendernos para ayudar a los defensores que pelean en primera línea. Esto no es más antineutral para nosotros que lo es para Suecia, Rusia y otras naciones vecinas de Alemania, el envío

continuo de acero, hierro, petróleo y otros materiales de guerra. Tenemos que convertirnos en *el gran arsenal de la democracia*. Para nosotros esta situación es tan grave como la propia guerra, y por tanto, debemos dedicarnos a la tarea con la misma resolución, el mismo sentimiento de urgencia, el mismo espíritu de patriotismo y sacrificio que si ya estuviésemos en la guerra... No habrá situaciones apuradas en nuestra determinación de ayudar a Gran Bretaña. Ningún dictador, ninguna combinación de dictadores debilitará esta determinación con amenazas referentes a la manera de interpretar esta determinación».

Préstamo y arriendo

Parecida claridad y firmeza emplea Roosevelt en su discurso del 6 de enero de 1941, que anuncia la Ley de Préstamo y Alquiler: «Mi política se resume en los dos principios siguientes. Primero: como consecuencia de la expresión impresionante de la voluntad pública, sin distinción de partidos, los Estados Unidos han afrontado la tarea de llevar a cabo un amplio programa de defensa nacional. Segundo: como consecuencia también de la misma expresión de la opinión pública, los Estados Unidos se han comprometido a apoyar íntegramente a todos aquellos pueblos que resisten la agresión... Está próximo el momento en que esos países no se encontrarán en condiciones de pagar al contado las armas. Ni podemos ni queremos decirles que tienen que rendirse simplemente por su incapacidad actual para pagar las armas que sabemos muy bien que les son imprescindibles. No recomiendo que les hagamos un empréstito en dólares para pagar esas armas, un empréstito que tendrían que devolver en dólares. Recomiendo que facilitemos a esas naciones un modo de seguir obteniendo material de guerra en los Estados Unidos, acomodando sus encargos a nuestro programa. Casi todo ese material sería útil para nuestra propia defensa en caso necesario. Por esto lo enviaremos al extranjero, que nos devolverá dentro de un plazo razonable, después del fin de las hostilidades, materiales semejantes u otras mercancías, según nuestras preferencias... Digamos a las democracias: “Nosotros, americanos, estamos

totalmente interesados en vuestra defensa de la libertad. Os prestamos nuestras energías, recursos y potencia de organización con el fin de daros la fuerza de volver a ganar la guerra y mantener la libertad del mundo. Os enviaremos cantidades cada vez mayores de barcos, aviones, carros de combate y cañones. Este es nuestro objetivo y nuestra promesa". No nos dejaremos intimidar por las amenazas de los dictadores que consideren como una infracción del derecho internacional y como un acto de guerra nuestra ayuda a las democracias que se atreven a resistir a su agresión. Esta ayuda no es un acto de guerra, aunque un dictador proclame unilateralmente que lo es. Cuando los dictadores quieran hacernos la guerra, no esperarán a que realicemos nosotros un acto de guerra, como no esperaron a que Noruega, Bélgica y Holanda lo cometiesen. Solo se interesan por el derecho internacional en un sentido único y no recíproco en su observancia...».

Nuevas neutralidades

Cualquiera cosa puede decirse menos que Roosevelt era ambiguo y sinuoso. El proyecto de Préstamo y Arriendo, presentado al Congreso en los primeros días de enero implicaba una revolución completa en la idea filosófica y legal de la neutralidad, a cuya elaboración habían contribuido en amplia medida los Estados Unidos. El concepto puro de una neutralidad absoluta, inhibida de los conflictos exteriores, como si ocurriesen en otro planeta, indiferente a sus orígenes y consecuencias, a su moralidad y a su tendencia política, quedaba sustituido por la idea de que toda agresión, sobre ser inmoral por sí misma, amenaza virtualmente al resto de los pueblos, puesto que alienta a la guerra si no encuentra, con la reprobación general, una resistencia concreta. La anterior concepción de la neutralidad había sido elaborada sobre la experiencia de las guerras pretéritas, poco complicadas y extensas, mas no para una situación completamente nueva, como una guerra general, con grandes perspectivas de ampliación e ilimitadas finalidades militares, políticas y económicas. Por esta razón, desde 1939 han ido surgiendo diversas formas de neutralidad antes desconocidas, unas implícitas, otras explícitas –

como la no beligerancia–, para matizar el concepto teórico uniforme, según las diversas situaciones reales en que se encontraban los no contendientes, por simpatía política hacia un beligerante o por forzosidad de su posición geográfica. La guerra actual ha destruido el antiguo concepto de neutralidad. Muchas veces se ha dicho que en esta guerra «no puede haber neutrales»; desde luego, en ella, y después de ella, no puede darse la misma clase de neutralidad que antes de 1939. El futuro derecho internacional tendrá que registrar y definir estos nuevos tipos de neutralidad que responden a la evolución de los conflictos internacionales y de la opinión sobre ellos.

En los Estados Unidos, la Ley de Préstamo y Arriendo fue, como escribe Dexter Perkins, «la concreción en forma realista de las ideas que estaban en el aire». Si difería de la idea tradicional y la definición jurídica vigente de neutralidad y hasta de los supuestos de la ley norteamericana, en cambio traducía exactamente la voluntad del pueblo norteamericano.

Estados Unidos no formaban parte de la Sociedad de Naciones; en 1918 la habían rechazado ásperamente. Sin embargo, Roosevelt ejecutaba contra las naciones agresoras todos los actos –salvo la intervención militar, extraña a sus poderes– que le hubiera podido imponer un pacto aún más riguroso que el *Covenant* del organismo ginebrino. Las sanciones económicas a Italia no habían sido tanto como el préstamo y arriendo de material de guerra a Inglaterra y sus aliados. Ningún miembro de la Sociedad, ligado por el *Covenant*, hizo ni hubiera hecho tanto como Roosevelt, poniendo fuerza efectiva al servicio de aquella idea. Desde entonces podría anticiparse que en cualquiera futura organización internacional, Roosevelt sostendría el propósito de asegurar la paz por todos los medios, incluso la fuerza material. Y asimismo podía vislumbrarse que el Préstamo y Arriendo –cuyos auxilios no terminarían con la guerra y se extenderían a necesidades no bélicas, como víveres y ropas– era el germen de una serie de organismos de cooperación internacional del mundo futuro, que surgirían en el mismo curso de la lucha, en los cuales ha de corresponder el mayor sacrificio

económico y la mayor responsabilidad moral a las naciones más poderosas. Sería, pues, erróneo juzgarlo como una simple medida de guerra. En él está ya el espíritu, el principio y una de las aplicaciones prácticas de la cooperación internacional.

En su estilo realista, Roosevelt expuso en una conferencia de prensa la razón y el mecanismo del Préstamo y Alquiler, con estas sencillas palabras: «Cuando un incendio consume la casa de un vecino y no tiene manga para apagarlo, yo le presto una; después, el vecino me devuelve la misma manga, y, si se ha estropeado, me devuelve otra igual». No podría decirse, como en la guerra anterior, que con los suministros de material los Estados Unidos perseguían grandes beneficios económicos. «Esto es algo enteramente nuevo –dijo Roosevelt– que elimina el necio, idiota y anticuado signo del dólar».

Inglaterra había comenzado la guerra con 4.500 millones en dólares oro e inversiones en los Estados Unidos que podían ser convertidas en dólares. Fuera de la producción de oro en el Imperio, la fuente más importante de dólares eran sus exportaciones comerciales a Norteamérica. En los dieciséis meses siguientes, Inglaterra tuvo que pagar esos 4.500 millones a los Estados Unidos por suministros de guerra; quedábanle solo 2.000 millones que había podido reunir durante ese período mediante ventas de oro y exportaciones. A fines de 1940 esta suma estaba ya comprometida casi totalmente en nuevos contratos de material. Todavía pudo Inglaterra reunir 335 millones de dólares por la venta de las existencias de compañías americanas pertenecientes a súbditos británicos; pero ni extraía oro suficiente ni exportaba bastante para pagar todas las armas y pertrechos que necesitaba. Las exportaciones disminuían, porque la industria británica tenía que atender en mayor medida a la producción de guerra. A fines de 1940 cesaron casi prácticamente los encargos ingleses a las fábricas norteamericanas. Podrían ser una solución los empréstitos de dólares al gobierno inglés; pero la experiencia de la guerra anterior había sido desastrosa. Se encontró, en cambio, la del Préstamo y Arriendo. El secretario del Tesoro, Morgenthau, encareció la importancia del proyecto con estas

palabras: «Si el Congreso no lo aprueba, a Inglaterra no le queda más que cesar el fuego».

La ley no entró en vigor hasta el 11 de marzo. En la Cámara fue aprobada por 371 votos contra 171, y en el Senado por 60 contra 31; en ambas mayorías figuraban muchos republicanos. Su jefe, Willkie, había dicho ante la Comisión senatorial: «Tenemos dos alternativas. Una: los Estados Unidos se recluyen dentro de sí mismos, para convertirse exclusivamente en una gran potencia defensiva; pero este es un camino cerrado. Otra: los Estados Unidos reconocen la interdependencia y solidaridad, no solo de los hombres y los pueblos, sino de las ideas y principios». Pero había entre los republicanos otras opiniones indecentemente egoístas: «Debemos –decía Ford– dar armas a ambos contendientes, hasta que se destrocen; cuando lleguen al colapso final y la disolución interna, los Estados Unidos podrán representar el papel que les corresponde por su fuerza e inteligencia». «Si la Gran Bretaña sucumbe –decían otros–, los Estados Unidos podrán adquirir sin esfuerzo la mayor parte de las posesiones del Imperio británico, y con su programa de defensa cumplido y el resto del mundo exhausto, seríamos bastante fuertes para retenerlas en nuestras manos».

Al lado de estos criterios, tenía que vencer el de Roosevelt, más político y más generoso. A decir verdad, nadie se opuso en el Congreso al principio esencial de la ley, sino a la concesión al presidente de los plenos poderes que exigía su aplicación y manejo. El fantasma de la dictadura personal volvía a erguirse ante los medrosos republicanos. Pero su posición era muy débil, porque sin atacar a fondo la ley, no hacían más que restarle eficacia y ejecutividad rápida. Precisamente por aquellas fechas (febrero, 1941), después del ataque italiano a Grecia (28 de octubre de 1940), Roosevelt intentaba contrarrestar la presión de Hitler sobre Yugoslavia con promesas de suministrar al gobierno de Belgrado material de guerra para resistir la invasión, que, al fin, comenzó el 6 de abril (1941), después de la adhesión yugoslava al Pacto Tripartito y el teatral golpe de Estado al día siguiente. Si para gestiones semejantes, y aun para cada envío, fuera

necesaria la discusión y aprobación por el Congreso, se perderían las ventajas del secreto.

En cuanto quedó aprobada la ley, Roosevelt solicitó un crédito de 7.000 millones de dólares, para su inmediato cumplimiento. «La aprobación –decía tres días después– significa el fin de todas las tentativas de apaciguamiento por nuestro país y el fin de todo compromiso con la tiranía. Creemos firmemente que cuando nuestra producción de guerra alcance su completo rendimiento, las democracias del mundo podrán demostrar a las dictaduras que no pueden ganar la guerra. A este fin, enviaremos al otro lado del mar todos los aeroplanos y demás instrumentos de guerra de que podamos prescindir. Ya muchos elementos están en ruta para su destino... Y el auxilio a las democracias será constantemente aumentado, hasta conseguir la victoria final... El pueblo americano escribe hoy una nueva página en la historia».

El gesto despectivo de Hitler

Hitler, confiado en su tremendo poderío militar, respondía: «Ninguna potencia, ningún apoyo del mundo podrán modificar el final de esta contienda. ¡Inglaterra caerá!». Para él no había al otro lado del Atlántico impulso espiritual ni fuerza moral alguna, sino únicamente codicia, «el reinado del oro»; ni en las gigantescas cifras de dólares acordadas y las ingentes cantidades de material ofrecidos, más que una fanfarronada tartarinesca; no había ni unión en el país, ni voluntad guerrera en los bisoños soldados que comenzaba a reunir el ejército americano, ni ciencia o experiencia militar en sus jefes. La actitud del Führer fue sencillamente despectiva; hasta el punto de que la resuelta ayuda prometida por Roosevelt a las naciones aliadas no le impidió acometer nuevas empresas y allegarse nuevos enemigos en los Balcanes y Rusia.

El acierto indudable de Hitler en algunos de sus juicios no hace más que realzar la obra de Roosevelt, que, en menos de tres años, y en un ambiente de libertad, dio a su pueblo las cualidades y

virtudes que le faltaban. Hitler juzgaba solamente por lo que los Estados Unidos eran en aquel preciso momento, y en algunos aspectos, más bien por lo que habían sido en épocas anteriores y bajo otros presidentes, sin más campo de visión que los cuatro años de su mandato; pero desdeñaba la fuerza potencial del pueblo norteamericano, lo que podía ser, o acaso creía a su democracia incapaz de desarrollarla. Roosevelt había hablado del reto lanzado por la dictadura a las democracias, para confrontar ante el mundo, en la gran prueba de la guerra, la eficacia de ambos regímenes. Era evidente que la victoria de las dictaduras en ese juicio de Dios que es la guerra extendería su sistema político por todo el planeta. Roosevelt aceptó el reto y ha demostrado que una democracia pacífica tiene vitalidad y flexibilidad para adoptar la forma adecuada a cada situación y responder debidamente a todos los requerimientos, por lejanos que sean a sus modos de pensar y vivir, sin necesidad de estar sometida continuamente a una disciplina rígida, un adiestramiento guerrero, una propaganda bélica y subordinar toda su vida, por decenios o centurias, a la idea de una lucha futura.

Bases en Groenlandia

Aprobada la Ley de Préstamo y Alquiler, la política de Roosevelt se desarrolla con una lógica inexorable. El 10 de abril (1941), el secretario de Estado suscribe un acuerdo con el embajador de Dinamarca para el establecimiento temporal de bases en Groenlandia. Otro convenio parecido fue concertado con el gobierno de Islandia (7 de julio de 1941). Inglaterra necesitaba en otro lado las fuerzas que la habían ocupado, y la isla quedaba sin defensa, expuesta a la invasión alemana. Islandia dista 3.900 millas de Nueva York y solo 1.800 de Noruega, ocupada por Alemania.

«Hay quienes creen –había dicho Roosevelt el 27 de mayo de 1941, al declarar el "estado de emergencia nacional ilimitada", que ponía en sus manos los máximos poderes– que no se nos ataca hasta que comiencen a llover las bombas sobre Nueva York, San Francisco

o Nueva Orleáns; eso es cerrar los ojos a la experiencia sobre la suerte de las naciones ocupadas por los nazis. El ataque contra Checoslovaquia comenzó con la conquista de Austria. El ataque contra Grecia se inició con la ocupación de Albania. El ataque contra el canal de Suez empezó con la invasión de los Balcanes y norte de África. El ataque contra los Estados Unidos puede iniciarse con el dominio de una base cualquiera que pueda amenazar nuestra seguridad por el norte o por el sur. Nadie puede profetizar con exactitud en qué momento preciso la actuación de los dictadores se transformaría en un verdadero ataque; pero lo que ya sabemos es suficiente para estar plenamente convencidos de que sería un verdadero suicidio esperar a que se sitúen ante nuestra propia morada».

Había, además, otra razón para la ocupación de bases: «La mayor parte de los suministros a Gran Bretaña (el 75 %) pasa por la ruta del norte, cerca de Groenlandia e Islandia. Los ataques más fuertes de los submarinos alemanes se realizan en ese derrotero».

Ya entonces se había producido el primer incidente marítimo. Un mercante norteamericano, el *Robin Moor*, había sido hundido en la ruta de África del sur, a 750 millas de Freetown, fuera de las zonas de guerra declaradas por Alemania. La respuesta de Roosevelt fue el cierre de los consulados alemanes «por actividades impropias y ajenas a su función», la invitación de abandonar el país a los alemanes relacionados con varias agencias de información y turismo y la congelación de los fondos alemanes en Estados Unidos. Pero los hundimientos continuaron. Un avión alemán hunde al *Steel* en el mar Rojo, y un submarino (4 de septiembre de 1941) ataca al destructor *Greer*, con correo para Islandia, a 200 millas al sudoeste de Reikiavik. Roosevelt, como jefe supremo de las fuerzas terrestres y navales, anuncia que ha dado a la flota de guerra orden de disparar contra todo submarino alemán o italiano que se encuentre en las aguas de defensa americanas.

Modificaciones en la Ley de Neutralidad

A raíz del ataque al *Greer*, Roosevelt solicita del Congreso (9 de octubre de 1941) la modificación de la Ley de Neutralidad, completamente contradictoria con la política de ayuda resuelta a las naciones aliadas y que el desarrollo de los sucesos había dejado anticuada. «No podía prohibirse, ni el derecho internacional había prohibido nunca, la costumbre de artillar los buques mercantes para fines defensivos; no es justo negar a las tripulaciones los medios de defender sus vidas y sus naves... Es necesario transportar y entregar nuestros materiales en barcos de bandera norteamericana sin permitir que Hitler nos dicte qué mares pueden surcar nuestros buques». El 17 de noviembre, el Congreso aprobó el artillado de los buques mercantes y su entrada en las zonas de guerra y puertos beligerantes con cargamentos de armas y pertrechos de guerra para las naciones aliadas. Todo el artificio legal de la neutralidad, tan cuidadosamente ajustado, pieza a pieza, para evitar cada una de todas las causas posibles de guerra, se derrumbaba con estrépito. Había sido inútil el intento de contener el impulso global de un pueblo por medio de una articulación de cláusulas particulares. Alguien había dicho que «la Ley de Neutralidad de 1933 trataba de evitar la guerra... de 1917».

Otros actos del presidente mostraron con la máxima claridad su adhesión estrecha a la causa aliada y su participación directa en la lucha contra el Eje. Fue el primero la declaración de Cordell Hull (5 de junio de 1941) para contrarrestar la presión alemana sobre Francia. Estados Unidos habían enviado víveres a Francia y al norte de África, habían colaborado en asegurar para Francia la integridad de sus posesiones en América; pero ahora advertían al gobierno de Vichy que su subordinación forzosa a Alemania estaba convirtiéndose en colaboración activa y franca ayuda «a los propósitos de agresión y opresión». Desde entonces el movimiento de los «franceses libres» encontró el apoyo decidido de Washington, que meses después (noviembre de 1941) extendió a estas fuerzas los beneficios del Préstamo y Alquiler.

Fue el segundo la ayuda a Rusia. Washington había comunicado a Moscú, en el invierno anterior, y más taxativamente en la primavera (20 de marzo de 1941), la existencia de grandes preparativos alemanes destinados a un ataque brusco contra Rusia. En efecto, el 22 de junio de 1941, el ministro de Negocios Extranjeros del Reich, Von Ribbentrop, leía al embajador soviético en Berlín una nota acusando al gobierno ruso de haber violado el pacto de no agresión de 1939. En aquellos momentos, el ejército alemán estaba atacando a la U. R. S. S. a lo largo de todas las fronteras rusas en Europa, en un frente de 3.000 kilómetros, desde Finlandia al mar Negro. Al lado de las tropas del Reich peleaban finlandeses, italianos, húngaros, rumanos. Era una *Grand Armée*, semejante a la de Napoleón. Como ella, entró, a manera de huracán de hierro y fuego, en la infinita tierra rusa, y, como ella, terminaría en una retirada, en el curso de la cual todos los aliados –salvo Hungría– irían separándose de Alemania y volviéndose en su contra.

También Hitler, como Napoleón, había preparado la invasión de Inglaterra. En las costas del Canal y del Mar del Norte había reunido sus mejores fuerzas. Una flotilla esperaba el embarque de las tropas. «La hora de Inglaterra ha sonado», dijo como el gran corso. Hitler carecía también de escuadra; pero confiaba en la superioridad de su aviación para mantener abierto el canal durante aquellas pocas horas que Napoleón había pedido a su almirante Villeneuve. En los últimos días de agosto de 1808, Napoleón, convencido de la imposibilidad de su empresa, rompió el vaso que tenía en la mano, exclamando: «Pues bien; ya que es preciso renunciar, oiremos la misa del gallo en Viena», y ordenaba a su ejército dar media vuelta y romper marcha hacia el Danubio, hacia el Niemen y el Vístula, hacia los lejanos y misteriosos confines de Europa. Comenzaba «la carrera sin fin», que dijo su ministro Talleyrand.

Lo mismo hizo Hitler cuando la aviación alemana perdió «la batalla de Inglaterra», que ha sido el equivalente moderno de la batalla de Trafalgar. ¿Qué fatalidad histórica obligó a ambos guerreros

en lucha con Inglaterra a lanzar sus poderosos ejércitos contra el este al cerrarse el paso por el oeste? ¿Había que conquistar toda la tierra hasta Asia cuando no se podía atravesar esa estrecha faja de agua que es el Canal? ¿Qué razones movieron a Hitler? Acaso la necesidad de asegurarse el trigo de Ucrania y el petróleo del Cáucaso, que Rusia no entregaba en la medida deseada; acaso el fracaso de sus gestiones para «una completa alianza con Rusia» y el afán de obtenerla por la fuerza. «Todo lo que Alemania desea –había dicho días antes en una información de fuente alemana– es una completa alianza con Rusia. No parece que se han formulado demandas especiales a Rusia, aunque no es imposible que se hayan hecho algunas sugestiones. Estamos ya fatigados del tratado con Rusia y de nuestra impotencia para explotar los recursos rusos tan completamente como quisiéramos. Rusia debía ocupar en esa alianza una posición similar a la de Italia; entonces la infiltración de nuestros expertos militares y técnicos se realizaría sin ningún obstáculo».

También Napoleón hizo la guerra al zar Alejandro para contrarrestar el bloqueo marítimo del continente y forzarle a una alianza completa; también había sido su amigo, y en Tilsit acordaron un reparto de territorios e influencias. Acaso Hitler pensó, napoleónicamente, que, conquistada Rusia, Turquía, con la que acababa de firmar un pacto de no agresión, abriría a sus tropas paso hacia el Oriente Medio, hacia Suez, que ya atacaba desde África, hacia la India, donde podría unirse más adelante con los japoneses. Pero Hitler explicó simplemente que los soviets se preparaban para atacar a Alemania por la espalda cuando más entretenida estuviera en su lucha contra Inglaterra en el oeste, caer sobre una Europa desguarnecida y exhausta y arrebatar su botín a los legítimos vencedores; era preciso, como también había dicho Napoleón, vencer a Rusia antes de reanudar el asalto a la metrópoli británica. Probablemente no fue uno solo de estos motivos, sino todos juntos, los que le impulsaron a desencadenar el ataque, y provocar por uno de esos retruques en que abunda la historia el agigantamiento de la potencia militar y política que quería destruir y la invasión que trataba de evitar. Los cosacos llegarían a Berlín como llegaron a París.

En los Estados Unidos, el ataque alemán a Rusia produjo una «confusión emocional». La repugnancia hacia el régimen comunista no era menor que la hostilidad contra el nazismo alemán. En realidad, se deseaba que «ambos contendientes perdieran, aunque no demasiado pronto, para que los dos quedasen destrozados». Pero ahora Rusia resultaba, quisiera o no, aliada de Inglaterra. Churchill dio la pauta para resolver el dilema. El mismo 22 de junio decía en la Cámara de los Comunes: «Nadie ha sido más contrario que yo al comunismo desde hace veinte años. No me desdigo de cuanto pude haber dicho respecto a esa doctrina... Pero ¿puede dudarse de cuál va a ser nuestra actitud ante los nuevos hechos? No, no puede dudarse. Perseguimos una sola finalidad, un único e irrevocable propósito: estamos resueltos a destruir a Hitler y todo vestigio del régimen nazi... Todo hombre o Estado que combate al nazismo contará con nuestra ayuda... Prestaremos a Rusia toda la ayuda que esté en nuestras manos y apelaremos a nuestros amigos y aliados en todas las partes del mundo para que sigan este ejemplo».

Al día siguiente el subsecretario de Estado del Gobierno de Washington hacía una declaración semejante. Después de reafirmar la fe de los Estados Unidos en las libertades y derechos «que han sido negados a sus pueblos lo mismo por el gobierno nazista que por el soviético», agregaba: «Pero toda defensa contra el hitlerismo, toda conjunción de fuerzas que a él se oponga, cualquiera que sea su procedencia, acelerará la caída de los dirigentes alemanes, y por tanto, redundará en beneficio de nuestra propia defensa y seguridad».

«Aquella mañana –escribió la revista *Time*– Franklin Roosevelt fue un hombre feliz. Se había propuesto derrotar a Hitler y la nación todavía no estaba preparada militarmente; ahora los Estados Unidos ganaban por lo menos unas cuantas semanas para acrecentar su armamento, mientras otra gran potencia mantendrá a Hitler ocupado por algún tiempo más». Quítese a estas palabras el matiz irónico propio de una revista enemiga de Roosevelt, y quedará enunciada la feliz significación que tenía la nueva guerra para los adversarios del Eje. No fueron unas semanas, sino tres años, los que permitieron a Estados Unidos y Gran Bretaña desarrollar su formidable potencial

en hombres y material de guerra. Rápidamente voló a Moscú el consejero más íntimo de Roosevelt, Harry Hopkins, y el 15 de agosto de 1941 Inglaterra y Estados Unidos acordaban formalmente la ayuda a Rusia. Misiones de ambos países se trasladaron a Moscú para organizar el primer envío de material que aquel invierno habría de detener el avance alemán a las puertas de la capital soviética. La ayuda norteamericana a Rusia ya no era el apoyo a una nación afín en sangre, lengua e instituciones políticas, sino a todo país, cualquiera que fuese, que luchase contra Alemania. Era una toma de partido franca y resuelta.

La Carta del Atlántico

De la misma rotundidad fue la declaración consignada en la Carta del Atlántico (14 de agosto de 1941), que firmaron Roosevelt y Churchill en una bahía de la costa de Terranova. Los ocho puntos de la Carta decían así:

«1º. Gran Bretaña y los Estados Unidos no buscan engrandecimiento territorial ni de otra forma.

2º. No proyectan cambios territoriales que no estén de acuerdo con la voluntad libremente expresada de los pueblos interesados.

3º. Respetarán el derecho de todas las naciones del mundo para elegir la forma de gobierno bajo la cual deseen vivir, y anhelan ver restablecidos los derechos de soberanía y autonomía en aquellos países que han sido privados de los mismos por la fuerza.

4º. Gran Bretaña y los Estados Unidos se esforzarán, con el debido respeto a sus obligaciones actuales, a que todos los Estados, grandes o pequeños, victoriosos o vencidos, disfruten en lo futuro del libre acceso, en términos de igualdad, al comercio y las materias primas del mundo, necesarios para su prosperidad económica.

5º. Desean realizar la más amplia colaboración entre todas las naciones, con el propósito de asegurar para ellas mejores condiciones de vida, progreso económico y seguridad social.

6º. Después de la destrucción final de la tiranía nazi, esperan ver establecida una paz que permitirá a todas las naciones vivir seguras

dentro de sus propios límites territoriales y a todos los hombres de todos los países verse libres del temor y la necesidad.

7º. Ese estado de paz permitirá a los buques de cualquier procedencia recorrer los mares del mundo sin trabas.

8º. Gran Bretaña y los Estados Unidos creen que todas la naciones, tanto por motivos realistas como por razones espirituales, deben llegar al abandono del uso de la fuerza. Y como no podría ser mantenida una paz futura si los armamentos de tierra, mar y aire siguen siendo empleados por pueblos que amenacen o puedan amenazar con una agresión a sus vecinos, creen que hasta que se establezca un sistema de seguridad más amplio y duradero, el desarme de aquellas naciones es esencial. Gran Bretaña y los Estados Unidos desean igualmente ayudar y alentar todas las medidas prácticas que alivien de la aplastante carga de los armamentos a los pueblos amantes de la paz».

Hasta una reciente rectificación de los firmantes se ha estado dando a esta declaración un sentido semejante a los catorce puntos de Wilson. Para no caer en este error, hubiera bastado observar su lenguaje precavido, que evita cuidadosamente prescripciones absolutas y obligaciones taxativas. Justamente el fracaso del experimento wilsoniano les había enseñado la imprudencia de formular planes concretos para implantarlos al día siguiente de la guerra. El sentido de la Carta queda expresado en su introducción: «Reunidos el presidente de los Estados Unidos y el primer ministro del Reino Unido, Mr. Churchill, han creído conveniente dar a conocer ciertos principios comunes de la política nacional de sus respectivos países, sobre los cuales fundan sus esperanzas en un mejor porvenir para el mundo».

Así, pues, la Carta del Atlántico no es más que un programa de deseos expresado en términos ideales y persuasivos, la meta final y lejana que persiguen los esfuerzos de ambas naciones durante la guerra y en la paz. En realidad, la Carta no contiene, como dice Walter Lippmann, otra cosa que las ideas familiares y dominantes en todo lo que puede llamarse el mundo atlántico: «El espíritu de la Carta es una novedad para la Europa Oriental, África, Oriente Medio, sur

y sudeste de Asia. En estas regiones será difícil realizar la letra o el espíritu de la Carta... En el mundo atlántico, aunque no se realizan plenamente, reflejan lo que está implícito en nuestros intentos reales y nuestra acción presente»[70]. Así, cuando el presidente y el *premier* dieron nombre a la Carta, estaban describiendo, con o sin intención, su habitación local, el mundo atlántico y occidental en que vivían. Pero la Carta era también la identificación de la política inglesa y norteamericana, sobrentendida en la Ley de Préstamo y Arriendo y llevada a su último extremo, y la justificación de esa unión por un fin ideal.

«Los Estados Unidos –escribe José del Río en su libro *Churchill y su tiempo*[71]– no se encontraban aún en guerra con Alemania. Oficialmente, las relaciones no se habían roto entre los dos países, y por lo mismo lo que sucedió revestía un carácter más extraordinario. Porque ¿qué otra cosa significaba sino un acto de guerra que el jefe de la gran nación americana se concertase públicamente con el de un Estado beligerante y firmase con él una condenación de sus enemigos, prometiendo no escatimar ningún esfuerzo para obtener su final derrota?». Fue un acto de gran audacia por parte de Roosevelt. Si repasamos la lista de sus antecesores en la presidencia, a ninguno consideramos capaz de este hecho, sin precedentes en la historia política contemporánea. Pero por lo mismo revela la extraordinaria firmeza y valentía del presidente, propia de un verdadero conductor y reformador. Roosevelt conculcaba las medrosas costumbres y pacatas normas del derecho internacional, construido sobre la experiencia anticuada de pequeños conflictos; pero no simplemente para destruirlas, sino para fundar un derecho internacional más amplio, acomodado a las grandes luchas mundiales del presente y del porvenir.

---

[70] Walter Lippmann, *U.S. War Aims*, Boston, Little, Brown and Company, 1944. (N. del Ed.)

[71] José del Río Sáinz, *Churchill y su tiempo*, Madrid, Atlas, 1944. Del Río había reproducido en un capítulo de su libro los ocho puntos de la Carta, tal como hace Vela líneas más arriba. (N. del Ed.)

El 17 de octubre un torpedo alemán hunde al destructor *Kearny* y perecen once hombres de la tripulación. Pocos días después el *Reuben James* sigue la misma suerte. «Habíamos querido evitar –dice Roosevelt– que se rompiera el fuego; pero el fuego ha comenzado. La historia ha registrado ya quién ha hecho el primer disparo... Hemos despejado la cubierta y tomado nuestras posiciones de combate... Pero lo importante no es quién ha hecho el primer disparo, sino quién hará el último».

La guerra sin declarar había comenzado. Nadie sabe el tiempo que hubiera podido prolongarse sin una ruptura formal de hostilidades. Alemania creía que sus ataques a los buques americanos acabarían por levantar la protesta de los Estados Unidos contra una política que desembocaba irremisiblemente en la guerra. Roosevelt sabía que por virtud del Pacto Tripartito la guerra con Alemania envolvía la guerra en el Pacífico; pero en el corazón hermético del Japón, tras la ambigua sonrisa oblicua de sus enviados en Washington, se fraguaba el golpe que precipitaría los acontecimientos.

XXVII. ESTADOS UNIDOS Y JAPÓN CHOCAN EN EL PACÍFICO

América y Extremo Oriente

Cuando se recuerda que el español Balboa descubrió el Océano Pacífico por su espalda, desde las costas occidentales de América; que las expediciones españolas a Oceanía siguieron la ruta de América, y las Filipinas constituían una demarcación administrativa de México; que el predominio español en aquel mar fue declinando a medida que se debilitaba nuestro poder en el Nuevo Mundo, y que las Filipinas formaron parte de los territorios perdidos en la guerra de Cuba, cuando se recuerdan estos hechos, queda patente la estrecha relación geopolítica del continente americano con el Asia Oriental y las islas del Pacífico. La enorme distancia que las separa parece desmentirla, pero la certifica la historia, y aun la prehistoria, por la semejanza de ciertos rasgos étnicos en las razas aborígenes, que induce a suponer grandes corrientes migratorias entre las alejadas tierras y costas del Pacífico.

En ese inmenso mar las naciones europeas hicieron acopio de posesiones. Todas encontraron el botín que les ofrecían los millares de islas dispersas, corales sueltos de un desengarzado collar. Archipiélagos y solitarios islotes madrepóricos quedaron repartidos entre las potencias de vieja tradición colonial y los pueblos de

nueva historia ultramarina. Al azar, como restos de las pretéritas expediciones de aventura, al lado de una posesión holandesa veíase en el mapa otra británica o francesa, y en la costa del Asia Oriental, avanzadas estratégicas, concesiones y puestos comerciales bajo los más diversos pabellones. En este desorden, solo una nación, Inglaterra, tenía sus posesiones jalonadas en una ruta que enlazaba con la metrópoli sin grandes soluciones de continuidad. Un buque inglés podía ir desde el Támesis al Yangtsé haciendo todas sus escalas en puertos británicos.

En 1898 desapareció España del Pacífico: por guerra o venta, sus antiguas colonias pasaron a manos de los Estados Unidos y de Alemania. Vencida esta en 1918, sus posesiones quedaron, a título de mandatos, en poder del Japón. Al desaparecer el Imperio moscovita en 1917, se rompía el equilibrio en Extremo Oriente, y Japón vio más libre su camino de expansión. En esa fecha fue cuando Japón y Norteamérica, dos pueblos jóvenes y pujantes, y por su posición geográfica las dos únicas verdaderas potencias del Pacífico, se encontraron a la vez en aquel rico mundo colonial. Existía entre ellas una diferencia. Estados Unidos, con poca población, inmensos recursos e industria poderosa, solo deseaba la expansión de su comercio por los mares del sur y el Asia Oriental; toda su política se reducía a impedir que el gran mercado chino cayese en manos de otra potencia comercial y quedara cerrado a sus barcos y mercancías. Una línea de bases, escasas y separadas por enormes distancias, que los tratados prohibían fortificar, señalaban esta ruta mercantil. En cambio, Japón, de población apretada y pobre de recursos, deseaba la posesión completa de grandes territorios para desahogo de sus ochenta millones de habitantes. En 1853 había comenzado su expansión con la anexión de las islas Riukíu; las victorias sobre China y Rusia le habían valido Formosa, Corea, Sajalin; en 1918, la derrota alemana puso en sus manos las islas Bonin, Marianas, Marshall y Carolinas; en 1932 se había apoderado del Manchukuo, y desde la revolución china fomentaba las divisiones en el continente, alentando la autonomía de la China del norte para preponderar definitivamente en el Asia Oriental. La presencia de estas dos grandes potencias, en marcha ascendente, y

la contraposición de sus miras, por fuerza tenía que desembocar en una guerra.

El moderno Japón

En 1853, cuando la amenaza de los cañones del comodoro norteamericano Perry abrió el hermético Japón al tráfico internacional, el Imperio del Sol Naciente vivía en plena Edad Media. Rápidamente se asimilaron los japoneses la parte material de la civilización europea. Nuestra civilización, en lo que tiene de mecánica material y mecánica intelectual, es de fácil asimilación. Las novedades europeas fueron absorbidas ávidamente por esta raza positivista, práctica, arreligiosa, ametafísica. Pero el espíritu occidental y cristiano quedaba ausente; ni aun la inventiva científica y técnica, que es el motor de nuestro progreso material, prendió en el alma japonesa. Acostumbramos a separar la parte material y la espiritual de nuestra civilización, y aun a contraponerlas como opuestas. Sin embargo, alguna relación estrecha debe de existir entre ellas cuando el pueblo que no absorbe el espíritu tampoco llega a asimilarse profundamente la esfera práctica y materialista. «El japonés –dice Keyserling– no es un creador típico; pero tampoco es un simple imitador: es un utilizador, un aprovechador»[72]. Si hoy el Japón volviera a su hermetismo anterior, terminaría por estancarse en su estado actual, y acaso entre los factores que han determinado su derrota haya que contar su impotencia para desarrollar, como las naciones occidentales, la inventiva técnica en la escala gigantesca y con la enorme rapidez requeridas por las necesidades y urgencias de la guerra.

Con la ciencia y la técnica europeas, el Japón no había hecho más que apropiarse un arma para sus designios asiáticos. «Hace algunos decenios –decía un artículo del *Japan Times*– se creía que el único camino del Oriente hacia el progreso era la civilización occidental. Gracias al genio de los japoneses, que parecen a través de toda

[72] Hermann Keyserling, *Das Reisetagebuch eines Philosophen*, Darmstadt, O. Reichl, 1920. (N. del Ed.)

su historia haber poseído un sentimiento ecléctico infalible, esta influencia occidental fue mitigada y modificada de suerte que solo dejó un residuo bienhechor. Así, rindiendo al Occidente todos los debidos homenajes por haber creado el nuevo Japón, sabemos que el Japón no ha hecho más que forjarse un arma nueva, con lo que tomó al Occidente; pero que el alma que maneja este arma sigue siendo japonesa hasta el último fondo». Matsuoka escribía: «La consigna de nuestros abuelos era: Espíritu japonés y cultura china. En nuestros tiempos debe ser: Espíritu japonés y técnica y ciencia occidental. No se puede negar el resultado de la contribución de Occidente en este sentido; pero el Japón no necesita copiar nada de la vida occidental, excepto su civilización material».

Bushido

¿Qué había ocurrido desde aquella época en que la occidentalización constituía el ideal del pueblo japonés y todo lo europea se aceptaba como la perfección misma? Nada menos que la invención de una religión política: el *bushido*, que los propagandistas oficiales o espontáneos han presentado como la tradición secular japonesa. «Ninguno de los grandes conocedores del Japón, ni Kaempfer, ni Siebold, ni Satow ni Rein, aluden una sola vez al *bushido* en sus voluminosos escritos. La causa de su silencio es muy sencilla: el *bushido* era desconocido todavía en el siglo pasado: ni aun la palabra aparece en ningún diccionario indígena o extranjero antes de 1900». Así dice B. H. Chamberlain, profesor de la Universidad Imperial de Tokio, en su libro *Things Japaneses* (Cosas japonesas)[73]. En las primeras ediciones de esta obra, publicada en 1891, no se mentaba el *bushido*, sencillamente porque entonces no existía. Solo al *bushido* es aplicable la sentencia de Voltaire que atribuye a los sacerdotes la invención de las religiones. «Toda creación humana –escribe B. H. Chamberlain– presupone una materia de donde se la extrae; todo presente implica un pasado sobre el cual se apoya. Sin embargo, esta religión, nacida en el siglo XX, compuesta de fidelidad y

[73] Basil Hall Chamberlain, *Things Japanese. Notes on various subjects connected whit Japan*, London, Kegan Paul Trench, Trübnerd Co., 1891. (N. del Ed.)

patriotismo, es completamente nueva; y si en ella se encuentran ideas preexistentes, es después de haberlas cernido, transformado, elaborado de nuevo, aplicado a usos nuevos y agrupado en torno de un centro de gravedad completamente nuevo».

La verdadera religión de los japoneses es el sintoísmo, una religión sin dios, el culto de los antepasados y de la Naturaleza: la forma más primitiva y rudimentaria de adoración. El budismo, importado hacia el año 1000, se amalgamó con el sintoísmo para formar un producto híbrido, hasta el punto de que el japonés, indiferente a las cuestiones teológicas, lo mismo ora en un santuario sintoísta que en un templo budista. Ciertos actos de su vida, como los nacimientos y entierros, se regulan, unos, por el rito sintoísta; otros, por el budista. Ese sintoísmo básico, profundo, fue aprovechado por la clase gobernante para fabricar una religión «de finalidades puramente prácticas», militares y políticas, transformando el culto a los antepasados en fidelidad absoluta y adoración exclusiva a la estirpe imperial: un sintoísmo de Estado, que sustituyó, por la propaganda y la coacción legal, el sintoísmo natural y espontáneo. El mismo budismo, religión de paz y humildad, fue convertido en guerrero. «Hace algunos años –cuenta un viajero alemán–, en ocasión que visitaba el famoso monasterio budista de Koyosan, me sorprendió oír en medio de los patios del templo voces militares de mando. Los aprendices de sacerdote llevaban fusiles con enhiestas bayonetas en la punta; tras ellos, un capitán. De nuevo una orden, y los jóvenes sacerdotes fingieron un ataque». Los japoneses habían ceñido un sable de samurai a la cintura de los budas de mansa sonrisa.

Las corrientes liberales europeas habían alarmado a la clase gobernante. «Era preciso –dice B. H. Chamberlain– tomar medidas para contener la marea... El sintoísmo, culto primitivo de la Naturaleza, aunque caído en descredito, fue extraído de su polvoriento tabernáculo y barnizado de nuevo. Desgraciadamente, el amor del pueblo seguía fluyendo hacia el budismo... La clase gobernante resolvió cambiar todo esto y predicó la doctrina sintoísta, que hace descender al Mikado en línea directa de la indígena diosa del Sol y proclama que el emperador mismo es un dios viviente investido del

derecho a exigir la obediencia absoluta de sus súbditos... Entretanto, la política del Japón prosperaba: sus soldados lograban victorias sin cuento. Con ello creció gigantescamente el prestigio que aureolaba el imperialismo, y el culto sintoísta fue resucitado. Todos los éxitos militares fueron atribuidos a la influencia milagrosa de la virtud del emperador, a la virtud de sus divinos antepasados, a la serie de emperadores emparentados con las divinidades sintoístas... Las verdaderas fortalezas de la nueva propaganda son las escuelas... Igualmente se practica en la instrucción dada a los reclutas del Ejército y la Marina». Se enseña oficialmente que desde tiempo inmemorial reina la concordia más absoluta entre los soberanos paternales y un pueblo lealmente agradecido. «Jamás –se declara– ha sido manchado el Japón por actos de desobediencia y revuelta, comunes en otros países. Por el contrario, la nación japonesa, que participa hasta cierto grado de las virtudes sobrenaturales de sus dirigentes, se ha distinguido por un espíritu caballeresco, el *bushido*, desconocido de las razas inferiores».

En vano la crítica histórica ha revelado los errores y absurdos de esta doctrina; en vano ha demostrado que muchos emperadores fueron depuestos o asesinados por las familias poderosas, y que las grandes casas feudales, «lejos de testimoniar un idealismo excesivo con su fidelidad a un emperador, un señor o un partido», se inclinaron siempre, con buen sentido práctico, hacia el vencedor, para ganar en el juego y evitar la confiscación de sus tierras. «Sin duda, hubo ejemplos de devoción a causas perdidas; pero han sido más raros que en nuestro Occidente, mucho más romántico». Los funcionarios imperiales han logrado arraigar en la masa del pueblo «la adoración de la sacrosanta persona imperial y sus antepasados divinos».

A los antepasados –los famosos daimíos, los grandes generales y jefes–, enterrados simbólicamente en el cementerio de Koyo, se les comunican las victorias entre salvas de cañonazos, y todos los años el emperador lee su informe a la diosa del Sol, fundadora de la dinastía. La relación del hombre con Dios o con el Cosmos de otras religiones está reemplazada en el sintoísmo de Estado por la relación con el emperador.

De esta creencia en el privilegiado origen divino del Japón deriva como corolario la idea de que es superior a la turbamulta de las naciones. «El Japón fue la primera tierra creada, mientras que el resto del mundo proviene de las gotas caídas de la lanza del Creador después de haber cumplido su obra esencial». Por virtud de la descendencia divina de sus emperadores y del carácter sagrado del país, al Japón le incumbe la trascendental misión –según palabras de Matsuoka– de «guiar a los occidentales y salvar al mundo». Oigamos al mismo Matsuoka, encargado de los asuntos extranjeros en los albores de la guerra: «La misión de la raza yamato es impedir que la especie humana se convierta en diabólica, salvarla de la destrucción y conducir el mundo hacia la luz... La Providencia ha llamado al Japón para realizar la misión de sacar a la humanidad del camino sin salida de la civilización material moderna».

El *bushido* es, pues, una religión imperialista, elaborada deliberadamente para fines de política práctica. Más exacto sería decir un mito, que, en el siglo XX, cualquiera otro país medianamente culto hubiera rechazado por absurdo, primitivo y hasta falso en sus fundamentos históricos y su pretendida tradición milenaria. Lo curioso es que los europeos han aceptado esa pretensión y descubierto en el Japón –como dice el citado B. H. Chamberlain– «su Eldorado moral y político, país al parecer de una antigüedad fabulosa, de virtudes increíbles... Los mitos neojaponeses relativos a las fechas, los emperadores, los héroes y las sorprendentes virtudes nacionales comienzan ya a penetrar en los libros escolares de Europa, en su literatura corriente y aun en ciertas obras de referencias muy serias». Desde que estas palabras fueron escritas, muchos años antes de los acontecimientos actuales, el *bushido* encontró en la literatura europea sobre el Japón su mejor vehículo de propaganda en el extranjero.

No puede negarse que el *bushido*, como instrumento práctico para la consecución de fines nacionales, ha realizado la unión del Japón en una fe e inspirado acciones heroicas, tales como el *jibuti*, sacrificio inútil, salvaje y anacrónico, cumplido con los medios más modernos, no distinto al *amak* del malayo que se lanzase a la desesperada,

en vez de con un cuchillo javanés, con un avión de guerra. Acaso algún día pueda simbolizarse el fin del Japón actual como el *jibuti* colectivo de una nación, que, con sentimientos de samurai medieval, se encierra en un avión de Occidente para estrellarse ciegamente contra su enemigo. Este era su forzoso destino desde que adoptó la técnica occidental como instrumento de su orgullosa alma asiática; ella tenía que ser el vehículo para su suicidio.

Estados Unidos y China

La política norteamericana en China se remonta a medio siglo. Su interés se ha identificado siempre con la independencia de China. Después de la revolución de los *boxers* contra los extranjeros, China hubiera sido desmembrada a no haberlo evitado la oposición norteamericana; pero ni los Estados Unidos ni Inglaterra –que se había adherido a su política– estuvieron nunca en situación de impedir por una actitud más enérgica que las gestiones diplomáticas pacíficas las intromisiones posteriores del Japón, y hubieron de consentir la anexión de Corea y Manchuria. En 1915, aprovechando la guerra civil en China, el aislacionismo de los Estados Unidos y la guerra europea, que ocupaba a Inglaterra en esta parte del mundo, el Japón dirigió un ultimátum a China con veintiún demandas, una de ellas el establecimiento del protectorado japonés sobre el país. Salvo este punto, todos fueron aceptados. El presidente Wilson se limitó a declarar que no reconocía tales acuerdos. Firmose después el Tratado de las Nueve Potencias –el Japón entre ellas–, que garantizaba la independencia e integridad de China y preveía la consulta colectiva en los casos de litigio, pero sin establecer alguna organización de fuerza para obligar a su cumplimiento. Por el contrario, una de las condiciones que el Japón impuso para firmarlo fue la renuncia de los Estados Unidos a fortificar la isla de Guam y las Filipinas.

Cuando, en 1931, China, dividida, comenzaba a unificarse, el Japón, para evitar la completa unificación, separó Manchuria del resto del país, y en 1937, al pretender Chang-Kai-Chek y el Kuomintang la unión con los comunistas chinos, el Japón se lanzó

a la conquista de China, antes de que pudiera llegarse a la unión de las fracciones. Pero los Estados Unidos tampoco hicieron uso de la fuerza, limitándose, como nación económica y pacífica, a medidas financieras y comerciales: un empréstito a Chang-Kai-Chek, que podían hacer, puesto que no existía declaración de guerra; el embargo «moral» de aviones a los países que pudieran emplearlos para atacar poblaciones civiles; la denuncia del tratado comercial con el Japón (26 de julio de 1939); los suministros a Chang-Kai-Chek por la famosa carretera de Birmania, que Inglaterra, para no empeorar su situación en Extremo Oriente, cerró el 16 de julio de 1940 y no volvió a abrir hasta el mes de octubre, después de firmada por el Japón, en plena guerra, su alianza con Alemania e Italia, que no dejaba dudas sobre sus posteriores propósitos; la restricción de exportaciones al Japón, que afectaban principalmente a la gasolina de aviación y al hierro y acero viejos, estos últimos embargados totalmente en octubre de 1940.

Actos hostiles

Japón, que ya había iniciado su penetración en la Indochina francesa, después de un ultimátum (22 de septiembre de 1940), con el cual logró el uso de tres aeródromos y el derecho al tránsito de tropas para operaciones en China, había protestado contra las medidas del gobierno de Washington, que calificaba de «actos hostiles». Contestó el secretario de Estado, Cordell Hull, que era inconcebible que una nación violadora de tratados y acuerdos, empeñada en conquistar otra y, según sus propias declaraciones, «establecer un nuevo orden en todo el Asia Oriental», contra la voluntad de los que no estaban bajo su soberanía, protestase contra quienes no le suministraban los instrumentos de guerra necesarios para consumar su política de invasión. Pero el Japón no retrocedía ante ninguna razón o represalia. Nación divina, guerrera y hasta entonces invicta, todas las medidas económicas norteamericanas le parecían despreciables, propias de un país materialista, signos de irresolución y medrosidad, amenazas huecas para evitar la temida lucha, y en definitiva, palabras. No las ahorraba el Japón; pero las suyas,

astutas y encubridoras, eran instrumentos de la «misión divina». ¿No demostraba la superioridad japonesa su engaño al «Occidente degradado»? La preparación oculta, la larga espera, y tras el sabroso acecho, de improviso, el felino salto depredatorio, eran otro de sus goces orientales. «Todas las causas de la guerra chino-japonesa –ha escrito Upton Close– existían desde 1884; pero Japón esperó hasta 1894 para desencadernala»[74]. Cosa semejante ocurrió con la guerra ruso-japonesa: «Ninguna nación europea, en sus circunstancias, hubiera podido retenerse más de dos años. El Japón esperó nueve».

La ocupación de Indochina

Mientras los Gobiernos de Washington y Tokio discutían la cuestión esencial –China–, por intermedio del nuevo embajador nipón, almirante Nomura, las tropas japonesas ocuparon Indochina, por virtud de un acuerdo con el gobierno de Vichy (22 de julio de 1941), que les concedía bases aéreas y navales y el derecho a establecerse en la costa sur. Era respecto al Asia un golpe semejante a la ocupación de Checoslovaquia por Alemania en Europa. Como desde Checoslovaquia se amenazaba el flanco meridional de Polonia, la ocupación japonesa de Indochina esbozaba el futuro ataque a Tailandia, Birmania y Malaca, Filipinas e Indias holandesas. Sin su previo establecimiento en Indochina, los japoneses no habrían podido atacar Filipinas a las veinticuatro horas del golpe de Pearl Harbour ni hundir tres días después a los acorazados ingleses *Repulse* y *Prince of Wales*, cuya desaparición dejaría libres los mares del sur de fuerzas navales enemigas. Con la ocupación de Indochina, Japón adelantaba sus fronteras militares muchos miles de kilómetros hacia el sur.

Japón aprovechaba la situación de Inglaterra y Estados Unidos, absorbida aquella por la guerra europea y estos por la ayuda a las naciones aliadas, que desplazaba su escuadra al Atlántico, para situarse en posición de salto frente al rico mundo colonial de las

[74] Upton Close (Josef Washington Hall), *Behind the Face of Japan*, London, Hurst & Blackett, 1934. (N. del Ed.)

potencias blancas. Naturalmente, la amenaza no pasó inadvertida. «Este Gobierno –dijo el presidente Roosevelt al almirante Nomura– ha de suponer que el Japón emprende la ocupación de Indochina con el propósito de nuevas agresiones». En la misma entrevista el presidente se comprometió a obtener de las naciones interesadas –China, Gran Bretaña, Holanda y Estados Unidos– un compromiso para neutralizar Indochina, siempre que el gobierno japonés desistiera de la ocupación. Sin respuesta de Tokio, el presidente ordenó la congelación de los valores japoneses en los Estados Unidos. El mismo día (26 de julio de 1941) nombraba al general Douglas Mac Arthur general en jefe de todas las fuerzas filipinas y norteamericanas en las islas Filipinas y comenzó a reforzar las guarniciones en este archipiélago y otras posesiones del Pacífico.

Negociaciones infructuosas

Al fin, el 6 de agosto contestó Japón con una propuesta dilatoria y evasiva. A condición de que Estados Unidos suspendieran sus medidas militares y restableciesen las relaciones comerciales con el Japón, este se comprometía a no estacionar más tropas en el sudeste del Pacífico, excepto Indochina; a retirar las que tenía en Indochina «después de resuelto el incidente de la China», y a garantizar la neutralidad de las islas Filipinas «cuando fuera oportuno». Como consecuencia de esta actitud poco satisfactoria, Roosevelt y Churchill acordaron una serie de medidas económicas paralelas, que secundarían después Australia y Holanda, para detener la agresividad japonesa, a la par que proseguían las conversaciones con Tokio para ofrecer una alternativa pacífica al gobierno nipón. Las exportaciones norteamericanas de gasolina, que habían continuado a fin de que el Japón no encontrase pretexto para atacar a las Indias holandesas, grandes productoras de petróleo, fueron prohibidas totalmente. Las Indias holandesas las suspendieron también.

Japón, en remedo de Alemania, clamaba contra «la política de cerco» de las potencias blancas. Hay tendencia a considerar arteras y perversas, a modo de zancadilla cobarde, esta clase de medidas

económicas contra la guerra, mientras se presenta como ejemplar y admirable el desafío guerrero. No es sazón de establecer la verdadera diferencia, porque en este caso aquellas medidas no eran más que la réplica a un verdadero cerco militar que el Japón, tenaz y astuto, iba poniendo a las colonias europeas, para constituir un gran Imperio malayo-mogólico-chino dirigido por una formidable potencia de corazón asiático y técnica moderna; un Imperio de 700 millones de habitantes, con inmensos recursos naturales, rival de la civilización blanca y capaz de asiatizar el mundo y desencadenar lo que Stoddard y Spengler han llamado «la revolución mundial de color»[75]. A principios de siglo, Alemania había señalado por primera vez al mundo civilizado «el peligro amarillo». Ahora, cuando «el peligro amarillo» era más real y temible, Alemania se había aliado con él. En su afán de subvertir el orden internacional establecido, estimulaba una fuerza cuya potencia se desconocía.

Urgía a Alemania que el Japón distrajera hacia el Pacífico todo el esfuerzo de los Estados Unidos, para aliviar el peso de la ayuda norteamericana a Inglaterra y Rusia. En la luna de miel de su pacto con la U. R. S. S., había procurado al Japón, para garantizarle contra un ataque ruso, un tratado semejante de no agresión con los soviets, firmado por Matsuoka (13 de abril de 1941), a su regreso por Moscú, después de una visita a Berlín. Este tratado había de ser beneficioso para la U. R. S. S., porque también a ella la libró de un ataque por su espalda asiática mientras combatía en el frente europeo; pero entonces, si Hitler premeditaba ya la guerra con su vecino, seguramente descontaba una victoria fulminante y total.

En el verano de 1941, a pesar de las urgencias alemanas, Japón esperaba el resultado de la ofensiva de Hitler, cuyos primeros pasos hacían presagiar el derrumbamiento de Rusia. Entretanto seguía tomando posiciones y manteniendo una negociación diplomática sin posible resultado. El precio puesto a la paz en el Pacífico por los japoneses era el cese de la ayuda a China y el asenso de los

[75] Lothrop Stoddard, *The Rising Tide of Color: The Threat Against White World-Supremacy*, New York, Charles Scribner's Sons, 1920, y Oswald Spengler, «La revolución mundial de color», en *Revista de Occidente*, 128 (1934), pp. 187-214. (N. del Ed.)

Estados Unidos a la conquista de China por el Japón, lo único que Norteamérica, conforme a su política tradicional, no podía consentir. Las conversaciones diplomáticas no adelantaban un paso; la propuesta japonesa de una entrevista entre el jefe del gobierno nipón, príncipe Konoye, y el presidente Roosevelt, fracasó por falta de una posibilidad de acuerdo en aquel punto esencial. Konoye, que no aceptaba la responsabilidad de una ruptura con los Estados Unidos, fue sustituido por el general Tojo, amigo del Eje, hombre enérgico e incisivo, al que llamaban «la navaja de afeitar».

El cambió significaba que el litigio pasaba de los políticos a mano de los militares. Sin embargo, Tojo siguió las negociaciones: todavía Japón necesitaba perfeccionar sus preparativos de ataque a las potencias blancas. Como enviado especial de Tojo, para ayudar al embajador Nomura, llegó a Washington Saburo Kurusu. Reanudáronse las conversaciones (17 de noviembre de 1941), sin progreso alguno, puesto que las dos partes se ahincaban en los mismos puntos de vista: Japón insistía en mantener sus tropas en la Indochina, en que cesase la ayuda norteamericana a Chungking y Estados Unidos reconocieran la conquista japonesa; Estados Unidos, ofreciendo un amplio plan de arreglo para toda la región del Pacífico, ponían como condición inexcusable la retirada de todas las fuerzas terrestres, navales, aéreas y policíacas de China e Indochina.

Entretanto, Japón había llevado a Indochina enorme cantidad de fuerzas de todas clases. El embajador norteamericano en Tokio, Mr. Grew, advertía sobre la posibilidad de un ataque súbito antes de la declaración de guerra por parte del Japón, «para aprovechar al máximo la sorpresa, extenderse sobre vastas regiones y apoderarse de posiciones y plazas, antes de que las naciones amantes de la paz interesadas en el Pacífico tengan tiempo a concertar planes para hacer frente a la nueva situación». El 6 de diciembre el presidente Roosevelt dirigió un mensaje personal telegráfico al emperador Hirohito. El gesto sorprendió en el Japón: la tradición japonesa no admite que nadie se dirija al Mikado, personaje divino, como a un jefe de Estado cualquiera.

Al día siguiente, domingo, Nomura y Kurusu presentaban al secretario de Estado un memorándum de agravios, cuya conclusión era «dar por imposible un acuerdo negociado», sin aludir, no obstante, a la declaración de guerra. «Jamás he visto un documento tan plagado de falsedades y tergiversaciones infames», contestó Cordel Hull a los representantes japoneses.

Japón ataca

Pero hacía ya una hora –a la una y veinte de la tarde en Washington, siete y cincuenta de la tarde en Honolulú– que los aviones japoneses bombardeaban las bases aéreas y navales de las islas Hawai y atacaban otras plazas inglesas y norteamericanas del Extremo Oriente. El mismo día 7 de diciembre, a las nueve de la noche de Washington, la embajada norteamericana de Tokio recibió una comunicación del ministro de Relaciones Exteriores del Japón, fechada el 8 de diciembre, declarando que, «a partir de hoy, existe el estado de guerra entre nuestros dos países». El Japón había jugado con la diferencia de una fecha entre los meridianos de los dos países. Pero en el veraz reloj de la historia, el ataque a Pearl Harbour quedaba registrado con anterioridad a la declaración de guerra.

XXVIII. LA GUERRA CONTRA EL JAPÓN

Pearl Harbour

El 7 de diciembre (1941), un técnico, Joseph J. Lockard, realizaba en Pearl Harbour (Hawai) pruebas con el primer detector electrónico, que había de ser más tarde el famoso radar. A las siete y dos minutos de la mañana señaló la presencia de un grupo numeroso de aviones a 130 millas de distancia. Su jefe inmediato le contestó que seguramente era una escuadrilla que se esperaba procedente de San Francisco. A las siete y cuarenta, el jefe de la base aérea de Kaneohe, sentado frente a su desayuno, escuchó motores de avión hacia las montañas Koolan. En el cielo vio tres flechas, cada una de tres aviones, que volaban bajo y trazaban una vuelta a la derecha, a la entrada de la bahía donde estaban amarados aviones. «¿No saben que está prohibido volar así en este sitio?», dijo. Unos soldados de la base, que estaban en un bote, exclamaron por broma: «¡Ahí viene Tojo!». En aquel momento recibieron la primera descarga de ametralladora. En pocos segundos los aviones amarados estaban destrozados.

Protegían Pearl Harbour los aeródromos de Wheeler, Hickam, Kaneohe y Ewa, a dos o tres minutos de vuelo de la base naval; por esta razón el ataque primero se concentró sobre los aeródromos. Los aviones japoneses llegaron a la vez de tres direcciones distintas

y atacaron simultáneamente todas las bases aéreas; mientras unos bombardeaban hangares y barracas, otros destruían con balas incendiarias las largas y ordenadas filas de los cazas alineados en el suelo sin camuflaje ni abrigo. Los hangares se derrumbaban en ruinas, los aviones ardían.

No era más que el preludio del drama de Pearl Harbour. Destruidos los cazas norteamericanos, los 150 aparatos japoneses –la carga de dos portaaviones–, se lanzaron con toda impunidad sobre la escuadra norteamericana –ocho buques de línea y numerosas unidades menores– concentrada en la gran bahía. Nadie esperaba el ataque en tiempos de paz. Los barcos estaban anclados muy cerca unos de otros, sin presión en las calderas para salir a alta mar, sin la gente lista para cubrir inmediatamente los puestos junto a las armas antiaéreas, con los proyectiles en los pañoles y parte del personal en tierra con permiso de fin de semana. Muchos oficiales habían estado hasta el amanecer en la placentera playa de Waikiki escuchando a los ukeleles y guitarras hawaianas el *Love her and leave her in the lava* (ámala y déjala sobre el volcán). Sobre un volcán se había bailado aquella noche la *hula*. Nunca, desde la erupción del Pupchabard y el Diamond, hace siglos, escuchó la pacífica isla de Oahn explosiones tan terribles como las que aquella mañana ocurrieron en el acorazado *Arizona*.

«De no se sabe dónde –dice un testigo presencial–, aviones torpederos que volaban bajo se precipitaron sobre los barcos, soltando desde la menor distancia posible sus torpedos, que brillaban al sol como peces. Fueron dos oleadas. Cada avión tenía su blanco escogido. Se oían explosiones atronadoras; ardían los barcos; llameaba el mar, cubierto por una espesa capa de petróleo incendiado. Los marineros se arrojaban de los buques: muchos perecían abrasados, otros nadaban por debajo del agua. Cientos de hombres que estaban bajo cubierta no pudieron salir nunca más».

Sobre el *Arizona* caían bombas perforadoras, arrojadas desde 10.000 pies de altura; los torpedos estallaban en su proa; las torres saltaban hechas astillas; cuerpos de marineros fueron lanzados muchos

metros en el aire; los que quedaban en cubierta eran ametrallados por otros aviones que atacaban desde muy bajo. El pañol de pólvora estalló, alcanzado por un proyectil. El *Arizona* estaba perdido. El *Oklahoma* dio una voltereta y se volcó de lado. Ardían el *Downes*, el *Cassin* y otros. Pequeños submarinos de uno o dos tripulantes, transportados hasta poca distancia por la escuadra japonesa, que habían entrado en la bahía a favor de la confusión, completaban la obra. Dos mil quinientos muertos, entre soldados y marinos, fue el balance de sangre. En una hora y veinte minutos el Japón había puesto fuera de combate la escuadra norteamericana. «Esta fecha –dijo Roosevelt al conocer el desastre– quedará consignada en la historia como el día de la infamia».

La táctica de Tojo

El ataque imprevisto no era, sin embargo, imprevisible. Había sido avisado por el embajador norteamericano en Tokio, Mr. Grew. Días antes se supo que grandes contingentes japoneses estaban embarcados en los puertos de Indochina y que un gran convoy de transportes y buques de guerra navegaba hacia Malaca. Desde mucho tiempo atrás, escritores japoneses y norteamericanos presagiaban en esta forma el comienzo de la guerra. El golpe anticipado, madrugador, formaba parte de la doctrina de guerra elaborada por y para «la nación divina», una doctrina eficaz y sencillísima en cuanto se prescinda de todo escrúpulo moral: atacar de improviso, antes de la declaración de guerra, para anular por adelantado la superioridad de la flota enemiga, inmovilizada en sus bases, sin capacidad de reacción y sin riesgo para el atacante. Era la doctrina del almirante Tojo basada en tres principios: primero, saber claramente contra quién había que batirse; segundo, preparar la guerra con prudencia y disimulo; tercero, adelantarse y saltar el primero. Dos veces la había aplicado ya el propio Tojo con el mayor éxito. En la noche del 6 de febrero de 1895, contra la escuadra china fondeada en Wei-Ha-Wei: sus torpederos hundieron un acorazado y tres cruceros acorazados, y en la noche del 8 de febrero de 1904, contra la flota rusa del almirante Stark, surta en Puerto Arturo: dos acorazados y un crucero

quedaron inutilizados, y el resto de la escuadra, embotellado por barcos deliberadamente hundidos en la entrada.

Yamamoto fue en Pearl Harbour fiel discípulo de Tojo, empleando, en vez de buques torpederos, aviones y pequeños submarinos en perfecta coordinación. El golpe era doble: inutilizaba la escuadra norteamericana y destruía los aeródromos, el puerto, el arsenal, los depósitos de mazut, gasolina y municiones de la base naval, a 8.000 kilómetros de California, en que podían apoyarse todas las operaciones posteriores. Estados Unidos y Gran Bretaña habían colocado en el Pacífico, con patente error, dos escuadras de ocho y dos acorazados respectivamente, una en Pearl Harbour y otra en Singapur, separadas por 5.000 millas. Japón quedaba con sus doce acorazados, frente a los dos ingleses –que perecerían tres días después–, dueño del inmenso Océano, abierto a sus designios de expansión y conquista.

La guerra popular y la guerra histórica

Si hubiera deseado Roosevelt un resorte para unir el pueblo americano en un solo pensamiento, el Japón se lo proporcionó. «Remember of Pearl Harbour!» quedó grabado en todos los corazones como un grito de venganza. Cesó toda oposición y Roosevelt fue consagrado jefe indiscutido. No era popular todavía la guerra con Alemania e Italia; lo hubiera sido siempre, desde mucho antes, la guerra contra el Japón.

En los estados del oeste, lindantes con el Pacífico, se había sentido y aún se sentía la presencia real e inmediata del peligro amarillo. Allí era algo más que una vaga posibilidad remota. Primero los chinos, después los japoneses, habían inundado en pocos años las costas americanas del Pacífico y amenazaban desplazar la raza blanca. Era un problema semejante al que planteaban los negros en el otro extremo del país, con una diferencia: la cuestión negra es de orden interior, mientras que la inmigración amarilla, más concretamente la japonesa, tenía repercusiones exteriores. El Japón se había

convertido en una potencia de primer orden en el océano Pacífico, animada por grandes ambiciones de conquista y expansión. Una inmigración que en diez años había establecido solo en el estado de California 72.000 japoneses, tenía que ser considerada peligrosa. Por diferentes leyes dictadas entre 1868 y 1890 había sido detenida la inmigración china; pero los chinos no encarnaban ninguna amenaza exterior: eran dóciles, pacíficos, americanizables, y terminaron por ser populares. Recientemente propuso Roosevelt mitigar el rigor de aquellas leyes prohibitivas. En cambio, el japonés ha sido mirado siempre como un inmigrante sospechoso: acaso enviado por su gobierno, tal vez sostenido por él, probablemente espía. Los sitios buscados para establecerse podían justificar este recelo. En 1924 había sido prohibida su inmigración. Pero todavía quedaban en los estados del Pacífico japoneses bastantes para mantener el odio incubado, que el golpe de Pearl Harbour reavivaba.

El pueblo norteamericano hubiera lanzado todo su esfuerzo sin reparos ni regateos contra el Japón. La opinión casi general consideraba la ayuda a Inglaterra y el ya inevitable conflicto armado contra el Eje como una desviación de su «verdadera guerra», la guerra contra el Japón. Desde Pearl Harbour, Roosevelt tuvo que luchar duramente contra esta tendencia del pueblo norteamericano a consagrarse exclusiva o preponderantemente a la lucha en el Pacífico. Para Roosevelt la guerra con el Japón era justamente la desviación de la verdadera guerra. En este sentido político –más que en el militar–, el conflicto perturbaba su trayectoria.

Otro gobernante se hubiera dejado arrastrar por esta corriente y navegado a su favor; pero Roosevelt, como conductor clarividente y enérgico de su pueblo, supo resistir al desbordamiento y encauzarlo en la otra dirección. La historia registrará como uno de los momentos decisivos para el porvenir de los Estados Unidos y del mundo este en que el presidente resuelve, a contrapelo del país, contener la reacción natural, casi biológica, contra la agresión, y preterir, en el orden de los esfuerzos, la guerra popular para dar la prioridad a la guerra histórica, menos comprensible para la mente del norteamericano medio. Contra todos los augurios de Roosevelt,

el ataque contra el cual se prevenía por el establecimiento de bases atlánticas y la ayuda incondicional a Inglaterra, había venido por el otro lado, y el pueblo norteamericano no se representaba claramente la relación estrecha entre ambos conflictos.

En el alboroto pasional provocado por la agresión, Roosevelt no se dejó desorientar y siguió con la mira puesta en el punto esencial. Acaso en otra sazón el sistema de equilibrio establecido en el Pacífico por las potencias occidentales interesadas en el Pacífico –Rusia, Inglaterra, Holanda y Estados Unidos– hubiera proporcionado algunos apoyos diplomáticos al Japón. Pero este cometió el error de incluir su litigio en la guerra mundial de las naciones blancas y presentar sus reclamaciones como una parte de la sublevación general contra el orden internacional establecido y de la rebelión totalitaria contra el predominio del espíritu democrático en el mundo. Siguió literalmente los métodos alemanes de expansión y conquista y se apropió para el Asia el papel director y absorbente que Alemania se abrogaba en Europa. Era meterse voluntariamente en la misma terrible guerra, en que los beligerantes se jugaban la existencia de sus regímenes políticos y hasta la supervivencia de los pueblos.

Italia y Alemania declaran la guerra

El día 8 de diciembre Roosevelt pide al Congreso, entre ovaciones ensordecedoras, la declaración de guerra contra el Japón. Solo hay en contra un voto. El mismo día el presidente aprueba la resolución conjunta por la cual «el estado de guerra con el Japón, impuesto a los Estados Unidos, queda formalmente declarado». Para llevar el conflicto a feliz término, «el Congreso de los Estados Unidos empeña por el presente todos los recursos de la nación».

Aunque el texto del Pacto Tripartito no obligaba a Italia y Alemania a secundar al Japón, puesto que este no era el agredido, sino el agresor, el 11 de diciembre declaraban la guerra a los Estados Unidos, tomando por fundamento hechos muy anteriores, como

la ayuda a Inglaterra, la orden de disparar contra los submarinos alemanes y las informaciones prestadas por la flota norteamericana a la inglesa sobre la situación de los sumergibles. El Pacto Tripartito quedaba convertido en una total alianza militar, que continuaría, aun después de la victoria, dentro del espíritu de aquel acuerdo: hegemonía de Alemania en Europa y del Japón en Asia. El mismo día el Congreso de los Estados Unidos aprueba por unanimidad la declaración de guerra a Alemania e Italia. Por su parte, Inglaterra declara la guerra al Japón.

La explosión japonesa

Alguien había dicho: «Cuando el Japón se desborde, este desbordamiento tomará la forma de una explosión». Proféticas palabras, porque solo a una explosión puede compararse aquella invasión casi simultánea de territorios separados de la metrópoli japonesa por distancias de miles de kilómetros. Gracias a las tropas situadas anteriormente en la Indochina, los japoneses, que el mismo día de Pearl Harbour habían atacado desde el aire las islas Guam y Filipinas, desembarcaban el día 8 en el centro de la península de Malaca y avanzaban sobre Singapur; otras fuerzas penetraban en Tailandia (Siam) y seguían a Birmania, para apoderarse de Mandalay y cerrar definitivamente el camino de los aprovisionamientos del mariscal Chang-Kai-Chek. Dos días después, tropas japonesas desembarcaban al norte y sur de Manila y en la isla de Guam; la aviación nipona hundía en la costa de Malaca a dos acorazados ingleses: el viejo y curtido *Repulse* y el flamante *Prince of Wales*, que, mandados por el almirante Philips, habían salido valerosamente de Singapur al lugar del peligro sin ninguna protección aérea.

«En toda mi vida –dijo Churchill en la Cámara de los Comunes– recuerdo hecho tan triste como el hundimiento de esos dos bellos barcos». «Ha sido el día más negro de la historia del Imperio», comentó el ministro inglés Duff Cooper. No sería el último para las naciones angloamericanas. El 14 los japoneses atacaban la base inglesa de Hong-Kong, que caería once días después; el 16

desembarcaban en Borneo; el 23 ocupaban la base norteamericana de Wake; el 27, las islas Gilbert. Cada día en los dos meses siguientes registraba un nuevo desembarco. Las fuerzas navales aliadas que se habían ido concentrando en Surabaya para formar una escuadra de cruceros y destructores, intentaron oponerse a la inundación japonesa, y fueron batidas ante la isla de Java (27 de febrero): seis cruceros y ocho destructores quedaron en el fondo del mar.

Doce días antes había caído Singapur, el Gibraltar inglés del Extremo Oriente, la gran base naval, fortificada para un ataque por mar, pero indefensa por tierra, precisamente el sitio por donde la expugnaron los japoneses. Coincidió esta terrible pérdida británica con el paso de los acorazados alemanes *Gneisenau* y *Scharnhorst* por el canal de la Mancha, ante las mismas narices inglesas. Una oleada de pesimismo y protesta inundaba a Inglaterra. En la primera sesión de la Cámara de los Comunes, Churchill fue atacado y asaeteado a preguntas. A todas contestaba lacónicamente: «Yes, sir», «No, sir». Alguien gritó: «¡Hable usted de una vez!». El *premier*, con una mirada entre iracunda y compasiva, respondió: «No puedo contestar». La tormenta estuvo a punto de llevarse por delante al salvador de Inglaterra; por lo menos, Churchill se vio obligado a reformar su gobierno para aplacar los soliviantados ánimos.

Para mayo, los japoneses, que ya habían desembarcado en Nueva Guinea, tenían ocupadas las Filipinas –cuyos heroicos defensores de Bataán y Corregidor se rindieron el 9 de abril y el 6 de mayo–, las Indias Holandesas, las islas Salomón, las Nuevas Hébridas, las bases de Guam y Wake; los archipiélagos Bismarck, Ellice, Gilbert y Marshall; la pequeña colonia portuguesa de Timor, en las cercanías de Australia, y las Andamán, en el Océano Indico. Australia estaba bloqueada por el norte y el este, y amenazada la India.

Recientemente declaraba el almirante inglés Sommerwille: «Los japoneses se paseaban a sus anchas por los estrechos de Malaca y el Océano Indico, donde habían ocupado las islas Andamán. Yo esperaba el ataque a Ceilán con una escuadra apresuradamente reunida, inferior en fuerza a la japonesa y falta de esos elementos

vitales de una flota moderna que son los portaaviones. Si se hubiera llegado al encuentro, probablemente yo no estaría diciendo ahora estas palabras. Pero los japoneses, después de su primera y única incursión por el Índico, se volvieron a los estrechos y no salieron más. Todavía me estoy preguntando por qué. Tenían la pelota a sus pies y la portería abierta; era la puerta que conducía hasta la costa de África, nuestra única comunicación con el Oriente Medio, desde la interrupción de la ruta del Mediterráneo. Si esa comunicación hubiera sido cortada, probablemente habríamos perdido la guerra». Como, después de Dunkerque, Alemania, Japón, con su indecisión después de Singapur, desaprovechaba el momento favorable. Acaso reconocía que había llegado al límite de elasticidad; pero, al encerrarse en el Pacífico occidental, ya no podía hacer otra cosa que esperar la recuperación de su adversario. Tenía que presumirla indefectible y rápida. Nadie como el Japón conocía los recursos de los Estados Unidos y su formidable capacidad técnica. De los más esenciales para una guerra –gasolina de aviación, hierro y acero– habían estado alimentándose sus fábricas; Estados Unidos habían sido el motor de su progreso industrial y bélico; les debía las herramientas, las máquinas, las patentes, las fórmulas de fabricación, los aviones. ¿Creía el Japón que podía mantener eternamente la ventaja adquirida por un golpe de fortuna contra un enemigo tan poderoso?

Japonización

La guerra era un grave e indiscutible error de cálculo por parte del Japón. Sin embargo, como si su dominio pudiera perdurar, dispúsose, desde el primer momento, no solo a explotar los recursos naturales de los territorios conquistados, sino a la «japonización» fulminante de las poblaciones sometidas. Dio el gobierno de Tailandia y Birmania a los sectores políticos más asiáticos. En Filipinas creó una República pseudoindependiente, en cuyos altos cargos nominales figuraba el ala izquierda del nacionalismo filipino, acérrima enemiga de la civilización blanca. Desterró de los usos oficiales el español y el inglés, sustituidos por el tagalo –un dialecto

inculto hablado solo en una parte de la isla de Luzón– y el japonés, casi desconocido de los filipinos. Fueron cerradas las instituciones españolas y norteamericanas de enseñanza; el «presidente» Laurel declaró a los periodistas japoneses la conveniencia de suprimir el nombre español de Filipinas que en 1541 había dado a las islas Ruy Lope de Villalobos en homenaje a Felipe II, porque recordaba una «ominosa dominación extranjera».

Pero en esta tarea de japonización tropezó el gobierno de Tokio, sobre todo en Filipinas, con dos graves dificultades: el propio idioma japonés y las religiones cristianas, arraigadas en muchas almas indígenas por la obra de los misioneros. La lengua japonesa es complicada y abstrusa en su sintaxis, y aún más en su escritura; al no ser fonéticos sus signos, sino ideogramas, cada uno de los cuales representa un concepto distinto, no basta conocer dos o tres docenas de letras que se combinan de diversos modos para formar todas las palabras del idioma. Es preciso haber aprendido antes la significación de todos los símbolos, que son cuarenta o cincuenta mil. Por esta razón, el Japón se propuso simplificar la escritura, reduciendo los ideogramas a dos mil; pero subsistía la dificultad intrínseca para la difusión de un lenguaje esencialmente hermético. Otro tanto ocurrió en el intento de conciliar las religiones cristianas con la fe en el origen divino del Emperador, para constituir un neocristianismo adaptado a las finalidades políticas del Japón. No era posible que los creyentes de una religión noble y elevada aceptasen el absurdo mito primitivo, y los japoneses comenzaron la persecución contra sacerdotes y misioneros, los principales enemigos de sus propósitos de expansión. También aquí, en los dos supremos vehículos espirituales de la cultura –el lenguaje y la religión–, se estrellaban contra la misma superioridad de la civilización blanca que encontrarían en la guerra de material.

El avance japonés, detenido

Fueron, sin embargo, los primeros meses un período trágico para los Estados Unidos. En el Pacífico se repetían los mismos desastres

que había sufrido Inglaterra en Europa. Una revista resumía así la situación: «En todo este tiempo no se ha tomado una sola pulgada de terreno al enemigo; no se le ha batido en ninguna batalla naval o terrestre; no hemos emprendido una sola campaña ofensiva». Era la opinión general, que veía pasar los meses sin una réplica enérgica a la ofensa de Pearl Harbour, mientras se encaminaba hacia Europa una corriente continua de hombres y material. Mucho tuvo que bregar Roosevelt para resistir la presión popular, hasta vencerla con su suave tenacidad.

Pronto, sin embargo, comenzó el resurgimiento. El 16 de marzo llegaban a Australia las primeras fuerzas americanas, y al día siguiente tomaba su mando el general Mac Arthur, que había salido de Corregidor por orden de su gobierno. Entretanto, el almirante Nimitz había reforzado la escuadra americana del Pacífico. A estos dos jefes correspondería la gigantesca labor de expugnar una a una las innumerables islas que el Japón había invadido en su primera oleada. El 18 de abril, el general de aviación Doolittle realiza la proeza –sin perspectiva militar alguna– de atacar Tokio, recinto nunca violado, con una escuadrilla de bombarderos salidos de las islas Hawai, que habían de aterrizar forzosamente, por imposibilidad de regreso, en territorio ruso neutral. Y por primera vez, el 14 de mayo, las fuerzas navales de los Estados Unidos ponen coto al empuje nipón en la batalla del mar del Coral: 11 buques hundidos pierde la flota japonesa; otros 11 quedan averiados.

Al mes justo, la escuadra japonesa sufre su segunda derrota al atacar la base naval norteamericana de Midway: tres acorazados y cuatro cruceros son averiados, dos portaaviones hundidos y otros dos averiados. Pero hasta el 7 de agosto no comienza la ofensiva; ese día las tropas norteamericanas y australianas pisan, al fin, tierra ocupada por los japoneses. Fue en la diminuta isla de Tulagi, en el archipiélago Salomón, desde donde saltan a las de Florida y Guadalcanal. Después el esfuerzo aliado se concentra en Nueva Guinea; los japoneses son rechazados cuando se acercaban a Port Moresby, ya en la costa meridional de la gran isla. El avance nipón sobre Australia quedaba contenido definitivamente. La batalla frente

a Guadalcanal señala el punto en que desaparece la superioridad de la flota japonesa; en ella perdió 28 buques y unos 30.000 hombres, aunque el gobierno de Tokio reivindicaba una victoria equivalente al golpe de Pearl Harbour, en uno de sus comunicados de fantásticos triunfos, cada uno de los cuales señalaba, sin embargo, un desembarco norteamericano conseguido.

La táctica de los grandes brincos

La estrategia seguida hasta entonces por el general Mac Arthur era lenta y costosa. La penetración en la zona japonesa, desde el este –islas de Salomón– hacia las Indias holandesas, por «saltos de rana», de isla en isla –*island to island jump*–, amenazaba eternizarse por la resistencia enconada de las guarniciones japonesas que, en último caso, perecían sin abandonar un palmo de terreno. Hasta que por un cambio súbito y genial de visión, el alto mando americano inicia en abril de 1943, con la ocupación de Funafuti, en las islas Ellice, la estrategia de los grandes brincos, las inmensas distancias y los gigantescos rodeos, tomando posiciones, cada vez más al norte, más cercanas del Japón, para formar un gran arco de círculo que abarca, por el este todos los territorios ocupados por los nipones. Al mismo tiempo que en los bordes del Glacial Ártico se rescata la isla de Attu en las Aleutianas, continúan los desembarcos primeramente con alguna lentitud en las islas Gilbert (20 de noviembre de 1943), en las Marshall (1 de febrero de 1944) y luego, ya con ritmo acelerado, desde esas posiciones orientales, en las Marianas y Carolinas, línea principal de comunicaciones entre la metrópoli japonesa y los mares del sur. Las guarniciones niponas resisten pero, al fin, sin abastos ni refuerzos, perecen en inútiles suicidios colectivos.

Finalmente, comienza el ataque al mismo corazón de los territorios ocupados, en las Molucas y Palaos; luego, en las islas filipinas de Samar y Leite; por fin, en Luzón, donde se reconquistan Manila y Cavite. Después de las dos batallas navales de Filipinas, el almirante Nimitz proclama que «la escuadra japonesa ha quedado reducida a la mitad de su fuerza; podremos ir a buscar a los

japoneses dondequiera que se encuentren». «Se abre una nueva fase en la lucha del Pacífico –dice el general Mac Arthur–; la nueva consigna norteamericana es: «Hacia Tokio». Y, en efecto, Tokio es bombardeado por aviones procedentes de la isla de Saipán, en las Marianas. La escuadra norteamericana se acerca a las costas japonesas y lanza sus bombarderos desde sus innumerables portaaviones; busca a la flota nipona y la obliga a guarecerse en el mar interior del Japón. Sobre el palacio del Emperador, hijo del Sol, vuelan sacrílegamente los aparatos del país «decadente y materialista»; arden los astilleros, los depósitos, las grandes factorías de guerra de Tokio, Oklohama, Osaka; los japoneses conocen por primera vez los horrores que padeció Chungking, oyen el eco de los cañonazos que habían disparado contra Shanghai y Hong-Kong. Remotas suenan las palabras del general Hata: «Desde los antiguos tiempos, una brisa providencial sopla constantemente sobre el país... Es lamentable que aún muchos de los que conocieron el socorro del cielo en las guerras con China y Japón no aprecien la ayuda divina que recibimos en las dificultades nacionales». Otra vez el comodoro Perry está ante sus puertas; pero ya no busca la apertura del país a la civilización blanca; por el contrario, trata de cerrarlo para siempre en su hermetismo.

Las tropas norteamericanas desembarcan en las islas Borneo, en las Vulcano (Iwo Jima) e invaden la cadena de las Riu-Kiu, que cierran el paso desde el sur del Japón a Formosa, mientras allá, 8.000 kilómetros al sur, en las islas de la Sonda, guarniciones abandonadas a su suerte, no esperan más que el ataque para morir. Y en Birmania avanzan los británicos; han conquistado Mandalay y Rangún para arrojar a los invasores, que, para imitar en Indochina a los alemanes en Francia, la ocupan por entero cuando el peligro se acerca y resucitan apresuradamente los viejos reinos de Anam y Siam. La escuadra inglesa de Somnerville se pasea libremente por las aguas antes vedadas de los estrechos de Malaca y el Océano Indico. «Ahora –dice el almirante, prosiguiendo las declaraciones antes descritas– las tornas se han cambiado; el Japón es quien está en la misma situación que nosotros después de Pearl Harbour; cuando menos se piense la bandera inglesa volverá a ondear en Singapur».

La derrota del Japón

No preveía el Japón el 7 de diciembre de 1941 que la facilidad con que se extendió por el Pacificó hasta los mares del sur sería la causa de su perdición. Se había encontrado de pronto entre sus manos todo un océano, vastos territorios situados a miles de kilómetros, en cuya defensa y abastecimiento se extenuaría. La digestión era tan difícil como rápida y cómoda había sido la conquista. Necesitaba una gran Marina de guerra para acudir a todos los puntos de posible ataque. Pudo bastarle la existente mientras la flota norteamericana se reponía del golpe de Pearl Harbour, pero no cuando los Estados Unidos ponen sus astilleros al máximo ritmo de producción y lanzan al mar acorazado tras acorazado, duplican el número de sus grandes portaaviones de batalla, construyen 102 más de escolta, aumentan con 27 sus cruceros y en cientos sus destructores, y desde las costas de California millares de aviones vuelan hacia las bases del Pacífico.

La misma Marina mercante japonesa, con sus seis millones de toneladas, es insuficiente para todas las tareas que impone una guerra en tan amplios espacios: transporte de refuerzos, material y víveres, comunicación entre todos los territorios, acarreo desde Malaca e Indias holandesas de minerales, petróleo y caucho, para su transformación en la metrópoli. Aviones y submarinos aliados infligen pérdidas difícilmente reparables a esta Marina, ya de por sí escasa. ¿Qué podía significar la construcción de buques de madera en los pequeños astilleros, existentes o improvisados, de las islas conquistadas y la resurrección de los antiguos juncos frente a la producción acelerada de los mercantes *Liberty* en los potentes astilleros norteamericanos?

El gobierno de Tokio tuvo que dictar una disposición para que cada territorio, empezando por la propia metrópoli, se alimentase a sí mismo; de suerte que «la esfera de coprosperidad de la gran Asia Oriental», la soñada gran unidad autárquica, quedó dividida en una serie de pequeñas autarquías locales primitivas, como en los tiempos más remotos de incomunicación. La guerra en el Pacífico ha sido la guerra de los abastecimientos. En cuanto el general

Mac Arthur dispuso de alguna superioridad aérea para despejar el camino de la flota y proteger las operaciones anfibias, abandonó su primera estrategia, para atacar, en audaces operaciones oceánicas las líneas del abastecimiento enemigo, y con tres o cuatro golpes a los puntos vitales cortar las comunicaciones como de tres o cuatro tijeretazos. Cada operación suponía un avance de millares de kilómetros y la industria norteamericana proveía con toda clase de medios. Los primeros convoyes de desembarco eran modestos por sus pretensiones estratégicas y por el número de buques y la masa de tropas y material transportados. Largos intervalos de tiempo los separaban. Después se fueron haciendo cada vez más frecuentes y más fuertes. En los últimos diez meses de 1944 se organizaron doce convoyes desde el sudeste del Pacífico, aparte de los procedentes del Pacífico central. En el desembarco en la bahía de Lingayen intervinieron 800 buques. En la invasión de Okinawa, 1.400. Es un *crescendo* acelerado hasta el *fortissimo*, que no parece encontrar límites.

La guerra del Pacífico no solo ha sido guerra de abastecimientos y guerra de producción, sino también de construcción, concebida en la misma gigantesca escala y realizada con equipos mecánicos modernísimos. «Si los norteamericanos deciden –escribía un corresponsal inglés en el Pacífico– construir una base aérea, instalan en ella, no cuatro aeródromos, sino diez. El tiempo empleado se cuenta solamente por días. Si creen que necesitan una base naval en la costa de Nueva Guinea, donde antes no podía acercarse un falucho, construyen muelles y diques para acomodar 30 buques *Liberty* a la vez. El *bulldozer*, el tractor y el *jeep* son armas tan importantes como el buque o el avión, porque sin ellos no hubieran sido establecidas las bases desde las que estos pueden operar».

Esta capacidad constructiva ha sido esencial en la estrategia oceánica de Mac Arthur y Nimitz. Al principio de la guerra se luchaba por las bases ya existentes; los norteamericanos pretendían arrebatárselas al enemigo. Después ya no fue necesario, puesto que podían construir rápidamente cuantas bases apetecieran, cualquier isla podía servirles. ¿A qué atacar la base nipona de Truck si podían

construir una mejor y mayor en otra isla próxima? Y así en largos vuelos y en largas travesías, sin preocuparse de que a su espalda dejaban posiciones japonesas, las tropas norteamericanas han ido estableciéndose en las mismas líneas de comunicación entre el Japón y sus conquistas.

Este era para los Estados Unidos el segundo teatro de la guerra. El presidente Roosevelt lo había dejado preterido para dedicar todo el esfuerzo norteamericano a la guerra esencial. Nadie podía suponer, cuando todavía se luchaba difícilmente en Guadalcanal y Nueva Guinea, que al mismo tiempo que los aliados invadieran Alemania, estarían también a las puertas del Japón. Pero en aquellos meses de aparente inacción y lentas operaciones militares, que sublevaban el ánimo de los norteamericanos, se habían ganado en las factorías y astilleros las batallas sin sangre de la guerra.

XXIX. CHURCHILL Y ROOSEVELT

Quince días después de Pearl Harbour, el 23 de diciembre de 1941, Churchill se había presentado en Washington, acompañado de lord Beaverbrook. Esta nueva entrevista con el presidente Roosevelt inauguraba la larga serie de sus viajes aéreos en el transcurso de la guerra. Por segunda vez se reunían en aquel año los dos estadistas, conductores de los pueblos de sangre inglesa. Esta amistad –se diría después– ha sido uno de los fenómenos más notables y una de las uniones más fecundas de nuestra época. Probablemente, con otros jefes a la cabeza, Inglaterra y Estados Unidos no habrían llegado a tan íntima compenetración. Por muy semejante que fueran sus intereses y objetivos, la interposición de caracteres mezquinos o suspicaces habría acarreado rozamientos, celos, pruritos de superioridad, rencillas y recelos, que, justamente por pequeños y personales, son los más difíciles de eliminar. Más de una vez aparecieron conatos en la prensa de ambos países, en las declaraciones de algunos políticos; pero esta ínfima polémica doméstica nunca alcanzó la esfera superior en que se movían los dos estadistas, generosos, magnánimos y leales, mentes claras y almas cálidas capaces de fundir con su temperatura todas las mezquindades.

Llegaba Churchill a la *White House* desde Whitehall, donde muchas veces, a lo largo de los siglos, otros hombres habían resistido

también la amenaza de invasión y luchado contra el sojuzgamiento de Europa. Roosevelt tenía ante sí la mayor cantidad de historia que puede personificar un hombre: a través del Churchill actual hubiera podido ver transparecer a Cecil y Drake, a Marlborough, a los dos Pitt, a Nelson, a Lloyd George. De cada uno tenía el rasgo sobresaliente; más bien era la síntesis de todos, lo que era preciso que fuese para afrontar una situación, suma también de cuantas ellos habían padecido y superado. Hasta la sangre de algunos corría por sus venas, y en su cabeza llameaba todavía ese pelo rojizo, el pelo de los antiguos anglos y sajones –el pelo de Isabel y Drake–, que en los niños señala un temperamento extraño y rebelde y en los ingleses un carácter indomable y fogoso.

Uníase en Churchill, a la audacia aventurera de los vikingos y el impulso conquistador de los normandos, el tesoro de experiencia política destilado en las grandes familias gobernantes de Inglaterra por varios siglos de mando. «Aquellos viejos reyes del mar –ha escrito Carlyle–, silenciosos y de apretados labios, que desafiaban al furioso Océano y a todos los hombres y a todas las cosas, han sido los progenitores de nuestros Blake y nuestros Nelson. El noruego Hrolf y Rollo, duque de Normandía, tiene actualmente una parte en el gobierno de Inglaterra»[76], y asimismo la tenían a través de Churchill los Buckingham, los Rochester, los Seymour, sus lejanos parientes. Si sus abuelos, los Churchill, fueron *tories*, conservadores, cortesanos y soldados, sus otros abuelos, los Spencer, habían sido *whigs*, liberales, burgueses y comerciantes. Si en la gran división del siglo XVII una rama de sus antepasados, los Drake, había luchado por el Parlamento, otra, los Churchill, se había batido por el rey, de suerte que en su sangre se reunían esas dos lealtades que son el sólido fundamento de la sociedad inglesa. Ningún hombre como Churchill ha encarnado con tal plenitud la totalidad de una nación y su historia.

[76] Thomas Carlyle, *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*, London, James Fraser, 1841. (N. del Ed.)

De Drake ha heredado su amor a los desembarcos y golpes de mano; suya es la invención de los comandos, forma moderna y regular de la piratería isabelina. Como Drake, ha visto deshacerse en el Canal la preparada invasión bajo el ataque de fuerzas escasas, pero sumamente ligeras y móviles, y podría repetir con más propiedad la frase de un marino de aquellos tiempos: «Las plumas del enemigo han sido arrancadas una a una». También él había movilizado las milicias ciudadanas, armadas de escopetas, hoces y palos, para cerrar el paso a Londres. Ha visto siempre partir las expediciones desde un puerto o un barco; no ha podido resignarse nunca a la idea de que «allá» se combatía, y ha querido pisar en seguida la tierra conquistada al otro lado del Canal o del Rin, como si no quedase completa la posesión sin su presencia efectiva. Ha sido Lord del Almirantazgo, devoto del mar y de la escuadra, y al terminar la guerra será Señor de los Cinco Puertos, guardianes de las remotas invasiones.

Como Marlborough, también «se fue a la guerra», y luchó en las bocas del Escalda durante el primer conflicto europeo. Bruselas, Amberes, Lieja, han vuelto a ser en esta campos de batalla, como en 1700. También tendría que correr de Londres a Washington, Moscú, El Cairo, Atenas, Roma, al igual que su lejano antecesor andaba de Londres a La Haya, Viena, Berlín, Hannover, para crear la gran coalición contra las ambiciones de Luis XIV; asegurar los necesarios contingentes de tropas; reconciliar a los reyes; planear el paso del Rin, la marcha sobre los Alpes y una campaña en Italia, «sin que su rostro revelase fatiga, prisa o vejación».

De Churchill podrá escribirse lo que Macaulay del primer Pitt, que tomó el gobierno cuando Chesterfield decía: «Inglaterra no será por mucho tiempo una nación», y tras infortunios y reveses sin cuento, dejó a su país restablecido en su antiguo poder: «Amaba a Inglaterra como los atenienses a Atenas y los romanos a Roma, y al ver a su patria insultada y vencida y abatido su valor, y sabiendo cuán grandes recursos contenía en su seno y de cuánto auxilio

podrían serle en tan difíciles circunstancias, empleados de la manera tan vigorosa, tan fuerte y tan incontestable cual él lo haría, podía decir en cierta ocasión al duque de Devonshire: Milord, estoy seguro de salvar a mi patria y también de que soy el único capaz de hacerlo»[77].

Desde la misma estancia de Downing Street, 10, Churchill y el segundo Pitt escucharon el rumor de los ejércitos congregados en Boulogne, Calais y Dunquerque, y luego, de pronto, su marcha en dirección contraria hacia su perdición y su ruina. Desde el mismo sitio de la Cámara, durante el largo período de desastres, Churchill, como el segundo Pitt, extendía «el brazo con ademán de imperio, erguía su frente altanera y hablaba, expresando con sonoro y vibrante acento palabras altivas, que rebosaban de inquebrantable resolución y esperanza firmísima». Pero más feliz, pudo volver a desplegar aquel mapa, que su antecesor, al ver invadida toda Europa por los soldados de Napoleón, había ordenado descolgar del muro y guardar por diez años.

De Lloyd George tenía Churchill el coraje, la audacia y algo poco usado en la política y la guerra: la imaginación. «Era un trozo de la vieja cantera; más bien la cantera misma». Como todos los citados, había luchado siempre por la grandeza del Imperio: con las armas, en la India, el Sudán y sur de África; con la pluma, en libros y periódicos; con la palabra, en la Cámara, y siempre había defendido la libertad individual bajo las instituciones tradicionales inglesas. *Imperium et libertas* dice su divisa, recordada en el último discurso al partido conservador. Había sido también la de su padre. Disraeli la había tomado del lema escrito en la portada de un viejo libro publicado en 1660 en alabanza de Carlos II, cuando ya se creía que la monarquía inglesa estaba destinada a la destrucción. «Para programa de un primer ministro inglés no está mal», había dicho al leerla. El autor del libro era un cierto Winston Churchill, que a su vez la había tomado de Tácito.

---

[77] Thomas Babington Macaulay, *William Pitt, Earl of Chatham*, en *Critical and Historical Essays*, vol. II, London, Longman, Brown, Green & Longmans, 1849. (N. del Ed.)

Porvenir americano

Con Churchill y Roosevelt reuníanse en el despacho oval de la Casa Blanca el empuje de todo un pasado magnífico y el empuje de todo un porvenir ilimitado, para fundirse en una corriente ininterrumpida. Churchill aportaba todo lo que Inglaterra había sido en diez siglos de historia; Roosevelt, todo lo que los Estados Unidos podían ser en un tiempo aún indefinido. Los Padres Peregrinos habían huido de la historia europea; los fundadores de la República habían roto los últimos lazos al separarse de Inglaterra. En su solitaria libertad, los Estados Unidos se habían hecho fuertes y gigantescos, como en espera de este momento. Pero ahora la ruptura se soldaba. La pura democracia liberal y económica, que se había quedado al otro lado de Atlántico, sin pasado, sin finalidad ni voluntad histórica, volvía a seguir junto a Inglaterra las luchas de que había desertado y a insertarse en la continuidad que había quebrado. Los pueblos del pasado y del porvenir marchaban como a un solo impulso; su meta era la misma: *Imperium et libertas*.

No necesitaban ya preguntarse los espíritus críticos norteamericanos por el destino de la que llamó Walt Whitman «América superabundante, confusa, en torbellino»; buscar «la América que todavía no existe» y podría salir de «nuestro grandioso caos»; temblar ante la tragedia de «un pueblo inconsciente esclavizado en la monotonía del avance industrial, dominio de las cosas», angustiado por un vacío que su plétora no llenaba, que acaso acabaría por deshacerse a fuerza de riqueza y poderío estériles, sin empleo trascendente. «¡Levantaos! –pedía América por boca de Whitman a sus hijos futuros–. No es el día de hoy quien debe justificarme y expresar por qué estoy aquí. ¡Levantaos! ¡Es necesario que me justifiquéis!»[78]. Volviendo a Europa para librar las batallas que había temido, encontraba América una finalidad y una justificación.

[78] Alusión a los versos de Whitman: «Poets to come! orators, singers, musicians to come! / Not today is to justify me and answer what I am for, / But you, a new brood, native, athletic, continental, greater than before known, / Arouse! For you must justify me», pertenecientes al poema «Poets to Come» (*Leaves of Grass*). (N. del Ed.)

Encontrábanse en la Casa Blanca dos hombres muy semejantes, en condiciones muy parecidas. Inglaterra no tenía en Europa más que la propia isla: sus aliados habían sido derrotados e invadidos; su aliada imprevista, Rusia, parecía próxima a derrumbarse; sus antiguos amigos habían desertado; India y Egipto se encontraban bajo la amenaza de invasión; sus fortalezas y avanzadas en Extremo Oriente caían una tras otra en las manos del adversario, y hasta el mar, su posesión secular, estaba infestado de enemigos aleves y sutiles. Estados Unidos habían visto hundirse sin defensa las mejores unidades de su escuadra y estaban siendo expulsados fulminantemente del Pacífico. La victoria exigiría esfuerzos hercúleos, millones de hombres, torrentes de sangre, años de tensión sin desmayo. Otros hombres hubieran cedido, buscando en una paz negociada, por lo menos un respiro para reponer las fuerzas perdidas. En épocas pasadas ninguna nación reducida a tal extremo habría resistido. Sin duda las potencias del Eje lo habían calculado así: tras de cada conquista, Alemania había ofrecido o esperado la paz, y con sus bombardeos aéreos había tratado de añadir al efecto de sus resonantes victorias el influjo del terror. Pero a cada golpe que creía decisivo y paralizador había visto erguirse con mayor fuerza la voluntad indomable de lucha en sus dos grandes adversarios. Ambos se unían por un carácter común: la tenacidad, fiera en Churchill; suave, pero igualmente inquebrantable, en Roosevelt.

El concepto de la guerra había evolucionado: desde la Revolución francesa la guerra era *total* por la participación general de los pueblos en los ejércitos y en los trabajos militares de la retaguardia y por el soplo popular que acompañaba la empresa bélica; pero no era *total* en sus resultados. En los tiempos revolucionarios, en la época napoleónica, en todo el siglo XIX, ningún vencido esperó su completa ruina para solicitar la paz y ningún vencedor se obstinó en negarla para consumar la destrucción del enemigo. Los tratados de paz se establecían en términos que ahora han de parecernos moderados y razonables. En el Congreso de Viena y después de Waterloo, los aliados contra Napoleón trataron más bien de construir un sistema de equilibrio europeo que de aniquilar a la derrotada nación. En 1918 Alemania se rindió en cuanto vio claro

el desastroso final y los aliados concedieron el armisticio antes de pisar tierra enemiga; los catorce puntos de Wilson y el juego de las fuerzas internacionales limitaron los propósitos extremados de algunos vencedores. Por total que en su parte militar fuera la guerra, en estos últimos trámites seguíanse las pautas clásicas, y en definitiva, tras la lucha más extensa y más cruel, el mundo variaba muy poco: siempre quedaba al vencido margen para reponerse y volver a ocupar su puesto en el concierto de las naciones. Pero ahora la guerra sería total también en sus resultados. No habría más que, por el lado del vencedor, la rendición incondicional del enemigo y el aniquilamiento absoluto de su potencia militar y política, y por el del vencido, la lucha hasta el último hombre, hasta la desaparición de todo poder organizado capaz de trato y negociación. Ni se ofrecería más la paz ni tampoco se pediría nunca.

Hitler había anunciado que la guerra sería decisiva para siglos y aun para milenios. Sus enemigos, por su parte, aceptaban la tesis, y ante aquel ambicioso propósito de remover el mundo de arriba abajo, ahora, en el despacho de la Casa Blanca, sin frases solemnes, sin gesticulaciones heroicas, como charlasen en un club, fumando, bebiendo un whisky, establecían la coalición más formidable de la historia para evitarlo.

XXX. LA TRANSFORMACIÓN DE UN PUEBLO

La Declaración de las Naciones Unidas

El 26 de diciembre de 1941 el primer ministro de Inglaterra habla en el salón del Senado a las dos Cámaras del Congreso, a los descendientes de aquellos Franklin, Adams, Jeferson, Hancock, Henry, Lee, que rompieron los lazos con Inglaterra. Pero él no era una reencarnación del terco lord North. Era, como dijo, un «parlamentario nato», y los fundadores de la República norteamericana no habían querido al principio más que el cumplimiento del precepto fundamental del parlamentarismo inglés: «Ningún impuesto que no haya sido votado por los representantes del país». En la misma Cámara de los Comunes habían sonado voces en favor de las colonias. «A mi juicio –había dicho lord Chatham (Pitt)–, este reino no tiene derecho a imponer un tributo a las colonias... Se dice que América es obstinada, que está en abierta rebelión... Yo me congratulo de que América haya resistido. Sí tres millones de personas hubieran acallado todos sus sentimientos de libertad para allanarse a ser esclavos, habrían creado el instrumento para esclavizar al resto». Aquellos sentimientos de libertad y dignidad no habían sido sometidos. Así podían unirse voluntariamente, siglo y medio después, los Estados Unidos a Inglaterra para defenderla, y así podía decir Churchill a los senadores y representantes: «Nos esperan horas muy tristes todavía. En estos mismos momentos estamos perdiendo territorios preciosos

que nos costará mucho recobrar. Y hemos de perder más antes de que nuestras fuerzas estén listas... Habrá acaso personas que se sientan desalentadas al oírme hablar de una guerra larga y costosa; pero la Gran Bretaña y Estados Unidos son dos pueblos a los que se puede decir la verdad por dolorosa que sea».

La unión de los dos países recibía una nueva y ostentosa consagración oficial en la ceremonia parlamentaria. Al mismo tiempo que lord Beaverbrook coordinaba los planes de producción, se unificaban los mandos en Oriente, se acordaban las próximas operaciones militares, y con los representantes de veintiséis países reunidos en Washington se preparaba la Declaración de las Naciones Unidas, que extendía el programa de la Carta del Atlántico a todos los pueblos en guerra contra el Eje. Fue publicada el 1 de enero de 1942. Decía así:

«Las naciones firmantes suscriben y hacen suyas las declaraciones contenidas en el documento conocido por Carta del Atlántico; y estando convencidas de que la completa victoria es esencial para defender la vida, la libertad, la independencia y la libertad religiosa y preservar los derechos humanos y la justicia, tanto en los propios países como en el resto del mundo, y de que están empeñadas en una lucha común contra fuerzas salvajes y brutales que tratan de subyugar al mundo, declaran:

Los gobiernos firmantes se obligan a emplear todos sus recursos militares y económicos contra los miembros del Pacto Tripartito y sus adheridos, contra los cuáles dichos gobiernos están en guerra.

Cada Gobierno se compromete a cooperar con los demás firmantes y a no hacer una paz o un armisticio separados con los enemigos.

A esta declaración pueden adherirse otras naciones que estén prestando o quieran prestar cualquiera clase de asistencia y contribución material a la lucha por la victoria contra el hitlerismo».

Firmaban Estados Unidos, el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, China, Australia, Bélgica, Canadá, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, República Dominicana, El Salvador, Grecia,

Guatemala, Haití, Honduras, India, Luxemburgo, Países Bajos, Nueva Zelanda, Nicaragua, Noruega, Panamá, Polonia, África del sur y Yugoslavia.

De las veintiséis naciones solo Inglaterra y sus dominios, China, Rusia y Estados Unidos eran factores apreciables en el desarrollo de la guerra. El resto se componía de pequeñas naciones sin fuerza militar y países ya vencidos y ocupados, cuyos gobiernos vagaban por Londres como fantasmas inválidos. Pero moralmente la declaración significaba la condena del hitlerismo por medio mundo, con más de mil millones de habitantes.

No figuraban todavía en ella las repúblicas suramericanas; pero después del Congreso panamericano de Río de Janeiro, terminado el 23 de enero, todas se adhirieron a la Carta del Atlántico; fueron rompiendo sus relaciones diplomáticas con el Eje, según la recomendación aprobada; dictaron medidas contra la quinta columna; acabaron por declarar la guerra a las potencias del Pacto Tripartito. México, la primera, en julio de 1942; a continuación Brasil, en agosto, y en fechas sucesivas las demás, salvo la Argentina, donde el golpe de Estado de 1943 retrasaría hasta muy recientemente la misma resolución. En septiembre de 1942, Ecuador cedió a los Estados Unidos bases en las islas Galápagos y en Santa Elena, sobre el Pacífico, y la solidaridad encontró nueva expresión en el Consejo consultivo interamericano para defensa política del hemisferio occidental. Posteriormente aumentó también el número de países adheridos a la Declaración de las Naciones Unidas, hasta constituir, salvo los pocos países neutrales europeos, el bloque del mundo contra las potencias del Eje.

De la paz a la guerra

La principal tarea de Roosevelt estaba, sin embargo, en el interior del país. Había que proseguir, ahora ya a toda prisa, la transformación de un pueblo esencialmente pacífico y comercial en un pueblo militar y guerrero: la conversión de una industria dedicada exclusivamente

a producir artículos de consumo en una potentísima industria de guerra. En su mensaje al Congreso (6 de enero de 1942) anunció el presidente una producción de 60.000 aviones para aquel año, que en el año siguiente debería elevarse a 125.000; se fabricarían 45.000 carros de combate en 1942 y 75.000 en 1943; 20.000 y 35.000 cañones antiaéreos, respectivamente, y se lanzarían al mar ocho millones de toneladas de buques mercantes en 1942 y diez millones en 1943. A fines del año, Estados Unidos tendrían sobre las armas unos cinco millones de hombres, y ocho millones al terminar el año 1943. Parecido impulso se imprimía a la construcción de buques de guerra, que pasaría de 907 barcos en 1941 a 3.193 en mayo de 1943, incluyendo seis nuevos grandes acorazados de 35.000 toneladas o más, y a 5.100 en julio de 1944. El presupuesto para el ejercicio económico 1942-1943 ascendía a 58.000 millones de dólares, de ellos, 52.000 millones exclusivamente para gastos de guerra:

Estas cifras gigantescas eran consecuencia del carácter dado a la guerra por Hitler desde el primer momento. Polonia, Francia, Yugoslavia, Grecia, habían quedado literalmente aplastadas bajo el peso del material alemán. La nueva guerra era fundamentalmente una guerra de material, en que decidían, ante todo, la abundancia y eficacia de las armas. Roosevelt acudió al terreno donde se le desafiaba. Un país industrial y activo podía aceptar mejor que ningún otro una guerra de hierro y acero motorizado. El enemigo sería derrotado por las mismas fuerzas mecánicas que había desencadenado. «Entonces –se comentaba– ¿es que para Roosevelt la guerra es únicamente cuestión de dólares y material, en que no intervienen los factores morales, la voluntad de lucha, las virtudes castrenses acrisoladas por una tradición militar, la sabiduría de los mandos adquirida en la experiencia de cien guerras?».

Extrañaba a los europeos que las cálidas apelaciones al heroísmo y al amor patrio acostumbradas en ocasiones parejas fueran sustituidas por algo semejante al informe del consejo de administración de una gran empresa a la junta de accionistas sobre sus nuevos proyectos de producción. Pero es que, como de todos los sentimientos, el anglosajón suele hablar muy poco de heroísmo y amor patrio. Los

tiene, no los niega a los contrarios, lo supone en los suyos, y solo cuando se han probado los celebra muy lacónicamente. Repasados los discursos de Roosevelt y Churchill, no se encuentra la palabra «héroe», sí las de «bravo» y «valiente», que reducen lo mítico y suprahumano de aquella denominación a términos razonables y humanos. El historiador holandés Huizinga, que atribuye al Estado el cultivo sistemático de la actitud heroica para su propio beneficio, observa en su libro *Entre las sombras del mañana* que la orden de Nelson en Trafalgar no decía «England expects that every man will be a hero» (Inglaterra espera que cada hombre será un héroe), sino «England expects that every man will do his duty» (Inglaterra espera que cada cual cumplirá con su deber); en cambio, los cartelones electorales que leyó en Italia decían: «El principio del fascismo es el heroísmo».

En diciembre de 1941, el Congreso había concedido a Roosevelt poderes virtualmente ilimitados para la organización de la defensa nacional. En enero del año siguiente creó la War Production Board (Oficina de Producción de Guerra). Era algo desconocido y sorprendente en Norteamérica, país de la suma libertad industrial. Significaba la movilización de todos los recursos para la guerra; la intervención sobre las primeras materias, que quedaban sometidas a un orden de prioridad determinado por la Oficina sobre los procedimientos, planes y cifras de fabricación e instalación de nuevas factorías. Al mismo tiempo se creaban otras oficinas, encargadas de fijar los precios, estabilizar los sueldos y salarios, controlar la producción y consumo de la gasolina, distribuir la mano de obra, racionar la alimentación. Nada quedaba completamente libre y casi todo regulado.

Al *New Deal* seguía un *War Deal* mucho más riguroso. «A través del financiamiento público de las industrias –escribe Beard–, del racionamiento de artículos, fijación de precios y multiplicación de funcionarios federales para administrar las nuevas leyes, los tentáculos del gobierno se extendieron cada vez más lejos y más profundamente en la vida, la libertad y propiedad del pueblo y en las viejas prácticas de la libre empresa». Al frente de estas oficinas,

Roosevelt colocó hombres de su confianza, ya acreditados en la organización industrial, casi todos jefes de grandes empresas: Donald Nelson, en la Oficina de Producción de Guerra; Leo Henderson, en la de Administración de los Precios; Harold L. Ickes, en la de Administración del Petróleo; Byrnes, en la Oficina de Estabilización de Salarios; Mervin Jones, en la Administración de los artículos alimenticios; Paul V. Mcnutt, en la Comisión de la Mano de Obra; Eastman, en la Oficina de Transportes. Con los plenos poderes delegados por el presidente y responsables únicamente ante él, cada uno de ellos era un dictador en su ramo, y junto con los jefes del ejército y la Marina constituían el verdadero gobierno de los Estados Unidos.

No fue extraño que este súbito paso de la libertad industrial a la rigurosa regulación de la economía por el Estado levantase acusaciones de totalitarismo contra el presidente. De buena fe o por hostilidad política, muchos aseguraban que la industria podía satisfacer las demandas de la guerra sin la intromisión constante de la nueva burocracia de Roosevelt. Era el mismo criterio inocente y primitivo que habían opuesto a la ley de reclutamiento, confiando más en la prestación voluntaria de los patriotas que en la obligatoriedad del servicio militar. La nueva economía de guerra tenía que parecer rígida y asfixiante por contraste con la plena libertad anterior; pero en la realidad no pasaba de un compromiso, y salvo algunos casos extremos, todo se hizo sin compulsión, por consulta y acuerdo entre los «dictadores» y las empresas.

Elecciones

Sin embargo, no dejó de explotarse la apariencia en las elecciones de noviembre de 1942, para la renovación del Congreso y de una tercera parte del Senado. Las sospechas de totalitarismo, la lenta marcha de la guerra y la frecuencia de las huelgas tuvieron fuerte repercusión en las urnas. Roosevelt conservó la mayoría en el Congreso, si bien muy mermada. En el Senado los demócratas reunían 56 votos (antes 65) contra 36 republicanos (antes 28), y eh la Cámara de los

Representantes, los 264 demócratas quedaron en 205, mientras los republicanos pasaban de 163 a 194. En este cuerpo legislativo la diferencia se reducía a once votos, poco seguros, por la indisciplina de los partidos y el prurito tradicional de los congresistas en ostentar su independencia respecto al presidente. En efecto, el nuevo Congreso había de chocar varias veces con la Administración, hasta llegar en los últimos meses de su vida, dos años después, a rechazar leyes emanadas del gobierno y ratificar las vetadas por el presidente.

También en esta parte de su política Roosevelt se sostuvo enérgicamente contra una opinión muy fuerte y muy extendida. La energía estaba en su interior, para seguir la trayectoria que creía conveniente al país, no en medidas exteriores para sofocar las censuras. La Constitución americana concede al presidente toda la dirección y responsabilidad de la política durante los cuatro años de su mandato. Las elecciones presidenciales son el juicio y la sentencia; pero el resultado desfavorable de 1942, que anunciaba una completa derrota en 1944, no apartó a Roosevelt de la línea trazada.

Conversión de la industria

Pese a todas las críticas, los resultados fueron óptimos desde la creación de las nuevas oficinas. La conversión de la industria de paz en industria de guerra adelantaba rápidamente. En algunas industrias la conversión se reducía a un cambio de clientes civiles en clientes militares; en otras, aun siendo distinto el producto final, a trabajar conforme a nuevos proyectos; pero en las muy especializadas, la transformación exigía adaptar las máquinas a la nueva producción, instalar otras nuevas y modificar hasta la planta de las fábricas. Las técnicas de producción rápida, en masa, de artículos de consumo tuvieron que ser revisadas y alteradas, para aplicarlas a la fabricación de cañones, tanques y aeroplanos. Las industrias sufrían los cambios más insólitos. Una fábrica de lápices mecánicos se convertía en fábrica de partes de bombas y aparatos de precisión para aviones. Una fábrica de tejidos empleaba sus obreros y utillaje en la deshidratación de alimentos, para disminuir el volumen en los transportes. Fue

paralizándose la producción de artículos corrientes: los automóviles, en febrero; los refrigeradores, aspiradoras, aparatos de radio, en abril; las máquinas de lavado, en mayo; ciertas máquinas agrícolas, en junio; los pianos y máquinas de coser, al mes siguiente. Y ya en julio, las antiguas fábricas de automóviles habían producido material de guerra por valor de 540 millones de dólares, que llegarían muy pronto a sobrepasar los 900 millones. Se construyeron fábricas de guerra por un total de 18.500 millones. Cada mes quedaban listos los alojamientos para 250.000 hombres y un término medio de 50 aeródromos. La producción anual de aviones pasó de 6.000 en 1940 a 48.000 en 1942; la mensual, desde 600 en junio de 1940 a 5.500 en diciembre de 1942, y aun llegó a 7.373 en julio de 1943. En enero de 1942 habían sido botados al agua tres buques *Liberty*, conforme a los rápidos métodos inventados por el constructor Henry Kayser, y ya en diciembre se construían mensualmente 82. Los buques mercantes lanzados dicho año fueron 746, con un total de ocho millones de toneladas. La industria americana abastecía de armas y municiones, buques, aeroplanos, víveres a sus tropas, y sus buques y aviones las transportaban a Inglaterra, Rusia, Egipto, Australia y costa occidental de África. Al mismo tiempo, un gran ejército norteamericano se concentraba en Gran Bretaña y el norte de Irlanda. En octubre habían salido de los Estados Unidos 800.000 soldados; un cuerpo de ejército desembarcaba en Liberia, república africana bajo el protectorado norteamericano, después de haber sido ocupada por británicos y franceses libres el África ecuatorial francesa, separada del gobierno de Vichy. Otras fuerzas desembarcaban también en el oeste de África, en el Congo belga, acompañadas de personal técnico para la instalación de bases que asegurasen la ruta aérea que desde los Estados Unidos, por el Brasil, y a través del Atlántico, enlazaría Egipto por el centro de África. Pero toda esta infiltración en el África ocultaba un plan más atrevido y eficaz.

El Cáucaso y el Nilo

En el verano de 1942, el ejército alemán reanudaba su ofensiva contra Rusia. Sus objetivos ya no eran Moscú y Leningrado, ante los

cuales habían quedado detenidos los soldados de Hitler a comienzos del invierno anterior. Ahora se dirigían contra el Volga, para correrse rápidamente hacia el Cáucaso. No pretendían ya el derrumbamiento de Rusia mediante la conquista de su capital, sino una finalidad práctica muy concreta: cortar en el Volga los aprovisionamientos de petróleo del enemigo y apoderarse de los pozos de Bakú. Era una confesión implícita de la escasez creciente de gasolina, que había de ser uno de los factores de su derrota. No llegarían a Bakú. Desde el fracaso de esta ofensiva por el petróleo, Alemania no volvería a reponerse. Sus ejércitos de tierra caminarían de revés en revés en constante retirada, y la aviación y los submarinos tendrían que reducir cada vez más sus operaciones.

Pero hasta la batalla de Stalingrado, la ofensiva alemana seguía el ritmo avasallador de las campañas de Polonia y Francia. No parecía posible detener su ímpetu si los aliados no aliviaban la presión alemana por la apertura de un segundo frente. El 29 de mayo había llegado a Washington el comisario ruso de Asuntos Exteriores, Molotov, y el 11 de junio se anunciaba la conclusión de un acuerdo entre Inglaterra, Rusia y Estados Unidos para la creación de un segundo frente dentro del año 1942. A mediados del mismo mes, Churchill había estado nuevamente en Washington, donde quedó acordado el plan. Seguía la mala racha para los aliados. Los alemanes habían desencadenado una ofensiva en África: Tobruk había caído inesperadamente en sus manos y los tanques de Rommel avanzaban hacia las bocas del Nilo. Mussolini preparaba su caballo blanco para entrar victoriosamente en Alejandría. Hasta El Alamein, cerca de esta ciudad, no pudo ser detenido el empuje alemán; pero allí quedaba el Afrika Korps como una amenaza constante sobre el canal de Suez. El 19 de agosto fracasaba el desembarco aliado en Dieppe, donde intervinieron por primera vez fuerzas norteamericanas, y que acaso fue solo una finta para encubrir los planes acordados en Washington con Molotov y en Moscú por Churchill y Stalin.

Precisamente aquel momento angustioso señalaba el gran viraje de la guerra. El avance alemán se estrellaba en Stalingrado; los japoneses sufrían sus primeras derrotas navales en el mar del Coral, en Midway; las «fortalezas volantes» norteamericanas habían iniciado el 17 de agosto sus bombardeos contra las bases enemigas en Francia y sobre la misma Alemania; desde el Oriente Medio atacaban los Balcanes, y en el Extremo Oriente, Hong-Kong y otras posiciones niponas. El 23 de octubre, Montgomery, tras una potente preparación artillera, seguida del ataque por la infantería –una táctica que señala la vuelta a los métodos clásicos, subvertidos por la sorpresa de los tanques y *stukas*–, rompe el frente enemigo en El Alamein y obliga a Rommel a retirarse por la ruta de su anterior victoria. Conforme a los convenios con Rusia, también ataca el ejército soviético, y los alemanes inician su retirada en todo el frente comprendido entre Grozny, extremo límite de su avance hacia Bakú, y Stalingrado, donde quedaba cercado el cuerpo de ejército del general Von Paulus.

Desde Gibraltar, un enorme convoy de 500 transportes, acompañados por 300 buques de guerra, avanza por el Mediterráneo rumbo al este, señalado por las radios enemigas, que le suponen destinado a abastecer la isla inglesa de Malta. El 7 de noviembre de 1942, Londres anuncia al mundo que más de cien mil soldados ingleses y americanos, bajo el mando del general Eisenhower, habían desembarcado en la costa atlántica del Marruecos francés y en las cercanías de Argel y Orán, en Argelia. Tropas francesas y población civil se habían unido a los liberadores.

No se trataba de una aventura azarosa, sino de un plan, sagazmente desarrollado por Roosevelt por medio de sus agentes en África del norte y concertado con Churchill en sus últimas entrevistas de Washington, y encaminado a reconquistar el dominio del Mediterráneo y herir al Eje en su talón de Aquiles: Italia.

XXXI. EL DESEMBARCO EN ÁFRICA

Weygand

El desembarco en el norte de África fue el fruto de una larga gestación, que comienza casi al día siguiente del armisticio entre Francia y Alemania. De Gaulle había dicho: «Francia ha perdido una batalla, pero no ha sido derrotada». En realidad fueron muy pocos los franceses que aceptaron lealmente el armisticio. Muchos lo rechazaron de plano y desde el primer momento se resolvieron por la resistencia. De Gaulle, el general disidente, era su símbolo. Otros veían en el armisticio solo una tregua para reponer fuerzas y prepararse de nuevo a la lucha. A su juicio, el mariscal Pétain conllevaba hábilmente la dominación alemana, limitando sus pretensiones de absorción total, en espera del momento oportuno. Pero había de ser el propio mariscal quien lo determinase, y si un día Francia se revolvía contra los invasores, sería bajo el caudillaje del anciano defensor de Verdún.

En el ejército francés del África del norte había sido más dolorosa la aceptación del armisticio, que le daba por vencido antes de combatir; un juramento solemne de fidelidad le ligaba al viejo mariscal. A su frente se hallaba desde octubre de 1940, como alto comisario para toda el África, el general Weygand, antialemán sin rebozo, pero soldado disciplinado y subordinado leal de su antiguo

jefe. Para Roosevelt, la posibilidad de un renacimiento militar francés radicaba únicamente en el África francesa, que ofrecía un espacio libre de alemanes, puertos, recursos, fuerzas y una ventajosa posición en el Mediterráneo, que podría utilizarse como cabeza de puente para operaciones posteriores contra Italia y la propia Francia. De volver la vencida República a la guerra, sería desde África como punto de partida, y Weygand podía ser también, por su capacidad y prestigio, el hombre adecuado si Vichy daba la orden, o en último caso, si se lograba vencer sus escrúpulos de conciencia para una acción independiente. Weygand era para la Secretaría de Estado de Washington una sólida realidad, y De Gaulle, tan solo un ideal en el aire.

De aquí data la constante fricción entre el presidente norteamericano y el general de la resistencia a ultranza, que tendría múltiples manifestaciones, algunas demasiado ruidosas, hasta la muerte de Roosevelt. Justamente la política norteamericana con Francia consistía en prevenir al mariscal Pétain contra las constantes concesiones de Laval a los alemanes, que significaban ya una verdadera colaboración militar y una absorción completa, a fin de que Francia conservase todavía un margen de libre acción con vista a los futuros acontecimientos.

Recién llegado a África, el general Weygand giró una serie de visitas –«visitas pastorales» las llamó el señor De Rosse, jefe de su casa civil– para explicar a los oficiales del ejército la razones militares que obligaron al armisticio. Pero «la guerra no se ha acabado –agregaba–, y en consecuencia, es precisa una disciplina total, una obediencia absoluta; entretanto no renunciéis a vuestros odios ni a vuestras simpatías». Su posición antialemana quedaba perfectamente definida, así como su esperanza de reanudar algún día la lucha, a condición de que fuera por el mandato y bajo las órdenes del mariscal Pétain. Nada más aborrecible para Weygand que la indisciplina y rebeldía del general De Gaulle. Su política inmediata consistiría en mantener la unidad del Imperio francés en África; desarrollar su economía y su fuerza militar, a fin de disponer de una potente reserva para futuras actitudes. La primera condición

era no dar el menor pretexto, mediante la fidelidad a Vichy, para una invasión alemana del África del norte. Conocían los alemanes los sentimientos de Weygand, pero sabían también que nunca quebrantaría las órdenes recibidas del mariscal. Con el gobierno de Vichy en la mano tenían sujeto a Weygand.

El grupo Dubreuil

Alrededor del general, algunos hombres civiles y militares intentaban atraerle a la idea de volver a la lucha junto a la antigua aliada Inglaterra; pero Weygand, sin condenar la actitud de sus amigos, tampoco se mostraba dispuesto a encabezar un movimiento de rebelión. Este pequeño grupo había iniciado sus conversaciones en noviembre de 1940. Constituíanlo seis personas: cuatro paisanos y dos militares. Ninguno ejercía funciones oficiales importantes ni se había destacado como político militante.

La principal figura del grupo era un industrial multimillonario, el señor Lemaigre Dubreuil, que había servido durante la campaña de Francia, como oficial de la reserva, en el Estado Mayor de Weygand; primer accionista del diario *Le Jour*, cuyos negocios en Francia y Marruecos le permitían viajar entre ambos territorios sin despertar el recelo de alemanes y colaboracionistas. Con él trabajaban en la conjura el monárquico señor Rigault, principal redactor de su periódico; el señor D'Astier de la Vigérie, también monárquico, y el diplomático señor de Saint-Herdouin, separado del servicio por el gobierno de Vichy. Los militares eran el capitán Beaufre, del gabinete militar del almirante Abriel, y el coronel Jousse, que más tarde sería comandante de la plaza de Argel. Las ideas políticas de los hombres civiles del grupo tendrían repercusiones desventajosas en los acontecimientos posteriores; pero aunque no constituyeran el único núcleo de la resistencia antialemana, era el que por su posición cerca de los lugares de mando mejor podría organizarla.

En toda el África francesa cundía el movimiento secreto. En Argel, Orán, Rabat, Fez, Casablanca, se constituían organizaciones

clandestinas, formadas por hombres de todos los credos religiosos y políticos, unidos por el odio al invasor de la patria. Estos grupos populares se orientaban resueltamente hacia De Gaulle e Inglaterra, con total desprecio del gobierno de Vichy. En cambio, los oficiales del Ejército y la Marina, sin ceder en su odio a Alemania, no olvidaban los ataques ingleses a Mazalquivir y Dakar; muchos procedían del Líbano y Siria, donde habían combatido contra las tropas británicas y los «franceses libres» del general De Gaulle. La tarea del señor Dubreuil y sus amigos era clara: coordinar las fuerzas populares y militares, superando sus diferencias mediante la orientación hacia los Estados Unidos.

Primeros contactos

El gobierno de Washington había seguido en buenas relaciones con Vichy. Roosevelt no desesperaba de que algún día Pétain se sacudiera los alemanes de encima; pero pensaba ante todo en el África francesa. En diciembre de 1940 había enviado como cónsul general y delegado directo suyo al consejero Murphy, hombre de su confianza y habilísimo diplomático. En su primera reunión con el general Weygand expuso Murphy la política de su país, todavía fuera de la guerra: asegurar la victoria inglesa y prestar al África francesa la ayuda moral y material de los Estados Unidos. En el acuerdo firmado (26 de febrero de 1941) quedaba consignada una condición importante: se concedían a los agentes consulares de los Estados Unidos la facultad de fiscalizar la distribución de los géneros y las exportaciones desde los puertos africanos, como garantía de que las mercancías norteamericanas enviadas para la población del África francesa no serían reexpedidas a Francia en beneficio de los alemanes. Esta condición permitiría un año después al personal consular de los Estados Unidos recorrer con toda libertad el país y entrar en relación con autoridades y particulares a la vista de los agentes de Vichy.

Ya en marzo de 1941, los elementos militares del grupo Dubreuil entregaron una relación del material que necesitaba el ejército de

África al teniente coronel norteamericano de la reserva Solberg, que, por sus negocios, pasaba largas temporadas en Marruecos. Esta petición quedó sin respuesta: los Estados Unidos no eran todavía beligerantes; pero puede suponerse que fue estudiada y guardada en los archivos del Estado Mayor norteamericano para mejor sazón. En mayo, el capitán Beaufre fue detenido, llevado a Francia y allí condenado a prisión. Entre sus papeles se había encontrado una clave para su correspondencia con el señor Dubreuil. Pero el grupo pudo seguir sus trabajos; la policía francesa de Marruecos y Argel cuidó de no extender y profundizar sus pesquisas. El señor Dubreuil pudo librarse del procesamiento gracias a la estratagema del inspector Achiary, degaullista encubierto, que días antes había pedido al ministro del Interior de Vichy informes sobre «un tal Lemaigre Dubreuil», que por sus extrañas actividades parecía un agente al servicio de los alemanes. En realidad, a Darlan, jefe del gobierno de Vichy por aquellas fechas, únicamente le interesaba complicar a Weygand para justificar su relevo.

Negativas de Weygand

Varias veces se había opuesto el general a las pretensiones alemanas en África: creación de consulados alemanes en los principales puertos, entrega de las bases de Dakar y Bizerta; pero siempre el temor a una disidencia del África francesa bajo su mando había detenido al gobierno de Vichy. La conducta precavida de Weigand eliminaba todo pretexto. No pudo, sin embargo, evitar la instalación de las comisiones italo-alemanas de armisticio en África, que, a su juicio, constituía una flagrante violación del tratado. Negábales todo derecho a fiscalizar la fuerza militar francesa en África, y en consecuencia, consideraba legítima la ocultación de las armas, material de guerra y depósitos de carburantes. En cuanto caía la noche, por todas las carreteras del África francesa comenzaban a correr los camiones. En las granjas, en sótanos y cuevas, en los garajes, en estercoleros y pajares, quedaban escondidos los fusiles, las ametralladoras, las piezas de artillería, las municiones: una reserva de fuerza para el mariscal Pétain, porque Weygand seguía

con toda lealtad a su antiguo jefe. Cuando el cónsul Murphy, ya en contacto con el grupo Dubreuil, le presenta una propuesta concreta de ayuda militar, se limita a contestar: «Nada tengo que decir; pero si América quiere enviar material o proyecta una operación, debe avisarme previamente».

La enigmática respuesta tanto podía significar que prestaría su concurso si la ayuda prometida era suficiente, como que deseaba estar enterado para avisar al mariscal. Pero la posición de Weygand ya se había hecho insostenible por sus constantes protestas contra las repetidas concesiones de Vichy a los alemanes. El señor Dubreuil, muy en contacto con las personalidades del gobierno de Vichy, se enteró en uno de sus viajes a la metrópoli de que Weygand sería llamado para obligarle a la dimisión, y corrió a prevenir al general, para explotar su cólera en beneficio de sus planes, o al menos evitar su dimisión, que pondría al África del norte en manos de otro jefe más complaciente para los alemanes. La respuesta de Weygand fue firme y lacónica: «Soy un soldado y obedezco».

A las reflexiones de Dubreuil sobre una disciplina más alta, inspirada en el amor a la patria, contesta: «Yo fui quien pidió el armisticio y yo lo firmé. No puedo ser también quien lo viole. Repugnaría a mi conciencia que se me pudiera llamar rebelde o disidente».

Peticiones sin respuesta

El 22 de noviembre de 1941 dimitía. Quedaba definitivamente descartado como jefe posible del movimiento. Entonces el grupo Dubreuil entra en relaciones con los principales degaullistas, y en una reunión conjunta se redacta una segunda lista del material necesario para poner en pie de guerra dos divisiones blindadas y seis motorizadas. Se pedían además técnicos para la instrucción de las fuerzas francesas en el manejo de las armas modernas y 300 aviones con sus tripulaciones completas. Estas fuerzas se destinarían exclusivamente «a oponerse con las armas en la mano a nuevas violaciones de los términos del armisticio, impedir la invasión

alemana del África del norte, y proteger un desembarco aliado si este se realizase». Esta nota, entregada en diciembre de 1941 al cónsul Murphy, quedaría también sin respuesta. Aun dimitido Weygand, los americanos, convencidos ya de su próxima entrada en la guerra, seguían insistiendo sobre él por medio de sus agentes en Francia. Su afán es encontrar un jefe prestigioso, y no desesperan todavía de convencer al obstinado general. Por el momento no ven otro más autorizado y responsable para dirigir la rebelión, que prefieren exclusivamente militar, sin los desórdenes propios de una insurrección popular.

Una tercera nota entregada en febrero de 1942 corre igual suerte: los Estados Unidos pasaban entonces por su peor época en el Pacífico. Los grupos degaullistas de África inclinan entonces al señor Dubreuil y a sus amigos a ponerse en contacto con Londres por conducto de dos agentes del *Intelligence Service* recién llegados a Marruecos. Al mismo tiempo demandan del cónsul Murphy una respuesta concreta antes del 20 de mayo; pasada esa fecha, se consideraría fracasado el intento de colaboración franco-americana.

Giraud

A principios de mayo se agrava la situación de los conjurados. Las consecuencias de la dimisión de Weygand comienzan a desarrollarse. Un ministro de Vichy, Pucheu, llega a Marruecos con órdenes de Laval, ya presidente del Consejo, para expurgar el ejército y la burocracia civil de todos los elementos anticolaboracionistas y aliadófilos. Centenares de funcionarios quedan separados de sus cargos; se organizan los grupos militares de la Legión y del Partido Popular Francés; Vichy extiende en un solo día 500 pasaportes para agentes de la Gestapo. La ocupación de Madagascar por fuerzas degaullistas y británicas podía servir de pretexto a la invasión alemana del norte de África para evitar un golpe parecido. De otro lado, los combates de franceses contra franceses en aquellas islas reavivaban el nunca apagado encono de los oficiales del ejército contra Londres y De Gaulle. Por estas razones, la solución volvía

a ser los Estados Unidos. A los nuevos requerimientos del señor Dubreuil contesta el cónsul Murphy una vez más: «Es preciso encontrar el hombre que asuma la responsabilidad de la operación y ofrezca garantías que puedan inspirar plena confianza a mi gobierno».

Justamente en aquellos días llega la noticia de haberse evadido el general Giraud, prisionero en Alemania. El señor Dubreuil toma el avión y logra reunirse con el general en Lyon el 19 de mayo. La imaginación del general Giraud, en sus cavilaciones fantásticas durante el cautiverio, ha forjado un plan grandioso de resistencia europea, que comprende la entrada en guerra de los cien mil hombres del ejército metropolitano de armisticio; la insurrección general de la zona ocupada francesa; un desembarco americano en el norte de África; el levantamiento popular de Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Bélgica y Holanda. Fecha, la primavera de 1943, cuando ya el ejército alemán haya sido quebrantado por la ofensiva invernal de los rusos. El Sr. Dubreuil, hombre realista y práctico, queda anonadado ante la magnitud del proyecto soñado por el general. En vano trata de reducir sus ambiciones al único capítulo hacedero, y ya más trabajado, de su vasto plan: el desembarco americano. Lo único que consigue es que Giraud acepte la jefatura de la operación, siempre que no implique su partida inmediata para el norte de África. El general no renuncia a su magnífico plan y quiere quedarse en Francia.

Se ultima la operación

Ya el señor Dubreuil en Argel, reaparece en Marruecos el teniente coronel Solberg. En Londres se había enterado de las relaciones establecidas por el grupo organizador con los ingleses y se había apresurado a informar a su gobierno. Ahora Roosevelt le enviaba como su delegado especial para concertar la operación junto con el cónsul Murphy, siempre que se encuentre el hombre responsable y capaz. En esta cuestión ya no había dificultad: el señor Dubreuil comunicó la aceptación del general Giraud. El 15 de junio terminan

en Argel las conversaciones técnicas entre los militares del grupo y los delegados norteamericanos. Entre las conclusiones acordadas figuran el carácter puramente franco-americano de la operación, con exclusión de ingleses y degaullistas, y el compromiso por parte de los americanos de no entenderse más que con el grupo Dubreuil. El coronel Solberg parte para Washington, portador de los acuerdos; pero nada más se sabe de él. Ya a fines de julio, el coronel Eddie, agregado militar del consulado general de Estados Unidos en Tánger, disipa la justificada inquietud de los conjurados: el gobierno americano estudia y prepara la operación. Sin más noticias, el 10 de agosto el cónsul Murphy sale para Washington. Dos días después el coronel Eddie anuncia desde Gibraltar, donde está en contacto con el Estado Mayor aliado, que «las cosas marchan bien», y el cónsul norteamericano en Argel comunica que «la fecha se aproxima». El 11 de octubre regresa Murphy. «Traigo –dice al señor Dubreuil en el aeródromo– más de lo que ustedes esperaban. Está preparada la intervención de quinientos mil hombres. Dos mil aviones y un centenar de barcos de guerra, acorazados, cruceros, portaaviones, apoyarán la operación».

Las conversaciones posteriores terminan pronto en un acuerdo completo. Los puntos más discutidos son los que se refieren a la plena soberanía francesa, tenazmente defendida por los representantes del grupo, que no se dan por satisfechos hasta que el cónsul Murphy hace la siguiente declaración en nombre de su país: «Los Estados Unidos están dispuestos una vez más a verter la sangre de sus hijos por la liberación de Francia y a restaurar a Francia en su plena independencia, en toda su grandeza y en toda su extensión de los territorios que poseía antes de la guerra en Europa y ultramar, y a restablecer y reconocer la total soberanía francesa en ellos y considerar la nación francesa como una aliada».

No quedaba ya más que ultimar los detalles de la operación entre los representantes del general en jefe americano en el Mediterráneo y los militares franceses representantes del general Giraud. La conferencia se celebra en la noche del 22 de octubre en una granja solitaria de Cherchell. Los americanos transportados hasta cerca de la costa en un submarino, y luego en botes de lona a la playa, son

el general Clark, jefe del Estado Mayor de Eisenhower; el general Lemnitzer, el coronel Holmes y dos comandantes americanos técnicos de Marina y Aviación. Los franceses son el general Mast, nombrado por Giraud su representante en África; el coronel Jousse, jefe de su Estado Mayor; el comandante Barjot, por la Marina, y el comandante D'Artois, por la Aviación. También están presentes el cónsul Murphy y algunas otras personas americanas y francesas. Los acuerdos, rápidamente establecidos, se referían a las fuerzas necesarias para realizar la operación, consignas, claves, disposiciones para mejor garantía del éxito, puntos probables y fecha aproximada del desembarque «en el plazo de un mes». El general Giraud debería estar en África en el momento de la operación –un submarino le trasladaría–, para tomar el mando interaliado, a reserva de su aceptación por el general Eisenhower. A última hora, la intervención de un comisario de policía, avisado por un indígena, obligó a los militares americanos a ocultarse en la bodega de la casa, mientras los demás fingían un jolgorio para hombres solos en honor del cónsul Murphy. El embarque de los americanos fue difícil por el estado del mar, que volcó los botes.

El señor Dubreuil partió al día siguiente, en avión, para Francia. El general Giraud se resistía a abandonar su magno plan de levantamiento antialemán en toda la Europa ocupada; no aceptaba tampoco la reserva de someter a la aprobación del general Eisenhower su nombramiento de general en jefe de las fuerzas interaliadas, que a su juicio le correspondía sin discusión.

Cuando el señor Dubreuil regresa a Argel, el 31 de octubre, el grupo recibe consternado el aviso de que ha sido señalada la noche del 7 de noviembre para el desembarco. No quedaba tiempo para prevenir, sin hacer uso del teléfono y del telégrafo, a los agentes de una organización que cubría dos mil kilómetros. Acaso tampoco lo hubiera para vencer la obstinación del general Giraud y trasladarlo a territorio africano. Sin su presencia, era probable la resistencia armada de las fuerzas francesas, y seguramente el general montaría en cólera al saber que la fecha del desembarco había sido señalada por decisión unilateral, sin previo acuerdo con él. Fue lo que ocurrió

cuando el 3 de noviembre, el azacaneado señor Dubreuil le habló en Marsella, después de fracasada su gestión con los americanos para detener el convoy, que ya había salido de los puertos. En realidad, el mando interaliado ya había prescindido del general Giraud, y acaso también de la ayuda francesa tan difícil y complicada.

Giraud se aferraba todavía a una doble operación en Francia y África. Al fin, el señor Dubreuil logra convencerle: el general Giraud embarca en un submarino, pero quiere pasar antes por Gibraltar, a fin de recabar del general Eisenhower la jefatura de todas las fuerzas interaliadas. Es preciso enviar un avión, que toma al general en alta mar y le conduce a la plaza inglesa, donde Giraud se enzarza en una interminable y tormentosa discusión con Eisenhower y Clark.

Giraud no llega el día fijado al aeródromo de Bilda (Argel), y los conjurados saben que el convoy avanza inexorable como una fatalidad. No hay modo de parar la formidable máquina de guerra una vez puesta en marcha. Dubreuil ha llevado de Marsella el texto de la primera proclama de Giraud. Pero, ¿se logrará evitar la lucha entre franceses? Las fuerzas de África tendrían que decidirse entre cumplir su juramento de fidelidad al mariscal Pétain o quebrantarlo en nombre de una disciplina menos formalista. Ni los oficiales ni los soldados habían abandonado sus simpatías y sus odios, como recomendó Weygand; pero solamente la autoridad de un jefe prestigioso como Giraud podría acallar los últimos escrúpulos de conciencia.

El desembarco

A última hora de la tarde del día 7, el general Mast y el coronel Jousse, que ejercían mando en Argel, ponen en movimiento los grupos de voluntarios de plaza, fingiendo unos ejercicios de defensa. A las doce de la noche estos grupos habían ocupado Correos, Telégrafos, Teléfonos, la Prefectura, el Cuartel General, y aislado en sus casas y residencias a los generales, almirantes y altos funcionarios, para impedir su comunicación con las fuerzas y servicios bajo su mando hasta que fuese leída la proclama de Giraud. No se sabía la hora del

desembarco ni los sitios escogidos. La operación había sufrido un retraso y todo era confusión. De pronto, las radios aliadas pronuncian la frase convenida: *Whisky and soda*, repetida a intervalos regulares. Pero un almirante, al que se ha olvidado, receloso de las ocupaciones de Correos y Telégrafos, da la señal de alerta por la sirena del Almirantazgo. Un regimiento de espahís comienza a actuar contra los grupos que retienen los centros de comunicaciones; la defensa antiaérea dispara a los aviones que vuelan sobre la ciudad; las baterías del arsenal obligan a retirarse a un contratorpedero inglés que ha desembarcado un comando en el puerto. A las seis de la mañana entran en Argel los primeros destacamentos norteamericanos, guiados por franceses que han salido a la ventura en su busca. ¿Eran simples comandos o la avanzada de las considerables fuerzas prometidas? En el primer caso, al unírseles los franceses, ¿no se daría a los alemanes el deseado pretexto para invadir el África del norte? Esta era la pregunta que en el momento decisivo se hacían todavía los vacilantes franceses. La proclama de Giraud apenas hizo efecto, porque no tardó en saberse que el general no estaba en África. Había pasado la confusión producida por las órdenes del general Mast para que no se disparase contra los americanos, «porque vienen a impedir un desembarque alemán». En Argel y Orán, las fuerzas regulares y las organizaciones colaboracionistas atacaban a los grupos civiles que ocupaban los puntos vitales, y aunque a la caída de la tarde los americanos dominaban los puntos estratégicos, el ejército, rehecho de la sorpresa, no se decidía a abandonar la resistencia. En Marruecos, donde no había podido completarse la organización de última hora, la reacción del Ejército y la Marina fue violenta, y la aviación y la escuadra norteamericanas tuvieron que emplearse a fondo desde el primer momento, mientras que las tropas desembarcadas libraban duros combates. La situación quedó resuelta, cuando la lucha se endurecía, del modo más inesperado y paradójico que cabe imaginar.

Interviene Darlan

El día 5 de noviembre había llegado a Argel el almirante Darlan, que después de abandonar la jefatura del gobierno de Vichy, había sido

nombrado jefe de todas las fuerzas francesas de tierra, mar y aire. Le había llamado el almirante Fernard para que acudiera al lado de su hijo Alain Darlan, gravemente enfermo de parálisis infantil en un hospital militar de Argel. Hay quien supone que el almirante Fernard, conocedor del pensamiento íntimo de la adaptabilidad política de su amigo, le llamaba también para ayudar a resolver el conflicto de conciencia en que se debatían los jefes y oficiales del ejército.

A las doce de la noche del 7, el cónsul Murphy llamaba a la puerta del general Juin, jefe de las fuerzas africanas. Después de anunciarle el desembarco leyole una carta del presidente Roosevelt afirmando que las tropas norteamericanas se presentaban como amigas para ayudar a Francia, que consideraban como un país aliado. El general Juin contestó: «Estoy dispuesto a colaborar con los soldados americanos; pero en este momento no soy su jefe. En Argel se encuentra desde hace dos días el almirante Darlan, que es el jefe de todas las fuerzas francesas metropolitanas y ultramarinas. Debe usted hablar con él. Vive aquí al lado y podemos avisarle».

Después de varias entrevistas con Murphy, el almirante de Vichy daba a las fuerzas francesas la orden de alto el fuego. El conflicto de conciencia quedaba resuelto desde el momento en que el representante más autorizado de Pétain decidía el cese de la lucha. Así, por la ausencia de Giraud, que no llegó hasta el 9 de noviembre a las dos y media de la tarde; por la falta de organización de los grupos comprometidos, cuyo auxilio se redujo a la confusión primera producida entre las fuerzas fieles a Pétain, la empresa tomaba un carácter puramente angloamericano. Y como la mayor ayuda recibida no fue la prestada por el general anticolaboracionista, avisado y comprometido, sino del almirante «pétainista», llegado casualmente a Argel, que logró unir rápidamente el África del norte a la causa aliada, evitar bajas y acelerar la ocupación, Darlan fue nombrado por el mando aliado Alto Comisario del África del norte, y Giraud quedó bajo su autoridad como jefe de las fuerzas francesas exclusivamente.

De Gaulle

Hasta el día 26 de diciembre, dos días después del asesinato de Darlan, no asumió Giraud la Alta Comisaría. Aunque Giraud carecía de capacidad política y no garantizaba la obediencia de los jefes franceses, los norteamericanos le sostuvieron durante algún tiempo contra el favorito de Londres, general De Gaulle. Nunca había sido este santo de su devoción. Como recuerda Dexter Perkins, los «franceses libres» habían dado un golpe de Estado en las colonias francesas de San Pedro y Miguelón, cerca de Terranova, a pesar de la viva protesta de los Estados Unidos. «Era, junto con otros, un síntoma de que De Gaulle representaba una especie de nacionalismo francés intransigente», aparte de ser hombre de difícil trato: arisco, espinoso; malhumorado y, sobre todo, suspicaz, por miedo a ser engañado o recelo de verse suplantado; «el hombre que siempre dice *no*», como le ha llamado un periodista inglés. Dice *no* a todo por primera providencia y precaución: *no* dijo a Churchill en muchas ocasiones, y después diría *no* a Roosevelt en la Conferencia de Casablanca; *no* a Darlan y Giraud cuando Stalin le urgía a reconocer al Comité polaco de Lublín; *no* a la invitación de Roosevelt para verle en Argel; *no* a «los tres» cuando le invitaron a convocar con ellos la Conferencia de San Francisco; *no* a los acuerdos de Yalta y de Dumbarton Oaks; *no* a las proposiciones para un tratado franco-inglés, si antes no había acuerdo sobre el futuro de Renania. Fuerza es reconocer que con su negativa constante ha dado a Francia una fuerte posición de independencia, inconcebible para un país derrotado.

Al fin los norteamericanos hubieron de admitir que De Gaulle, antes un ideal en el aire, era «la realidad», y en noviembre de 1943 pasaba a asumir la más alta autoridad francesa, y Giraud era desplazado hasta su completa eliminación.

Cae Mussolini y capitula Italia

Desde la orden de Darlan la empresa anglo-americana en el norte de África no encontró tropiezos hasta alcanzar la región costera

de Túnez y Bizerta, aceleradamente ocupada por los alemanes, que en Francia, temerosos de otra defección a lo Darlan, se habían apresurado a invadir la zona libre. El 27 de noviembre la flota francesa, reiteradamente invitada por Eisenhower a unirse a las escuadras aliadas, perecía, hundida por sus propias tripulaciones, en la bahía de Tolón, ya cercada por las tropas alemanas.

Acosado el ejército italo-alemán de África entre las fuerzas británicas y norteamericanas, se retira a Túnez y Bizerta, donde es apresado casi totalmente con su general Von Arnim. El 12 de mayo de 1943 el Alto Mando aliado da por conclusa la campaña de África con la expulsión completa de las fuerzas del Eje. Seguiría en junio la rendición de todas las bases italianas en el Mediterráneo Central: Pantelaria, Lampedusa, Linosa. El 10 de julio fuerzas norteamericanas, inglesas y canadienses desembarcan al sur de Sicilia. A raíz de la captura de Palermo, capital de Sicilia, y del primer gran bombardeo aéreo sobre la capital italiana, la radio de Roma anunciaba la sustitución del ministro Mussolini por el mariscal Badoglio (25 de julio de 1943). El régimen fascista caía al primer empellón.

El 8 de septiembre capitulaba Italia. Era la primera gran derrota militar y política del Eje. Sumner Welles, en su viaje de 1940, había visto claramente el punto blando del «pacto de hierro». La empresa angloamericana, pero de invención, ejecución y responsabilidad americanas, demostraba que Roosevelt había apuntado certeramente dos años antes al África francesa.

XXXII. HACIA LA VICTORIA EN EUROPA

La incógnita rusa

1943 es el año de las conferencias políticas y militares entre las grandes potencias de las Naciones Unidas. Las operaciones bélicas de los ejércitos angloamericanos y rusos se habían desarrollado hasta entonces sin un plan conjunto. La invasión de África repercutía favorablemente en la batalla de Rusia; pero Moscú se negaba a reconocer que aquel frente fuese el segundo frente prometido. Churchill le llamaría después, ya transigente con tal criterio, que rebajaba el gran esfuerzo angloamericano, «el tercer frente», dejando en claro el «segundo», bajo un gran signo interrogante. Pero al mismo tiempo comenzaban a surgir problemas políticos inmediatos y a dibujarse otros en el horizonte, conforme avanzaban las tropas soviéticas sobre las fronteras de los países ocupados por Alemania. También llegaba el momento de asentar las primeras bases de la futura organización internacional para el mantenimiento de la paz, y el primer paso tenía que ser una conversación entre los conductores de las grandes potencias sobre su modo de entender la nueva Sociedad de Naciones. Roosevelt no podía ya proceder como Wilson, que lanzó a Europa casi dictatorialmente, como un decreto, sus catorce puntos, que eran la teoría completa de la Liga, con sus axiomas y corolarios fuertemente trabados en un sistema cerrado. Después, todas sus

negociaciones de Versalles consistieron en la lucha por conservar intacta la arquitectura del sistema, y conciliarlo, siempre de mala manera, con la realidad concreta y múltiple. Roosevelt, que no era un filósofo del Derecho, como su maestro, sino un político, no incurriría en el mismo error.

Había además un factor nuevo –más bien una incógnita– con el cual Wilson no había tenido que contar: Rusia. Entre Inglaterra y Estados Unidos existían concepciones comunes, coincidencias en los principios esenciales de la política, semejanzas de visión y analogías de temperamento. Rusia era un mundo distinto, otra concepción, otro régimen, otra diplomacia, y por lo que se pudo ver en sus tratos con Alemania, que le dieron la posesión de media Polonia y de los Estados bálticos, una nueva encarnación del imperialismo de Pedro I y de Catalina II bajo una forma exterior distinta. Encerrada hasta 1939 en sus fronteras, Alemania se había prestado a facilitarle la primera expansión, y no era probable que después de sus victorias sobre la gran potencia militar germánica se resignara a confinarse nuevamente en sus antiguos límites y renunciar a los sueños seculares que la conciencia de su fuerza había vuelto a despertar. Esa fuerza del comunismo ruso reside «más en lo que tiene de ruso que en lo que tiene de comunista». Dado el carácter peculiar y las tradiciones del pueblo ruso, acaso el comunismo ha sido el único procedimiento adecuado para poner en explotación los recursos naturales y humanos en Rusia, como lo fue el capitalismo liberal para los países occidentales. Cada tierra exige un cultivo diferente. Una vez conseguido el desarrollo económico e industrial mediante el comunismo, Rusia ha seguido la marcha de cualquiera otra nación robusta, la suya propia de expansión y conquista del tiempo de los zares, de suerte que los comunistas del mundo, creyéndose los agentes de una reforma social, no son en realidad más que los instrumentos de un viejo imperialismo resucitado. Había de ser, por tanto, uno de los afanes de Roosevelt y Churchill –que no conseguirían hasta noviembre de este año (1943)– romper el amurallado hermetismo del Kremlin.

Casablanca

Las discrepancias entre De Gaulle y Giraud en el norte de África no eran más que el anuncio de los problemas que habían de presentarse en los países liberados. En unos, como Italia, la caída del régimen totalitario; en otros, como Grecia y Francia, la destrucción por Alemania de los Estados anteriores a la guerra, el establecimiento de gobiernos colaboracionistas, y después, el derrumbamiento de estos dejaría a los pueblos sin ninguna estructura de orden, consignados a la anarquía y a la guerra civil. En los demás, como Yugoslavia y Polonia, e incluso Francia, surgiría además la discordia entre las fuerzas interiores de la resistencia –que por haber soportado las penalidades de la ocupación y llevado el peso de la lucha, consideraban conquistado su derecho indiscutible a la gobernación– y los gobiernos exilados o los patriotas que los habían seguido y alentado desde el exterior.

Los norteamericanos, desentendidos de los «embrollos europeos» a partir de la emigración de los Padres Peregrinos en el *Mayflower*, se veían al cabo de tres siglos complicados nuevamente en la enredada madeja de luchas civiles, litigios de fronteras, conflictos raciales y políticos del viejo mundo. La nueva experiencia sería desalentadora, porque los pueblos liberados no sentirían reparo en exhibir impúdicamente sus sucias mezquindades ante las mismas fuerzas a quienes debían su salvación y llegaban a ellos con un limpio ideal de paz y libertad. El espectáculo vergonzoso ofrecido por Europa a los enviados del nuevo mundo hubiese podido inducirlos a retirarse como de tierra infecta. No dejaron los aislacionistas de sacar argumentos para sus tesis, y si alguna vez Europa vive una época de paz feliz, lo deberá en gran parte a la generosa tenacidad de Roosevelt.

De estos problemas, el más fácil era el primero: la rivalidad de los generales Giraud y De Gaulle, que fue tema principal de la Conferencia de Casablanca, reunida el 14 de enero de 1943. A ella acudieron solamente Churchill y Roosevelt con un séquito predominantemente militar; Stalin no había podido asistir, «retenido

en Rusia –aclaró Churchill– por las exigencias de la campaña»; el dictador ruso iniciaba sus famosas ausencias de las entrevistas aliadas, que le sustraían a todo compromiso. Cuando llegó De Gaulle se encontró con que Giraud había presentado ya un proyecto sobre el futuro de Francia, que Roosevelt aprobaba y Churchill consentía. Aun en el caso de conformidad, bastaba el procedimiento para que De Gaulle lo rechazase. Entonces pronunció su primer *no*. Sin embargo, la mediación del presidente americano y el *premier* inglés logró un compromiso en forma de autoridad compartida, poco estable, como hemos visto. Para la propaganda se tiraron varias placas, en que ante la complacida sonrisa de Roosevelt y la mirada escéptica de Churchill, sus respectivos padrinos y tutores, aparecieron los dos generales franceses estrechándose fuertemente las manos con cara de jugadores de póker, según contó un periodista americano.

La rendición incondicional

Fue en la Conferencia de Casablanca donde por primera vez se adoptó la fórmula de la rendición incondicional, a propuesta del presidente Roosevelt. Tiempo después aludió al *unconditional surrender meeting* de la guerra civil norteamericana entre los generales Grant y Lee. El triunfante general norteño pedía la rendición incondicional, mientras que Lee, jefe de las vencidas tropas del sur, pretendía conservar las armas blancas y los caballos. «¡Rendición incondicional!», repetía Grant. Pero cuando Lee firmó, su rival le dijo: «Bueno. Ahora, Job, puedes llevarte las armas y los caballos».

Sin embargo, Roosevelt no premeditaba tanta benevolencia. En sus aclaraciones al comunicado oficial de la entrevista había dicho: «El mundo solo puede gozar la paz mediante la eliminación de las potencias alemana, italiana y japonesa. Solo con su rendición incondicional se pondrá fin a las hostilidades; pero esto no significa que tengamos la intención de destruir las poblaciones, sino que ha de cesar la política de esos países, basada en el temor, el odio

y la esclavitud». Nada, por tanto, más diferente a la política de Wilson en la guerra anterior. La lucha seguiría hasta la completa sumisión del enemigo. La victoria sería explotada hasta sus últimas consecuencias, no para apropiarse territorios y satisfacer ambiciones, sino para arrancar de raíz las causas de otra guerra semejante. Para que pudiera brillar la paz en el mundo era preciso que los poderes agresivos quedasen total y definitivamente vencidos con un género de derrota *histórica* ejemplar.

Hay tendencias o ideas que se desarrollan libremente durante cierto tiempo. Combatidas después, atraviesan un período alternativo de victorias y derrotas, hasta que, por fin, un día son vencidas históricamente. Quiere decirse que no vuelven a reaparecer más, y si por acaso resurgen bajo nuevas formas, son inexorablemente derrotadas, como si la historia hubiera pronunciado de una vez para siempre un fallo inalterable, que solo es preciso poner en movimiento para que vuelva a cumplirse. Vivió el feudalismo varios siglos; luchó después, con varia fortuna, contra el poder de los reyes; un día fue vencido, no en tal o cual sitio, sino *en la historia*, y desde entonces todos sus retoños han sido repetidamente cercenados. El antiguo régimen fue derrotado en 1792, y ha vuelto a serlo y lo será cuantas veces asome la cabeza. Estas derrotas históricas no se producen, sin embargo, más que cuando el caso particular asciende a categoría mediante su impregnación por la idea y su conversión en concepto general. En Inglaterra había habido una revolución en el siglo XVII; pero era la lucha particular de un cierto parlamento, el inglés, contra un cierto poder real, los Estuardos. La guerra de independencia de los Estados Unidos fue otra revolución; pero también de un pueblo determinado contra un poder determinado. En ninguna faltó una declaración de derechos ciudadanos; pero se referían a unos ciudadanos concretos: los ingleses y los norteamericanos. Hasta 1792 no se ha podido hablar de una lucha entre el antiguo régimen en general y el individuo libre en general. Guerras de agresión han existido siempre; pero aun las luchas napoleónicas fueron una pugna de naciones por motivos concretos: Francia, que pretendía extenderse por toda Europa y apoderarse de las bocas del Rin, e Inglaterra, que no consentía la hegemonía absoluta de una potencia

continental. Motivos semejantes pueden atribuirse a la primera y segunda guerra europea; pero ya para ellas se había elaborado el concepto de *guerra de agresión*, y justamente en ambas interviene una nación cuyos intereses inmediatos no están afectados por ninguno de esos motivos concretos. En ese sentido, nada importaba a los Estados Unidos la ocupación de Bélgica por Alemania o la desaparición de Polonia, que, en cambio, para Inglaterra eran alteraciones mortales de su posición en Europa. Lo que les importaba es que no venciera «el espíritu de agresión», germen de desorden y guerra permanentes para todo el mundo. Así, no se han batido contra Alemania e Italia –la guerra con el Japón es otra guerra– más que como encarnaciones de ese espíritu. En ningún discurso de Roosevelt se encontrará una alegación concreta contra las dos naciones europeas del Eje, sino solo, en general, contra la agresión y contra el régimen político de que deriva necesariamente. Por eso su intervención parecía inexplicable a muchos norteamericanos, y una intromisión injustificada a muchos europeos. Pero al elaborar los conceptos generales de «espíritu de agresión» y «lucha contra el espíritu de agresión», Roosevelt planteaba el conflicto en el elevado plano ideal de las definitivas decisiones históricas. La cláusula de rendición incondicional preparaba el nudo corredizo para el ahorcamiento final, que en 1918 había fallado.

La principal tarea de la Conferencia de Casablanca fue, sin embargo, la preparación de las futuras operaciones militares, ceñidas al desembarco en Sicilia y la invasión de Italia, como revelaba la presencia de todos los jefes supremos ingleses y americanos del Ejército, Marina y Aviación en el África del norte y Oriente Medio, y la ausencia de personalidades civiles y de representantes militares de Rusia, China y fuerzas angloamericanas en el Pacífico. La visita inmediata de Churchill a Ismet Inonu, presidente de Turquía, en Andana, hacía pensar en una invasión de los Balcanes por el ejército del Oriente Medio a través de Turquía, con la consiguiente participación de este país, al cual llegaba poco después una misión militar inglesa; pero acaso no fuera más que una finta para desparramar las fuerzas alemanas por toda la costa meridional de Europa.

Todavía las fuerzas angloamericanas combatían en el norte de África contra el ejército italo-alemán; solo cuando se terminara su expulsión podría acometerse el salto a Europa. Después de la conferencia, Churchill y Roosevelt pasaron un día de descanso en Marrakech la Roja, la ciudad africana al borde del Sahara, «donde ha ido a expandirse –como dicen los hermanos Tharaud– lo más perfecto que ha producido la civilización andaluza en toda el África del norte»[79]; «lazo –como dice Sieburg– entre el islam urbano de España y el islam nómada del Sahara»; «conciliadora inigualable del mundo andaluz y el mundo sahariano»; confín del olivo y la palmera, donde el alminar de la Cotubia da una réplica ruda a la Giralda, angelizada por el alado Gabriel.

A su regreso a la patria Roosevelt se detuvo en Monrovia para hablar con el presidente de Liberia, Edwain J. Barclay, y al día siguiente se entrevistó con el presidente del Brasil, Getulio D. Vargas, a bordo de un destructor, cerca de Natal. Era la primera vez que un presidente de los Estados Unidos salía de su país en tiempo de guerra. Poco después visitaba México y las fuerzas norteamericanas concentradas en los campamentos de los estados del sur.

Polonia

Pero los problemas surgían al compás del desarrollo de la guerra. La cuestión de las futuras fronteras de Rusia; la insistencia de los franceses en el reconocimiento de su Comité Nacional de Liberación como verdadero gobierno de Francia, y la organización de la paz futura, todavía muy en esbozo, fueron sin duda los motivos de un viaje de Mr. Eden, secretario del Foreign Office, a Washington en el mes de marzo.

El 11 de abril se descubrían en la fosa de Katin los cadáveres de diez mil oficiales polacos que habían sido apresados por los rusos al ocupar la mitad de Polonia en 1939. El gobierno polaco exilado en

[79] Jérôme Tharaud, Jean Tharaud, *Cruelle Espagne*, Paris, Librairie Plon, 1937. (N. del Ed.)

Londres pedía a la Cruz Roja Internacional el envío de una comisión al lugar de las tumbas para esclarecer el hecho, y el 26 del mismo mes el gobierno soviético rompía sus relaciones con el gobierno polaco. Para Alemania, el descubrimiento del crimen había sido provechoso: dos gobiernos del bloque enemigo se separaban violentamente en plena guerra. Moscú, por su parte, encontraba en la natural actitud del gobierno polaco de Londres el pretexto para una hostilidad que se convertiría en el mayor litigio entre Rusia y sus aliados. La amenaza alemana contra la integridad territorial de Polonia había sido la causa de la guerra. Ahora Polonia correría el mismo peligro, pero por parte de Rusia, aliada de Inglaterra, que había garantizado aquella integridad; aliada de los Estados Unidos, aún más intransigentes a favor de una Polonia intacta; aliada de los mismos polacos, que solo de ella podían esperar su liberación.

¿No se estaría ante uno de esos problemas que carecen de solución? Al menos, la similitud de trayectoria recorrida repetidamente por Polonia desde la independencia a la invasión y el reparto por sus vecinos, nos lo hace sospechar. Polonia ha vivido su historia varias veces. Las situaciones en que la hemos visto se encuentran reiteradas en el mismo orden a lo largo de los siglos pasados. «Barrera entre el este y el oeste de Europa, Polonia, sin límites naturales en que apoyar su defensa, siempre invitó a que la asaltasen los pueblos afanosos de extenderse en ambas direcciones. Los proyectos de desmembración de su territorio –realizados, por fin, a últimos del siglo XVIII– son tan antiguos como su existencia, y la entrada y el tránsito de tropas extranjeras, por su suelo, como enemigas o como aliadas, frecuentísimos, y siempre con daño del pueblo polaco, porque aun en los casos en que se presentaban como libertadoras o protectoras, terminaron por exigir plazas, trozos del suelo nacional o ejercer un prolongado y omnipotente influjo sobre el gobierno del país»[80].

Por su parte, este pueblo tan celoso de su independencia y fiero defensor de su suelo, vivía dividido en bandos, cada uno de los

[80] Véase mi prólogo a *Estampas de la historia de Polonia*, de C. de Rulhière, «Colección Cisneros», Editorial Atlas.

cuales solía apoyarse en una potencia extranjera. Si un partido poco numeroso eligió rey a Augusto II, defendido por un ejército sajón, los descontentos acudieron a Carlos XII de Suecia, que con el peso de sus armas forzó la elección de Estanislao, y Polonia fue el teatro de la guerra entre ambos ejércitos. Otras veces se recurría a Rusia, a Austria, incluso a la lejana Francia. Y así, bien por propio impulso, bien alentadas desde dentro, las tropas rusas entraban en Polonia, permanecían allí largo tiempo y perseguían sin merced al bando contrario. Para proteger al propio; «para sofocar –dice Rulhière– los desórdenes en todas las provincias y ahogar hasta el menor germen de rebelión, ejercían las más horribles crueldades contra todos los confederados que habían tenido la desgracia de caer en sus manos. Todas las capitulaciones se convirtieron en añagazas, y la fe dada a los prisioneros fue siempre traicionada. Un coronel ruso llamado Drewitz asesinaba a sangre fría a los nobles que se habían constituido prisioneros de guerra, hacía expirar a los jefes por medio de los suplicios inventados en Rusia para los esclavos...»[81].

Hubo casi siempre algo así como un gobierno de Londres y un Comité de Lublín; Poniatusky –Estanislao Augusto al tomar la corona– era respecto a Catalina II de Rusia lo que Bierut y sus colaboradores respecto a Stalin, mientras que los confederados, sus enemigos, recibían subsidios de Francia. Cuando las afrentas terminaron por producir la irritación patriótica general, las tres potencias vecinas: Austria, Rusia y Prusia, que se habían combatido varias veces diplomática y militarmente a causa de Polonia, consideraron más práctico ponerse de acuerdo y repartírsela. Así, Polonia, codiciada por sus vecinos y dividida en su interior, fiada en las rivalidades de las grandes potencias, ha sufrido invasiones de enemigos, ocupaciones no menos crueles de sus liberadores, reyes y gobiernos de hechura extranjera, siendo, sin embargo, apasionada por su independencia; bravía en la defensa de su libertad y siempre extremada en valor y patriotismo. ¿No se estaría, repetimos, ante

[81] Claude-Carloman Rulhière, *Histoire de l'anarchie de Pologne*, en *Oeuvres posthumes de Rulhière*, tome troisième, Paris, Ménard et Desenne Fils, 1819. Vela cita por la versión española publicada por Atlas, *Estampas de la historia de Polonia* (1944), y prologada por él mismo bajo el seudónimo Héctor del Valle. (N. del Ed.)

un problema semejante a los que los matemáticos presentan como modelos teóricos de problemas irresolubles, excepto en el caso de que sus poderosos vecinos queden simultáneamente postrados por grandes derrotas?

La Carta de la Estepa

Seguramente la cuestión ruso-polaca fue tratada durante la nueva visita de Churchill a Roosevelt (11 de mayo de 1943), puesto que también llegó a Washington el presidente de la República checoslovaca, Eduardo Benes, que podía servir de mediador. Pero el tema principal de las dilatadas conferencias fue, sin duda, la preparación del desembarco en Sicilia, que se realizó el 10 de julio. Las derrotas del Eje en África y Rusia demostraban que Alemania había perdido su capacidad de reacción y ataque. La inminente capitulación de Italia, después del éxito de Sicilia y la caída de Mussolini, obligó a nuevas entrevistas del presidente americano y el *premier* inglés iniciadas en Quebec (Canadá) el 11 de agosto y continuadas en Washington. En el comunicado oficial se anunciaba que se había «revisado el plan de las operaciones en todas las partes del mundo, para ponerlo a la altura de los nuevos acontecimientos»; pero se agregaba que los reunidos deseaban que antes de fin de año se celebrase una conferencia tripartita, con la participación personal de Stalin. Estas palabras revelaban la grande y única dificultad del bloque aliado: la inteligencia de las dos grandes potencias anglosajonas y atlánticas con el elemento completamente heterogéneo eslavo-asiático de la U.R.S.S. Con acierto había sido bautizada la declaración de los ideales anglo-norteamericanos con el título de Carta del Atlántico. Por ella corre el aire, es ancha y abierta como un mar que surcan buques de cien naciones; habla de tráfico, trato e intercambio entre hombres y países, y por tanto, de libertades y respetos, de colaboraciones y seguridades. No podía servir también para un Kremlin hosco, al que correspondía mejor la Carta de la Estepa, donde el viento nómada de las soledades empuja de pronto las hordas aisladas a guerras de rapiña.

Aun después de la rendición de Italia, la prensa soviética continuaba sus críticas de las «cómodas» operaciones que se habían reservado los anglo-norteamericanos. Los rusos habían liberado los dos tercios de su territorio ocupado; pero las enormes pérdidas sufridas en sus ofensivas y la devastación de su suelo requerían una ayuda más directa de sus aliados en forma de un segundo frente en la Europa occidental. Mientras pedía esta colaboración, no dejaba por eso la prensa soviética de anunciar que la U.R.S.S. obraría con absoluta independencia de sus aliados dentro de «la esfera de los intereses especiales de Rusia». Así lo hacía en Yugoslavia, donde apoyaba al guerrillero Tito contra Inglaterra, inclinada por entonces al general Milhailovich, al mismo tiempo que constituía en Moscú una Unión Patriótica Polaca, con mayoría comunista, destinada a rivalizar con el gobierno polaco reconocido por Londres y Washington. Era, pues, preciso provocar un franco examen de la situación y llegar a un acuerdo.

Reuniones en Moscú

En octubre de 1943 vuelan a Moscú el secretario del Foreign Office, Mr. Eden, y el secretario norteamericano de Estado, Mr. Cordell Hull. «Voy a Moscú –dijo el primero– con la determinación de hacer cuanto pueda para llegar a una inteligencia en todos los problemas que nos afectan, a fin de que podamos preparar de la manera mejor posible el gran acontecimiento del encuentro de Stalin, Roosevelt y Churchill. En los meses venideros habrá ocasión de que la U.R.S.S., los Estados Unidos y nosotros lleguemos a establecer un acuerdo duradero. Si lo conseguimos, los horrores de esta guerra no habrán sido estériles». ¿Podrían los dos enviados abrir el confinado Kremlin a los aires del Atlántico? Por lo menos consiguieron que Stalin, siempre retraído de todas las conversaciones interaliadas, accediese a la conferencia con el presidente y el *premier*. La de Moscú dio por fruto un comunicado en que los tres ministros de Negocios Extranjeros declaraban su completa coincidencia en los siguientes puntos: «Continuación de las hostilidades contra las potencias del Eje hasta su rendición incondicional; necesidad de asegurar una

rápida y ordenada transición de la guerra a la paz y establecer y mantener la paz y seguridad internacionales; actuación conjunta en todas las materias relativas a la organización y mantenimiento de la paz; reconocimiento del principio de igualdad de soberanía para todos los Estados amantes de la paz; renuncia a emplear al fin de las hostilidades fuerzas militares en los territorios de otros Estados, excepto para los propósitos considerados en la declaración y después de consulta común; cooperación de un acuerdo práctico para la regulación de los armamentos en la postguerra».

Acaso tuviera mayor importancia inmediata la declaración de los tres ministros sobre los asuntos de Italia: «Los tres gobiernos –decía– están de completo acuerdo en que la política aliada acerca de Italia debe ser basada en el principio fundamental de que el fascismo y sus malas influencias y derivaciones deben ser destruidos de raíz, y que se den al pueblo italiano todas las oportunidades para establecer instituciones gubernamentales fundadas en principios democráticos». En consecuencia, «es esencial que el gobierno italiano sea más democrático por la introducción de representantes de aquellos sectores del pueblo italiano que siempre se han opuesto al fascismo... Todos los elementos fascistas y profascistas deben ser separados de la Administración y de las instituciones y organización de carácter público. Los tres gobiernos serán consultados en esta materia a requerimiento de cualquiera de ellos». Al mismo tiempo se estableció un consejo consultivo para las cuestiones de Italia, formado por representantes de los tres gobiernos firmantes y del Comité Francés de Liberación, a los cuales podrían agregarse otros de Grecia y Yugoslavia.

El punto principal es que la Rusia soviética quedaba autorizada, con el mismo título que sus dos aliadas, a definir lo que es antifascismo y democracia en un país extraño a su esfera de intereses. No podría después negársele en las naciones que ocupase dentro de esa esfera. Nada más claro que las reflexiones de Walter Lippmann en su libro *U. S. War Aims*[82] sobre esta cuestión:

[82] Walter Lippmann, *U.S War Aims*, cit. (N. del Ed.)

«Las relaciones de la Unión Soviética con los Estados Unidos, y en general con todos los países europeos y americanos, están interferidas por profundas contradicciones que impiden una colaboración confiada. En primer lugar nos encontramos con el hecho de que el intercambio diplomático no se asienta sobre bases iguales y recíprocas. El gobierno soviético mantiene una cuarentena contra el libre intercambio con nosotros. La censura exterior solo nos permite conocer acerca de Rusia aquello que su gobierno considera conveniente. La censura interior solo permite al pueblo ruso conocer acerca de nosotros, incluso acerca de nuestros actos oficiales, lo que el gobierno soviético juzgue oportuno. En los Estados Unidos los ciudadanos pueden oponerse a la política de nuestro gobierno sobre Rusia, e incluso llegar a cambiar la Administración. Pero respecto a la política soviética con los Estados Unidos, el pueblo ruso no tiene apelación contra las decisiones de su gobierno... En asuntos extranjeros, el gobierno soviético puede usar secretos y sorpresas para maniobrar por caminos vedados a un gobierno democrático. Nuestras instituciones no pueden, sin destruirse a sí mismas, establecer una cuarentena semejante. A diferencia de la soviética, nuestra política solo puede ser elaborada después de deliberación y debate que ponen en autos a todo el mundo. La Unión Soviética no tolera la existencia de un partido de oposición, que puede ser gobierno un día; nosotros no solo reconocemos partidos de oposición como inherentes y necesarios a nuestro sistema constitucional, sino que toleramos incluso un partido, el comunista, que si alcanzase el poder aboliría, conforme al modelo soviético, todos los partidos oponentes, para establecer la norma totalitaria del sistema de partido único... En tanto la desigualdad subsista, no puede haber leal colaboración entre la Unión Soviética y el mundo occidental, sino solo un *modus vivendi*: solo compromisos, acuerdos especiales; solo una diplomacia de frenos y contrafrenos.

La Constitución soviética de 1936 es de carácter democrático y contiene una declaración de derechos ciudadanos; pero estas cláusulas democráticas jamás han sido efectivas en la Rusia soviética. Es inevitable que el mundo se pregunte si las nuevas declaraciones democráticas de la política soviética extranjera serán más efectivas... Desde que es nuestra aliada, la Unión Soviética ha ido declarando

una política extranjera basada en principios democráticos y no totalitarios. Las discrepancias surgidas sobre la aplicación de estos principios en casos concretos, principalmente respecto a Polonia, no serían tan dificultosas si no tuviéramos la profunda duda sobre si la Unión Soviética, que no ha puesto en práctica su propia Constitución liberal en su interior, se mantendrá fiel a esas declaraciones democráticas en el exterior... Estas declaraciones obligan a Rusia a apoyar las instituciones democráticas en el exterior y a oponerse a las instituciones totalitarias fuera de las fronteras legales de la Unión Soviética. Así, pues, la oposición formal públicamente confesada y suscrita es que aun en la Europa Oriental y los Balcanes, que caen dentro de la órbita estratégica rusa, la Unión Soviética no interferirá en los asuntos interiores de los Estados ni promoverá o apoyará partidos, facciones y propaganda comunistas...

Pero las declaraciones dicen también con palabras referentes a Italia, que la política soviética está basada sobre el principio fundamental de que el fascismo y todas sus malas influencias y derivaciones sean destruidos de raíz... La dificultad y el germen de discrepancias en el futuro estriba en llegar a un acuerdo sobre lo que es necesario hacer para destruir el fascismo. Medidas que Rusia considere necesarias para destruir el fascismo pueden ser interpretadas por los demás como medidas para promover el comunismo, y viceversa, medidas que los Estados no soviéticos puedan estimar como una defensa contra el comunismo, acaso fueran interpretadas en Rusia como un apoyo al fascismo».

Walter Lippmann, certero en sus predicciones, avanza otras profecías: «Sabemos que el peligro del bolchevismo induce a muchos hombres a hacerse fascistas, o al menos a tolerarlos, en el supuesto de que es el menor de los dos males, y sabemos también que el miedo al fascismo lleva a otros hombres hacia el comunismo... Es un círculo vicioso. Por interés vital del pueblo ruso tanto como por el propio, debemos romper este círculo vicioso. De otro modo, los rusos –combatiendo al fascismo tal como ellos lo definen– y los occidentales –combatiendo al comunismo según ellos lo definen– terminarán como enemigos mortales en una guerra mundial»[83].

[83] *Ibid*. (N. del Ed.)

La contradicción esencial entre Rusia y las democracias occidentales señalada por Lippmann no ha podido ser superada todavía. Pese a los repetidos acuerdos de colaboración completa, no se ha pasado de un *modus vivendi* dificultoso y frágil, en que de continuo han de ponerse en juego los recursos de la diplomacia antigua para amortiguar el choque de los intereses opuestos. Pero en 1943 confiaban Inglaterra y Estados Unidos en un acuerdo después de una franca explicación de criterios y propósitos.

Conferencias de El Cairo y Teherán

La Conferencia de las grandes potencias aliadas se dividió en dos: la primera en El Cairo, con la participación del mariscal chino Chang-Kai-Chek y sin Stalin. Otra en Teherán, con la participación de Stalin y sin Chang-Kai-Chek. El estado de paz entre Rusia y Japón impedía sentarse juntos para tratar asuntos de guerra al mariscal soviético y al chino. Justamente la Conferencia de El Cairo versaría exclusivamente sobre las operaciones del Pacífico. Las deliberaciones entre Roosevelt, Churchill y Chang-Kai-Chek y sus consejeros diplomáticos y militares duraron desde el 22 al 26 de noviembre. En ellas quedó fijada la suerte del Japón. «Los tres grandes aliados –decía la declaración– expresan su resolución de mantener una incesante y creciente presión contra sus brutales enemigos por tierra, mar y aire. Los tres grandes aliados luchan para contener y castigar la agresión del Japón, y no abrigan designio de ganancia o expansión territorial; su propósito es expulsar al Japón de todas las islas del Pacífico que ha ocupado desde el principio de la primera guerra mundial de 1914 y devolver a China todos los territorios que le ha arrebatado, tales como Manchuria, Formosa y Península de los Pescadores. Las tres potencias están asimismo determinadas a que Corea se convierta en un Estado libre e independiente. Los tres aliados, en armonía con las Naciones Unidas en guerra contra el Japón, perseverarán en todas las operaciones necesarias para conseguir la rendición incondicional del Japón».

La Conferencia de Teherán comenzó el 28 de noviembre. El último en llegar fue Roosevelt, que se apartó de la ruta directa para contemplar desde el cielo la ciudad santa de Jerusalén. Los rusos pretendían que los reunidos estudiasen exclusivamente los asuntos militares, en que necesitaban la colaboración de sus aliados, y en cambio se dejaran intactos los políticos, en que no estaban dispuestos a prestarla. El juego se repetiría en otras conferencias. Un periodista londinense decía después de una entrevista que los rusos ya sabían decir algunas frases en inglés, tales como «usted se ha comprometido a esto», «yo no me he comprometido a eso». Pero al fin, terminadas las conversaciones militares el último día de noviembre, al siguiente abordaron la totalidad de los problemas políticos: el trato a Alemania después de su derrota, la libertad del mar Báltico, el canal de Kiel, Polonia, Finlandia, el Mediterráneo, los Balcanes, la sustitución de los mandatos coloniales.

En torno a la mesa redonda colocada en el centro del salón principal de la embajada soviética sentáronse Churchill, con Eden a su lado; Roosevelt, junto a Hopkins, y Stalin, formando, con Molotov, la pareja rusa. «Los primeros ministros de Gran Bretaña y Rusia –ha contado el periodista norteamericano Forrest Davis– vestían uniformes militares; ambos habían respirado más de una vez el humo de las batallas como combatientes. En cambio Roosevelt, paisano contumaz, vestía un traje azul, sin chaleco, según su costumbre... En medio de las agudezas del intercambio de criterios, Mr. Roosevelt desplegó su conocido humor para los coloquios. La forma en que el presidente sostiene sus relaciones con las personalidades extranjeras no ha sido debidamente apreciada hasta ahora... Para comprenderla, no tenéis más que imaginaros a Wilson llamando David a Lloyd George o Jorge a Clemenceau. Esto lo ha hecho Roosevelt. Para él, Winston Churchill, la señora de Chang-Kai-Chek y Stalin son seres humanos antes que personajes históricos». En su correspondencia con Churchill aparece muchas veces un Uncle Joe (el Tío José): este es el dictador ruso. Como en Versalles Wilson tuvo que aplacar las violencias entre Clemenceau y Lloyd George, Roosevelt terció en Teherán para dulcificar los sarcasmos cruzados entre Stalin y Churchill. «El presidente –cuenta el citado periodista– mediaba

en todo momento, y deshizo la tensión cuantas veces se presentó, sugiriendo la manera de llegar a un compromiso entre el inglés y el ruso. Buena parte del tiempo la pasó como el tercer hombre en el *ring*, ayudando a la conferencia en los momentos más críticos. Habiendo proyectado que la reunión de los tres grandes debía terminar con una amistad estrecha entre los principales jefes aliados, se dedicó ante todo a conseguirlo».

De los tres reunidos, Roosevelt fue el más realista. Durante diez horas se discutieron con la mayor amplitud todas las cuestiones, se expusieron mil puntos de vista, se esbozaron diferentes soluciones y se pesaron sus pros y sus contras; pero en general, Roosevelt prefirió que no se tomase acuerdo anticipado ninguno, que probablemente no se podría adaptar después a la situación efectiva.

En este sentido fue más cauteloso que ninguno; pero no respecto a las personas, sino respecto a la realidad. «La importancia principal de la reunión, a su modo de ver, consistía en que los jefes aliados habían logrado reunirse. Esto era para él una garantía de acuerdos futuros, más valiosos que los acuerdos específicos que entonces se hubieran podido alcanzar... Exponiendo sus ideas con la mayor franqueza..., los tres grandes evitaron decir la palabra final sobre cualquiera de los problemas planteados, pero pudieren penetrar en los planes y pensamientos del otro y conocer las intenciones de cada uno de ellos». Así Roosevelt convertía una conferencia que parecía concertada para tomar acuerdos solemnes en una experiencia psicológica sumamente provechosa para las conversaciones futuras. Tanto o más que el conocimiento de los problemas le interesaba el conocimiento de las reacciones de los hombres ante los problemas, y en este caso del hombre Stalin. Le interesaba también otra cosa: conseguir la inclusión de la Unión Soviética en una gran sociedad mundial de paz, a fin de englobar el elemento heterogéneo entre la gran masa homogénea para que se asimilase al resto de los países, o, en caso contrario, sintiera su distanciamiento y la repulsa del mundo.

Dos acuerdos se alcanzaron en la Conferencia de Teherán: la decisión de crear un organismo permanente para el mantenimiento de la paz que eliminaba el reparto en zonas de influencia, tratado, y acaso convenido anteriormente, entre Churchill y Stalin y la creación de un segundo frente en el oeste de Europa antes del mes de julio.

Ambos acuerdos quedaron expresados en el comunicado oficial (1 de diciembre de 1943) con estas palabras: «Afirmamos nuestra resolución de que nuestros pueblos trabajen juntos tanto en la guerra como en la paz subsiguiente. En cuanto a la guerra, nuestros Estados Mayores han intervenido en nuestras reuniones y hemos concertado nuestros planes para la destrucción de las fuerzas alemanas, llegándose a completo acuerdo tanto en el modo como en el tiempo en que han de emprenderse las operaciones desde el este, oeste y sur; la completa inteligencia a que hemos llegado garantiza que la victoria será nuestra. En cuanto a la paz, estamos seguros de que nuestra concordia la hará duradera. Reconocemos plenamente la responsabilidad que pesa sobre nosotros y todas las Naciones Unidas en la tarea de lograr una paz basada sobre la buena voluntad de los pueblos del mundo, que aparte el terror de la guerra por varias generaciones. Con nuestros consejeros diplomáticos hemos examinado los problemas del porvenir. Aspiramos a la cooperación y participación activa de todas las naciones, grandes y pequeñas, cuyos pueblos están consagrados en cuerpo y alma, como nuestros propios pueblos, a eliminar la tiranía y esclavitud, la opresión e intolerancia. Todos serán bien recibidos, si se deciden a venir, en la familia mundial de las naciones democráticas. Ningún poder en la tierra puede impedir que destruyamos los ejércitos alemanes por tierra, sus submarinos en el mar y sus fábricas de guerra desde el aire. Nuestros ataques no cesarán e irán en aumento. Al terminar estas cordiales conferencias miramos confiados el día en que todos los pueblos del mundo puedan vivir libres de la tiranía y de acuerdo con sus peculiares deseos y su propia conciencia. Llegamos aquí con esperanza y resolución y nos separamos amigos de hecho en espíritu y en propósitos».

El desembarco en Normandía

Los meses siguientes fueron de preparación militar y presión diplomática. Los ataques aéreos sobre Alemania reducían la producción del material de guerra y de la gasolina sintética. Ahora ya no se trataba de espaciadas incursiones por ciento o doscientos bombarderos sobre algunos puntos del territorio enemigo, sino de una acción ininterrumpida por formaciones de quinientos, ochocientos, mil, dos mil aparatos, que lanzaban miles de toneladas de explosivos en bombas cada vez más pesadas y destructoras. La actividad de los submarinos alemanes decaía rápidamente a causa de los detectores aliados, la falta de carburante y la destrucción de bases y astilleros. Las tropas rusas se situaban en las fronteras de Letonia, Polonia y Rumanía. Al mismo tiempo se acentuaba la presión sobre Turquía, que a pesar de la entrevista de Ismet Inonu y Mnemenjoglu con Churchill y Roosevelt en El Cairo, al regreso de Teherán, seguía su política de difícil equilibrio. Consiguiose, sin embargo, con la dimisión de Mnemenjoglu, la suspensión de los envíos de cromo a Alemania. También obtuvieron los aliados medidas parecidas por parte de Suecia y España, y dirigieron un ultimátum a Bulgaria, Hungría, Rumanía y Finlandia para que se apartaran del Eje.

En Inglaterra y Estados Unidos se preparaba la gran operación en el mayor misterio. Ninguna posible contingencia, ningún pequeño detalle quedó olvidado en los planes. Prodigios de previsión e inventiva fueron realizados. Se construyó en Inglaterra una red de oleoductos para llevar el petróleo en una riada continua a los puertos de embarque. Se fabricaron puertos artificiales flotantes que pudieran ser transportados e instalados rápidamente en las costas francesas del canal. Se aprestaron millares de buques y lanchas de nuevo modelo para el desembarque. Los ejércitos –doscientas divisiones– estaban concentrados en la zona sur de Inglaterra, mientras los aviones aliados destruían los ferrocarriles, los puentes, las comunicaciones del enemigo y las fortalezas del famoso muro del Atlántico. No era posible la sorpresa. Alemania sabía que la hora se acercaba, y la propaganda angloamericana especuló con

esta certidumbre, desconcertando al adversario, no con la negativa del plan de desembarco, sino, por el contrario, con su afirmación rotunda. En el secreto militar quedaban únicamente la fecha y el sitio escogidos.

El 11 de mayo se reanudaba la ofensiva aliada en Italia por el octavo ejército británico y el quinto norteamericano, que siete días más tarde, roto el resistente frente alemán en Cassino, enlazan con la disputada cabeza de playa de Anzio. El 4 de junio caía en sus manos Roma, y el 6, en una formidable combinación de todas las armas de mar, tierra y aire, desembarcaban en las costas de Normandía doscientos mil hombres, transportados en cuatro mil barcos que escoltaban quince acorazados y centenares de cruceros y otras unidades de guerra, y protegían once mil aeroplanos. Gruesos destacamentos de paracaidistas y tropas aéreas tomaron tierra a la espalda de las fortificaciones costeras. A las veinticuatro horas las cabezas de playa estaban firmemente consolidadas. El «muro del Atlántico» había sido roto. Mientras las tropas inglesas y canadienses, al mando del general Montgomery, atraían hacia sí, en el sector de Caen, el grueso de las fuerzas blindadas enemigas, a su derecha, los norteamericanos del general Bradley cortaban la península del Cotentin y se apoderaban del puerto de Cherburgo. Después, soportando siempre Montgomery la tenaz resistencia y los fieros contraataques del ejército alemán, los norteamericanos se lanzaron audazmente hacia el sur, rompieron las líneas enemigas en Saint-Lô y penetraron en Bretaña.

Dos batallas del más diferente carácter se libraban al tiempo. En Normandía, por cada granja, por cada palmo de terreno, en lucha que solo podía seguirse con lupa sobre un mapa catastral. En cambio, más al sur, las columnas americanas blindadas corrían por Francia en todas direcciones, en avances diarios que podían seguirse en un mapa escolar. El tercer ejército americano, al mando del general Patton, se disparaba hacia París, amenazando rodear por el sur a todo el ejército alemán. Sin embargo, todavía el mariscal Rommel se empeñó más en su reducido espacio de Normandía con la intención de cortar el cuello de Avranches. No

hizo más que crearse a sí propio la bolsa de Falaise, donde dejó lo mejor de su material y de su ejército en una apurada retirada hacia el Sena, por la obstinación en sostener una guerra de posiciones en el norte mientras en el sur se desarrollaba una estrategia de grandes movimientos. Un nuevo desembarco angloamericano en la costa mediterránea de Francia (15 de agosto) completaba la operación. París era liberado el 25 de agosto; pocos días después, Bruselas. La cabalgata no se detuvo hasta el golpe audaz y desafortunado de Arnhem por una división británica aerotransportada, que hubiera abierto a las tropas aliadas las llanuras septentrionales de Westfalia.

Las armas secretas

En este apurado trance, Alemania empezó a delirar científicamente. Era el desvarío final correspondiente a un pueblo que alimenta una fe irracional, verdadera creencia mágica en el poder de la ciencia racional. Se apeló al milagro. Los investigadores auténticos, los «sabios» más extraños, los inventores delirantes de las buhardillas encontraron acogida. Lo prudente, comprobado y dominable fue pospuesto a lo fantástico, desorbitado, indomable. Se abandonó la construcción de aviones en beneficio de las armas secretas, desde el diminuto tanque automático –al que la exageración imaginativa del alemán daba el nombre gigantesco de *Goliath* y el inglés realista denominó «escarabajo explosivo»– hasta las bombas volantes y las grandes bombas cohetes, ingenios que, por ser los primeros de una nueva esfera inventiva, eran primitivos y rudimentarios, de gran poder destructor, pero de control incierto y sin eficacia para la batalla, que han de contribuir a que ante todo alemán se sienta siempre la misma impresión que «ante una granada encontrada en un campo de la cual no se sabe si es inofensiva o si va a estallar de un momento a otro», que, según escribió Sieburg en 1932, ya producían sus compatriotas después de la guerra anterior. El lanzamiento de cada una de estas armas iba acompañado de anuncios apocalípticos de fin de mundo.

Pero la lucha en Europa había quedado decidida en la batalla de Caen y Falaise. Si Alemania tenía reservas de fuerzas y material, allí las perdió. En la invasión de Francia, Inglaterra y Estados Unidos se habían repartido adecuadamente los papeles. Inglaterra tomó las duras tareas de resistencia y tenacidad, en las que, como viejo pueblo luchador, era veterano. En Caen combatió como en Waterloo. Y dejó las tareas de audacia e ímpetu agresivo a la fuerza desbordante del joven pueblo norteamericano. En el paso del Rin se repetiría la historia. Allí también, mientras las tropas norteamericanas se disparaban en largos y rápidos avances en el sector más septentrional, golpearía contra el yunque alemán el mariscal Montgomery, ese nuevo Wellington, que como el viejo soldado se enfrentó con Napoleón en los más diversos teatros de la guerra hasta derrotarle finalmente, ha combatido contra Hitler en África, en Sicilia e Italia, en Normandía, en Flandes y Alemania hasta su acabamiento. Esta asociación en los campos de batalla de la vieja y dura tenacidad con la joven audacia impulsiva, tal vez pueda servir de guía para las futuras colaboraciones entre Inglaterra y Estados Unidos.

XXXIII. PRÉSTAMO Y ARRIENDO, ARMA DE LA VICTORIA

La epopeya del esfuerzo

Sobre Europa desembocaba el torrente de hombres y material acumulados durante tres años largos de esfuerzo. Una historia de la guerra quedaría incompleta sin un capítulo dedicado a la gigantesca producción norteamericana de material de guerra y al desarrollo de las comunicaciones por virtud de aquella Ley de Préstamo y Arriendo, cuya iniciativa, invención y singular modalidad pertenecen por completo a Roosevelt. Gracias a ella desaparecieron para los aliados todos los problemas de aprovisionamiento y logística.

Los comunicados oficiales alemanes enumeraban puntualmente los aviones derribados, los tanques destruidos, los buques torpedeados... Era indiferente. Por cada aparato, carro o mercante inutilizados salían diez o veinte de las factorías norteamericanas. No había ya tampoco líneas demasiado largas de aprovisionamiento. Las 3.000 millas desde Estados Unidos a Inglaterra, las 4.500 a Murmansk, las 12.000 a los puertos del mar Rojo por el Cabo de Buena Esperanza, quedaban anuladas. Cuando se calculaba el tonelaje necesario para abastecer una sola división desembarcada, se obtenían cifras astronómicas, que hacían inverosímil cualquier operación en gran escala, y sin embargo, se desembarcaban y aprovisionaban inmensos ejércitos en los lugares más distanciados del globo: en el norte de

África e Italia, en el oeste de Europa, en el Pacífico. Las ofensivas apenas se interrumpían para dar lugar a nuevas acumulaciones de material. Todo se realizaba con superabundancia de medios. No existía lo imposible.

«Los futuros historiadores –ha dicho el senador norteamericano George– reconocerán que la fecha de la firma de la Ley de Préstamo y Arriendo fue el día en que el Eje quedó derrotado». *Préstamo y Arriendo, arma de la Victoria*, es el título de un libro de Stettinius, primer administrador del sistema[84]. «Sin las armas suministradas en virtud de esta ley –decía Roosevelt–, algunas de las más importantes batallas que han sido ganadas a nuestros enemigos por nuestros aliados o por nuestras fuerzas combinadas, no lo hubieran sido tan fácilmente o acaso no hubieran sido ganadas en absoluto. Sin los suministros suplementarios proporcionados en concepto de préstamos y arriendos, las fábricas, que están produciendo decenas de millares de aeroplanos, cañones y tanques para destrozar las bases y centros de producción de Alemania y Japón, no hubieran sido capaces de contribuir en tan gran escala a la derrota del enemigo, y los millones de hombres que han intervenido en la batalla o trabajado largas horas en las fábricas de municiones se habrían encontrado sin alimentos para continuar».

«Préstamo y arriendo –he dicho alguna vez– es la epopeya del esfuerzo humano». No se puede relatar en versos, sino en cifras; pero cada una de estas cifras condensa en su brevedad numérica una suma inmensa de imaginación, inventiva audaz, poder organizador, fuerza natural, cálculos, previsiones y trabajo de millones de hombres. Préstamo y arriendo comenzaba en las fábricas de los Estados Unidos y se extendía por todo el planeta. Ha sido la explotación integral del globo. Lo que acaso hubiera tardado un siglo en hacerse, se hizo en cuatro años. Para que un tanque fabricado en Detroit pudiera correr en cualquier frente de batalla, era preciso: explotar nuevas minas; ampliar o abrir factorías; botar barcos a la mar; construir puertos; atravesar océanos y continentes; abrir carreteras

[84] Edward R. Stettinius, *Lend-Lease: Weapon for Victory*, New York, The Macmillan Company, 1944. (N. del Ed.)

por desiertos de arena, selvas espesas o montañas abruptas; tender carriles y salvar ríos y abismos por puentes prodigiosos; enviar a miles de kilómetros cientos de camiones, locomotoras y vagones; instalar oleoductos. Al golpe de un martillo en Boston o Richmond respondían miles de martillos en Brazaville, en Jartum, en Basora, en Ledo, en Chungking, en Sidney, en Reikiavik, en Natal, en Londonderry... Y cada día era preciso inventar y descubrir otra cosa nueva más: un método más rápido de producción, una aleación más dura y más ligera, un acero más impenetrable y una bala más penetrante, un motor más veloz y más potente, una gasolina más perfecta, una síntesis química desconocida, un medicamento más eficaz. Pero he ahí algunos datos exactos.

Cifras

En diciembre de 1941 las entregas por préstamos y arriendos no sumaban todavía más que 1.202 millones de dólares; en marzo de 1942 ya llegaban a 2.570; en enero de 1943, a 8.253; en octubre del mismo año, a 17.533; en abril de 1944, a 24.225; en enero de 1945, a 36.000, y al final de la guerra en Europa, a 36.000 millones. Esto era, sin embargo, bastante menos de la cantidad autorizada, que ascendía a 60.000 millones. Entre otras cosas, las entregas sumaron 34.500 aviones, 30.000 tanques y 700.000 vehículos de motor, que no representaban, sin embargo, más que el 14 % de la producción norteamericana.

Han participado del auxilio el *Commonwealth* británico y otras treinta y nueve naciones, que abarcan los tres cuartos de la superficie del globo y los tres quintos de su población. Para Inglaterra fue el 43,30 %; para Rusia el 27,50; para China e India, el 9, y el resto, para los demás. En total, la producción de los Estados Unidos, para sus propias fuerzas armadas y para sus aliados, alcanzó, en diciembre de 1944, las siguientes cantidades: 3.876 mercantes, con un total de 41 millones de toneladas; 230.737 aviones, 364 unidades de combate para la Marina de guerra, 203.085 tanques y vehículos blindados, 383.000 piezas de artillería, 729 millones de proyectiles

de cañón, 1.796.764 camiones militares, 1.065.193 toneladas de caucho sintético, 263.450.000 toneladas de acero, etc. En 1944, de los 135 millones de habitantes de los Estados Unidos, 55 millones estaban en el trabajo bélico y 11 en el Ejército, la Aviación y la Marina.

La ayuda a Rusia

De los capítulos de Préstamo y Arrendo, uno sobre todo, la ayuda a Rusia, merece singular mención, por las consecuencias de todo orden que de sus cifras pueden deducirse. El primer auxilio recibido por la Unión Soviética fueron los tanques ingleses llegados al puerto de Arcángel en septiembre de 1941, que lucharon ya en octubre y noviembre. En los dos primeros meses después de la firma del protocolo de octubre de 1941 –cuenta Stettinius en el libro citado– zarparon de los Estados Unidos 28 barcos con más de 130.000 toneladas de carga para Rusia, que equivalían solamente a la novena parte de las entregas prometidas hasta junio de 1942. Después de Pearl Harbour no quedaba libre para este tráfico más que la ruta de Murmansk, por donde durante la primera mitad de 1942 tuvo que ir todo el material prestado por Inglaterra y Estados Unidos, en convoyes sometidos al ataque constante de los aviones y submarinos alemanes desde sus bases del norte de Noruega. En marzo, los embarques se elevaron a 214.000 toneladas, contra 91.000 en el mes anterior. En abril se dobló aquella cifra. A mediados de 1942 los rusos ya habían recibido 2.000 tanques y 1.300 aviones de Inglaterra y 2.400 tanques y 1.800 aviones de Estados Unidos. Se les enviaron, además, millares de camiones, *jeeps*, motocicletas, 189.000 aparatos telefónicos, 670.000 millas de alambre telefónico, con las que se podría dar veintisiete vueltas al mundo, y que sirvieron para mantener las comunicaciones en su frente, de 3.200 kilómetros. Además, entre otras armas, 75.000 ametralladoras; 1.500.000 pares de calzado; 10.500 toneladas de cuero, y hasta alambre de espino por cientos de toneladas.

Las bajas producidas en los convoyes por los ataques alemanes obligaron a llevar los cargamentos por el sur de África al golfo Pérsico. Allí no había más que el puerto de Basora, pequeño y mal equipado. El ferrocarril a través del Irán hasta el mar Negro, mal construido, mal conservado, interrumpido de continuo por derrumbamientos, era inadecuado para el enorme tráfico proyectado. Las carreteras eran escasas y transitables únicamente por asnos y camellos. Fue preciso ampliar los puertos existentes y construir otros nuevos dotados de utillaje moderno para la descarga; ensanchar y afirmar las viejas carreteras; llevar, a este fin, equipos y máquinas, enviar camiones para el transporte, mejorar y tender vías férreas, poner sobre ellas locomotoras y vagones, montar talleres de ajuste y reparación para el material ferroviario y los vehículos de motor. Al Irán se llevaron 96 locomotoras, 2.000 vagones y 230 millas de carriles. En la primavera de 1942 el volumen del tráfico por el ferrocarril del Irán se había triplicado. En mayo de 1943 los suministros a Rusia por este camino sumaban más de 100.000 toneladas mensuales.

Cada mes salían de los Estados Unidos 50 barcos con cargamento para Rusia. De julio de 1942 a junio de 1943, los embarques para Rusia por las diferentes rutas totalizaron tres millones de toneladas. En los primeros meses quedaba en el fondo del mar el 15 %; pero después, solo el 2. A los tanques y aviones acompañaban aluminio, cobre, aleaciones de cobre, acero, carriles, ruedas, neumáticos, ejes, locomotoras, vagones, sistemas de señales. A fines de junio de 1943, los soviets habían recibido por valor de 150 millones de dólares en herramientas, máquinas, hornos eléctricos, molinos harineros, aceite, trigo, harina, azúcar, carne, grasas, huevos, leche, hortalizas secas, semillas, telas. Y como Rusia, a pesar de ser productora de petróleo, carecía de refinerías, sobre todo para la gasolina de aviación, se le suministraron seis refinerías completas y miles de toneladas de carburantes líquidos. Y con ellas, una fábrica Ford de neumáticos, equipos de generadores eléctricos para las factorías de guerra del Transural y de las regiones conquistadas, generadores móviles, etc.

Las cifras totales de los suministros ingleses y norteamericanos hasta fines de 1944 son las siguientes: 18.000 aviones; 11.000 tanques;

294.000 toneladas de explosivos; 1.800 cañones motorizados; 8.200 cañones de distintos calibres; 5.500 vehículos para transporte de la artillería; 331.000 vehículos de motor, entre ellos 45.000 *jeeps*; 1.045 locomotoras; 8.000 vagones; 2.120.000 toneladas de acero; de ellas, 478.000 de carriles; centrales eléctricas y material eléctrico equivalente a 380.000 kilovatios; 100.000 toneladas de caucho; 350.000 de aluminio; 300.000 de latón; 14 millones de pares de botas; 150 millones de metros de tejidos; 1.300.000 toneladas de productos petrolíferos; 638.000 de productos químicos; 9.000 de semillas, y cerca de cuatro millones de toneladas de víveres.

Seria curiosa también una confrontación de las fechas de las llegadas de los grandes convoyes. La ayuda angloamericana y los éxitos soviéticos han seguido un ritmo paralelo. Con los primeros tanques ingleses, remitidos en 1941, los rusos pudieron detener la ofensiva alemana del otoño contra Moscú. Grande ya la aportación en 1942, aumentó en un 63 % en 1943, principalmente en sus meses finales, y siguió al mismo ritmo creciente en 1944 y 1945. Las entregas a Rusia alcanzaron su máximo en el período preparatorio de la gran ofensiva soviética del invierno de 1944 a 1945.

Las cifras anteriores indican cuál ha sido la base principal de la potencia militar rusa, el verdadero valor de la industria soviética, la supeditación del ejército ruso a la industria angloamericana de guerra, y por tanto, sus dificultades y carencias en cuanto pierda el concurso de las dos grandes democracias occidentales. Se ha formulado la hipótesis absurda de que en la guerra contra Finlandia los soviets fingieron una gran incapacidad militar para engañar a Alemania. En tal caso habría que convenir en que siguieron engañándola dos años más a costa de derrotas sangrientas e inmensos territorios agrícolas e industriales.

La ayuda a Inglaterra

Los primeros envíos de material para el ejército inglés consistieron en algunos cientos de tanques, que se emplearon en la ofensiva de

Libia durante el verano de 1941. Pero la principal ayuda en este año estribó en la entrega de víveres, que salvaron la crisis alimenticia más grave que ha sufrido Inglaterra en el transcurso de la guerra. Cuando llegaron los primeros barcos, solo quedaban provisiones para unas cuantas semanas. Esta situación era consecuencia de la campaña submarina alemana. Al declarar el «estado de emergencia ilimitada» (27 de mayo de 1941), Roosevelt había dicho: «Los hundimientos suman más de tres veces la capacidad de producción de los astilleros británicos en el mismo tiempo, y más de dos la producción de Inglaterra y Estados Unidos juntos». Inglaterra había estado comprando barcos en Estados Unidos; pero agotada muy pronto esta fuente de reposición, envió una comisión a contratar la construcción de 60 mercantes por año. Roosevelt tenía otra escala mayor de medidas, y dedicó inmediatamente 550 millones de dólares, como primera consignación, a la realización de los planes de káiser, que jamás había construido un buque, pero que había expuesto ideas revolucionarias para aplicar la técnica de producción en masa a la construcción de buques. Y así, mientras en 1941 los astilleros norteamericanos solo podían lanzar siete barcos por mes, con un total de 65.000 toneladas, en septiembre de 1943 se llegó a la cifra de 155 barcos por mes –cinco cada veinticuatro horas–, con un total de 1.700.000 toneladas. Pero los puertos del mar Rojo, únicos utilizables entonces para el aprovisionamiento del ejército británico en África, eran también puertos primitivos; no había ferrocarriles, las carreteras eran pocas y malas. Fue precisa una labor ingente de ingeniería: se establecieron bases navales y aéreas, depósitos, hospitales; estaciones de radio y de combustibles, aeródromos, puestos de meteorología.

En la primavera de 1941, para llevar aviones en cantidad al Oriente Medio, inutilizada la ruta Inglaterra-Gibraltar-Malta por el bombardeo constante contra esta isla, se estableció la línea de Miami a Natal (Brasil) por el camino de las Antillas, y de Natal a la costa de África para terminar en Egipto. Hubo, naturalmente, que construir y ampliar aeropuertos, establecer depósitos; montar talleres de reparación y estaciones de radio, y luchar contra el paludismo, la langosta y las hormigas termitas, que destruían los aeródromos en

África. Esta línea aérea seguía desde El Cairo a Basora (Irán), la India y Birmania, con una derivación desde Basora a Moscú. Más tarde, se abrieron en brevísimo tiempo, para el material pesado, dos carreteras a través del continente negro, desde Duala y Punta Negra, en el golfo de Guinea, hasta Jartum, en el Sudán anglo-egipcio, para cuyo tráfico se enviaron cientos de camiones. En los nueve meses anteriores a la victoria de El Alamein, el octavo ejército británico recibió por estas rutas más de mil aviones, varios cientos de tanques, centenares de piezas de artillería y 20.000 vehículos. El transporte de aviones desde los Estados Unidos a Inglaterra por vía aérea, siguiendo la ruta del Atlántico por Terranova e Islandia, exigió también la instalación de bases y la ampliación de aeródromos en todas las islas a lo largo de todo el camino.

La ayuda a China

La ayuda a China fue aún más dificultosa. La ocupación japonesa de Tailandia había cerrado el ferrocarril de Haiphon a Kumming, y solo quedaba libre la famosa ruta de Birmania, la carretera de Lashio a Kumming, de 715 millas de largo, de ellas más de quinientas por montañas y abismos. En los primeros meses de 1941 pasaban por Lashio unas cuatro mil toneladas mensuales. La carga principal de los camiones consistía en la gasolina para su propia locomoción, y aun una gran parte de las mercancías no llegaba a su destino. Los impuestos se pagaban con el mismo cargamento; los bandidos asaltaban los camiones y los conductores inexpertos averiaban los motores o se estrellaban con sus vehículos en el fondo de los precipicios. Se envió asfalto, equipos y maquinaria para remover tierras y afirmar el pavimento, millares de camiones; talleres de reparación y ajuste, conductores, personal especializado. En octubre de 1941 el transporte alcanzó las 15.000 toneladas mensuales. Por esta ruta llegaron a China tanques, aviones, piezas de artillería pesada y fábricas enteras de armas y municiones; vacunas profilácticas, medicamentos. Cuando los japoneses, a principios de 1942, invadieron Tailandia y Birmania, no quedó otra comunicación con la India y China que la vía aérea. Hubo que

construir aeródromos en una región de montañas tremebundas, valles salvajes y selvas intrincadas. Centenares de aviadores transportaban ininterrumpidamente por encima de las más altas montañas conocidas, por el reducido espacio que media entre la «Joroba del Planeta» y el «Techo del Mundo», todas las cosas imaginables: automóviles, tanques, ruedas, neumáticos, proyectiles. Algunas veces hacían el viaje dos veces por día, a alturas que obligaban a respirar oxígeno artificial. Pronto este tráfico por la vía aérea llegó a las 60.000 toneladas mensuales, cuatro veces el máximo del que se había hecho por la ruta de Birmania. A la vuelta los aviones transportaban a la India cientos de soldados chinos para su entrenamiento. Al mismo tiempo se construyó la carretera de Ledo, al compás del avance de las tropas chino-americanas del general Sitwell hacia Myitkina, y un oleoducto de casi tres mil kilómetros, para llevar el carburante desde los muelles de Calcuta al frente de batalla en Birmania septentrional.

En Australia y Nueva Zelanda, los fondos de Préstamo y Arriendo se emplearon en crear las bases para la ofensiva en el Pacifico; construir navíos destinados a las campañas en las islas próximas, enviar tanques y aviones y estimular la producción de acero, armas y municiones hasta duplicarla. Hoy Australia ocupa el sexto lugar entre los arsenales de municiones de las Naciones Unidas. Para utilizarla también en la guerra contra el Japón, se construyó en la región más septentrional del Pacífico una carretera de 1.671 millas de largo, entre los Estados Unidos y Alaska, a través del Canadá, al mismo tiempo que se proseguía la gran carretera panamericana, de 16.000 millas, a través de dieciocho naciones, desde América del Norte hasta América del Sur.

Por todos estos caminos del mundo navegaban, corrían, volaban millares de buques, vehículos y aviones, anulando espacio, tiempo y todos los obstáculos interpuestos a la voluntad. Pero esta vez no era para el provecho material, sino para darse y entregarse. A la riada de armas, tanques, buques, que salía de las fábricas, Roosevelt les señalaba con su índice un destino: allí, fuera de América. Él había despertado ese resorte latente en sus compatriotas que vio el

filósofo Santayana al decir: «El norteamericano es un idealista que trabaja con materia»[85]. Las cifras de Préstamo y Arriendo no son de producción, son cifras de entusiasmo.

[85] George Santayana, *Character and Opinion in the United States: With Reminiscences of William James and Josiah Royce and Academic Life in America*, New York, Charles Scribner's Sons, 1920. (N. del Ed.)

XXXIV. EL PRINCIPIO QUE TRIUNFA EN LA GUERRA

Cooperación internacional

Los préstamos y arriendos eran reversibles; tenían su contrapartida en el material y servicios entregados por Inglaterra y otras Naciones Unidas a las fuerzas norteamericanas. Aviones, tanques, artillería, municiones, uniformes, aeródromos, barracas, hospitales, víveres, reparaciones, entran en este capítulo. Según un informe del presidente Roosevelt al Congreso, Inglaterra había devuelto en esta forma más de mil millones de dólares hasta junio de 1943. «Los hechos importantes –dice una publicación oficial norteamericana– son: primero, que la ayuda recíproca ha sido suministrada a los Estados Unidos cuando necesitaron materiales o servicios que no podían ser obtenidos por otros caminos; segundo, que esta reciprocidad es una nueva expresión del coordinado esfuerzo de las Naciones Unidas en su obra común».

¿Podía dejar desvanecerse, al llegar la paz, este espíritu de cooperación internacional, tan fecundo durante la guerra? ¿Había de regir únicamente durante el período de lucha sangrienta? ¿No se había instalado ya profundamente en todas las cabezas la necesidad de la cooperación internacional con la vigencia de un principio indiscutible que permitía extenderlo a los tiempos de paz? ¿No estaba ya hasta «en el aire que se respira», ese aire saturado de las

ideas que ya no necesitan formulación? «El principio de mutua ayuda implicado en la Ley de Préstamo y Arriendo –decía el senador Ch. Demby– debe permanecer. El Congreso definirá la extensión y los términos de nuestra colaboración internacional después de la guerra, y acaso la cooperación combinada que ha resuelto las necesidades del tiempo de guerra puede suministrarnos un modelo para el desarrollo de las técnicas que necesite el manejo de problemas similares en el tiempo de paz. Hemos aprendido mucho de las dificultades crecientes vencidas mediante estas organizaciones, y se perdería mucho si abandonásemos estas valiosas experiencias». No era, pues, la Ley de Préstamo y Arriendo más que una de las muchas aplicaciones concretas posibles del principio general de cooperación.

Nada más sólido y con más garantías de existencia prolongada que lo que nace como fruto de la experiencia real y resultado de los hechos y no de un pensamiento racionalista. Las condiciones de la lucha obligaban a la cooperación más íntima. En todas las guerras ha existido cierta comunidad entre los beligerantes de un mismo bando, pero nunca en la medida que en la actual. Por otra parte, esa comunidad solía deshacerse con la firma de la paz; en ese momento las naciones coligadas se despedían para seguir rumbos independientes. No se emprendía en común la reparación de los daños derivados de la guerra en común. Según fueran sus medios, los países se reponían rápidamente o arrastraban largos años una existencia difícil. Desde luego, los vencidos quedaban abandonados por completo a su infeliz suerte. Pero esta guerra era demasiado extensa y destructora para no dejar tras de sí problemas también universales, capaces de sumir medio planeta en la anarquía y engendrar nuevas guerras en un próximo porvenir.

«Ningún país –dijo Roosevelt el 8 de noviembre de 1944– puede realizar por sí solo esta tarea ni sustraerse a participar en ella proporcionadamente a sus recursos». Estas palabras, pronunciadas en la constitución de la U.N.R.R.A., organismo internacional para alimentación y el vestido de los países devastados, pueden extenderse a cualquier otro de los problemas de la postguerra. «Las grandes

potencias que poseen más medios –decía también Roosevelt– son las que tienen mayores deberes y responsabilidades». Así enunciaba el principio de mutua y total solidaridad. Era el jefe de un país que podía pasarse sin ella, él no tenía nada que pedir. Solo pedía ocasión para dar y entregar, y reservaba para su país, justamente, por ser el más poderoso, las mayores obligaciones.

En todas las guerras emerge triunfante, sobre los muertos y las ruinas, una idea. Cualesquiera que sean los vencedores y los vencidos, la triunfante siempre es una idea. Puede ser la misma por la cual se declaraba combatir, pero algunas veces es otra que se había pospuesto a un lugar secundario o que acaso nadie había pensado, y que nació ella sola del seno mismo de la lucha, ignota primero, germinante después, granada y crecida al final. Según los firmantes de la Carta del Atlántico, las cuatro libertades eran las ideas esenciales en esta gran lucha de pueblos. La cooperación internacional quedaba consignada en quinto lugar. Con el tiempo, tal vez tengamos que anteponerla como el principio fundamental que ha surgido de la guerra para informar el mundo futuro. En todo caso, ha sido formulado por Roosevelt desde el comienzo hasta el final. Inspirado por él se acercó resueltamente a la guerra antes y después de Pearl Harbour, lo desarrolló plenamente por el sistema de préstamos y arriendo, y ya a la mitad de la lucha comenzaba a preparar su aplicación en los tiempos de paz mediante nuevas instituciones destinadas a resolver problemas muy concretos. No bastaba, a su juicio, una gran organización para el mantenimiento de la paz, atenta únicamente a los litigios políticos y territoriales entre los países, delimitación de fronteras, aspiraciones coloniales, cuestiones de honor y de prestigio; había que descender también al detalle práctico: la comida, la ropa, la moneda. Para Wilson, por ejemplo, estos temas estaban muy por debajo de su idealismo, casi celestial, para inclinarse hasta ellos; pero Roosevelt se había hecho manejando desde su infancia realidades muy concretas: la construcción de una balsa o el abastecimiento de leche a la gran urbe neoyorquina, los cuidados a su perro o las compras de víveres para la flota de guerra. El organismo internacional de paz sería el gran marco; pero había que rellenarlo, darle entrañas, entresijos...

Por primera vez se enunciaba la idea de que las responsabilidades contraídas por y para la guerra no terminan con ella, sino que, por el contrario, aumentan con la victoria. Por primera vez se formulaba la idea de que la paz es tanto o más difícil que la guerra. «Pensó (el pacifismo) –decía nuestro Ortega y Gasset en 1937– que para eliminar la guerra bastaba con no hacerla, o a lo sumo con trabajar para que no se hiciese. Como veía en ella solo una excrecencia superflua y morbosa aparecida en el trato humano, creyó que bastaba con extirparla, *y no era necesario sustituirla*. Pero el enorme esfuerzo que es la guerra, solo puede evitarse si se entiende por paz un esfuerzo todavía mayor, un sistema de esfuerzos complicadísimos, y que, en parte, requieren la venturosa intervención del genio. Lo otro es un puro error. Lo otro es interpretar la paz como el simple hueco que la guerra dejaría si desapareciese; por tanto, ignorar que si la guerra es una cosa que se hace, también la paz es una cosa que hay que hacer, que hay que fabricar, poniendo a la faena todas las potencias humanas... No se espere en este orden nada fértil mientras el pacifismo, de ser un gratuito y cómodo deseo, no pase a ser un difícil conjunto de nuevas técnicas[86].

Por de pronto, Roosevelt ponía en marcha para la paz el mismo principio de cooperación, en lo grande y lo pequeño, que le servía para triunfar en la guerra. De la evolución y desarrollo gradual de esas instituciones internacionales de acción limitada y concreta, surgidas de necesidades prácticas, esperaba, más que de las creadas de pronto sobre el papel, la verdadera y sólida comunidad de paz. Había gran número de tareas propias para ser emprendidas por una acción conjunta que solo por ella tenían solución: unas, urgentes; otras, de plazo más largo; aquellas, para enderezar en seguida sobre sus pies el mundo caótico y triturado; estas, para hacerle marchar una vez incorporado.

[86] El fragmento citado se encuentra en el ensayo «En cuanto al pacifismo…», escrito en París y fechado en diciembre de 1937. Ortega lo incluyó en el «Epílogo para ingleses» de *La rebelión de las masas*. (N. del Ed.)

U.N.R.R.A.

Roosevelt estableció primeramente un departamento de estudios sobre la alimentación internacional. Había previsto que los primeros problemas de Europa al terminar la guerra serían el hambre y la repatriación. Unos veintidós millones de personas habían sido desplazadas de sus países. En el interior del Reich existían doce millones entre prisioneros de guerra y obreros extranjeros arrancados de sus hogares para trabajar en la industria bélica alemana. Hitler había resucitado el sistema romano de utilizar los hombres de los territorios invadidos en trabajos forzados, como cautivos, tratados peor que tales en las modernas ergástulas de esclavos de los campos de concentración. Los países ocupados habían sido privados de su mano de obra industrial y agrícola y de sus medios de alimentación en beneficio de la población y de las fuerzas armadas alemanas. Había que alimentar y vestir a todo este mundo hambriento y haraposo, que se calculaba en quinientos millones de seres humanos, y proceder a la organización del que sería, por su volumen y rapidez, «el mayor movimiento migratorio en masa de la historia», difícil por la falta de medios de transporte y el deterioro de las vías de comunicación.

Después de la Conferencia de la Alimentación, en Hot Springs (18 de mayo de 1943), a la que asistieron representantes de 44 países, el 8 de noviembre del mismo año quedó constituida la United Nations Relief and Rehabilitation Administration (Administración de Socorro y Recuperación de las Naciones Unidas), más conocida por su anagrama U.N.R.R.A. Este «gran experimento de cooperación internacional planeada» persigue las siguientes finalidades: suministrar alimentos y ropas a las víctimas de la guerra inmediatamente después de su liberación; prevenir las plagas y epidemias; repatriar los prisioneros y exilados; proporcionar las primeras materias para las industrias esenciales a la vida; proveer a la agricultura de semillas y abonos; proporcionar equipos de pesca; restablecer rápidamente los servicios públicos de luz, agua, energía industrial (carbón y electricidad), transporte y comunicaciones, y trazar un programa extraordinario de producción agrícola para satisfacer las necesidades europeas, calculadas en cuarenta y cinco

millones de toneladas de víveres. En la Conferencia de Atlantic City (diciembre de 1943), Inglaterra y Estados Unidos propusieron extender el beneficio a los países enemigos, pero la mayoría de los representantes rechazó la propuesta.

El coste fue calculado primeramente en unos dos mil ochocientos millones de dólares. Para levantar esta cantidad se pensó en una aportación del 1 % de la renta nacional de cada Estado miembro cuyo suelo no estuviera ocupado: hubiera sido el primer impuesto internacional para fines también internacionales. Al fin se establecieron cuotas fijas en esta cuantía: Estados Unidos, 1.500 millones de dólares; Inglaterra, 320; Canadá, 90; Australia, Nueva Zelanda y norte de África, 35; Repúblicas iberoamericanas, 495 en total; India, 35; etc. Además requeriría la continuación de las restricciones alimenticias en los países no ocupados, y, como después ocurrió en Inglaterra, el consumo de los grandes depósitos acumulados en previsión de contingencias desfavorables. Pero –diría Roosevelt ya en marzo de 1945, cuando hubo que acortar dentro del país la ración de carne– «es una cuestión de justicia y decencia aceptar algunas restricciones, a fin de que otros hombres puedan vivir en otros países; un doce por ciento menos, nada significa para un norteamericano; en cambio, puede significar en otra parte la diferencia entre que vivan o se mueran de hambre millares de seres humanos». En el Parlamento inglés lord Selborne comparó la U.N.R.R.A. con la antigua Sociedad de Naciones; pero justamente la U.N.R.R.A. revelaba el cambio experimentado por las concepciones internacionales desde el año 1918: era una asociación, no un superestado, que debía actuar por sí misma en una esfera muy reducida y concreta –el estilo y el método rooseveltiano–, mediante una organización pequeña y ágil dotada con abundantes medios económicos.

La estabilización monetaria

Había otras materias en que podía ensayarse este mismo género de cooperación práctica. Tal era la moneda, cuya falta de estabilidad

producía antes de la guerra trastornos sin cuento en la economía mundial. Durante un año largo discutieron los técnicos financieros ingleses y norteamericanos en torno de dos planes: el inglés del profesor Keynes y el norteamericano de White, modificado por el secretario del Tesoro Morgenthau. El primero proponía un sistema de *clearing* universal que relegaba el oro al papel más secundario: para compensar pagos cuando no fuera posible hacerlo mediante mercancías, mientras que el segundo conservaba al oro su función de instrumento esencial de cambio. Llegose finalmente a un acuerdo, en el cual el oro no era considerado ni como un *bogy* (fantasma) ni como un *fetich* (fetiche); prescindía de grandes innovaciones revolucionarias, todavía poco comprobadas, y modificaba y mejoraba el sistema anterior dando un paso hacia adelante, corto, pero seguro, mediante la constitución del Fondo Internacional de Estabilización Monetaria, aprobado en la Conferencia Internacional de Bretton Woods (junio de 1944). A este fondo, de 8.008 millones, aportarían: el 50 % los Estados Unidos; el 40 Inglaterra, Rusia y China, y el 10 los demás países, con objeto de facilitar divisas a los Estados miembros, «para darles tiempo a corregir el desajuste de su balanzas de pagos sin recurrir a medidas perjudiciales para la prosperidad nacional e internacional» y evitar la competencia en la depreciación de los cambios, que antes de la guerra había originado una verdadera guerra de monedas y desequilibrado el comercio. Los Estados miembros comprometíanse a no comprar ni vender oro, salvo a la paridad; a no imponer restricciones en los pagos sobre operaciones del comercio internacional, ni permitir transacciones de cambio por encima o por debajo de la par, salvo en casos excepcionales sometidos al examen y permiso del Consejo de Administración del Fondo. En este plan quedaba consagrado nuevamente el principio de cooperación, puesto que en los casos de desequilibrio fundamental de la balanza de pagos, el peso del reajuste recaería tanto sobre los países con superávit como sobre los deficitarios. Con ello quedaba aceptada la responsabilidad y obligación común de todos los países en la mala situación monetaria de cualquiera de ellos.

El Banco de Reconstrucción

Pero el Fondo Internacional de Estabilización Monetaria no era más que una parte de los planes financieros del gobierno de los Estados Unidos. En plena polémica de los técnicos sobre las monedas internacionales *unitas* y *bancor* –dos entelequias que simbolizaban los planes Keynes y White–, el secretario norteamericano del Tesoro Morgenthau publicaba el proyecto de un Banco mundial para la reconstrucción y el desarrollo económico. Era el complemento de la estabilización monetaria, puesto que de nada serviría intentar detener las variaciones del curso de la moneda de un país, si este carece de capital para su reconstrucción, y, por su estado de devastación, de medios para agenciárselo rápidamente. En la Conferencia Internacional de Bretton Woods quedó también aprobada la constitución de este Banco, a cuyo fondo inicial de 10.000 millones de dólares contribuirían los Estados Unidos con 3.500 millones, Inglaterra con 1.000 y las demás Naciones Unidas con el resto, a prorrateo. Su objeto es garantizar los empréstitos obtenidos por los Estados miembros en el mercado libre de dinero para reconstrucción de las industrias destrozadas y programas de obras públicas, y suministrarlos directamente cuando un Estado no pueda obtener dinero de fuente privada o no lo encuentre en condiciones soportables, siempre que no se dedique a armamentos o a cubrir déficits producidos por una mala administración o una «insana» política fiscal. La entrega de garantías o empréstitos quedará sujeta a un orden de prioridad para atender primero las urgencias más apremiantes. Consíguense así dos cosas: primera, regular el crédito, para que vaya allí donde sea necesario y en la proporción debida, evitando que el dinero corra exclusivamente hacia aquellos países que por sus buenas perspectivas financieras ofrecen mayores garantías, mientras se niega a los más necesitados; segunda, impedir la sumisión financiera de un país a otro. Conforme al plan, ningún país dependerá de otro, sino de un organismo internacional en que él mismo tiene representación y participación.

No faltaron las críticas contra ambos proyectos. La suspicacia de los pequeños países, que ven en la afirmación de las mayores

responsabilidades y deberes de las grandes potencias un pretexto para consolidar y acentuar una hegemonía, cristalizó en las discusiones sobre el número de votos que cada país tendría dentro de los Consejos de Administración del Fondo y del Banco. En la U.N.R.R.A., organización completamente desinteresada, cada Estado dispondría de un voto; en cambio, en los otros dos organismos, el número de votos dependería de la participación de cada Estado en el fondo inicial; por tanto, correspondía a los Estados Unidos un número de votos mayor que a cualquiera otro país, sin llegar, no obstante, a la mayoría absoluta. Los pequeños Estados pedían la equiparación. Era la eterna lucha entre la idea de la igualdad absoluta –ya fracasada en Ginebra– y la idea más realista y sólida de una intervención proporcional. Surgirá después en todas las conferencias internacionales, en Dumbarton Oaks y en San Francisco, cuando se tratase de constituir la nueva Sociedad de Naciones. Recelos semejantes impedirían todo proyecto de solidaridad universal. Si se admite el principio de la mayor responsabilidad de las grandes potencias, ha de admitirse igualmente el principio de la mayor intervención. Lo que se concede a la hora de recibir no puede ser negado a la hora de dar. Por duro que sea reconocerlo, siempre ha habido y habrá en la historia naciones rectoras; lo demás es utopía.

«En asuntos nacionales e internacionales –había dicho Roosevelt en 1941–, la economía no puede tener ya su fin en sí misma; es simplemente un medio para lograr objetivos sociales». La riqueza de un país no es nada ni sirve para nada si persigue exclusivamente el bienestar individual y no busca el bienestar social de la nación. Ahora venía a decir cosa semejante: la riqueza de una nación no es nada ni sirve para nada si no aspira al bienestar universal. Con el *New Deal* había hecho trascender la riqueza americana de la esfera individual a la social. Ahora trataba de elevarla, con una especie de *New Deal* mundial, a otra esfera aún más amplia, para evitar que los Estados Unidos volvieran a encerrarse en sí mismos. Este peligro era más cierto al terminar la guerra, y Roosevelt, proyectando para su país nuevas empresas de solidaridad y cooperación internacionales, señalaba otra vez a la rebosante plétora americana el camino del mundo, y daba nuevamente al idealismo americano

materia real con que trabajar. Walt Whitman, que tenía de profeta algo más que la larga barba blanca, había dicho a «los críticos del Viejo Mundo» a mediados del siglo pasado: «Aquí comenzamos a ocuparnos de los deberes del presente: escuchamos las lecciones prácticas –riqueza, orden, vías férreas, construcciones, productos, abundancia–; reforzamos los cimientos del más variado eterno y vasto de los edificios –del que se elevarán, andando el tiempo, las cúpulas orgullosas–, las flechas fortísimas y altivas, las flechas enhebradoras de estrellas»[87].

[87] Traducción del poema de Whitman «The United States to Old World Critics» (*Leaves of Grass*): «Here first the duties of today, the lessons of the concrete / Wealth, order, travel, shelter, products, plenty, / As of the building of some varied, vast, perpetual edifice, / Whence to arise inevitable in time, the towering roofs, the lamps, / The solid planted spires tall shooting to the star». (N. del Ed.)

XXXV. ROOSEVELT, PRESIDENTE POR CUARTA VEZ

Un Congreso reacio

Después de las elecciones de 1942, Roosevelt había tenido dificultades con el Congreso, en donde a los votos republicanos se unieron en diferentes ocasiones votos demócratas. Fueron anuladas la National Resources Planning Board y la National Youth Administration; los congresistas criticaban la ejecución de la Ley de Préstamo y Arriendo, y querían conocer al detalle el empleo de los 60.000 millones de dólares consignados para ella; atacaban a los consejeros del presidente y pedían la reducción en número y sueldos de la enorme burocracia federal de tres millones de funcionarios. El Congreso anuló el veto interpuesto por el presidente a la ley contra las huelgas, que él consideraba excesivamente rigurosa. Igualmente rechazó el veto presidencial contra el proyecto fiscal que aumentaba en 2.300 millones de dólares los tributos: un recargo insuficiente, a juicio de Roosevelt, que había pedido 10.000 millones. Los ingresos netos del pueblo norteamericano se habían multiplicado varias veces desde el principio de la guerra; pero el aumento de los impuestos no había seguido una marcha paralela, y en consecuencia, la mayor parte del déficit tenía que ser cubierto mediante empréstitos, que acumulaban una enorme deuda sobre las generaciones futuras, cuya situación económica no sería probablemente tan próspera. Por otra parte, tratábase de debilitar a golpes de impuestos la enorme

fuerza adquisitiva del pueblo norteamericano, capaz de engendrar una desastrosa inflación en los precios. Los jefes demócratas habían aconsejado a Roosevelt que no interpusiera el veto, y Barkley, jefe de la mayoría demócrata en el Senado, dimitió este puesto. «Roosevelt –dijo– es como el hambriento de la fábula, que se negaba a probar bocado si no le servían una comida de ocho platos». Al plan de desmovilización esbozado por Baruch, el senador George opuso otro que daba preponderancia al Congreso contra el Gobierno. Todavía existían otros puntos de disconformidad, como el voto de los soldados que estaban fuera del país, los subsidios a los agricultores para evitar el alza de precios y la implantación de un servicio nacional obligatorio del trabajo.

En los primeros tiempos de la República norteamericana se había creído que los soldados no debían intervenir en elecciones políticas; pero la implantación del servicio militar obligatorio había puesto sobre las armas once millones de hombres: un resultado electoral en que no participase esta masa no podría ser considerado fiel expresión de la voluntad popular. La discrepancia estaba en el procedimiento de votación de los soldados. La legislación electoral es competencia de los estados, de suerte que hay cuarenta y ocho leyes electorales diferentes; pero el gobierno y los altos jefes del ejército deseaban un procedimiento uniforme, sin el cual la votación de los soldados no podría realizarse fácilmente. Además, el partido republicano temía, muy fundadamente, que el voto de los soldados favoreciese la candidatura de Roosevelt en las próximas elecciones presidenciales de 1944. En cuanto a los subsidios agrícolas, recelábase que serían manejados con miras electorales. Y en el servicio obligatorio de trabajo veíase un nuevo aumento de poderes en manos de la Administración federal; es decir, en manos del presidente.

Era, pues, una nueva manifestación de la sempiterna lucha entre el Estado federal y los estados; solo que esta vez el demócrata Roosevelt encarnaba la tendencia centralizadora, y el partido republicano, la oposición, que siempre habían asumido los demócratas desde Jefferson. Era también una nueva manifestación de la lucha constante entre los presidentes y el Congreso. Estos

conflictos resuélvense en otros países por la dimisión del gobierno o por la disolución del Parlamento; pero en los Estados Unidos, ni el Congreso tiene modo legal de destituir al presidente de la República, salvo por procesamiento criminal, ni el presidente puede disolver el Congreso y convocar elecciones fuera de las fechas establecidas por la Constitución. El juego de votaciones parlamentarias, vetos presidenciales y ratificaciones por el Congreso de las leyes vetadas, está consignado en la Constitución y se considera absolutamente normal. Quien resuelve estos conflictos es el pueblo, en las elecciones presidenciales, cada cuatro años.

Los republicanos buscan candidato

Nunca se habían producido tantos rozamientos entre el poder ejecutivo y legislativo, de suerte que una de las significaciones de la elección de noviembre de 1944, en que Roosevelt volvió a presentar su candidatura, era la aprobación o la repulsa de la dirección centralizadora y el personalismo de la política rooseveltiana, al que la Constitución de los Estados Unidos deja margen para cuando realmente la personalidad de un presidente es fuerte y vigorosa. En realidad, la lucha electoral se libraba en torno de la persona de Roosevelt más bien que sobre problemas políticos determinados. La circunstancia de presentarse Roosevelt para un cuarto mandato presidencial acentuaba esta significación de la lucha. El pueblo iba a votar si quería seguir siendo gobernado por un hombre llamado Franklin D. Roosevelt o por un partido y un programa, cualesquiera que fuesen sus denominaciones.

Los auspicios no eran muy favorables a Roosevelt. En 1940 había vencido a Willkie por una mayoría mucho menor que contra Landon en 1936; en 1942; el partido demócrata había derrotado difícilmente a los republicanos y se encontraba reducido en las Cámaras a la mínima diferencia de votos. En las elecciones parciales triunfaban los republicanos y había gobernadores republicanos en veintiséis estados. Parecía que por el movimiento pendular, que constituye casi una ley física de la política norteamericana, la tendencia iniciada en

1940 hacia el partido republicano llegaría en 1944 a su máximo. La dificultad para este partido estaba en la designación de candidato. Wendell Willkie había decidido retirarse después de la derrota de sus amigos en las elecciones de compromisarios para la Convención del partido en el estado de Wisconsin. Era evidente que debía el fracaso al ala derecha de su partido, partidaria del aislamiento, lo que significaba un tanto a favor de Roosevelt en la oposición del pueblo.

Con la renuncia de Willkie –que había querido reformar el programa de su partido en un sentido más avanzado– perdían los republicanos un gran número de electores liberales contrarios a un cuarto mandato presidencial de Roosevelt. Ya Willkie había sido designado candidato en 1940, a pesar de su reciente ingreso en la política y en el partido republicano, por ser una personalidad popular y vigorosa. El partido republicano ya no podía propugnar como hombre ideal al republicano típico medio, *safe* (seguro), al estilo de Coolidge; cuando un panegirista calificó a Bricker; uno de los posibles candidatos, como un «honesto Harding», le hizo la peor propaganda posible. A falta de personalidades brillantes, capaces de guiar el país a través de la tormenta, los republicanos sostenían que la tormenta había pasado o había cedido en violencia, para poder atender mejor los asuntos interiores. Pero la prosecución de la guerra y los problemas de la próxima paz aún necesitaban el hombre genial. ¿Dónde encontrar un rival digno de Roosevelt? Sonaron varios nombres: el general Mac Arthur; Stassen, ex gobernador de Minnesota; el citado Bricker, gobernador de Ohio. Pero al fin, la Convención del partido republicano reunida en Chicago (junio de 1944) designó a Tomás E. Dewey, gobernador del estado de Nueva York. Siempre se había considerado este cargo como el último peldaño para la presidencia de la República. El propio Franklin D. Roosevelt había pasado de un puesto a otro. En las diecinueve elecciones posteriores a la guerra civil, uno de cada dos candidatos presidenciales había sido gobernador de Nueva York. Pensábase que quien administrase bien el estado más populoso, podría administrar igualmente la República, y en verdad, Dewey había demostrado virtudes y cualidades que abonaban su candidatura.

¿Eran suficientes para derrotar a Roosevelt? Dewey era popular por sus luchas contra el gangsterismo, cuyos enlaces con la política corrupta había descubierto ante los tribunales en sus tiempos de *attorney*, o fiscal del Estado; pero Roosevelt aún lo era más por su *New Deal*, por su enemiga al hitlerismo, por la creación de la gran máquina de guerra y las victorias en Europa y el Pacífico. Dewey era un administrador honrado; pero Roosevelt no le iba en zaga. Dewey había demostrado su experiencia y habilidad en las cuestiones locales del estado de Nueva York; pero Roosevelt las tenía acreditadas tanto en los grandes como en los pequeños problemas. Dewey era un hombre simpático; pero Roosevelt tenía *charme*, poder de seducción. Dewey era serio, con un gran bigote negro, que, se decía, había importado en los Estados Unidos de un viaje a Francia, mientras que Roosevelt mostrábase siempre sonriente y optimista, como el más fotogénico de los actores de cine. Dewey era bajo, y para retratarse –contaban sus enemigos– se sentaba sobre la guía telefónica de Nueva York, que no es menudo volumen; en cambio, Roosevelt era alto y apuesto. Ambos tenían una buena voz: Dewey, barítono, había cantado ópera; pero la voz de oro de Roosevelt se insinuaba, llena de familiar intimidad, en todos los hogares americanos durante sus «charlas al amor de la lumbre». Ambos tenían perro: Dewey, un gran danés; Roosevelt, un pequeño terrier escocés. («¿Qué quiere usted más –preguntaban los demócratas–: un gran hombre con un perro pequeño, o un hombre pequeño con un perro muy grande?»). No se descuidaban en la propaganda los aspectos humanos de los dos candidatos: el argumento *ad hominem* no es cosa baladí. De todas estas comparaciones resultaba Dewey un hombre limitado, de visión angosta, frío y rígido, un poco ridículo, mientras Roosevelt aparecía como un alma cálida y entusiasta, capaz de grandes concepciones, extraordinariamente flexible y hábil, al mismo tiempo que tenaz y resuelto.

«En realidad –decía un periodista norteamericano a un corresponsal inglés–, el único capaz de desbancar a Roosevelt es... Churchill.

Cuiden ustedes de que no le apresemos en uno de sus viajes para hacerle nuestro presidente».

La principal diferencia era que si bien Dewey no era ya aislacionista, representaba la opinión derivada del aislacionismo, según la cual los asuntos internacionales no son tan importantes como los interiores (la vida diaria, el pan y la manteca, los sueldos y salarios, las ganancias y los impuestos), y en consecuencia, hacía de estos problemas la palanca principal de su propaganda electoral, mientras que Roosevelt ponía el acento sobre la guerra, la paz universal y los problemas mundiales que surgirían al final de la lucha. Era la contraposición ya señalada entre los Estados Unidos del pretérito y los Estados Unidos del futuro, entre la vía estrecha y la vía ancha.

Programa republicano

El partido republicano no discutía francamente la política exterior de Roosevelt. En su plataforma o programa electoral se comprometía a «la prosecución de la guerra hasta la victoria total, en plena cooperación con las Naciones Unidas». «Declaramos –decía– nuestro propósito de ganar la guerra para nuestra propia seguridad, para hacer y mantener a las potencias del Eje incapaces de renovar la tiranía y la agresión, y para obtener una paz y libertad basadas en la justicia y seguridad, a través de una cooperación internacional organizada y no agregándonos a un superestado. Esta organización debe desarrollar medios efectivos para prevenir o repeler la agresión militar». En su discurso de aceptación, Dewey insistió en estos puntos: «los norteamericanos estamos unidos con nuestros aliados hasta el límite de nuestros recursos materiales y de nuestra fuerza humana, dedicados a la exclusiva tarea de conseguir la victoria y el establecimiento de una paz firme y duradera. Esta vez –añadió, aludiendo al fracaso de Wilson– ganaremos también después de la guerra los fines por los cuales luchamos».

Los partidarios de Roosevelt pudieron decir con razón que para hacer la misma política del presidente, valía mucho más este, que

estaba más acostumbrado. Pero no habiendo diferencias esenciales en la política exterior, los republicanos trasladaban la lucha electoral a la política interior, lo que ya suponía por sí mismo un intento de dejar aquella en un segundo plano: una nueva forma cautelosa y disfrazada de aislacionismo. «La Administración nacional –decían en su programa– se ha convertido en una burocracia agobiadora, asfixiante, caracterizada por los abusos del poder ejecutivo, la fusión de las líneas de la autoridad, la duplicación del esfuerzo, las inadecuadas intervenciones y restricciones fiscales y una actitud de arrogancia nunca conocida en nuestra historia. Ha llegado el momento de restaurar la armonía en la gobernación, mediante el equilibrio de la responsabilidad legislativa y ejecutiva, mediante la eficacia y la economía, mediante la supresión del personal y de las oficinas innecesarias... Defenderemos una enmienda a la Constitución para impedir que una persona pueda ser presidente de los Estados Unidos por más de dos mandatos de cuatro años cada uno. Defenderemos la sumisión del Congreso a los estados». Por su parte, Dewey, en su discurso de aceptación, declaraba: «Las próximas elecciones pondrán fin al gobierno de un hombre solo en América», y señalaba como primera empresa del pueblo norteamericano después de la victoria «la reconquista en el interior del país de la libertad que habremos ganado fuera con tanto esfuerzo». Era una manera equivocada de plantear la lucha, pues si a pesar de ataques tan virulentos, Roosevelt ganaba la elección, ¿no significaría que la democracia norteamericana prefería el gobierno de un solo hombre a la armonía constitucional de poderes predicada por los republicanos?

Roosevelt, candidato demócrata

Para el partido demócrata no había problema en la designación de candidato. Tampoco tenía figuras brillantes; pero al menos disponía de una: el propio Roosevelt. No hubo, pues, discusión. Al final de una conferencia de prensa poco concurrida e insignificante por sus asuntos, el presidente, colocando un cigarrillo en su larga boquilla de marfil, dijo a los periodistas: «Ahora voy a leerles unas cartas». Eran una carta del presidente del partido demócrata preguntándole si

aceptaría la designación de candidato para las próximas elecciones presidenciales, y otra con su respuesta favorable. Los periodistas observaron que durante la lectura las manos de Roosevelt temblaban de emoción.

«Después de muchos años de servicio público –decía el presidente en su respuesta–, mis ojos miraban anhelosamente el día en que podría volver a mi vida privada, a mi casa a orillas del Hudson, libre de responsabilidades, libre también de la publicidad que en nuestra democracia sigue todos los pasos del jefe ejecutivo de la nación; pero todos somos soldados en esta guerra, y en consecuencia, debemos obedecer las órdenes de nuestro jefe supremo, que es el pueblo de los Estados Unidos».

Su programa, inmediatamente formulado, era: «Ganar la guerra total, definitiva e inequívocamente, con la mayor rapidez, en tal forma que nadie se arriesgue a provocar otra en un tiempo previsible; dar ocupación y decente nivel de vida a los hombres que vuelvan de las fuerzas armadas y a todos los americanos en general; proteger los derechos, libertades, privilegios y fortunas del que llamamos "americano medio", mediante un sistema económico establecido sobre una base humana más sana que el que encontré cuando fui elegido por primera vez».

La campaña electoral se desarrolló con toda clase de argumentos. Había quienes fundaban su oposición a Roosevelt en la necesidad de un cambio, previsto en la misma Constitución, que lo facilita y hasta recomienda mediante las elecciones cuatrienales. Pero había también los que, por el contrario, creían en la necesidad de no cambiar. «No se muda de caballo en medio de la corriente». La mayoría del pueblo americano pensaba que el presidente y su administración podían conseguir la victoria más rápidamente que Dewey y los republicanos; la creación de la enorme máquina de guerra, aplicada simultáneamente en Europa y en el Pacífico, certificaba la eficiencia de Roosevelt y sus colaboradores. Las familias con parientes en las fuerzas armadas temblaban amedrentadas ante la perspectiva de gente bisoña en la Administración. Argüían algunos

que si Roosevelt había sido el hombre de la guerra, no era el más apropiado para la paz. Pero la mayoría confiaba en su experiencia, acreditada en las negociaciones diplomáticas, en la óptima mezcla de idealismo y realismo de su mentalidad, en su inteligencia y hasta en su temperamento. Era, además, el arquitecto que había diseñado los planes de paz; debía apoyársele para que terminara su tarea. Esta era también la lucha entre el afán de constante mutación política de las democracias y el anhelo de continuidad para completar y perfeccionar una obra hasta su total acabamiento.

En un punto tenían razón los republicanos, aunque por haber empleado el argumento en todas las elecciones desde 1932 su fuerza se había embotado: la salud del presidente. «Washington tenía razón –dijo Dewey– cuando aseguraba que ningún organismo humano puede resistir más de ocho años el enorme trabajo de presidente de los Estados Unidos». En 1932 Roosevelt había tenido que sufrir un examen médico; en 1944, los médicos de la Casa Blanca prodigaban boletines optimistas, y el propio presidente quiso mostrarse al pueblo paseando en auto por las calles de Nueva York, apenas sin escolta a los lados del carruaje. «El pueblo quiere ver que no estoy enfermo –dijo–, y deseo que me vea a su gusto».

Si el partido demócrata sintió el mismo temor, más bien le indujo a prescindir en la candidatura vicepresidencial de Wallace –vicepresidente en los años anteriores, favorito de Roosevelt para este cargo y hombre de acusada personalidad e ideas reformadoras–, para volver a la tradición de los vicepresidentes opacos, honrados y recios. En tal concepto fue elegido Truman, que habría de ser el Coolidge de Franklin D. Roosevelt, y probablemente no el Teodoro Roosevelt de Mac Kinley.

La cuarta victoria

La campaña electoral de Roosevelt fue muy breve. Sin embargo, bastó para convencer al pueblo norteamericano de que Dewey no tenía estatura para competir con el presidente. De haber hecho

Roosevelt una propaganda algo más intensa, la votación a favor de su rival hubiera sido mucho menor.

Para anunciar el resultado electoral, el *New York Times* había instalado en la cima de su edificio un gigantesco reflector. Haces luminosos dirigidos hacia el norte indicarían la victoria de Roosevelt; hacia el sur, la de Dewey. En la noche del 7 de noviembre el reflector disparó su luz al norte: Roosevelt había derrotado a Dewey incluso en el estado de Nueva York, donde aquel obtuvo 3.233.467 sufragios contra 2.907.618. En el conjunto del país, Roosevelt reunía 27.241.939 votos contra 22.327.226; 414 compromisarios contra 118; 35 estados contra 13. En la Cámara de Representantes y en el Senado el partido demócrata conseguía mayorías «confortables». Aunque menor el triunfo que en 1932 y 1936, contra Hoover y Landon, y semejante al de 1940 contra Willkie, era de dimensiones inesperadas. Gran número de electores votó, como siempre, por convicción y tradición hereditaria, a su partido; pero muchos republicanos lo hicieron a favor de Roosevelt como presidente, aunque votasen por correligionarios para los demás cargos. Y también en esta elección se desvaneció casi por completo, al conjuro de la personalidad de Roosevelt, la antigua y clara línea divisoria entre estados republicanos y demócratas.

Antes de las elecciones sentíase el temor de que Roosevelt corriese la misma suerte que Wilson, triunfante en Europa y derrotado en su país por el Congreso. Pero en las elecciones de 1944, las primeras desde la entrada de los Estados Unidos en el conflicto, el pueblo aprobaba la guerra, el plan de victoria total e incontestable, con rendición incondicional del enemigo y castigo de los culpables de guerra, y la organización mundial de paz y seguridad con fuerza militar dispuesta a imponerlas. Saltaba sobre las limitaciones de tiempo recomendadas por la Constitución y consagradas por la tradición; no le importaban ya ni los tres ni los cuatro mandatos. Quebrantaba todos los mecanismos y, en suma, quería ser gobernado por una gran figura humana: Franklin D. Roosevelt.

XXXVI. LA CONFERENCIA DE YALTA

Cooperación en la paz

El mensaje anual de Roosevelt al Congreso (6 de enero de 1945) fue una reafirmación de toda su política de cooperación prolongada hacia la paz. «Este año –decía– puede ser el de mayores realizaciones en la historia de la humanidad; puede ser el final definitivo del reinado nazi-fascista en Europa y la concentración de nuestras fuerzas sobre el maligno poder del Japón imperialista; puede y debe ser, además, el comienzo sustancial de la organización de la paz mundial. Nos proponemos permanecer juntos con las Naciones Unidas, no solo durante la guerra, sino durante la paz, por la cual combatimos. No nos une solamente un peligro común, sino una esperanza también común... Cuanto más cerca estamos de vencer a nuestros enemigos, más conscientes somos de las diferencias que existen entre los victoriosos. No debemos permitir que esas diferencias nos dividan y nos cieguen para nuestros más importantes, comunes y continuos intereses de ganar la guerra y edificar la paz... No hemos eludido nuestras responsabilidades militares en el curso de la guerra; no eludimos ni eludiremos las responsabilidades políticas que sigan a la contienda». En el mismo sentido se expresaba en el mensaje sobre el nuevo presupuesto: «Hemos aprendido que así como los Estados Unidos no pueden ser aislacionistas en su filosofía política, tampoco pueden soportar los malignos efectos del aislacionismo

económico». Recomendó el programa de Bretton Woods como una manera de emplear los enormes recursos americanos para fortificar y enriquecer el comercio mundial y elevar el nivel de vida, y añadió nuevas proposiciones para alimentar las facultades de préstamos del Banco Americano de Importación y Exportación y suprimir las restricciones de la Ley Johnson, que prohíben empréstitos a los países que no pagaron las deudas de la guerra anterior.

El 20 de enero tomaba posesión de su cargo para el cuarto mandato en una ceremonia breve y sencilla, a la que solo fueron invitadas seis mil personas, en vez de las cien mil que solían acudir. Al almuerzo asistieron escasamente dos mil, y se redujo a ensalada, pollos, huevos duros, tarta y café, tomados de pie en el *buffet*. No había camareros suficientes para el servicio ni se pudieron reunir más de doscientos pollos. En su discurso, después de jurar por cuarta vez sobre la vieja Biblia familiar, insistió sobre las mismas ideas: «Hemos aprendido varias lecciones a gran costa; hemos aprendido que no podemos vivir aislados; hemos aprendido a ser ciudadanos de un mundo, miembros de una comunidad humana, que no pueden vivir como avestruces o perro en garita. Hoy conocemos la exactitud de esta simple verdad enunciada por Emerson: "El único camino para tener un amigo es ser amigo"».

Pero en todas estas alocuciones señalaba un peligro tan grave como el aislacionismo y el imperialismo: el perfeccionismo, el afán de hacer perfecta la obra desde el primer momento, que muchas veces ha impedido hacerla y hasta iniciarla. «Lo mejor es enemigo de lo bueno», se ha dicho, y en la guerra anterior el perfeccionismo constituyó un disfraz del aislacionismo. En realidad, el propio Wilson era un perfeccionista al atribuir validez universal a unos cuantos principios generales de política, sin tener en cuenta la infinita complejidad y diversidad de los negocios humanos, cada uno de los cuales exige un tratamiento también diferente. Contra el perfeccionismo rígido y racionalista, Roosevelt erigía el empirismo, el tino, la política: «Podremos cometer errores, seguramente los cometeremos; pero lo importante es que no procedan ni de la debilidad del corazón ni del abandono de los principios morales».

No volvería a producirse «la muerte de una teoría por un hecho», que fue la tragedia de Wilson. Toda la polémica posterior en torno al plan de Dumbarton Oaks y los acuerdos de Yalta sería la lucha entre el perfeccionismo utópico y el empirismo político, entre lo mejor imposible y lo bueno posible.

El plan de Dumbarton Oaks

En mayo de 1944, el secretario norteamericano de Estado, Cordell Hull, había llamado a los embajadores de Inglaterra, Rusia y China a Washington para comunicarles que el gobierno de los Estados Unidos creía llegado el momento de comenzar las conversaciones preliminares sobre la organización internacional para el mantenimiento de la paz. Resultado de ellas fue la Conferencia de Dumbarton Oaks, reunida el 1 de octubre del mismo año, donde quedó establecido por las delegaciones de las cuatro grandes potencias aliadas un plan que serviría de base para los debates entre todas las Naciones Unidas.

Su primera diferencia con el Pacto de la Liga de Naciones era constituir un instrumento independiente, sin conexión con el tratado de paz. La guerra continuaría hasta la rendición incondicional de los agresores sin que ninguno de los principios del plan interfiriese para mitigar las consecuencias de la derrota. Solo después del aniquilamiento de la potencia militar y política de Japón y Alemania podía pensarse en una verdadera organización de paz, libre de nuevos peligros. La segunda diferencia estribaba en el empleo de la fuerza para cortar las amenazas contra la paz. En el Pacto de la Liga de Naciones se recomendaba la acción militar, pero esta recomendación no significaba nada en la práctica. En cambio, en el plan de Dumbarton Oaks, el Consejo de Seguridad queda facultado «para emprender cualquier acción aérea, naval o terrestre que fuese considerada necesaria». A este fin, todos los Estados miembros de la organización «se comprometerían a poner a disposición del Consejo de Seguridad fuerzas armadas, facilidades y la asistencia necesaria», y «a fin de poder adoptar urgentemente medidas militares por la

organización, serían facilitados inmediatamente por los Estados miembros contingentes de sus fuerzas aéreas nacionales para una acción combinada internacional». El plan aconseja la formación de un Comité de Estado Mayor Militar, constituido por los jefes de los Estados Mayores de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

Asimismo, mientras el Pacto de la Liga prescribía «la reducción de los armamentos nacionales a la cantidad mínima compatible con la seguridad nacional» –mínimo que solo las propias naciones podían fijar, y así, ninguna lo fijó–, el plan de Dumbarton Oaks asigna al Consejo de Seguridad, con asistencia del Comité de Estado Mayor Militar, «la responsabilidad para formular planes al objeto de establecer un sistema de regulación de armamentos». Así, pues, sería la organización internacional quien señalase la cantidad y calidad de los armamentos.

En otro punto se modificaba también el Pacto de la Liga. En Ginebra, los acuerdos tenían que ser tomados por unanimidad, las decisiones importantes habían de ser ratificadas por todos los miembros del Consejo o de la Asamblea. En la práctica equivalía a la imposibilidad de tomar acuerdo y a fomentar la manipulación de las grandes potencias sobre los pequeños países. Según el plan de Dumbarton Oaks, los acuerdos importantes de la Asamblea se tomarán «por mayoría de las dos terceras partes de los presentes», y en el Consejo, los referentes a procedimientos, por el voto de siete miembros cualesquiera, y los referentes a las demás materias, también por siete votos, pero a condición de que en esos siete estén incluidos los miembros permanentes: Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y China, y en el momento oportuno, Francia. También en el nuevo plan se delimitan claramente las funciones del Consejo y de la Asamblea, que en Ginebra se confundían hasta ser las mismas. En Dumbarton Oaks se atribuyó al Consejo «la responsabilidad primordial en el mantenimiento de la paz», mientras que a la Asamblea competiría «la discusión de todas las cuestiones relativas al mantenimiento de la paz y seguridad internacionales». En resumen: corresponderían a la Asamblea los debates, y al Consejo, la acción.

Pero aún existe otra diferencia más esencial: «Es la constante labor de toda sociedad humana –escribía *The Times* en un luminoso editorial– reconciliar los dos anhelos de libertad y orden, de suerte que ni la libertad degenere en anarquía ni el orden en tiranía... Los fundadores de la Liga de Naciones fueron tan cuidadosos de los derechos de las naciones, que fracasaron en su intento de conseguir un orden efectivo. Los patrocinadores del proyecto de Dumbarton Oaks han querido evitar el mismo error..., y al hacerlo han suscitado en muchos el opuesto reproche de exaltar el orden a expensas de los derechos de las naciones. Las recientes críticas... tienden a suponer que un acuerdo de la máxima complejidad no puede ser alcanzado por el estudio de la situación internacional existente, sino por la enunciación a priori de ciertas ideas y ciertos principios sencillos, los cuales deben gobernar una perfecta comunidad mundial». Estos principios son fáciles de ser comprendidos y obedecidos en una nación o un grupo de naciones ligadas por intereses, tradiciones, sentimientos o intereses comunes o semejantes. «Una sociedad mundial marcada por tal grado de unidad e integración, que sería el único sistema de gobierno mundial practicable basado en tales principios, es una idea por la cual es legítimo y necesario trabajar. Pero suponer que esa sociedad ya existe y que tales principios pueden ser aplicados aquí y ahora es una hipótesis infundada... El criterio que debe aplicarse a proyectos tales como los de Dumbarton Oaks y de la Conferencia de Crimea no es si están conformes con los altos principios formulados a través de las edades por los filósofos políticos, ni si están conformes con los principios de la democracia tal como son aplicados en los países modernos más avanzados. Tal nivel no puede ser alcanzado por una sociedad todavía en su infancia y casi enteramente desprovista de aquellas tradiciones y fuerzas integradoras que han hecho posible la democracia en unas cuantas unidades nacionales favorecidas y establecidas desde hace largo tiempo. La cuestión es saber si en el presente estado primitivo de la sociedad internacional organizada el sistema propuesto garantiza la esperanza de éxito allí donde el Pacto de la Liga fracasa: en el establecimiento del orden internacional respaldado por suficientes medidas de fuerza. El mantenimiento del orden es la primera tarea de cualquier género de gobierno; únicamente cuando el orden está

asegurado pueden comenzar las funciones más constructivas. Así ha sido como se han desarrollado todas las formas de sociedad ordenada. Las instituciones democráticas, más que ninguna otra forma de gobierno, han sido el producto de una evolución. Las constituciones duraderas, escritas o no, han sido siempre el producto de una cuidadosa ponderación de las fuerzas reales existentes en las sociedades por la cual fueron hechas. La idea de una constitución basada únicamente en el derecho y la justicia, y realizada por un inspirado legislador, pertenece al reino del mito, no a la historia».

Así, en el plan de Dumbarton Oaks, en lugar de establecer la igualdad jurídica de todos los países, fracasada en Ginebra, se reconoce la preponderancia de las grandes potencias como hecho indiscutible que más vale establecer francamente en el sistema que disfrazar hipócritamente bajo la máscara de principios ideales que serían quebrantados. Por otra parte, la nueva Sociedad de Naciones no trata de dirimir cuestiones de derecho y justicia internacionales; el Consejo de Seguridad únicamente determinará si la continuación de un litigio «puede poner en peligro el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales»; solo cuando los litigantes no puedan resolver su pleito «por negociación, mediación, conciliación, arbitraje o arreglo judicial o por otros medios pacíficos a su elección» y «el fracaso de la solución de una disputa constituya una amenaza para la paz», podrá intervenir para conjurarla con «las medidas necesarias». Así, pues, el plan evita enfocar jurídicamente problemas que son esencialmente políticos y que, por tanto, exigen también soluciones políticas, semejantes a las que se buscan, por ejemplo, en un Parlamento para llegar a un acuerdo entre partidos. En suma, la finalidad del plan es, más que la justicia y el derecho puros, la conservación del orden internacional como premisa inexcusable para la realización posterior de aquellos principios ideales. Únicamente sobre la base de un orden bien asentado puede surgir con el tiempo el derecho internacional que hoy no existe. De la experiencia de esas soluciones políticas particulares, que pueden ir aproximándose cada vez más a normas jurídicas generales, es de donde acaso surja el derecho internacional futuro con su código y

su jurisprudencia, para dirimir en el futuro los conflictos entre los pueblos con arreglo a principios.

Si tenemos en cuenta cuanto queda dicho, a lo largo de este libro sobre la mentalidad a la vez idealista y realista de Roosevelt –que es, por su parte, el alquitaramiento de la mentalidad norteamericana desde el tiempo de los Padres Peregrinos–, podemos calibrar su importante participación en los planes para la organización futura de la paz. Demasiado mucho y demasiado pronto era para él tan peligroso como demasiado poco y demasiado tarde. Siempre había sido enemigo del *perfeccionismo*, que a pretexto de querer *todo*, se queda sin *nada*. Siempre había preferido, a lo que se traza de golpe sobre el papel, lo que nace y se desarrolla por sus pasos contados, a la manera de los organismos naturales.

Los «tres grandes», en Crimea

El plan de Dumbarton Oaks sufrió algunas enmiendas o complementos en la Conferencia de Crimea, reunida en Yalta el 1 de febrero de 1945, a la que acudieron Churchill desde Londres, Rossevelt desde Wasghinton y Stalin desde Moscú. Como dijo después Churchill en la Cámara de los Comunes, «las dificultades que fueron surgiendo para la celebración de la Conferencia no hace falta describirlas; el hecho de que, a pesar de todos los modernos medios de comunicación, hayan transcurrido catorce meses entre Teherán y Yalta, basta para dar una idea de esas dificultades». La principal sería, sin duda, la resistencia de Stalin a todos los compromisos internacionales, a pesar de no ser nunca para él obligatorios e inquebrantables. Fueron sus aliados los que otra vez tuvieron que atravesar los mares.

En Yalta se llegó a la estrecha cooperación y sincronización estratégica que imponía la aproximación de los frentes oriental y occidental. Se acordó también el régimen de ocupación y control de Alemania. «La rendición incondicional –dijo después Roosevelt al Congreso– no significa la destrucción o esclavización del pueblo

alemán... Significa un control provisional del país por la Gran Bretaña, Francia, Rusia y Estados Unidos. Cada una ocupará y controlará una zona separada de Alemania, y la administración de las cuatro zonas será condicionada en Berlín por una Comisión de control compuesta por representantes de las cuatro naciones. Significa el fin del nazismo, del partido nazi y de todas sus leyes e instituciones. Significa un castigo justo y rápido de los criminales de guerra y el riguroso y completo desarme y destrucción del militarismo y de la producción de armamento. Significa que Alemania tendrá que hacer reparaciones proporcionadas a los daños sufridos por las víctimas de su agresión; reparaciones en especie, fábricas, maquinarías, material de transporte, para evitar el error cometido en la guerra anterior de pedir reparaciones en forma de dinero, que Alemania nunca podría pagar. Nuestra finalidad al ocupar Alemania es muy sencilla: asegurar la paz del mundo futuro, porque una larga experiencia ha demostrado que dicho objetivo es imposible si Alemania puede conservar cualquier capacidad que le permita preparar una guerra agresiva».

Pero los dos acuerdos de Yalta más discutidos fueron las decisiones sobre Polonia y sobre el procedimiento de votación en la futura organización internacional. Acordose en el primero la formación de un nuevo gobierno provisional de base más amplia que los de Londres y Varsovia, formado por representantes de los partidos democráticos polacos del interior y del extranjero, y comprometido a convocar elecciones libres sobre la base de sufragio universal y voto secreto. «Los tres jefes de gobierno –decía el acuerdo– consideran que la frontera oriental de Polonia debe seguir la línea Curzon, con algunas modificaciones, de cinco a ocho kilómetros, en favor de Polonia, y que esta debe recibir anexiones importantes de territorio en el norte y el oeste». En el norte, según explicaciones posteriores, Dánzig y la mayor parte de Prusia Oriental y una amplia extensión costera en el Báltico; en el oeste, la provincia industrial alemana de la Alta Silesia, y todas las regiones situadas al este del Oder que en la conferencia de la paz se considere conveniente separar de Alemania.

Este acuerdo territorial suscitó la inmediata protesta del gobierno polaco de Londres, que consideró la línea Curzon como un nuevo reparto de Polonia, «realizado esta vez –dijo su presidente Arciszewski– por nuestros aliados sin consulta y sin nuestro consentimiento». Una gran parte de la opinión mundial lo juzgó una imposición de Rusia, aunque, a decir verdad, la línea Curzon había sido trazada –e incluso aceptada por Polonia– en momentos de peligro, cuando, a raíz de la anterior guerra europea, las tropas soviéticas avanzaban por su territorio. Churchill explicaría después que «el acuerdo de Crimea no es un proyecto confeccionado para ser impuesto por las grandes potencias al pueblo polaco, sino que expone la coincidencia de opinión de los tres principales aliados acerca de los medios por los cuales podrán ver cumplido su deseo de que se establezca una Polonia fuerte, libre e independiente... Las tres potencias están de acuerdo en que la aceptación por los polacos de las fronteras fijadas en el este y oeste es una condición esencial del establecimiento y bienestar futuro del Estado polaco».

Churchill y Roosevelt concedían menos importancia a la cuestión territorial que a la formación de un gobierno libre y soberano. Así lo declaró textualmente el *premier* inglés, que no dejó de reprochar a los polacos su sempiterna disconformidad, que los llevó a desaprovechar la promesa británica del año anterior y a favorecer con ello la formación del Comité de Lublín. Por su parte, el presidente norteamericano, en su informe al Congreso, se refirió exclusivamente al acuerdo sobre el gobierno de unidad polaca, omitiendo toda alusión a las fronteras. En definitiva, todos los acuerdos fueron infructuosos. Rusia interponía toda clase de obstáculos a la formación del nuevo gobierno; después de haber detenido su avance a quinientos metros de los patriotas polacos que luchaban en Varsovia, perseguía a los miembros de las fuerzas clandestinas antialemanas; detenía y procesaba a las personalidades políticas polacas, llevadas a Moscú con el pretexto de negociaciones políticas sobre el nuevo gabinete, y firmaba un pacto con el gobierno rusófilo de Varsovia, no reconocido por los demás aliados. El problema secular de una Polonia verdaderamente libre quedaba puesto en el mismo punto de difícil, acaso imposible, resolución,

en que el desgraciado país se ha encontrado a lo largo de la historia siempre que alguno de sus principales vecinos dispuso de un gran poderío militar.

«Las bases de una organización internacional de paz y seguridad –decía el comunicado oficial de la Conferencia– fueron establecidas en Dumbarton Oaks. Sin embargo, no se llegó entonces a un acuerdo acerca de la importante cuestión del procedimiento de votación. En la presente Conferencia han podido ser resueltas las dificultades. Hemos convenido en que sea convocada una Conferencia de las Naciones Unidas, que deberá reunirse en San Francisco el 25 de abril de 1945, para preparar la Carta de dicha organización siguiendo las líneas propuestas en Dumbarton Oaks». Ni Churchill ni Roosevelt explicaron en sus informes al Parlamento de Londres y al Congreso de Washington el acuerdo sobre el procedimiento de votación. Churchill lo aludió con estas palabras: «A las grandes potencias ha de corresponder el peso principal del mantenimiento de la paz y la seguridad; la nueva organización mundial deberá tener en cuenta esa especial responsabilidad de las grandes potencias, y por tanto, ha de ser estructurada de manera que no comprometa la unidad o la capacidad de acción efectiva de aquellas».

La fórmula adoptada en Crimea era el reconocimiento del derecho de veto de las grandes potencias a la aplicación de sanciones contra ellas mismas. Pero este veto, en que las pequeñas naciones vieron un privilegio que permitía a las grandes atacarlas, «está implícito –dice un comentarista– en la naturaleza misma de cualquier organización internacional, puesto que si se ha llegado a una fase en que una disputa que afecta a una gran potencia no fuera ya susceptible de resolverse por discusión, eso sería lo más que podría hacer una organización internacional; el plan de Dumbarton Oaks parte del hecho indiscutible de que el Consejo de Seguridad funcionará solo en tanto que las tres potencias mayores puedan resolver sus diferencias por el procedimiento de discusión». Pero puede esperarse que por la actuación conjunta en el Consejo de Seguridad se engendre entre las grandes potencias el sentimiento de su responsabilidad colectiva en la dirección del mundo.

En este aspecto, también el plan de Dumbarton Oaks es idealista en cuanto promete el desarrollo de una organización internacional de paz; pero es realista en cuanto que no se sitúa anticipadamente en el tiempo futuro en que la organización llegue a su perfección teórica –vicio de todas las concepciones utópicas– sino que parte de los hechos actuales tal y como son, sin prometer más de lo que puede dar.

Chapultepec

Más gratos serían, sin embargo, para Roosevelt los resultados de la Conferencia de Chapultepec, reunida el 21 de febrero y cerrada el 9 de marzo de 1945, a la que asistieron Stettinius, nuevo secretario de Estado por dimisión de Cordell Hull, y todos los ministros de Negocios Extranjeros de las demás Repúblicas americanas, excepto Argentina y El Salvador. Para Roosevelt, la declaración de Chapultepec era la culminación de su política de buena vecindad, iniciada durante su primer mandato entre el entonces justo recelo de todos los países hispanoamericanos. En ella quedó fuertemente establecida la unidad del continente ante cualquier agresión o amenaza de agresión y ante cualquier problema económico. En Chapultepec, «Bolívar –ha dicho el doctor Rodolfo Reyes– superó a Monroe...; la supernacionalidad americana ha dado su primer vagido vital». Con ello proporcionaban los países americanos un modelo de unión humana sin alianzas políticas al viejo estilo, capaz de sustituir el antiguo patrón de las esferas de influencia, cada una de ellas dominada por una gran potencia. Y además, un procedimiento para facilitar el mantenimiento de la paz por la organización mundial.

Walter Lippmann expresaba mucho antes de la reunión de Chapultepec estas ventajas con una argumentación que, en resumen, es la siguiente: según Wilson, las relaciones extranjeras de un Estado son competencia igual de todos los Estados. Pero ¿no es absurdo que en una disputa entre la Argentina y Bolivia intervengan Irán o Nueva Zelanda? En cambio, no lo sería la participación de las naciones del continente americano. Si Irán, China, Rusia, interviniesen, o

si Bolivia, volviendo la espalda a sus vecinos, llamase a Rusia y China, la disputa se complicaría con otras disputas en otras partes; Gran Bretaña y Francia tendrían que intervenir, y así el litigio iría hinchándose hasta acabar en pleito mundial[88]. Los problemas regionales deben ser tratados primeramente dentro de la organización regional; la intervención de gobiernos no vecinos –o del Consejo de Seguridad, si existe una organización mundial– ha de reservarse, como último recurso, para cuando la organización regional no logre una solución pacífica. Y esta es, en definitiva, la fórmula por la cual el sistema regional de Chapultepec ha sido incluido en el sistema general de las Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco, con cierta oposición por parte de Rusia, más inclinada a alianzas y esferas de influencia.

No sabemos cuál habría sido el mapa futuro de la política internacional si en esta guerra hubieran intervenido únicamente las viejas potencias europeas, entre las que incluimos a Rusia: es probable que no se hubieran modificado los moldes, procedimientos y resortes. Pero la entrada a fondo en la política internacional del joven pueblo norteamericano bajo la guía de Roosevelt significa un cambio radical: «el fin del sistema de la acción unilateral, de las alianzas exclusivas, de las esferas de influencia y de los equilibrios de poder, que se han ensayado en el curso de los siglos y que siempre han fracasado», como dijo Roosevelt. Los Estados Unidos han entrado y salen de esta guerra sin haber trabado una alianza formal con ninguno de sus compañeros de lucha, y en cambio, comprometidos únicamente en una organización general de paz. Es difícil prever si alguno de estos resortes, como el equilibrio de poder, inventado por el pensamiento mecánico-político de Inglaterra y nacido de su sabio empirismo, podrá ser completamente eliminado. Por de pronto, después de terminada la guerra en Europa, continúa en la estrecha colaboración de Inglaterra y Estados Unidos frente a Rusia; pero también puede ocurrir que quede incluido de algún modo dentro del organismo mundial de seguridad.

[88] Estas objeciones de Lippmann se encuentran recogidas en el decimocuarto capítulo de su *U.S. War Aims*, cit. (N. del Ed.)

Para los Estados Unidos, «la Conferencia de Crimea –decía el presidente– significa un viraje decisivo. Pronto se presentará al Senado de los Estados Unidos y al pueblo norteamericano la gran decisión, que determinará el destino de los Estados Unidos –y del mundo– en las generaciones venideras. No puede haber en esto términos medios: tendremos que asumir la responsabilidad de una colaboración mundial o cargar con la responsabilidad de un tercer conflicto universal». Con estas palabras Roosevelt abría de par en par al pueblo norteamericano el horizonte de un gran futuro... Pero en el mismo umbral tuvo que dejarle: la muerte había ganado la carrera a la victoria por «un largo de cuello».

XXXVII. ¡OH CAPITÁN, MI CAPITÁN!

Signos de cansancio

«Es bueno estar de nuevo en casa; fue un largo viaje», había dicho Roosevelt al Congreso a su vuelta de Crimea, con la voz fatigada y un enorme deseo de descanso. Durante la travesía –doce mil kilómetros entre ida y vuelta– se le había muerto el fiel Watson, su brazo derecho, en sentido metafórico y literal, porque en él se apoyaba para caminar. La muerte había herido ya al más próximo. Pero el presidente no podía descansar. Las tropas rusas habían llegado al Oder, frente a la capital del Reich; las angloamericanas, después de Cruzar el Rin (23 de marzo de 1945), corrían por tierras alemanas hacia Brema, Hannover, Leipzig, Nuremberg, rumbo a Berlín, rumbo a Viena, para enlazar con los rusos, que la habían conquistado. Los problemas políticos -Austria, Polonia, Yugoslavia- se multiplicaban. Se acercaba la victoria; estaba próximo también el difícil momento en que a la comunidad de la guerra sigue la disputa de intereses. Todas las noches era preciso interrumpir varias veces el sueño del presidente. Durante las conferencias de prensa los periodistas veían en un rincón de la sala la silla de ruedas del presidente, que antes permanecía oculta, como todas las demás alusiones a la enfermedad de sus piernas. A un indiscreto que le preguntó si había empeorado, respondió Roosevelt: «Ahora

necesito ahorrar todas las fuerzas posibles para emplearlas en algo más importante que pasear».

Las últimas fotos y noticiarios nos habían presentado un Roosevelt desconocido, súbitamente envejecido, casi el espectro de sí mismo: el pelo, lacio y blanco; la nariz, afilada; los ojos, hundidos; las sienes, cavadas, porque por ahí es por donde comienza su trabajo de azada la muerte, escultor impaciente que no espera a marmorizar con su frío la materia humana para tallarla, con su implacable cincel en el más fuerte estilo estatuario conocido que revela la misma mano en millones y millones de ejemplares. «En Yalta –diría después Churchill– no habían abandonado al presidente su cautivadora sonrisa, sus encantadoras maneras; pero su rostro tenía una transparencia, un aire de purificación, y en sus ojos había a menudo una mirada lejana, que me produjeron una indefinible sensación». Rompan los norteamericanos los retratos del Roosevelt juvenil y optimista y conserven con devota emoción la imagen de este rostro dolorosamente feliz del hombre que ve, después de extenuarse en ella, cumplida su tarea de dar a su país un destino que antes no tenía. En ellos es donde aparece esa mezcla de voluntad consciente y profunda fatalidad que gobierna toda gran vida humana.

Desde Yalta padecía Roosevelt una leve gripe que no lograba sacudirse. Los periodistas hablaban de su rostro cansado; pero ningún síntoma alarmaba a los médicos. Solo dos personas, entre las más próximas, advirtieron el mal. Donald Nelson dijo después de una visita a la Casa Blanca: «Me sorprenderá mucho que el presidente viva más de dos meses». Y el *speaker* de la Cámara: «Una gran desgracia amenaza a este país: el presidente está agotado». Hasta el 8 de abril no pudo Roosevelt retirarse a descansar en el *bungalow* que había construido en la Montaña de los Pinos, cerca de los benéficos manantiales de Warm Springs.

¿Qué oscuro presentimiento le llevó dos días antes de su muerte a la cumbre de la Montaña de los Pinos? Después de rogar a sus acompañantes que le dejasen hasta oír su llamada con la bocina del automóvil, «permaneció en la cima –dijo después el reverendo

Harry, pastor de la Iglesia presbiteriana de Warm Springs– dos horas a solas en comunión con Dios, un gran peso de guerra y paz en su corazón».

«Me duele la cabeza»

El 12 de abril Roosevelt despachó su correo como todos los días: más de cien documentos, que examinaba cuidadosamente y firmaba por su propia mano. Después de su frugal comida –los alimentos ya no le sabían a nada–, sentose para que un dibujante le hiciera un apunte. Súbitamente llevose mano hacia la nuca y perdió el sentido. «Me duele horriblemente la cabeza», fueron sus únicas palabras. Dos horas y media después, a las tres y treinta y cinco minutos, había muerto. «Una fuerte hemorragia cerebral ha sido la causa», dijo el doctor Bruen.

«Murió sobre el arnés», diría después Churchill. «Cumplió con su deber hasta el final –telegrafió su viuda a sus hijos. Es una gran desgracia, tanto para nosotros como para los Estado Unidos y el mundo –añadió». «Cuando se ha vivido durante muchos años con las pérdidas y los daños que hoy afligen al mundo –escribiría después–, todo dolor personal parece disolverse en la tristeza general de la humanidad». Pero también, en medio de las tribulaciones de la guerra, todo el mundo sintió un dolor personal. El acento de intimidad humana puesto por Roosevelt en todos su actos y palabras no se había perdido; calladamente había labrado su camino en los corazones y ahora resonaba dentro de ellos. Todo hombre comprendió que se le había muerto un amigo distante. Se tuvo la sensación catastrófica de que todo iba a detenerse: la guerra, la victoria y la paz.

Pocos minutos después de la muerte juraba sobre la Biblia el cargo de presidente el vicepresidente Truman, el hombre que por las noches despertaba con la pesadilla de haber sido llamado súbitamente a la Casa Blanca. La transmisión de poderes se realizó en el acto: el mecanismo político quedaba engranado automáticamente y seguía

su marcha, sin más pausa que la indispensable para el cambio de ruedas. «La política exterior norteamericana continuará tal como fue definida por el fallecido presidente», declaró al instante el secretario de Estado Stettinius para tranquilidad del mundo estupefacto. Todo seguía igual: los ejércitos marchaban hacia la victoria, los gobiernos preparaban la paz. La máquina no se detenía; solo se había parado el latido de un corazón generoso; pero no hubo hombre que no creyera percibir en seguida un estrépito más rudo en la guerra y el ruido de fricciones y asperezas en la paz.

El entierro

Al día siguiente salió el fúnebre cortejo de Warm Springs. Junto al edificio del balneario formaban los niños enfermos de parálisis infantil –muchos de ellos sus amigos íntimos– para despedir a su hermano mayor en la dolencia, su maestro de energía. Un negro, Graham Jackson, que había divertido muchas veces al presidente con su acordeón, tocó su pieza favorita: *Going home* (*Vuelta al hogar*). No tenía más modo de expresar su pena, como aquel titiritero de la Virgen del cuento de Anatole France, que, falto de oraciones, no supo hacer otra cosa ante el altar que su mejor cabriola. A los lados de la vía, en el camino hacia *Hyde Park*, acudían silenciosos los campesinos, los obreros de las fábricas, con las cabezas descubiertas, los ojos sorprendidos de estupor. «Toma, féretro, que pasas lentamente: te ofrezco mi ramo de lilas», había dicho Walt Whitman en el entierro de Lincoln, y ramos de lilas primerizas caían sobre el tren. El féretro fue enterrado en la finca familiar al son de un solo clarín y al apagado redoble de tambores enlutados. Tres estuches con tierra de Cuba, Haití y Santo Domingo, llevados en avión, fueron depositados en la misma tumba. Un cañón lejano disparó veintiún cañonazos; cadetes de West Point hicieron tres descargas de fusil. El silencio humano solo fue roto por el grito desgarrador de una niña..., el grito de las generaciones futuras.

Allí, en un seto de rosas –las rosas de los Roosevelt–, descansa para siempre el cuerpo del presidente, en el paisaje de su niñez, en el mismo sitio donde vivieron sus antepasados, acunado por la dulce voz del Hudson, en cuyas orillas desembarcó, en 1613, su primer abuelo conocido, el pequeño Claes Martinzsen. En su testamento dejaba por toda fortuna el mismo millón de dólares heredado de su madre.

Había estado tanto tiempo en la Casa Blanca y llevado tan personalmente los asuntos públicos, que el pueblo norteamericano no podía imaginarse que ya no estaba sentado como siempre en su sillón del despacho oval. Nueva York, la ruidosa metrópoli, se envolvía en silencio. Por la Quinta Avenida circulaba una multitud asombrada, estupefacta. Las mujeres vestían trajes de luto y los hombres corbatas negras. Las iglesias se llenaban de gente. En la Bolsa se rezó un oficio religioso. A las cuatro de la tarde, hora del entierro, todo el país, espontáneamente, sin requerimiento oficial, guardó un minuto de silencio. La gente, en las calles, se detuvo con la cabeza descubierta bajo la lluvia. Paró el tráfico; pararon los trenes subterráneos y los elevados; pararon las fábricas, factorías y arsenales. Los telegrafistas transmitieron la palabra «Silencio»; se interrumpieron las conversaciones telefónicas; cesó todo movimiento en los aeropuertos. Tras la breve asistolia, la máquina volvió a marchar para proseguir la obra de Franklin D. Roosevelt. Aquella noche los periódicos suprimieron los anuncios en señal de respeto. De todos los elogios, sin duda él habría preferido este: «Uno de los muchos hombres que dieron su vida en esta guerra».

8 de mayo: Día de la Victoria. Multitudes aplauden y gritan en Londres, en París, en Bruselas, en Nueva York. Entretanto, en la profundidad del alma norteamericana, alguien recitaba lentamente aquel poema: *O Captain!*, *my Captain!* escrito por Walt Whitman en la muerte de Lincoln, desaparecido también cuando alcanzaba la gloria del triunfo:

O Captain!, my Captain!, our fearful trip is done,
The ship has weather'd every rack, the prize we sought is won.
The port is near, the bells I hear, the people all exulting,
While follow eyes the steady keel, the vessel grim and daring;
But O heart!, heart!
O the bleeding drops of red,
Where on the deck my Captain lies,
Fallen, cold and dead.

O Captain!, my Captain!, rise up and hear the bells:
Rise up -for you the flag is flung- for you the bugle trills,
For you bouquets and ribbon'd wreaths -for you the shores
[a crowding.
For you they call, the swaying mass, their eager faces turning!
Here, Captain!, dear father!
This arm beneath your head!
It is some dream that on the deck,
You've fallen, cold and dead.

My Captain does not answer, his lips are pale and still,
My father does not feel my arm, he has no pulse nor will,
The ship is anchor'd safe and sound, its voyage closed and done,
From fearful trip the victor ship comes in with object won;
Exult, O shores! and ring, O bells!
But I with mournful tread,
Walk the deck where my Captain lies,
Fallen, cold and dead[89].

[89] ¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha terminado, / la nave ha salvado todos los escollos, hemos ganado el anhelado premio. / Cerca está ya el puerto; oigo las campanas y el pueblo entero que te aclama, / Siguiendo con sus ojos la poderosa nave, el audaz y soberbio bajel. / Mas, ¡ay, corazón!, ¡corazón! / Las rojas gotas caen lentamente / allí en el puente, donde mi capitán yace, /extendido, helado, muerto. // ¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Levántate y escucha las campanas. / Levántate: por ti flamean las banderas, por ti suenan los clarines. / Para ti son estos ramilletes y esas coronas adornadas; por ti hormiguean las multitudes en las playas. / Hacia ti se alzan sus clamores; hacia ti vuelven sus rostros anhelantes. / ¡Ven capitán! ¡Querido padre! / ¡Deja pasar mi brazo bajo tu cabeza! / Sin duda es un sueño que yaces sobre el puente / Extendido, helado, muerto. // Mi capitán no contesta. Sus labios están pálidos e inmóviles. / Mi padre no siente mi brazo. No tiene pulso ni voluntad. / La nave ha anclado sana y salva. Su travesía ha concluido. / La vencedora nave entra en el puerto, de vuelta de su espantoso viaje. / ¡Alegraos, playas! ¡Sonad, campanas! / Mientras yo, con tristes pasos, / recorro el puente donde yace mi capitán, / extendido, helado, muerto.

XXXVIII. EL DESTINO HISTÓRICO

Un Estado sin política

En los ciento sesenta y nueve años transcurridos a partir de la declaración de independencia, los Estados Unidos han pasado de ser una colonia europea al rango de primera potencia mundial. Todavía durante muchos decenios después de 1776 vivieron en régimen colonial. Una inmigración extranjera ininterrumpida suministraba la fuerza humana y colonizaba el país, trasladándose cada vez más hacia el oeste. Cuando tropezó con la barrera infranqueable del Pacífico hubo de atender a llenar el espacio interior conquistado; llenarlo de hombres, máquinas, cosas. La crisis económica de 1929 fue la señal del atestamiento. Hasta entonces los norteamericanos pudieron vivir apenas sin Estado, casi sin burocracia, sin ejército, sin una verdadera política exterior, dedicándose exclusivamente al desarrollo económico y al bienestar individual en un régimen de pleno liberalismo. Por no haber, casi no había tributos. El norteamericano no se sentía apretado en su interior ni desde fuera. La fuerza interna encontraba dentro de las fronteras espacio suficiente para expansionarse sin levantar presión. La situación geográfica del país eliminaba la amenaza exterior, que es uno de los factores más activos en la génesis de un sentimiento del Estado. Faltaba, como observa Charlotte Lütkens[90],

[90] En *Staat und Gesellschaft in Amerika*, Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1929. Vela cita siempre esta obra por la versión española de E. Diehl: Charlotte Lütkens, *El*

hasta esa sensación de roce y fricción con un Estado vecino poderoso, adversario o amigo, que promueve el sentimiento de nación. Cuando Jefferson dijo «el mejor Gobierno es el que menos gobierna» expresó una gran verdad relativa a los Estados Unidos, que solo para ellos valía, pero para ellos total y plenamente. Más que un principio político, era la descripción fiel de la realidad política norteamericana. «En el siglo XIX –ha escrito Walter Lippmann– carecíamos de los órganos que elaboran la política, simplemente porque no los necesitábamos»[91].

El Estado podía ser federal, y dentro de las características federales, lo más laxo y flojo que cabe imaginar. Los Estados Unidos no padecieron la mala suerte de toda nación europea, obligada a apretarse y combatir por su existencia desde el embrión. Cada individuo podía concentrarse totalmente en su carrera privada, eximirse de todo pensamiento y esfuerzo público, sin que peligrara por ello la vida nacional; antes, por el contrario, desarrollando sus fuerzas actuales y potenciales. «Las virtudes primarias, casi las únicas virtudes, eran la confianza en sí mismo, la iniciativa privada, la prudencia privada, el esfuerzo privado. Los negocios particulares constituían el interés predominante del pueblo». No existía, en fin, una empresa colectiva con fuerza propulsora hacia el interior o el exterior que pudiera asumir el Estado. El Estado no era más que el *sheriff*.

Aislacionismo político y *laissez faire* económico y social son las dos caras de una moneda; un mismo fenómeno, hacia fuera y hacia dentro. Significan ambos el abandono a las fuerzas naturales: aquel, la renuncia a todo designio exterior, en virtud de la privilegiada situación geográfica que ha dado al pueblo americano todo un continente, pletórico de riquezas y difícilmente atacable por un enemigo; este, la entrega confiada a las leyes económicas, que siempre se han mostrado favorables al desarrollo norteamericano. Siempre van juntos, el aislacionismo y el *laissez faire*, y así hemos visto a la oposición republicana combatir a la vez contra la política exterior y el *New Deal* de Roosevelt. Era este combate la lucha contra el

---

Estado y la sociedad en Norteamérica: contribución a la sociología del capitalismo, Madrid, Revista de Occidente, 1931. (N. del Ed.)

[91] Walter Lippmann, *op. cit*. (N. del Ed.)

hombre que se propuso dar al poderío norteamericano una finalidad más amplia y elevada que el beneficio individual en el interior del país; era también el deseo nostálgico de volver a una época –«la edad de la inocencia», que dijo el citado Lippmann[92]; la «era del instinto», de Frank[93]; un «estado de naturaleza», como el de Rousseau, si bien económico– en que no se exigía ningún esfuerzo público, los deberes para con la colectividad eran extremadamente ligeros y el Estado permanecía a la mayor distancia de las actividades personales.

Un pueblo sin destino

En esa «persecución de la felicidad» individual en un territorio extenso y ubérrimo, faltaba, pues, esa presión interior y exterior que da a los pueblos un destino, mezcla de libertad y fatalidad, que imprime una dirección, un sentido, una consistencia y una profunda lógica interna al devenir de los acontecimientos y los hace importantes, significativos e irreversibles. Donde hay libertad sin fatalidad no hay destino, porque ninguna dirección es inexorable; todas son viables. Donde rige solo la fatalidad, falta ese elemento de voluntad consciente que lucha contra los obstáculos y se abre paso entre ellos como un río. Después de la guerra civil, el pueblo norteamericano se dio a sí mismo un destino, el que llamó «destino manifiesto»: la colonización de las vastas soledades del Oeste. Se le ofrecían estas por sí mismas, abiertas de par en par, incitantes y tendidas, invitando a la violación de su virginidad. Ciertamente era «manifiesta» la misión de poblar y potenciar las tierras incultas y desiertas que la Providencia había puesto al alcance de su mano. Pero lo que se llama propiamente «destino histórico», no lo hay para un pueblo más que en lucha y colaboración con otros pueblos; son justamente estas contiendas y alianzas las que trazan el curso del río por donde un pueblo avanza hacia el futuro. La conquista del Oeste fue exclusivamente una lucha contra la naturaleza, una empresa también económica. Una vez terminada, el pueblo norteamericano se quedó nuevamente sin destino, recluido en su vida económica

[92] *Ibid.* (N. del Ed.)

[93] Waldo Frank, *Redescubrimiento de América*, cit. (N. del Ed.)

interior; no había hecho más que ampliar esta. Toda su voluntad de futuro se reducía al desarrollo industrial.

Esta carencia de un destino histórico era acusada por los espíritus críticos que constituían la única nota disonante en el uniformismo optimista del pueblo norteamericano. «Justificadme, decid al mundo para qué vivo yo ahora; por qué estoy aquí», pedía a mediados del siglo pasado Walt Whitman a los hombres del porvenir en los versos transcritos en el capítulo anterior[94]. Con la riqueza económica posterior, esta angustia fue creciendo. En la cima de la prosperidad se experimentaba la sensación indefinible de una vaciedad que quería ser llenada; la sensación de que tanto poderío era estéril e impotente, pólvora disipada en salvas. «Nuestro pueblo –decía uno de estos críticos– no posee ninguna norma consciente que trascienda del momento de sus vidas presentes». Sentíase también la angustia de no ser un pueblo unido, con unidad orgánica, sino uniforme, con uniformidad mecánica. «América quiere ser un todo; pero ¿cómo?... La duda está en si estos hombres... podrán unirse o tendrán que vivir solos o morir solos, cada uno por sí». Lo que más une, el sufrimiento, le había sido ahorrado al pueblo norteamericano. Sin duda, muchos norteamericanos habían sufrido y padecido individualmente; pero no en conjunto, como nación. La crisis de 1929 había aportado la primera experiencia de dolor general; pero fue un sufrimiento también económico, y aunque de millones de hombres, individual.

Estados Unidos necesitaban llenar aquel vacío, unirse como un todo y hacer fecundo su poderío. Tenían una historia, la suya; pero en definitiva era la historia privada de una nación. En 1932 decía Ortega y Gasset a los americanos que «parecen andar con prisa para considerarse los amos del mundo»: «¡Jóvenes, todavía no! Aún tenéis mucho que esperar, y mucho, mucho más que hacer. El dominio del mundo no se regala ni se hereda. Vosotros habéis hecho por él muy poco aún. En rigor, *por* el dominio y *para* el dominio no habéis hecho aún nada. América no ha empezado aún su historia universal»[95].

---

[94] Ver nota 78. (N. del Ed.)

[95] El fragmento citado se encuentra en «Revés de almanaque», que Ortega publicó en *El Sol* el 5 de octubre de 1930. Fue recogido en el volumen VIII de *El Espectador*. En 1932,

Economía e historia

Vida económica no es vida histórica, aunque sea su soporte y antecedente. Basta preguntarse qué influirá más en la historia de la humanidad: el desarrollo que el capital y la técnica norteamericana habían promovido antes de la guerra en el mundo o la participación de su sangre en esa guerra, los miles de millones de dólares o los cientos de miles de muertos. Historia económica es poco más que historia biológica y casi prehistoria. Las invenciones y técnicas modernas –aunque se trate del acero y de la radio– no son, en esencia, diferentes al hallazgo del modo de hacer fuego, al descubrimiento de la fusión del hierro, a la primera obtención del bronce, a la domesticación de los animales útiles, a la cocción del barro o a la fabricación de las herramientas de piedra. Ni tampoco diferente su difusión, salvo en la rapidez y generalidad, a la propagación de cualquier adelanto material en aquellas remotísimas épocas. La vida económica de un pueblo es para sí mismo, mientras que su vida histórica implica relación con otros pueblos con quienes combatir o aunarse. El desarrollo de la vida económica es evolución casual, mientras que la vida histórica es destino, gobernado por designios inescrutables, y muy a menudo trágico.

Los norteamericanos han visto con claridad la diferencia entre economía e historia; su aislacionismo significaba dedicarse a la primera y no entrar de ningún modo en la segunda. Cuando Ford dijo «la historia es una gran majadería» expresaba, por una antítesis tácita, el deseo de una vida puramente económica; en su frase callaba el verdadero pensamiento: no hay más que la economía. Era la economía en persona quien hablaba por su boca; su carácter de encarnación humana de las fuerzas industriales le hacía portavoz de esa entidad abstracta. Escribía M. J. Bonn: «Hace ciento cincuenta años aparecía América al fatigado europeo, agobiado bajo el peso de tantas centurias de evolución histórica, como el país donde las fuerzas espontáneas de la naturaleza suplantarían al artificio del

---

Ortega reflexiona sobre la profunda crisis en que se encuentra Estados Unidos en su ensayo «Sobre los Estados Unidos», publicado en el periódico *Luz*, en tres entregas, durante el mes de julio. (N. del Ed.)

desarrollo histórico»[96]. Los peregrinos del *Mayflower*, los emigrantes posteriores, fueron a América para substraerse al destino histórico de sus patrias. El temor del norteamericano a los «embrollos» del viejo continente es un temor semejante al del hombre que se viera amenazado de ser engullido por una máquina, dentro de la cual su voluntad puede servirle para muy poco; el miedo a ser cogido por un engranaje de fatalidades, cuya lógica, trayectoria y final es imposible prever. Penetrar en un destino histórico es, evidentemente, perder casi toda la libertad, y ser arrastrado, vapuleado, por poderes misteriosos, que no se dominan tan fácilmente como las fuerzas naturales por la ciencia y la técnica.

Pero ¿podían seguir los Estados Unidos desobedeciendo el imperativo que obliga a los pueblos poderosos a participar activamente en la historia? Los aislacionistas, que no son más que el exponente del aislacionismo básico del pueblo norteamericano, hacen el efecto del individuo que resiste por todos los medios, pataleando, hincando el talón en tierra, a una fuerza inexorable que le empuja; una vez, en 1919, lograron desasirse y devolver el país a una economía de beneficio individual, que terminó, como era indefectible, en catástrofe. Pero los cuatro grandes presidentes de la Unión desde principios del siglo se dieron cuenta del cambio acontecido en las profundidades del país y lanzaron programas de innovación y reforma: el *New Freedom*, de Wilson; el *New Nationalism*, de Teodoro Roosevelt; la *New Era*, de Hoover; el *New Deal*, de Franklin D. Roosevelt. Todos implicaban una nueva política interior y una nueva política exterior. Después, ya en tiempos del último presidente, se vio con mayor claridad que si en épocas anteriores «la nación norteamericana podía prescindir de armamentos, precauciones estratégicas y alianzas, desde entonces tenía necesidad de defenderse con los mismos recursos que los demás grandes Estados de la historia: la política, la diplomacia, las armas». Era esta, sin embargo, una actitud puramente defensiva; pero cuando en 1939 estalló la guerra europea, Roosevelt vio que si

[96] Moritz Julius Bonn, «*Prosperity*»: *Wunderglaube und Wirklichkeit im amerikanischen Wirtschaftsleben*, Berlin, S. Fischer Verlag, 1931. Vela cita por la versión española de J. L. Goicolea: M. J. Bonn, *Prosperity: leyendas y verdades sobre la vida económica americana*, Madrid, Revista de Occidente, 1931. (N. del Ed.)

su política se encerraba en los límites del hemisferio occidental, los Estados Unidos quedarían presos en él. Entre ser uno de los poderes victoriosos, rectores del acontecer mundial, o ser víctima y sujeto, escogió lo primero. Por mejor decir, interpretó el impulso histórico que ya latía en lo profundo de su pueblo. Actuó, pero a su vez fue empujado por «la ola de futuro», que dijo en un título de libro la señora de Lindbergh[97].

El hombre histórico

«Los hombres históricos –dice Hegel– saben y quieren su obra, porque está en el tiempo y es lo que ya existe en el interior. Su misión ha sido saber esta noción universal, la fase necesaria y suprema de su mundo, hacer de ella su fin y poner su energía en ella... Parecen haberla sacado simplemente de sí mismos, porque la sacan del interior, de una fuente que antes no existía; las nuevas circunstancias del mundo, los hechos que llevan a cabo, aparecen como productos suyos, como interés y obra suya. Pero tienen el derecho de su parte porque son los clarividentes; saben lo que es la verdad de su mundo, de su tiempo, lo que es el concepto, lo universal que viene, y los demás se congregan en torno a su bandera, porque ellos expresan lo que está en el tiempo... Se dan cuenta de la impotencia que hay en lo que todavía es actual, en lo que aún brilla, y que solo aparentemente es aún realidad. El espíritu que se ha ido transformando en el interior, que ha surgido, que está en trance de aparecer, y cuya conciencia ya no se encuentra satisfecha en el mundo presente, no ha hallado todavía, mediante esta insatisfacción, lo que quiere; lo que quiere, no existe aún afirmativamente... Los individuos históricos son los que han dicho a los hombres lo que estos quieren».

La obra de Roosevelt

Roosevelt vio «la impotencia que había en lo actual», en aquella sociedad, preocupada solamente del beneficio individual; en aquel

[97] Anne Morrow Lindbergh, *The Wave of the Future: A Confession of Faith*, New York, Harcourt, Brace and Company, 1940. (N. del Ed.)

pueblo uniforme como los granos de arena, pero como ellos, mal unido, suelto; en aquel Estado flojo, sin voluntad de soberanía y unificación hacia dentro, sin voluntad de ampliación hacia fuera, sin ejército, burocracia y tributos proporcionados: las tres cosas que significan voluntad de futuro, y cuya ausencia supone abandono al instante y al azar. En suma: un pueblo y un Estado sin una empresa colectiva que le pudiera imprimir tensión y forma. Los tiempos no eran propicios para estas cómodas laxitudes. La crisis económica favoreció a Roosevelt para hacer trascender la riqueza desde la esfera del beneficio individual a la del beneficio colectivo social, transformando lo que era simple bienestar físico en bien moral. Gracias a ella pudo someter los intereses particulares de individuos y grupos a la sociedad nacional; extender la acción política y las competencias del Estado sobre una ancha área social todavía intacta, creando una organización estatal más prieta y ajustada, que hizo –es verdad– exhalar algunos ayes a un pueblo criado a sus anchas. A su vez, la guerra le sirvió para poner en tensión y en forma todas las fuerzas actuales y potenciales del país, promover la unidad nacional en un grado que nunca había existido y crear un ejército.

«Hitler –escribe John– forzó a Roosevelt a llevar las energías nacionales desde los problemas de la paz a la singular tarea de crear tan rápidamente como fuera posible el mayor poder militar posible». Esta ha sido la tragedia de Hitler en todo cuanto tocó: haber actuado con la máxima potencia en una dirección y haber producido el máximo efecto en la dirección contraria. En su intento de crear un nuevo orden internacional, demolió el existente hasta sus cimientos, produjo una revolución en el sistema de fuerzas mundiales; pero el nuevo orden resultante no ha sido el que quería, sino el opuesto: en vez de la hegemonía alemana en Europa y en el mundo, el poder ruso y el norteamericano. Él estimuló su desarrollo en una medida que probablemente no hubieran alcanzado en muchos años. Si en los designios de la historia estaba escrito que Rusia y Norteamérica llegasen a protagonistas, Hitler fue el agente que aceleró el proceso y abrió camino a lo que estaba gestándose en el seno del mundo. También hay individuos históricos al revés, que, si se quita toda valoración de bondad o maldad, desempeñan el mismo papel que

el dios de Goethe asigna a Mefistófeles en el *Fausto*: queriendo siempre el mal, hacer el bien.

Dábanse, pues, a la vez, por una de esas maravillosas coincidencias de la historia, la plétora y el impulso internos, el estímulo exterior, la ocasión temporal y el hombre clarividente. Roosevelt pudo realizar su tarea por dos circunstancias: los extensos poderes que la Constitución de los Estados Unidos concede al presidente y su larga permanencia en el poder. La Constitución norteamericana es democrática, pero tiene la virtud de reconocer el papel decisivo de los individuos superiores. Instituye un procedimiento democrático para elevarlos y para retirarlos, pero mientras están en la cima pone en sus manos las mayores facultades. Un presidente mediocre encuentra todo un mecanismo parlamentario y administrativo en que apoyarse para seguir una marcha rutinaria; pero un gran presidente goza de amplio margen para una obra más personal y un vuelo más libre, siempre que, en efecto, sea poderoso el vuelo y recias las alas. Sin embargo, la Constitución refrena todo apetito monárquico o dictatorial, sometiendo periódicamente la labor del presidente y de los partidos al juicio público, expresado en forma inequívoca mediante las elecciones.

La brevedad del mandato presidencial evita aquel peligro; mas con una desventaja, que ha impreso su huella en la política interior y exterior norteamericana. El plazo de cuatro años acorta por sí solo la visión política de un jefe de Estado tan superabundantemente dotado de funciones y poderes. La mayoría de los presidentes norteamericanos no han proyectado sus previsiones más allá de los cuatro años; por esta razón parecen unos gobernantes locales, y por esta razón no había podido formarse un pensamiento auténticamente político de larga trayectoria. Cada poco tiempo se quebraba la línea; de este hecho resultaba una política puntiforme, momentánea, que, sin empresas de continuado esfuerzo, contribuía a acentuar la tendencia del pueblo norteamericano a consagrarse principalmente al beneficio individual. Precisamente, los grandes presidentes: Lincoln, Jefferson, Wilson, Teodoro Roosevelt, lo han sido por haber abarcado más futuro que los cuatro años de su mandato. Si Franklin D. Roosevelt

les ha superado, es también por haber tenido aún más futuro que ellos en el espíritu. Era justo que permaneciera en la presidencia con una continuidad «monárquica», aunque ratificada cada cuatro años. El pueblo norteamericano, al reelegirle repetidamente, no hacía más que reconocer esa capacidad de futuro de su presidente.

En su intuición del porvenir, había visto Roosevelt la necesidad de fines colectivos más elevados, de una mayor unidad nacional y de un Estado más fuerte. Lo consiguió sin paralizar, no obstante, el impulso de libertad individual y social que constituye la fuente primordial de energía –la fisiología profunda–, capaz de responder con fuertes reacciones vitales a cualquier situación y adaptarse espontáneamente a las más diversas condiciones. Pero había sentido igualmente el imperativo de entrar ya de una vez y a fondo en las luchas decisivas de la historia universal, sin retorno ni revocación posibles, y hacerse un destino por entre los destinos de los demás pueblos en el momento que estos se dirimían por la guerra más grande de los siglos. Esto es lo que se había ido gestando en ciento sesenta y nueve años, y como en los seres humanos, su madurez era también la necesidad del parto.

Se podrá objetar que los Estados Unidos habían participado en la historia universal con su guerra contra España; pero aquella lucha no fue *histórica*, es decir, promotora de un cambio profundo en el acontecer mundial, sino la liquidación final de un imperio, que ya mucho antes, incluso antes de la independencia de sus provincias y colonias americanas, había perdido España en Europa: precisamente en Europa y no en América. Ni siquiera sus modestas empresas coloniales pueden merecer ese calificativo, porque no tenían volumen suficiente para alterar la faz del mundo ni hacían más que proseguir en ínfima escala una política ya vieja en las naciones europeas. Lo que se ha llamado «imperialismo económico norteamericano», que consiste en una expansión exterior del capital bancario, tampoco ha significado ni podía significar nada en la historia. «En los Estados Unidos –dice Charlotte Lütkens–, el fenómeno del imperialismo se agota todavía en el interés de grupos económicos particulares. Así, uno de los rasgos característicos de este imperialismo "voluntario", es decir, todavía no "necesario", es

que el Estado no influye ni guía el proceso imperialista como en los Estados de capitalismo organizado. Más bien se presenta tan solo subsidiariamente. En esta forma de imperialismo, donde no se buscan propiamente adquisiciones territoriales, la cooperación del poder público no es esencialmente necesaria»[98]. La primera guerra europea no fue para los Estados Unidos más que un intento, en seguida rectificado para dedicarse con más frenesí que nunca a la vida económica en un completo aislamiento hacia el exterior.

La historia se hace en Europa

Ahora bien: desde la antigüedad hasta nuestros días, la historia universal es exclusivamente la que se hace y se decide en Europa. Lo que en Europa se zanja vale para todo el mundo. Hablando de la guerra de 1914, escribía Spengler: «Había por doquiera motivos para una gran guerra, constantemente a punto de estallar, con diferente distribución de los adversarios..., hasta que en 1914 se desarrolló en una forma totalmente insensata. Fue… la última tentativa de decidir a la antigua usanza, en suelo alemán, las grandes cuestiones lejanas»[99]. Con su acostumbrada exageración, Spengler enuncia aquí una verdad: que las cuestiones más lejanas se han sentenciado siempre en el continente europeo y muchas veces en su zona central. Los españoles perdimos nuestro Imperio en Flandes y en el Palatinado; Inglaterra estuvo a punto de perderlo, y lo ganó, en Waterloo, y en esta guerra ha vuelto a ganarlo en el Rin y el Elba. Quizá ahora también Alemania haya sido una sola de las muchas cuestiones pendientes de una guerra.

No podemos saber si América será en un porvenir lejano campo de historia universal; hoy no lo es todavía. No está, como Europa, saturada de fatalidad; no existen allí cuestiones decisivas, y, por tanto, tampoco puede haber luchas para vencer esa fatalidad ni para decidir problemas que no hay. Cuando los primeros pobladores de los Estados Unidos quisieron sustraerse a la historia, emigraron a América; pero

[98] Charlotte Lütkens, *op. cit*. (N. del Ed.)

[99] Oswald Spengler, *Jahre der Entscheidung. Erster Teil: Deutschland und die weltgeschichtliche Entwicklung*, München, Beck, 1933. (N. del Ed.)

cuando sus descendientes quieren reingresar en la historia, vienen a Europa. De esta suerte, Europa sigue afirmando su superioridad; quien quiera conquistar un lugar en el mundo ha de hacer sus oposiciones en el viejo continente. Por esta razón pudo parecer a muchos europeos y norteamericanos que la intervención de los Estados Unidos no era forzosa, necesaria. En comparación con la trágica fatalidad que lleva a las naciones europeas a frecuentes guerras, cada vez más temibles, parece haber en la intervención americana un elemento mayor de libertad y voluntad. Pero este desaparece de la vista en cuanto se deje de pensar en Europa por un lado y en América por otro, y se abarque el mundo en una sola mirada.

Tampoco los pueblos asiáticos cuentan en la historia universal más que en sus relaciones con los europeos, acaso por el carácter cerrado de sus culturas. La caída de la dinastía china de los Ming, por ejemplo, no arrastró para el mundo las consecuencias trascendentales que la decadencia de los Habsburgos españoles. Cuando Roosevelt, contra la gran opinión de su país, determina dejar en segundo lugar la guerra contra el Japón, reconoce acertadamente que es en Europa donde se dirimen las luchas históricas. Tampoco el Japón se hubiera lanzado a la guerra por sí solo, sin connivencia con potencias europeas y sin la guerra en el viejo continente. Si los Estados Unidos hubieran vencido al Japón sin guerrear en Europa, su lugar en el mundo futuro sería ahora menos predominante; en rigor, no habría variado. Pero si hubiera vencido Alemania, el triunfo norteamericano sobre el Japón habría resultado baldío. Roosevelt vio claramente que las luchas en Asia son como peleas a extramuros, y resistió a la alborotada presión popular levantada por la agresión de Pearl Harbour, que a cualquier otro hubiera desviado de su línea. En el momento de resolverse por Europa, fue cuando Roosevelt demostró mejor su calidad de gran estadista y conductor de un pueblo.

Por la guerra y la sangre

Se entra en la historia universal, pese a los americanos, por Europa, y pese a los pacifistas, por la guerra, vertiendo sangre: naturalmente, la propia. Había en los Estados Unidos una gran repugnancia a la efusión

de sangre. Estaban dispuestos a darla –y de hecho dieron millones de litros para los heridos ingleses– siempre que les fuera extraída sin verla y sin dolor, en clínicas asépticas, según la técnica médica más moderna. Antes de Pearl Harbour, la sangre norteamericana vino a Europa desecada en botellas, conservada en botes, entre las mercancías de préstamo y arriendo. Era una solución cómoda y práctica de la ayuda militar. Pero la que no se quería dar es la sangre que brota de la carne rasgada y traspasada y que se ennegrece y pudre en la tierra; la sangre que hace estremecerse, con mezcla de horror y de atracción a la sangre en las venas de quien la mira. El lema «Todo el apoyo posible a las democracias, salvo la guerra», significaba: «Todo el dinero, menos la sangre». La lucha en torno a la Ley de Neutralidad fue la pugna por soslayar la efusión de sangre y sustituir con el oro frío y amarillo al rojo y caliente licor vital. Pero la sangre, que late por algo, solo cuanto se derrama tiene derecho a ello. Lo que son hoy los Estados Unidos lo han conseguido por la sangre, no por el dinero. Tal vez fue el mayor inconveniente para la política de Wilson la brevedad y baratura en vidas del triunfo militar en la primera guerra europea: se había derramado poca sangre norteamericana. Hoy empapa los campos donde siempre se han sentenciado los destinos del mundo, y ya no puede apartarse de ellos. Casi un millón de bajas en Europa son una firma irrevocable en el contrato con la historia que los doscientos setenta y cinco mil millones de dólares gastados no impedirían rescindir.

La guerra es realmente un «juicio de Dios», en otro sentido que la interpretación corriente. No sentencia tanto quien tiene la razón como quien puede ejercer el poderío y el mando. Es una comprobación que vale más realizar anticipadamente. De otro modo podría ocurrir que tomasen la rectoría del mundo países sin energías que luego andarían débiles, renqueantes, faltos de autoridad y crédito. La guerra obliga al desarrollo de todas las cualidades y potencias de un pueblo, y demuestra en forma evidente su poder organizador, su facultad de acción, sus recursos y reservas, su capacidad de resistencia. Mientras los Estados Unidos no sufrieran esta prueba, la riqueza económica no hubiera justificado sus pretensiones a un papel de protagonista. Roosevelt la afrontó, y con ello venció la

propensión del pueblo norteamericano a la comodidad pacífica. Con razón se ha dicho: «Quien no puede vivir tragedia alguna ni soportarla no puede ser tampoco una figura de acción mundial». Roosevelt quiso que el pueblo del confort fuera capaz de vivir y soportar también la parte mala y trágica de la vida internacional: exigiole duros sacrificios, y lo transformó, elevándolo a acciones y hazañas que acaso nunca hubiera realizado por otros caminos. Y tal vez fuera conveniente que los Estados Unidos sean vencidos alguna vez, como lo han sido todas las naciones, para que se sientan verdaderamente sumidos en la fatalidad histórica.

De toda acción histórica se han dado explicaciones; siempre se le ha atribuido alguna clara finalidad racional. Roosevelt ha expuesto sus motivos; en realidad, su obra ha consistido en convertir su pueblo en una gran fuerza histórica de trayectoria imprevisible. Acaso logren los Estados Unidos los fines para los que han luchado; acaso consigan establecer la soñada organización mundial de paz; acaso funden ese imperio de nuevo estilo, sin anexiones territoriales, constituido únicamente por puntos distantes, bases navales y aéreas, que forman más bien el marco vacío de un imperio. Por el momento están metidos en las fatalidades de Europa, enredados en los «embrollos europeos» y ya con una fatalidad propia, que los obliga a la lucha y la colaboración en estrecho contacto, como conviene a un pueblo bisoño, con esa gran maestra de experiencia política que es Inglaterra.

«La suerte ha querido –escribe Lippmann– que América ya no esté en los bordes, sino en el centro de la civilización occidental. En este hecho reside el destino americano. Podemos negar el hecho y rehusar el destino. Si lo hacemos, la civilización occidental, que es la gloria de nuestro mundo, se convertirá en una franja desorganizada y decadente en torno a la Unión Soviética y los pueblos emergentes de Asia. Pero si comprendemos nuestro destino, nos igualaremos a él»[100].

[100] Las palabras citadas pertenecen a la conclusión del libro de Lippmann, *U.S. War Aims* (cit.), en que el autor declara, además, su esperanza en que la formación del primer orden universal moderno se funde en una unión de las partes desmembradas de la cristiandad occidental y en el fin del cisma de Oriente y Occidente. Estas últimas consideraciones de índole providencialista son del todo ajenas al pensamiento de Vela. (N. del Ed.)

ÍNDICE GENERAL

Fernando Vela y su biografía de Roosevelt: una reflexión sobre el destino histórico

Fernando Vela. Esbozo biográfico IX
El presidente XXIV
La guerra XLI
La visión de América LVIII
Coda LXVIII

Bibliografía citada LXXIII
Bibliografía de Fernando Vela LXXIX

Los Estados Unidos entran en la Historia

Nuestra edición 3

I. 1882 en *hyde park* 5
II. Siete generaciones 23
III. Infancia feliz 41
IV. El marino frustrado 55
V. Teodoro o el ímpetu 71

VI. Dos mujeres Roosevelt: Alicia y Leonor 79
VII. Franklin triunfa de los caciques 91
VIII. Franklin, senador 105
IX. El joven subsecretario de Marina 119
X. Europa, en guerra 131
XI. A modo de intermedio 147
XII. La parte del dolor 153
XIII. *Prosperity* 169
XIV. Roosevelt, gobernador 183
XV. Roosevelt, presidente 197
XVI. El pueblo uniforme 213
XVII. Roosevelt, adalid de un pueblo 231
XVIII. *New deal* 245
XIX. La vida en la Casa Blanca 261
XX. Presidente por segunda vez 275
XXI. La lucha contra el Tribunal Supremo 287
XXII. El impulso histórico 295
XXIII. Roosevelt trabaja por la paz 309
XXIV. Los últimos pasos de gestión pacífica 319
XXV. Una de las grandes elecciones de la historia 327
XXVI. El gran arsenal de la democracia 337
XXVII. Estados Unidos y Japón chocan en el Pacífico 357
XXVIII. La guerra contra el Japón 371
XXIX. Churchill y Roosevelt 387
XXX. La transformación de un pueblo 395
XXXI. El desembarco en África 405
XXXII. Hacia la victoria en Europa 421
XXXIII. Préstamo y Arriendo, arma de la victoria 443
XXXIV. El principio que triunfa en la guerra 453
XXXV. Roosevelt, presidente por cuarta vez 463
XXXVI. La Conferencia de Yalta 473
XXXVII. ¡Oh capitán, mi capitán! 487
XXXVIII. El destino histórico 493

Índice general 507